



DACRE STOKER  
J.D. BARKER

# DRÁCUULA

EL ORIGEN

 Planeta

# ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

EL MODO EN QUE SE HA DISPUESTO LA SECUENCIA...

EL DUBLÍN DE BRAM STOKER. 1847-1868

PRIMERA PARTE

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

## SEGUNDA PARTE

AHORA

CARTA DE MATILDA A ELLEN CRONE, FECHADA EL 8 DE AGOSTO DE 1868

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

DIARIO DE THORNLEY STOKER

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CARTA DE MATILDA A ELLEN CRONE FECHADA EL 11 DE AGOSTO DE 1868

DIARIO DE THORNLEY STOKER

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

CARTA DE MATILDA A ELLEN CRONE FECHADA EL 11 DE AGOSTO DE 1868

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS

DIARIO DE THORNLEY STOKER

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

DE LAS NOTAS DE ARMINIUS VAMBÉRY

DIARIO DE THORNLEY STOKER

AHORA

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

DE LAS NOTAS DE ARMINIUS VAMBÉRY

DIARIO DE THORNLEY STOKER

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

AHORA

CARTA DE MATILDA A ELLEN CRONE, FECHADA EL 16 DE AGOSTO DE 1868

CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

DIARIO DE THORNLEY STOKER

AHORA  
CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER  
DIARIO DE THORNLEY STOKER  
AHORA  
CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER  
AHORA  
CUADERNO DE NOTAS DE BRAM

### TERCERA PARTE

AHORA  
ARMINIUS  
MATILDA  
BRAM  
MATILDA  
BRAM  
MATILDA  
BRAM  
MATILDA  
BRAM  
MATILDA  
BRAM  
CARTA DE MATILDA A ELLEN CRONE, FECHADA EL 22 DE  
AGOSTO DE 1868  
VEINTIDÓS AÑOS DESPUÉS  
CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER  
EPÍLOGO  
PACIENTE N.º 40562 HISTORIAL DEL CASO DR. WILLIAM  
THORNLEY STOKER

NOTA DE LOS AUTORES

AGRADECIMIENTOS DE DACRE

AGRADECIMIENTOS DE J. D.

NOTAS

CRÉDITOS

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y  
descubre una  
nueva forma de disfrutar de la  
lectura

---

**¡Regístrate y accede a  
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

# SINOPSIS

Bram Stoker es un niño enfermizo que apenas sale de su casa. Una noche, la fiebre que le asalta casi a diario lo lleva a las puertas de la muerte. Su niñera, Ellen Crone, echa a todo el mundo de la habitación del pequeño y lo salva por medios que nadie conoce. Tras este episodio Bram se recupera, y crece su fascinación por Ellen. Él y su hermana Matilda descubren cosas muy extrañas de la niñera y antes de que puedan hablar con ella, ésta desaparece de sus vidas... Obsesionado con ella, quince años más tarde los hermanos vuelven a reunirse para encontrarla y sus caminos se cruzan con el del Conde Drácula...

Inspirada por notas y textos escritos por el propio Stoker, la precuela de Drácula revela no sólo el origen de Drácula y el de Bram Stoker, sino la historia de la enigmática mujer que les conecta.



# DRÁCULA. EL ORIGEN

DACRE STOKER

*y*

J. D. BARKER

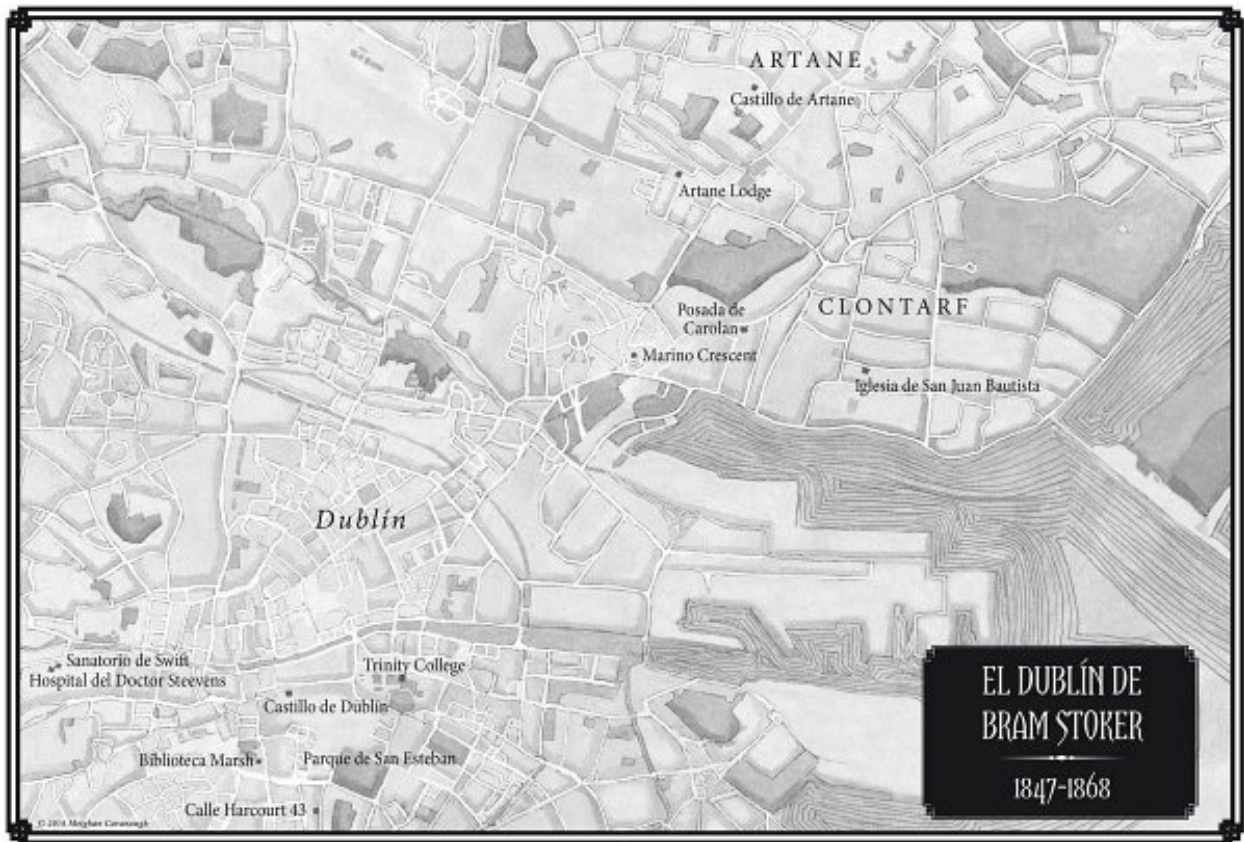
TRADUCCIÓN DE  
JULIO HERMOSO

 Planeta

*Para todos aquellos que saben  
que los monstruos existen*

El modo en que se ha dispuesto la secuencia de estos documentos quedará patente al leerlos. Se han eliminado todas las cuestiones innecesarias con el fin de que el relato se pueda presentar como meros hechos. He recopilado y organizado estos documentos que he obtenido de entre quienes tenían el conocimiento de lo sucedido y albergaban el deseo de compartirlo: una época sombría y extraordinaria. Intercaladas, el lector hallará mis narraciones con el fin de crear un todo.

Y saque de ello las conclusiones que desee.



ARTANE

Castillo de Artane

Artane Lodge

Posada de  
Carolan

• Marino Crescent

CLONTARE

Iglesia de San Juan Bautista

Dublín

Sanatorio de Swift  
Hospital del Doctor Steevens

Trinity College

Castillo de Dublín

Biblioteca Marsh

Parque de San Esteban

Calle Harcourt 43

EL DUBLÍN DE  
BRAM STOKER

1847-1868

© 2003 Meghan Carranagh

# PRIMERA PARTE

Tengo la plena convicción de que los sucesos aquí descritos acontecieron realmente, no cabe la más mínima duda, por increíbles e incomprensibles que puedan parecer a primera vista.

BRAM STOKER, *DRÁCULA*

Extraído del prefacio original descubierto  
recientemente, eliminado antes de su publicación

Oí una extraña risa, estridente, como el tañido de una campanilla de cristal: era su voz. Aún me estremezco con ella, esa voz femenina en absoluto humana.

BRAM STOKER, *MAKT MYRKRANNA*

# AHORA

Bram tiene la mirada fija en la puerta.

El sudor le gotea por la frente fruncida. Se pasa los dedos por el cabello húmedo; el dolor le palpita en las sienes.

¿Cuánto tiempo lleva despierto? ¿Dos días? ¿Tres? No lo sabe. Cada hora se funde con la siguiente, un sueño febril del que no hay un despertar, sólo un dormir, un sueño más profundo, más oscuro...

¡No!

No puede pensar en dormir.

Se obliga a abrir mucho los ojos. Se empeña en abrirlos y evita el menor parpadeo, ya que cada guiño es más pesado que el anterior. No puede haber descanso, ni sueño, ni seguridad, ni familia, ni amor, ni futuro, ni...

La puerta.

Debe vigilar la puerta.

Bram se levanta de la silla, el único mueble de la habitación, con los ojos clavados en la puerta de roble macizo. ¿Se ha movido? Creía haberla visto temblar, pero no se había oído nada. Ni el más leve de los ruidos quebraba el silencio en aquel sitio; sólo se oía su propia respiración y el inquieto golpeteo de su pie contra el frío suelo de piedra.

El picaporte permanece inmóvil, las ornamentadas bisagras tienen el mismo aspecto, probablemente, que hace un siglo; el cerrojo aguanta firme. Hasta que llegó allí, jamás había visto un cerrojo semejante, forjado en hierro y moldeado en el sitio. El propio mecanismo forma un todo con la puerta, asegurado con firmeza en el centro con dos pestillos grandes que salen a

derecha e izquierda y encajan en el marco. Tiene la llave en el bolsillo, y seguirá en el bolsillo.

Los dedos de Bram se aferran a la culata de su rifle Snider-Enfield Mark III, el índice juguetea sobre el guardamonte. En las últimas horas, ha cargado el arma y ha tirado del cierre de la recámara para liberarla más veces de las que recuerda. La mano libre se desliza por el acero frío y se asegura de que el cerrojo está en la posición adecuada. Tira del percutor.

Esta vez lo ve: una leve ondulación en el polvo de la rendija entre la puerta y el suelo, un soplo de aire, nada más, pero es un movimiento.

Sin hacer ruido, Bram deja el rifle y lo apoya contra la silla.

Mete la mano en la cesta de mimbre que tiene a la izquierda y coge una rosa blanca silvestre, una de las siete que quedan.

El quinqué, la única luz de la habitación, parpadea con su movimiento.

Cautamente, se aproxima a la puerta.

La última rosa yace consumida en el suelo, con los pétalos pardos, negros y cargados de muerte, el tallo seco y enfermizo con unas espinas que parecen más grandes que cuando la flor aún tenía vida. El hedor de la putrefacción se eleva; la rosa ha adquirido el aroma a carroña de la flor de lagarto.

Bram aparta la rosa vieja de una patada con la punta de la bota y deposita la flor nueva con suavidad en su sitio, apoyada contra la parte baja de la puerta.

—Bendice, Padre, esta rosa con tu aliento, con tu mano y todo lo que es santo. Envía a tus ángeles a cuidar de ella y guíalos para que mantengan a raya todo mal. Amén.

Al otro lado de la puerta se oye un estruendo, el sonido del impacto de media tonelada contra el roble viejo. La puerta se combe, y Bram retrocede hasta la silla de un salto, su mano recoge el rifle y apunta conforme cae sobre una rodilla.

Entonces, todo vuelve a estar en silencio.

Bram permanece inmóvil, apuntando con el rifle a la puerta hasta que el peso del arma le hace flaquear. Baja el cañón y recorre la estancia con la mirada.

¿Qué pensaría alguien que entrase y presenciara aquella escena?

Ha cubierto las paredes con espejos, unas dos docenas de ellos, de todas las formas y tamaños, todos los que tenía. Su rostro cansado le devuelve una mirada multiplicada por cien cuando su imagen rebota de un espejo a otro. Bram intenta mirar para otro lado, pero no consigue sino encontrarse mirando a los ojos a su propio reflejo, cada rostro marcado con unas líneas que pertenecen a un hombre mucho más mayor que sus veintiún años.

Ha clavado cruces entre los espejos, casi cincuenta. Algunas tienen la imagen de Cristo, mientras que otras son poco más que unas ramas que ha cogido del suelo, ha clavado y ha bendecido él mismo. Continuó con las cruces por el suelo, primero con un trozo de tiza, después raspándolas directamente sobre la piedra con la punta del cuchillo de caza hasta que no quedó superficie libre. No tiene la seguridad de que con eso baste, pero es cuanto podía hacer.

No se puede marchar.

Lo más probable es que nunca lo haga.

Bram recorre el camino de vuelta a la silla y se acomoda.

Fuera, un somormujo chilla cuando la luna sale y se esconde tras unas densas nubes. Saca del abrigo el reloj de bolsillo y suelta una maldición: se le olvidó darle cuerda, y las manecillas interrumpieron su trayecto a las cuatro y media. Se lo vuelve a meter en el bolsillo.

Otro estruendo contra la puerta, éste mayor que el previo.

Bram aguanta la respiración mientras sus ojos vuelven a recorrer la puerta justo a tiempo de ver el polvo, que baila en el suelo y se posa de nuevo sobre la piedra.

¿Cuánto tiempo podrá contener semejante asalto esta barrera?

Bram no lo sabe. La puerta es sólida, eso está claro, pero las arremetidas son cada vez más feroces con cada hora que transcurre, la determinación de escapar crece conforme se aproxima lentamente el amanecer.

Los pétalos de la rosa ya han empezado a pardear, mucho más rápido que la última.

¿Qué será de él cuando eso de ahí reviente por fin la puerta? Piensa en el rifle y en el cuchillo, y sabe que de poco le servirán.

Ve su cuaderno de notas en el suelo, junto al cesto de las rosas; se le debe



de haber caído del abrigo. Bram recoge el librito encuadernado en cuero, destrozado, y va pasando las páginas con el pulgar antes de regresar a la silla sin quitarle ojo a la puerta.

Tiene muy poco tiempo.

Saca un lápiz del bolsillo del pecho, pasa las páginas hasta llegar a una en blanco y comienza a escribir a la temblorosa luz del quinqué.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

Las peculiaridades de Ellen Crone. Es ahí, por supuesto, por donde debería empezar, ya que ésta es su historia tanto como la mía, y puede que más aún. Esta mujer, este monstruo, este espectro, esta amiga, este... ser.

Siempre estaba allí cuando la necesitábamos. Mis hermanos y mi hermana mayor así lo atestiguarían. Pero es en el cómo donde uno debería centrar sus indagaciones. Estaba allí en mis comienzos, y sin duda estará en mi final, así como estuve yo en el suyo. Tal fue nuestro baile, y siempre lo será.

Mi encantadora Nana Ellen.

Su mano siempre tendida, aun cuando clavaba las uñas y manaba la sangre.

Mis comienzos, qué horroroso fue aquello.

Desde mis primeros recuerdos, fui un niño enfermizo, indispuerto y postrado en cama desde mi nacimiento hasta mi séptimo año, cuando me sobrevino la cura. Ya hablaré de esta cura largo y tendido, pero, por ahora, es importante que el lector entienda el estado en el que pasé aquellos primeros años.

Nací el 8 de noviembre de 1847, hijo de Abraham y Charlotte, en un hogar humilde en el número 15 de Marino Crescent en Clontarf, Irlanda, una

pequeña localidad costera situada a poco más de seis kilómetros de Dublín. Con el lindero de un parque al este y las vistas del puerto al oeste, nuestro pueblo adquirió notoriedad como el emplazamiento de la batalla de Clontarf en el año de 1014, en la cual los ejércitos de Brian Boru, gran rey de Irlanda, derrotaron a los vikingos de Dublín y a sus aliados, los irlandeses de Leinster. Esta batalla se considera el punto final de las guerras entre irlandeses y vikingos, una cruenta conflagración marcada por la muerte de miles de personas en esa misma costa a la que se asomaba mi habitación. En años más recientes, Clontarf se descubrió como el destino preferido de los adinerados irlandeses, un paraje vacacional para quienes deseaban escapar de las multitudes de Dublín y disfrutar de la pesca y los paseos por nuestras playas.

Tengo Clontarf idealizado, no obstante, y en 1847 era cualquier cosa menos ideal. Era una época de hambruna y enfermedad en toda Irlanda que se había iniciado dos años antes de mi nacimiento y no encontró alivio hasta 1854. El *Phytophthora infestans*, también conocido como el tizón de la patata, había empezado a devastar las cosechas en los años cuarenta, y creció hasta convertirse en una abominación en la que Irlanda perdería el veinticinco por ciento de sus habitantes a causa de la emigración o la muerte. Cuando yo era niño, esta tragedia estaba en su apogeo. Pa y Ma nos trasladaron al interior en 1849 para escapar del hambre, las enfermedades y la delincuencia; el aire fresco, esperaban ellos, obraría en beneficio de mi frágil salud, pero lo único que trajo consigo fue más aislamiento, y quedaron más distantes aquellos sonidos del puerto que mis tiernos oídos buscaban. Para Pa, su paseo diario hasta el despacho en el castillo de Dublín no hizo sino extenderse mientras se moría el mundo a nuestro alrededor y una húmeda urdimbre de dolor se posaba sobre todo cuanto allí quedaba.

Yo veía acontecer todo esto desde mi cuarto en el ático, en lo alto de nuestra casa, conocida como Artane Lodge, como un simple espectador que dependía de que los relatos de mi familia le explicaran cuanto tenía lugar más allá de nuestros muros. Veía a los mendigos cuando saqueaban los nabos y las coles de los huertos de nuestros vecinos, cuando se llevaban corriendo los huevos

de nuestro gallinero con la esperanza de ahuyentar el hambre una noche más. Miraba mientras ellos tiraban de las prendas de la colada tendida de unos desconocidos, todavía húmedas, para vestir a sus hijos. A pesar de todo esto, siempre que podían, mis padres y nuestros vecinos abrían las puertas de sus casas e invitaban a estas personas menos afortunadas a pasar para tomar una comida caliente y refugiarse de la tormenta. Desde mi humilde nacimiento, el lema de los Stoker, «Cuanto sea correcto y honorable», se me inculcó y sirvió de guía absoluta en nuestro hogar. No éramos una familia acomodada, ni mucho menos, pero nos iba mejor que a la mayoría. En el otoño de 1854, Pa, que era funcionario, trabajaba sin descanso en las oficinas del secretario jefe en el castillo de Dublín tal y como había hecho en los últimos treinta y nueve años después de haber comenzado en 1815, con sólo dieciséis años de edad. Pa era considerablemente mayor que Ma, algo en lo que no reparé hasta que fui un adulto. El castillo era la residencia del lord teniente de Irlanda, y su oficina gestionaba la correspondencia entre las agencias gubernamentales inglesas y sus homólogas irlandesas. Pa se pasaba el tiempo catalogando estas comunicaciones, que variaban desde los mundanos asuntos del día a día del país hasta las respuestas oficiales sobre temas relacionados con la pobreza, la hambruna, los problemas de salud, las epidemias, las enfermedades del ganado, los hospitales y las prisiones, el malestar político y las revueltas. Si albergaba algún deseo de evitar los problemas que acuciaban en nuestros tiempos, no podía; estaba inmerso en el centro de todo ello.

Ma era miembro no numerario de la Sociedad Irlandesa de Investigación Social y Estadística, una organización con mucho peso en las campañas de alimentos y los intentos de ayudar a los desfavorecidos en Dublín, un puesto anteriormente reservado para hombres. No pasaba un solo día sin que regatease con una vecina por la leche para después cambiársela a otra por una tela. Gracias a sus esfuerzos había comida en la mesa de nuestra familia numerosa y sirvieron de ayuda para alimentar a infinidad de gente que cruzaba nuestro umbral en aquellos tiempos de necesidad. Ella mantenía nuestra familia unida, y ahora lo veo, ya de adulto, pero mi yo de siete años habría atestiguado lo contrario. Les habría contado a ustedes que ella me encerraba en mi cuarto y sacrificaba mi felicidad a cambio del aislamiento de

los males del mundo, contraria a permitir la más mínima exposición.

Nuestra casa quedaba a un lado de Malahide Road, una calle pavimentada con piedra extraída de la cantera que hay cerca de Rockfield Cottage. Yo estaba confinado en el ático, cuyas ventanas apuntadas eran mi única vía de escape, pero desde aquellas alturas alcanzaba a ver mucho —desde las tierras de labranza que nos rodeaban hasta el puerto distante en un día claro—, incluso la torre en ruinas del castillo de Artane. Veía el ajetreo del mundo a mi alrededor, una obra teatral cuyo único espectador era yo, al haberse impuesto mi asistencia por mi enfermedad.

¿Qué me aquejaba, se preguntará el lector? Se trata de una pregunta sin una verdadera respuesta, ya que nadie fue capaz de decirlo con certeza. Fuera lo que fuese, mi desgracia dio conmigo al poco de mi nacimiento, y se aferró a mí con sus malditas garras. En mis peores días, era para mí una hazaña cruzar la habitación; el esfuerzo me dejaba sin resuello, al borde de la inconsciencia. Una simple conversación agotaba las escasas energías que tuviese; después de pronunciar apenas unas frases, con frecuencia palidecía y me quedaba frío al tacto mientras el sudor se me asomaba por los poros, y me ponía a temblar al entrar mi propia humedad en contacto con el aire del mar. A veces me palpitaba el corazón con fuerza en el pecho, irregular, como si el órgano buscara el ritmo y no pudiese hallarlo. Y los dolores de cabeza: me sobrevinían y se mantenían, día tras día, como un cinto que me apretase la cabeza bajo la parsimoniosa mano de un demonio.

Me pasaba los días y las noches en mi pequeño cuarto del ático, preguntándome si mi último anochecer acababa de quedar atrás y si me despertaría para ver el rocío del alba.

No estaba completamente solo en el ático; había otras dos habitaciones. Una pertenecía a mi hermana Matilda, de ocho años en aquella época, y la otra la ocupaba nuestra niñera, Ellen Crone, que compartía su cuarto con el pequeño Richard, mi hermano recién nacido y su más apremiante ocupación.

El piso que había debajo del mío albergaba el único excusado que había dentro de la casa además de la habitación de mis padres y un segundo cuarto que ocupaban mis hermanos Thornley y Thomas, de nueve y cinco años, respectivamente.

En la planta baja podíamos encontrar la cocina, un cuarto de estar y un comedor con una mesa lo bastante grande para acomodar a toda la familia. Había también un sótano, pero Ma me prohibía bajar jamás aquella escalera; allí teníamos almacenado el carbón, y la exposición al polvo podía enviarme a la cama durante una semana. Detrás de nuestra casa había un viejo establo de piedra. Allí teníamos tres gallinas y un cerdo, todos atendidos por Matilda desde que cumplió los tres años. Al principio les ponía nombres a los cerdos, pero allá por la edad de cinco años se percató de que alguien le cambiaba las gorrinas más grandes por otras más pequeñas al menos dos veces al año. A los seis, se dio cuenta de que aquellos mismos cerdos iban camino del carnicero y acababan en nuestro plato de la cena. Entonces dejó de ponerles nombre.

Por encima de todo aquello, Ellen Crone observaba.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

¿Por dónde empezar? Hay tanto que contar y un tiempo tan escaso y valioso para contarlo... pero yo sé cuándo cambió todo. Llegado el final de una semana en concreto, yo habría sanado, nuestra querida Nana Ellen se habría ido, y una familia estaría muerta. Comenzó de un modo bastante inocente, escuchando un poco a hurtadillas. No éramos más que unos críos —yo tenía casi siete años; Matilda, ocho—, y, sin embargo, aquella temporada otoñal jamás caería en el olvido. Y empezó con tan sólo dos palabras.

*Octubre de 1854*

—Enterrado vivo —volvió a decir Matilda en voz baja—. Eso es lo que ha dicho. De verdad que la he oído.

Aunque ella era un año mayor que yo, pasaba en compañía de mi hermana Matilda muchas de las horas de mis días, en particular cuando me quedaba confinado en mi cuarto, igual que lo estaba ese día. Nos encontrábamos de pie ante mi ventana, y Matilda señalaba hacia el puerto.

—Ma ha dicho que el hombre estaba enfermo y que, cuando ha suplicado ayuda, los hombres que han respondido han cavado sin más un agujero en la tierra y lo han empujado dentro. ¿Qué tipo de persona hay que ser para hacer eso? Sinceramente, ¿cómo han podido participar los demás?

—Ma no ha dicho semejante cosa —le dije.

Seguí con la mirada la dirección de su dedo e intenté ver a través de la niebla que ascendía del agua.

—Sí lo ha hecho. Si le preguntas por ello, estoy segura de que negará haberlo dicho, pero se lo ha contado a Pa cuando él ha vuelto de trabajar no hace más de veinte minutos. He venido a explicártelo enseguida.

Intenté no sonreír, porque sabía que Matilda sólo me había contado aquel cuento con la intención de levantarme el ánimo, pero aun así se me curvaron las comisuras de los labios, y me pegó en el hombro.

—Y ahora te estás riendo de mí. —Frunció el ceño y le dio la espalda a la ventana.

—¿Dónde has dicho que ha pasado?

No respondió, con la mirada fija en la pared de enfrente.

—Matilda, ¿dónde ha sucedido eso?

Con un profundo suspiro, volvió a mirar por la ventana.

—En el cementerio de la iglesia de San Juan Bautista. Ha dicho que lo han enterrado entre las tumbas de los suicidas.

—¿Tumbas de los suicidas?

Matilda puso cara de frustración.

—Ya te he hablado de ellas; están escondidas en el extremo este del cementerio, justo detrás del muro, siempre a la sombra. Ahí entierran a cualquiera que se quite la vida, además de a los ladrones, criminales y gente así. Hay algunas lápidas, o criptas; tierra sin más, sobre todo, que cubre cientos de tumbas deprimentes. Tampoco es suelo consagrado, así que los enterrados nunca encontrarán la paz. Pasarán la eternidad condenados.

—¿Por qué enterrar ahí a un hombre enfermo, entonces?

—¿Quieres decir que por qué han enterrado vivo ahí a ese hombre enfermo en particular?

—Si lo han enterrado vivo, ese hombre ha sido asesinado, en realidad —le dije—. Tendría tanto derecho a un entierro como cualquier otro, en suelo bendecido.

—No se puede ocultar un cadáver entre las tumbas comunes, pero entiérralo entre los suicidas y jamás lo encontrarán.

Me asaltó un acceso de tos y giré la cabeza hasta que se disipó, antes de



decir:

—Si Ma tuviese conocimiento de esto, se lo contaría a las autoridades. Haría bien las cosas.

—Quizá las autoridades ya lo sepan y simplemente les dé igual. Un enfermo menos que se pasee por las calles quizá no sea motivo de preocupación.

—¿Qué ha dicho Pa de todo esto? —le pregunté.

Matilda cruzó el pequeño cuarto hasta mi cama y se sentó en la esquina jugueteando con el dedo entre sus rizos largos y rubios.

—Al principio se ha quedado en silencio, pensando en la historia. Entonces ha dicho: «Las cosas están aún peor en Dublín», antes de volver con el periódico, y no le ha dedicado ni una palabra más.

—No me creo nada de esto; otra vez me estás contando cuentos —le señalé con una sonrisa que me curvaba los labios secos.

—¡Es cierto!

—¿Qué es cierto?

Ambos nos dimos la vuelta al tiempo para encontrarnos a Nana Ellen en la puerta, con la bandeja del almuerzo en las manos. Entró en la habitación con una diestra elegancia y, más que caminar, se deslizó sobre el suelo con pasos silenciosos y firmes y dejó la bandeja en mi mesilla de noche.

La mirada de Matilda se encontró con la mía y me dijo en silencio que no dijese una palabra sobre nuestra charla, aunque tampoco es que yo tuviese la intención de hacerlo.

—Nada, Nana.

Los ojos de Nana Ellen se entornaron al mirarme primero a mí, después a Matilda y otra vez a mí antes de regresar a la bandeja y servir una taza de té caliente.

—Esa charla entre vosotros dos es horrenda. ¿Hombres enterrados vivos en tumbas sin identificar? En serio. No es un tema para adultos, y desde luego que no es apropiado para alguien como vosotros. Y ¿cómo es que no estás tú en la cama? Menuda pulmonía vas a coger si te quedas delante de esa ventana. ¿Y después qué? Supongo que tendremos que cavar un pequeño hoyo entre las tumbas de los suicidas y meterte con los demás enfermos. —

Guiñó un ojo a Matilda—. ¿Cabría la posibilidad de que hallases un hueco en tu ajetreado día de cotilleos para mostrarme dónde encontrar ese lugar y tal vez hacerme con una pala?

Volví corriendo a la cama y me metí bajo las sábanas.

—No lo harías —le dije.

Nana Ellen trató de mantener la cara seria.

—Lo haría sin la menor duda. Ya le tengo echado el ojo a tu cuarto; el mío se está quedando un poco pequeño con el bebé ahí metido. —Cogió la campanilla de mi mesilla de noche y la hizo sonar—. Se acabará entonces todo esto, ¿no es cierto? Para mí suena como si fuese la absoluta felicidad.

Intenté arrebatarle la campanilla de entre los dedos, pero resultó ser demasiado rápida para mí; mi mano extendida no encontró más que el aire.

—Sabes que no me gusta usarla; Ma insiste en que lo haga.

—Entonces ¿tú tampoco me crees? — Matilda frunció el ceño.

Nana Ellen puso los brazos en jarras y suspiró.

—No creo ni por un instante que las buenas gentes de Irlanda se quedasen mirando mientras alguien empujaba a un hombre vivo a una tumba abierta para caer allí en el olvido. Creo que te está pudiendo tu imaginación. Estoy segura de que has oído algo, pero no ha sido eso. Quizá emplearías mejor el tiempo en la cocina ayudando a tu madre con la cena en vez de andar a hurtadillas por las esquinas para captar conversaciones que no van dirigidas a tus tiernos oídos.

—Pues mira, sí que ha dicho exactamente eso —dijo Matilda con un mohín.

Nana Ellen suspiró y se sentó en el borde de la cama, a mi lado, y extendió aquellos dedos suyos largos y finos hacia mi frente. Retrocedí ante el tacto de su piel, fría como el hielo.

—Vuelves a tener fiebre, jovencito. —Vertió agua de la jarra de su bandeja en la jofaina junto a mi cama y humedeció un paño, lo escurrió y me lo puso sobre la cabeza—. Tumbate —me indicó.

Seguí sus instrucciones y le dije:

—Grises.

—¿Qué?

—Tus ojos... hoy los tienes grises. —Y así los tenía, de un gris oscuro que me recordaba a las densas nubes de tormenta que habían cubierto el cielo del puerto apenas dos días atrás—. Ayer los tenías de color avellana. Y antes de ayer eran azules. ¿De qué color los tendrás mañana?

La mirada de aquellos ojos descendió sobre mí y se recogió los rizos rubios detrás de la oreja. La mayor parte de los días llevaba el pelo recogido, pero ese día lo llevaba suelto y le llegaba justo por debajo de los hombros.

Con frecuencia he reflexionado acerca de la belleza de Ellen Crone. No tenía semejantes pensamientos a mis casi siete años, pero, de adulto, no puedo negar su atractivo. Su piel resplandecía, inmaculada como una capa de nieve recién caída, sin una sola marca ni arruga, ni siquiera alrededor de los ojos o la boca. Cuando sonreía, la blancura de sus dientes te dejaba estupefacto. Solíamos hacer bromas respecto a su edad, y ella las hacía con todos nosotros. Se incorporó a nuestra casa en octubre de 1847, tan sólo unas semanas antes de mi nacimiento, justo después de que la señora Coghlan se marchase debido a unos problemas de salud, con la explicación de que la artritis de sus manos hacía que le resultase insoportable la tarea de cuidar de un niño. La señora Coghlan había vivido con la familia el nacimiento de Thornley y de Matilda, y se esperaba que se quedase en torno a un año más, lo suficiente para que Ma encontrase una sustituta. Su pronta despedida se produjo en unos momentos difíciles; Pa se pasaba la mayor parte del tiempo en el castillo a causa del comienzo de la hambruna, y Ma no estaba en condiciones de entrevistar a ninguna sustituta, a unas semanas de mi nacimiento. Ellen apareció como por arte de la divina providencia: tan sólo gracias al boca a boca se había enterado de un posible empleo y se había presentado ante nuestra puerta con poco más que una pequeña maleta. Dijo tener quince años en aquel entonces y ser una huérfana que había pasado los últimos cinco en una casa cuidando de los hijos de sus mantenedores —un niño y una niña de cinco y seis años— y que había perdido a toda la familia a manos del cólera el mes anterior. La madre de la casa había sido partera, y Ellen contó que la había ayudado en docenas de partos; estaba dispuesta a

ofrecer sus servicios a cambio de alojamiento y un pequeño estipendio durante un breve periodo, al menos hasta después de mi nacimiento, mientras Ma se recuperaba. Pa y Ma no disponían de ninguna alternativa, y le dieron a Ellen la bienvenida a nuestra casa, donde se convirtió de inmediato en imprescindible.

Mi nacimiento en noviembre de 1847 fue complicado. Fue un parto de nalgas, con el cordón umbilical alrededor del cuello, en manos del primo de mi padre, un destacado médico de Dublín que me tomó por un mortinato, ya que no emitía el menor sonido. El tío Edward Alexander Stoker afirmó no encontrar latido ninguno bajo mi azulada piel. Sin embargo, Ellen insistió en que estaba vivo, me arrebató de sus brazos y se puso a respirar por mí, con sus labios sobre los míos durante cerca de tres minutos, hasta que por fin tosí y me incorporé al mundo de los vivos. Pa y Ma estaban asombrados, y el tío Edward declaró que se trataba de un auténtico milagro. Más adelante, Ma me contó que estaba segura de que yo estaba muerto en su vientre, porque rara vez daba patadas; como madre de dos hijos, no le faltaba experiencia, y estaba convencida. Por ese motivo no había permitido que Pa se decidiera por un nombre. Cuando respiré y demostré que estaba vivo, aceptó el nombre de Abraham, tocayo de mi padre, y me tomó en sus brazos por primera vez.

Años después, Ma me contó que Ellen se quedó con un aspecto demacrado y extenuado aquella noche, como si ella también hubiese dado a luz y le hubiera exigido hasta el último gramo de sus fuerzas. En cuanto estuve arropado y a salvo junto a Ma, Ellen se retiró a su cuarto y no volvió a salir de él durante casi dos días para gran consternación de Pa, que se pasó las horas ante su puerta tratando de convencerla para que lo hiciese, ya que necesitaba ayuda tanto con los niños como con Ma. No se vio a Nana Ellen durante aquellas dos jornadas, y por fin apareció al tercer día sin un solo comentario con respecto al episodio y se reincorporó sin más a sus tareas en la casa. Pa la habría despedido de haber contado con una sustituta, pero no había ninguna.

En aquellos tres primeros días, mi estado no había hecho sino empeorar, y Pa temía que no sobreviviese otra noche más. Respiraba en cortas bocanadas y me atragantaba con los fluidos. Aún estaba por llorar, y mis ojos no

respondían a los estímulos a mi alrededor. No aceptaba el pecho. No comía nada en absoluto. Ellen trasladó mi cuna a su dormitorio, permaneció a mi lado siempre que estaba despierto y prohibió que los demás me viesan: insistía en que necesitaba descanso. El resto de la familia la complació a regañadientes, y en mi quinto día, hacia las dos de la madrugada, mis berridos surgieron por toda la casa por vez primera, un llanto lo bastante sonoro como para despertar a Thornley y a Matilda, que se sumaron también con el suyo propio. Pa ayudó a Ma a llegar ante el umbral de Ellen y, cuando ésta abrió la puerta con mi pequeña silueta envuelta entre los brazos, todo el mundo supo que el peligro había pasado y que viviría. Ma dijo que Ellen parecía mucho más mayor de la edad que tenía en aquel instante, un aspecto peor aún que el que mostró después de mi nacimiento, el peor que habían visto en ella. Tras dejarme en brazos de Ma, Ellen Crone continuó bajando la escalera y salió por la puerta principal en plena noche. No regresó en dos días enteros.

Cuando volvió, era de nuevo la Ellen juvenil de mejillas sonrosadas, ojos de un azul radiante y una espléndida sonrisa en los labios. Pa no la reprendió por marcharse, ya que mi situación había empeorado mientras ella estaba fuera, y de algún modo sabía que Ellen me podía ayudar igual que lo había hecho en aquellas dos ocasiones anteriores. Volvió a llevar mi cuna al cuarto de la niñera, y allí la dejó cuando Ellen apestilló la puerta con nosotros dos dentro. Saldría después con mi salud creciente y la suya menguante, una rutina que se repetiría docenas de veces en aquellos primeros años: me cuidaba hasta que recuperaba la salud, acto seguido desaparecía durante unos días y regresaba saludable para volver a hacerse cargo. Jamás se reveló cuanto acaecía tras su puerta cerrada, y Pa y Ma no le preguntaban, pero los ojos de Ellen hablaban por sí solos: eran del azul más intenso cuando su salud se mostraba bien robusta; de un gris pálido poco antes de marcharse.

Tenía ahora la mirada fija en aquellos ojos grises, consciente de que pronto volvería a irse.

—Quizá deberías centrarte en tu propia salud y no en esos tonos

imaginarios de mis ojos que sin duda no son sino un reflejo de mi atuendo. Si me pongo un vestido rojo, quizá se vean tan rojos como lo harán los del señor Nesbitt después de una noche en la taberna, ¿no?

—Te volverás a marchar pronto, ¿verdad?

Al oír aquello, Matilda levantó la cabeza de golpe.

—No, Nana. ¡No puedes irte! ¡Me prometiste que posarías para que pueda hacerte un retrato!

—Pero si ya tienes docenas de ellos...

—Me lo prometiste. —Se enfurruñó.

Ellen fue hasta ella y le pasó un dedo por la mejilla.

—Sólo estaré fuera un día o dos, como mucho. ¿No vuelvo siempre? Y entonces posaré para ti, para otro retrato más. Mientras esté fuera, necesito que cuides de tu hermano y que ayudes a tu madre. Ahora mismo está muy ocupada con el pequeño Richard. ¿Crees que podrás encargarte de la casa en mi ausencia?

Matilda asintió a regañadientes.

—Pues muy bien. Será mejor que regrese abajo y comience los preparativos de la cena. —Volvió a ponerme la mano helada en la frente—. Si no mejoras, tendré que llamar a tu tío Edward.

Al oír aquello se me hizo un nudo en el estómago, pero no dije nada.

Matilda observó cómo se marchaba Nana Ellen; después, vino corriendo a mi lado.

—Tengo que enseñarte una cosa.

—¿Qué?

Su mirada se desplazó hacia la puerta abierta, después hasta su cuaderno de dibujo, que había dejado sobre la cómoda al entrar. Cruzó la habitación y cerró la puerta sujetando el picaporte para cerciorarse de que las corrientes de aire de nuestra casa no se hacían con ella y la cerraban de un portazo. Recuperó su cuaderno y regresó a la cama.

—¿Me consideras una buena dibujante?

—Ya sabes que sí.

No era una exageración. Desde la época en que tenía tres o cuatro años, se hizo patente que poseía una habilidad sin igual entre los niños de su edad. En los últimos años, sus dibujos y cuadros habían resultado estar a la par con los de muchos adultos que gozaban de buena consideración. Para demostrarlo, Ma le había encargado a un amigo que le enseñase uno de los cuadros de Matilda a un adinerado amante del arte de Dublín. A su amigo no le había contado que era obra de una niña; se limitó a decirle que el cuadro era una preciada posesión de la familia que deseaba tasar. El hombre había ofrecido diez chelines por la pieza, pero Ma los rechazó con la excusa de que el cuadro era demasiado valioso para ella y no se podía desprender de él.

Poco después, Matilda ingresó en la escuela de bellas artes de Dublín.

Por la expresión de su cara supe, no obstante, que necesitaba renovadas alabanzas.

—Eres una pintora excelente. ¡De verdad!

Matilda entrecerró los ojos y dio unos golpecitos sobre su cuaderno de dibujo.

—Lo que estoy a punto de enseñarte ha de quedar entre tú y yo. Tienes que prometer que no hablarás de esto con nadie más.

Antes de poder responder sufrí un acceso de tos que me quemó en el pecho con cada jadeo ronco. Matilda se apresuró a servir un vaso de agua y a llevármelo a los labios. Bebí con ganas, y el líquido frío me calmó la garganta irritada. Cuando por fin se me pasó, le dije sin más que lo sentía. Matilda hizo caso omiso de aquello, tal y como era su costumbre en lo que a mi enfermedad se refería; no recuerdo una sola vez en que mi hermana reconociese el mal que me aquejaba. Volvió a dar unas palmaditas sobre su cuaderno de dibujo, esta vez con impaciencia.

—¿Me lo prometes?

Asentí con la cabeza.

—No se lo diré absolutamente a nadie.

Se diría que eso fue suficiente, ya que abrió la tapa del cuaderno y pasó una serie de hojas antes de detenerse en una en particular. Me mostró el

dibujo en alto.

—¿Quién es?

—William Cyr. —Era un granjero de Puckstown, al otro lado de la colina, y el boceto lo mostraba trabajando en sus campos.

Pasó a la hoja siguiente.

—¿Y éste?

—Seguro que es Robert Pugsley —respondí; iba montado en su carro de carnicero a domicilio.

—¿Qué me dices de ésta?

—Ma.

—¿Y éste?

—Thornley ocupándose de las gallinas.

—¿Ésta?

Estudié la imagen por un instante: una mujer de diecisiete o dieciocho años, pero nadie que yo reconociese.

—Creo que no la conozco.

Matilda fijó la mirada en mí durante un segundo y pasó la página.

—¿Qué me dices de ésta?

Otra joven, un poco más mayor que la última. Me recordaba a alguien, vagamente, pero no era capaz de situar aquella cara. Hice un gesto negativo con la cabeza.

Matilda me mostró los dibujos de otras tres mujeres, la mayor de ellas de no más de veinte años. La última estaba pintada con acuarelas; era una imagen de un color vibrante, un ser vivo captado con tal detalle que me parecía posible extender el dedo, tocar el papel y sentir el calor de su piel. Sin embargo, no reconocí a aquellas mujeres, lo cual resultaba extraño; conocía a la mayor parte de los residentes próximos a nuestra casa, y Matilda no tenía permiso para aventurarse lejos de nuestra puerta a menos que fuese en compañía de un adulto.

—¿No conoces a ninguna de esas mujeres?

Volví a mirar los dibujos y me tomé un tiempo para estudiarlos con mayor detenimiento. No fui capaz de ponerle nombre a ninguno de aquellos rostros.



—No. Quizá las conocieses en el mercado, o en el pueblo con Ma, en algún lugar donde no estuviera yo, ¿no?

Matilda negó despacio con la cabeza. Se inclinó para acercarse y me susurró al oído:

—Todos los bocetos son de Nana Ellen.

Fruncí el ceño y volví con el cuaderno de dibujo.

—Pero si no... no se parecen a ella en nada.

—Ninguno de ellos se parece a ella en nada y, aun así, todos son exactamente como ella. Podría enseñarte otra docena de ellos, pero ninguno te resultaría familiar.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco. —Volvió a bajar la voz—. Es como si cada vez que dibujo a Nana Ellen, el boceto resultante no se le pareciese lo más mínimo. No soy capaz de capturarla por mucho que lo intente; no acierto con su imagen.

No supe qué decir ante esto, así que cambié de tema.

—¿Sabes algo nuevo sobre Thornley?

Dado que yo rara vez salía de mi cuarto, dependía de Matilda para enterarme de los cotilleos de la casa, y era raro que mi hermana te decepcionase. Aunque Nana Ellen fuese el centro de sus pesquisas, mi hermano ocupaba de cerca el segundo puesto, y era frecuente encontrarse a Matilda merodeando a su sombra.

—Ah, Thornley. —Pasó la página de su cuaderno hasta una llena de texto—. Anoche le vi salir del cuarto de Nana Ellen casi a las dos de la madrugada.

—¿Y por qué estaría en su cuarto?

Matilda dio unos toquecitos en el cuaderno.

—Eso no es todo. Iba completamente vestido y, después de salir de la habitación de ella, no regresó a la suya propia; salió al exterior.

—¿En plena noche?

—En plena noche.

—¿Y qué hizo ahí fuera?

Matilda frunció el ceño.

—No lo sé. Lo perdí de vista cerca del establo. Pero estuvo ahí fuera cerca de veinte minutos y, cuando volvió a entrar, estaba mugriento.

—¿Te vio?

—Por supuesto que no me vio.

—Y ésta es ya, qué, ¿la tercera vez?

Me dijo que no con la cabeza.

—Ésta es la cuarta vez en otras tantas semanas que sale a hurtadillas de este modo. Si lo vuelve a hacer, pienso seguirle.

—Deberías decírselo a Ma.

No iba a hacerlo. Sabía que no lo haría. Eso me dijo la forma en que cerró el cuaderno de dibujo y salió enfurruñada de mi cuarto.

Mi fiebre empeoró. Hacia la novena hora de aquella noche, me dolía el cuerpo de un modo espantoso y tenía las sábanas empapadas en sudor. Ma estaba sentada a mi lado con un cuenco de agua en el regazo y un paño húmedo para limpiarme el brillo de la frente. En un momento dado, le opuse resistencia. Estaba tan destemplado que sentí el paño como el hielo sobre la piel. Hacía aspavientos con los brazos para apartarla. Fue entonces cuando Thornley y Pa entraron en la habitación, me sujetaron y me pegaron los brazos y las piernas a los costados. Mis quejidos retumbaban por toda la casa, unos sonidos guturales que se parecían más a los de un animal herido que a los de un niño.

Pasillo abajo, oí al pequeño Richard, que lloraba en la habitación de Nana Ellen, y Ma le pidió a Matilda que se encargara de él. Recuerdo que protestó, aunque no sus palabras. No quería marcharse de mi lado, pero Ma insistió. No le permitían traer al bebé a mi cuarto por miedo a que cogiera lo que fuese que me aquejaba a mí. Creo que todos sabíamos que aquello era ilógico —mi enfermedad ya duraba años, y nadie más en la familia la había contraído—, y aun así todos parecíamos coincidir en que era mejor no arriesgarse a un contagio con el niño.

Matilda salió veloz de mi cuarto, y oí a Pa maldecir a Nana Ellen por haberse marchado apenas unas horas antes. Dependían de ella, y ahora la

necesitaban más que en cualquier otro momento, y aun así se había ido, los había dejado por razones que sólo ella conocía. En mi mente febril resplandecían los bocetos que Matilda me había enseñado: docenas de mujeres que se emborrnaban y se fundían en una; se parecían a Nana Ellen por una fracción de segundo antes de descomponerse en las imágenes de unas desconocidas, mujeres de diversas edades y apariencias, todas ellas distintas, todas ellas la misma. Sus ojos pasaban del blanco y negro de un boceto a lápiz al azul más vibrante que sólo se hallaba en los óleos, mirándome a través del velo de un torbellino de oscuridad. Podía oír la voz de Nana, pero sonaba lejísimos, como si chillase desde el otro lado del puerto y la niebla devorase sus gritos. Tenía su rostro a escasos centímetros del mío, sus labios rojos y carnosos se movían para hablar, pero no emitían sonido alguno. Un instante después, allí estaba Ma de nuevo para llevarse todo aquello al pasar ese paño gélido, y deseaba apartarla a manotazos, pero los brazos ya no me obedecían. Todo se volvió negro, y me sentí como si estuviera cayendo por un pozo, como si el mundo se desvaneciera por encima de mí según me iba tragando la tierra, y me ardía la espalda al precipitarme a toda velocidad hacia el infierno. Oí que Ma me llamaba por mi nombre, pero me encontraba tan lejos de casa que sabía que me llevaría una reprimenda si se enteraba de que había salido de allí siquiera, así que no dije nada; me limité a cerrar los ojos y a esperar el impacto mientras caía al abismo. Me imaginé que así sería que te empujasen vivo a una de las tumbas de los suicidas. Aguardé la tierra asfixiante, preparado para morir bajo su manto de mugre, abandonado a los ansiosos gusanos y las lombrices del suelo.

—¡Bram!

Ma me llamaba desde lo alto del agujero, pero yo seguí en silencio. No intenté responder hasta la tercera vez, aunque entonces me falló la voz. El peso de tanta tierra sobre el pecho expulsó el poco aire que era capaz de conseguir, y sólo un gruñido sordo se escapó de entre mis labios agrietados. A mi alrededor caía la tierra, llovía en terrones enormes y me apedreaba el cuerpo frágil. En lo alto del agujero se congregó una multitud; aunque no podía ver a nadie, sí podía oírlos —gritos y chillidos, llantos e incluso

carcajadas—, primero dos voces, después cuatro, después una docena más. No era capaz de llevar la cuenta, ya que se los oía por todos lados y, aun así, no estaban en ninguna parte, a un volumen infame pero invisibles a mis ojos de todas formas.

Y entonces sólo hubo una.

Alcé la mirada a los ojos de Ma, rojos y empañados. Sostenía el paño húmedo a centímetros de mi rostro y se quedó paralizada cuando los míos parpadearon temblorosos, se abrieron y la encontraron a ella. Estaba de vuelta en mi pequeño cuarto del ático, de nuevo en mi cama, preguntándome si me había marchado siquiera.

—Está despierto —dijo ella en voz baja a alguien que se hallaba en el otro extremo de la habitación.

Intenté volver la cabeza, pero el cuello me dolía muchísimo; temí que sólo aquel movimiento bastase para separarme la cabeza del resto del cuerpo. Me sentía como si una docena de cuchillas de hielo me presionaran contra la piel.

—Frío...

—Chisss, no hables —dijo Ma—. Tu tío Edward está aquí; te va a ayudar.

El rostro de Edward apareció por encima de mí con el pelo cano, ralo y alborotado que le caía sobre las gafas redondas. Se quitó un estetoscopio del cuello, se insertó los auriculares en los oídos y presionó contra mi pecho el resonador con forma de campanilla metálica: también estaba helado sobre mi piel desnuda e intenté sacudírmelo, pero Pa y Thornley me sujetaron con fuerza.

—Estate quieto —me ordenó el tío Edward con el ceño fruncido y cara de pocos amigos. Escuchó un momento antes de volverse hacia Ma—. Su ritmo cardíaco es muy errático, y le ha subido la fiebre hasta el punto de sufrir alucinaciones. Sin un tratamiento, esa fiebre podría desembocar en unos daños permanentes... problemas auditivos, pérdida de la visión, quizá incluso la muerte.

Escuché aquello como un observador, incapaz de participar. Vi que Ma intercambiaba una mirada de preocupación con Pa mientras Thornley se

limitaba a mirarme a mí.

—¿Qué sugieres? —preguntó Ma al tío Edward.

Su voz, firme y confiada por lo general, ahora flaqueaba.

La mirada temblorosa de los ojos del tío Edward se posó en los míos y regresó con Ma.

—Debemos reducir la sangre contaminada; sólo entonces su cuerpo podrá hallar la fuerza necesaria para combatir la infección y comenzar a sanar.

Ma ya estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—La última vez sólo empeoró su estado.

—Las sangrías son el único tratamiento indicado en un caso como éste.

Traté de liberarme de su sujeción, y casi lo consigo, pues estaban distraídos en aquella discusión y habían aflojado la presión, todos menos Thornley, que me apretó el brazo con tal fuerza ante mi intento que creí que me iba a rasgar la piel con los dedos. Me miró con el ceño fruncido y movió los labios para decirme: «No».

De nuevo comenzó la negrura a envolverme como un manto y luché por mantener la consciencia. Ellos seguían hablando, pero aquellas palabras me resultaban ajenas, de un idioma que yo no hablaba. Mi cuerpo empezó a temblar con unos escalofríos tan fuertes que me sentí como si me hubiese sumergido en un lago congelado. Con el rabillo del ojo vi que Pa asentía con la cabeza.

El tío Edward se quitó las gafas, las limpió con la camisa y se las volvió a colocar en el puente de la nariz. Abrió su bolso, un maletín del mejor cuero inglés de color marrón, y sacó un tarro blanco pequeño con orificios en el tapón. Tiró con fuerza del tapón de goma para abrirlo, y sonó un ruido seco al hacerlo; acto seguido, sacó un fórceps de su maletín.

Intenté retorcerme de nuevo, pero las fuerzas ya me habían abandonado. Observé cómo metía las pinzas en el tarro y extraía una sanguijuela grande, de unos ocho centímetros prácticamente. Sujeta por las pinzas del fórceps, se retorció de un modo horrible, volvía el cuerpo hacia aquí y hacia allá, mientras el tío Edward iba acercando la criatura a mi pie.

Justo antes de que la sanguijuela desapareciese de mi ángulo de visión, vi que la ansiosa criatura succionadora abría y cerraba las mandíbulas con

apetito al aproximarse a mi piel. Ma apartó la mirada y cerró los ojos con fuerza, y Pa, aunque se había puesto pálido, se quedó mirando, sin embargo, mientras el tío Edward me colocaba la sanguijuela en el pie. Yo tenía frío, pero la sanguijuela estaba aún más fría, casi tanto como el estetoscopio. Me imaginé las minúsculas fauces de la criatura invasora que se aferraban a mi piel, el mordisco de sus dienteillos afilados que hurgaban hondo al comenzar a darse un festín con mi sangre. Vi cómo se ponía rechoncha mientras se hinchaba con mi esencia. Trataba de apartar de mi mente aquel pútrido espectáculo cuando vi que el fórceps del tío Edward regresaba con otra sanguijuela, ésta para el hombro, y otra más a continuación, y otra después de ésta.

Cerré los ojos con la esperanza de hallar la acogedora sepultura del sueño.

Las voces gritaban por todas partes a mi alrededor. Podía oír a Pa y a Ma, a Matilda y a Thornley, e incluso al tío Edward. Traté de entender las palabras y forcé los oídos para sintonizarlos con una voz u otra en particular, pero carecían de sentido. Cuando intenté abrir los ojos, tan sólo vi la espesa brea de la nada, tan profunda e imponente como las ciénagas de detrás de nuestra casa. Y a mí ahogándome en ella.

Por un instante de lo más breve, vi a Matilda de pie a mi lado con la cara hinchada y reluciente. En ese momento, ella me vio también a mí, pues se le agrandaron los ojos, y sus labios se abrieron el tiempo suficiente para pronunciar mi nombre en un grito lo bastante alto como para atraer la atención de los demás presentes en el cuarto; primero la miraron a ella, luego descendieron la mirada hacia mí. Localicé a Ma, que corría hacia la cama desde el extremo opuesto, y a Pa inclinado sobre mí a un lado y al tío Edward inclinado al otro. Edward blandió aquí y allá un largo termómetro de metal y le gritó algo a Thornley, pero todo lo dicho después de que Matilda gritase mi nombre se convirtió en unas palabras que se perdieron. Intenté forzar los ojos para clavarlos en los de Matilda, sostener su mirada como si apretase sus dedos entre los míos, pero su dulce rostro se desvaneció. No quedó nada salvo una sombra, y tras ello nada en absoluto.

—¡Todo el mundo fuera!

Oí aquellas palabras, pero llegaron a mí desde una gran distancia, apenas audibles sobre aquel alboroto. Era tal el tumulto que me rodeaba que me convencí de estar oyendo todos los sonidos de la creación al mismo tiempo; cada bufido, voz, chillido y grito del universo conocido al unísono, cada estallido posterior más ruidoso que el último. Tanto que causaba un extraordinario dolor, unas atroces navajas que me acuchillaban los oídos... y si trataba de comprender lo que oía, sabía que aquello me volvería loco.

—¡Quiero esta habitación despejada ahora mismo!

Era Nana Ellen. Sabía que era ella, de alguna manera, aunque la voz no era la suya sino un gemido, el aullido de un alma en pena que anuncia la muerte en una noche de tormenta.

En aquel momento debí de sucumbir al negror, pues un instante después me vi solo. Ma y Pa se habían desvanecido, igual que Matilda, Thornley y el tío Edward. Si Nana Ellen seguía allí, no la veía; la verdad es que no veía prácticamente nada. Todo cuanto veía eran unos minúsculos puntitos de luz que perforaban la negrura, que ahora perdía intensidad. Por primera vez percibí un olor, un aroma almizclado muy similar al de la despensa de las verduras de raíz en los últimos compases del invierno, cuando del botín del verano sólo quedan las putrefactas cáscaras cubiertas de moho que son el banquete de los insidiosos habitantes de la tierra fría y húmeda.

—¿Nana Ellen? —Susurré su nombre.

Tenía tan irritada la garganta que tomé el aire de mis respiraciones posteriores en pequeños jadeos, con los ojos llorosos por el esfuerzo.

Nana Ellen no respondió, aunque de algún modo yo sabía que estaba en el dormitorio conmigo. Sentí su presencia en la oscuridad turbia. Volví a llamarla, esta vez con más fuerza que la anterior, y me preparé para la inevitable quemazón en la garganta que llegaba con cada palabra.

De nuevo, no respondió.

Tenía frío, y otra vez empecé a tiritar a pesar de las gruesas colchas amontonadas a mi alrededor. Pa había instalado una pequeña estufa en el

rincón de mi cuarto para que proporcionase calor, y había ardido tranquilamente mientras los demás estaban allí. Ahora, sin embargo, la estufa estaba apagada, y los troncos, grises de polvo y cenizas frías como si hubieran pasado semanas desde la última vez que el fuego adornase el metal.

Algo se movió detrás de mí, a la izquierda, y me retorcí en un torpe movimiento con el fin de alcanzar a verlo. Me dolió el cuello con el esfuerzo y traté de no prestarle atención con los ojos entrecerrados para soportarlo. Si se trataba, en realidad, de Nana Ellen, se movía demasiado rápido como para que yo captase ni un vistazo suyo siquiera, ya que cuando mis ojos llegaron al lugar donde creía que estaba ella, allí no había nada salvo la esquina de mi cómoda y el espectro de mi abrigo colgado de un gancho en la pared. La prenda se movió apenas, un detalle que no me pasó desapercibido. Todas mis ventanas estaban bien cerradas, de manera que no podía decirse que hubiera ninguna corriente; era otra cosa lo que había hecho que el abrigo temblase.

—¿Por qué te escondes, Nana Ellen? Me estás asustando.

Nada más decir aquello, deseé retirarlo. Pa me habría reprendido por dar muestra de algún temor, y no digamos ya por anunciarlo, pero las palabras salieron antes de percatarme de que tendría que haberlas frenado.

Al no recibir respuesta, guardé silencio y contuve a la fuerza los temblores de mi cuerpo el tiempo suficiente para tomar aire y escuchar los sonidos de la habitación a mi alrededor. Y al tomar aquel aliento, oí que alguien más hacía lo mismo; esta vez, el sonido procedía de mi derecha, más cerca de la puerta. Volví el peso de la cabeza hacia allá, pero seguí sin ver nada; la más leve de las luces reptaba desde el pasillo por debajo de la puerta, pero parecía desfallecer en el mismo umbral, como si la estuviera manteniendo a raya la oscuridad mucho más intensa que habitaba dentro. Expulsé el aire de los pulmones y, de nuevo, un sonido similar cruzó el dormitorio, el ruido de alguien que estaba sincronizando su respiración con la mía. En el instante en que yo contenía el aliento, hacía lo propio aquella compañía a la que no había invitado, como si estuviera entregada a un inquietante juego de imitación.

Volví de nuevo la mirada hacia la puerta de mi cuarto, con la rendija de luz que perforaba la oscuridad en la parte baja. Creí ver unas sombras



moviéndose en aquella luz. Me imaginé a Matilda con la oreja pegada contra la puerta, arrastrando los pies de un lado a otro al no oír nada y después cerrando los ojos con la esperanza de que la pérdida de un sentido agudizase el otro.

Capté un movimiento a mi izquierda y forcé la cabeza para volverme hacia la pequeña estufa. Esta vez sí vi a Nana Ellen; estaba inclinada sobre el hogar, moviendo la leña con un atizador de hierro. Crepitaba y chisporroteaba con su manipulación, y por un instante capté la imagen de una sola brasa anaranjada. En lugar de añadirle yesca para avivar las llamas, sacudió el único punto de calor y dispersó los fragmentos fulgurantes de madera hasta que dejaron de brillar.

—Tengo frío, Nana Ellen. ¿Por qué estás apagando el fuego?

El aliento de mis palabras quedó suspendido en el aire sobre mí, una neblina de un blanco fantasmal.

Nana Ellen alzó la mirada hacia mí el más breve instante y acto seguido desapareció. No estaba seguro de si las traviesas sombras estaban jugando conmigo o si me había vuelto a desmayar, pero en aquel preciso momento fue como si se hubiera desvanecido de mi vista. Sin embargo, capté un breve atisbo de sus ojos antes de que desapareciese, y resplandecían con el azul más intenso. Me resultó extraño haber podido distinguir sus ojos con tan poca luz en la habitación, pero no tuve el menor problema para verlos, y una parte de mí tuvo la convicción de que ella quería que los viese. Además de sus ojos, atisbé una sonrisa que se asomaba a sus labios rojos. Y hubo incluso una risa, por breve que fuese, el único sonido.

Casi di un salto en la cama cuando unos dedos me rozaron la mejilla, y volví la cabeza de golpe hacia ellos. Nana Ellen estaba sentada en la silla que Ma había ocupado antes, y su mano avanzaba hacia mi frente. No sentí calor con su roce, la menor calidez. Ya podría haberme tocado con una astilla para prender el fuego o con la punta de una aguja de tejer. Cuando la apartó, me esperé ver una mano enguantada, pero no fue tal el caso; tenía los dedos desnudos. Me maravillé ante su aspecto, la tersura de la piel, lozana como la de un bebé, las uñas largas y perfectamente cuidadas. No eran tanto las manos de una trabajadora como las de una dama de la realeza. Incluso mis

tiernas manos a punto de cumplir siete años llevaban las marcas de las labores, y eso que yo me encontraba mucho más protegido que cualquier crío de mi edad. Tenía una pequeña cicatriz en la mano izquierda, justo por debajo del índice, que nunca había llegado a sanar en condiciones. Me pillé la mano con el borde afilado del marco de una ventana en el piso de abajo cuando era pequeño. El metal irregular me cortó la piel y me hizo sangrar a chorro. No lloré cuando sucedió; Ma se quedó maravillada ante ello y elogió mi valentía ante aquella herida. Me vendó el corte lo mejor que pudo, pero la herida era profunda, y tal vez le hubieran ido bien unos puntos. Comparto esta anécdota sólo porque las manos de Nana Ellen no tenían tales marcas, los cortes y arañazos de la vida cotidiana.

Nana Ellen me descubrió mirándole las manos y las retiró de la vista, me apartó el pelo de los ojos.

—Has empeorado de manera notable; estás delirando, presa de la fiebre. ¿Te duele?

Intenté asentir con la cabeza, pero la capacidad de movimiento me había abandonado de nuevo. Mantener los ojos abiertos resultaba doloroso, pero lo hice de todas formas, incapaz de apartar la mirada de ella.

—Tiene que doler.

Pensé que se refería a la fiebre, pero entonces me percaté de que me estaba mirando el brazo. Con todas mis fuerzas, lo levanté. Vi tres sanguijuelas por debajo del codo y otras dos, al menos, por encima. Todas estaban rollizas gracias a su repugnante banquete. La más grande, la que tenía cerca de la muñeca, parecía a punto de reventar. Aquel cuerpo grasiento se retorció y succionaba de mi piel con ferocidad. No tenía menos de seis en el otro brazo, y sabía que el tío Edward también me las había puesto por las piernas y en los pies.

Las lágrimas se me empezaron a acumular en los ojos, y Nana Ellen las retiró con la fría yema de un dedo. Vi entonces cómo se llevaba aquel dedo a los labios y saboreaba la gota salada. De manera silenciosa, hizo descender a continuación aquel mismo dedo por el lomo contorsionado de la rechoncha sanguijuela de mi muñeca y presionó sobre ella. La pequeña criatura se estremeció, después se encogió sobre sí misma y, ante mis ojos, pasó de ser

rolliza y húmeda a convertirse en un polvo seco. Luego desapareció, y no dejó más que una mancha borrosa en mi piel y el pequeño orificio colorado donde me había mordido. El dedo de Nana Ellen se quedó rojo de sangre: mi sangre.

—¿Confías en mí? —me dijo.

Incapaz de hablar, me obligué a asentir.

—No deberías —respondió.

## AHORA

Bram levanta la vista de su cuaderno de notas. Ha oído una respiración; unos graves jadeos irregulares seguidos de una bocanada de aire contra el lado opuesto de la puerta. Los pétalos de la rosa se han agitado silenciosos en el suelo de piedra. Uno de los pétalos se ha desprendido. Negro de podredumbre y arrugado por la descomposición, se ha deslizado por el suelo y ha llegado hasta los pies de Bram. El resto de la rosa no ha salido mejor parado; tendrá que sustituirla pronto.

Se vuelve a oír la respiración, larga esta vez, la exhalación de unos pulmones monstruosos.

Suena como un caballo o un perro grande, pero no es posible, porque él sabe que allí no hay tal animal. Y aun así lo oye, cada inhalación y cada exhalación más fuerte que la previa. Se imagina unos enormes orificios nasales —los de un gran danés o un mastín— en la base de la puerta, inhalando con tal fuerza y tal determinación que podría identificar todo cuanto hay en la estancia tan sólo por su olor.

Bram deja el cuaderno en el suelo, se pone en pie y cruza la habitación hasta la puerta.

La presencia al otro lado debe de saber que él está cerca, porque cesa la respiración de manera momentánea y la retoma de nuevo, esta vez más apresurada. Bram baja la cara hasta el suelo e intenta mirar por debajo de la puerta, pero hay muy poco espacio, apenas un pelo de separación entre el suelo de piedra y la gruesa barrera de roble. Llega entonces otra exhalación, y Bram retrocede a rastras; el aire es caliente y está cargado de humedad, y el

vaho le acaricia las mejillas al pasar veloz, seguido del más repugnante de los olores. Se le humedecen los ojos sólo con percibir el perfume, e intenta retroceder más aún, hasta que sus piernas chocan con estruendo contra la silla en la que estaba sentado hace unos segundos. El hedor lo envuelve, y no hay nada que Bram desee más que marcharse. Se levanta, en cambio, y se dirige hacia la ventana, asoma la cabeza al frío aire de la noche y lo aspira hasta que se limpia el tufo de la nariz y los pulmones.

En la puerta continúa la respiración, más fuerte si cabe.

Bram hunde la mano en el bolsillo del abrigo, saca un frasco pequeño y lo sostiene ante la temblorosa luz del quinqué. Apenas dos días antes, Vambéry había llenado aquel frasquito —y otros cuatro exactamente iguales— en la pila de San Juan Bautista. Dos han volado ya; después de éste, sólo quedará un único frasco, y Bram no tendrá forma de conseguir más. Con cuidado, retira el tapón y atraviesa la estancia.

De nuevo, la presencia del otro lado guarda silencio por un segundo cuando Bram se aproxima, y acto seguido retoma su rítmica respiración. Le sigue un gruñido grave, y después un chirrido en la piedra, un único arañazo vacilante, como si quien lo hace estuviera poniendo a prueba la dureza de la piedra bajo sus pies.

Bram se arrodilla ante la puerta, vuelca el frasco con prudencia y vierte el agua bendita en una línea recta, desde un extremo hasta el otro del umbral y otra vez de vuelta, hasta que no queda nada. Es como si la baldosa se la bebiese, porque tan pronto como entran en contacto, el líquido se desvanece y no deja más que una fina marca. Detrás de la puerta, la criatura retrocede con pasos cortos y rápidos. Entonces se oye el grave aullido de un gran lobo.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*Octubre de 1854*

Me desperté con una luz mortecina, unos rayos de sol grises que entraban por mis tres ventanas e inundaban mi pequeño cuarto en el ático con un resplandor que no era diurno ni del anochecer. Supuse que habría entrado la niebla procedente del puerto; era bien sabido que tal cosa sucedía en esa época del año. Había humedad en el aire, también, y aunque alguien me había dejado bien remetidas las sábanas alrededor de todo el cuerpo, de poco servían para rechazar el cortante aire del mar que trataba de hacerse conmigo.

El canto de los pájaros me dijo que era por la mañana temprano. Me dolía abrir los ojos, pero lo hice de todos modos. El cuenco que Ma había utilizado para humedecerme la frente descansaba en la mesa a mi lado junto con el paño, pero la silla pegada a mi cama estaba vacía. Esperaba encontrar allí a Ma, o a Matilda, pero ninguna de las dos la ocupaba. Estaba solo en mi cuarto del ático. Si el tío Edward seguía en la casa, no había ni rastro de él. Su maletín ya no estaba, y con él se había marchado su horrible tarro de sanguijuelas. Aparté las sábanas hacia un lado, me obligué a incorporarme y levanté un brazo a la luz. Las marcas comenzaban en la muñeca y ascendían hasta el hombro en ambos brazos, docenas de señales con tres pinchazos. Hallé unas marcas similares en las piernas, empezando por los muslos y siguiendo hasta los pies. ¿Cuántas sanguijuelas había utilizado? No pude evitar preguntármelo. Creí que me entrarían ganas de devolver, pero me

obligué a contener el vómito.

Aunque tenía frío, no era ese frío que había conocido la noche anterior mientras combatía la fiebre. Lo cierto es que tan sólo suponía que había sido la noche anterior, ya que no tenía forma de saberlo con certeza. La última vez que sucumbí a tan violento ataque dormí tres días enteros antes de recuperar la consciencia y reincorporarme al mundo de los vivos. Cuando me desperté después de aquel episodio, estaba famélico, como si no hubiese comido en días. Me habían abandonado las escasas energías que solía albergar mi cuerpo; apenas me podía incorporar en la cama, y no digamos ya ponerme en pie. Esta vez me sentía débil, por supuesto, pero no tanto como en aquella ocasión. Es más, se trataba de lo contrario, como si pudiera salir de la cama y aventurarme a atravesar el cuarto, de ser necesario; como si acabase de emerger de un gran sueño: un oso que sale de la hibernación y retorna al mundo.

Extendí el brazo hacia la campanilla de mi mesita de noche y la sacudí. Ma apareció en mi puerta unos instantes después con la bandeja del desayuno en las manos.

—Y bien, ¿cómo te encuentras esta mañana? —me preguntó dejando la bandeja en la mesa a mi lado—. Menudo susto nos diste anoche. Tenías una fiebre que superaba cualquier otra en la memoria reciente; si te soy sincera, temí que corrieses el riesgo de entrar en combustión mientras dormías... de tanto que te ardía la piel.

—¿Y Nana Ellen? ¿Está aquí? —pregunté con una voz que distaba mucho de ser la mía.

—Desde luego que está. —La mirada de Ma recorrió el pasillo hasta la puerta de Ellen—. ¿Qué recuerdas de anoche?

Intenté acordarme de lo sucedido la noche previa, pero era un borrón sombrío en el mejor de los casos. Tenía el vago recuerdo de que la fiebre había aumentado, y después había ido aún a peor hasta la llegada del tío Edward.

—El tío Edward me sangró.

Ma se sentó en el borde de mi cama y juntó las manos sobre el regazo.

—Eso hizo, y bien que lo hizo, además; la fiebre te tenía bien agarrado, y

de no haber llegado él cuando llegó, quién sabe qué habría sido de ti. Edward es una bendición para todos nosotros, y estás muy en deuda con él. Espero que así se lo digas la próxima vez que lo veas.

—Pero fue Nana Ellen quien de verdad me ayudó, ¿no fue así?

Ma se movió inquieta en el sitio y retorció los dedos entrelazados en un gesto nervioso.

—Es a tu tío a quien hay que agradecerle tu recuperación, a nadie más; fueron sus conocimientos los que pusieron fin a tu fiebre. Decir lo contrario no es más que hacer conjeturas, y no consentiré semejantes palabras.

Su mirada regresó temblorosa hacia la puerta cerrada del cuarto de Nana Ellen, pasillo abajo.

—Estoy empezando a preguntarme por qué consentimos que esa mujer continúe en nuestra casa, desapareciendo durante días seguidos para no regresar sino conforme a su propio calendario y antojo. Necesito a una persona que sea formal en lo que a tus cuidados y los de los demás niños se refiere, y no a una vagabunda veleidosa e impredecible. Pretendo hablar con tu padre sobre ella; quizá sea el momento de un cambio.

Estaba claramente molesta, y no deseaba alterarla más, así que cambié de tema.

—¿Sigue aquí el tío Edward?

—Se ha marchado al amanecer, me temo. Ha dormido abajo unas horas, pero debía estar temprano en su trabajo y no podía quedarse más tiempo. Ha tenido la amabilidad de volver a verte antes de marcharse y me ha dicho que tu estado ha mejorado mucho; una recuperación milagrosa, ha dicho. —Ma volvió la cabeza por encima del hombro y anunció en voz alta—: ¡Matilda, tu hermano está despierto!

Matilda asomó la cabeza por un rincón de mi puerta; había estado allí todo el rato.

—¡Pero bueno, serás fisgona! —exclamó Ma—. ¡Voy a coger la campanilla de Bram y te la voy a atar al cuello!

Matilda se ruborizó.

—No estaba fisgando, Ma.

Ma ladeó la cabeza.



—¿Debo creer entonces que estabas ahí de pie en el pasillo ante la puerta de tu hermano sólo porque es un sitio cómodo en el que plantar los pies?

Matilda abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor.

Pasillo abajo, el pequeño Richard comenzó a lloriquear, y Ma frunció los labios.

—Ese niño va a acabar conmigo. Quédate con tu hermano un momento.

Dicho aquello, Ma salió de la habitación, y Matilda ocupó su lugar en el borde de la cama. Extendió el brazo hasta la bandeja del desayuno, pellizcó un trozo de tostada y se lo metió en la boca; acto seguido, me ofreció a mí el resto de la rebanada. El pan estaba ligeramente duro, y no tenía mucha hambre, pero aun así me lo comí. Cuando tuve la seguridad de que Ma ya no nos podía oír, hablé en voz baja.

—¿Qué pasó anoche con Nana Ellen?

Matilda miró también hacia el pasillo en busca de Ma antes de responder.

—¿No lo recuerdas?

Negué con la cabeza y sentí el cuello agarrotado y dolorido.

—No tardó en regresar para ayudarme, ¿no fue así?

—Nana Ellen te trajo de vuelta anoche —susurró Matilda—, cruzó contigo las puertas del infierno y te arrebató de las manos del diablo. De eso estoy segura.

—Pero el tío Edward...

—El tío Edward hizo lo que pudo, y tu estado empeoraba con cada hora que pasaba. Pero Nana Ellen... no sé cómo, pero...

—¿No sabes cómo, pero qué? ¿Qué hizo?

Empecé a sentir un picor en las heridas de las sanguijuelas, y cuando Matilda me vio rascármelas, me cogió ambas manos en las suyas.

—Lo que hiciese, sucedió a puerta cerrada, pero cuando salió una hora más tarde, estaba claro que tu fiebre había cedido y que el peligro había pasado; eso sí, no hizo comentario alguno sobre sus métodos a pesar de la insistencia de Pa y del tío Edward. Salió entonces de tu habitación y se marchó a la suya sin mediar palabra en absoluto. El tío Edward aporreó su puerta durante cinco minutos enteros antes de rendirse y volver a tu lado para ver lo que Ma y yo ya veíamos; los sudores de tu fiebre habían desaparecido,

y descansabas tranquilo en esta misma cama: quieto y silencioso, tan sólo el movimiento de tu pecho nos decía que aún seguías entre los vivos. —Matilda miró hacia la puerta cerrada de la habitación de Nana Ellen—. Continúa descansando ahí dentro. —Se inclinó un poco más hacia mí—. Vi que Thornley le llevó algo después de que ella saliese de tu cuarto. Un saco grande. Algo se movía en el interior. Nana Ellen abrió la puerta antes de que él llamase, justo lo suficiente para coger el saco, y la volvió a cerrar a su espalda.

—Eso es ridículo.

—Es lo que vi.

—Debías de estar soñando.

Se cruzó de brazos en un gesto desafiante.

—Lo vi.

Giré los brazos a la luz y examiné las heridas que los recorrían de arriba abajo.

—¿Duele? —preguntó Matilda.

Estaba dolorido, y por mi experiencia en el pasado sabía que iba a tardar días en sanar, y así se lo dije aunque esta vez fuese como si las heridas se estuvieran curando más rápido, como si ya se estuviese formando una costra y me picasen de manera endiablada.

Bajó la voz aún más, hasta un susurro apenas audible sobre el canto de los pájaros del exterior.

—Hay más. Cuando Nana Ellen llegó anoche, cuando nos gritó a todos para que saliésemos de tu habitación, tenía su aspecto habitual: el de una joven sana. Pero cuando salió de tu cuarto, era cualquier cosa menos eso; fue como si hubiera envejecido una docena de años en esos minutos en que estuvo dentro. La cara se le había puesto pálida y reseca, el pelo lacio y frágil. Y sus ojos eran los de una anciana. Apenas los vi cuando pasó arrastrando los pies camino de su dormitorio, apenas, porque apartó la mirada y se protegió la cara en las sombras al pasar rápidamente, y nos cerró la puerta en las narices.

—¿De qué color los tenía? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Azules como el mar cuando entró, del gris más oscuro cuando salió.

—¿Está ocurriendo otra vez, entonces?

Matilda asintió.

Ma regresó con una copa de clarete y me la ofreció.

—Casi se me olvida; el tío Edward ha dicho que te tomaras esto en cuanto abrieras los ojos.

No es que fuera normal en mí sentir un aprecio por el clarete. No desarrollé el gusto por el vino hasta más tarde en mi vida, pero sabía por mi experiencia anterior que aquella bebida aceleraría el retorno de mis fuerzas... las pocas que tenía en aquellos días, de todas formas. Sostuve la copa en la mano y me tragué el líquido sin tomar el más mínimo aliento entre trago y trago. El vino estaba caliente y seco, y no le resultó tan sumamente horrible a mi joven paladar, pero aun así era alcohol, y enseguida noté que me embargaban sus efectos. Le devolví la copa a Ma, que me miraba con curiosidad.

—Debes de estar deshidratado; pensé que me tendría que pelear contigo para que te lo tomaras entero. Después de ver esto, empiezo a preguntarme si esta enfermedad tuya no será más que una resaca, y que te has estado escabullendo a las tabernas por las noches.

Dijo esto con un centelleo en los ojos. Sabía que era una broma; no pude evitar sonreírle.

—¿Cómo si no iba a perfeccionar mi habilidad con los naipes del *cribbage*?

Esto provocó una risa, y me alborotó el pelo.

—Ese sentido del humor que tienes te va a causar problemas algún día, pero me alegro de volver a oírlo. Anoche estaba muy preocupada. Es posible que nunca hayas estado peor. —Me puso la mano en la frente—. Sin embargo, parece que la fiebre ha cedido. Sigues un poco tibio al tacto, pero nada que se parezca a lo de antes. Te podría haber puesto a hervir un cazo de agua en lo alto de esa cabezota que tienes.

—Sí que es un poco cabezota —intervino Matilda.

Le solté un manotazo y fallé, y casi tiro la bandeja de la mesa. Ma me

cogió la mano en el aire y la tomó entre las suyas con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Día y noche he rezado al Señor en las alturas por que se terminase tu sufrimiento, por que tu enfermedad por fin remitiese. Esperemos que el tío Edward haya expulsado los demonios de tu interior.

Yo sabía que no lo había hecho. Si bien me sentía mejor, podía notar la enfermedad aprestándose dentro de mí, latente por ahora, pero lista para regresar. La sensación dolorosa en los huesos, la fatiga y los mareos; sólo la habían contenido, nada más.

—No nos lo ha contado aún, Ma —señaló Matilda, encaramada una vez más a mi cama.

—Quizá deberíamos darle un tiempo para que recobre las fuerzas, jovencita.

—Si no nos lo cuenta ahora, jamás lo recordará —respondió.

Ma sabía que aquello era cierto, un hecho que ella misma nos recordaba. «Los sueños se parecen mucho a la arena de un reloj, menguan con cada segundo que pasa hasta que el último grano desaparece por un agujero y se pierde para siempre en la oscuridad.»

Desde allá donde me alcanzaba la memoria, los tres nos contábamos nuestros sueños, nos los relatábamos los unos a los otros lo mejor que los recordábamos. Yo, en ocasiones, los registraba; tenía un cuaderno junto a la cama con aquel propósito. Tomaba nota de ellos en el momento en que me despertaba, consciente de que, si esperaba tan sólo un ratito, se desvanecerían tal y como Ma siempre nos decía que harían, y cada vez resultaría más difícil rescatarlos de la memoria. No había tenido tiempo aún de transcribir los sueños de la noche anterior, y no estaba seguro de que deseara hacerlo. Al contrario que los sueños normales, los febriles eran de una viveza extraordinaria. Matilda lo sabía, y ése era el motivo por el cual me azuzaba ahora con tanta insistencia; además, mientras un sueño normal sin duda se desvanecía poco después del despertar, los febriles se grababan a fuego en la mente. Ni siquiera quería cerrar los ojos por temor a regresar a aquella desagradable negrura que me había engullido en los peores instantes de la noche previa. El recuerdo de estar enterrado vivo era de tal claridad que podía

saborear la tierra y oír los gusanos que la horadaban a centímetros de mi cabeza, esperando hambrientos el fétido sustento en que me convertiría.

—Es que... es que no quiero —protesté avergonzado.

—¿Era espantoso? —Matilda se acercó más, con una expresión resplandeciente—. Ay, vamos, Bram, ¡cuéntalo!

Mis ojos se desplazaron de Matilda a Ma y regresaron a mi hermana. Ma me dijo una vez que si hablamos del diablo que aparece en nuestros sueños, éste pierde su capacidad para causarnos daño, de modo que, con un suspiro, les hablé de mi sepultura; recité todo cuanto era capaz de recordar. Al finalizar, me percaté de que Matilda se había acercado aún más mientras que Ma observaba sin decir palabra.

—¿Y estaba tu tumba entre las de los suicidas? —preguntó Matilda.

Al oír aquello, Ma frunció el ceño.

—¿Qué sabes tú de las tumbas de los suicidas?

La mente de mi hermana trató de elucubrar alguna manera de explicar aquello sin delatar el hecho de que había estado escuchando a hurtadillas lo que sin duda era una conversación privada entre Pa y Ma, pero antes de que pudiese ofrecer algún tipo de mentira complicada, Ma volvió a hablar:

—Estabas escuchándonos ayer a escondidas a tu padre y a mí, ¿verdad que sí?

—Sólo pasaba por allí y quizá oí la mención de las tumbas de los suicidas, pero no seguí escuchando; eso habría estado mal.

—Cierto, habría estado muy mal.

—¿De verdad esos hombres del pueblo enterraron vivo a un hombre en el cementerio? —pregunté.

Ma respiró hondo.

—De ser cierto, Horton Lowell y el agente de policía no hallaron pruebas de ello ayer por la tarde, cuando se dirigieron al viejo cementerio tras oír en el pueblo los rumores del enterramiento. No me cabe duda de que la historia no fue sino producto de la imaginación calenturienta de alguien, y pasó de un cotilleo a otro hasta cobrar vida propia. —Se volvió hacia Matilda—. El cotilleo no es mejor que escuchar a hurtadillas, ni en lo más mínimo, y más vale que no te encuentre en el futuro haciendo ninguna de las dos cosas o ese

trasero tan pálido que tienes se va a topar con una buena vara.

Me eché a reír, lo cual se convirtió enseguida en una tos. Ma me sirvió un vaso de agua y me lo bebí con ganas. Sentía irritada la garganta, como si hubiera masticado piedras y me hubiese tragado los trozos.

Ma prosiguió.

—La hambruna ha afectado a muchos de nuestros compatriotas. En Dublín, los enfermos y los pordioseros se mueren en las calles. Los pobres roban a los pobres. Hombres que antes labraban sus propios campos piden ahora limosna por las esquinas para conseguir a duras penas algo de comer para sus familias. No subestiméis jamás lo que un hombre es capaz de hacer con tal de llevar comida a la boca de su hijo hambriento.

—Pa dice que está mejorando —dije.

—A veces pienso que vuestro padre prefiere creer esa retórica que predicán entre los aristócratas del castillo. Quieren que creamos que la hambruna está llegando a su fin, así que se dedican a ir por ahí diciéndose los unos a los otros que así es, pero decir tales cosas no las convierte en hechos. —Ma bajó la mirada a sus manos—. Creo que la situación aún empeorará mucho antes de mejorar, de manera que, cuando oigo que han enterrado vivo a un enfermo, no lo descarto de inmediato como algo ficticio; sé por experiencia propia lo que puede hacer alguien malvado cuando está aterrizado. Cuando yo era pequeña y proliferaba el cólera, vi a hombres hacer cosas mucho peores que enterrar a un pobre enfermo.

—¿Era el cólera peor que la hambruna?

—No sé yo si una muerte es mejor o peor que la otra, Matilda. Ambas matan sin mirar a quién.

—¿Es eso lo que será de nosotros aquí? —dijo Matilda con una voz débil y avergonzada—. ¿Se va a morir todo el mundo?

—La hambruna es diferente, Matilda. Hay enfermedades, sí, pero nada que se parezca al cólera. La mayoría de los enfermos que tú contemplas sufren de inanición y deshidratación, hombres que beben hasta caer en el sopor después de no haber logrado mantener a su familia. Es un monstruo espantoso, a buen seguro, pero bien distinto. —Nos dio unas palmaditas en las rodillas—. Basta ya de esta charla; tenemos mucho que hacer hoy, y me

da la sensación de que Nana Ellen no nos va a ofrecer su ayuda.

Los tres miramos pasillo abajo hasta la puerta cerrada de Nana Ellen. Ma se levantó.

—Matilda, sé buena y recoge los huevos para hoy.

Mi hermana arrugó la nariz.

—¡Le toca a Thornley!

—Tu padre lo ha enviado a la cabaña de Seaver, en Santry, a buscar turba para el fuego. Ya sabes que casi no nos queda, y las noches no tardarán en volverse gélidas con la llegada del invierno.

Matilda se dejó caer de la cama y bajó dando pisotones por el pasillo sin mediar palabra.

Ma me puso la mano en la frente y sonrió.

—El Señor te ha sonreído, mi hombrecito.

Yo seguía con los ojos clavados en la puerta de Nana Ellen, y las imágenes de la noche anterior aún se representaban en el teatro de mi imaginación.

*Varias horas más tarde*

—¿Qué está haciendo Nana Ellen? —preguntó Matilda.

Me puse de puntillas y me asomé a nuestro jardín trasero por la ventana de mi cuarto.

—Está recogiendo la ropa del tendedero.

Allí de pie, me di cuenta de que ese día me sentía mucho mejor. Aunque persistía el sintomático dolor de huesos, mi enfermedad había retrocedido en cierta medida. En ocasiones pasaban semanas sin que me levantase de la cama. Permanecía tumbado tanto tiempo que a veces me salían llagas y se me atrofiaban los músculos por falta de uso. A Ma solía preocuparle que desarrollase algún tipo de infección, así que me limpiaba las llagas lo mejor que podía y las cubría con musgo de turbera que guardaba en una balda bien alta de la despensa de la cocina, lejos de la vista de Pa: una pizca de medicina de la tradición popular sin duda desdeñada por los médicos modernos de

nuestra familia. En cuanto a mi musculatura, había poco que hacer. Eran muchos los días en que, simplemente, estaba demasiado débil para salir de la cama. Ante la persuasión de Ma, lo intentaba, pero mi cuerpo no contaba con fuerzas, y allí me quedaba tumbado, dándome la vuelta a cada pocas horas con su ayuda para que las llagas no empeorasen.

Ese día resultó ser distinto.

Muy al estilo de las pequeñas marcas que me habían dejado las sanguijuelas, las llagas que apenas el día antes plagaban mi penosa piel ahora se secaban, desaparecían y picaban como un demonio. De repente habían desaparecido aquellas heridas abiertas y pustulosas que habían formado parte de mi vida desde donde alcanzaba mi recuerdo; era como si se fueran esfumando conforme avanzaba el día y sanasen con una increíble celeridad.

Y me sentía más fuerte, también. Notaba dentro de mí la presencia de una energía que había estado ausente todos los días anteriores, una verdadera fortaleza. En aquel momento ya llevaba cerca de dos horas fuera de la cama. ¡Dos horas en pie! Supliqué ir a contárselo a Ma, pero Matilda me dijo que no lo hiciese; pensó que sería mejor mantenerlo en secreto entre nosotros dos.

Estaba de pie ante mi pequeña ventana en el ático y observaba a Nana Ellen, que iba recorriendo el tendedero, retirando las pinzas y doblando con delicadeza cada prenda de ropa antes de colocarla en el cesto a sus pies. Llevaba ya diez minutos allí abajo, e iba casi por la mitad de la colada. Busqué las señales del envejecimiento que había mencionado Matilda, pero me resultó difícil verle bien el rostro. Llevaba una pañoleta sobre la cabeza, anudada bajo la barbilla, y la tela verdiblanca la protegía de mi vista. Parecía que se movía despacio, como si tuviera dolores.

—¿Cuánto le falta para terminar?

—Diez minutos —respondí—. Tal vez menos.

Thornley regresó de la cabaña de Seaver montado en la parte de atrás de un carro repleto de turba, y Pa y él se pusieron a descargar la mercancía y a llevarla al sótano mientras el carretero echaba un ojo a las densas nubes de tormenta que entraban desde el puerto. Thornley estaba cubierto de sudor, con el rostro negro de mugre y de barro.

Matilda se bajó de mi cama de un salto y se dirigió hacia la puerta.



Presionó el oído contra la madera y escuchó el pasillo.

—Suenan como si Ma y Thomas estuviesen abajo en la cocina. Richard debe de estar dormido.

—Si entras en el cuarto de Nana, Richard se despertará, y Ma o Nana Ellen vendrán corriendo —apunté.

—No lo voy a despertar; puedo ser tan silenciosa como un ratoncillo en una iglesia.

—No deberías entrar ahí; ella lo sabrá.

—¿Y cómo lo va a saber?

Bajo mi ventana, Nana Ellen dio un empujoncito al cesto con la punta del zapato para hacerlo avanzar a lo largo del tendedero.

—Lo sabrá.

—Si se marcha del tendedero, ven a buscarme. Puedes ser mi vigía.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Si tú vas, yo voy contigo.

—Pues ven; basta ya de tanta holgazanería.

Matilda giró el pomo de mi puerta, tiró de ella hacia el interior del cuarto y se movió a la velocidad justa para impedir que las bisagras chirriasen, algo que sabíamos que hacían. Con un rápido vistazo al pasillo, arriba y abajo, cruzó el umbral, descendió por el corredor y tuvo el cuidado de evitar los dos tablones que siempre se quejaban con las pisadas cerca de la escalera. Yo la seguía a poco más de un metro cuando me percaté de que aquélla era la primera vez que salía del cuarto por mi propio pie en unos tres meses. A veces Pa cargaba conmigo escalera abajo y me encaramaba en la cocina o en el sofá del cuarto de estar, pero rara era la vez que yo daba aquellos pasos por mí mismo. En mi último intento, llegué tan sólo hasta la escalera antes de agarrarme a la barandilla y caer al suelo absolutamente agotado. Pa me prohibió salir de mi cuarto después de aquel episodio, temeroso de que pudiera rodar escalera abajo y romperme un hueso, o más de uno, ya de por sí quebradizos.

Según dejábamos atrás la escalera, reparé en que no estaba en absoluto cansado. Es más, sentía la adrenalina que me corría por las venas, un estallido de energía. Cada imagen y cada sonido parecían amplificadas. Oía a Ma

hablando con Thomas en la cocina, todas y cada una de las palabras tan claras como si estuvieran en la habitación de al lado. ¿Era extraño? No lo sabía. Al fin y al cabo, Matilda los había oído desde mi cuarto con la puerta cerrada. Aun así, a mí me resultó peculiar.

Matilda llegó a la puerta de Nana Ellen y presionó el oído contra ella.

—Sigue abajo. Date prisa.

—Intento oír al pequeño Richard.

Cerré los ojos y escuché también, me imaginé la habitación al otro lado de la puerta de Nana Ellen, el minúsculo espacio que era para ella un hogar.

—Está dormido, puedo oír su respiración.

Matilda me miró un instante, dudando de mi afirmación, antes de girar el pomo. Esta puerta sí chirrió, y ambos nos encogimos ante aquella respuesta. Abajo, Ma y Thomas se reían con algo; si habían oído el ruido, poca importancia le daban, ya que no había habido ninguna pausa en su conversación. A esto le siguió el ruido metálico de las sartenes. Matilda se deslizó a través de la puerta y se adentró en las fauces del cuarto de Nana Ellen con un índice encogido para que la siguiese.

El dormitorio de Nana Ellen no era grande; en realidad, era más pequeño que el mío. De forma rectangular, con el techo abuhardillado hacia la ventana, no tenía más de tres metros de ancho por dos y medio de largo. Aunque me imaginaba que la ventana se asomaba a los campos de detrás de la casa, no podía estar seguro, ya que el cristal estaba cubierto con una gruesa manta clavada con tachuelas en las cuatro esquinas del marco. La luz intentaba escabullirse por los bordes de la manta, pero era poca la que entraba, y la estancia quedaba en una relativa oscuridad. Podía ver la silueta de Matilda de pie sobre la cunita donde dormía el pequeño Richard. Le ajustó la manta y se llevó un dedo a los labios.

Asentí. Los ojos se me acostumbraron a la falta de luz.

Apenas había muebles en el cuarto de Nana Ellen. Un armario ropero contra la pared del fondo. Había un escritorio pequeño a la derecha de la cuna sobre el cual descansaban unas hojas de papel y una péñola. A la izquierda

había una mesa solitaria, con una jofaina y una toalla. Su cama estaba hecha con pulcritud, con una mesilla de noche a su lado desprovista de todo salvo un viejo quinqué y un periódico. Al inspeccionarla con más detenimiento, me di cuenta de que la jofaina estaba más seca que una piedra. El polvo se había acumulado en el fondo.

—Qué raro es esto —susurré.

Matilda se acercó y pasó el índice por el interior del borde.

—Quizá se lave en el piso de abajo, ¿no?

Encontré un calentacamas arramblado en el rincón opuesto de la jofaina; tampoco parecía tener uso. Lo desplazé con la punta del pie, y quedó al descubierto un cerco de polvo allí donde antes estaba la base. Matilda y yo nos miramos, pero no dijimos nada. Cuando mi hermana se ocupaba de los calentacamas, Nana Ellen siempre le decía que ella se encargaba del suyo.

En ese momento reparé en las huellas en el suelo; una hilera que se dirigía desde la puerta hasta el lugar donde nos encontrábamos ahora. Una fina capa de lo que sólo podía ser polvo cubría la madera noble, sin más alteración que la que habían dejado nuestras huellas. Aunque en algunos lugares era más gruesa que en otros, parecía cubrir por entero la habitación de Nana Ellen, que estaba sucia, como si no la hubiesen barrido en un tiempo.

—Sabrá que hemos estado aquí dentro, eso seguro —dije, más para mí que dirigido a Matilda.

—Sigue buscando; ya se nos ocurrirá algo.

—¿Qué estamos buscando?

—No lo sé. Lleva todo este tiempo viviendo aquí, y sabemos muy poco sobre ella. —Extendió los brazos hacia las puertas del armario y las abrió rápidamente en un intento por sorprender a lo que fuese que aguardara en el interior. Cinco vestidos colgaban de sus perchas ordenados, y en el fondo a la derecha había una pequeña caja de ropa interior. Aparté la mirada con timidez.

Matilda soltó una risita.

—Pobrecito Bram, ¿te dan miedo un par de bragas? —Sostuvo unas en alto e hizo un gesto como si me las fuese a lanzar. Di un paso atrás, y las volvió a dejar en la caja; entonces se arrodilló junto a ella y empezó a

rebuscar entre el resto del contenido—. Una dama siempre esconde sus objetos más preciados entre su ropa interior, porque ningún hombre se atrevería a registrar ahí.

Un momento después, se levantó.

—¿Y qué es —le pregunté— lo que has encontrado entre su ropa interior?

—Nada.

Me dirigí al escritorio y cogí la primera hoja de papel.

En blanco.

Matilda me arrebató la hoja de las manos y la puso a la escasa luz que se filtraba del pasillo; acto seguido la volvió a colocar con cuidado sobre el resto del montón.

—Sigue buscando.

Fui hasta la mesilla de noche. Igual que la jofaina y el calentacamas, el quinqué tampoco parecía tener uso. El depósito estaba seco, y cuando lo olí no percibí ni el menor rastro de aceite, tan sólo el olor mohoso de un recipiente sellado y olvidado mucho tiempo atrás que se abre por primera vez desde hace siglos. Se lo conté a Matilda, pero me hizo un gesto con la mano para restarle importancia, inmersa en su tarea.

El periódico era la edición del día antes del *Saunders's News-Letter*. El titular estaba impreso en letras grandes y gruesas...

---

### FAMILIA ASESINADA EN MALAHIDE

Hacia las dos de la madrugada del viernes se cometió en Malahide un brutal y cruel asesinato en unas circunstancias de lo más repugnantes. Las víctimas son Sibean O'Cuiv, madre de los niños fallecidos, su hijo Sean, de cinco años, y su hermana Isobelle, una niña de unos dos años de edad. El tercero de los hijos, la niña Maggie de seis años y medio, consiguió escapar del atacante y fue quien alertó a James Boulger, agente al mando del cuartel de la calle de la Iglesia, quien pasaba por casualidad por un lugar adyacente cuando le llamó la atención la niña que huía de la casa.

El agente Boulger entró a continuación en la casa y oyó los quejidos de Patrick O'Cuiv, que sangraba de manera profusa por ambos brazos. El agente Patterson accedió a los dormitorios, donde encontró a la madre y a

los dos niños, pequeños e indefensos, que yacían muertos en sus camas. El propio señor O’Cuiv estuvo cerca de la muerte, ya que perdió una importante cantidad de sangre. Fue trasladado en carruaje al hospital Richmond.

---

—¿Has visto el periódico de ayer? —le pregunté.

—No, pero oí a Pa y a Ma, que lo comentaban durante la cena. Dijeron que la oficina de policía cree que el señor O’Cuiv intentó matar a toda su familia porque no la podía mantener, y después utilizó el cuchillo consigo mismo pero no fue capaz de rematar la tarea. De no haber sido por la pequeña Maggie, la habría completado sin duda y todos estarían muertos.

—¿Dónde está ahora?

—En el cuartel de la calle de la Iglesia, supongo. Lo curaron. Tendrían que haber dejado que muriese desangrado en un baño de sal por semejante crimen —dijo Matilda.

La familia O’Cuiv había venido a casa a cenar hacía poco más de un mes. La comida no fue algo ni mucho menos exagerado, y aun así se habían mostrado agradecidos; el pequeño Sean se sirvió no menos de tres veces, y su hermana pequeña apenas dijo una palabra, ya que estaba demasiado ocupada masticando una rebanada de pan del tamaño de su cabeza que había mojado en la salsa de pollo de Ma. La mujer se había mostrado comprensiblemente silenciosa: aceptar la gentileza de unos desconocidos era una experiencia de lo más humillante, algo que muchos ni se plantearían si no fuera por la acuciante falta de alimento en los estómagos de sus hijos. Había comido prácticamente en silencio, respondiendo cuando Ma y Pa le preguntaban en el transcurso de la conversación, pero nunca fue más allá de contestar a lo que se le preguntaba antes de volver a la comida con una temblorosa mirada a sus hijos, a su marido y de nuevo al plato. Intenté recordar si se había manifestado tensión de alguna clase entre los dos adultos, pero nada me vino a la mente; parecían bastante cordiales, víctimas de la hambruna, poco más.

—¿Crees que Pa podría hacer alguna vez una cosa así?

Había hecho la pregunta antes de percatarme de que había permitido que las palabras traspasaran mis labios, y sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—¡Cielos, no! Para empezar, Pa siempre encontraría una manera de darnos de comer. Pero, aunque no pudiese, no es de los que se rinden, y lo que ha hecho el señor O’Cuiv no es sino rendirse. En lugar de encontrar una solución para el problema que tenía entre manos, se ha rendido como un cobarde. Pa nunca haría eso. Si lo intentara, es probable que Ma le pegase con una sartén.

Sabía que tenía razón, pero incluso a tan tierna edad comprendía también la facilidad con que te podía engullir un problema y aislarte del resto del mundo hasta que fuese como si no existiese nada más. Eso me había enseñado mi propio aislamiento.

—¿Cómo supones que lo hizo sin despertar al resto?

—¿Te importaría dejarlo ya? Tenemos que seguir buscando. No disponemos de mucho tiempo.

—Mató a su mujer y a dos de sus tres hijos antes de que Maggie escapase—reflexioné.

—A las dos de la madrugada... es probable que todos estuvieran profundamente dormidos.

—¿Y siguieron durmiendo mientras sucedía? Quizá la primera víctima, pero ¿las demás? Me cuesta creerlo. —Volví con el periódico y eché un vistazo al resto de los titulares de primera plana—. ¿Quién es Cornelius Healy? Conozco de algo ese nombre.

—¿El señor Healy? Creo que lleva una de las fincas de la familia Domville. ¿Por qué?

—Escucha...

---

#### **ADMINISTRADOR FALLECE EN UN ALTERCADO EN UNO DE LOS CAMPOS DE LA CASA DE SANTRY**

Posible asesinato. En la noche del viernes, un hombre llamado Cornelius Healy, administrador de la familia Domville de la Casa de Santry, se vio envuelto en un altercado con uno de sus jornaleros. Se produjo una pelea a puñetazos provocada por una disputa sobre un supuesto robo de grano por parte del jornalero para alimentar a su familia.

El señor Healy le impuso como castigo ser azotado con una vara. Al verse liberado de sus ataduras, el jornalero respondió atacando al señor

Healy con sus propias manos. Los demás empleados alentaron la pelea, ya que el señor Healy y los castigos que imponía al parecer no gozaban de popularidad entre el resto de los jornaleros de aquel campo. Los testigos no han ofrecido mucha colaboración respecto al nombre del jornalero, pero sí le han contado a la policía que el señor Healy resbaló, se cayó y se golpeó en la cabeza con una piedra, lo cual provocó su muerte y la apresurada partida del jornalero. Se procederá a realizar una investigación exhaustiva.

---

—No parece que fuese muy buena persona. ¿Qué tipo de hombre azota con una vara a otro que sólo trata de alimentar a su familia? —preguntó Matilda.

—¿Cuándo fue la última vez que hubo un asesinato en Clontarf?

Matilda se encogió de hombros.

—Ahora, dos asesinatos en un día...

—Si sigues con esto, voy a coger tu ejemplar de *Los crímenes de la calle Morgue* y lo voy a enterrar en el prado. Concentra tus capacidades detectivescas en lo que tenemos entre manos; no disponemos de mucho tiempo.

Matilda tenía razón, por supuesto, pero me dije que ya seguiría investigando esta cuestión cuando se presentara el momento.

Mi hermana se apoyó en la pared y miró detrás del ropero.

—¿Qué estás haciendo?

—Veo algo ahí detrás, unido a la trasera.

Cerró un ojo, entornó el otro y trató de verlo mejor.

Yo me asomé por el otro lado. Pude verlo, también.

—Échame una mano; vamos a apartar un poco el ropero de la pared.

Juntos, metimos los dedos por el lado derecho y dimos un tirón. El pesado armario soltó un quejido contra el suelo. Matilda se quedó paralizada.

—¿Crees que lo habrá oído alguien?

Escuché con atención. Aún podía oír a Ma en la cocina.

—Me parece que no.

Matilda volvió a centrarse en el armario y metió la mano por la rendija de detrás.

—Creo que puedo alcanzarlo.

Vi cómo desaparecía la parte inferior de su brazo. Volvió a aparecer con una cartera de cuero fino.

—¿Qué es eso?

Un cordel desgastado mantenía la cartera cerrada. Le dio vueltas para liberar el cierre y abrió la solapa; entonces metió la mano y sacó lo que contenía.

Mapas.

—Ponlos aquí, en el escritorio.

—Son muy viejos —me dijo al desplegarlos—. El papel de los bordes se cae a pedazos.

—¿Cuántos hay?

Matilda los fue pasando con cuidado de no dañarlos.

—Siete. Son de toda Europa y el Reino Unido. Están Praga, Austria, Rumanía, Italia, Londres... —Su voz dejó la frase a medias.

—¿Qué pasa?

—Éste es de Irlanda.

—¿Qué es esa marca?

La estudió con detenimiento.

—Clontarf. La marca está en San Juan Bautista.

Fui pasando los otros.

—Todos tienen marcas. El del Reino Unido tiene dos: una cerca de Londres y la otra en un lugar llamado Whitby.

Matilda tenía el ceño fruncido.

—Son viejísimos. Algunas fronteras están mal. Parecen dibujados a mano. No reconozco el idioma.

Me empezó a picar el brazo.

—Creo que deberíamos volver a guardarlos, antes de que venga alguien.

Matilda no me hizo caso y siguió repasando los mapas, revisando cada uno, estudiando cada línea, memorizándolo todo.

—¿Matilda?

Se llevó un dedo a los labios.

El último mapa.



—Muy bien —dijo en voz baja, más para sí que para mí.

Devolvió los mapas al interior de la cartera.

—Asegúrate de que están en el mismo orden.

—Lo están.

Matilda volvió a atar el cordel y a colocar la cartera detrás del ropero; la colgó de un pequeño gancho en el que no me había fijado antes.

—Ayúdame a ponerlo en su sitio —me pidió mientras agarraba el costado del armario.

Juntos, situamos de nuevo el armario en su lugar, y lo levantamos tanto como pudimos para evitar que volviese a hacer ruido.

—Podría haber algo más. Tenemos que seguir buscando —dijo Matilda, que centró la atención en el escritorio y se puso a rebuscar en los cajones.

Yo me volví hacia la cama.

Un grueso edredón de plumón de ganso cubría la pequeña estructura, y había una sola almohada de plumas apoyada en el cabecero. El armazón de madera era similar al de mi cama, un simple bastidor con adornos tallados de poca profundidad y teñido de un sobrio color marrón. Me incliné para acercarme y olí el edredón. Se me torció la nariz, y un potente estornudo se abrió paso a la fuerza.

—¡Bram!

Me tapé la nariz y traté de contener el segundo, pero llegó con más ímpetu que el primero.

—Alguien te va...

Estornudé una tercera vez y se me saltaron las lágrimas. Cuando un cuarto comenzó a hacerme cosquillas en la nariz, encontré la fuerza para detenerlo al tiempo que Matilda venía hacia mí y me apretaba un pañuelo contra la cara. Le hice un gesto con la mano para que se apartase y retrocedí sin quitarle ojo al edredón. Cuando empecé a inclinarme de nuevo hacia él, Matilda trató de apartarme, pero me la quité de encima. Esta vez no inhalé, sino que me fijé mejor. El edredón estaba cubierto de polvo. No era una capa fina, sino ese tipo de polvo que ves que cubre los muebles arramblados en un ático. Un polvo como aquél no aparecía sin más; se acumulaba con el paso del tiempo a causa de la falta de atención y el abandono.

—¿Con qué frecuencia dirías tú que Nana Ellen nos cambia las sábanas?  
Matilda se lo pensó durante un segundo.

—Todos los sábados, sin falta.

—¿Y por qué no lo hace con la suya?

La pregunta se quedó suspendida en el aire, ya que ninguno de los dos tenía una respuesta.

—Y ya que estamos, ¿dónde duerme, si no lo hace en la cama?

Tenía una silla de madera ante el escritorio. Con la dureza del respaldo y los brazos, no permitiría mucho más que repantingarse. No me podía imaginar que nadie tratase de dormir allí.

—A lo mejor duerme en el suelo —propuso Matilda—. Mi amiga Beatrice me contó una vez que su padre duerme siempre en el suelo por un acuciante dolor en la espalda. El suelo de madera es la única superficie que le proporciona alivio.

—No creo que Nana Ellen tenga problemas de espalda.

—¿Dónde, entonces?

El polvo del suelo se acumulaba más en las proximidades de la cama.

No sé por qué me percaté de ello; quizá fuera, simplemente, porque tenía la mirada baja. Ante el armazón de la cama, no es que estuviera sucio: el polvo se había apilado y se elevaba hacia la estructura. Era como si alguien hubiese barrido la habitación hacia la cama en repetidas ocasiones, en lugar de hacerlo hacia el centro del cuarto, donde se podía recoger con más facilidad. Me recordó a los montones de tierra que la lluvia arrastraba y acumulaba contra la casa, que trepaban por las paredes como si quisieran entrar. ¿No era ése su objetivo, llegar dentro y reclamar aquel espacio que, en última instancia, era propiedad del campo?

Bajé la mano y levanté la esquina del colchón.

La cama de Nana Ellen estaba montada igual que la mía. Bajo las mantas y las sábanas había un colchón relleno de plumas de ganso o de gallina, de no más de trece centímetros de grosor. Aquello era un lujo para la mayoría de la gente, algo por lo que nosotros estábamos muy agradecidos. El puesto de Pa nos daba acceso a algunas cosas de primera calidad y, si bien mis padres no despilfarraban mucho, una cama en condiciones sí era algo en lo que ellos

creían de manera ferviente. Estaban convencidos de que, sin un buen descanso por las noches, no daríamos la talla en nuestras tareas del día siguiente, y ese incumplimiento llevaría, a su vez, a la apática inactividad que veían en tantos de nuestros compatriotas. Si aquello era cierto o no, yo no lo sabía, pero siendo alguien que había pasado una parte sustancial de su vida en la cama, agradecía la comodidad.

Debajo del colchón de plumas de mi cama había un cajón lleno de paja. Cada primavera retirábamos la paja vieja y la sustituíamos por otra nueva traída de los campos de detrás de Artane Lodge. La compactábamos bien, y aquel cajón, de unos sesenta centímetros de alto, era la base perfecta. Debajo del colchón de Nana Ellen había otra caja similar, pero, al apartar el colchón, no fue paja lo que encontré, sino tierra, densa y negra. En el centro de aquella tierra se veía la huella cóncava de un cuerpo.

—¿Duerme ahí dentro? —Matilda suspiró aquellas palabras—. Pero ¿por qué?

Yo, sin embargo, no respondí; estaba demasiado absorto observando las lombrices y los gusanos que asomaban retorciéndose para saludarnos y se deslizaban por aquella tierra pútrida procedentes de las nauseabundas entrañas de la cama.

Fue Matilda quien habló primero, con la voz temblorosa.

—Tenemos que salir de aquí.

Aun así, yo seguía con los ojos clavados en la cama, en la silueta del cuerpo de Nana Ellen marcado contra la tierra húmeda. El hedor, a muerte y descomposición, era prácticamente inaguantable, como si la pala del sepulturero acabase de dejar al aire un cadáver abandonado a la putrefacción en la tierra. Unos gusanos blancos se sumaron a las lombrices, salieron a la superficie temblando de vigor y excitación, retorciendo aquellos cuerpecillos. La mente se me fue y retrocedió a la última ocasión en que había visto una imagen semejante, un año atrás. Thornley había estado trabajando en el campo de Artane, cerca del establo, y llegó corriendo por detrás de la casa. Yo disfrutaba de un día mejor que la mayoría, y Ma me había llevado al piso

de abajo, al sofá del cuarto de estar. Cuando entró de sopetón con la cara enrojecida y goteando de sudor, Thornley apenas podía hablar. Había corrido tanto que le faltaba el aire, y necesitó de un momento para recuperar la voz.

—Tienes que ver esto —dijo por fin entre jadeos—. Detrás del establo.

Él tenía ocho años por aquel entonces, y yo sólo seis, pero la excitación en su mirada encendió un fuego en mi interior y quise ver lo que fuese que hubiera encontrado. Quise verlo en aquel instante y en aquel lugar, y sentí una energía que me recorrió por dentro y me ayudó a ponerme de pie. Podía caminar, aunque no muy bien, así que Thornley se puso mi brazo sobre los hombros y me ayudó a abordar cada paso. Más rápido de lo que me habría podido mover yo por mi cuenta, pero más lento de lo que él habría esperado, salimos de la casa y cruzamos el campo hasta el establo, situado en el lado este. Era una estructura grande, construida para albergar a más de un centenar de vacas y cerca de una docena de caballos y otro ganado diverso, que se elevaba sobre la mayor parte de la finca y proyectaba una sombra de inmensas proporciones sobre la tierra circundante. Juntos, lo rodeamos por el lado sur hacia el gallinero. Antes de llegar, sentí que algo iba mal, pues las gallinas hacían un estruendo de lo más horrible. Su habitual cacareo había dejado paso a una serie de cloqueos y chillidos nerviosos que jamás habría imaginado que pudieran proceder de un ave de corral. Al aproximarnos, me fijé en que el suelo embarrado estaba lleno de plumas pardas y blancas y espesas manchas rojas que se extendían por el propio gallinero.

—¿Que ha pasado? —le pregunté.

—Un zorro, creo yo. Esto ha sido un zorro. O quizá un lobo. Algo que se metió anoche en el gallinero y mató a seis gallinas —contestó Thornley—. Echa un vistazo.

Entonces me llegó el hedor, ese olor a cobre de la sangre derramada y la carne desgarrada.

—No quiero.

—No seas tontaina.

—Que no, que me lleves a casa.

Pero no quiso; siguió acercándose a rastras. Daba igual que hubiera dejado de mover los pies y hubiese clavado los talones en la tierra; Thornley

era mucho más fuerte que yo, y tirar de mi frágil cuerpo no le suponía un gran esfuerzo. Antes de darme cuenta, estábamos de pie junto a la puerta abierta del gallinero, y mis ojos no pudieron evitar posarse en los cuerpos hechos trizas de media docena de gallinas. Una nube de moscas, densa y sombría, zumbaba sobre el gallinero, se posaba en la carne nudosa y se daba un festín. Unos gusanos minúsculos salpicaban la carne expuesta; recién salidos de sus huevos y hambrientos, se montaban unos encima de otros en busca de su siguiente bocado. La bilis me hinchó la garganta y, antes de poder volver la cabeza, el vómito me salió a chorro por la boca sobre aquella masacre.

Thornley se echó a reír.

—Me he imaginado que te gustaría saber de dónde venía el pollo cuando Ma te lo sirva esta noche. Recién salido del matadero.

—¡Bram, tenemos que irnos! —insistió Matilda en un susurro a voces, tirándome del brazo.

—No lo entiendo —dije en voz baja—. No es posible que ella...

—¡Vámonos!

Matilda intentó tirar de mí hacia la puerta, pero me mantuve firme en el sitio. Mis ojos regresaron al polvo en el suelo, el modo en que formaba una pequeña pendiente al tratar de trepar por los lados de la cama. Entonces lo comprendí. Cuando Nana Ellen barría su habitación, desplazaba el polvo hacia la cama, en lugar de apartarlo de ella o de empujarlo en un recogedor. ¿Volvía a depositarse en el suelo cuando ella entraba y salía del armazón de la cama?

Volví a mirar al suelo y estudié las huellas que partían de la puerta y recorrían el cuarto, numerosas y pequeñas —las huellas de unos niños—, ninguna lo bastante grande para ser de un adulto.

—No deja huellas.

Matilda se volvió desde la puerta y me miró.

—¿Qué?

—Las huellas en el suelo, son todas nuestras. ¿Ves lo canijas que son?

Nana Ellen es pequeña, pero sigue teniendo los pies más grandes que nosotros. No ha dejado ni una sola huella. ¿Te acuerdas de cómo estaba el polvo cuando hemos entrado, en una capa fina, uniforme y sin alterar?

Al decir aquello, el pequeño Richard comenzó a moverse en la cuna; se me había olvidado que estaba en la habitación con nosotros. Matilda fue a verlo. Había empezado a dar patadas con sus piecitos, y la manta se había caído. Richard torció el gesto, y por un breve instante el cuarto se sumió en un absoluto silencio; entonces abrió la boca y soltó un berrido lastimero lo bastante fuerte como para que se oyese en toda la casa. Matilda lo cogió en brazos y se lo llevó al pecho mientras lo mecía con delicadeza.

Me apresuré a volver a colocar el colchón en su posición original con cuidado de no tocar el edredón polvoriento.

Ma apareció en la puerta.

—¡Los pulmones de ese crío van a espabilar a los muertos! No lo habrás despertado tú, ¿verdad?

Matilda negó con la cabeza y, sin inmutarse, se le escapó una mentira.

—Estábamos en el cuarto de Bram cuando se ha puesto a llorar. No sabía dónde estaba Nana Ellen, así que se me ha ocurrido venir a verlo. Creo que hay que cambiarle el pañal.

Ma, sin embargo, no la estaba escuchando; me miraba fijamente a mí.

—¡Bram! ¡Qué haces fuera de la cama!

Cuando comencé a atravesar la habitación, se apresuró hacia mí y me pasó el brazo por la espalda en un esfuerzo por ayudarme, pero me la quité de encima.

—Puedo yo solo, Ma. ¿Lo ves?

Y eso fue lo que hice, caminar desde la cama hasta la puerta. Mentiría si dijese que fue sencillo; aquel esfuerzo bastó para hacer que el sudor me perlase la frente, pero me sentía mucho mejor de lo que me había sentido en mi reciente recuerdo. Mi musculatura deseaba trabajar, pero, después de años de atrofia, el movimiento resultaba dificultoso.

A Ma se le humedecieron los ojos.

—Pero bueno, que me...

—¡Está bien, Ma. Puede hacerlo! —exclamó Matilda.

Ma le hizo un gesto con la mano para que se callase y me cogió en sus brazos.

—Dale gracias a tu buena estrella por contar con el tío Edward. ¡Que Dios le bendiga!

Me estrechó en un abrazo que casi me levanta los pies del suelo. Bajo las mangas del camión me picaban las mordeduras de las sanguijuelas.

—Jamás alcanzaré a comprender cómo esa mujer mantiene la casa limpia pero duerme en semejante desastre. —Eché un vistazo a la habitación con cara de asco—. Fuera de aquí los dos.

Hay algo que no le conté a Matilda aquel día, algo que me guardé para mí y que me llevará a la tumba. Al fijar la mirada en la tierra de la cama de Nana Ellen, al observar cómo se retorcían las lombrices y los gusanos aquí y allá, al percibir el olor de la muerte, yo no sentí la misma repulsa que ella, la que debería haber sentido. En cambio, me resultó vagamente acogedora, me quedé allí de pie luchando con todas mis fuerzas contra el impulso de meterme allí dentro y tumbarme.

### *Por la noche*

No era capaz de recordar la última vez que me había sentado a la mesa para cenar con el resto de la familia. ¿Lo había hecho alguna vez? Mi enfermedad había dominado mi vida durante tanto tiempo que lo único que recordaba eran las comidas en mi habitación que otros miembros de la familia me traían por turnos. Aquello me hacía sentir como una carga para ellos, una obligación doméstica con la que había que cumplir. Al principio, cuando Ma me acompañó abajo, ni siquiera estaba seguro de dónde sentarme. Había siete sillas alrededor de la mesa grande de madera, seis de las cuales tenían su cubierto puesto. De no haber sido por el gesto que Matilda hizo con la barbilla para señalar el asiento a su derecha, el que no tenía cubierto, me habría quedado allí de pie como un tonto delante de mi familia,

observándolos.

Me instalé donde Matilda me había indicado, y Ma me trajo un plato y los cubiertos. Jugaba torpe con el tenedor entre los dedos. Al echar un vistazo por el resto de la mesa, pude darme cuenta de que los demás también estaban inquietos. Mi hermano Thomas se sentó justo enfrente y se me quedó mirando. Cada pocos minutos, el dedo se le deslizaba en el interior de la nariz en busca de algo que no me atreví a contemplar, y Matilda le propinó una rápida patada por debajo de la mesa. Thomas le puso mala cara y continuó con su infame cruzada. Ma se sentó a mi derecha, ajena a las actividades de Thomas y de Matilda, ocupada como estaba con Richard, que se encontraba bien sujeto en una sillita alta a su otro lado. Ya le habían servido la comida, y Ma trató de meterle en la boca una cucharada de puré de patata para ver de inmediato cómo volvía a escupir el montoncito pálido y se lo frotaba en el regazo.

Pa se sentó enfrente de Ma, a la cabecera de la larga mesa. No creo que quisiera llamar la atención sobre mí, sino más bien al contrario: prefirió fingir que mi presencia no tenía nada de extraño. Agradecí aquello. Aparte de las miradas descaradas de Thomas, los demás trataron de ocultar su curiosidad. En más de una ocasión sorprendí a cada uno de ellos mirándome, pero nada se dijo al respecto.

No obstante, Thornley lo mencionó después de forma abierta, con una franqueza apabullante. Le pedí que me pasara el pan, y él me respondió con un:

—¿Qué, por fin abandonas la tarea de morirte para asomarte a ver lo que está pasando en el resto del mundo?

Al oír aquello, Ma le lanzó su mirada más furiosa.

—Tu hermano ha estado bastante enfermo, y creo que deberías estar agradecido de que tu tío Edward nos lo haya devuelto.

—Lo que creo es que, mientras esté encerrado en su cuarto, no está aquí abajo ayudando con las obligaciones. Cualquiera diría que no sufre más que de pereza —respondió Thornley.

Pa arqueó las cejas pero no añadió nada a aquella conversación espinosa; lo que hizo fue desplegar el periódico del día y echar un vistazo a los



titulares.

Thornley sólo me sacaba dos años, pero a mí me parecía mucho más mayor. También era más grande, y descollaba no menos de quince centímetros por encima de mí. Mientras que yo era flaco y delicado, él era corpulento, en gran medida a causa del trabajo que hacía para ayudar a Pa y a Ma con la casa. Se encargaba de la mayoría de los animales y del patio, cargaba con cachivaches y cosas así. Aquello había contribuido a hacer de él un muchacho fuerte; incluso a los nueve años, era más grande que otros de su edad, y él lo sabía. Thornley siempre era rápido pinchando, ya fuese verbal o físicamente.

Nana Ellen apareció con una cacerola grande de estofado, la dejó en el centro de la mesa y comenzó a servir los cuencos de uno en uno, empezando por Thomas. Cuando llegó al mío, Matilda me dio un golpecito por debajo de la mesa. Sin embargo, yo no levanté la vista para mirarla. Si Nana Ellen sabía que habíamos estado husmeando en su habitación, no dijo nada sobre el particular. Entró después de tender la colada y se dirigió a guardar la ropa sin la menor mención de nuestro allanamiento. Incluso cuando dejó mi ropa limpia en los distintos cajones de mi cómoda, lo hizo sin mediar palabra, con la cabeza baja y el rostro aún oculto por la pañoleta.

Nana Ellen me ofreció mi cuenco de sopa, y lo tomé de sus manos sin mirarla a los ojos, aunque los podía sentir sobre mí. No me atreví a mirarla a la cara hasta que llegó a Pa. Matilda tenía razón. Era como si Nana Ellen hubiese envejecido en los últimos días; tenía la piel pálida y gris, carente del brillo que solía florecer en sus mejillas. Los mechones de pelo rubio que asomaban de su pañoleta tenían un aspecto seco y quebradizo. Intentó volver a meterlos bajo el pañuelo, pero asomaban de nuevo y le colgaban sobre la cara.

—No tienes buen aspecto, Ellen. ¿Necesitas descansar? —dijo Ma desde el otro extremo de la mesa mientras le limpiaba los mofletes a Richard con una servilleta.

Nana Ellen le ofreció una leve sonrisa.

—Creo que he cogido un resfriado, eso es todo. Me pondré bien. Me tumbaré después de la cena y lo cortaré de raíz. Nunca he sido de esas

personas que dejan que una enfermedad las someta.

Los pensamientos sobre su cama me volvieron a la cabeza, las lombrices y los gusanos pequeños que se colaban por la tierra. Me la podía imaginar tumbada encima de todo aquello, con los ojos grises muy abiertos en una mirada perdida mientras aquellas criaturas del subsuelo se alimentaban lentamente de su cuerpo. Me empezaron a picar las mordeduras de las sanguijuelas en los brazos, y contuve el impulso de rascármelas. Tenía una de ellas a la vista en la muñeca; no pude evitar bajar la mirada hacia ella, y ahora era poco más que un pequeño círculo rosado y curado casi hasta el punto de resultar invisible. Me percaté de que Matilda me estaba mirando, me tiré de la manga de la camisa hacia abajo para cubrir la marca y me quedé esperando una patada por debajo de la mesa que nunca llegó.

Le di un mordisco a mi trozo de pan, y Pa carraspeó.

—¿No se te olvida algo?

Observé el trozo de pan que tenía en la mano y acto seguido bajé la vista a la sopa sin saber muy bien a qué se refería.

Thornley dejó escapar una risita.

Pa le frunció el ceño antes de volver a mirarme a mí.

—Una familia civilizada bendice la mesa antes de comer.

Había pasado tanto tiempo comiendo en mi cuarto que tales cosas ya se me escapaban. Dejé el pan al lado del cuenco, junté las manos y cerré los ojos.

—Quizá deberías hacerlo en voz alta —dijo Pa.

Abrí los ojos. A Thornley se le pasó por la cara una sonrisa de suficiencia, y sentí que se me sonrojaban las mejillas.

—Sí, Pa.

Intenté recordar la última vez que bendije la mesa y no pude, así de simple. Se me quedó la mente en blanco, y me vi con los ojos clavados en el cuenco de sopa.

Pa miró a mi hermana.

—Matilda, recuérdale a tu hermano cómo se bendice la mesa.

Matilda enderezó la espalda en su silla y juntó las manos, con una voz sonora que retumbó por la sala.

—Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a tomar, y haz que tengamos siempre presentes las carencias y necesidades de aquellos que no son tan afortunados. Amén.

—Amén. —Me uní a los demás en una voz que se me quebraba y era un poco más aguda de lo que me había esperado.

Pa le hizo a Matilda un gesto de asentimiento y regresó con su periódico.

No volví a llevar la mano al pan hasta que vi que Ma untaba el suyo con mantequilla.

—¿Dice algo de Patrick O’Cuiv? —preguntó ella.

Pa sacudió el periódico y regresó a la primera página.

—Ah, sí. Al parecer, la historia se complica de manera sustancial. Escucha...

---

#### **PADRE DE LA MASACRE DE MALAHIDE SOSPECHOSO DEL ASESINATO DE LA FINCA DE SANTRY**

Las autoridades policiales hallaron a Patrick O’Cuiv al borde de la muerte en su residencia de Malahide; las circunstancias levantaron sus sospechas, ya que no fue hallado solo en su casa, sino en compañía de su esposa y dos de sus tres hijos, todos muertos en sus camas. Al ser informado de la situación de su familia, el hombre entró en estado de histeria y hubo de ser reducido en su dolor. Ha salido a la luz el hecho de que el señor O’Cuiv es el jornalero que estuvo implicado en la pelea con el fallecido administrador Cornelius Healy de la finca de Santry.

---

Ma hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es terrible. De modo que no sólo mató a su familia, sino también a su patrono, ¿verdad?

Pa se encogió de hombros.

—Para mí, la muerte de su patrono no parece ser más que un accidente. Un hombre en una situación desesperada que ya no puede aguantar más. Llegaron a las manos, y Healy pagó el precio. No se le echará de menos; ese hombre era un perdonavidas ostentoso al que nada le gustaba más que el sonido de su propia voz y el tintineo de las monedas que llevaba en el

bolsillo. Podría haber prescindido de un poco de grano, pero en cambio, va y azota a un hombre que intenta alimentar a su familia. Se topó con la ira de Dios, nada más. Ahora bien, ese asunto de la propia familia de O'Cuiv, eso me parece trágico. —Pa hizo una pausa durante un segundo, se sacó la pipa del bolsillo del pecho y comenzó a llenar la cazoleta con el tabaco de la bolsita marrón que siempre llevaba encima—. Aun sin esperanzas a la vista, no alcanzo a imaginar a un padre dispuesto a quitarles la vida a su propia esposa y a sus hijos al verse incapaz de mantenerlos.

Richard empezó a hacer ruido, Ma extendió el brazo y le acarició la mano.

—Quizá se encontrara ya entonces en un momento bajo y no pudiera aguantar la perspectiva de algo peor después de matar a su patrono. Al fin y al cabo, si un hombre con un jornal es incapaz de dar de comer a su familia, ¿qué va a hacer un hombre sin un jornal y culpable de asesinato? —Richard soltó un eructo. Ma frunció el ceño—. ¿Alguna mención de su hija, la que escapó?

—Hoy nada.

—Me pregunto quién la acogería. No creo que los O'Cuiv tuviesen familia en la zona. Creo que Sibean O'Cuiv dijo que su familia residía en Dublín, aunque quizá me equivoque.

—Me imagino que la estarán cuidando bien.

—A lo mejor se puede quedar con nosotros —sugirió Matilda—. No me importaría tener una hermana.

Pa miró hacia el lado opuesto de la mesa por encima de su pipa, pero no dijo nada.

Ma le dio unos golpecitos en la mano a Matilda.

—¡Eso mismo le he dicho yo a tu padre en numerosas ocasiones! Las mujeres estamos en una excesiva inferioridad numérica en esta casa; si el Señor misericordioso no ve apropiado bendecir a esta familia con otra hija, quizá deberíamos considerar la posibilidad de incorporarla nosotros.

—¿Crees que la niña vio lo que sucedió? —pregunté.

Pa dejó escapar un pequeño anillo de humo de entre sus labios y dijo:

—Lo más probable es que lo viera todo; ¿por qué iba a huir, si no? Una

cosa así deja su marca en un niño, una marca que nunca se podrá quitar, ni se desvanecerá. Dentro de veinte años se despertará con esas imágenes en la cabeza. Presenciar cómo tu propio padre les arrebató la vida a tu madre y a tus hermanos es una atrocidad inimaginable de la que no hay manera de huir. Sólo queda albergar la esperanza de que algún día encuentre una felicidad lo bastante intensa como para equilibrar el mal cometido por ese hombre.

Vi con el rabillo del ojo que Nana Ellen tomaba asiento delante de su propio cuenco de sopa. Le noté un leve temblor en la mano al introducir la cuchara en el caldo y llevársela a la boca. Aunque tenía los labios separados, la sopa no los traspasó en ningún momento. Vi en cambio que bajaba la cuchara de nuevo a la sopa. Repitió el gesto un instante después, y no llegó a meterse la sopa en la boca. Matilda también la estaba observando, y cuando Nana Ellen se fijó en nosotros desde el otro lado de la mesa, apartamos la mirada, se me escapó la cuchara de entre los dedos y casi la tiro al suelo.

Nana Ellen empujó su cuenco hacia delante.

—Creo que esta indisposición sí que está pudiendo conmigo; les ruego que me disculpen.

Dicho eso, se levantó de la mesa y subió la escalera sin echar la vista atrás.

### *Más tarde*

—¿Qué está haciendo? —susurró Matilda cuando volví a subir a mi cuarto sin hacer ruido y cerró la puerta detrás de mí.

—No he podido oír nada —le dije en voz baja.

Matilda se sentó en mi cama, cuaderno de dibujo en mano, a recrear con detenimiento los mapas de la habitación de Nana Ellen. Cómo los recordaba con tal detalle es algo que jamás entenderé.

—A lo mejor está durmiendo —dijo sin levantar la mirada.

Después de la cena, Matilda y yo habíamos regresado a mi cuarto en el ático, con los ojos de los demás clavados en nuestra espalda mientras subíamos por la escalera. Aunque fueran mi familia, yo era un desconocido

entre ellos. Lo cierto es que dudo que jamás creyesen que fuera a sobrevivir a mi primer año, y mucho menos a los primeros siete. Pensaban que iba a morir: ese día no, quizá, ni tampoco el día siguiente, pero no a mucho tardar, y eso les impedía intimar conmigo. Incluso Ma, que pasaba gran parte de su tiempo conmigo, lo hacía a una cierta distancia, con un abismo tácito siempre entre nosotros. Rara vez veía yo a Pa, y Thornley me evitaba por completo. De manera que una sensación de alivio se apoderó del ambiente cuando me excusé para regresar al piso de arriba, aunque bajo tal alivio no desapareciese el pavor: a los días buenos, tal y como todos parecían presentir en silencio, siempre los seguían los días malos.

—No está durmiendo. —Me la imaginé sentada en el borde de la cama, el colchón apartado y sus dedos jugando con la tierra de allí debajo, la cálida humedad que le reptaba por el brazo, algo acogedor—. ¿Alguna vez la has visto comer? —pregunté.

—Cena con nosotros todas las noches.

—No, quiero decir que si alguna vez la has visto comer de verdad.

Matilda se lo pensó un segundo.

—Pues... no lo sé. Supongo que no, pero es que nunca le he prestado mucha atención. ¿Estás dando a entender que no lo hace?

—Esta noche ha fingido que comía.

—No se encontraba bien. Tú sabes mejor que nadie cómo es lo de intentar comer cuando estás enfermo. Quizá lo ha fingido para no herir los sentimientos de Ma. Es probable que no quiera que crea que no le gusta la sopa.

Me picó el brazo, y me rasqué la piel sensible.

—Déjame ver eso —dijo Matilda, que dejó el cuaderno de dibujo y extendió la mano hacia la manga de mi camisa.

Me aparté. No sabía muy bien por qué, tan sólo que no deseaba que lo viese. Me daba la sensación de que nadie debería verlo. Si alguien lo veía, no haría sino suscitar más preguntas, unas preguntas que no podía responder.

Matilda me miró fijamente.

—¡Bram!

—Es asqueroso, Matilda. No quiero que lo veas.

—Ya he visto antes tus mordeduras de las sanguijuelas. Ven aquí.

De nuevo me aparté y retrocedí hasta que me topé con la pared.

—¿Qué mosca te ha picado?

Me encogí contra la madera gélida, preparado para empujar a mi hermana, deseando escurrirme a través del yeso y el revestimiento exterior hasta el aire glacial, y después...

—Está fuera —dije en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—Nana está ahí fuera.

Matilda fue hasta la puerta de mi cuarto y abrió una rendija suficiente para asomarse al pasillo.

—¿Cómo puede estar ahí fuera? Si no ha salido de su habitación. La habríamos oído.

—No sé cómo, pero está ahí fuera.

—¿Cómo lo sabes?

Abrí la boca para responder, pero no pronuncié una palabra. No estaba seguro de cómo lo sabía, sólo de que lo sabía.

Crucé la habitación hasta la pequeña ventana y miré fijamente a la oscuridad.

Una luna creciente suspendida en el cielo ofrecía la iluminación más tenue y bañaba el mundo en poco más que unas frágiles líneas, en siluetas y sombras. La torre del castillo de Artane apenas se intuía en la distancia, perdida más allá de la consecución de colinas y cultivos salpicados de los pequeños hogares de nuestros vecinos. Más allá se encontraban los avellanos y los abedules del bosque, con unas ramas impenetrables que arañaban el cielo con expectación ante una lluvia que no terminaba de caer. Observé todo aquello con asombro, no porque no lo hubiera visto nunca, sino porque no debería haber sido capaz de verlo, no con tan poca luz. Y aun así lo veía. Podía verlo todo.

—¡Allí! —Señalé al norte, hacia la torre del castillo de Artane, justo detrás del establo.

Matilda se unió a mí ante la ventana y se asomó.

—No veo nada.

—Acaba de pasar por los pastos. Se aproxima a la casa de los Roddington. Parece que lleva puesta una capa negra con la capucha sobre la cabeza.

—Si lleva puesta una capucha, ¿cómo puedes estar seguro de que es ella, siquiera? —Matilda ya asomaba el cuerpo por la ventana y entrecerraba los ojos.

—Es ella. Sé que lo es.

—Yo sigo sin ver nada.

Le tiré del brazo y me la llevé hacia el pasillo.

—Vamos; tenemos que darnos prisa.

—¿Adónde vamos?

—Quiero ir tras ella.

Matilda plantó los pies con firmeza en el suelo.

—¿Te das cuenta de lo que me harían Pa y Ma si descubriesen que te he dejado salir de esta casa?

—Entonces no deberíamos contárselo —respondí—. Vamos.



# AHORA

Bram retrocede y se aparta de la puerta arrastrando los pies. La cruz de plata que tiene en la mano se calienta y le quema la piel, los bordes se vuelven afilados como cuchillas. La deja caer. Las ampollas le borbotean en la palma de la mano, las grietas se llenan de una sangre de color intenso que mana de una docena de cortes.

Cuando una única gota de sangre cae al suelo de piedra, la estancia se queda en silencio.

Bram oye su respiración cuando inhala el aire hacia el interior de sus pulmones y lo ve al exhalarlo: una neblina tenue y blanca. Acto seguido, la criatura impacta contra la puerta con una ferocidad indescriptible. Bram observa cómo se comba la puerta hacia él; ve cómo saltan y traquetean contra el marco los pernos que aseguran las pesadas bisagras de hierro.

Un aullido, profundo y gutural, ruge con tal potencia que Bram se tiene que tapar los oídos. Cierra con fuerza la mano herida cuando la sangre le salpica el pelo y la mejilla. Es como si aquello excitara aún más al monstruo, que se lanza de nuevo contra la puerta, con más ímpetu que la última vez.

Bram coge una rosa de la cesta a su espalda y la desplaza por el suelo hasta el pie de la puerta. Se detiene junto a los restos resecaos de su predecesora, y por muy fragante y colorida que estuviese hace apenas un segundo, al instante comienza a marchitarse. Ante sus ojos, los pétalos se retuercen uno dentro de otro y se rizan, los bordes se tornan pardos primero, después negros, conforme se van poniendo mustios y se consumen.

Bram lanza otra rosa, después una tercera, y esta última flor no se

marchita en absoluto.

Se vuelve a oír el aullido, ahora sordo y apagado. Bram se prepara para otro estruendo en la puerta, pero no se produce. En cambio, se oye el arañar de una zarpa grande que se arrastra por la puerta, desde la parte más alta, casi a unos tres metros, hasta el fondo.

El aullido del lobo recibe la rápida respuesta del aullido de otro lobo, éste a una cierta distancia, lejos, en algún lugar del bosque. Después aúlla un tercero, también en respuesta.

Bram se levanta y cruza la estancia hasta la ventana.

La luna lucha por un hueco con las nubes de tormenta en el cielo de la noche y se asoma brevemente antes de volver a perderse detrás de ellas una vez más. Incluso en la tenue luz, Bram es capaz de distinguir la silueta del bosque lejano. Las ramas se entretajan con tal densidad que resulta asombroso que algo las pueda llegar a traspasar, ya sea volando o a pie..., pero presente la vida entre esos árboles, la fulminante mirada que tantos ojos dirigen hacia él mientras la suya desciende sobre ellos.

Cuando la luna reaparece, Bram lleva la mano a la luz. La herida ya ha desaparecido, con la piel reparada, y no queda rastro de la lesión salvo por la sangre seca que le tiñe la palma.

Fuera de la ventana monta guardia una gárgola de piedra. Las gruesas garras se aferran con firmeza, envuelven la intrincada talla en la caliza. Cualquiera diría que esos ojos negros y redondos lanzan una mirada maliciosa sobre los campos, el bosque y los acantilados en el mar lejano. Podría imaginarse a la gárgola descendiendo veloz para posarse sobre la espalda de su presa, hundiendo las garras en la carne y el hueso de la muy desdichada con tal rapidez que no le daría tiempo ni a chillar; sólo habría muerte.

La luna se torna aún más brillante, y Bram alza la vista y observa cómo se apartan las nubes de un modo bien peculiar. En lugar de pasar deslizándose, se abren por el centro, unas se mueven hacia la izquierda y otras hacia la derecha como si la luna soplasen para retirarlas. La luz de la luna cae sobre la gárgola y proyecta la inmensa sombra de sus horribles formas en la pared interior de la estancia. Mientras Bram observa, es como si la cabeza de la

sombra se girase, como si abriese las alas: la bestia se despierta de un largo sueño. Tiemblan los dedos de las patas proyectadas y se estiran mientras la sombra se hace aún más grande y parece abandonar su atalaya de piedra. Bram se da la vuelta para mirar a la gárgola de verdad en el exterior de la ventana, donde se encuentra inmóvil e inánime, tal y como ha estado durante siglos. La luna sigue inmóvil, y aun así parece que la sombra camina por la habitación y va ganando tamaño a cada paso. Bram mira fijamente cómo primero una mano con garras y después la otra van recorriendo la pared, reptan por la piedra, por los espejos, las cruces, e inspeccionan los alrededores.

Extiende el brazo, coge una de las cruces de la pared y la sostiene entre él y la sombra.

—¡He aquí la Cruz del Señor! ¡Fuera de aquí! —grita—. ¡Dios Padre te lo ordena! ¡El Hijo te lo ordena! ¡La sagrada señal de la Cruz te lo ordena! ¡Abandona este lugar, bestia maligna!

Aquello no tiene ningún efecto.

La sombra se detiene ante un espejo grande y recargado en el rincón, después continúa cruzando la estancia, acariciando cada superficie y cada objeto. Cuando el espectro llega a las rosas, vacila y se retrae, y evita con cuidado las flores antes de desplazarse hacia la silla y el rifle Snider-Enfield tirado en el suelo junto a ella. Bram observa sobrecogido cómo la fluida negrura de la sombra dobla el rincón y continúa por la pared: un imposible, Bram lo sabe, porque la luz de la luna puede hacer poco más que brillar a través de la ventana abierta. Y, aun así, ahí está esa criatura, una sombra entre las sombras, y continúa explorando la estancia. Entonces se acuerda del quinqué y se percata de que la criatura ha abandonado de algún modo el escondite de las sombras de la luz de la luna y ha retomado su investigación a la luz del tembloroso quinqué sin apenas mediar pausa entre ambas, una danza en la penumbra. Cuando alcanza el último rincón, tras describir un círculo completo, la sombra abandona la pared y rezuma sobre el suelo, se expande, hasta que alcanza la gran puerta de roble, donde se detiene y permanece inmóvil.

*Esto no está bien, Bram.*

La voz le sobresalta, ya que pensaba que estaba solo, y escruta cada centímetro de la habitación con un vigor renovado y la cruz bien alta mientras gira despacio en el sitio y su propio reflejo le devuelve la mirada desde los numerosos espejos que adornan las paredes.

—¡Muéstrate! —ordena Bram.

A sus pies, la sombra se agita al elevarse del suelo hacia la puerta y crece hasta que prácticamente toca el techo.

—Esto es brujería, nada más. ¡Y no lo toleraré!

La sombra extiende sus enormes brazos hasta que abarcan las paredes de ambos lados y se hacen más largos al estirarse por los rincones rodeando la habitación.

*Si me dejas marchar, no tendrás que morir.*

Es entonces cuando Bram se percató de que la voz no ha llegado hasta él procedente de la gran sombra que tiene ante sí ni de la criatura atrapada detrás de la puerta, ni tampoco de ninguna parte de dentro de la habitación, sino que las palabras resuenan en su mente como si sus pensamientos hubiesen hallado la voz.

Una voz que no es masculina ni femenina, sino algo intermedio, una extraña mezcla de tonos agudos y graves que suena más como varias voces que como una en particular.

Las manos de la sombra regresan a la puerta y trazan sus bordes, unos dedos con garras en un negro traslúcido que recorren el marco y los gruesos cerrojos de metal con la espesura de la melaza. Cuando llegan a las rosas al pie de la puerta, sin embargo, las rodean con cuidado en vez de pasar sobre ellas; o bien las temen o bien son incapaces de tocarlas, igual que con las rosas de la cesta.

Bram atraviesa la habitación, agarra otra rosa de la cesta y le lanza una estocada al espectro negro. La sombra se funde en un punto de luz cuando Bram alcanza la madera de la puerta con la rosa agarrada en el puño cerrado. Al retirarla, el punto de luz desaparece engullido por la sombra.

—¡No te temo! —dice Bram con una voz que no suena con tanta fortaleza como él esperaba.

Ante aquello se oye una risa, una carcajada a un volumen infame, una risa

compuesta de los chillidos de un millar de niños torturados, y Bram retrocede y está a punto de tropezar con la silla.

*¡Te abriré en canal desde la entrepierna hasta el gaznate y bailaré sobre tus despojos mientras te borbotea la sangre entre los labios como no abras esta puerta!*

Las manos de la sombra comienzan a expandirse de nuevo por las paredes, a envolver toda la habitación, a rodearle. Las puntiagudas uñas de sus garras se abren paso mientras la sombra se extiende por la estancia, reptan sobre toda superficie, igual por los espejos que por las cruces, hasta que prácticamente ocupa cada centímetro de aquel espacio.

Bram corre hasta el ventanal y cierra las contraventanas. De inmediato se dirige al quinqué, apaga la llama de un soplo y sume la habitación en un negror absoluto, un lugar tan oscuro en el que ninguna sombra podría vivir.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*Octubre de 1854*

Matilda y yo salimos de mi cuarto, descendimos por la escalera con tanto sigilo como fuimos capaces de lograr y tan sólo nos detuvimos ante la habitación de Nana Ellen para abrir la puerta y asegurarnos de que, en efecto, se había marchado. Encontramos la ventana abierta de par en par y la habitación vacía salvo por el pequeño Richard, que dormía profundamente en su cuna. Bajé mi vela y la dirigí hacia el suelo: las diversas huellas y marcas que dejamos antes habían desaparecido, pero ahí seguía el polvo, extendido una vez más de forma homogénea sobre la superficie. La cama estaba hecha. Matilda asintió en silencio, cruzó el pasillo hasta la escalera y me hizo un gesto para que la siguiese. Cerré la puerta de Nana Ellen con suavidad y la alcancé.

Era tarde, cerca de las once, y Ma y Pa se habían retirado a su dormitorio. Si Thomas y Thornley aún seguían despiertos, no hacían el menor ruido que lo pusiera de manifiesto, no se oía nada en su cuarto, y no se filtraba luz alguna por debajo de su puerta. Nuestra casa estaba en el más absoluto silencio, y cada ruido que hacíamos nosotros parecía amplificado, desde el crujido de los tablones bajo nuestros pies hasta el clic del pestillo al liberar la puerta principal. Estaba seguro de que alguien nos oiría y vendría a investigar, pero no vino nadie y, unos instantes después, los dos estábamos fuera.

—Si ésa era ella —dijo Matilda—, nos lleva unos minutos de ventaja. ¿Hacia dónde crees que se dirige?

Allí de pie ante nuestra casa, me invadió la ansiedad y apoyé la espalda contra la puerta. No había salido en años: recordé la fuerza con que me abrazaba Ma cuando me llevó a un lateral de la casa en un hermoso día de primavera para tumbarme en la hierba; en aquel momento no podía tener más de cuatro años. Recuerdo el color tan vívido en aquel día de abril, la intensidad de los olores, la cálida brisa. También recuerdo lo aterrizado que me sentí cuando Ma volvió a entrar en la casa para coger una jarra de agua. Tan sólo había faltado un minuto, más o menos, pero en ese breve lapso fue como si se ensanchara la tierra a mi alrededor, como si la casa se estuviese alejando más y más hasta que apenas fue visible y como si el cielo suspendido en lo alto estuviese a punto de desplomarse. No había nada que deseara más que regresar al interior, a la seguridad de mi pequeño refugio, escapar de aquel insondable espacio vacío antes de que me devorase. Cuando Ma volvió, le dije que había retornado el malestar y que no podía con los dolores y los achaques. La verdad, sin embargo, era que simplemente no podía seguir allí fuera. Ella se limitó a mirarme con una expresión de derrota en los ojos. Cuando empecé a llorar, transigió, me cogió de nuevo en brazos y me llevó dentro de la casa. No volvería a poner un pie bajo el cielo hasta aquel episodio con Thornley y el gallinero.

Aun en la densa oscuridad de la hora tardía, el espacio abierto aumentó a mi alrededor y se hizo demasiado grande para que un niño deambulase por él, un mundo vasto y desconocido que me podía engullir entero y no dejar nada. Quería dar media vuelta, pero sabía que no podía.

Respiré hondo mientras Matilda me cogía de la mano.

—Lo haremos juntos —me dijo.

Rodeé sus dedos con los míos, sentí que me invadía el calor de mi hermana y me produjo una sensación de calma. Hice acopio de fuerzas.

—No debemos permitir que se nos escape.

Se me fue la mirada hacia los muros del castillo de Artane, en la distancia. No quedaba más que la torre, y el resto no era sino ruinas. Aquel monolito tan alto se alzaba hacia el cielo encrespado, arañaba las nubes e

imponía una sombra larga y ancha sobre los campos circundantes. Sabía que la había erigido la familia Hollywood, pero era poco más lo que conocía sobre su historia. Se habían llevado gran parte de la piedra a lo largo de los años, la habían dejado limpia. Aparte de la torre, sólo quedaban algunos muros ruinosos y un pequeño cementerio a su cobijo en la parte de atrás.

Teníamos prohibido entrar en el castillo.

Matilda debió de presentir mis pensamientos, porque me apretó la mano.

—Ha ido al castillo, ¿verdad?

—Eso creo.

—Pero ¿cómo puedes saberlo?

No le ofrecí una respuesta. No tenía ninguna. Así como de algún modo sabía que Nana Ellen había salido de la casa con sigilo y estaba fuera, de una forma muy similar sabía sin más que había ido al castillo. No conocía sus propósitos, pero estaba seguro de que había ido allí. Estaba absolutamente seguro de que se encontraba allí en aquel instante.

—Vamos —dije, y tiré de la mano de mi hermana.

Matilda dejó escapar un suspiro forzado y miró hacia las ruinas.

—Ve tú delante.

La luna estaba suspendida a baja altura en el cielo y ofrecía una luz escasa. Aunque a Matilda le costaba ver en aquella penumbra, yo no tenía ningún problema, así que la conduje a través del pueblo silencioso, más allá de los campos, hacia el bosque y las ruinas del castillo de Artane. Nuestra casa parecía tan pequeña a nuestra espalda que tuve que apartar la mirada por temor a que la ansiedad volviera a asomar su feo rostro y me impidiese aventurarme más lejos. Esta vez fue Matilda quien tiró de mí.

Al aproximarnos a la torre se espesaron los árboles y la maleza. No tardamos en vernos apartando unas fáfaras y gramas que nos llegaban a la altura del pecho. Busqué algún tipo de sendero, pero no lo hallé y me maldije por no haber llevado una podadera. Ya había visto a Thornley utilizar una cuchilla de aquéllas para despejar el cenador de trepadoras mustias y, si bien nunca había manejado nada que se le pareciese, me daba la sensación de que podría haberme abierto paso a tajo limpio en aquella jungla con cierta facilidad.



Mientras Matilda parecía cada vez más fatigada a mi espalda, yo me fortalecía a cada paso. Una parte de mí deseaba echar a correr, pero tenía que ser cauto; Nana Ellen podría estar cerca, y no nos atrevíamos a permitir que nos viese.

Jamás había estado tan cerca del castillo. La torre era mucho más grande de lo que me esperaba, seis metros de ancho por lo menos, tal vez más. Las piedras que formaban la fachada eran unos cuadrados enormes de caliza gris perfectamente amontonados con unos pequeños huecos entre medias, una maravilla de la ingeniería para su época. Siglos después, ciertas partes de la estructura aún tenían el mismo aspecto que si las hubiesen construido el día antes. El musgo trepaba por sus costados y cubría casi entera la cara norte desde el suelo hasta el remate superior. No pude evitar alzar la vista hacia lo más alto de la torre, y me invadió una sensación de mareo al encontrarme tan cerca.

Había tres ventanas en ese lado, ninguna de ellas a nuestro alcance. Allí se encaramaban antaño los arqueros, me imaginé, para liquidar a los soldados enemigos.

Cuando la entrada apareció ante nuestros ojos, Matilda y yo nos agachamos en las hierbas altas.

—¿Está ahí dentro? —preguntó ella temblorosa.

El aire de octubre se había vuelto frío de verdad, y, aunque llevaba mi bufanda de lana, sentí en la piel el picor de la carne de gallina. Matilda también llevaba un chal, pero la temperatura había caído con cada milímetro de ascenso de la luna, y la más cálida de las prendas apenas podría mantenerlo a raya durante tanto tiempo.

—No la veo —respondí.

—¿Está ahí dentro? —repitió Matilda con un tono de frustración en la voz.

No le había contado a mi hermana de forma abierta que notaba la presencia de Nana Ellen, aunque tampoco se lo había ocultado exactamente, y si bien Matilda podía haber tenido antes alguna duda al respecto, sus palabras sugerían ahora que había dejado de tenerlas. Yo mismo me veía incapaz de explicar cómo o por qué podía hacer tal cosa y, aun así, ahí estaba,

un extraño tirón como si Nana Ellen llevase atado un cordel y fuese tirando de mí detrás de ella. Aquel impulso venía acompañado de algo que no cabría describir sino como un cosquilleo escondido en mi mente y, según me acercaba a ella, el cosquilleo aumentaba. No resultaba incómodo, más bien al contrario: lo encontraba tranquilizador. Aquella fuerza quería que estuviese cerca de ella.

Miré a la torre, mis ojos siguieron el trazado de la alta silueta desde el pie hasta su cumbre y se detuvieron en cada ventana, no porque alcanzase a ver lo que había dentro, sino porque las aberturas hacían que de algún modo me resultase más sencillo sentir el interior. Cuando mis ojos llegaron a lo alto y la vista dejó de ser necesaria, los cerré y concentré el pensamiento en Nana Ellen. Agarré el cordel invisible y fui tirando de mí, una mano detrás de otra, hasta que dejé de estar en el campo al pie del castillo, y en su lugar floté primero en el aire y después a través de los gruesos muros calizos, y pasé al interior del edificio, hasta una escalera en espiral que discurría por el muro opuesto, hasta Nana Ellen, que descendía por esa escalera. La vi abotonarse la capa mientras recorría los escalones y acto seguido ponerse la capucha sobre la cabeza. No lo hizo para protegerse del frío, sino porque no deseaba que la reconociesen.

—Está saliendo —le dije a Matilda. Aunque me oí decir aquellas palabras, era como si no fuese yo quien las decía. Tuve más bien la sensación de encontrarme a una cierta distancia, observando a un chico que se parecía a mí y hablaba—. Está saliendo ya.

Al decir aquello, se me abrieron los ojos de golpe y tiré de Matilda hacia el suelo cuando Nana Ellen salió al aire de la noche por la puerta abierta del castillo. Iba vestida tal y como yo la había visto desde la ventana de mi cuarto: con el vuelo de una capa negra abotonada en el cuello que le caía casi hasta los pies, pasando sobre el crujido de las hojas del otoño con tal elegancia que parecía que flotase a poca distancia del suelo. Me la imaginé flotando exactamente igual en su habitación de la casa, deslizándose sobre el polvo del suelo, no sé muy bien cómo, en lugar de pisarlo tal y como lo habíamos hecho Matilda y yo. La sensación del impulso que había experimentado, aquel tirón que me atraía hacia ella, era ahora más fuerte,

tanto que me preocupó verme arrastrado junto a ella. Mi mano izquierda estrujaba los dedos de Matilda mientras la derecha se clavaba en la tierra, a mi lado, con la esperanza de encontrar un asidero.

Nana Ellen se detuvo un momento ante las fauces del castillo, abiertas de par en par, miró a izquierda y derecha y continuó avanzando por un sendero estrecho y sinuoso que se adentraba en el bosque. No me atreví a decir nada hasta que desapareció de nuestra vista.

—¿La seguimos?

—¿Por el bosque?

—No estoy muy seguro de que debemos hacerlo.

Nunca había estado en el bosque. Aquello era, en realidad, lo más lejos que había estado de la casa. Aventurarme en el bosque en plena noche era una insensatez, pero el cordel que me ataba a Nana Ellen se puso tirante, y deseaba ir, tenía que ir por mucho que supiese que sería la decisión errónea. Aun así, con cada segundo que pasaba, sentía que Nana Ellen se alejaba poco a poco, cada vez más.

Por primera vez me pregunté: si yo puedo sentirla a ella cerca, ¿podrá ella sentirme a mí?

—Quiero saber adónde va —dijo Matilda, que volvió a tiritar, y supe que debíamos ponernos en marcha.

Asentí; la verdad era que no había más respuesta que seguirla.

Nos pusimos en pie, saqué a Matilda de la maleza y me la llevé a la puerta del castillo. Si el aire del exterior era frío, la corriente que salía del castillo lo era todavía más. Eché un vistazo rápido a la ancha entrada, tiré de Matilda por el sendero hacia el bosque y dejamos atrás nuestro mundo.

Nana Ellen avanzaba rápido.

Apenas habían pasado unos minutos desde que desapareció de nuestra vista, pero era como si ya hubiese recorrido kilómetros. El cordel que nos unía se estaba deshilachando, pero me aferré a él sin tener muy en consideración la distancia cada vez mayor que nos separaba a Matilda y a mí de nuestro hogar. Mi hermana guardaba silencio a mi lado, con los dedos

envueltos en los mios mientras me acompañaba en el descenso por aquel sendero angosto y sinuoso.

Los fresnos se elevaban imponentes por todos lados a nuestro alrededor. Ya se habían despojado de la mayor parte de sus hojas, pero las ramas desnudas que quedaban eran tan gruesas que la luna tenía que luchar con tal de encontrar el suelo. Entre aquellos fresnos, unos sauces rojizos tapaban los huecos con su ramaje grueso, nudoso y salpicado de amentos. Entre los árboles correteaban las comadreas y nos observaban con curiosidad, y localicé no menos de tres búhos que nos estudiaban desde las alturas.

El musgo crecía prácticamente en todas las superficies y creaba un manto verde sobre las rocas grandes y las raíces. El suelo estaba húmedo, tanto que los zapatos se me hundían un poco y cada paso venía acompañado del sonido de una succión. Tendríamos que limpiarlos a conciencia al llegar a casa; si Ma veía nuestros zapatos en tales condiciones, se imaginaría sin duda dónde habíamos estado e, igual que el castillo, estos bosques los teníamos prohibidos. ¿Y qué me diría por estar tan lejos de mi cama?

—¿Puedes ver por dónde vas? —preguntó Matilda.

—¿Tú no?

Matilda hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Apenas te veo a ti.

Creía que estaba bromeando, pero la expresión de su rostro me dijo lo contrario; tenía los ojos muy abiertos y la cara pálida de miedo. No veía los animalillos que correteaban a nuestro alrededor ni la oscura belleza de aquel lugar; tenía clavada en mí su mirada de preocupación.

Observé nuestro entorno y me percaté de que veía prácticamente igual que a plena luz del día. Aun entre las sombras de la base de los árboles, no tenía problema para localizar las larvas que se daban un banquete de madera podrida o los gusanos que se retorcían en la tierra negra a nuestros pies. Podía ver incluso las minúsculas hormigas negras que trepaban por el tronco cubierto de musgo de un olmo casi a diez pasos por delante de nosotros.

—Tenemos que seguir moviéndonos —le dije—. Tú no te separes.

Al continuar avanzando, una fina niebla comenzó a invadir el ambiente, y un viento aislado se deslizó por el bosque: al principio sólo una suave brisa,

pero cobró fuerza unos minutos después, y una ráfaga pasó veloz y nos dejó atrás. Se me levantó el cuello del abrigo contra las mejillas, y tiré de Matilda para acercarla más. Mi hermana quería regresar, eso lo notaba, pero ella jamás lo diría en voz alta; tenía demasiada fuerza de voluntad. Con frecuencia oía el silbido de los vientos otoñales al pasar por mi habitación, pero ni una sola vez me había visto inmerso en ellos; lo encontré tonificante. El bosque estaba vivo a nuestro alrededor; desde las criaturas hasta el balanceo de los árboles, sentía las fuerzas de la naturaleza en el aire de la noche, el delicado equilibrio entre la vida y la muerte.

La niebla se hacía más densa conforme continuábamos descendiendo por el sendero, arremolinándose a nuestro alrededor en la estela del viento. No pasó mucho tiempo antes de que me costase ver poco más allá de un metro de distancia en cada dirección. Aquella niebla apestaba a humedad y al salobre del mar, sin duda por la turba que florecía en abundancia en esa región y porque el puerto no caía muy lejos. Me llené los pulmones y respiré mejor de lo que jamás recordaba que había hecho.

No pude evitar reírme, y lo lamenté en el preciso instante en que lo hice, ya que Matilda se me quedó mirando como si fuera un necio.

—Estar aquí fuera hace que me sienta bien, nada más —le dije, más para convencerme yo que para convencerla a ella, aunque ninguno de los dos nos lo creímos.

Algo había cambiado en mi interior; tanto ella como yo éramos conscientes, y fue en ese instante cuando vi en los ojos de mi hermana algo que nunca esperé ver, algo que ningún hermano espera ver jamás...

Miedo.

No podía estar seguro de si se trataba de miedo de mí o de un miedo de aquello que le daba la sensación que se había alterado dentro de mí.

Matilda entornó los ojos contra un viento que cobraba fuerza, y esta vez fue ella quien se adelantó y aceleró el paso por el sendero tirando de mí; su mano, antes cálida, ahora estaba sudorosa.

Continuamos durante casi veinte minutos, hundiendo los pies en la tierra embarrada con cada paso mientras el viento se afanaba por contenernos. Nos aullaba un vendaval enérgico que iba y venía entre los árboles, un espectro

enloquecido que de ninguna manera pertenecía a este mundo. Desde arriba y por abajo nos maldecía el viento, tiraba y nos empujaba con una fuerza tan tremenda que estuve a punto de perder el equilibrio más de una vez; de no ser por Matilda, a mi lado, a buen seguro me habría caído.

¿Estaba el bosque tratando de hacernos dar media vuelta?

Quise descartar aquella idea, pero se apoderó de mi mente y arraigó con firmeza. ¿Podía un bosque impedir que alguien entrara? Pensé que no, ya que, si bien un bosque tiene vida, carece de conciencia o de libre albedrío.

Con aquel pensamiento, el viento se levantó con fuerza a nuestro alrededor, y Matilda dio un traspié; tiré de ella hacia mí, la salvé del barro a nuestros pies y casi me caigo por el camino.

Y si un bosque no puede impedir que alguien entre en él, ¿qué decir de algo que habite en su interior?

De pronto, el cordel que me unía a Nana Ellen se tensó una vez más, y supe que estaba cerca.

Una brecha en la niebla dejó al descubierto un extenso claro ante nosotros. Llegamos tan rápido a aquel lugar que tuvimos muy poco tiempo para reaccionar. Tiré a Matilda al suelo conmigo. Mi hermana iba a soltar un grito ahogado, pero mi mano le tapó la boca antes de que escapase ningún sonido. Con la otra mano, señalé.

Nana Ellen se encontraba de pie a unos seis metros por delante de nosotros, bajo un sauce grande. Las ramas retorcidas no sólo se elevaban hacia el cielo, sino también sobre las aguas verdosas y llenas de turba de un tremedal que partía de la base del árbol y se perdía en algún lugar en la distancia; la orilla desaparecía en el espesor de la niebla. El musgo lo cubría todo, y el color pardo del tronco del árbol apenas se percibía debajo.

Fue entonces cuando cesó el viento. A pesar de que lo oía aullar a nuestra espalda, entre los árboles, era como si aquel lugar se escapase de su ira.

Otro búho nos miraba fijamente desde las alturas con unos ojos grandes y negros que relucían en la tenue luz de luna.

Nana Ellen nos daba la espalda; la vi quitarse la capucha, y el pelo le cayó por los hombros. De todos modos, algo no iba bien. Sus cabellos no eran aquellos mechones de rizos rubios que tan bien conocíamos nosotros; los

tenía, en cambio, hirsutos y canosos, e incluso desde aquella distancia se veían quebradizos y ralos, con porciones de cuero cabelludo bien visibles.

Si Nana Ellen sabía que estábamos allí, no nos prestó atención. Alzó la mano al broche del cuello, se desabrochó la capa y la dejó caer amontonada a sus pies. Debajo, llevaba puesto un fino camisón blanco y nada más. Llevaba los brazos y las piernas al aire, y estuve a punto de dejar escapar un grito ahogado. Tenía la piel vieja y arrugada, le colgaba flácida de los huesos y estaba cubierta del azul oscuro de las venas de una mujer mucho más mayor. De no haber sabido quién era, la habría tomado por una abuela de setenta años o más en vez de por la joven que conocía de toda la vida.

Matilda también lo vio, porque la niebla se había retirado al área inferior del tremedal, y se agarró a mi antebrazo con tal fuerza que pensé que me iba a hacer sangrar con las uñas.

Nana Ellen dejó atrás la capa y se adentró en las aguas pantanosas. Al principio, el agua sólo le llegaba por los tobillos, pero entonces debió de hallar un escalón pronunciado, y con un solo paso le ascendió más allá de las rodillas; otro paso y le encontró la cintura. El camisón blanco se infló alrededor de ella cuando dio otro paso más, y otro. Con el siguiente, el agua le cubrió los hombros, y aun así continuó avanzando. Un momento después ya no estaba, su cabeza había desaparecido bajo la superficie. El agua se había cerrado sobre ella con un burbujeo y no había dejado nada salvo una leve onda que jugueteaba en la superficie.

A mi lado, Matilda respiró hondo.

Estudié la superficie del agua en calma, a la espera de que reapareciese. Observé durante un minuto de tensión, y otro minuto más. Empecé a ponerme nervioso, ya que nadie podía contener la respiración durante tanto tiempo. Cuando transcurrió un tercer minuto, me levanté y salí del escondite, al claro, con Matilda detrás.

—¿Se ha ahogado? ¿Se ha quitado la vida? —me preguntó.

Negué con la cabeza, aunque no tenía una respuesta que ofrecerle. Ya no podía sentir la presencia de Nana Ellen. No se había alejado nadando; la zona pantanosa era grande, pero no tanto como para que no pudiésemos verla salir a la superficie en un punto o en otro.

Recorrí con la mirada el tremedal en busca de alguna señal de vida y no la encontré. El lugar donde se había sumergido estaba quieto. Una gruesa capa de turba cubría la superficie y aislaba el agua de la noche como si nada la hubiese perturbado en ningún momento. El resto del tremedal estaba muy por el estilo. Si Nana Ellen hubiera salido a coger aire, seguro que la habríamos visto, pero no había ni rastro.

—¿No debería meterme a buscarla?

—No sabes nadar —señaló Matilda—. Y yo tampoco.

Me apresuré a llegar hasta el sauce y arranqué una rama muerta cerca de la base. Casi llegaba a los dos metros de largo, con dos centímetros y medio de grosor; se partió sin apenas esfuerzo. Regresé a la orilla del tremedal y la utilicé para remover la superficie del agua en el lugar donde había desaparecido Nana Ellen. El musgo de turbera era espeso en la superficie, y pensé que el palo se iba a partir con la presión, pero aguantó. Hice fuerza para apartar el musgo. El agua de debajo era opaca, negra, más parecida al aceite que al agua, y cada toque del palo generaba unas ondas parsimoniosas en todas las direcciones.

—¿La ves? —preguntó Matilda, que estaba de puntillas tratando de asomarse al agua, aunque con poca fortuna.

Pese a que ella era un año mayor, yo era más alto, pero mi estatura servía de poco allí. No veía nada bajo la superficie.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cinco minutos, tal vez más. No estoy segura —dijo Matilda.

—A lo mejor debería probar a lanzar una piedra, ¿no?

—¿Y para qué iba a servir eso?

—No lo sé.

Una libélula comenzó a zumbarme cerca de la cabeza, y la aparté de un manotazo.

—Ésa no podía ser ella —afirmó Matilda.

—Era ella, estoy seguro.

—Era una anciana.

—Era ella.

Extendí el brazo hasta el suelo y recogí la capa.



—Ésta es la capa de Ma. ¿Ves este roto? —Pasé el dedo a través de un pequeño agujero en la manga derecha—. Me contó que se lo hizo con la puerta del sótano hará un mes.

Las lágrimas comenzaron a aparecer en los ojos de Matilda.

—Yo no quiero que Nana Ellen se muera.

—No creo que...

La libélula regresó y vino volando directa hacia uno de mis ojos. Solté un manotazo al aire pero fallé. Cuando una segunda salió volando del bosque a nuestra izquierda y pasó disparada entre nosotros, me agaché para apartarme tapándome con la mano el ojo lastimado. Me di la vuelta y me encontré a Matilda espantando a otras tres.

Del otro lado del tremedal llegó un zumbido. Era débil, pero crecía muy deprisa en intensidad. Me fijé en la neblina del extremo opuesto y no vi nada al principio; entonces se abrió la niebla blanca y del centro salió rugiendo una nube negra. El zumbido era más fuerte conforme se acercaba.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Matilda, que daba manotazos a las libélulas que le volaban alrededor de la cabeza. Otras dos se unieron a las tres primeras, y otras cuatro pasaron disparadas a mi izquierda. Una aterrizó en el pelo de mi hermana sin dejar de mover las alas, cada vez más enredadas. Matilda dio un grito de asco y trató de quitarse el insecto.

Clavé la mirada en el enjambre negro que se desplazaba sobre el tremedal. Eran cientos, quizá miles. Agarré la libélula del pelo de Matilda, la lancé al suelo y la aplasté contra la tierra con la suela del zapato antes de tirar de mi hermana para alejarla de la orilla.

—¡Vamos, tenemos que...!

Al regresar hacia el bosque a todo correr con el enjambre a nuestra espalda, vi algo con el rabillo del ojo que no ha dejado de inquietarme hasta hoy. Una mano surgió del tremedal, agarró una libélula al vuelo y regresó al agua.

Me incorporé en la cama. No sé cómo pero estaba allí de vuelta, en la oscuridad de mi cuarto apenas quebrada por una rendija de luz de luna. No

era capaz de recordar mi regreso a casa; la imagen de las libélulas seguía fresca en mi mente. Aún podía oler el tremedal, el aroma almizclado del agua llena de turba.

Salí a rastras de la cama y me acerqué a la ventana.

Llevaba puesto el camisón, y no recordaba habérmelo puesto.

Observando la noche, mis ojos dieron con la torre del castillo de Artane y con el bosque de detrás. Intenté ver más allá de la arboleda, el tremedal al otro lado, pero la distancia resultó excesiva, incluso para mí.

¿Lo había soñado?

Me empezó a picar el brazo.

En ese momento localicé mis zapatos en el rincón opuesto, junto al tocador, embarrados y relucientes en la escasa luz. Acababa de arrancar hacia ellos cuando su voz arañó el silencio.

—No deberías salir de tu habitación, Bram, por la noche no. Les suceden cosas malas a los niños que deambulan por el bosque en la oscuridad.

Me di la vuelta esperando encontrarme a Nana Ellen allí de pie, a mi espalda, pero lo único que vi fue la puerta de mi cuarto cerrada y las sábanas retorcidas en mi cama.

—El bosque está lleno de lobos. Te arrancarían la carne de los huesos. Hundirían el hocico en tus tripas hasta que su lengua hambrienta te llegase al corazón y al hígado. Se los zamparían con un chasquido de los labios. Al final, te sacarían los ojos de las cuencas. ¿Has visto alguna vez a un buitre hacer semejante cosa? Es un espectáculo asombroso. Un tironcito rápido, y no queda nada allí más que un agujero negro.

Nana Ellen se echó a reír, con una risita infantil que me recordaba a Matilda jugando al escondite, momentos antes de que la descubriese debajo de la cama. Siempre se escondía debajo de la cama.

Me giré en un círculo completo, asimilando mentalmente cada centímetro de mi cuarto, con unos ojos capaces de ver a la perfección aun a oscuras. No

había ni rastro de Nana Ellen.

—¡Tienes que ser más rápido! —me dijo.

Una mano me dio un toque en el hombro por la espalda, y me di la vuelta de nuevo, preparado para enfrentarme a ella, pero no había nadie allí.

—¡Deja ya este juego! —pedí.

—Chisss —me susurró al oído—. ¡No querrás despertar a la familia!

Solté un manotazo al sonido igual que había hecho con la libélula en el tremedal, pero mi mano sólo se topó con el aire.

—¡Qué bueno es verte con tantas energías! Hace una semana no te podías tener ahí de pie sin ayuda. Y esta noche, sin embargo, has puesto mi habitación patas arriba, te has escabullido fuera, te has aventurado a una gran distancia de la casa y has vuelto, sin el más leve signo de agotamiento. ¡Si no supiera bien cómo son las cosas, diría que tu tío Edward te ha curado con los trucos que guarda en ese bolso negro suyo!

Me dejé caer al suelo y busqué bajo la cama. Al no encontrar nada, crucé de prisa la habitación hasta el armario, abrí las puertas, y ya me esperaba que Nana Ellen saliese corriendo, pero allí dentro sólo descubrí mi ropa colgada sobre los zapatos del domingo, en la parte de abajo, uno al lado del otro.

—¿Dónde estás?

—¡Aquí mismo!

Otro toque en el hombro.

Esta vez me di la vuelta en la dirección contraria y extendí ambos brazos de manera simultánea. Durante un fugaz segundo, las yemas de mis dedos resbalaron por su piel, pero fue demasiado rápida: desapareció de mi alcance antes siquiera de que la viese.

—¡Casi me pillas! ¡Pero bueno, sí que eres rápido!

Su piel estaba húmeda y pegajosa, como si hubiese rozado a un cadáver. Sentí un escalofrío en la espalda y me limpié la mano en la camisa en un intento por liberarme de aquella sensación tan repugnante.

—¿Cómo ha sido, lo de estar cubierto de sanguijuelas? ¿Podías sentir cómo te chupaban la sangre por los poros esas criaturillas asquerosas? Tenías tanta fiebre que apuesto a que ni siquiera notaste en la piel el mordisqueo de sus dientecillos, ¿verdad que no? Cuando tu tío Edward por fin las retiró y las

volvió a meter en el tarro, parecían unas manzanas rechonchas. Tu tío juró que te arrebataría esa enfermedad de inmediato, y supongo que estaba en lo cierto; ¡mírate ahora!

—Sé que no ha sido mi tío quien me ha curado —le dije en una voz tan baja que no estaba seguro de que me hubiese oído.

—¿No? ¿Quién, entonces? —respondió ella—. Porque ahora tienes mucho mejor aspecto del que has tenido nunca. Tampoco me aventuraría a afirmar que te han curado, pero tienes mucho mejor aspecto, muchísimo mejor.

—Me preguntaste si confiaba en ti, y te dije que sí.

—Ah, ¿sí?

—Y entonces me hiciste algo.

Se rio de nuevo.

—Algo, sí. Puede ser. Tal vez lo hiciese.

Me paseé por la habitación y recorrí cada sombra con la mirada en busca de Nana Ellen. Era como si su voz procediese de todas partes a mi alrededor y, aun así, de ninguna dirección en particular. Pero estaba cerca; podía sentirla próxima. Aquel cordel que nos unía estaba tenso. Cerré los ojos y me concentré en aquella imagen, me puse a recoger el hilo a base de pura fuerza de voluntad, a cerrar la distancia que nos separaba.

Nana Ellen soltó otra risotada, ésta tan fuerte que tuve la certeza de que iba a despertar a los demás de su sueño.

—Tal vez tu tierna edad influya algo, pero nunca he visto a nadie aceptar y tratar de dominar tan fácilmente una nueva habilidad. Quizá se deba a que los adultos pierden la capacidad de imaginar, de creer en lo que les es desconocido. Los niños aceptan el misterio como un hecho, lo asimilan como si lo tuvieran claro como el agua y no se detienen a pensarlo ni un solo instante. De todas formas, me tienes impresionada, joven Bram.

Tensé el cordel, pero seguía siendo en vano. Igual que su voz, ella estaba por todas partes a mi alrededor y, aun así, en ninguna, era un espectro perdido en el vacío.

Me picaba el brazo, y combatí el impulso de rascármelo.

—¿Qué me has hecho?

Lamenté aquellas palabras nada más pronunciarlas, porque no estaba seguro de querer oír la respuesta.

—Bueno, te traje de vuelta anoche, crucé contigo las puertas del infierno y te arrebaté de las manos del diablo, por supuesto. ¿No es eso lo que dijo tu dulce hermana?

Oí aquellas palabras tan cerca de mi oído que juro que me rozó el calor de su aliento. Esta vez no me di la vuelta, ya que sabía que no estaría ahí. Permanecí quieto, con la mente centrada en el cordel, tratando de recogerlo un poco más. Di un paso hacia la ventana.

—¡Vaya, te estás acercando, caliente, caliente! ¡Barquero, barquero, mándame al pequeño Bram el primero!

La ventana emplomada traqueteó con el rugido de un trueno en algún lugar en la distancia. Las primeras gotas de lluvia alcanzaron el cristal y repiquetearon, sólo unas pocas al principio, después se abrieron los cielos y cayó con tal fuerza que se llevó el resto del mundo.

—¿Qué hacías en la ciénaga? Te hemos visto entrar en el agua, pero no has salido.

—Y aquí estoy, sin embargo.

—¿Estás?

Llevé la mano al cierre de la ventana, lo giré y la empujé para abrirla hacia la noche con el quejido de las bisagras. Sentí la lluvia como el hielo en la piel, y aun así la agradecí, ya que, igual que lo de salir al bosque antes, el roce con la naturaleza me recordaba que estaba absolutamente vivo.

—¡Cuidado, Bram, que vas a coger una pulmonía!

Deseaba creer que ya no me podría poner enfermo, que fuera lo que fuese lo que me había hecho Nana Ellen me había curado de todas mis dolencias, pero no había terminado de dar forma a aquel pensamiento y ya sentía el cosquilleo de una tos en el fondo de la garganta. El malestar en los huesos que me había acompañado durante toda mi vida también estaba ahí, aunque no tan fuerte como antes; el dolor permanecía, un recordatorio de que mi enfermedad no había desaparecido, sino que estaba hibernando, preparando su retorno.

—Ya sé que no estoy mejor, no del todo.

Ante aquello, no me respondió.

Me rasqué el brazo, incapaz de seguir pasando por alto el incesante picor.

Luego saqué la cabeza bajo la lluvia torrencial y miré a un lado y a otro, arriba y abajo con los ojos entrecerrados en aquel chaparrón que caía contra las paredes de nuestra casa. No sabía por qué había pensado que me encontraría a Nana Ellen aferrada al estuco desgastado, pero eso fue justo lo que pensé. Aun así, no encontré más que los caminos encharcados, y volví a meterme dentro.

—Pensaba que habías dicho que me estaba acercando.

—Cierto, pero ahora estás helado.

Nana Ellen se dejó caer del techo.

La vi con el rabillo del ojo e intenté esquivarla, pero descendió demasiado veloz, de un modo contranatural, no como si estuviese cayendo, sino como si se hubiese impulsado en el techo con una fuerza tremenda. Al tratar de quitarme de en medio, la vi venir a por mí con los brazos y las piernas extendidos como una araña que cae sobre una presa desprevenida. Ya no tenía los ojos del gris pálido de la mujer que habíamos visto en el tremedal, ni tampoco del azul que más recordaba yo, sino del rojo más fiero que resplandecía desde el otro lado del cuarto sumido en la oscuridad.

—¡Bram!

Oí mi nombre como si me estuvieran llamando desde una gran distancia, como si me encontrase en el fondo de un pozo y alguien me gritase desde la boca en lo alto.

Este lugar estaba tan oscuro que no sobrevivía ni un destello de luz, y lo inundaba el olor viciado de la podredumbre. Al intentar moverme, descubrí que los músculos ya no me respondían; estaba atrapado dentro de un cuerpo sin vida.

La tierra de mi sepultura, bien apisonada, con fuerza.

Volví a verlo todo: a Nana Ellen viniendo a por mí, dejándose caer del techo, cubriéndome e inmovilizándome contra el suelo bajo su peso.

Entonces me suspiró en el oído:

—Duerme, hijo mío.

Al oír aquello, todo se perdió, y ya no supe más.

—¡Bram!

Volví a oír mi nombre, esta vez mucho más cerca que antes, y con él llegó una luz rojiza, tenue pero que aumentaba rápidamente de intensidad como si se acercara a mí o como si yo me acercase a ella; no podía estar seguro, porque me daba la sensación de estar en movimiento y, al mismo tiempo, el cuarto se movía a mi alrededor y me llevaba de aquí para allá.

Mi cuerpo se sacudió, y se me abrieron los ojos de golpe. Me encontré a Matilda cerniéndose sobre mí.

Cuando dejé de ver borroso su rostro, recuperé las fuerzas en los brazos y en las piernas, y todo mi cuerpo regresó a la vida de golpe, con aspavientos hacia un lado y otro para acabar apoyándome en lo alto de la cama con semejante fuerza que abandoné por completo la superficie del lecho, quedé suspendido en el éter por un breve instante y volví a caer de golpe.

Matilda se me quedó mirando boquiabierta, y de repente hice que ambos sintiéramos vergüenza y temor, todo a un tiempo.

—¿Ha sucedido? —le pregunté.

Antes de que terminara la frase, Matilda estaba asintiendo con la cabeza.

—Lo último que recuerdo es correr por el bosque huyendo de las libélulas. Después me he despertado en la cama con el sol en la mejilla. No sé cómo llegamos a casa, y no recuerdo haberme quitado la ropa ni haberme metido en la cama. Aun así, me he despertado con el camisón, debajo de la manta como cualquier otra noche. Al principio tampoco estaba segura, pero he visto mi abrigo cubierto de abrojos del bosque. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Estás sangrando...

—¿Qué?

Me pasó el dedo por la comisura de los labios.

—Está seca. De hace unas horas, por lo menos. Aunque no veo ningún corte; sólo un poco de sangre reseca. ¿Te has mordido la lengua?

—Puede ser —le dije, aunque no sentía ningún dolor.

—¿Qué es lo último que recuerdas tú?

Pensé en ello, porque yo también recordaba haber corrido por el bosque en un intento por escapar de las libélulas. Además, recordaba la mano que había surgido del agua de la ciénaga y había atrapado uno de aquellos insectos en pleno vuelo. Era una mano gruesa y arrugada como una ciruela pasa, como si hubiera estado una eternidad debajo del agua. ¡Y cómo cazó a la libélula! Me recordó el ataque de la lengua de una rana, a la velocidad del rayo.

Pero entonces ya estaba en casa, de vuelta en la cama, y el tiempo transcurrido entre estos dos sucesos se me escapaba por completo.

Y después estaba mi encuentro con Nana Ellen.

—Tienes que contarme lo que recuerdas —dijo Matilda como si me adivinara el pensamiento.

Así que lo hice; le conté todo.

Cuando terminé, no se me quedó mirando con la incredulidad que yo esperaba; en cambio, la expresión de su rostro se tornó más grave, cargada de inquietud y preocupación.

—Al entrar me he encontrado tu ventana entornada. Mira, el agua de la lluvia sigue encharcada en el suelo...

Ma habría cerrado la ventana antes de irse a la cama; siempre lo hacía. Incluso en los meses más sofocantes, cerraba mi ventana e impedía el paso del aire nocturno por temor a que cogiese un resfriado, o algo peor. Mi padecimiento no toleraría tales condiciones, algo tan simple. Había sido yo quien dejó la ventana abierta la noche anterior, tal y como recordaba.

—Muy bien, y ¿por qué no recordamos haber vuelto a casa?

Su pregunta quedó suspendida en el aire, porque ninguno de los dos tenía una respuesta.

Los ojos de Matilda se desplazaron, descendieron, y me miró el brazo. Me lo rasqué en un descuido. Paré e intenté meter el brazo debajo de la manta. Ella no estaba por la labor; me agarró el brazo y tiró de él hacia sí.

—Te has estado rascando esto desde que te pusiste mejor; ¿tienes que



dejarme verlo!

Retiré el brazo con tal fuerza que impacté con la mano contra el cabecero de la cama con un golpe seco y sonoro. Tan sonoro, en efecto, que no me habría sorprendido encontrar una grieta en el roble. Aun así, parecía tener la mano en perfectas condiciones, sin una marca. Me apresuré a meterla bajo la manta.

Mi hermana me miró asombrada. Unos días atrás, ella era mucho más fuerte que yo, fácilmente capaz de sujetarme ambos brazos en la espalda con una sola mano, tal y como había hecho en tantas ocasiones; y ahora, sin embargo, había conseguido soltarme de su mano como si nada.

—¿En qué te has convertido? —me dijo en voz baja—. ¿Esto te lo ha hecho ella?

No respondí; no sabía qué decir, así de simple.

—Déjame verte el brazo, Bram.

Bajo la manta, el brazo me empezó a picar de nuevo, y no con un leve picor como el que te produce una araña que se te pasea por el antebrazo, sino como el de una docena de picaduras recientes de mosquito. Traté de no hacerle caso, pero se volvía más feroz. Me froté el brazo contra el torso, pero sirvió de poco. Sólo las uñas mitigarían el picor.

—No dejas de mover el brazo, Bram. Déjame verlo. Puedes confiar en mí —dijo Matilda.

Ya no podía aguantar más, saqué el brazo de debajo de la manta y me lo rasqué a través del camisón con una fuerza tal que, de haber estado pasando las uñas por la superficie de una mesa, seguro que habría dejado surcos. Cuando por fin cedió el picor, me llevé la mano al puño de la manga y me la levanté con un movimiento rápido sin apartar la mirada de Matilda.

Mi hermana se fijó en mi brazo, en la piel pálida. Se acercó más, y después un poco más. Cuando por fin dijo algo, no apartó la mirada de la extremidad.

—No veo nada.

—No, pero deberías. La última vez que el tío Edward me sangró con

sanguijuelas, los verdugones que me dejó me duraron cerca de dos semanas. Primero fueron unos manchones rojos, después unas manchas con un cerco azul y negro. Al final, se me formó una costra y empezaron a desaparecer. Sólo han pasado dos días, y no hay rastro de lo que él me hizo, aparte de este picor incesante.

—¿Podría haber hecho algo distinto? Quizá no las dejara tanto tiempo, ¿no?

Ya le estaba haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—He sanado más rápido. Sé que lo he hecho. Y después está este...

Me levanté la manga del brazo derecho y le mostré la muñeca. Igual que el brazo izquierdo —y que las piernas, en realidad—, cualquier rastro de las sanguijuelas había desaparecido. Tenía la piel tan tersa y pura como el día en que nací, toda salvo en la muñeca derecha.

Matilda tomó mi mano entre las suyas. Los dos pequeños puntos rojos relucían, dos costras recién arrancadas a base de rascarse, dos minúsculas marcas separadas por unos cuatro centímetros, justo por debajo de los huesos de la muñeca, sobre la vena, con el mayor picor de todos.

Ninguno de los dos oyó llegar a Ma y quedarse en la puerta hasta que habló.

—¿Habéis visto a Nana Ellen? Su habitación está vacía, y faltan todas sus pertenencias.

Matilda y yo saltamos de la cama y echamos a correr por el pasillo. Oí el grito ahogado de Ma cuando pasé corriendo a su lado: me miraba fijamente, la rapidez con la que me movía. Llegué a la puerta de la habitación de Nana Ellen antes que Matilda y me quedé mirando.

El suelo estaba impoluto; toda la tierra que encontramos el día antes había desaparecido, y no porque la hubiesen barrido, ya que eso habría dejado señales, sino como si nunca hubiera estado allí. La ventana que antes estaba cubierta ya no tenía nada, y la luz entraba a raudales e inundaba la estancia. Parecía una habitación distinta, ya no era el vacío que hallamos el día antes, sino una simple habitación desocupada. Se oía el leve balbuceo del pequeño

Richard, que nos observó con atención cuando entramos, con ambas manos minúsculas agarradas al pie que tenía levantado.

El escritorio de Nana Ellen estaba vacío, ya no había papeles. El ropero se había quedado abierto, y se habían llevado la ropa. Matilda y yo nos dimos la vuelta hacia la cama: hecha con esmero, con las sábanas tirantes. Me acerqué y levanté el colchón imaginando que descubriría la estructura llena de tierra igual que antes, pero el espacio estaba lleno de heno recién traído, tal y como debería.

—Ya no está —mascullé.

—¿Qué es lo que no está? —respondió Ma desde la puerta.

Miré a Matilda, que hacía un sutil gesto negativo con la cabeza.

Volví a dejar el colchón sobre la estructura.

—Quería decir que se ha ido. Me refería a ella.

—¿Os ha dicho algo a alguno de los dos? ¿Cualquier cosa que pueda explicar adónde se iría o por qué?

—Nada —respondimos ambos al tiempo.

Ma nos lanzó esa mirada que las madres parecen dominar a la perfección, esa que dice «sé que me estáis mintiendo, y si no me contáis la verdad en este preciso instante, ya me encargaré yo de sacárosla».

—¿Ha dejado alguna nota? —preguntó Matilda.

—No lo ha hecho —respondió Ma—. Desde luego, eso habría sido lo apropiado. En realidad, debería haberme dicho a mí directamente que deseaba dejar nuestro servicio. Escabullirse de esta manera en plena noche sin la cortesía siquiera de una conversación de despedida no es propio de Ellen. La hemos acogido en nuestro hogar. Durante siete años, le hemos procurado manutención, un techo y un empleo. Encuentro vergonzoso que haya hecho el equipaje de esta manera y se haya marchado. ¿Qué voy a hacer sin ella? No cabe esperar de mí que lleve esta casa y cuide de cinco hijos yo sola. ¿Dónde voy a conseguir una sustituta? ¿Qué puede haberla movido a hacer esto?

—A lo mejor deberíamos ir a la estación de ferrocarril, ¿no? Podría estar allí todavía —señaló Matilda—. O quizá en los muelles.

—¿Cuándo la viste por última vez? —preguntó Ma.

Matilda hizo como si pensara en ello un instante y dijo:

—Se fue a la cama después de la cena. Dijo que no se encontraba bien y que quería descansar un poco.

—¿Miramos en el hospital? —sugerí.

Ma hizo caso omiso de mi sugerencia.

—¿Y tú, Bram? ¿Cuándo ha sido la última vez que has visto a Nana?

—En la cena —dije, con la esperanza de que mis ojos no me delataran.

Ma se me quedó mirando un momento, y tuve la seguridad de que se había dado cuenta de mi mentira. Dejó escapar un profundo suspiro.

—Matilda, necesitaré que vigiles al pequeño Richard. Le pediré a Thornley que venga conmigo al pueblo e intentaremos encontrarla. Dudo que se haya marchado muy lejos, no si está enferma y lleva consigo todas sus pertenencias.

—¿Y qué hago yo, Ma? —le pregunté.

El brazo comenzó a picarme de nuevo, y resistí el impulso de rascarme.

—¿Qué le voy a decir a vuestro padre? —Ma reflexionó en voz alta y pasó por alto mi pregunta—. Después de siete años, se levanta y se marcha sin más...

Me quedé mirando cómo se daba la vuelta y bajaba de nuevo por la escalera, y acto seguido me dirigí hacia el escritorio de Nana Ellen y me puse a registrar los cajones.

—¿Qué estás buscando? —me preguntó Matilda.

—No lo sé, cualquier cosa. ¿Cómo ha podido despejar así todos sus objetos materiales sin que nadie se percate? —No descubrí nada en el escritorio, y atravesé el cuarto hasta el ropero. Me asomé al interior y comencé a pasar los dedos por las superficies—. Tiene que haberse dejado algo.

—Se ha marchado por nosotros, ¿verdad? —preguntó Matilda.

Hice una pausa.

—No debíamos verla.

—La voy a echar de menos —dijo, y le tembló el labio inferior.

—¡Matilda, es una especie de monstruo!

—Nunca nos ha hecho daño.

—Tú la viste meterse en el pantano y no salir —contesté.

—Creí verla, pero eso no hace que sea verdad. Ni tampoco la convierte en alguien peligroso —respondió—. La niebla era muy densa, y nosotros teníamos mucho frío y estábamos muy cansados; quizá sólo nos imaginásemos que la veíamos entrar en el pantano. Ni siquiera tenemos la certeza de que fuese ella.

—Llevaba puesta la capa de Ma.

—Eso dijiste.

Mentalmente, volví a verla descender del techo con los ojos de un rojo flameante. Me levanté la manga del camión y señalé las dos marcas rojas.

—¿Y qué me dices de esto?

La expresión de Matilda se volvió firme.

—¿Sabes a ciencia cierta que fue ella quien te hizo eso?

—Por supuesto; la vi. Ella...

—Viste cómo se dejaba caer del techo y se abalanzaba sobre ti como una bestia salvaje. Ya lo sé. Eso es lo que dijiste, ¿no? Sólo por un segundo, vamos a aceptar que de verdad sucedió algo así. Voló por tu cuarto y aterrizó sobre ti. ¿Viste cómo te atacaba la muñeca?

—Pues... —No la había visto hacerlo, y me contuve antes de admitir semejante cosa ante Matilda—. Si no fue ella, entonces ¿quién?

—Y si fue ella, ¿cómo lo hizo, exactamente? ¿Acaso debo creer que te mordió, que te enseñó los colmillos y te atravesó la piel como un perro salvaje?

—Sí —le dije, con una voz que no me sonó convincente ni siquiera a mí.

Al no encontrar nada en el ropero, me senté en el filo de la cama con Matilda.

—Tráela de vuelta, Bram. Quiero que vuelva. No quiero que se vaya. La quiero mucho.

—Tenemos que ir al castillo de Artane, a la torre.

Ma y Thornley no regresaron hasta la hora de la cena. No habían descubierto el menor rastro de Nana Ellen en el pueblo, ni tampoco la había visto ninguno de nuestros vecinos. Había desaparecido sin más.

Aguardamos a la caída de la noche, a que todos en la casa cediesen al sueño, y Matilda y yo salimos sigilosos de nuestros cuartos, bajamos la escalera y llegamos a la puerta principal, igual que habíamos hecho la noche anterior. Cuando salimos de la casa, el viento estaba en calma de un modo inquietante, y cerré la puerta a nuestra espalda. Cruzamos los campos a la carrera e hicimos lo que pudimos para mantenernos en las sombras y evitar aquellos lugares donde alguien podría vernos.

Matilda no dijo una palabra por el camino, y aquello me resultó perturbador. En la mayoría de las circunstancias resultaba complicado impedir que parlotease, sobre todo cuando estaba nerviosa. La miré con el rabillo del ojo y la encontré con el ceño fruncido y los ojos clavados al frente. No podía esperar que creyese lo que le había contado de Nana Ellen; incluso después de lo que habíamos visto ya, era demasiado fantasioso. Aun así, quería que lo creyese. No deseaba verme solo en aquel empeño. Matilda la había visto meterse en el tremedal, exactamente igual que yo. La había visto desaparecer bajo la superficie del agua y permanecer sumergida mucho tiempo más de lo que sería capaz cualquier persona normal, igual que yo. Matilda no había visto la mano surgir del agua y cazar la libélula en el aire, pero eso no hacía que fuese menos cierto.

Cuando volví a alzar la mirada, nos estábamos aproximando a las fárfaras y las gramas, y nos lo ponían más difícil las zarzas y enredaderas que rodeaban el castillo por los cuatro costados. La mirada de Matilda seguía clavada al frente. Cuando por fin habló, me susurró:

—¿Puedes sentirla?

—Entonces ¿te crees eso, pero no lo que pasó en mi cuarto?

—Pues... —tartamudeó—. No sé. Quizá. No estoy segura, no lo sé.

—Nunca te he mentado, Matilda. ¿Por qué iba a inventarme una cosa así?  
Matilda dejó escapar un suspiro.

—Nana Ellen era... es... nuestra amiga. La conozco de toda la vida; tú también la conoces de toda la vida. Nunca nos ha hecho ningún daño. No ha hecho nada sino cuidar de nosotros como si fuéramos sus propios hijos. —

Hizo una pausa durante un segundo, buscando mentalmente las palabras apropiadas—. Tal y como la has descrito, has hecho que parezca un monstruo. Un ser salido de una pesadilla, que se deja caer sobre ti de un modo horrible, y ¿con qué fin? ¿Entonces va y te dice que duermas? Mírate. No te habías movido de esa cama en meses. No recuerdo una sola vez en que hubieras salido de la casa sin ayuda y, aun así, en el transcurso de un día pasas de estar al borde de la muerte a gozar de una salud que no tiene nada que envidiar a la mía. ¿Es ella la responsable de esto? Si es así, ¿por qué iba ella a querer hacerte daño?

—No sé si pretendía hacerme daño.

—Y tus brazos —prosiguió Matilda—. No es posible que las heridas que dejan las sanguijuelas desaparezcan de ese modo. Y aun así ha sucedido. También te han desaparecido de las piernas, ¿me equivoco?

Le dije que no con la cabeza.

—¿Cómo?

—Ojalá lo supiera.

El picor, sin embargo, estaba ahí, siempre ahí. Me di cuenta de que me estaba rascando el brazo incluso en aquel momento.

—¿Y ese picor incesante? —Matilda siguió caminando con paso airado—. No sé qué pensar de todo esto.

Dejé caer el brazo al costado y salí detrás de ella, apartando la espesura de las hierbas.

Matilda se detuvo y alzó la mirada al castillo que se elevaba más adelante contra el cielo nocturno.

—No has respondido a mi pregunta inicial.

—¿Qué pregunta?

—¿Puedes sentirla?

Me quedé quieto y miré al castillo imponente, la piedra erosionada y cargada de hiedra y musgo. Al enfocar la mirada, vi unas minúsculas hormigas que recorrían la superficie y correteaban por aquí y por allí de un modo poco natural teniendo en cuenta el aire helado, con un objetivo que tan sólo ellas conocían. Había arañas, también, cientos de ellas, tejiendo sus malintencionadas telas entre las hojas de hiedra con la esperanza de atrapar

moscas. Observaba todo aquello y sabía que Matilda no lo había visto. Estaba de pie a mi lado, tiritando en el aire frío, con la mirada fija en las ventanas vacías del castillo.

Cerré los ojos y pensé en Nana Ellen. No percibía el cordel que nos vinculaba tal y como lo había hecho la noche anterior, y no digamos el tirón que notaba con él. Con aquel pensamiento, me sentí abandonado. Nana Ellen había abandonado a mi familia, eso era cierto, pero, no sé muy bien por qué, yo había pensado que a mí no me había abandonado. Sin embargo, no estaba allí, y no percibí nada.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Bien, pues vamos, entonces —dijo Matilda siguiendo el perímetro de la torre cuadrada para dar la vuelta hasta la parte frontal y su arco de entrada.

La abertura tenía cerca de tres metros y medio de alto y dos metros y medio de ancho, y apestaba a tierra húmeda y a moho. Vi un ratón en el extremo opuesto; estaba erguido sobre las patas traseras y nos lanzaba una mirada desafiante a nosotros, intrusos en los dominios de aquella criatura. Lo vi alejarse corriendo y desaparecer por una fisura en la piedra. En algún momento había habido una puerta en aquel mismo lugar, pero se había podrido mucho tiempo atrás. Aún quedaban por el suelo unos cuantos trozos de madera en descomposición, alimentando a las termitas. Los restos de un gran cerrojo de metal, tirado hace siglos, se oxidaban contra la pared de la izquierda.

A la izquierda de la entrada de la torre se elevaba la otra porción del castillo que permanecía intacta: un edificio cuadrado de una sola planta de unos veinticinco metros de largo por unos nueve de ancho con unos muros que antaño se elevaban hasta los cuatro metros y medio, pero ahora eran poco más que unas ruinas que se caían a pedazos. Hacía tiempo que había desaparecido el tejado de aquella estructura que se encontraba en un estado tan lamentable, y los árboles y la maleza crecían ahora en lo que una vez fue el gran salón. Thornley solía pasar mucho tiempo aquí cuando era pequeño, jugando. Venía hasta aquí él solo después de completar sus tareas domésticas y se quedaba durante horas y horas. Llamaba a este lugar «el castillo del rey». Matilda le tomaba el pelo llamándole «el rey del Castillo del Escombros»,



justo antes de que él saliera corriendo detrás de ella.

Allí estábamos Matilda y yo, dos siluetas minúsculas y perdidas contra las gigantescas fauces abiertas de aquel lugar. Nos cogimos de la mano el uno al otro, nos adentramos en la oscuridad y dejamos atrás el bosque.

## AHORA

Transcurre cerca de una hora antes de que Bram haga acopio del valor para acercar una llama a la mecha del quinqué y que éste vuelva a proyectar luz por la habitación. Cuando al fin lo hace, contiene el aliento mientras la lámpara vuelve a la vida y por fin obliga a las sombras a retirarse.

Bram espera a que la criatura de las sombras regrese, pero no lo hace. Tampoco hay ninguna señal de movimiento detrás de la puerta. En cambio, la estancia permanece en el silencio más absoluto, tanto que Bram se sorprende abriendo las contraventanas con la esperanza de dejar entrar algún asomo del mundo natural. Al hacerlo, se inclina más allá del alféizar e inspira el tonificante aire nocturno. Se encuentra con que la luna se ha desplazado algo más en su recorrido; ya ha quedado atrás el ecuador de la noche.

Regresa a la silla del centro de la habitación, se sienta y saca del bolsillo del abrigo una pequeña petaca. No debería beber, lo sabe, en particular en una noche como ésta, pero cuando la adrenalina abandona sus venas, se siente de pronto incómodo y necesita entrar en calor. Bram desenrosca el tapón y se lleva la petaca a los labios; saborea cada gota del brandy de ciruela conforme le calienta el gástrico y se le asienta en el estómago. A continuación vuelve a enroscar el tapón y deja caer la petaca en el bolsillo antes de recoger su rifle, que sujeta preparado y con el cañón apuntando en ángulo hacia la puerta.

De la última rosa que ha colocado en el umbral de la puerta queda ya poco más que una maraña de putrefacción negra sobre la piedra manchada. Si Bram no supiera que esos restos resacos fueron antes una rosa, no habría sido capaz de distinguirlo. Se plantea reemplazarla, pero cambia de opinión; un

rápido inventario revela que sólo tiene cuatro rosas más. Ya casi no le queda agua bendita, y ha empleado las últimas obleas de comunión en hacer la masilla que ha utilizado al tratar de sellar la puerta. De poco ha servido; el mal del interior ha hecho que la mezcla se reseque y se convierta en polvo. Incluso ahora, al mirar fijamente la puerta, ve una porción de oblea que cae de la esquina superior izquierda y se deshace contra el suelo en forma de polvillo. Otro trozo cae detrás del primero, y otro más poco después. No tardará en desprenderse el resto de la masilla de oblea; entonces no quedará nada que mantenga cerrada esa puerta salvo el gran cerrojo metálico que la recorre por dentro y la rosa a su pie.

A Bram le pesan los ojos cada vez más, y sacude la cabeza.

El sueño le llama, un canto de sirena.

*No te haré daño, Bram. Estuvo mal por mi parte decirte que lo haría.*

De nuevo llega la voz hasta él procedente de algún lugar en las profundidades de su propia cabeza. No es la voz densa y cargada de antes, sino una voz infantil y suave, femenina, la voz de un ángel.

Bram no le presta atención, no está dispuesto a responder a nada en absoluto.

*Hace frío aquí dentro, Bram. Y qué soledad. Nunca he estado en un lugar tan lúgubre. Si abres la puerta y me dejas salir, es mucho lo que te puedo ofrecer. El conocimiento de cosas tan increíbles que no creerás que son ciertas hasta que te las muestre; entonces, jamás volverás a negarlas.*

Bram se incorpora, se endereza en la silla y levanta el cañón del arma; se le había empezado a inclinar hacia abajo. A sus fatigadas manos, sostener un arma tan pesada les resulta cada vez más difícil.

*Deseas que te muestre esas cosas, ¿verdad que sí, Bram? ¿Quieres que te ofrezca las respuestas a las preguntas que llevas haciéndote toda tu vida? Sabes que sí. ¿Por qué si no ibas a escribir sobre ello? Los sucesos de tu infancia... son significativos, desde luego que sí... tus aventuras con tu dulce hermana. ¿Cómo está Matilda? Cuánto la echo de menos.*

La voz cambia entonces y se transforma en otra ligeramente más grave,

una voz que le resulta familiar, la de Matilda.

*Tú no me tratarías así, ¿verdad? ¿Me encerrarías en una habitación con la esperanza de que la muerte me llevase en plena noche? Qué disgusto tendría Ma contigo, tratar a una dama con semejante descortesía. ¡Imagínate lo que haría Pa si se enterara! Ah, te agarraría, te pondría sobre su rodilla y te azotaría en el trasero con una vara como si aún fueras un crío. Te enviaría llorando a tu cuarto, tu pequeño ático, origen de tantas aventuras en años posteriores, pero también un lugar de tanto padecimiento al principio. Cuánto me alegro de que estés escribiendo sobre aquella época, todos esos recuerdos. Yo lo conservo todo en la memoria como si fuera ayer, y me encuentro en la necesidad de señalar que has omitido mucho. Sé que andas con prisas, pero un buen narrador nunca deja vacíos, y creo que obraría en tu mayor beneficio volver atrás y pensar en lo que te has dejado. Mejor aún, ¡yo podría ayudarte! Abre la puerta, y estudiaré contigo cada página minuciosamente y te ayudaré a recordarlo todo. ¿Te acuerdas de la mano en el tremedal? ¿No te gustaría saber quién era? Diste por sentado que era Ellen, pero ¿estás seguro? Yo podría contártelo. Espera... ¡te lo podría mostrar! Podría cogerte de la mano y llevarte allí, y juntos podríamos acercarnos a la orilla de aquella ciénaga y asomarnos a las turbias profundidades con renovados ojos. También podríamos volver a visitar el castillo. ¡Imagínate cómo sería regresar allí y contarle a tu yo de la infancia todo lo que sabes ahora! ¿Eres capaz de imaginarte algo así? Podríamos arrodillarnos al borde del agua, agarrar aquella mano y tirar de ella para atraerla, sacarla del agua. Y podríamos dejar que hundiese los dientes en la parte carnosa de tus antebrazos y que bebiese. ¿No es eso lo que anhelas? Eso haría que cesara el picor. Te lo garantizo.*

Bram mete la mano en la cesta, coge otra rosa y lanza la flor hacia la puerta. La ve golpear contra la madera y caer después deslizándose, suspendida en el aire, en volandas del polvo, flotando hacia la piedra.

Una carcajada surge detrás de la puerta, una risa tan fuerte que el rifle se le escurre de las manos y cae al suelo con un estruendo metálico. Bram palpa a toda prisa para levantarlo de nuevo y apuntar el cañón hacia aquella risa.

*Te estás descuidando, Bram. Se te ha olvidado bendecir la flor; debe de*

*ser la fatiga, que te está afectando.*

Bram observa horrorizado cómo van cayendo los pétalos de la rosa, uno por uno, y no queda más que un tallo espinoso. Todo aquel desastre se ennegrece ante sus ojos y se desmorona. Tras la puerta se vuelve a oír la risa; después, un fuerte estruendo contra la madera de roble. Con el golpe cae al suelo más de aquella masilla de los bordes, y Bram siente que se le va el alma a los pies cuando se deja caer una vez más en el asiento.

La risa se apaga, y el silencio inunda la habitación, seguido de la voz en su cabeza, la de su hermana.

*Me encantaba coger flores en los campos municipales alrededor de nuestra casa en Clontarf; ¿te acuerdas? Teníamos un parque en la misma puerta, y el puerto más allá, con Artane a nuestra espalda. Ma solía llevarme a dar paseos por la costa. Hacíamos pícnic y veíamos los barcos, que llegaban del mar. Fue una época especial. Por supuesto, tú estabas enfermo, aun por aquel entonces. Estabas flaco, apenas eras un suspiro de crío, tan frágil que cualquiera diría que una caída de la cama podría ser tu fin.*

*Recuerdo cómo te arropaba Nana Ellen cada noche y te contaba una historia. A veces me dejaba quedarme, pero aun cuando no lo hacía, la podía oír desde mi cuarto, y escuchaba cada palabra. ¿Te molesta eso, Bram? ¿Te molesta que escuchara a hurtadillas aquellos momentos privados vuestros?*

Bram no dice nada.

*Qué cautivadoras eran sus historias, no me podía resistir. Si quieres que te diga lo que pienso, contártelas a ti era una pérdida de tiempo. La mitad de las veces te encontrabas en tal estado de fiebre que no sabías ni dónde estabas, ni mucho menos eras capaz de prestarles la atención que se merecían. Y aun en las escasas noches en que sí escuchabas, te quedabas dormido mucho antes de que terminase el relato. Apostaría a que ni una sola vez escuchaste el final de una de sus historias. Pero yo sí. Me enteré de cómo terminaban todas. Hasta la última de ellas. ¿Aquella noche en que se lanzó sobre ti desde el techo? Yo sé cómo acabó esa historia. ¿Quieres que te lo cuente?*

Bram respira hondo por la nariz y expulsa el aire por la boca. El sueño intenta atraparlo, los párpados amenazan con rendirse. Se levanta y se aparta

de la silla, da tres vueltas por la habitación y se vuelve a sentar. Quiere otro trago de brandy, pero no es aconsejable; el brandy sólo hará que se sienta más cansado.

—Ya estás otra vez igual, quedándote dormido en plena historia.

Esta vez, la voz es la de Nana Ellen, tal y como él la recuerda de la niñez. Y la voz ya no suena como si la tuviese dentro de la cabeza; ahora la voz procede de detrás de la puerta, amortiguada por el grosor del roble.

—No quería marcharme aquella noche, de verdad que no, pero tu hermana y tú no me dejasteis más remedio. Jamás deberíais haber entrado en mi habitación. Nada se os había perdido allí dentro, en el espacio de mi intimidad. Yo nunca habría entrado así en vuestras habitaciones, sin haber sido invitada. Nunca se me habría ocurrido ponerme a registrar vuestras pertenencias como un vulgar ladrón registra las posesiones de su víctima. Te quería, Bram... te quería a ti y quería a tu hermana, también.

Bram siente que se le están cerrando los ojos, se obliga a abrirlos y respira hondo. El aire viciado está tan cargado de polvo húmedo y frío que le cosquillea en la garganta. Se mete la mano en el bolsillo, saca la petaca y se concede otro trago.

—Estás aquí sentado, ya adulto, gracias a mí, Bram. Tú lo sabes, ¿verdad? Podría haberte dejado morir aquella noche, pero no lo hice. Vi el daño que ese tío hechicero tuyo estaba pergeñando e intervine para sofocarlo, condenados padres los tuyos. No te haces una idea del tipo de problemas que eso me creó a mí, ¿verdad que no? Lo hice porque te quería, Bram, te quería como si fueras mi propio hijo. Y todavía te quiero.

Bram hace caso omiso. El brandy amortigua la voz, aunque sólo sea durante un breve instante. Aclara la neblina de su mente y hace que le entren en calor los huesos cansados. Devuelve la petaca al bolsillo.

—¿Recuerdas todos aquellos días que pasamos en tu habitación, sólo nosotros dos? Tumbados sobre tu cama, contando historias. ¡Ah, cómo nos reíamos! Estoy segura de que también te daba miedo; ¡qué perversos eran algunos de aquellos cuentos! ¿Te acuerdas del relato de la Dearg-Due? Tenías un poco de fiebre cuando te lo conté.

El término le suena familiar, pero no es capaz de recordar la historia.

—La encerraron en una habitación no muy distinta de ésta, y mira lo que fue de ella. Mira lo que les sucedió a los que la metieron allí. Cuánto lamentaría verte sufrir un destino así. Si abres la puerta, nunca tendrás que preocuparte por este tipo de cosas. Yo puedo mantenerte a salvo.

Otra porción de la masa de oblea bendecida se desprende del borde de la puerta y se deshace en una docena de trozos sobre el suelo de piedra. Bram, sin embargo, apenas repara en ello; sólo piensa en dormir, en lo mucho que lo desea y en que no puede sucumbir: una batalla que se libra tras sus pesados párpados.

—Quizá deberías echarte una siesta. Una cortita. Lo suficiente para despejarte el pensamiento. Estoy segura de que cuando te despiertes te darás cuenta del terrible error que has cometido. Vamos, cierra los ojos; yo haré guardia por ti. Será como cuando eras niño.

El rifle se desliza de la mano de Bram y cae al suelo, a sus pies, con un ruido metálico. Piensa en recogerlo, pero le pesan mucho los brazos, el arma pesa tanto, los párpados...

—Duerme, Bram, duerme. Ya estoy contigo.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*Octubre de 1854*

Al poner el pie en el interior de la torre de Artane sentí de inmediato un descenso en la temperatura. La mano de Matilda temblaba en la mía, y supe que ella también lo había notado. La entrada daba paso a una habitación grande y cuadrada, de no menos de seis metros de lado a lado, con escalones de piedra, estrechos y pronunciados, que sobresalían de los muros exteriores y no estaban sujetos más que por una colocación estratégica. Resultó mareante mirar hacia arriba y, cuando lo hice, se me tambaleó el cuerpo. No había barandilla, sólo los escalones pulidos de unos sesenta traicioneros centímetros de ancho cada uno, algunos quizá menos, desconchados y agrietados por el paso del tiempo y el envejecimiento, con las esquinas de cada peldaño apuntadas de forma que se adaptasen al ascenso en círculo de la escalera. Y había más escalones por subir de lo que me atrevía a contar; no quería saber cuántos eran. Aunque eran visibles dos de las ventanas que habíamos localizado desde el exterior, la tercera quedaba oculta. Me imaginé que la escalera finalizaba en una estancia en lo más alto que se asomaría al valle de Artane y a los bosques circundantes. En su día, la torre se diseñó con fines defensivos, y tal situación resultaría ventajosa, ya que permitía ver kilómetros a la redonda.

Cada siete escalones, se hallaban en las paredes unas velas encendidas con una luz de un tono azul contranatural. Me acerqué a la primera de ellas



para poder verla con detalle. La llama danzaba en el pábilo, y fue como si se doblase hacia mí cuando me aproximé. Aquello me resultó particularmente extraño, ya que no había la menor brisa en aquel lugar, que digamos. No obstante, cuando aproximé la mano a la llama, ésta se inclinó para saludarme. Y cuando me aparté, la llama se movió en sincronía y recobró la postura erguida. Más extraño aún, una luz azul indicaba un gran calor, sin embargo allí no lo había, ni el más mínimo, como si estuviéramos viendo la imagen de una llama en lugar de la llama en sí.

—Debe de haber encendido esta vela hace muy poco. No veo restos de cera fundida. No llevan mucho tiempo ardiendo —señaló Matilda a mi lado.

Estaba en lo cierto: ni una sola gota de cera caía por el lateral de la vela, ni se había acumulado en la base. O bien era la primera vez que allí ardía una vela, o bien alguien había limpiado el soporte antes de encender aquélla.

Una vez más, cerré los ojos y busqué a Nana Ellen. Tenía que estar cerca, pero no sentía nada, ni el menor rastro de ella.

Cuando abrí los ojos, me encontré a Matilda de pie en el octavo escalón, pasando los pies por la piedra que se desmoronaba, en un gesto de prueba. El escalón parecía aguantar bajo su peso.

—Creo que es seguro.

En cuanto pronunció aquellas palabras fatídicas, algo grande y negro descendió sobre nosotros desde lo alto de la torre y cayó a tal velocidad y determinación que apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que pasara en picado junto a nosotros y girase para ascender de nuevo. Matilda soltó un grito de sobresalto y se precipitó desde la escalera hacia el suelo de piedra; me lancé a por ella en un intento por detener su caída. Los dos aterrizamos en el fondo, uno encima del otro.

—¿Te has hecho daño? —le pregunté.

Se dio la vuelta para quitarse de encima de mí y se puso en pie.

—Creo que no. ¿Qué ha sido eso?

Me levanté y me sacudí el polvo del abrigo.

—Me parece que era un murciélago. Uno muy grande.

—Estás sangrando.

Seguí la dirección de su mirada hacia la palma de mi mano, donde el

carmesí de un corte de unos dos centímetros y medio de largo brillaba a la pálida luz azul. Me toqué suavemente la palma con la otra mano.

—No me duele, creo que no es muy profundo.

Me saqué un pañuelo del bolsillo de los pantalones y me envolví la herida con él a modo de vendaje improvisado.

El murciélago grande volvió a descender, primero en círculos en lo alto, y después se lanzó directo hacia nosotros. Matilda y yo retrocedimos y esquivamos a la criatura cuando pasó a escasos centímetros de nuestros ojos. Vi que el animal negro alzaba otra vez el vuelo y se posaba en una viga de madera que se hallaba unos tres metros por encima de nosotros y que atravesaba la torre de extremo a extremo. La inmunda criatura nos fulminaba con la mirada de unos ojos rojos y brillantes. La imagen de Nana Ellen regresó a mi mente y me la quité de la cabeza.

Me imaginaba que Matilda desearía marcharse, pero, en cambio, me cogió otra vez de la mano y arrancó escalones arriba, tirando de mí tras ella. Sin amilanarse ante el murciélago.

Me quedé quieto.

—¿Y si se vuelve a lanzar en picado cuando estemos ahí arriba? —le pregunté, señalando a un punto de la escalera muy por encima de nuestras cabezas—. Una caída desde esa altura sin duda significaría la muerte.

—Entonces, quizá no debemos caernos —me respondió.

Seguí inmóvil.

Matilda me tiró de la mano.

—Lo vigilaré con atención. Me ha asustado una vez; no me volverá a asustar.

Un roedor pasó correteando por nuestros pies y se detuvo entre nosotros y la entrada de la torre, un ratón tan rollizo que con facilidad se podría haber tomado por una rata. Estaba mordisqueando algo, pero no pude distinguir exactamente qué. Como si quisiera demostrar su argumento, Matilda no se inmutó al ver al animal; se mantuvo firme.

Asentí con la cabeza, respiré hondo, y los dos comenzamos a ascender por los escalones. En ese instante, fue como si las velas luciesen con más intensidad.

Permanecimos pegados a las paredes, palpando con las manos en busca de cualquier cosa que pareciese un asidero en la irregular superficie de la piedra. Allí, algunos de los escalones no tenían más de treinta centímetros de ancho, con una superficie del todo lisa, desgastada por el tiempo y por las incontables pisadas que la habían hollado en el transcurso de las generaciones. Ascendíamos, y yo no dejaba de vigilar al murciélago. La criatura nos observaba con atención desde su posición elevada, echó a volar cuando pasamos y se posó en otra viga justo sobre nosotros. El batir de sus alas resonó por los ancestrales muros y llenó el espacio con un ruido que sonaba como el aleteo de un centenar de murciélagos, los unos contra los otros. Al llegar a la altura del animal por segunda vez, oí el castañeteo de unos dientes minúsculos y me acordé del ratón que habíamos visto antes.

No me atreví a mirar hacia abajo; el suelo de piedra estaba ya a no menos de seis metros por debajo de nosotros. Con cada paso, oía minúsculos trocitos de roca suelta que se deslizaban bajo nuestros pies y se precipitaban al suelo. Matilda me apretó la mano y después la soltó. El siguiente escalón tenía menos de quince centímetros de ancho, poco más que un muñón de piedra que asomaba de la pared. Puso un pie con tiento sobre el escalón, pasó veloz al siguiente, que estaba entero, y esperó a que yo hiciese lo mismo. Respiré hondo y seguí sus pasos con cuidado de colocar el pie en el lugar exacto donde ella lo había puesto. Al ir subiendo, nos percatamos de que algunos escalones estaban sueltos, y aunque ninguno de ellos se desprendía de la pared, eran unos cuantos los que parecía que podrían hacerlo.

Alcé la mirada.

—Estamos a medio camino —mascullé.

El murciélago debió de ofenderse con mis palabras, porque cobró vida con un aleteo y nos rodeó en vuelo, y pasó tan cerca que sentí en la cara el aire del movimiento de sus alas al agacharme un segundo antes de que impactase conmigo.

Matilda soltó un grito en voz baja y también lo esquivó, con las manos agarradas a la pared para evitar caerse. Pensé que la criatura de nuevo alzaría

el vuelo, pero no lo hizo. Por el contrario, se posó en lo alto de la escalera, sobre una gran puerta de roble.

—Nos está bloqueando el paso —dijo Matilda.

—Nos dejará pasar —respondí, sin estar muy seguro de cómo lo sabía, sólo de que lo sabía.

Había algo más. Aunque no sentía cerca a Nana Ellen, tenía la certeza de que había estado allí. Había dejado su esencia en cada escalón, en cada asidero en la pared, su mismísimo aliento suspendido en el aire. Estaba convencido de que había estado allí poco antes, tanto como aquella misma noche. Una vez más, me pregunté si ella me podría sentir a mí también, si aquel extraño vínculo era mutuo. Y si, en efecto, ella podía sentirme a mí igual que yo a ella, ¿tenía Nana Ellen la capacidad de enmascarar este sexto sentido que compartíamos y, de alguna manera, ocultarse de mí a voluntad? Cualquiera diría que era así. Aquel pensamiento me produjo un escalofrío — volví a verla catapultándose hacia mí desde el techo, salvo que en esta ocasión no nos encontrábamos en mi cuarto del ático, estábamos aquí mismo, en estos escalones—, me la imaginé cayendo hacia nosotros desde lo alto de la torre con las piernas y los brazos abiertos, agarrándonos a Matilda y a mí al pasar en su caída y arrastrándonos con ella a las profundidades.

—No te pares —dijo Matilda.

Alcé la mirada y me la encontré a unos diez escalones por delante de mí, casi en el rellano de lo alto, con el murciélago posado a poco más de un metro de la cabeza.

Extendí el brazo hacia el muro de piedra y arranqué detrás de mi hermana, cauteloso con cada escalón y con cuidado de no resbalar con las piedras sueltas. Dimos rápida cuenta de los restantes peldaños y nos vimos en lo más alto, ante una gran puerta de roble con bandas de hierro. Al acercarnos, el murciélago volvió a alzar el vuelo y se posó en el alféizar de la ventana frente a nosotros. Estaba mirando a aquella criatura cuando se posó otro murciélago a su lado, y un tercero a continuación, cada uno más grande que el anterior, de un tamaño que ridiculizaba el del diminuto ratón de abajo. El trío emitía pequeños gorjeos, nos fulminaba con la mirada de sus ojos rojos y brillantes, con unos largos dientes blancos que goteaban saliva sobre

sus inquietas garras.

Matilda los miraba intranquila, pero yo me negaba a dar muestras de temor: les di la espalda y contemplé la gran puerta.

Debía de tener algo menos de tres metros de ancho, y parecía tallada en una sola pieza de roble, por improbable que eso fuera. Unas grandes bandas de hierro envolvían la superficie en la parte superior, en la inferior y a media altura, y en el centro parecía haber una cerradura antiquísima para algún tipo de llave. Era extraño que una puerta así se cerrase desde el exterior en vez de por dentro, y no pude evitar preguntarme qué podría justificar tal cosa.

Llevé la mano al pestillo y lo empujé para desplazarlo. El metal no chirrió como cabría esperar de un artilugio tan antiguo como aquél, sino que se deslizó sin esfuerzo para finalizar con un nítido clic al liberar algún cilindro oculto. Al desengranarse así, una vez libre para girar sobre sus robustas bisagras, la puerta se abrió apenas una rendija hacia el interior. Fue como si exhalase por la abertura un aire denso y maloliente, la peste más hedionda, y sentí la náusea que se me escapaba por la garganta. A mi lado, Matilda apartó la cara, se tapó la boca y la nariz con la manga de la chaqueta y se le humedecieron los ojos con aquel hedor tan infame. Yo ya había oído la muerte, y justo eso era aquel olor: viciado e impuro, el olor de algo putrefacto que llevaba mucho tiempo encerrado en un espacio reducido, contaminando el aire a su alrededor.

Con la mano libre, Matilda hizo lo que yo no fui capaz de hacer y empujó la puerta, que giró hacia el interior de la estancia.

Aunque una ventana ocupaba la pared del otro extremo, alguien la había tapiado y la había sellado para impedir que entrara el aire de la noche, y también la luz de la luna, aunque esto no tuviese ninguna relevancia, ya que en las paredes había una hilera de las mismas velas que vimos a lo largo de la escalera: las llamas ardían con intensidad y danzaban en los pábilos. De nuevo me fijé en la ausencia de cera reciente; las velas ardían y, sin embargo, no se consumían. No despedían humo ni olor, tan sólo emitían una extraña luz azulada.

Creo que Matilda esperaba encontrarse a Nana Ellen, porque se abalanzó al interior de la habitación con un paso rápido, preparada para sorprender a

quienquiera que pudiese haber dentro. No obstante, no hallamos a nadie.

Al abrir la puerta, el aire repugnante salió en una ráfaga como si lo hubieran liberado de aquel lugar por primera vez en siglos. Bajo aquel olor detecté también un profundo aroma terroso. La habitación era más grande de lo que me imaginaba, de más de tres metros y medio de ancho, por lo menos, y completamente redonda a excepción de la puerta. El techo se elevaba a una altura no inferior a tres metros, dominado por un dosel de ladrillos de piedra que soportaban unas gruesas vigas de madera muy similares a las que nos habíamos encontrado en la escalera.

Era tal la densidad de las telarañas y el polvo que bien podría haber pasado un siglo desde la última vez que alguien puso el pie en aquel lugar, aunque yo sabía que no había sido así. Pensé en la habitación de Nana Ellen y en el polvo del suelo, en que ella no dejaba huellas mientras que Matilda y yo dejamos muchas.

Sabía que Nana Ellen había estado allí, porque en el centro de la estancia había un cajón grande de madera, de un metro de hondo, casi lo mismo de ancho, y de una longitud a la par con la estatura de Pa. La tapa del cajón estaba abierta y desplazada a un lado, y era de allí de donde procedía aquel olor tan malo. El suelo estaba cubierto de polvo, muy al estilo del cuarto de Nana Ellen.

Al primer vistazo, el cajón me resultó peculiar. Las telarañas infestaban la habitación; colgaban del techo y de las paredes como si fueran el follaje de un viejo sauce llorón en el pantano más profundo. Al empujar más la puerta sobre sus goznes, las telarañas se rompían, incluso, y caían al suelo con unas minúsculas criaturas de ocho patas que correteaban en busca de refugio en cuanto se recuperaban y se guarecían entre las densas columnas de polvo y mugre. ¿Cómo habían conseguido subir un cajón tan grande por la escalera?

Matilda, que aún se protegía la boca, entró con cautela en la estancia con los ojos clavados en el cajón grande. Lo rodeó con cuidado de mantener una distancia de un metro, más o menos, y entonces se aproximó apartando las telarañas cercanas con la mano. Cuando se asomó al borde del cajón y

contempló su contenido, se le frunció la frente; acto seguido hizo un gesto negativo con la cabeza, volvió a retroceder y se le escapó un grito que amortiguó la manga del abrigo.

—¿Qué es?

Se puso pálida, y por un instante pensé que iba a ceder a las náuseas, pero contuvo el impulso. Incapaz de hablar, señaló hacia la abertura del cajón con un dedo tembloroso.

Quería darme la vuelta. Quería cogerla de la mano y salir por la puerta a toda prisa, bajar corriendo los escalones y cruzar los campos hasta nuestra casa, donde me volvería a meter en la seguridad de mi cama y fingiría que aquello no era sino otro mal sueño..., sin embargo sabía que no podía hacer tal cosa. Le habíamos plantado cara a la noche para venir aquí, para buscar a Nana Ellen, para obtener respuestas, y tenía que mantener la firmeza y el coraje.

Obligué a mis pies a moverse, ya que no deseaban hacerlo. Los convencí para que se adentraran en la habitación dando pasos de uno en uno hasta que me encontré de pie ante el cajón grande de madera. Sentí la mano de Matilda en la espalda y casi di un salto cuando me tocó. Volví la cabeza hacia ella sólo el tiempo justo para verla mover los labios con la palabra *perdón*. Me volví de nuevo hacia la caja, me incliné sobre ella y miré al interior.

Estaba llena de tierra hasta el borde, la misma tierra repugnante que hallamos debajo de la cama de Nana Ellen, repleta de lombrices tan gruesas como mis dedos que se deslizaban por la superficie negra, las unas por encima y por debajo de las otras antes de desaparecer de nuevo en la tierra. Cientos de gusanos salpicaban la superficie, con sus cuerpos blancos brillantes de baba a la temblorosa luz azulada de las velas. Por atroz que resultara aquella visión, no fue el motivo de que Matilda gritase, ya que no era lo peor que había en la caja... no era lo peor ni de lejos.

Cerca del centro, apenas visible bajo el grueso manto de tierra, descansaba el cadáver mutilado de un gato. Le habían abierto el cuello con un desgarró irregular que dejaba expuesto al aire el músculo rosado de debajo y la grasa amarillenta que le daba al cadáver un levísimo tono pardo y seco.

Al continuar recorriendo el contenido con la mirada advertí que el felino

no estaba solo; también había desperdigada cerca de una docena de ratas muertas por la tierra negra, con un pelaje tan asqueroso que apenas era capaz de distinguirlo de la propia tierra. El olor tendría que haberme repelido, pero lo encontré extrañamente tranquilizador.

Cuando comenzó a picarme el brazo con aquel pensamiento, di un paso atrás y me topé con los ojos de Matilda.

—¿Nana Ellen ha matado a esos animales?

En mi imaginación, la vi fulminándome con la mirada desde el techo, sus pupilas rojas refulgiendo de odio y de hambre, y supe que era capaz de hacer tal cosa, aunque no deseara creerlo. Entonces se me ocurrió una posibilidad aún peor.

—Me dijiste que Thornley le llevó un saco a Nana Ellen, a su habitación, un saco en el que había algo vivo...

Dejé la frase suspendida en el aire, no quería completar aquel pensamiento en voz alta.

—Thornley no haría algo así —insistió Matilda.

Pensé en las gallinas del gallinero, la excitación en el rostro de mi hermano. «Un zorro —me dijo—. Ha sido un zorro.»

—¿Y qué fin tiene esto? —Matilda señaló la tapa del cajón, apoyada en el costado—. La tapa está llena de agujeros. ¿Para que entre el aire? A lo mejor la caja era para mantener vivos a esos animales, pero no sobrevivieron al viaje.

—Está llena de tierra hasta el borde. No es para conservar nada vivo. — Me arrodillé junto a la caja y observé la tapa con atención.

Tenía en los bordes unos clavos que, si bien parecían gruesos, no sobresalían por el otro lado como cabría esperar; los habían cortado. Falsos clavos, dicho de otro modo. Daba sólo la impresión de tener clavos. En el interior de la tapa descubrí seis cierres. Me puse de pie y volví a echar un vistazo al cajón.

—Esos pestillos están diseñados para enganchar en estas abrazaderas. Creo que la tapa está pensada para que alguien la pueda cerrar desde dentro. Es como si alguien hubiese puesto esos clavos falsos con un martillo, pero, desde luego, no es el caso.



—Eso no tiene sentido.

—¿Acaso tiene sentido algo de esto? —respondí, recorriendo la habitación con un gesto.

—Mírate la mano —exclamó Matilda en voz baja. Se me había caído el pañuelo con el que me había vendado la herida, y la palma había quedado a la vista—. El corte ha desaparecido.

Sostuve la mano a la luz y traté de ocultar el leve temblor que partía del aleteo del corazón y me descendía por el brazo. La piel había sanado; no quedaba rastro de la herida.

—Era un corte pequeño —me oí decir, consciente de que esas palabras no significaban nada ni siquiera en el instante en que abandonaban mis labios.

Matilda tomó mi mano en las suyas, le dio la vuelta y volvió a girarla.

—Era lo suficiente. No queda ni rastro. Nada en absoluto.

Retiré la mano de golpe.

Me frunció el ceño.

—Tenemos que hablar de esto.

—Ahora no.

—¿Qué te hizo?

—Nana Ellen podría regresar en cualquier momento.

—Creí que habías dicho que ya no podías sentir su presencia. ¿Cómo sabes que ha estado aquí, siquiera?

—La vimos aquí ayer —respondí.

—Bram, tienes que ser sincero conmigo. ¿Lo puedes notar? ¿Ha estado aquí esta noche?

No tenía ningún motivo para engañar a mi hermana. Asentí.

—Sí, en esta misma habitación. Hace poquísimo tiempo, como en la última hora.

Vi que la mirada de Matilda recorría las numerosas telarañas y el polvo denso, y comprendí lo que se le estaba pasando por la cabeza a toda velocidad.

—No estoy seguro de cómo se ha desplazado sin alterar nada, pero estoy convencido de que lo ha hecho, de un modo muy similar a su manera de moverse por su cuarto sin dejar una sola huella en el polvo y la mugre.

Me di la vuelta para fijarme en la caja de madera cuando algo me llamó la atención, algo bajo la tierra. Antes de que Matilda me lo pudiera impedir, extendí la mano y barrí con cuidado la tierra con la yema de los dedos para apartarla. Retiré la mano cuando se topó con una piel blanca y fría.

—Oh, no.

Matilda se agarró a mi hombro y se asomó a mirar el interior de la caja.

—¿Es ella?

Intercambiamos una mirada, el corazón me latía desbocado.

Volví a llevar la mano hacia la caja, y Matilda me sujetó la muñeca.

—No...

La metí de todas formas, escarbé, aparté la tierra y descubrí...

—Es una mano —dijo Matilda.

Al escarbar más hondo, al acercarme a la muñeca, el brazo blanco y huesudo que encontré...

Matilda apartó la vista, entre arcadas. Yo casi las tuve también al ver aquello, la piel y el músculo desgarrados, el hueso que sobresalía hecho astillas... habían amputado aquella mano a la altura del antebrazo y la habían enterrado en aquella caja, en aquella tierra.

—No es de Nana Ellen —me vi obligado a decir, ya que estaba claro que se trataba de la mano de un hombre; era demasiado grande para ser de una mujer, aunque los dedos largos y delgados tenían la piel tersa. No era de un hombre que trabajase en el campo, quizá de uno que se sentara ante un escritorio. Tenía las uñas anormalmente largas, que sobresalían de las yemas algo así como un centímetro, quizá, y estaban afiladas en punta.

—¿Hay algo más enterrado en la caja? —preguntó Matilda a mi lado—. ¿Ha matado a un hombre y lo ha metido aquí?

—La mano tiene algo agarrado —le dije.

Fui abriendo y separando los dedos de uno en uno, todos secos y quebradizos, temeroso de que pudieran partirse, y no tardé en dejar a la vista la palma de la mano y el objeto brillante que había en el centro.

—Es un anillo —dije al cogerlo.

Matilda se aproximó mientras yo sostenía el anillo a la luz. Era grueso, un anillo de caballero, forjado en plata o en bronce blanco, no estaba seguro.

—Parece antiguo —agregó Matilda.

Giré el anillo en mis dedos. Era de un detalle extraordinario. En los lados tenía la talla intrincada de diversos símbolos que no reconocía, a ambos costados de una ancha superficie que representaba lo que parecía ser un emblema familiar. En el centro exacto de la cabeza del anillo, la imagen de un dragón rodeado de una multitud de diamantes tan pequeños que, más que piedras individuales, parecían el resplandor de un polvillo. El único ojo visible del dragón brillaba en un rojo intenso, un rubí de alguna clase. Estaba claro que el anillo era antiquísimo, pero su factura no tenía nada que envidiar a la de los mejores artesanos modernos; nunca había visto nada parecido.

—¿Puedo verlo? —preguntó Matilda.

Le puse el anillo en la palma de la mano, ella lo elevó a la luz de la vela más cercana y observó el interior de la banda.

—Hay algo escrito aquí... por dentro.

—¿Qué dice?

—*Casa lui Dracul.*

Creí ver que uno de los dedos temblaba cuando pronunció aquellas palabras.

Fue entonces cuando echamos a correr.

# SEGUNDA PARTE

El mundo ha de postrarse ante los fuertes.

BRAM STOKER, *MAKT MYRKRANNA*

# AHORA

Bram se despierta con un sobresalto. Su cuerpo se incorpora con tal fuerza que casi se cae de la silla; su cuaderno se precipita al suelo.

*¿Cuánto tiempo ha estado dormido?*

*¿Minutos?*

*¿Horas?*

No lo puede saber con certeza.

Se vuelve hacia la ventana.

Aunque la luna sigue alta en el cielo, claramente se ha desplazado hacia el este. Su superficie vierte una luz que sólo difuminan unas densas nubes grises de tormenta que entran procedentes de las lejanas montañas; pero la luna se ha movido, de eso está seguro.

El rifle de Bram descansa en el suelo, a sus pies, y la puerta...

¡La puerta está abierta!

Bram recoge el rifle y se pone en pie en un solo movimiento, fluido, con el golpeo enloquecido del corazón en el pecho.

La puerta no está muy abierta, un par de centímetros, más o menos, pero abierta de todos modos. La masilla que ha utilizado para sellar las holguras se acumula en el suelo en montoncitos de polvo y en trozos partidos. También están ahí los restos de la última rosa que dejó, un despojo marchito.

Se acerca despacio a la puerta, le sudan las palmas de las manos en la empuñadura y el cañón del rifle.

Suenan unos arañazos en el suelo de piedra al otro lado. Entonces oye la voz, débil y frágil, la voz de su madre.

*No querrás hacerme daño, ¿verdad, Bram? Deja el arma antes de que me hagas daño. Necesito que me ayudes; no me encuentro bien. Date prisa, por favor.*

Los arañazos se vuelven más fuertes, más frenéticos, unas uñas minúsculas que golpetean contra la piedra una y otra vez.

Bram guarda silencio, su mirada se desplaza desde la puerta hasta el cesto de las rosas, las tres flores que quedan. Se obliga a avanzar hacia la puerta.

*Cómo pica. Jamás me habría esperado que picase tanto.*

Sujeta el rifle con la mano derecha, extiende la izquierda hacia la esquina de la puerta y tira de ella hacia él. La pesada hoja de roble gira perezosa sobre sus bisagras cansadas con el chirrido del metal contra el metal sometido a tal esfuerzo. El olor del interior llega hasta él tan fuerte que está a punto de sufrir un desvanecimiento: un hedor horrible cargado de muerte y podredumbre, un aroma que le resulta demasiado familiar.

Al principio, no percibe nada en la penumbra de más allá. Después ve los ojos, dos ojos de un fiero rojizo que le devuelven la mirada desde las profundidades. Quizá se estén aproximando muy poco a poco, porque parecen crecer y brillar más, y Bram lucha contra el impulso de retroceder y cerrar de un portazo. En cambio, levanta el cañón del rifle, apunta a aquel par de esferas y se obliga a mantenerlas en la diana por mucho que los brazos y las manos se rebelen y le tiemblen.

*No quiero morir, Bram, dice la voz de su madre.*

Bram aprieta el gatillo, y la culata del rifle le da una coz en el hombro cuando el proyectil sale disparado en una nube de humo.

Oye un aullido en su interior, y los ojos refulgentes se sobresaltan cuando la bala alcanza su objetivo.

*Ésa no es forma de tratar a tu madre, Bram.*

La voz ya no es la de su madre, sino que se ha transformado en el acento irlandés cerrado de su padre. Se oye un rugido cuando los ojos rojos se abalanzan hacia él y rasgan la penumbra con una increíble celeridad. Un momento antes de que el monstruo salte, Bram capta la imagen de un lobo grande y gris que se lanza desde las sombras. Intenta apartarse de un salto, pero la criatura resulta ser demasiado veloz; el lobo se proyecta desde el

suelo de piedra y se catapulta en el aire para abalanzarse sobre él con tal fuerza que Bram cae de espaldas al suelo y se desliza por la habitación con las gruesas patas de la bestia enorme presionándole en el pecho. Alza la mirada al hocico gigantesco del que gotea la saliva y la sangre acre cuando el animal libera un aullido lo bastante fuerte como para hacer temblar los muros, justo antes de morder a Bram en el cuello; los dientes blancos del lobo desgarran la carne como si no fuera más que un simple papel. Salpica por el aire la cálida sangre, y Bram intenta gritar, pero no surge el menor sonido...

Abre los ojos de golpe, se cae de la silla al duro suelo de piedra y un ruido gutural se le escapa de entre los labios. Empuja al lobo con ambas manos, y hasta ese preciso instante no se percata de que allí no hay nada. Bram se retuerce y se pone en pie de un salto, desenfunda el cuchillo de la vaina en su costado, apuñala el aire y descubre que está solo.

Se da la vuelta hacia la puerta, preparado para lanzarse al ataque, también hacia allí.

Pero la puerta está cerrada.

Se lleva al cuello la mano que tiene libre y no encuentra ninguna herida.

Bram respira hondo.

Un sueño.

Se acerca a la puerta e inspecciona la holgura. La mayor parte de la masilla del perímetro permanece intacta, y la última rosa yace en un montón marchito tal y como él recordaba; por lo menos esto sí es cierto. A juzgar por la luna, no es más tarde de las tres.

Si antes se sentía cansado, ahora está bien despierto, y extiende la mano sin vacilar para coger otra rosa del cesto; esta vez se acuerda de bendecirla y la coloca ante la puerta.

Un fardo de cartas sobresale de la esquina de su bolsa, Bram las coge y regresa a su silla. La primera la escribió Matilda, pero hay otras.

Bram lee la carta de Matilda y la relee antes de deslizarla en su cuaderno de notas, entre unas páginas en las que ya había escrito, y de nuevo comienza a escribir a la tenue luz del quinqué.

Tiene muchísimo más que contar. Y poquísimo tiempo para contarlo.



CARTA DE MATILDA A  
ELLEN CRONE, FECHADA  
EL 8 DE AGOSTO DE 1868

*Mi queridísima Nana Ellen:*

¿O debería llamarte Ellen a secas? Al fin y al cabo, ya soy adulta. ¿Te lo imaginas? Una mujer hecha y derecha, veintidós años de edad. ¡Una solterona! A veces me resulta difícil creer cómo vuela el tiempo. ¿Por dónde empezar? Ya sé que habrá quien considere una estupidez escribir una carta a un destinatario que jamás la leerá, pero es mucho lo sucedido desde que nos dejaste, y es mucho lo que me pesa como una losa en el pensamiento. Y, si me puedo tomar la libertad de decirlo, te echo mucho de menos, ¿verdad? De algún modo, en todo ello, te echo de menos.

Nunca desapareciste de mis pensamientos, por mucho que haya tratado de olvidarte.

Ay, ya estoy divagando. No es ésa mi intención. Supongo que me aturullo un tanto ante la idea de poner estas palabras sobre el papel, ya que el hecho de escribirlas las convierte en algo más real, pero aun así debo hacerlo. Pensar y escribir acerca de todo lo sucedido es una manera de reconocerlo ante mí misma, una aceptación de lo que ocurrió. Tengo la certeza de que tú me harías creer que las sombras de la imaginación de mi niñez simplemente se han agrandado con el tiempo, pero yo sé que ése no es el caso. Estos años de reflexión me han brindado la perspectiva necesaria para desenredar la

verdad de entre la fantasía. Quizá no te conozca tal y como Bram te conoce, pero, créeme, te conozco bien.

Por mucho que me he esforzado por olvidar los sucesos de tus últimos días en nuestra casa, los recuerdos se niegan a desprenderse. Se acurrucan en una pequeña sala al fondo de mi mente y, cuando la puerta está a punto de cerrarse ante ellos, cuando la última porción del pábilo de la vela está a punto de consumirse, salen en tromba. He tenido sueños, tanto terrores nocturnos como de esos que se tienen durante la vigilia, y a veces esos recuerdos claman en pleno día y enmudecen todo lo demás a mi alrededor.

¿Adónde fuiste?

¿Qué fue de ti?

Durante años, me he preguntado si de verdad te metiste en el pantano y desapareciste bajo el agua o si no fue más que una conjetura de la imaginación de mi infancia.

Después tenemos aquella caja de madera, aquella cosa tan horrible en la torre de Artane, y su contenido tan atroz, cuya imagen se me grabó a fuego en la mente. Después de hallar aquella caja, pasaron semanas antes de que me viese capaz de dormir una noche entera.

Les contamos todo. Teníamos que hacerlo.

Salimos corriendo de la torre —podíamos habernos matado bajando aquellos escalones— y regresamos a casa como si fuéramos a lomos del mismísimo viento. Despertamos a Pa y a Ma de inmediato. Les hablamos de nuestro hallazgo entre fatigosos jadeos. Éramos conscientes de la hora que era y también del hecho de que haber salido fuera bastaba para darles un buen susto, pero aun así seguimos adelante. Ni a Bram ni a mí nos importó cualquier castigo que nos aguardase; aquella historia nos parecía mucho más importante que las consecuencias de nuestra infracción. Les contamos todo. Que habíamos encontrado tierra en tu cama. Que te observamos al comer o, en realidad, al no hacerlo. Incluso les contamos que te habíamos seguido y que habías desaparecido en el tremedal. Pero, sobre todo, les hablamos de la caja en la torre y del miembro amputado que descansaba en su interior. Pa y Ma escucharon en silencio, sus ojos rebotaban de Bram a mí y volvían sobre él mientras las palabras nos salían a borbotones y, cuando terminamos, se

quedaron mirándonos aún en absoluto silencio. Ma habló primero, y dijo unas palabras breves y cargadas de sueño. Se volvió hacia Pa y le dio una palmada en el brazo.

—Quizá deberías ir a echar un vistazo, Abraham.

Con el abrigo todavía puesto, Bram y yo asentimos vigorosamente con la cabeza ante aquella sugerencia y saltamos de su cama camino de la puerta. Sin embargo, Pa no nos siguió; en cambio, volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

—Por la mañana —dijo—. Iremos al alba.

—¡Tenemos que ir ahora, Pa! ¡Es posible que Nana Ellen aún esté cerca! —exclamé.

Pa levantó una mano cansada y señaló a la ventana.

—Está lloviendo. No vamos a salir ahí fuera ni vamos a recorrer estos mundos del Señor bajo la lluvia y en plena noche. Tu hermano ni siquiera debería estar fuera de la cama. Los dos, volved a vuestras habitaciones.

Estaban demasiado somnolientos como para preguntarse qué diantres habría hecho que su hijo enfermizo saliese de la cama... Al pensar en ello ahora, quizá creyesen que estaban soñando.

Yo estaba dispuesta a enfrentarme a la lluvia, y tengo la certeza de que Bram también lo estaba. Intenté discutirlo, pero un instante después Pa ya estaba roncando, ajeno a mis palabras.

Ma señaló la puerta de su dormitorio.

—Ya habéis oído a vuestro padre, a la cama los dos.

A mi lado, Bram no dijo nada. Me tiró de la mano y se limitó a asentir.

Ni Bram ni yo dormimos; ni siquiera nos tomamos la molestia de ponernos los camisones. Nos pasamos el resto de la noche sentados en su cama en silencio. Al amanecer, ambos estábamos de pie ante la puerta del dormitorio de nuestros padres, al no querer arriesgarnos a que Pa se escabulliese sin nosotros. Se levantó con un gruñido, nos dijo que le esperásemos en la cocina y se dedicó a sus rutinas matinales.

Cuando apareció en la cocina, traía en la cara una expresión de pocos amigos.

—¿Tierra en su cama, decís? No he visto nada que se le parezca. Su cama

tiene el relleno de paja, igual que las vuestras.

Abrí la boca, lista para contarle a Pa que, de alguna manera, tú te habías llevado la tierra el día anterior, cuando te marchaste, pero, antes de que pudiese decir nada, Pa salió camino de la puerta.

—Llévame a ese lugar en la torre, enseñadme lo que habéis encontrado.

Cuando vi la mirada que Bram tenía en los ojos, me cayó el estómago a los pies, porque me di cuenta de lo mismo que él: te habías llevado la tierra sin que nadie se enterase; la habitación de la torre también estaría despejada.

Me planteé contarle a Pa que todo era una mentira, o quizá un sueño que había parecido demasiado real, pero un sueño, al fin y al cabo, que ahora sabíamos que era falso, pero no fui capaz de hacerlo. Tenía que verlo por mí misma. Me levanté de mi silla, me puse el abrigo y salí por la puerta hacia los campos de Artane, hacia el castillo. Durante el primer minuto, más o menos, ni siquiera tuve la certeza de que Pa y Bram vinieran detrás de mí. No estaba dispuesta a darme la vuelta, e iba tan decidida a llevar aquello hasta el final que habría ido sola. Sí me seguían, no obstante, y juntos los tres cruzamos los campos embarrados hacia la torre que se alzaba en el lindero del bosque.

A Pa le faltaba el aliento cuando llegamos a lo alto de la escalera, pero era el estado de Bram lo que más le preocupaba. Y aquella preocupación parecía ensombrecer todo lo demás; no hizo comentario alguno respecto al ruinoso estado de la estructura ni sobre el posible riesgo que implicaba subir a lo más alto. Cuando Pa empujó la pesada puerta para abrirla, nos recibió un vacío llamativo.

No encontramos nada dentro.

La habitación de la torre estaba desierta.

Ni siquiera nuestras huellas llenaban ya el suelo polvoriento; aquel espacio tenía el aspecto de llevar cientos de años vacío, y olía a ese mismo abandono.

¿Cómo lo hiciste?

¿Cómo lo escondiste todo?

Tantas preguntas, y tú ya no estás. Llevas tanto tiempo sin estar.

Me imagino que te preguntarás por Bram.

En menudo estado lo dejaste.

En menudo estado nos dejaste a los dos.

Eso fue hace mucho tiempo. Fue como si Pa y Ma, de algún modo, se olvidaran de todo aquello, y, a pesar de sus ideas convencionales, me permitieron viajar a Europa sin ellos. No hace mucho que he regresado a Dublín desde París.

Ay, París, qué ciudad tan bella; ojalá hubiera podido quedarme. Me pasaba los días en el Louvre y las noches a orillas del Sena. Había restaurantes y tiendas que ofrecían las cosas más extravagantes, ninguna de las cuales me podía permitir, figúrate, pero tampoco hay nada que le impida a una joven mirar. Fui allí a recibir un galardón, el Premio de Pintura del Natural para Jóvenes Artistas. Tú siempre me alentaste con el dibujo y la pintura, y te lo agradezco, a ti y a Ma. De no haberme animado, quién sabe si me habría dedicado al impulso creativo todos estos años. Quizá aún estaría haciendo bocetos, pero estoy segura de que no habría tenido el valor de exhibir mi obra. Este cuadro en particular es un óleo de una mujer con el cabello rubio al viento y los más bellos ojos azules. Cuando me preguntaron quién había posado para el cuadro, les dije que no se trataba de una sola mujer, sino de la imagen combinada de muchas mujeres. Esto no era verdad, pero tampoco era mentira por completo. ¿Sabes? Basé el boceto para el cuadro en los dibujos que te hice cuando era pequeña. Docenas de imágenes, todas de la misma mujer, y aun así nunca eran la misma. Aquello siempre me dejaba perpleja. No ha llegado aún el día en que me vea capaz de captar tu semblante en el lienzo. Todas las mujeres que dibujo son hermosas, pero nunca son tú, ni mucho menos, ni siquiera hoy. Si fuese a enviar esta carta, te incluiría un dibujo, pero, ¡ay!, la carta nunca saldrá.

Otra vez estoy divagando.

Bram.

Permíteme que te hable de Bram.

¡Se ha convertido en un joven encantador!

No hay ocasión en que camine por la calle y no se vuelva una dama a mirarlo. Es alto y fuerte, un atleta ejemplar en el Trinity College a decir de todos: rugby, marcha atlética, remo, gimnasia... no creo que haya un deporte que no sea capaz de dominar. No ha tenido el menor indicio de enfermedad

desde que era niño, desde que tú... tú... ¿Qué le hiciste aquella noche?

¿Qué le hiciste a mi hermano?

¿Sigue siendo mi hermano?

Él no habla de ello.

Ni una sola palabra.

Desde el momento en que regresamos a la torre del castillo con Pa hasta hoy, es como si ninguno de los sucesos de aquellos días hubiera tenido lugar.

El tío Edward lo curó.

El tío Edward y sus sanguijuelas.

Eso es lo que él cuenta a todo aquel que pregunta; Ma y el resto de la gente respaldan esta historia.

Pero nosotras sabemos que no fue así, ¿verdad?

¿Tú y yo?

Si tú no hubieras entrado en nuestras vidas, ¿tendría hoy a Bram?

¿Es él mi Bram, siquiera? ¿Es mi hermano?

Te he visto, ya lo sabes.

Hace muy poco, en París. Me encontraba en los Campos Elíseos, y te vi de pie bajo el toldillo de una pequeña pastelería. Llevabas un peinado distinto, pero incluso desde el otro lado de la calle supe que eras tú. Intenté cruzar hasta ti, pero era tal la multitud a esa hora del día que te perdí entre los ajetreados parisinos.

¿Me viste tú?

¿Huiste de mí?

Si le mostrase uno de mis dibujos a alguien de aquella multitud, ¿te habría reconocido y me habría indicado en qué dirección te habías ido? ¿O se limitaría a decir que no con la cabeza y a seguir su camino? Apuesto por esto último.

¿Dónde has estado? ¿Adónde fuiste? ¿Dónde estás ahora mismo, mientras te escribo?

¡Thornley está enseñando medicina! Todo el mundo dice que llegará lejos, y me consta que jamás pretendió nada que no fuera eso. Se tituló en el Queen's College de Galway, y estudió en el Real Colegio de Cirujanos. Ha sido cirujano en el Hospital de la Ciudad de Dublín, enseña en el hospital Richmond y pasa gran parte de su tiempo en el Sanatorio Mental de Swift, por cuyos pacientes tiene una especial fascinación. Está ocupado, demasiado ocupado. Nada que ver con aquello de llevarte paquetes vivos de madrugada.

Dick sigue su senda muy de cerca, ansioso por estudiar medicina después de la escuela de Rathmines. Supongo que para ti seguirá siendo el pequeño Richard, teniendo en cuenta que sólo contaba dos años cuando lo viste por última vez.

Thomas lleva la acción metida en los huesos. Tiene las miras puestas en entrar en la Administración Pública de Bengala en cuanto se gradúe en el Trinity el año que viene, ¿te lo imaginas? Pa dice que tendrá que estudiar mucho más antes de presentarse al examen de oposición para la Administración Pública, pero Tom no piensa en eso. No lo reconocerías, por supuesto. No era más que un crío cuando te marchaste en plena noche y nos abandonaste. ¡Y Margaret y George ni siquiera habían nacido!

Hace mucho tiempo de todo aquello, y sin embargo parece que fuese antes de anoche. No alcanzo a imaginar adónde fuiste, qué habrás estado haciendo.

¿Eras tú la de París? Quizá debería reconocerte a mí misma que no fue así. Al fin y al cabo, tenías el aspecto de no haber envejecido ni un solo día. Mejor aspecto, en realidad, que la última vez que te vi. ¿Acaso has encontrado la valiosa fuente de Ponce de León y has bebido de sus aguas? Las chicas no deberíamos guardarnos tales secretos, sino compartirlos las unas con las otras, ¿no te parece? Siempre tuviste una piel muy hermosa, sin nada que envidiar al marfil más puro.

¡Allá voy de nuevo!

Cotorreando sin parar.

Sé que querrás saber de Bram. Siempre fue tu favorito, ¿verdad que sí? No pasa nada, me lo puedes decir; no me ofenderé. De entre todos mis hermanos, él se lleva también mis afectos. Siempre ha sido el preferido de Ma, pero quizá no el de Pa. Si Pa siente alguna debilidad, será por Thornley y por Dick, médico y futuro médico, en la senda de todos los demás médicos de la familia Stoker. Bram intenta ser de su agrado y parece seguir los deseos de Pa, pero Pa y él tienen sus diferencias, y no se han visto mucho últimamente.

Pa animó a Bram para que se presentase a la oposición para la Administración Pública, cosa que mi hermano hizo. Su puntuación fue la segunda más alta, de manera que obtuvo uno de los cinco empleos disponibles en el Tribunal de Delitos Menores en el castillo de Dublín. Comenzó en la Oficina de Multas y Sanciones, ¡y cómo lo odia!

Afirma que el aburrimiento es tan denso en Delitos Menores que lo puedes ver flotando en el aire cuando intenta escapar del castillo en una nube de mugre gris. Ayer vino a casa y dijo que había pisado un poco de aburrimiento al salir, y lo atrapó antes de que se pudiera escabullir bajo el umbral de la puerta y se perdiese por las calles de Dublín.

Tú y yo sabemos que Bram preferiría estar en el teatro día y noche, codeándose con actores y tramoyistas. Estaría feliz si se sentara en una de las butacas baratas a ver una y otra vez la misma obra.

Por supuesto, Pa está seguro de que el mundo del escenario es morada de zascandiles, y por mucho que disfrute con una representación de carácter intelectual, considera que un empleo en el teatro no es algo aceptable: recuerda las obras burlescas de antaño y da por sentado que Bram andará en malas compañías. ¡Ninguno de sus hijos trabajará en el teatro!

Hay tantos hombres sin trabajo... ¿No es Bram afortunado por ver cómo se abre ante él toda una trayectoria en el castillo de Dublín? Con su educación, llegarán con regularidad los ascensos y los aumentos, y no nos olvidemos de que Pa empezó en el castillo de Dublín con tan sólo dieciséis años, y tuvo que trabajar y ahorrar durante cerca de otros treinta para poder permitirse casarse y mantener a Ma. ¿Y no está agradecido Bram? ¡Debería estar encantado por seguir los pasos de su padre!



Esas conversaciones hacen que Bram añore el lecho de su enfermedad.

Ay, mi Bram.

Estarías orgullosa.

Pa no quiere ni oír hablar de que trabaje en el teatro, pero Bram ha hallado otra manera de participar. Escribe reseñas sobre las funciones en el *Evening Mail*. Paradójicamente, es un puesto sin remuneración, pero Bram se lo toma muy en serio, por descontado. Trabaja mucho más rápido que los demás funcionarios, así que le da tiempo a escribir las reseñas y llevar al día sus actas en la jornada en el castillo sin que su jefe se percate.

Esto parece mantener a raya por ahora las urgencias literarias de mi hermano.

¡Pa y él a veces asisten juntos al teatro! Bram ha convertido a Pa en su caja de resonancia, analizando cada matiz *ad nauseam*. Por supuesto, Pa piensa que Bram se dará por satisfecho con permanecer así, pero yo no creo que le satisfaga lo suficiente. En cuanto Pa transija, o si da media vuelta, verá a Bram salir corriendo camino del escenario.

Está claro que tú sabes algo sobre la interpretación, ¿verdad que sí?

¿Cuánto de lo que presenciamos nosotros eras tú realmente y cuánto quedaba para la actuación?

¿Te llamas Ellen Crone, o no es más que un nombre artístico que urdiste acorde con la representación,<sup>[1]</sup> un nombre del que te desharías tan pronto como cayese el telón?

¿Nos querías, siquiera?

Cuántas preguntas y ninguna manera de planteártelas.

Bueno, tengo mucho que hacer hoy. Ya te he puesto al día. Esta carta inútil, que jamás se franqueará, queda sin embargo completa.

Como puedes ver, no te necesitamos. Jamás te necesitamos.

Pero aun así me gustaría hablar contigo.

¿Dónde estás?

*Tuya afectísima,  
Matilda*

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*8 de agosto de 1868, 17.31 h*

He sentido la necesidad de ponerme a escribir con el simple objeto de registrar la singularidad de lo que acabo de presenciar. Mi compañero de piso, el insigne William B. Delany, pensando que estaba solo, se hallaba de pie en silencio en el rincón de la sala común de nuestro piso, situado en el número 11 de la calle de Lower Leeson, cuando ha atrapado una mosca negra y rechoncha de la repisa de la chimenea, la ha metido en un tarro de cristal y la ha confinado allí dentro con un tapón ribeteado de corcho. Ante tan extraño comportamiento, seré el primero que reconozca haber hecho lo mismo en algún punto de mi vida, pero considero importante revelar que lo más probable es que tuviera ocho o nueve años en ese entonces, que había visto a mi hermano Thornley capturar unos pobres insectos el año anterior y que participaría en las recolecciones de los mismos que haría Thomas en años posteriores. No es tanto el acto de atrapar una mosca lo que me ha resultado extraño; es el que un hombre adulto, a la madura edad de veintidós años, participe de una conducta semejante lo que me ha parecido más que peculiar.

Delany se encontraba de lado y no me vio entrar en la habitación. No puedo evitar preguntarme si habría continuado con su empeño de atrapar aquella plaga con alas en caso de haber sabido que yo le observaba; me inclino a creer que la respuesta a esa pregunta es un sí. La imagen de la determinación en su rostro, la absoluta concentración con que actuaba, me

revelaban que era un mal día para ser una mosca en la repisa de nuestra chimenea.

De modo que capturó la mosca, sí señor.

Me gustaría decir que hasta ahí llegó el extremo de la singularidad que he decidido dejar por escrito, pero, ay, ¿de verdad bastaría con eso? Lo que realmente me atrapó al presenciar aquella empresa fue que la pobre mosca rechoncha no estaba sola en aquel tarro; tenía compañía.

Y en lo que a dicha compañía se refiere, la tenía para dar y tomar.

El tarro, de unos trece centímetros de alto por ocho de ancho, parecía repleto de moscas. ¿Que cuántas? Tantas que era poco el espacio que quedaba.

Nota para un relato: «¡¡¡Una vez conocí a un niño que metió tantas moscas en un tarro que no tenían sitio ni para morir!!!».

Me atreví a acercarme tan sólo un poco más, y mi compañero de piso tenía los ojos tan clavados en su presa que seguía sin reparar en mí. Observaba a su última cautiva, que trepaba sobre los soldados caídos a los que habían metido en aquel siniestro campo de batalla antes que a ella. En un par de ocasiones, la mosca intentó elevarse y salir del tarro para acabar rebotando en la tapa o en las paredes de vidrio y aterrizando sobre sus numerosas patas; acto seguido se recomponía y lo volvía a intentar.

Con mi posición estratégica y más cercana, me quedé horrorizado al descubrir que no menos de un tercio del resto de las moscas aún estaban vivas, unas moviéndose más despacio que las otras, pero vivas de todos modos. La mayoría de ellas, o bien no podía elevar el vuelo o bien se había entregado a su destino.

—¿Willy? ¿Qué tienes ahí?

Pronuncié aquellas palabras en voz baja; no quería sobresaltar al muchacho, pero lo sobresalté, ya lo creo, e hizo malabarismos con el tarro por un momento antes de que se le escapara de entre las manos. Me lancé y lo

atrapé en el aire, a escasos centímetros de que se hiciese añicos contra el suelo de madera.

—Dame eso —dijo Willy.

Me puse en pie y sostuve el tarro a la luz.

—Creo que no nos permiten tener mascotas. ¿Le has preguntado al casero antes de traerte a estas pequeñuelas?

—Estoy haciendo un trabajo de investigación sobre Francesco Redi. Las necesito para un experimento.

Le devolví el tarro y sentí la inmediata necesidad de lavarme las manos.

—¿Qué tipo de experimento?

Willy puso los ojos en blanco. Los de una inteligencia inferior teníamos cierta tendencia a insultar su autoconcedido intelecto superior con preguntas tontas.

—Se suele considerar a Redi el fundador de la parasitología moderna. Con anterioridad a un estudio que publicó en 1668, se creía que los gusanos surgían por generación espontánea. Él demostró que, en realidad, procedían de los huevos de las moscas. En mi investigación, pretendo documentar el ciclo vital desde la mosca hasta el huevo y de ahí al gusano.

—¿Capturando moscas en un tarro?

De nuevo, aquella grosera mirada al techo.

—Un experimento en vivo. Adquirí una loncha de una carne de ternera correosa en la carnicería y la dejé ayer en el porche, pero alguien, o algo, se ha fugado con ella.

—Yo apostaría por ese «algo» más que por el «alguien» —repliqué—. Son muchos los perros que vagan por estas calles; cualquiera de ellos habría agradecido tan suculento plato.

—Pues ya ves tú, el espécimen era tal despojo que los viejos cocineros del Trinity ni siquiera se lo servirían a los alumnos. Coloqué la loncha dentro de una caja de madera con tablillas laterales con poco más de un centímetro de separación entre sí. Nada debería haber sido capaz de alcanzar el interior. Nada salvo las moscas. Esta mañana, sin embargo, me he encontrado con que la ternera había desaparecido, y aun así la caja de madera estaba intacta. No soy capaz de imaginar cómo la sacó un perro.

—No me has explicado aún la necesidad de un tarro de moscas —le dije.  
Delany sacudió ligeramente el tarro.

—La ternera fue cara, y no dispongo de fondos para reemplazarla. Entonces me puse a pensar: si muriesen las suficientes moscas dentro de un tarro, ¿pondrían huevos que más tarde se convertirían en gusanos que devorarían los cuerpos de las moscas muertas?

Noté ese leve dolor detrás de la sien izquierda que siempre parecía emerger cuando me enfrascaba demasiado en una conversación con Willy.

—Así que quieres perpetuar el canibalismo entre los insectos, ¿es eso?

El rostro de Willy se iluminó como el de un niño con la nariz pegada al escaparate de una tienda de caramelos.

—¡Sí! Fascinante, ¿no te parece?

—¿Cuánto tiempo tarda una mosca en poner un huevo del que pueda salir un gusano?

Willy observó el interior del tarro. Una de las moscas colgaba boca abajo de la tapa y se movía nerviosa en círculos.

—Podría haber huevos ya. Un huevo tarda unos cuatro días en eclosionar y pasar del estado larvario a convertirse en una mosca. Espero capturar el ciclo completo.

Me quedé pensando en aquello un instante.

—Veo una pega en tu plan, una mosca en la sopa, por así decirlo.

Willy frunció el ceño.

—¿Una pega? Desde luego que no, mi plan es sólido.

—Te has parado a preguntarte qué es lo que está matando a las moscas? —Le di unos toquitos a la tapa del tarro—. Has olvidado perforar la tapa para que entre aire. ¿Cómo van a devorar a los suyos si ni siquiera pueden respirar?

Willy ladeó la cabeza, reflexionando sobre aquella revelación.

—No, hay suficiente aire. Están bien así.

Sus ojos comenzaron a perseguir a otra mosca en la repisa de la chimenea, y Delany cruzó la sala. Aproveché aquella evolución de los acontecimientos como una oportunidad para marcharme antes de perder otros diez minutos de mi vida con aquel sinsentido. Me encontré con nuestro otro

compañero de piso, Herbert Wilson, sentado en el porche delantero. Herbert es un muchacho bastante grande, no menos de cinco centímetros más alto que yo, que ya soy un individuo bastante alto de por sí.

Herbert me agarró del hombro y me llevó aparte.

—¿Sigue llenando ese tarro?

—Con mucho afán, sí —le dije.

Herbert dejó escapar una risita y señaló hacia una caja de madera junto a la entrada, en lo alto de la escalinata.

—Anoche, después de que él metiese una loncha de ternera en perfecto estado dentro de esa caja, la saqué y la escondí en el armario de pared en el rincón. Esta noche volveré a meterla en la caja.

—Adiós, Herbert —me despedí, y lo aparté para marcharme.

—¿No quieres ver lo que sucede?

—No especialmente, no. Ya debería estar en casa de mis padres.

Y exclamó Herbert:

—¡A lo mejor se la dejo debajo de la cama! Pasarán días hasta que localice el olor.

—Por favor, no lo hagas. —Yo comparto habitación con Willy, y cualquier trozo de carne que alguien escondiese para que se pudriera se convertiría en mi problema con la misma rapidez con que se convertiría en el suyo.

—¡Saluda a Matilda de mi parte! —me dijo a voces desde la distancia.

Lancé una mano al aire para despedirme y eché a correr calle abajo a toda velocidad.

Ma y Pa habían trasladado a la familia de la costa al mismo Dublín en el verano de 1858, hace ya diez años. Pa se estaba haciendo mayor, y el largo paseo hasta el castillo de Dublín todos los días ya comenzaba a pasarle factura a su cuerpo cansado. La casa del número 43 de la calle Harcourt se encontraba a tiro de piedra de su trabajo.

Mientras yo me apresuraba, el sol de la tarde empezaba a caer y descendía en la distancia por detrás de las casas y las colinas del edificio del

Parlamento. Las calles rebosaban de actividad con los tenderos que recogían su género en el crepúsculo y lo acarreaban dentro. Al doblar la esquina del Real Colegio de Cirujanos, saludé al señor Barrowcliff, que daba de comer a las palomas en el parque de San Esteban. Uno podía poner en hora el reloj gracias a la regularidad de aquel hombre, que se plantaba allí a diario lloviese o hiciera sol. Es más, era tan puntual que, si llegabas tú antes que él, podías ver cómo se congregaban las palomas a esperarlo en la orilla del lago junto a las pequeñas cataratas.

Llegué a la calle Harcourt y reduje la marcha para ir caminando el tiempo suficiente para arreglarme el peinado antes de cruzar el umbral de la casa de mis padres.

Descubrí a Ma en la cocina con mi hermana pequeña, Margaret, preparando la cena. Al verme, una sonrisa iluminó el rostro de Margaret.

—¡Mira quién ha venido a casa a llenarse la barriga!

Ma había cumplido cincuenta este año y, aunque sus cabellos oscuros se batían en retirada en su batalla contra las canas, aún veía a la mujer combativa que me leía historias cuando era niño. Margaret, trece años más joven que yo pero con la mentalidad de alguien de treinta, parecía más alta cada vez que la veía.

Ma me saludó con un gesto de la barbilla, sacó del horno una tarta de manzana dorada y la dejó en la mesa.

—Estoy segura de que sobrevives a base de pan duro y cerveza en esa casa de huéspedes. Tienes pinta de haber perdido más de tres kilos desde la última vez que trajiste a casa ese cuerpo famélico. A veces me pregunto si me querrás a mí, o sólo a mis platos.

—Sólo a tus platos, Ma, estrictamente. Es mi instinto de supervivencia el que me trae a casa. —Me embargaba el olor de la tarta, y el estómago me rugió con tal fuerza que todos lo oyeron; nos echamos a reír—. ¿Dónde está todo el mundo?

—George y Richard siguen en la escuela. Thomas está en el salón con Pa, en otra discusión bastante acalorada sobre su continuo deseo de marcharse corriendo a la India y combatir las consecuencias de una guerra que no es la suya. Matilda está arriba, en su habitación.



Me acerqué a la tarta e intenté deslizar el dedo bajo la corteza; Ma me dio un manotazo.

—No hasta después de la cena, Bram. Nadie se lo va a llevar.

—Más vale —dije guiñándole un ojo a Margaret antes de dirigirme al salón, donde encontré a Thomas apoyado en la chimenea y a Pa sentado en su sillón preferido, pipa en mano, con el gesto arrebatado y el ceño fruncido.

Ninguno de los dos dijo nada cuando entré. Pa hizo un ademán de frustración con la mano hacia mi hermano y tomó otra bocanada de humo de su pipa.

—Dice Ma que sigues empeñado en que te metan una bala en los sesos antes de cumplir los veinte —comenté.

Thomas se puso a la defensiva.

—¿Tú también, Bram? Mira que pensaba que tú lo entenderías mejor que nadie.

—¿Y por qué habría de entenderlo?

—Lo sabes muy bien.

Pa se apartó la pipa de la boca y exhaló un anillo de humo antes de hablar con un tono de voz contenido y lúgubre.

—Dice que yo te quebré el espíritu y te endilgué un trabajo de oficina, que estoy tratando de hacerle a él lo mismo y que no está dispuesto a consentirlo.

—Mi situación no es precisamente la misma —respondí, consciente de que sólo era una verdad a medias—. Mi puesto en el Tribunal de Delitos Menores es una gran oportunidad, y me proporciona los ingresos que necesito para asistir al teatro, entre otras cosas.

—Pero tú preferirías estar trabajando en el teatro, ¿no es verdad, Bram?

No dije nada ante aquella pregunta. No miré a Pa, pero sentí su mirada puesta en mí.

Thomas prosiguió.

—¡Si te dieran la oportunidad, creo que abandonarías el castillo y te convertirías en actor en un santiamén! Imagínate qué vida, viajar de ciudad en ciudad, de un país a otro, todos esos lugares tan remotos y esas gentes extranjeras que acuden, todas ellas, a admirar cómo desciende el insigne

Bram Stoker sobre su humilde escenario. Te llamarán a voces y esperarán después de la representación para verte un segundo cuando salgas del teatro, y pedirte que les firmes el programa de la obra.

—Bobadas —respondí.

—Es la verdad.

—¿Qué tiene todo esto que ver con que tú te vayas a vagabundear por la India? —refunfuñó Pa.

Thomas suspiró.

—Si hubieras tenido la oportunidad de combatir en las guerras napoleónicas, ¿no crees que eso habría hecho de ti un hombre mejor?

—Hijo mío, eso fue antes de mi época, incluso. Las únicas guerras que he librado han sido las de los pasillos de nuestra administración, si bien han sido igualmente cruentas.

—En la India, el desafío que supone la reconstrucción de los intereses británicos es enorme. El gobierno, las leyes... es tábula rasa. Lucharé por lo que está bien, nada distinto de lo tuyo. La única diferencia es el campo de batalla.

—Lo dudo —señaló Pa burlándose—. Serás el blanco de los lugareños.

—Sólo estaré fuera dos años; cuando regrese, aceptaré el puesto que tú quieras en el castillo. Me puedes encadenar a la mesa junto a Bram. O mejor aún, ocuparé su puesto cuando él se vaya corriendo al teatro —dijo Thomas.

Me eché a reír ante aquel comentario.

—Quizá sea yo quien te meta esa bala en los sesos, y nos ahorramos tantos problemas.

—Ya te he visto disparar. No creo que tenga nada de lo que preocuparme.

Pa se carcajeó.

—Lo tengo que reconocer, Bram. Eres un tirador horrible.

Ma asomó la cabeza a la vuelta de la esquina.

—Nadie va a disparar a nadie hasta después de la cena. A la mesa todos.

Pa se levantó de su sillón y le dio unas palmaditas a Thomas en la espalda.

—Ya continuaremos esta conversación más tarde.

Thomas no dijo nada, se limitó a abrirse paso por delante de él hacia el

comedor.

Cuando se hubo marchado, Pa se volvió hacia mí.

—Se irá; poco podemos hacer ninguno de nosotros para impedirselo. Tiene ese fuego en la mirada, el mismo que tenía yo a su edad. El servicio podría venirle bien, incluso, ofrecerle un medio para canalizar parte de ese arrojito que arde en su interior. Eso sí, yo no pegaré ojo cuando se vaya, y tu madre tampoco. Ya puedo verla, corriendo todos los días a recoger el correo, a la espera de una carta que le detalle el último día de su hijo.

—No deberías pensar en esas cosas; estoy seguro de que le irá bien. Thomas sabe cuidar de sí mismo. Le enseñaste a manejar armas de fuego cuando era un crío, igual que al resto de nosotros. Y es un luchador; no he encontrado aún a nadie capaz de vencerle.

—Creo que yo podría.

La voz procedía de mi espalda, y me di la vuelta para encontrarme a Matilda sonriéndonos a los dos.

—¡Matilda!

La levanté, le di una vuelta en el aire, y el dobladillo de su falda se arremolinó alrededor de los dos.

—¡Bájame!

Le di dos vueltas más y la volví a dejar en el suelo.

—¿Cómo estaba París?

—No hagamos esperar a vuestra madre —dijo Pa, que salió hacia el comedor.

Matilda se inclinó hacia mí y, en el más bajo de todos los susurros posibles, me dijo:

—Tenemos que hablar.

*8 de agosto de 1868, 18.48 h*

La cena transcurrió tan bien como cabía esperar. Pa y Thomas se lanzaron miradas fulminantes de principio a fin. Su silencio traía a la mente al de un par de sordomudos, y Ma trató de aligerar el ambiente recordándonos que

hace unos años remitió a la Sociedad Irlandesa de Investigación Social y Estadística un ensayo sobre la necesidad de una prestación estatal para la educación de los sordomudos en nuestro país. Ésa era una de las numerosas cuestiones sociales por las que se sentía en gran medida concernida, y si bien la condición de miembro de la sociedad era algo estrictamente masculino y ninguna dama había presentado nunca ningún estudio, Ma jamás sería de las que dejaban que una trivialidad del calibre de un club sólo para caballeros le impidiese comunicar un mensaje. Se habría plantado a las puertas de sus salones y se habría puesto a vociferar de no haberla invitado ellos a pasar. Desde entonces, Ma se había convertido en miembro no numerario, y presentó más ensayos, los más destacados acerca de la marcha de las mujeres de los asilos para pobres.

Yo mismo había asistido a su primer discurso, y el presidente de la sociedad, el juez Longfield, me llevó aparte para contarme lo complacido que estaba con su expresión oral. Más adelante supe que doce de los miembros se negaron a asistir a la charla de Ma porque era una dama, mientras que otros asistieron justo porque lo era. Ma gastaba un porte serio que ni los hombres más templados podían evitar respetar.

Matilda nos habló sobre su reciente viaje a París y su deseo de regresar allí lo antes posible. Nuestro padre se mofó ante aquella idea, sin duda preocupado por el coste, pero jamás la había visto tan feliz, y una sonrisa en su rostro bien vale cualquier precio. Nos habló de las galerías y de la comida, de la gente que abarrotaba las calles.

—No es como Dublín —dijo—. París rebosa de gente de decenas de países distintos. Cualquiera diría que hay más gente de vacaciones que verdaderos residentes.

—¿Y fuiste con toda tu clase? —le pregunté.

Matilda asintió.

—Éramos veintitrés. Veinte alumnos y tres profesores: la señora Rushmore, sir Thomas Jones y la señora Fisher.

Pa entrecerró los ojos.

—¿Thomas Jones? ¿Había hombres en este viaje?

Matilda lanzó una mirada a Ma y volvió a bajar la vista sobre su plato.

—Asistieron algunos caballeros, sí, pero se comportaron exactamente como tales. Sir Thomas Jones se ocupó de los hombres, y la señora Fisher de las damas. La señora Jones acompañó también a su marido. Como directora del Programa de Dibujo de la Figura Humana de la Escuela de Bellas Artes de Dublín, la señora Rushmore supervisó nuestro itinerario. Tanto los hombres como las mujeres contaron con sus carabinas, y estuvieron aislados los unos de los otros; apenas fui consciente de la presencia masculina.

—Ajá —refunfuñó Pa.

Ma posó la mano sobre la de Pa.

—Tu hija es una mujer adulta, Abraham, no puedes mantenerla encerrada bajo tu techo durante toda su vida.

—Por supuesto que puedo.

Ma le hizo caso omiso.

—Es precisamente en un viaje como éste donde conocerá a su futuro marido, de eso estoy segura.

—Me encantó el Louvre —intervino Matilda—. Contemplar la *Mona Lisa* y la *Venus de Milo* con mis propios ojos. No hay palabras para describir su belleza.

—¿Tengo permiso para levantarme? —preguntó Thomas.

Ma frunció el ceño.

—¿Y qué has de hacer que es tan apremiante que no puede esperar hasta que todos hayamos terminado de cenar?

—Esta noche hay un partido amistoso de rugby en el Trinity.

—¿A oscuras? ¿Juegas tú? —le pregunté—. Voy contigo.

Matilda me propinó una patada en el tobillo por debajo de la mesa y me fulminó con la mirada y los labios apretados.

—No —dijo Thomas—, sólo voy a verlo. El hombro me sigue dando algún problema después del último partido; éste me lo pierdo.

—¿Y tú eres el que piensa marcharse a la guerra? —gruñó Pa—. Una articulación dolorida será la última de tus preocupaciones.

—Deja eso ya, Abraham —dijo Ma—. No durante la cena. —Se volvió hacia Thomas—. Vete, y pásatelo bien.

Al oír aquello, Thomas retiró su silla y se levantó de la mesa. Me miró.

—¿Vienes?

Me quemaba la mirada de Matilda, y le dije que no con la cabeza.

—Más tarde quizá. Matilda quiere contármelo todo sobre París.

Thomas se encogió de hombros.

—Tú mismo.

Un minuto después, salía por la puerta con una porción de tarta de manzana en la mano, en peligroso equilibrio.

Matilda se volvió hacia Ma.

—¿Podemos levantarnos de la mesa Bram y yo? Quiero mostrarle todos mis bocetos del viaje.

Pa nos despidió con el gesto de una mano que después se metió en el bolsillo de la chaqueta para sacar su pipa.

*8 de agosto de 1868, 19.03 h*

En la habitación que Matilda compartía con Margaret, vi que mi hermana echaba un último vistazo al pasillo antes de cerrar la puerta.

—Se trata de ella, ¿verdad? —le pregunté mientras me sentaba en su cama—. ¿Por qué te angustias con estos pensamientos? Se fue.

Matilda se dio la vuelta y se inclinó hacia la puerta. Cuando habló, lo hizo con una voz que apenas superaba el susurro.

—La he visto.

—¿En París?

Matilda asintió enérgicamente.

—En los Campos Elíseos. Yo estaba al otro lado de la calle, y había un cierto gentío, pero sé que era ella.

—¿Qué haría en París?

—No lo sé.

—¿Y estás segura de que era ella?

Asintió de nuevo.

—Tan segura como de estar aquí de pie.

Reflexioné sobre aquello por un instante. Ninguno de los dos había visto

a Nana Ellen en cerca de catorce años, hacía toda una vida. Su manera de dejarnos, su salida al castillo, el tremedal, su forma de...

—Hay algo más. —Matilda frunció los labios. No parecía saber muy bien qué decir, y entonces lo soltó de golpe—: No parecía más mayor que el día en que se marchó. Más joven, incluso. Me atrevería a decir que parecía incluso más joven que yo.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Entonces tuvo que ser otra persona, alguien que te recordara a ella.

—Era ella. Lo juro por mi vida.

—Yo también he creído haberla visto en muchas ocasiones. Siempre en un gentío, siempre a una cierta distancia. Y sin embargo, al acercarme, me daba cuenta de que sólo había visto a otra mujer con rasgos similares. Estoy seguro de que te fijaste en alguien que se parecía a ella, simplemente, y tu cerebro asoció a esa desconocida con Ellen.

—Era ella.

—¿Debo creer, entonces, que nuestra niñera desaparecida tanto tiempo atrás está viviendo en París y no ha envejecido ni un solo día desde que huyó hace catorce años?

—Sí.

Tomé la mano de Matilda entre las mías.

—La echas de menos. Yo también. Pero no era ella. No pudo ser ella. Como mucho, sería el efecto de una iluminación engañosa.

—Oh, lo dudo. Estoy absolutamente segura de lo que vi.

—¿Llegaste hasta ella? ¿Hablaste con ella?

Matilda dejó escapar un suspiro.

—Lo intenté, pero cuando conseguí abrirme paso entre la multitud hasta el lugar donde ella se encontraba, ya no estaba allí. Ya sé lo que estás pensando, Bram, pero no tengo la menor duda; era Nana Ellen, y no era ni un solo día más mayor. —Matilda cogió de su tocador una cajita de música y pasó los dedos por la intrincada talla de madera—. Tú recuerdas el aspecto que tenía, en particular en la última semana. En aquellos últimos días parecía una anciana; antes de eso no tenía otro aspecto que no fuera el de una muchacha, una mujer joven, por fuera. De haberle pedido a un transeúnte en

la calle que adivinara la edad de Nana Ellen, habrías recibido una respuesta distinta de cada uno. Ni uno solo de ellos la describiría al detalle, igual que yo me veo incapaz de dibujarla.

—Tienes que olvidarla.

—No puedo.

—Nada bueno puede surgir de atormentarte tú misma de esta manera, de obsesionarte de ese modo con el pasado. Éramos niños; a todo le buscábamos lo místico. ¿Recuerdas las historias que nos contábamos? ¿Los monstruos y las cosas tan horripilantes que nos inventábamos con tal de aterrorizarnos el uno al otro?

Matilda seguía con los ojos clavados en la cajita de música que tenía entre las manos. No dijo una palabra.

—A esa edad, lo verídico y lo fantástico se funden y se hacen uno. Nana Ellen nos contó cuentos de criaturas, de manera que en nuestra mente, ella se transformó en una. Nuestra imaginación se alimentó de esas historias, las manipuló; deseábamos creer, así que lo hicimos. Pero eso no las convierte en hechos.

Matilda volvió a dejar la cajita de música en su tocador.

—La vimos meterse en el pantano y no salir.

—No fue real.

—La tierra de debajo de su cama. El cajón en la torre de Artane. Esa condenada mano. Esa condenada y espantosa mano.

—Todo imaginaciones, el divagar de unas mentes infantiles, creativas y calenturientas, nada más —le respondí.

Matilda cruzó la habitación con paso airado y me tiró de la manga hacia arriba.

—Si todo eran imaginaciones, ¿qué es esto, entonces? —Me miró la muñeca fijamente—. ¿Por qué no ha sanado esta herida en todos estos años?

Mis ojos fueron a parar sobre los dos puntos rojos en la zona interior de mi muñeca, sobre la vena, ambos con una costra reciente. Volví a taparlos con la manga de inmediato.

—Me los rasco, eso es todo. Estoy seguro de que, si los dejo en paz el tiempo suficiente, se desvanecerán igual que cualquier otra herida.



—¿Por qué no hablamos de eso? —A Matilda se le puso el rostro colorado, y me di cuenta de que tenía ganas de gritarme, pero mantuvo la voz contenida por temor a que alguien la oyese—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste el más leve asomo de una enfermedad? ¿Cuándo fue la última vez que te hiciste daño? —me preguntó—. ¿Mmm? ¿Por qué no hablamos de eso?

—Ya conoces la respuesta. He sido muy afortunado. No desde que el tío Edward...

—¡El tío Edward no hizo nada!

Esta vez, las palabras resonaron con fuerza y nitidez, y pensé que Pa o Ma entrarían de sopetón por la puerta, pero ninguno lo hizo. Me llevé un dedo a los labios.

—Baja la voz.

—¡No lo haré!

Me levanté y me incliné sobre ella.

—¡Matilda, te estás comportando de un modo infantil!

Antes de que me diese tiempo a reaccionar, me atacó el dorso de la mano izquierda con un abrecartas que debía de haber cogido del tocador, y la hoja metálica me dejó un corte fino y rojo. Intenté cubrir el corte con la mano derecha, pero Matilda soltó el brazo y me sujetó. Ante nuestros ojos, la herida se suturó por sí sola, primero en forma de una línea rosada que después desapareció también y no dejó nada más que unas gotas de sangre brillante, y la herida se había esfumado en cuestión de segundos. Matilda me secó la sangre y me miró con los ojos cargados de pesadumbre.

—¿Qué fue lo que te hizo, mi pobre Bram?

Tiré de la mano para apartarla y me la metí en el bolsillo enseguida.

—Quitarla de la vista no cambia nada —me dijo Matilda con una voz de la que se había evaporado toda ira—. ¿No quieres llegar a entenderlo?

Los pensamientos se me pasaban disparados por la cabeza. Sentí el ardor de la sangre bajo las mejillas, el aleteo del corazón en el pecho.

No quería saberlo.

No quería pensar en tales cosas.

Ahora no. Ni nunca.

—Si ella estuviera cerca —susurró Matilda—, ¿lo sabrías?

Aquellos pensamientos no se me habían ocurrido en años.

*Nana Ellen mirándome desde el techo, el fulgor rojo en su mirada, tan ardiente que casi proyectaba la suficiente luz para iluminar el cuarto. Y su caída, su caída sobre mí.*

Por vez primera en siglos, sentí el picor en el brazo.

# AHORA

Bram alza la vista del cuaderno de notas, con el eco del sonido que aún le resuena en la cabeza.

Un lobo, es inconfundible, pero el aullido no procedía de detrás de la puerta. Este aullido venía del exterior.

Bram se levanta de la silla, se acerca a la ventana y observa el terreno. Al principio no ve nada; después ve una gran sombra que se aproxima muy poco a poco por la espesura, apartando la hierba. La sombra se mueve despacio alrededor de la base de la torre, echa atrás la cabeza y lanza una mirada maliciosa a Bram.

Bram reconoce al lobo de inmediato. Si bien no es capaz de explicar cómo lo sabe, se trata del mismo lobo de su sueño de un rato antes, esta misma noche, el que le ha atacado desde detrás de la puerta, salvo que ahora esa bestia fiera no está atrapada tras una puerta; el lobo no está enjaulado, ni mucho menos. Deambula en libertad por el suelo, y Bram no es más que el cazador atrapado en la copa de un árbol.

El lobo le fulmina con una mirada de esos mismos ojos rojos de su sueño y suelta un aullido salvaje. Seguro que semejante aullido trae a los habitantes del pueblo corriendo con sus armas en la mano. Nadie viene, sin embargo, y el lobo se desplaza adelante y atrás hasta que aplana la hierba, hasta que huella un sendero en la tierra.

Sin abandonar la ventana, Bram echa la mano hacia atrás y agarra el rifle, que ya está preparado para disparar. Equilibra el arma sobre las piedras planas horizontales del alféizar y sigue al lobo con el cañón, oteando hacia

delante y hacia atrás conforme se mueve el lobo. Cuando el animal hace una pausa, cuando se detiene para volver a mirarle fijamente, Bram aprieta el gatillo.

El rifle retrocede y le suelta una coz en el hombro en cuanto el disparo abandona el cañón.

Oye un gáñido, pero no procede de abajo: proviene de detrás de la puerta, y le sigue el golpe sordo y pesado de un cuerpo al caer al suelo.

Bram se acerca a la puerta y presiona el oído contra el roble. No oye nada.

Transcurrido un minuto, regresa a la ventana y se asoma hacia abajo: el lobo ya no está.

¿De verdad lo había visto? Quizá se lo había imaginado. Pero no, la hierba seguía aplanada allá por donde había pasado el animal. Sí, el lobo había estado allí, y ahora quizá se había escabullido a morir en otra parte. Bram sopesa el bajar a comprobarlo, pero es consciente de que hacer tal cosa sería el colmo de la insensatez. No puede abandonar esta sala.

Un arañazo en la puerta seguido de un leve lloriqueo, el sonido de un perro lastimado.

Tiene que ser otra trampa.

Quiere abrir la puerta. Quiere verlo con sus propios ojos.

Se sorprende al descubrirse de nuevo junto a la puerta, llevando la mano al picaporte, trasteando en su bolsillo en busca de la llave. Abrirá la puerta y...

No.

Bram se aparta y cruza la habitación con pasos cortos y rápidos.

Otra trampa, nada más.

Entonces se oye otro aullido, de nuevo del exterior.

Regresa a la ventana para descubrir a dos lobos —uno negro y otro gris— en la hierba debajo de él, ambos mirando hacia arriba con ojos feroces. Localiza una mancha roja en el pelaje del lobo gris, el lobo al que le ha disparado. El lobo negro se acerca al gris y le lame la herida, acto seguido levanta la cabeza en un fiero aullido.

La criatura de detrás de la puerta responde con otro aullido, un grito que

encaja en algún lugar entre el gañido de un lobo y el de un ser humano en un extremo dolor.

Al oírlo, un tercer lobo surge a la vista allá abajo. Le siguen más. Una manada de lobos, todos con un fulgor rojizo en los ojos.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*10 de agosto de 1868, 16.06 h*

Mi despacho en el castillo de Dublín distaba mucho de ser lujoso; era un lugar frío, sin ventanas, abarrotado con nueve escritorios, nueve sillas y toda una variedad de armarios y estanterías rebosantes de textos y documentos antiguos obra de mis predecesores. Aun así, los ocho que ejercíamos las labores de actuarios en el despacho del Tribunal de Delitos Menores formábamos un grupo bien jovial. Con frecuencia trabajábamos desde las nueve de la mañana hasta las diez de la noche y, dado que la mayoría del personal del castillo, incluido nuestro supervisor, el señor J. P. (Juez de Paz) Richard Wingfield, se marchaba a una hora más decente, nos sentíamos con la libertad de hacer nuestros propios planes.

Ahora que lo pienso, el señor Wingfield rara vez aparecía por el despacho; cuando lo hacía, era bien sabido que llegaba tarde y se marchaba temprano, y nos dejaba a nuestro avío. En aquellos días tan largos, era Thomas Taggart —uno de los actuarios con mayor experiencia— quien nos preparaba la cena, algunas agachadizas o cercetas que hubiera cazado alguno de nosotros, asadas con zanahorias o con chirivías, pero en una ocasión durante el periodo navideño asó un pavo con todo tipo de verduras, ensalada y pudin de ciruela, y cada uno trajo una bebida: ponche, jerez, oporto, champán, cerveza, clarete, curasao y café. Cubrimos una mesa con hojas de papel secante que habíamos pegado entre sí y alzamos las copas para brindar

por todos nosotros y por la reina hasta altas horas. Esa noche, un ropero muy grande acolchado con prendas viejas sirvió de nido para un par de los muchachos más jóvenes, incapaces de seguir el ritmo.

La mayoría de las veces, el señor Wingfield entraba dándose un paseo justo antes del almuerzo, cuando estábamos muy concentrados en el trabajo y nuestro despacho tenía un aspecto normal. Me gustaría decir que *normal* significaba «ordenado», pero no era así. Ciertamente, mi escritorio era un caos, aunque yo sabía con exactitud dónde se encontraba cada pluma, cada lapicero, cada clip y cada trozo de papel. Y llegado el caso de que alguien tratase de organizar mis míseras posesiones, cometería conmigo una grave injusticia.

En nuestra inclinación a la diligencia matutina, a los demás actuarios se los veía apagados, y yo había aprovechado la oportunidad para rematar mi reseña de *La dama de blanco*, que había visto la noche anterior en el Teatro Real de Dublín:

---

El tono de la novela es fundamentalmente sombrío, y el señor W. C. sin duda quiso que se preservara ese fantástico carácter suyo, pero pasó por alto el hecho de que la acción de un drama se concentra tanto, el suspense es tan grande, y la presión sobre el intelecto y los sentimientos del público es tan elevada que resulta necesario un alivio ocasional. Incluso *Hamlet* necesita del enterrador, y *Lear* del bufón.

---

Me hallaba tan inmerso en mi escrito que no oí a Michael Murphy, el muchacho recadero del despacho, aproximarse a mi rincón hasta que carraspeó. Alcé la vista para encontrarme con que me tenía la mirada fija en mí y daba unos golpecitos en un sobre en una esquina de mi escritorio.

—¿Un telegrama para mí?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Sólo una nota; me han pedido que se la traiga corriendo y de inmediato. La dama me ha dicho que usted me daría una generosa propina si llegaba aquí con rapidez.

—¿Qué dama?

—Tomar nombres no forma parte de mi trabajo, señor, tan sólo entregar recados.

Extendió la mano.

Escarbé en mi bolsillo, saqué una moneda de dos chelines y se la deposité en la palma.

Se quedó mirándola, soltó un leve suspiro y me ofreció el sobre. Lo cogí y le hice un gesto para que se marchase.

El sobre contenía una única hoja de papel, doblada en cuatro. La desplegué y la sostuve a la luz de la lámpara de mi escritorio.

*Reúnete conmigo en la Marsh. A las 18.00 horas.*

MATILDA

*10 de agosto de 1868, 18.00 h*

Fue el arzobispo Narcissus Marsh quien fundó a comienzos del siglo XVIII la biblioteca que lleva su apellido. Consiste en una estructura bastante sombría situada en la callecita del recinto de San Patricio, prácticamente oculta detrás de la catedral. Cuando estudiaba en el Trinity, la biblioteca Marsh era uno de mis paraderos habituales, pero me encontré con que pasaba cada vez menos tiempo allí conforme avanzaban mis estudios. A estas horas había una buena concurrencia en la biblioteca, y no sólo de estudiantes, sino de público en general, que acudía allí después de su jornada de trabajo.

Respiré hondo y me deleité en la simple satisfacción que me proporcionaba el olor de los libros encuadernados en cuero, de los cuales había muchos. La biblioteca se enorgullecía de su colección de cerca de los veinte mil volúmenes de temas que variaban desde medicina y navegación hasta ciencia, religión e historia. Gran parte de la colección eran volúmenes originales proporcionados por el propio arzobispo y que recibían unos cuidados concienzudos. A lo largo de las paredes de la biblioteca se alineaban unas jaulas metálicas conocidas como «las celdas» entre los alumnos del



Trinity. Si solicitabas uno de los textos poco comunes, veías cómo te encerraban en una de aquellas celdas con el valioso ejemplar hasta que finalizabas tu lectura. Sólo entonces te abría la jaula el bibliotecario, y el libro jamás abandonaba la custodia protectora de la institución.

Cuando la vista se me adaptó a la tenue luz de la biblioteca Marsh, localicé a Matilda instalada en una de las jaulas cerca del fondo. Tenía la puerta abierta, lo cual significaba que había escogido aquella celda con toda la intención pero no había solicitado uno de aquellos textos únicos; de haberlo hecho, estaría encerrada. Y la encontré rodeada, no de manuscritos, sino de periódicos. Estaba garabateando algo con ritmo frenético en una página de su cuaderno de bocetos; no estaba trabajando en un dibujo, sino escribiendo con aquella letra suya tan fina y elegante, casi una página entera. Levantó la vista cuando me aproximé y cerró el cuaderno antes de que mis curiosos ojos pudieran captar un vistazo de lo que estaba escribiendo.

Teniendo presentes las ideas de nuestra conversación del día anterior, me tiré de forma instintiva de la manga de la camisa para asegurarme de que las dos marcas rojas y minúsculas no quedaban a la vista.

—Ay, mi querida hermana, qué manera tan hábil de liberarme de unos fondos ganados con tanto esfuerzo. ¿No podrías haberte dejado caer por mi despacho?

—¿Acaso en ese espacio habría hueco para un cuerpo más? Tenía entendido que ahuyentabas a las visitas porque prefieres no tenerlas subidas encima de los hombros.

Consideré una réplica, pero había hecho planes para asistir al teatro y no deseaba llegar tarde a causa de aquella parada no programada.

—¿Tendrías la bondad de compartir conmigo por qué he sido convocado a tu guarida?

Matilda hizo un gesto a la silla que había a su lado, y tomé asiento.

—¿Qué recuerdas de Patrick O’Cuiv? —me preguntó.

Tardé un momento, y entonces me vino a la cabeza.

—Mató prácticamente a toda su familia antes de volver el cuchillo en su propia contra. También asesinó al administrador de su patrón aquella misma noche, o quizá fuese en un momento anterior del día. La verdad es que no

recuerdo nada más allá de eso; creo que Pa y Ma nos ocultaban esas historias. Es probable que nos considerasen demasiado pequeños para oírlas.

Matilda señaló un montón de periódicos a su izquierda, todos ellos ediciones del *Saunders's News-Letter*.

—He recopilado todos los números que mencionan el caso.

—¿Qué te ha movido a hacer tal cosa?

Extendió la mano hacia el montón, dejó caer tres de ellos delante de mí y leyó los titulares en voz alta.

—Éstos son los tres que vimos: «Familia asesinada en Malahide», «Administrador fallece en un altercado en uno de los campos de la Casa de Santry» y «Padre de la masacre de Malahide sospechoso del asesinato de la finca de Santry». El último de todos está fechado el 10 de octubre de 1854.

Matilda sacó al frente una segunda pila y dio sobre ellos unos golpecitos con el dedo.

—Estos cuatro llegaron después. Adelante, léelos; los artículos no son muy extensos.

—¿Con qué fin?

—Tú léelos, Bram.

Suspiré y tiré del primer periódico hacia mí. Igual que en los otros, la historia de O'Cuiv dominaba la primera plana.

---

**LAS AUTORIDADES DE LA CORONA ENCARGADAS DE REUNIR LOS  
DETALLES DE ESTAS MUERTES LOCALES SOSPECHAN QUE  
TODAS ESTÁN RELACIONADAS**

Patrick O'Cuiv de Malahide será acusado del asesinato de Cornelius Healy, administrador de la finca de Santry. Además, al señor O'Cuiv, antes considerado víctima, también se le acusará del asesinato premeditado de su esposa y dos de sus hijos. El truculento relato de este asesinato domiciliario será probablemente corroborado por la única hija superviviente, Maggie O'Cuiv. Las autoridades han determinado que, a pesar de su tierna edad, es apta y capaz y que será lo mejor para ella que le tomen testimonio por medio de una declaración que será admisible como prueba.

---

Alcé la mirada hacia Matilda después de leer el primer artículo; mi hermana cogió el siguiente periódico y me lo colocó delante antes de que pudiese decir una palabra.

---

### **JUICIO POR ASESINATO**

Las autoridades de la Corona han hecho público un comunicado acerca de los recientes asesinatos en Santry y en Malahide.

El señor Patrick O'Cuiv será acusado del homicidio involuntario del administrador de Santry, Cornelius Healy. El abogado defensor de oficio Simon Stephens, en calidad de representante de la defensa del señor O'Cuiv, ha presentado una moción para que se desestime el caso sobre la base del razonable motivo de la defensa propia. El señor Brian Callahan ha declarado que los tres asesinatos de la esposa y los familiares de O'Cuiv se cometieron bajo la coacción de una extrema penuria y la embriaguez, y que serán juzgados como actos premeditados. El señor Stephens afirma que el señor O'Cuiv fue presa de la desesperación ante la perspectiva de no ser capaz de conseguir alimento para su joven y hambrienta familia. Después de que le fuese negada la adquisición de grano en su lugar de trabajo, intentó hurtar una cierta cantidad del mismo. Recibió un brutal castigo a manos del señor Healy, que provocó en O'Cuiv una conducta irracional y le empujó a llegar a las manos con el propio señor Healy. «Lamentablemente —afirmó Stephens—, el señor O'Cuiv sintió justificado el asesinato de su propia familia como un medio razonable de reducir su sufrimiento.» Stephens prosiguió solicitando al juez Dermot McGillicuddy que desestimara las acusaciones sobre la base de que el señor O'Cuiv había perdido el juicio al haber puesto a su familia en tan lamentable aprieto.

---

—Señor Dios mío, esto es horrible —mascullé.  
Matilda me pasó el tercer periódico.

---

### **O'CUIV ACUSADO DE ASALTO, NO DE ASESINATO**

El investigador forense ha descubierto que la muerte de Cornelius Healy fue accidental, resultado —según las declaraciones de los testigos— de un resbalón que sufrió el señor Healy durante una pelea limpia y de un golpe en la cabeza con una piedra. El juez aprovechó el descubrimiento para añadir que negarle al señor O'Cuiv la oportunidad de adquirir grano para

su hambrienta familia cuando tal grano se estaba embarcando hacia un lugar fuera de Irlanda no es justificación para matar a nadie, pero sin duda puede servir de base para empujar a otro a una conducta desesperada con tal de mantener a su familia. El señor O'Cuiv fue condenado a cinco años de trabajos forzados.

---

Matilda me entregó el último periódico.

---

### O'CUIV SE SUICIDA

En el primer día de las deliberaciones en el caso contra el señor O'Cuiv por el asesinato de su mujer y sus dos hijos, mientras el letrado de la Corona se encontraba considerándolo, el señor O'Cuiv consiguió ahorcarse en su celda de la cárcel y puso fin de este modo al debate acerca de la alegación de demencia por parte de su abogado.

---

Dejé el periódico y me volví hacia mi hermana.

—Así que, tal y como sospechábamos, mató a su patrón por el alimento y después prefirió matar a su familia antes que verla morir de hambre.

—A todos salvo a su hija Maggie, que escapó. Tenía seis años y medio en aquella época; ahora tendrá veintiuno —explicó Matilda.

—Me pregunto qué fue de ella —dije.

Matilda no hizo caso de mi comentario y, en cambio, dejó otra carpeta sobre la mesa delante de mí.

—He encontrado el informe de la muerte de O'Cuiv.

—¿Y por qué...? —comencé a decir en un volumen algo más alto de lo apropiado, y un buen número de asistentes me fulminó con la mirada a través de los barrotes de la jaula. Ofrecí una sonrisa de disculpa y bajé la voz—. ¿Y por qué has buscado el informe de su muerte?

Sacó un papel del archivo y lo leyó en un tono de voz suficiente para que lo oyésemos los dos.

—«A Patrick O'Cuiv lo hallaron ahorcado en su celda en la mañana del 9 de octubre, veintiséis minutos después de las seis en punto. Había retorcido las sábanas en forma de sogas improvisadas, las había pasado por los barrotes

de la única ventana de su celda y se había dado con ellas varias vueltas alrededor del cuello. Dado que la ventana sólo se encontraba a un metro cincuenta del suelo y que O’Cuiv tenía una estatura de un metro ochenta centímetros, parece que apoyó la espalda en la pared y, a continuación, levantó los pies y mantuvo las piernas extendidas hacia delante de forma que el peso de su cuerpo tensara la soga y acabase por estrangularlo y arrebatarse la vida. Tal y como se producen los ahorcamientos, éste habría resultado difícil, ya que podría haberlo detenido en cualquier momento simplemente con bajar los pies. Por el contrario, se entregó por completo a la tarea y no flaqueó hasta morir. Al examinar el cadáver, se determinó que la causa de la muerte fue el estrangulamiento, y no la dislocación de las vértebras cervicales. Se le habían infectado las heridas de los brazos, y lo más probable es que resultaran muy dolorosas. Conté no menos de seis laceraciones en el brazo derecho, comenzando en la muñeca y siguiendo hasta cerca del codo. El brazo izquierdo tenía cuatro cortes de similar tamaño que discurrían a lo largo del antebrazo. A pesar de que Bartley Rupee lo había tratado con cloruro, la piel se le había puesto violácea y amarillenta alrededor de las heridas y, aun en la muerte, se percibía la presencia del olor de la infección. Dado que O’Cuiv murió por su propia mano, no se le permitirá su entierro en San Juan Bautista, sino que será sepultado en las fosas de los suicidas detrás del cementerio principal. Que Dios se apiade de su alma.»

Dejé escapar un suspiro.

—Todo esto es fascinante, Matilda, pero sigo sin saber por qué me lo estás enseñando. Estos sucesos tuvieron lugar hace mucho tiempo.

Matilda extrajo otra hoja de papel del montón que tenía a su lado, ésta una edición reciente del *Dublin Morning News* con fecha del 9 de agosto de 1868.

—Éste es el periódico de ayer. Mira... —Dio unos toquitos sobre el titular.

Un hombre no identificado de unos treinta o cuarenta años de edad tropezó al caminar por la cubierta del *Roscommon* durante el último trayecto del barco en la noche de ayer. El hombre trató de recobrar el equilibrio, pero no lo consiguió y se precipitó por la borda a las gélidas aguas. Un caballero que viajaba a bordo se zambulló detrás de él y arrastró su cuerpo hasta la orilla, pero para entonces la víctima ya había perdido la vida. Otros pasajeros a bordo del *Roscommon* contaron a este reportero que el hombre había estado pidiendo dinero para poder subir a bordo, que no menos de otros tres clientes le facilitaron el importe del pasaje, y que en el momento de la partida se le vio agitado en extremo. «En el instante en que salimos del muelle, se puso a correr arriba y abajo, de punta a punta del barco, presa del puro pánico, convencido de que el barco estaba a punto de hundirse —dijo un pasajero—. Se asomó por la borda en un buen número de ocasiones, a mirar el agua con el rostro compungido por el miedo.»

La policía portuaria ha retenido en su amarre al *Roscommon*, que se dirigía a Holyhead, hasta que concluya su investigación. Con autorización de su oficina, hemos incluido una fotografía del hombre no identificado. Se solicita a quienquiera que posea información sobre su identidad que se ponga en contacto con el investigador forense del Hospital del Doctor Steevens.

---

Matilda desplegó el periódico para que pudiese ver la fotografía.  
Era Patrick O’Cuiv.

Me quedé mirando la página.

—No puede ser él.

—Pero lo es —respondió Matilda—. Mírale los brazos.

El hombre no llevaba camisa, y sus brazos se apreciaban con claridad, ambos cubiertos de unas largas cicatrices desde la muñeca hasta el antebrazo.

—Seis cortes en el derecho, cuatro en el izquierdo. Los mismos exactamente que los que se describen en el informe de la muerte de O’Cuiv —dijo mi hermana.

—Es una coincidencia, no puede haber otra explicación.

—La única explicación es la más simple: éste es Patrick O’Cuiv.

—Quizá un hijo o un pariente cercano.

—A la familia O’Cuiv sólo le sobrevivió su hija Maggie. Patrick mató a

su único hijo.

—¿Un primo, entonces? —Levanté el periódico y sostuve la fotografía a la luz de la lámpara. La imagen tenía mucho grano, sin la menor duda, pero reconocí su rostro. Por más que deseara negar que era cierto, el hombre que me miraba con la muerte en aquellos ojos vacíos era Patrick O’Cuiv. Cogí la carpeta que contenía los informes de su muerte y releí los documentos. Se me ocurrió entonces una idea—: ¿Y si fingió su muerte?

—¿El ahorcamiento?

—Sí. Quizá tuviese ayuda: alguien, una persona o un grupo de personas, que simpatizaran con sus motivos.

—¿Quién iba a apoyar a un hombre que había matado a su mujer y a sus hijos?

—¿Tal vez alguien agradecido por la muerte de Cornelius Healy?

—¿El administrador?

Asentí.

—Quizá O’Cuiv tuviera amigos en la Casa de Santry, u otros que también guardasen animadversión hacia Healy y estuvieran agradecidos por su muerte. Si no se mostró dispuesto a concederle algo de grano a O’Cuiv, imagino que haría lo mismo con otros. Es posible que fingieran su muerte y de alguna manera lo sacasen a escondidas de la cárcel.

Matilda ya estaba negando con la cabeza.

—Hay constancia escrita de su entierro.

—La misma gente pudo haber disimulado eso también. Unos cuantos chelines para el enterrador, y éste sepulta un ataúd vacío.

—Eso es una conspiración a gran escala, demasiado grande. Pero bueno, digamos por un minuto que tienes razón y que toda esa gente le ayudó a fingir su muerte, a falsear los registros de la comisaría de policía y después sobornaron al enterrador para que fingiera su entierro. Si, después de todo esto, consigue llevar una nueva vida en Dublín y se mata de nuevo en un insólito accidente catorce años después, ¿cómo explicas tú su aspecto? —Llevó la mano al montón de periódicos y cogió el primero, el que hablaba de él al comienzo del juicio; lo colocó junto al periódico del día antes y señaló ambas imágenes de O’Cuiv—. No ha envejecido ni un solo día entre esta

fotografía y esa otra. Catorce años a sus espaldas, y estas imágenes parecen tomadas con un día de separación.

De nuevo, Matilda estaba en lo cierto. El hombre del periódico del día antes parecía algo más joven que el de la imagen más antigua. No deseaba oírla decir aquellas palabras, pero se lo pregunté de todos modos; no tenía elección.

—¿Cómo explicas tú el parecido?

—Ya sabes cómo.

—Primero me dices que has visto a nuestra antigua niñera y que no ha envejecido en catorce años. Ahora crees lo mismo de este hombre. ¿Quién viene a continuación? ¿La vieja señora Dunhy de la lechería? ¿Ese beodo de Leahy que solía vagar por los campos hasta las tantas cantando a las vacas? La gente envejece, no se levanta de la tumba tan sólo para volver a morir.

—Y, sin embargo, esto es lo que tenemos —me dijo con un gesto hacia los periódicos y los documentos que cubrían la mesa—. Y estoy convencida de que fue a Nana Ellen a quien vi en París.

Tomé su mano en las mías y bajé la voz.

—Matilda, eres una mujer inteligente, guapa y con talento. No deberías perder el tiempo o el pensamiento en cuestiones como éstas. Son fantasías de críos. Cosas de cuentos de hadas.

Me apretó la mano.

—Cuando éramos niños y tú me contaste lo que viste, no te creí. Incluso después de ver a Nana Ellen meterse en aquella ciénaga y no salir, no te creí. Cuando encontramos aquella tierra repugnante debajo de su cama que desapareció un día después, me dije que nos lo habíamos imaginado. Cuando subimos los escalones de la torre del castillo y descubrimos aquel cajón con..., ya sabes..., y me dijiste que Nana Ellen había estado en aquella sala muy poco tiempo antes, me pasé años convenciéndome de que ninguna de aquellas cosas había sucedido en realidad. Pero ya no puedo seguir mintiendo, mintiéndome a mí misma al menos. No puedo irme a la tumba sin saber qué te hizo, qué fue de ella. Llevo dentro de mí la ardiente necesidad de hallar respuestas para todas estas cuestiones, y temo no poder continuar con mi vida hasta que lo haga. Estoy segura de que tú sientes lo mismo que yo.



Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Yo me liberé de toda esa incertidumbre cuando era pequeño.

Matilda ladeó la cabeza.

—¿Lo hiciste, sí?

—Lo hice.

—Entonces ¿por qué no me cuentas qué fue del anillo? Tan sólo explícame eso de manera que me resulte satisfactoria y haremos como si no nos hubiésemos visto hoy. ¿Te acuerdas del anillo, querido hermano? Ese que encontramos dentro del puño cerrado de la mano muerta.

Sentí la tensión en el pecho cuando se me cortó la respiración.

—Este hombre, O’Cuiv, y Nana Ellen están relacionados de algún modo. De eso estoy segura, pero si tú me dices que no sabes dónde está el anillo, todo esto se desvanece. Fingiré que no te vi llevártelo aquella noche. Podrás volver a tu vida, y yo volveré a la mía, sin que ninguno de los dos nos hayamos enterado de nada —dijo Matilda—. Vamos, Bram. Ponle fin a esto.

Dejé escapar un profundo suspiro y me llevé la mano a la cadena de plata que tenía alrededor del cuello. Tiré de ella para sacarla de debajo de la camisa. De allí colgaba el anillo. No se había separado de mi cuello en casi catorce años.

Matilda le dio la vuelta al anillo con el dedo.

—A veces, nuestros temores más profundos son los que llevamos más cerca del corazón. Nunca dejaste de creer, sólo dejaste de admitir que creías.

Volví a meterme el anillo dentro de la camisa y guardé silencio durante un largo rato. Finalmente, hice un gesto hacia los periódicos sobre la mesa.

—No sé qué pensar de todo eso, pero estoy dispuesto a reconocer que me intriga. Si ése es de verdad Patrick O’Cuiv, si de alguna manera llegaste a ver a Ellen, si existe alguna probabilidad de que demos con ella y le preguntemos cómo me sanó, preguntarle qué me hizo, entonces tengo que... quiero entenderlo.

Matilda sonrió y comenzó a recoger los periódicos en una pila bien ordenada.

—Ése es el hermano inquisitivo que yo conozco, al que tanto quiero.

Llevó la mano a su cuaderno de bocetos y lo abrió por una página en la

zona del medio.

—¿Te acuerdas de éstos?

Acerqué más el cuaderno; el corazón me latía con fuerza.

—Los mapas...

—Sí, los mapas. —Pasó las páginas, una detrás de otra—. Todos ellos, los siete.

—Ya me había olvidado de ellos.

Mi hermana ladeó la cabeza.

—¿En serio? No sé por qué, pero lo dudo.

—El nivel de detalle es impresionante, qué bien dibujabas de niña... un talento que siempre me dejará asombrado.

Volvió a darle la vuelta al cuaderno de bocetos y dio unos toques sobre un mapa, el de Austria.

—¿Sabes qué es lo que me asombra a mí? Estas marcas, las que aparecen en cada uno de estos mapas. Sé exactamente lo que son, lo que representan.

—¿Qué?

—Cementerios. Todas ellas. Y no cualquier cementerio, sino los más antiguos, cada uno más antiguo que el anterior. —De nuevo bajó la mirada al mapa—. Éste es el Zentralfriedhof Simmering de Viena. Al principio me confundió, porque la mayoría de las publicaciones afirman que el cementerio se fundó hace apenas unos años, en 1863, pero eso no es cierto. Oficialmente, se convirtió en un cementerio ese año, pero ya hacía más de doscientos que se enterraba allí a los difuntos. —Pasó la página. Al pie tenía escrito «Highgate, Londres»—. Éste de aquí, Highgate, también se fundó hace poco oficialmente. En 1839, la Iglesia de Inglaterra consagró seis hectáreas de terreno como cementerio. También dejaron al margen algo menos de una hectárea para los apóstatas. Es ese terreno el que me resulta de mayor interés, porque, igual que en el cementerio de Viena, los primeros registros de esta parcela se remontan al siglo XVII. Cadáveres enterrados, pero en suelo sin consagrar.

Vi cómo Matilda volvía a pasar la página con una creciente excitación en la voz.

—El Cimitero Acattolico de Roma, fundado de manera oficial en 1716,

pero construido junto a la Pirámide Cestia, una tumba que data de algún momento entre el siglo XVIII y el XII a. C. Allí se enterraron los cadáveres de forma rutinaria durante más de un milenio, mucho antes de que los terrenos fuesen consagrados —me contó.

Su mirada se encontró con la mía, y su voz adoptó un tono conspiratorio.

—Debo admitir, hermano, que no fui de visita a París tan sólo para contemplar obras de arte; también recorrí los terrenos del Cimetière du Père-Lachaise. Al igual que los otros, se estableció como cementerio y se consagró de manera oficial en 1804, pero el lugar original coincidía con la situación de una pequeña capilla donde los enterramientos se remontaban hasta 1682 por lo menos. Las trece tumbas originales jamás se consagraron. La Iglesia se negó al desconocer quién estaba enterrado allí.

—San Juan Bautista en Clontarf —dije en voz baja—. Las tumbas de los suicidas de las que hablábamos cuando éramos niños, ese suelo sigue sin consagrar hoy día.

Matilda asintió.

—Todos los cementerios de sus mapas cuentan con ese tipo de sepulturas; zonas de enterramiento que la Iglesia jamás consagró.

—Pero ¿por qué le interesaría eso?

Matilda se reclinó en su silla.

—Recuerdo con claridad las marcas de sus mapas. Cada uno tenía un círculo en cada cementerio, y todos tenían una equis salvo el punto de situación de Whitby. Creo que Nana Ellen ha visitado todos y cada uno de esos lugares.

—¿Por qué motivo?

—O bien en busca de algo o bien para ubicar algo, eso diría yo.

Pensé en aquello un instante.

—Y ¿de qué modo concierne esto a la información que has encontrado sobre O’Cuiv?

Matilda soltó un suspiro de frustración.

—Eso no lo sé, pero me imagino que sí están relacionadas; tengo la sensación de que así es. Todo esto son como las piezas de un rompecabezas que encajan, pero la imagen completa se mantiene oculta.

Mi hermana pasó las páginas de su cuaderno de bocetos y fue recorriendo los numerosos dibujos que había hecho de Nana Ellen cuando éramos niños, ninguno de ellos similar al anterior. La misma mujer y, sin embargo, diferente. Se detuvo al llegar a un dibujo nuevo, uno de Patrick O’Cuiv, con las cicatrices de los brazos resaltadas en un color rojo chillón.

—Ellen, O’Cuiv, estos mapas —me dijo—. Todo está relacionado de alguna manera.

Cerró entonces el cuaderno de bocetos y me miró a los ojos.

—Hay una persona que probablemente sepa algo de todo esto.

No pude sino asentir.

—Tú y yo tenemos que hablar con Thornley —me oí decir.

DIARIO DE THORNLEY  
STOKER  
(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*10 de agosto de 1868, 20.00 h*

Emily por fin halló el sueño, y di gracias por tal clemencia. Fue necesaria una dosis sustancial de láudano en su vino de la noche para conseguirlo. Me quedé mirando el rostro de mi bella esposa, tan lleno de paz y satisfacción. Su piel brillaba a la luz de la lámpara con el lustre de la porcelana fina, y su pecho ascendía y descendía en un ritmo constante bajo las suaves sábanas de algodón. No podía dejar de mirarla.

¿Quién volvería la cabeza?

Aquel estado distaba mucho del de apenas dos horas antes; me encogí al recordarlo. Su manera de gritarme desde el otro extremo de la biblioteca mientras lanzaba un volumen detrás de otro a las devoradoras llamas de la chimenea y afirmaba a voz en cuello: «¡El diablo susurra de entre estas páginas! ¡La voz del mismísimo Satán!». Intenté decirle que se equivocaba, ya que el libro que sostenía en la mano no era más que una publicación médica, pero cuando lo abrió y leyó de aquellas páginas con los ojos como platos, supe que no había modo de llegar hasta ella.

—¡Bartholomew presionó los labios contra el pecho de Amelia e inhaló el

hedor de la muerte conforme la sangre manaba a borbotones de su boca abierta y de sus oídos!

No había terminado de leer aquellas palabras, sus ojos aún se desplazaban temblorosos por una página al azar, y ya sabía que eran una invención de su propia mente.

Insisto, aquello era una publicación médica; capté la página bajo su dedo pulgar, y el título decía así: OBSERVACIONES SOBRE EL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES CIMÓTICAS POR MEDIO DE LA ADMINISTRACIÓN DE SULFATO. Aun así, continuó leyendo frases imaginarias en un tono de voz de tal volumen que me cubrí los oídos.

—¡Era su vida lo que él más deseaba, la mismísima esencia de su alma, y la sostuvo entre sus brazos hasta que fue suya por entero, antes de dejar caer su cuerpo desplomado a sus pies mientras sus ojos escudriñaban la noche en busca de otra!

Como si deseara interrumpir aquella última frase, cerró de golpe la cubierta del libro y lanzó el texto a las llamas que aguardaban.

Me aproximé corriendo, intenté sujetarla, pero me ofreció resistencia. ¡Y qué resistencia me ofreció! ¡La fuerza que poseía su determinación era la de una decena de hombres hechos y derechos! Y no miento a este respecto. Me apartó de ella con un arrebato y me lanzó de espaldas contra la *chaise longue*. Cómo agradecí sus blandos cojines; otro medio metro a la izquierda y habría aterrizado sobre la mesita. Con su superficie poblada de figurillas de porcelana, podría haberme lesionado, y ya hacía rato que habíamos enviado a pasar la noche en casa a Florence Dugdale, la enfermera de Emily.

Cuando me recuperé, descubrí que Emily me estaba mirando fijamente, boquiabierta. Un instante después, se dio la vuelta y fue como si se hubiera olvidado de mí por completo al extraer otro volumen de la estantería. Había lanzado ya tantos libros al fuego que sofocó las llamas, y la habitación comenzó a llenarse de un humo espeso y gris y de la pestilencia del cuero al prender. Fue entonces cuando agarré la jarra de agua de la mesa y se la vacié en la cara. Soltó un grito ahogado, y su cuerpo se sacudió ante la impresión del frío. Su mirada vidriosa se centró en un abrir y cerrar de ojos, y giró la cabeza hacia aquí y hacia allá en completa confusión. Reconocí aquella

mirada, me dirigí hacia ella y me apresuré a rodearla con los brazos.

—Está bien, está bien, mi querida Emily. Todo va bien. Ahora estás conmigo. Todo saldrá bien.

Su voz en mi oído sonaba como la de una niña aterrorizada, sus palabras casi perdidas entre sus débiles jadeos.

—Otra vez sus ojos rojos; son exactamente iguales.

—¿Los de quién, querida mía? ¿De quién estás hablando?

—Vendrá a por ti, lo sabes. Si me haces daño, él vendrá y descargará una tremenda ira sobre los tuyos —me dijo.

—Emily, no sé de qué me hablas. Estás divagando. —La acerqué más a mí y sentí el feroz latido de su corazón contra mi pecho—. Yo nunca te haría daño, amor mío.

Se rio en voz baja, con una risita maliciosa.

—Te está vigilando. En este preciso instante, tiene los ojos puestos en ti, y no está contento.

Cuando mi esposa entraba en aquel estado, yo sabía que sólo era cuestión de tiempo que de nuevo se volviera violenta. Este lapso momentáneo no era más que un receso, así que la acompañé con delicadeza hasta la *chaise longue*.

—Espera aquí, amor mío. Vuelvo enseguida.

Fui corriendo a la cocina y me apresuré a servir dos copas de vino; después saqué la botellita de láudano de la despensa y añadí en la copa de Emily cerca del doble de su dosis habitual. Removí el medicamento en el vino y regresé a la biblioteca para encontrarme a Emily sentada en el suelo con la falda amontonada alrededor de su cintura como una niña pequeña jugando. Levantó la mirada hacia mí con los ojos cargados de lágrimas, rojos e hinchados.

—Por favor, Thornley, haz que me ponga bien. No quiero seguir sintiéndome así.

Había recobrado la claridad, pero no sabía por cuánto tiempo. Le entregué la copa de vino y me senté en el suelo a su lado.

—Haré todo cuanto esté en mi mano, mi querida Emily. Venceremos a esta enfermedad y la enviaremos de vuelta al infierno del que salió, fuera cual

fuese. Te doy mi palabra.

Al oír aquello, forzó una débil sonrisa.

Me quedé mirando cómo tomaba un sorbo de vino, seguido de otro a continuación. La ira y la confusión que se habían apoderado de su rostro comenzaban a desvanecerse, y su cuerpo no tardó en decaer. Cuando por fin cedieron sus párpados, le pasé una mano por el pelo oscuro, largo y suelto.

—Termínate el vino y te ayudaré a subir al piso de arriba. Debes descansar. Ha sido una noche muy larga.

—Sí que lo ha sido —me dijo con palabras confusas y no más altas que un suspiro.

La ayudé a llevarse la copa a los labios y a beber; a continuación se la quité de la mano débil y la dejé en la mesilla a mi lado.

—Vamos a ponerte de pie y a llevarte arriba, amor mío.

Asintió y dijo algo que no fui capaz de entender. La ayudé a levantarse y cargué con la mayor parte de su peso. Con su escaso metro cincuenta de estatura, no pesaba prácticamente nada, incluso en aquel estado de flojera. Cuando llegamos a la puerta de la biblioteca, la alcé y la tomé en mis brazos con la cabeza apoyada en mi hombro; después la llevé escalera arriba, hasta la cama en la que ahora descansa.

Tenía una respiración fatigosa, y su pecho ascendía y descendía de forma rítmica. Extendí la mano hacia su mesilla, le di cuerda al pequeño metrónomo y solté el péndulo de modo que se balancease de un lado a otro con un constante tic toc, un sonido que siempre le había resultado tranquilizador.

Un sonido que me recordaba tiempos más felices.

Ya había pasado cerca de un año desde la última vez que tocó el piano en el salón: ya desafinado, con las teclas polvorientas y transcurridos los meses sin que se encendiese el candelabro que descansa sobre el grandioso instrumento. La habitación parecía abandonada y rancia, y rara vez entraba ya en ella.

¡Ah, cómo anhelo el regreso de mi Emily!

¿Dónde está la mujer de la que me enamoré tan profunda y



absolutamente? ¿Y quién es este ser que se filtra en su cuerpo de manera subrepticia un día tras otro?

Antes de anoche, me la encontré de pie cerniéndose sobre mí en la oscuridad. Tenía las manos estiradas hacia delante, tan tensas que los dedos le temblaban al forzarse hacia atrás en un ángulo doloroso. Me estaba mirando, con una palma de la mano suspendida sobre mi frente y la otra sobre mi barriga, y de sus labios salían unas palabras que no reconocí. Sin embargo, se trataba de palabras, de eso estoy seguro, hilvanadas en frases incoherentes. Sólo le veía el blanco de los ojos; las pupilas se habían desplazado hacia arriba y estaban ocultas en el interior.

Cuando se percató de que me había despertado, todo aquel episodio concluyó en un instante. Dejó caer los brazos sin más, regresó a su lado de la cama, se metió bajo las sábanas y me dio la espalda. No pude sino preguntarme si me habría imaginado aquel episodio entero, en una especie de ensoñación estando despierto, aunque me pareció demasiado real para ser un falso artificio de la mente. El terror que experimenté al despertar y descubrirla sobre mí no disminuyó tal y como sucede momentos después del despertar con la mayoría de los temores que incitan los sueños; en cambio, aumentó, y en ese instante me di cuenta de que temía a mi esposa. Mi querida, mi dulce, mi encantadora Emily... tenía miedo de ella. Durante el resto de aquella noche, y en cada noche transcurrida desde entonces, duermo con un escalpelo bajo la almohada y la mente ocupada por el pavor de la hora en que me vea obligado a emplearlo.

Me saqué la nota del bolsillo, el papel ya débil que se rajaba por los dobleces, la bella letra de la querida Emily desgastada por el paso de mis dedos, y las lágrimas de esta misma noche que la hacían casi ilegible.

*Mi amor, mi primer y único amor verdadero, te llevo hoy en el corazón, y siempre. Mi mano en la tuya conforme inicias esta aventura.*

EM

Me había deslizado la nota en el zapato para que la encontrase en mi primer día de enseñanza en el Queen's College de Galway. No ha pasado un día sin que la lea, mientras la mujer que la escribió se me escapa lentamente de entre los dedos.

El fuerte golpe de alguien que llamaba a la puerta principal me sobresaltó de mis cavilaciones, y maldije a quien fuera que viniese a semejantes horas de la noche.

Me apresuré a guardar la nota, tiré de la colcha desde los pies de la cama hasta la barbilla de mi esposa y la ajusté a su alrededor antes de cerrar la puerta del dormitorio a mi espalda y bajar deprisa.

Cuando abrí la puerta, me encontré a mi hermano y a mi hermana en lo alto de la escalinata de la entrada de mi casa, ambos empapados hasta los huesos por una gélida lluvia nocturna que debía de haber comenzado mientras yo estaba en el piso de arriba.

—¿Tenéis alguna idea de la hora que es? —les pregunté—. ¿Tú no tenías que estar en París? ¿Cuándo has vuelto?

Matilda hizo caso omiso de mis preguntas, me apartó para abrirse paso y se detuvo en el vestíbulo mientras un charco de agua se formaba a su alrededor sobre el suelo de mármol.

—Tenemos que hablar. —Eso fue todo cuanto dijo, se sacudió el abrigo de los hombros y lo colgó en el perchero.

Bram continuó bajo la lluvia hasta que le hice un gesto con la barbilla yladeé la cabeza hacia el recibidor; entonces siguió los pasos de nuestra hermana y zapateó con fuerza las botas húmedas en la loseta del exterior antes de entrar.

Más allá del umbral, el viento aullaba con fiereza; la lluvia danzaba de costado antes de caer al suelo. Cerré la puerta y eché el pestillo.

—¿Por qué hay tanto humo aquí dentro? —preguntó Bram, que echó a andar hacia la biblioteca—. ¿Tienes cerrado el tiro de la chimenea?

—¡Un momento! —le grité con una voz mucho más elevada de lo que esperaba.

Bram se detuvo y volvió la mirada hacia mí.

No deseaba que ninguno de los dos hallase cualquier resto de los libros que aún quedara en la chimenea, ni que viesen el estado general de la biblioteca, por temor a tener que explicarlo.

Matilda advirtió de inmediato lo que había detrás de aquello y entró con paso decidido en la biblioteca con Bram pisándole los talones. Nos la encontramos arrodillada ante la chimenea, observando el hogar.

—Veo que mi desdén por el conocimiento elevado ha conseguido abrirse paso hasta ti, hermano. Quemar tus textos... jamás habría sospechado que ésta es tu manera de pasar el tiempo libre. Creo que voy a dejarme caer por aquí sin avisar con más frecuencia. Te acabas de volver mucho más interesante.

—Emily y yo hemos tenido una discusión... bueno, un desacuerdo. Ha sentido la necesidad de poner énfasis en su argumento a base de destruir algunos de mis libros.

Bram soltó una risita.

—¿No te puede tirar un plato o dos como una mujer normal?

Metí la mano en el hogar y saqué tres de los cuatro volúmenes de entre la yesca humeante y los coloqué sobre la chimenea. El cuarto no se podía rescatar, pero para aquellos tres aún había esperanzas.

—Por fin está durmiendo, así que, por favor, mantened la voz baja para no despertarla. Tiene que descansar.

Nunca había compartido nuestros problemas con nadie; había prohibido a los empleados que hablasen de tales asuntos más allá de los confines de nuestro hogar. No deseaba preocupar a nadie con nuestras dificultades, en particular a mi familia. Descubriría un remedio para lo que la aquejaba, y lo conseguiría sin llamar la atención. Lo último que necesitaba era que los cotillas de la ciudad se enterasen de la enfermedad de Emily. En caso de correrse la voz, mi práctica de la medicina se habría acabado antes de empezar siquiera.

Me obligué a desterrar aquellos pensamientos de la cabeza, adopté una sonrisa falsa y me di la vuelta hacia mis hermanos.

—¿Qué os trae a mi hogar en esta espléndida noche?

—Matilda cree que vio a Nana Ellen en París —dijo Bram de sopetón—.

Y Patrick O'Cuiv ha resucitado de repente de entre los muertos para volver a morirse. ¿Qué otra cosa podría ser?

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*10 de agosto de 1868, 20.15 h*

Mi hermano tenía cara larga y de cansancio, y al instante lamenté aquella intrusión en su hogar sin habernos anunciado. Aún más, lamenté mi arrebató acerca de Nana Ellen y de O'Cuiv, pues, nada más abrir la boca, sus mejillas palidieron, y creí que se iba a desmayar. Enseguida atravesé la habitación y me pasé su brazo por los hombros.

—Ayúdame a llevarlo al sofá —le dije a Matilda.

Ella también había advertido su reacción, y capté su mirada de soslayo antes de que abrazase a nuestro hermano por el otro lado y me ayudase a llevarlo arrastrando los pies al otro extremo del cuarto.

Thornley cayó en los cojines como un borracho que se golpea contra la acera, y alzó la mirada hacia nosotros dos con la boca ligeramente abierta pero sin decir nada durante más o menos un minuto. Cuando por fin habló, su primera palabra no fue una negación, como yo esperaba, sino...

—¿Cuándo?

Fruncí el ceño.

—¿Cuándo qué?

—Cuándo ambas cosas —dijo en voz baja, una voz que había adoptado una ronquera muy al estilo de la del fuerte acento irlandés de Pa con el paso de cada día—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Nana Ellen? ¿Y cuándo volvió a morir Patrick O'Cuiv?

Matilda se sentó a su lado en el sofá.

—Vi a Ellen en París hace apenas una semana, desde el otro lado de la calle. Creo que ella también me vio, pero la perdí entre la muchedumbre cuando me aproximé. Eso sí, tengo la certeza de que era ella, como ya le he contado a Bram. —Hizo esta última revelación con una cierta inquietud; una parte de su ser estaba preparada para defender su argumento, tal y como había hecho conmigo, de manera que se quedó confundida cuando Thornley no le insistió a ese respecto.

—¿Y O’Cuiv?

Matilda levantó la vista hacia mí, que no pude ofrecerle más que un gesto encogiéndome de hombros. Metió la mano en su bolso y extrajo un ejemplar del periódico del día antes. Por un instante pensé que había robado los periódicos del *Saunders’s News-Letter* de la biblioteca Marsh, y me sentí aliviado al ver que no había nada más en su bolso. Colocó el periódico sobre la mesa ante Thornley y señaló el artículo.

Thornley sacó un par de gafas del bolsillo, se las colocó sobre la nariz y se inclinó sobre el periódico. Examinó el artículo durante un largo rato, lo suficiente como para leerlo dos veces. Se volvió a reclinar en su asiento, se quitó las gafas y las limpió con el faldón de la camisa antes de devolverlas al bolsillo.

—Bram, ¿te importaría pasarme esa copa de vino que tienes a tu lado?

Había una copa llena de clarete junto a una licorera de cristal vacía; se la entregué a mi hermano y vi cómo se bebía el vino sin respirar ni una sola vez entre trago y trago.

Acto seguido, Thornley dejó la copa vacía en la mesa junto al periódico, nos estudió a ambos y dejó escapar un profundo suspiro.

—Lo he tenido en mis sueños últimamente, a Patrick O’Cuiv. Supongo que las historias sobre lo que hizo, tan horrendas como eran, me acompañaron a lo largo de los años. Quizá él sea la razón de que aún no haya sido padre. Me aterroriza la idea de asesinar a toda tu familia, a tu mujer y a tus hijos, sin más motivo que no ser capaz de llevarles comida a la boca.

—¿Sólo en tus sueños? ¿Lo has visto? —preguntó Matilda.

Thornley jugueteaba con la copa de vino vacía.

—No, a él no. No al principio, de todos modos.

El corazón me palpitaba con fuerza.

—¿No al principio? Pero sí viste a...

Ya olvidada la representación teatral a la que pensaba asistir, vi cómo mi hermano se levantaba del sofá y cruzaba la habitación hasta el aparador. Sacó una botella de whisky y me la ofreció. Le hice un gesto negativo con la cabeza. Se encogió de hombros y se llenó la copa de vino hasta mediarla, después volvió a tapar la botella, agitó la copa en un movimiento tembloroso y observó el líquido ámbar que se extendía por la pared del cristal y caía de nuevo. Thornley regresó al sofá, dio un pequeño sorbo y dejó escapar otro suspiro.

—La primera vez que me encontré con ella —nos dijo—, habían pasado un par de años desde que nos dejó. Yo bajaba caminando por la avenida del Castillo después de haber comprado un bacalao para Ma en el muelle. Eran las primeras horas del día; los rayos del sol aún tenían que evaporar el rocío, y recuerdo que se me empapaba la punta de los zapatos. Pero qué bien sentaba, también, el estar lejos de la casa, lejos de mis tareas domésticas, con el encargo que me habían encomendado. Ma me había dado dos chelines para el bacalao y me había dicho que me podía quedar con el cambio para mí, así que tuve buen cuidado de conseguir un ejemplar que pesara justo lo suficiente para satisfacer lo que Ma necesitaba para la cena y aún me dejara unos cuantos peniques en el bolsillo.

»Me detuve en la confitería de Roderick y pedí una bolsa de cuarto de caramelos blandos de agua salada con sabor a cereza, mis favoritos. Aún hoy puedo notar en la boca el sabor de aquellos caramelos. Mientras contaba los seis peniques, dio la casualidad de que miré por el escaparate hacia la calle, y allí estaba ella, Nana Ellen, de pie al otro lado del cristal observándome a mí tal y como yo la miraba a ella. Estaba muy quieta, como si mis ojos la fueran a pasar de largo. Y casi lo hicieron, porque había algo en mi mente que no podía creer que fuese ella. ¿Cómo era posible? No obstante, cuando me percaté de que sí era ella la que estaba al otro lado del escaparate, dejé las monedas en el mostrador, me olvidé los caramelos y salí corriendo por la puerta para saludarla con el pescado balanceándose en la bolsa de lona de Ma

que me colgaba del brazo. Esperaba encontrarme allí a Nana Ellen, aguardando a que yo saliese, con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios. Sin embargo, una vez fuera de la tienda, no se la veía por ninguna parte. Sólo había transcurrido un segundo, o algo por el estilo, ya os imagináis, pero ya no estaba, había desaparecido. Busqué calle arriba y calle abajo; tenía el panorama despejado en ambas direcciones, pero no había ni rastro de ella. No tuvo tiempo de entrar en otro comercio: francamente, no tuvo tiempo de ir a ninguna parte, y sin embargo en alguna parte se había metido. Me dije que habían sido imaginaciones mías, que se debía a un engaño de la luz al reflejarse en el escaparate de la tienda, nada más. Me repetí aquella explicación una y otra vez mientras caminaba de regreso a casa. Pasado un rato, me percaté de que me había dejado el cambio y los caramelos en el mostrador, aunque no me importó. Ver a Ellen había despertado algo en mi interior.

—¿Por qué no habías dicho nada de esto hasta ahora? —le preguntó Matilda.

—¿A quién? Ma y Pa no me habrían creído, y nosotros tres rara vez hablábamos por entonces. No tenía a nadie a quien contárselo. Cuando llegué a la puerta de casa, me convencí de que todo había sido obra de mi imaginación —dijo Thornley.

Cambié de opinión acerca del whisky y me serví dos dedos en un vaso; le mostré la botella a Matilda —que me dijo que no con un vehemente gesto de la cabeza—, me la llevé al sofá y la dejé sobre la mesita.

—Has dicho «la primera vez» que la viste. ¿Volvió a suceder?

Thornley cogió la botella y se rellenó la copa.

—Tenía diecinueve años la segunda vez que vi a Nana Ellen; lo recuerdo con tanta intensidad como si hubiera sido hace apenas una semana. Era un sábado. Yo estaba en la biblioteca del Trinity, en una de las mesas pequeñas hacia el fondo, con unas ventanas que daban al Jardín de la Junta Rectora. Llevaba despierto cerca de dos días enteros preparándome para un examen de Anatomía programado para el lunes en el Queen's. Una densa lluvia cayó durante la mayor parte del día, y recuerdo haber pensado que el patio se iba a inundar sin duda a menos que la meteorología diese un respiro. Oí a dos



instructores hablar sobre la lluvia durante el almuerzo; aquél había sido uno de nuestros otoños más húmedos, y estaban convencidos de que las deprimentes condiciones continuarían y se adentrarían en un invierno igual de duro. Yo, personalmente, pensé que la lluvia no podía haber llegado en mejor momento, porque el mal tiempo me mantenía apartado del rugby y muy centrado en mis estudios, en el lugar exacto en el que debería estar. Después de haber dedicado tantas horas a escrutar los textos, la falta de sueño comenzó a pasarme factura: tuve que levantarme y pasearme para mantenerme despierto. Me sentí atraído hacia uno de los grandes ventanales y permanecí allí durante un buen rato con los ojos clavados en los goterones que acribillaban los charcos profundos. Todo el suelo hervía con aquella actividad. Nadie pasaba por allí, figuraos, no en aquellas condiciones, con el alumnado y el cuerpo docente encerrado tras las puertas de las aulas. Cuando vi a una chica bajo la lluvia al otro lado del patio, me dio que pensar. No cruzaba corriendo bajo la tormenta, de una puerta a otra, tal y como cabría esperar; en vez de eso, se mantenía del todo quieta, frente a mí, con los brazos inertes a ambos costados. De no haber sabido que no podía ser, habría pensado que me estaba observando a mí mirar por la ventana. Y encontré algo vagamente familiar en su porte. Y, si bien estaba demasiado lejos para que le viese la cara, creí conocerla.

»Los dos permanecemos quietos durante un largo rato, yo mirando al exterior, a la tormenta, y ella mirándome a mí, sin movernos ninguno de los dos, con los ojos clavados el uno en el otro a una gran distancia. No estoy seguro de cómo supe que era Nana Ellen, pero cuando me vino la idea a la cabeza, no hubo forma de librarme de ella: tenía la certeza, tanto como la tengo ahora de estar hablando con vosotros dos. Cuando acepté este punto, me acerqué a la ventana y apoyé las palmas de las manos contra el cristal. El descarnado frío de la tormenta me penetró en la piel, y en ese preciso instante fue como si el cristal fuese extraordinariamente fino. Y de pronto, allí estaba ella: un momento antes se encontraba en la otra punta del patio, ahora estaba a centímetros de mí, separados tan sólo por la ventana.

—¿Y era Ellen? —preguntó Matilda.

Thornley asintió.

—Era inconfundible; la tenía tan cerca como te tengo a ti, quizá más. Sus ojos eran del azul más intenso, y su piel parecía inmaculada. Creo que eso fue lo primero que noté, al verle caer las gotas de lluvia por las mejillas perfectas. Capté mi propio reflejo en el cristal y de repente me vi mayor, más mayor que ella, al menos. Creo que mi cerebro forcejeaba con aquellos cálculos tan sólo porque la última vez que había visto a Nana Ellen yo no era más que un niño; ahora me hallaba al borde de la edad adulta, y podía ver en mi rostro todos y cada uno de aquellos años transcurridos, pero no en el suyo; ella parecía tan joven como el día en que se marchó, como si no hubiera pasado un solo día.

»Levantó la mano y la apoyó en el cristal, opuesta a la mía, y juro que sentí que la ventana se enfriaba. Sus grandes ojos azules me llamaban con una tristeza tan profunda que me vi al borde de las lágrimas, incapaz de apartar la mirada de ella. Y ya no estaba allí. Así de simple. Quizá parpadeé, o quizá no, pero, fuera como fuese, desapareció en aquel instante. Tenía todo el patio a la vista; igual que en el caso de la tienda de caramelos años atrás, no tenía adónde marcharse, y sin embargo lo había hecho, sin dejar el menor rastro.

Thornley finalizó su relato y observó su copa vacía. Extendí el brazo hacia la botella de whisky y le serví otra ronda a mi hermano.

—¿Fue ésa la última vez que la viste? —le pregunté.

Thornley negó con la cabeza.

—La última vez fue hace no más de tres días, pero esta última experiencia fue más similar a la primera. Emily y yo asistimos el viernes al teatro, a la representación nocturna de *Casta*, y creí ver a Ellen salir del entresuelo; fue sólo un vistazo, ya os imagináis, porque nosotros estábamos en el anfiteatro, pero tengo la certeza de que era ella. Llevaba un espectacular vestido rojo suelto, y parecía estar en compañía de un caballero. Consideré la posibilidad de ir hacia ella, pero no tenía ni idea de cómo le iba a explicar algo semejante a Emily, y de inmediato caí en la cuenta de lo inútil que resultaría: no cabía la menor duda de que desaparecería en cuanto me acercase, tal y como había hecho en las otras ocasiones. —Thornley dio un trago largo y después añadió —: Creo que el hombre que la acompañaba podría ser O’Cuiv. Recuerdo

haber pensado justo eso nada más verlo, pero, al creerlo muerto, deseché la idea por absurda. No obstante, ahora...

—¿Qué grado de certeza tienes? —le pregunté.

—No puedo estar seguro; la luz era tenue y estábamos lejos, pero el hombre tenía unas formas similares y llevaba el pelo peinado de la misma manera. —Hizo una pausa y dijo—: También había una niña.

—¿Una niña?

Thornley asintió.

—Llevaba puesto un vestidito precioso; parecía una muñeca. Me hizo pensar en la hija de O’Cuiv, la que sobrevivió.

—¿Maggie? —dijo Matilda.

—Eso es, Maggie. Así se llamaba. —Dio otro trago—. Por supuesto, no podía ser ella; a estas alturas andaría por la veintena. Por lo que yo recuerdo, tenía unos seis o siete años en la época de los asesinatos.

Toda aquella información me desconcertaba.

—¿Ellen conocía a los O’Cuiv? No recuerdo que los mencionase cuando éramos pequeños. Incluso en aquella ocasión en que los O’Cuiv cenaron con nosotros, nadie hubiera dicho sino que acababan de conocerse.

—Éramos unos niños —declaró Matilda—. ¿Nos habríamos dado cuenta si ya se conocían?

—Ma lo sabría —señaló Thornley.

—No debemos implicar a Ma en esto —dije—. Ni tampoco a Pa.

Thornley se terminó el whisky.

—¿Implicarlos en qué? Yo no sé qué significa nada de esto.

—Significa que Nana Ellen nunca nos abandonó en realidad. Todo esto significa que no se ha alejado en todos estos años —indicó Matilda—. Sea quien sea o lo que sea que pueda ser.

Thornley dejó escapar una risa áspera.

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿«Lo que sea que pueda ser»?

Matilda me miró, y de inmediato comprendí lo que estaba considerando. Nunca le habíamos contado a Thornley lo que descubrimos en la torre del castillo la noche antes de que Nana Ellen nos dejara. Tampoco le habíamos contado lo que hallamos en su dormitorio, debajo de la cama. Sólo se lo

habíamos contado a Pa y a Ma, y ambos desestimaron enseguida nuestra historia. Al no encontrar nada allí al día siguiente, nunca más se volvió a hablar de aquellos misterios.

Le hice a Matilda un gesto de asentimiento con la barbilla.

—Cuéntaselo.

Y eso hicimos. Transcurrió cerca de una hora, y entre Thornley y yo prácticamente habíamos acabado con el whisky. Cuando Matilda terminó, los tres nos quedamos mirando las brasas del fuego; lo reavivé mientras Matilda recapitulaba los hechos.

Thornley se volvió hacia mí.

—¿Tú no la has visto nunca? Siempre fuiste su favorito.

—No, ni una sola vez.

Matilda me lanzó una mirada, después volvió a mirar a nuestro hermano.

—Bram quizá fuera su favorito, pero tú tenías algún tipo de relación con ella, ¿verdad?

Thornley le frunció el ceño.

—¿Qué diantres quieres decir con eso?

—Una vez te vi entrar en su habitación con un saco; y dentro de él se movía algo.

Thornley levantó la copa y le dio otro buen trago. Buscaba una respuesta en el líquido de color ámbar. Al no hallar ninguna, de nuevo intervino.

—Ellen a veces me pedía que le llevara gallinas a su cuarto. No le preguntaba por qué. No quería saberlo. Iba al gallinero, se las llevaba y no volvía a decir una palabra al respecto.

Una pregunta prendió entonces en mi interior, y se la hice antes de que la presencia de ánimo me abandonase.

—Aquel día que me enseñaste el gallinero, todas las aves muertas. ¿Fue un zorro lo que las mató? ¿O murieron por tu mano?

Thornley se enfurruñó.

—Yo no soy capaz de semejante acto. Di por sentado que había sido un zorro; así me encontré las gallinas, tal y como te las enseñé. —Tenía los ojos vidriosos por la bebida, pero su discurso aún era firme—. Creo saber por qué acudía a mí, por qué sigue acudiendo a mí.

Hundió la mano en el fondo del bolsillo y sacó un pañuelo doblado sobre algo. Dejó el paquetito en la mesa y desdobló la tela con sumo cuidado. En el centro había un mechón de cabello rubio perfectamente recogido con una banda de cuero.

Se me abrieron los ojos como platos.

—¿Es suyo?

Thornley asintió.

—Me lo dio cuando era un crío de no más de tres años, más o menos un año después de que tú nacieses, Bram. El día anterior me perdí en el bosque: Pa hizo que la mitad del pueblo saliese a buscarme. Me encontraron cerca de uno de los tremedales con una caña de pescar improvisada en la mano, poco más que una rama con un cordel, y sin cebo. Les dije que había pensado en capturar la cena. Menudo susto se llevó Ma; se pasó días echándose a llorar tan sólo con verme, y me amenazó con atarme a su pierna si me volvía a marchar por ahí. Cuando Ellen me arrojó aquella noche, me dio el mechón de pelo y me dijo que lo llevase siempre en el bolsillo; mientras lo tuviese cerca, ella podría localizarme y mantenerme a salvo. Sé que es una tontería, pero he llevado esto en el bolsillo todos los días desde entonces.

—Eso podría explicar por qué acudía a ti; pero ¿por qué a mí? —preguntó Matilda—. ¿Por qué estaría en París?

—Los mapas —respondí—. El Cimetière du Père-Lachaise.

—¿El cementerio? —preguntó Thornley—. ¿Qué mapas?

Hice un gesto afirmativo a Matilda; mi hermana le enseñó a Thornley los mapas que había dibujado de niña y le explicó cómo habíamos dado con ellos.

—O’Cuiv podría ser la clave —dijo Thornley reflexionando en voz alta después de toda aquella conversación, con unos golpecitos de la copa vacía sobre el periódico—. No se ha encontrado a Ellen en todos estos años, simplemente porque ella no quiere que la encuentren, pero sí sabemos dónde encontrar a O’Cuiv.

—¿Dónde? —le pregunté.

—Habrán llevado su cuerpo al hospital más cercano para hacerle la autopsia, para verificar la causa de la muerte.

—El más cercano es el de Swift —dijo Matilda—, donde tú trabajas. Thornley le dijo que no con la cabeza.

—El Hospital del Doctor Steevens, junto al sanatorio de Swift, es más probable. Trabajamos conjuntamente. El depósito de cadáveres está allí.

Crepitó un tronco al arder y nos sobresaltó a los tres. Dejé mi vaso vacío en la mesa; por esa noche ya había tenido suficiente.

—¿Qué nos cabe esperar cuando veamos su cadáver?

Thornley hizo un gesto negativo con el dedo en el aire.

—Nada de «veamos», hermanito. Si se trata de urdir un plan para hacer un viaje clandestino al depósito de cadáveres, iré yo solito.

Matilda parecía a punto de estallar.

—¡Tenemos que hacer esto juntos!

—Tiene razón, Thornley. Deberíamos ir todos.

—¿Con qué pretexto? Como médico en plantilla del hospital, yo al menos tengo un motivo para estar en el depósito. ¿Qué ocupación sería la vuestra para que estéis allí?

Matilda frunció el ceño.

—No te engañes, hermano. Tú trabajas con los locos, no con cadáveres. A ti tampoco se te ha perdido nada allí abajo. Ninguno de nosotros puede aparecer por allí sin levantar sospechas.

—¿Y ahora resulta que conoces el funcionamiento interno del hospital?

—replicó Thornley.

—Basta —dije—. Los tres vamos esta noche. Habrá poco personal. Thornley puede conseguir que nos dejen entrar y, en caso de que alguien pregunte, diremos que Matilda creyó haber reconocido al hombre por su fotografía en el periódico y que consideramos más apropiado traerla bajo el manto de la oscuridad a identificar el cuerpo en lugar de acudir directamente a la policía y arriesgarnos a un escándalo de lo más público. Diremos que no queríamos ver a nuestra hermana envuelta en un asunto policial a menos que tuviésemos la absoluta certeza de que lo conocía. Cualquiera de tus compañeros de trabajo haría lo mismo por una hermana, si se le concediese el acceso.

Thornley sopesó aquel argumento y por fin asintió.

—Supongo que, si eso no funciona, podemos culpar al whisky de nuestra falta de juicio.

—Tú apestas a whisky, desde luego —se burló Matilda.

En aquel preciso instante recorrió la casa el tañido de una campanilla, un timbre argentino que llevaba sin oír desde que era niño, cuando hacía sonar una campanilla semejante para pedir ayuda desde el confinamiento de mi lecho de enfermo.

Thornley se puso en tensión y miró hacia la escalera.

—Emily se ha despertado. Debéis marcharos los dos. Nos encontraremos en la entrada sur del hospital dentro de una hora. Hay un banco allí, cerca de la calle, mirando al parque. Nadie os preguntará qué hacéis allí sentados.

Dicho aquello, mi hermano se apresuró a sacarnos de su casa, y Matilda y yo nos vimos de pronto en la gélida noche.

*10 de agosto de 1868, 23.30 h*

Las campanas de San Patricio sonaron puntuales a y media, un solo tañido para señalar que el minuterero había alcanzado la parte más baja de su recorrido. Siempre me resultaba extraño que las campanas sonaran mucho más alto en la quietud de la noche. Durante el día, el repique proporcionaba un sordo acompañamiento de fondo al ajeteo de la ciudad, pero al oscurecer adoptaban un timbre más nítido.

Al sonar la campana, Matilda se sobresaltó y se movió inquieta en el banco del parque que compartíamos. Habíamos llegado al Hospital del Doctor Steevens diez minutos antes, y nos dirigimos hacia el banco de la entrada sur que Thornley había mencionado. Se asomaba a un pequeño estanque, un panorama sin duda pensado para reconfortar a los visitantes. Yo, por mi parte, no albergaba el menor deseo de hallarme cerca de un hospital. El simple hecho de contemplar semejante lugar me traía de regreso todo el sufrimiento de los primeros años de mi infancia: casi podía oler las diversas medicinas y elixires a través de las paredes con la misma facilidad que si estuviera sentado en la habitación donde los tenían. Cuando Ellen me curó mi

enfermedad tantos años atrás, me juré que jamás volvería a encontrarme en un estado tan enfermizo. Haría todo cuanto estuviera a mi alcance para mantenerme sano. Y esperaba que visitar un hospital —al margen del motivo que nos llevaba allí esa noche— no minase mi determinación.

—Me da la sensación de que deberíamos estar dando de comer a las palomas —dijo Matilda—. Algo que nos ayude a llamar menos la atención.

—Las palomas están profundamente dormidas a estas horas. Incluso ellas tienen más juicio que nosotros dos.

El Sanatorio Mental de Swift se apreciaba con toda claridad al otro lado de un pequeño parque a mi derecha. Los altos muros de piedra se elevaban oscuros y ominosos. Al contrario que el Hospital del Doctor Steevens, aquellos terrenos no estaban cuidados y ajardinados con flores coloridas; las zonas de césped pardeaban de muerte y abandono, y el único color que se podía hallar en el edificio procedía de los resistentes brotes de hiedra que trepaban por las paredes. La mayoría de las ventanas estaban a oscuras; tan sólo conté tres luces que ardían en algún lugar del interior de aquella penumbra, pero aquel lugar distaba mucho de estar durmiendo: resonaban los chillidos a intervalos aleatorios. Algunos eran de hombres, otros de mujeres, y otros sonaban como si no fuesen de personas siquiera.

Me detuve a pensar en la manera en que mi hermano pasaba tanto tiempo en un sitio como ése, rodeado de aquellas atrocidades. En el caso de que llegara al Hospital del Doctor Steevens un paciente con un cuadro tísico o aquejado de cualquier otra enfermedad más tradicional como un fallo cardíaco, contaban con unos planes que había que seguir, con unos protocolos establecidos, unos tratamientos que administrar. No era tal el caso con las enfermedades mentales. Thornley prefería los trastornos de la mente a los del cuerpo, quizá debido a sus ansias de abordar un desafío. Ahora bien, cómo se enfrentaba a los chillidos...

—Hay alguien allí de pie. —El susurro de la voz de Matilda interrumpió mis pensamientos. Sus dedos me agarraron del brazo—. Allí, debajo de aquel fresno.

Seguí la dirección de su mirada y vi también la silueta entre las sombras. Una mujer con una capa negra estaba de pie bajo las ramas, con el rostro



oculto bajo una capucha. Aquél no era un atuendo tradicional para una dama que se encontrase por las calles de Dublín, ya fueran legítimos sus fines o nefarios. No me dio la impresión de que fuese una mujer de la noche, ya que éstas solían permanecer en los barrios más transitados de la ciudad. Los terrenos del hospital estaban desiertos; no habíamos visto un alma desde que llegamos.

—¿Nana Ellen? —dijo Matilda.

Aunque la capa le ocultaba gran parte del rostro, yo estaba seguro de que no era ella. Sólo podía ver la boca y la barbilla, un poco de la nariz: sus ojos se perdían en la penumbra de la capucha. Su piel parecía beber de la luz de la luna, absorber los rayos y generar un suave resplandor sobre unos rasgos ya enmascarados.

—No es Ellen —respondí al ponerme de pie y apartarme del banco—. Es demasiado baja.

Matilda se había levantado conmigo y me apretaba con más fuerza el brazo. Me zafé de su mano.

—Espera aquí.

Pero ella me decía que no con la cabeza.

—No deberías.

—Será sólo un momento.

Eché a andar hacia el fresno, hacia la mujer, que se mantenía firme en el sitio con los brazos en los costados. Me resultó curioso que apenas pudiese verla, incluso al estrechar la distancia que nos separaba. Mi visión nocturna había mejorado de forma sustancial en los años transcurridos desde que Ellen me sanó. Era capaz de distinguir cada grano en la grava que pavimentaba el sendero, de leer cada cartel que señalaba el río Liffey y, aun así, era como si no pudiese fijar la mirada en aquella mujer. ¿O era una muchacha? ¿Una niña, incluso? Al aproximarme, tuve la clara impresión de que era más joven de lo que había pensado en un principio. Cada vez que afinaba la mirada sobre un rasgo en particular, parecía escabullirse más en la noche e incluso desaparecer de mi vista. Y lograba aquella proeza sin moverse; es más, no se había movido en absoluto desde el momento en que la divisamos. En lugar de eso, las sombras la engullían.

—¿Quién eres? —Por fin reuní el valor para preguntar.

Aunque se encontraba a no menos de quince metros de mí, tenía la certeza de que me había oído. Cuando sus labios se abrieron, la luz de la luna se reflejó en sus dientes con el blanco más brillante, casi incandescente.

—¡Bram!

El susurro venía de detrás de mí, y giré sobre los talones para descubrir a Thornley de pie al lado de Matilda. Cuando me di la vuelta de nuevo, aquella persona se había ido. Miré frenético calle arriba y calle abajo, por el parque, pero no había ni rastro de ella. Hice un gesto de frustración con la mano hacia Thornley y Matilda y rodeé el árbol a toda velocidad pensando que quizá se habría escondido detrás del tronco, pero no vi nada. Sentí frío el aire alrededor del árbol, allá donde ella había estado, frío y denso como una niebla helada que entrase desde el puerto.

—¡Bram, tenemos que darnos prisa! —me urgió Thornley, que hacía cuanto podía por no levantar la voz para no atraer una atención indeseada.

Volví corriendo con ellos.

—¿Quién era? —quiso saber Matilda.

—No lo sé. La he perdido de vista.

—¿A quién? —preguntó Thornley.

Dirigí un gesto con la barbilla hacia el fresno.

—Había una muchacha de pie cerca de ese árbol.

—¿A estas horas?

—No ha dicho una palabra, sólo estaba ahí, mirándonos.

—¿Podría ser una enfermera del hospital, quizá? Muchos miembros del personal se pasean por esta zona para despejar la cabeza —nos explicó Thornley.

—No tenía nada de enfermera —dijo Matilda.

—No puedes estar segura de eso.

—Era Ellen —insistió Matilda.

Negué con la cabeza.

—No era Ellen. Era demasiado joven.

Thornley echó un vistazo al edificio a nuestra espalda.

—Tenemos que darnos prisa —repitió—. Hay un cambio de turno a

medianoche. Seguidme...

Thornley nos guio por una estrecha vereda de grava hasta la entrada sur del Hospital del Doctor Steevens. O bien aquella noche no habían encendido la lámpara de gas situada para iluminar aquel hueco tan pequeño, o bien se había apagado de alguna manera: me inclinaba hacia esta segunda opción. Unos setos altos rodeaban ese lado del edificio y tapaban la vista del sanatorio mental, pero no impedían el paso a los gritos, que sonaban cada vez más fuertes conforme nos acercábamos a la puerta, como si los internos encerrados en el sanatorio de Swift notasen nuestra presencia y nos llamasen a voces desde el otro lado del jardín a oscuras. Si Thornley oía aquellos arrebatos, no acusaba el menor recibo de ellos. Se dirigía camino de la puerta, echando la vista atrás por encima del hombro con una mirada vigilante. Giró el pomo y, al descubrirlo cerrado, sacó del bolsillo un aro de llaves de buen tamaño.

—Tenemos las llaves del hospital en nuestra oficina de administración. A cambio, ellos nos guardan un juego de llaves del sanatorio de Swift. Mantenemos una relación bastante cordial, compartimos suministros y no sé cuántas cosas más. En mis primeros días en el Swift, pasé por aquí en rotación para recibir formación multidisciplinar, y estoy familiarizado con la mayor parte del edificio. Si alguien me ve en el depósito de cadáveres o en cualquier otra zona del hospital, lo más probable es que no haga saltar ninguna alarma. Ahora bien, no tengo ninguna certeza sobre cómo reaccionarían ante alguien como vosotros.

—Si nos sorprenden, nos ceñiremos a nuestra historia —respondió Matilda.

Thornley y yo asentimos con la cabeza.

Observé cómo probaba con varias llaves de aquel aro antes de dar con la buena. La insertó en la cerradura.

*10 de agosto de 1868, 23.36 h*

La puerta de la entrada sur se abrió y dio paso a un estrecho corredor

iluminado por una sola lámpara en el extremo opuesto. A juzgar por el polvo que se levantaba a cada paso que dábamos, aquel pasillo tenía muy poco trasiego. Cerramos la puerta a nuestra espalda y seguimos a Thornley. Era como si su sombra se extendiese más allá de los tres metros y medio y después se fuese acortando conforme nos aproximábamos al otro extremo. Afortunadamente, nos dejamos los gritos en el exterior, aunque aún me resonaban en la cabeza.

Al final del pasillo dimos un giro pronunciado a la izquierda y estuvimos a punto de tropezar con un hombre bajo y fornido que tiraba de una carretilla cargada y cubierta con una lona marrón. No me atreví a pensar en lo que habría bajo aquella lona, y la inexpresiva mirada del hombre no ofrecía ninguna clase de información. Sin duda me esperaba que se detuviese y nos preguntase qué hacíamos allí, pero en cambio saludó a Thornley con un gesto de asentimiento y pasó al lado de Matilda y de mí como si ni siquiera estuviésemos allí. Ralentizamos el paso hasta que desapareció al otro lado de la puerta doble a mitad del pasillo y sólo entonces volvimos a acelerarlo detrás de un Thornley que nos conducía en la dirección de la que el otro había surgido. Al principio no me percaté de la leve inclinación del suelo pero, al ir avanzando por el pasillo, la pendiente se hizo más pronunciada; sí que estábamos descendiendo. Por supuesto, era lógico que el depósito estuviera situado en el sótano y que las escaleras dificultasen mucho la tarea de meter rodando los cadáveres, así que el suelo estaba inclinado en una pendiente cómoda, con un único giro acusado, que permitía un acceso fácil al nivel inferior.

Cuando llegamos a la puerta, Thornley nos hizo un gesto para que nos detuviésemos.

—Esperad aquí. Quiero comprobar si hay alguien dentro.

Empujó la hoja para entrar y la cerró tras de sí.

—Hace frío aquí abajo —dijo Matilda.

Tuve que coincidir. La temperatura había descendido de manera perceptible conforme avanzábamos por el pasillo, tanto que veía a las claras el vapor de mi aliento.

—No estaremos mucho tiempo.

No se me ocurría nada más que decir. Ambos tendríamos que estar profundamente dormidos en nuestras camas a aquellas horas y, aun así, allí estábamos, en el sótano del hospital, preparándonos para identificar el cadáver de un hombre que no sólo había muerto una vez, sino tal vez dos, la primera de ellas unos catorce años antes.

Thornley regresó instantes después y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos al interior. Sostuvo la puerta abierta mientras entrábamos.

De inmediato me quedé absorto ante la enormidad de la sala; creo que ocupaba toda la planta del hospital. También allí noté un silencio enervante, con la quietud rota tan sólo por el siseo de una lámpara de gas. Había una hilera de mesas detrás de otra y un olor empalagoso en la habitación, una nube de vinagre suspendida y concentrada en el ambiente pegajoso, tanto que se me humedecieron los ojos. Fue el olor que subyacía, sin embargo, lo que me hizo pensar: un aroma dulce con un claro toque metálico.

—Por aquí —dijo Thornley al arrancar camino del fondo de la sala.

—¿Para qué tantas camas? —preguntó Matilda.

—En un principio, el depósito estaba arriba, en la segunda planta. Los administradores trasladaron a los muertos aquí abajo, al sótano, durante la epidemia de cólera de hace años. Llegó un momento en que había más muertos de los que cabían en el hospital, y no sólo aquí abajo; los cadáveres se alineaban por los pasillos, llenaban el patio y hasta ocupaban el tejado. Hoy ya no las empleamos todas. —Dio un golpe sobre una de las camas viejas al pasar, y una gran nube de polvo se elevó en el aire—. Conservan todas estas camas viejas aquí por si acaso sufrimos otra epidemia. Aquí fuera es donde se encargan del excedente en casos de emergencia, con el depósito de cadáveres al fondo. Una vez oí decir que «cuando se llenen de moribundos todas las camas del Steevens, tendremos la seguridad de que se avecina el Apocalipsis».

—Esperemos que nunca lleguemos a eso —murmuré.

Conté hasta treinta camas tan sólo en aquel pasillo antes de dejar de contar.

Thornley prosiguió.

—Hay otra planta por debajo de ésta, que alberga las calderas y otras

interioridades del hospital. Teniendo en cuenta que el edificio tiene más de un centenar de años, es toda una maravilla de la tecnología moderna. Y no encontraréis una plantilla más informada en todo Dublín, quizá en toda Europa.

Nos condujo más allá de las camas y giró a la derecha en la última hilera. Llegamos ante los típicos paneles móviles: cada sección tenía por lo menos dos metros y medio de ancho y se alzaba desde una base con ruedas en el fondo hasta una altura de casi tres metros, a escasos centímetros de los refuerzos del techo. No vi ninguna puerta, que digamos; había en cambio una abertura de en torno a un metro y medio, entre dos de aquellos paneles. A la izquierda colgaba un cartel que sólo decía: DEPÓSITO DE CADÁVERES; SÓLO PERSONAL HOSPITALARIO.

Un caballero entrado en años aguardaba encaramado en lo alto de un taburete cerca de la entrada, con un libro en la mano. Llevaba impreso en el rostro el paso de los años, y tenía un aspecto frágil, desde luego, demasiado frágil para apostarse en labores de guardia, y allí estaba, sin embargo. Alzó una mirada recelosa cuando nos aproximamos y dejó el libro sobre su regazo.

—No hay mucha demanda de visitas a estas horas de la noche. ¿Qué puedo hacer por ustedes tres?

Thornley le sonrió.

—Ah, señor Appleyard, no había caído en que estaría usted trabajando ahora. Confío en que me recordará del Swift, ¿verdad? Mi hermana tiene la sensación de que podría conocer al hombre sin identificar que salió en el periódico de ayer. Esperábamos poder ver el cadáver cuando hubiese poca gente, por si acaso estuviera equivocada. —Bajó la voz—: Tenemos que ser discretos con este tipo de cosas, ya sabe. ¿Puedo acompañarla dentro? —finalizó al sacar de su cartera un billete de una libra y entregárselo al hombre.

Appleyard vaciló, después cogió el billete y se lo guardó rápidamente en el bolsillo.

—Siendo las circunstancias que son, le agradezco su amable generosidad —dijo, y su mirada se desvió primero hacia mi hermana y luego hacia mí.

Tenía los ojos de un color gris blanquecino, nublados por unas incipientes cataratas, pero aún parecían ver con más claridad que los refulgentes ojos de

algunos niños. Hizo un gesto hacia el acceso para indicarnos que entrásemos.

Pasamos por la abertura y nos encontramos de pie en los dominios de los muertos. El aire estaba quieto allí dentro, sin el más mínimo movimiento, y era como si las paredes engullesen cualquier sonido: era tal el silencio que oí cómo se le cortaba la respiración a Matilda.

Conté cuarenta y ocho camas en total, de las cuales dieciocho estaban ocupadas, con todos sus ocupantes meticulosamente cubiertos por una sábana blanca. Un cordel surgía de debajo de cada sábana y estaba conectado a una campanilla en un gancho en lo alto del poste izquierdo de la cama. Me acerqué a la cama más próxima y pasé el dedo por el cordel.

—La cuerda está atada a la mano del difunto. En caso de que alguien a quien se consideraba muerto no lo esté, el movimiento de la mano hará sonar la campanilla y alertará al personal —dijo Thornley.

—Menudo espanto —opinó Matilda.

Thornley prosiguió.

—Sucede con más frecuencia de lo que cabría esperar. He visto pacientes sin el menor signo de aliento o de pulso que de repente se incorporan en la cama y gritan, horas después de que se pensara que todo rastro de vida los había abandonado. Cuando se trae aquí un cadáver, al depósito, la campanilla ha de permanecer atada sin que suene durante veinticuatro horas antes de que se pueda iniciar una autopsia. Mi buen amigo el doctor Lawrence tuvo una paciente así hace tan sólo dos semanas. Creía que había fallecido a causa de un fallo del corazón, no había signos vitales. Su campanilla se mantuvo en silencio durante cerca de treinta horas antes de comenzar la autopsia. Cuando fue a aplicarle el escalpelo sobre el pecho, el doctor oyó un leve grito ahogado. Pidió que le llevaran un vaso de agua, le abrió la boca a la fuerza a la paciente y empezó a verterle el agua por el gaznate. Cuando la mujer la volvió a echar atragantada, una de las enfermeras, embargada por el pavor, se desmayó en el sitio. Un minuto después, la paciente abrió los ojos y miró a su alrededor por primera vez en varios días, sin saber dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. —Thornley enganchó el dedo a lo largo del cordel de la campanilla más próxima, que hizo un leve tintineo—. Tal y como sucede con la vida, es mucho lo que no comprendemos acerca de la muerte.

Matilda tenía el rostro de un pálido fantasmal. Observé sus ojos mientras ella miraba los cadáveres amortajados.

—Si su médico creía que le había fallado el corazón, ¿por qué la autopsia? —pregunté.

—Era una mujer joven, de sólo veintitrés años, demasiado joven para que fuera de esperar semejante dolencia. En un caso así siempre se solicita la autopsia. Lo mismo sucede con las muertes sospechosas o accidentales, como con nuestro amigo el señor O’Cuiv. —Thornley hizo un gesto con la barbilla hacia el reloj montado en la pared del fondo; decía que faltaba un cuarto de hora para la medianoche—. El tercer turno llega dentro de unos quince minutos. Empezad a comprobar las tarjetas; estamos buscando un varón que no tenga anotado un nombre.

Los tres nos distribuimos entre los cuerpos y comenzamos a leer de forma sistemática las tarjetas fijadas a los pies de cada cama. Nunca había contemplado un cadáver con anterioridad, y resultaba inquietante saber que tenía tantos al alcance de la mano. Mis recuerdos me llevaron a la mano que Matilda y yo habíamos descubierto en la torre del castillo tantos años atrás, los dedos que tanteaban el aire y se flexionaban. Una mano que tendría que haber estado muerta pero no lo estaba. Una mano maldita.

Sentí un escalofrío y centré la atención en las tarjetas; hice lo que pude con tal de evitar mirar hacia las sábanas o pensar en lo que yacía debajo de ellas.

—Aquí... —dijo Matilda.

Se hallaba ante un cuerpo en el rincón opuesto, sobre una mesa con un gran sumidero en un extremo; tenía la sábana replegada y doblada hacia arriba de manera que sólo le cubría la cara. No estaba seguro de si Matilda la había desplazado o si se lo había encontrado de aquella manera. Crucé rápido la sala hacia ella con Thornley pisándome los talones.

Matilda se cubrió la nariz y la boca y se limitó a señalar el cuerpo que tenía delante. Al seguir la dirección de su dedo, me estremecí.

El difunto yacía ante nosotros con las piernas y los brazos abiertos; no había ningún recato, que digamos, ya que estaba completamente desnudo, como el día en que nació. Tenía el pecho abierto, con un corte largo que



partía por debajo del ombligo y se dividía en la parte baja del esternón en dos incisiones que se extendían hasta cada hombro formando una amplia Y. La caja torácica estaba abierta por el centro, cortada con alguna clase de sierra. Un par de abrazaderas de madera mantenían los costillares separados.

—Le han extirpado los órganos —dije mirando la cavidad vacía.

—Ahí. —Matilda señaló hacia una serie de cuencos sobre una mesa a su lado.

Thornley hizo caso omiso; estaba ocupado examinando el cuerpo.

—Esto es reciente; quizá una hora o menos.

—Mirad los brazos —dije en voz baja.

Allí estaban los cortes; seis cicatrices en el brazo derecho y cuatro en el izquierdo, justo como se detallaba en la documentación del informe de O’Cuiv que Matilda me había enseñado en la biblioteca Marsh. Saltaba a la vista que eran heridas antiguas, habían sanado mucho tiempo atrás. La piel era irregular y de color oscuro, en contraste con la palidez blanquecina de alrededor. Tenía las uñas largas y afiladas en punta. Aquello me resultó digno de mención, ya que sin duda habría recordado un detalle así de haberlo observado de niño. No se me ocurría ninguna razón práctica para llevar las uñas de ese modo.

Thornley había extendido la mano hacia la sábana que cubría el rostro del hombre. Sentí que la de Matilda me envolvía el brazo y apretaba; soltó un grito ahogado cuando la sábana se deslizó.

El rostro del hombre era inconfundible; se trataba de Patrick O’Cuiv. Su aspecto no era distinto del que tenía el día en que vino a cenar a nuestra casa tantos años atrás. Podría haberse levantado ayer mismo de nuestra mesa para entrar en esa sala.

—No ha envejecido un solo día —susurró Matilda.

Thornley negaba con la cabeza en un gesto lento.

—No puede ser. Este hombre será un pariente de alguna clase, de eso estoy seguro, pero no puede ser el Patrick O’Cuiv al que conocimos de niños.

—¿Todavía crees que esto es una especie de truco? —le preguntó Matilda.

—Yo no estoy seguro de qué creer —dije.

Se me ocurrió una idea, y me lancé a explorar la mesa.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Thornley.

—Su ropa y sus objetos personales. Quizá haya algo ahí que nos pueda ayudar a identificarlo.

Matilda frunció el ceño.

—Estoy más que segura de que la policía ha registrado a conciencia su cadáver y cualquier objeto que le hallaran encima. No vieron ninguna identificación.

—No me refiero a identificarlo por su nombre, sino a que podría haber algo que nos resultara conocido, algo que pudiésemos reconocer.

Thornley tiró de un saco que había debajo de la mesa. Estaba etiquetado con el número 28773; aquel mismo número estaba escrito en la tarjeta de identificación del cadáver. Retiró el cordel de la parte superior del saco y volcó su contenido en el suelo.

Nada más que ropa mojada. Registramos los bolsillos, pero los encontramos todos vacíos.

Matilda chilló. Fuerte y estridente, su voz rasgó el silencio del depósito de cadáveres con la precisión de un escalpelo.

Le di la espalda al contenido del saco y la descubrí asomada a los tarros que contenían los órganos de O’Cuiv, señalando hacia uno de ellos. Me acerqué y le puse las manos sobre los hombros.

—¿Qué pasa?

Matilda agitó el dedo sin dejar de señalar hacia el tarro que contenía el corazón.

—Acaba de latir.

# AHORA

Cinco lobos se pasean bajo la ventana mirando hacia arriba, a Bram, con ojos hambrientos.

Bram hace una pausa en su escritura cada pocos minutos para levantarse de la silla, cruzar la habitación y asomarse allá fuera. A estas alturas, ya ha disparado a cada uno de los lobos, pero de poco ha servido. Aunque las balas les perforan la piel gruesa y les hacen sangrar, no causan el menor daño a esas criaturas inmundas. Las heridas sanan en cuestión de minutos y no dejan más rastro que unas manchas rojas y secas de sangre en el pelaje. Comienza a sospechar que, en realidad, desean atraer su fuego en una maniobra de distracción y, posiblemente, un intento de conseguir que agote sus municiones.

Los lobos le observan mientras él los vigila a ellos.

El gris es el líder, de eso Bram está seguro. Siempre es el primero en moverse, y los demás responden a sus impulsos; con qué fin, no lo sabe con certeza.

*Mis perros te adoran, ¿lo sabías?*

Es la voz de Ellen, amortiguada, detrás de la puerta. Bram echa una mirada a su espalda, pero no dice nada.

*¿Por qué no bajas y te presentas? ¿O prefieres que vengan ellos a ti? Cómo les gusta jugar.*

Bram cree que esos animales no pueden recorrer el camino hasta aquella habitación, pero no tiene forma de estar seguro. Estos lobos no son seres naturales, y no hay manera de saber cuáles son sus verdaderas capacidades.

Conforme está pensando esto, uno de los lobos negros se acerca al muro y se yergue sobre las patas traseras, con las gruesas patas delanteras extendidas hacia arriba, buscando a Bram. El lobo tiene las orejas hacia atrás, y la larga lengua le lame el hocico. Gimotea al mirar hacia arriba, al mirarle a él.

Un frío repentino inunda el ambiente, y Bram se cierra el abrigo.

Oye una risita; no es la de una mujer, sino la de una niña.

*Los lobos prefieren el frío. Su pelaje los protege de los elementos, haga frío o calor. En el calor, sólo sudan por las almohadillas de las patas, y el pelaje les proporciona un aislamiento fresco. El frío, sin embargo, les va de maravilla. El pelo se vuelve más espeso en los meses de invierno, cuando crece el pelaje más corto de debajo.*

La temperatura de la habitación desciende más todavía, y Bram puede ver su propio aliento. Siente el tacto del rifle como si fuera de hielo, y lo deja para meterse las manos en los bolsillos.

*Cuando hace frío de verdad, los lobos suelen regresar a su cubil y se acurrucan juntos. En la mayoría de los casos, cazan primero y se llevan después la presa al cubil para alimentarse los unos a los otros y dar de comer a sus crías.*

Bram se da la vuelta hacia la ventana; los lobos parecen ahora avivados por un fuego impaciente, y sus gañidos se entremezclan con los aullidos.

*Mis perros tienen hambre, Bram. Anhelan el sabor de la carne fresca. Si bajases ahí, se alimentarían durante días.*

De nuevo aquella risita, más fuerte que la anterior.

Bram tiritita.

*Es tan cálido su cubil, Bram... Imagínate volver allí con ellos. El calor de sus cuerpos apretados contra ti, rodeándote, todo ese calor. Tendrías una muerte indolora, eso te lo puedo prometer. Pueden hacer que sea rápido..., si yo se lo pido.*

La temperatura desciende aún más, y Bram saca de su bolsa el último frasco de agua bendita y lo sostiene a la luz de la lámpara. El agua está prácticamente congelada, la botellita se llena de un jaspeado de hielo. Le tiembla la mano, y le resulta complicado sujetarlo, le duelen los dedos. Toquetea el tapón y, después de tres intentos, por fin lo retira, antes de

regresar a la ventana.

Los cinco lobos están apiñados en un pequeño grupo, todos perfectamente quietos, mirando hacia arriba, hacia él en la ventana.

Bram lanza el frasco en dirección a las bestias, apuntando a una roca que hay junto a ellos. La botellita impacta contra la roca y estalla en una nube de cristal, hielo y agua. Los lobos se dispersan, y sus gritos cortan el aire de la noche.

*Sólo has conseguido agitarlos, mi querido Bram.*

No obstante, Bram ha conseguido más que eso, porque la temperatura comienza a ascender una vez roto el hechizo. Pone a prueba los dedos, los abre y los cierra en un puño, y la sensación regresa lentamente. Si los lobos continúan cerca, él no puede verlos.

Cambia la voz, se vuelve más profunda, una voz masculina que Bram no conoce.

*Ya viene, Bram. Él estará aquí muy pronto.*

CARTA DE MATILDA A  
ELLEN CRONE FECHADA  
EL 11 DE AGOSTO DE 1868

*Mi queridísima Ellen:*

Te escribo a la hora más intempestiva, pues el sueño es lo más alejado de mis pensamientos.

¡Estoy segura de lo que he visto! ¿De qué se trata, me preguntas? Pues bien, te lo diré. He visto el latido del corazón de Patrick O’Cuiv no sólo catorce años después de su «muerte», ¡sino además cuando el órgano descansaba en un tarro a su lado en lugar de estar en su pecho!

Mis algo menos que perspicaces hermanos están ambos convencidos de que mi imaginación ha hecho que me contagie del momento, que me pierda en el macabro ambiente del depósito y que los olores y sonidos me hayan abrumado hasta el punto de sufrir visiones delirantes, pero puedo atestiguar con absoluta certeza que tal no es el caso. Estaba observando directamente el corazón de O’Cuiv y he visto cómo al principio se contraía y después se expandía con un rápido latido. Incluso he presenciado cómo el corazón expelía sangre por una de las arterias cercenadas en la parte superior con la fuerza suficiente para lanzar un torrente carmesí dentro del tarro, en cuyo fondo se ha encharcado. La sangre era casi negra, y espesa como la melaza. Me imagino que olería a cancro y a podredumbre, como la carne de ternera que se pone mala.

El corazón ha latido una sola vez. No he desviado la mirada ni siquiera cuando el guarda del depósito ha entrado y nos ha exigido que nos marchásemos. Mientras Bram y Thornley tiraban de mí, mis ojos no se han apartado, ni por un instante, pero el corazón no ha vuelto a latir. Aun así, estaba segura de que lo haría; y aún lo estoy. Creo que ese corazón arrancado está latiendo incluso ahora, quizá con más lentitud que un corazón normal, pero latiendo al fin y al cabo, pues cualquiera que sea el mal que mantuvo a O'Cuiv con vida todos estos años sigue viviendo en su corazón. El simple hecho de que no haya nadie allí para presenciar tales cosas no las convierte en menos ciertas.

Con mi grito, el guarda se ha apresurado a sacarnos del depósito, y Thornley nos ha llevado fuera del hospital, hasta que nos hemos visto de nuevo en el exterior de la entrada sur con la sensación de que la última hora tenía más de sueño que de realidad.

¿Eras tú la que estaba debajo del fresno hace un rato? ¿Nos estabas vigilando?

Yo he pensado que eras tú, pero Bram asegura que la mujer que hemos visto era otra persona. Él creía que era una niña, quizá una mujer de la calle. Al parecer, ninguna de mis opiniones ha tenido mucho peso esta noche.

Después de abandonar el hospital, los tres nos hemos reunido debajo de ese mismo árbol discutiendo respecto a lo que hemos visto. A mí no me cabe la menor duda de que ése era el cuerpo de Patrick O'Cuiv. No puedo explicar cómo ni por qué lo sé, pero estoy segura de ello. Bram y Thornley tienen una sensación diferente; ambos creen que el hombre ha de ser un pariente lejano de O'Cuiv, o tal vez un hijo del que nosotros no tuviésemos noticia en nuestra infancia, pero yo creo que semejantes especulaciones son bobadas.

¡Estaba claro que era él!

Tengo la absoluta certeza.

Encontraré el modo de demostrarlo.

Tras mucho debate, he convencido a mis dos hermanos acerca del único camino de actuación que se abre ante nosotros. Debemos desplazarnos a Clontarf y seguir investigando a O'Cuiv.

¿Cómo ha latido su corazón? ¿Conoces tú la verdad que hay detrás de

todo esto?

Imagino que sí.

Si te cortaran a ti el corazón del pecho y lo dejaran en una bandeja a la vista, ¿continuaría latiendo?

Me doy cuenta de que tales pensamientos son malsanos e impropios de una dama, pero es que me hablan desde las profundidades de mi mente, tanto si quiero que lo hagan como si no, suplican que responda, y no hay más opción aceptable que el que yo vaya con ellos a Clontarf. Ya está, ya lo he dicho. Aunque me prohíban hacer el viaje, iré.

No puedo confiar en ellos. Ésa es mi razón fundamental para ir. No dudo de que ellos irán a Clontarf, sino de hasta qué extremo en realidad buscarán la verdad. ¿Lo suficiente para encontrar respuestas, o lo justo para aplacarme? La única manera de tener la certeza de que se lleva a cabo una investigación como Dios manda es realizar yo misma el viaje. Aunque el pueblo esté relativamente cerca (Pa solía recorrer a pie la distancia cuando vivíamos allí y él trabajaba en el castillo de Dublín), una dama no debería ir sola; requiero por tanto de la compañía de mis hermanos. También me preocupa que, en caso de ir sola, podría resultarme difícil obtener respuestas para alguna de mis preguntas. Qué tercos pueden ser los hombres a veces. No, no puedo y no iré sola; ni ellos tampoco. Iré en su compañía, con independencia de sus deseos.

¿Cuál es tu relación con Patrick O’Cuiv?

¿Era un amante?

¿Cómo me atrevo a abrigar tal idea!

Sin embargo, todas esas noches en que te escabullías bajo el manto de la oscuridad, ¿hacia dónde huiría una joven sino a los brazos de su amante?

Si tal es el caso, ¡menudo escándalo! Me estoy sonrojando sólo con pensarlo. Un hombre casado, nada menos. Un hombre casado y con hijos. Te considero mejor que eso; por lo tanto, no creo que fuera así. No deseo que fuera así.

¿Qué, entonces?

Si no era tu amante, ¿qué era para ti? ¿Quién es para ti? Ahora que está muerto, ¿lloras su pérdida? ¿Y si lo cierto es lo contrario? ¿Y si lo odias tanto



que querías que tropezara y se cayese al mar por la borda de ese barco y se ahogase?

Quizá incluso lo empujaras tú.

¿Cuál es tu relación con ese hombre?

Cuántos secretos tienes, mi querida Nana Ellen. Y los desvelaré todos, me atrevo a decir.

Nos marcharemos esta noche, en cuanto Bram concluya su trabajo en el castillo. Yo los acompañaré, aunque tenga que viajar de polizón en el carruaje.

*Tuya afectísima,  
Matilda*

# DIARIO DE THORNLEY STOKER

(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*11 de agosto de 1868, 21.21 h*

¡Ay, cómo poner por escrito lo sucedido! Incluso ahora, apenas minutos después, todo lo acaecido en la noche tiene más la apariencia de un sueño que de hechos reales, los mimbres de una historia de terror para asustar a un niño. No es sino ahora, en la seguridad de mi propio hogar, que valoro siquiera la posibilidad de detenerme a documentar lo acontecido. Me da la sensación de que es necesario hacerlo..., más aún, ¿podría decir que es para mí una exigencia? No tomar nota de estos sucesos sería irresponsable, ya que se ha de hacer saber a otros sobre ello.

Llegué a casa del sanatorio ligeramente pasadas las seis de la tarde, no más allá de lo habitual, para encontrarme a una Emily escultural de pie en el vestíbulo. Tenía la mirada fija al frente, clavada en la puerta, y en la mano sujetaba el crucifijo de plata de la pared de nuestro dormitorio con tanta fuerza que le goteaba la sangre entre los dedos.

La enfermera de Emily, la señora Dugdale, se acercó a mí con la preocupación grabada en el rostro en cuanto crucé el umbral de la puerta.

—No se ha movido de este lugar desde primera hora de la mañana. No

habla. Por dos veces he intentado acompañarla al salón, pero ha chillado tan pronto como le he puesto las manos encima; no me he atrevido a intentarlo una tercera vez.

Ofrecí a la señora Dugdale una mirada de comprensión y le agradecí sus esfuerzos; aquélla no era la primera vez que descubría a mi esposa en ese estado, y la última vez que sucedió, tan sólo el tiempo rompió el hechizo. Le pedí a la señora Dugdale que nos dejara y, en cuanto se hubo marchado, me acerqué a mi mujer y tracé un lento círculo a su alrededor.

Si antes había guardado silencio, no era así en aquel momento. Al inclinarme más cerca, unos susurros se escapaban de entre sus labios, unas palabras tan tenues que no pude distinguirlos. Pensé que podría ser un padrenuestro, pero no estaba seguro. Fui a cogerle la mano con mucho tiento, la que sujetaba la cruz, y la tomé con delicadeza entre las mías. No gritó tal y como había hecho con la señora Dugdale; en cambio, los susurros cesaron y dejó escapar un grito ahogado.

Me incliné hacia ella.

—Deberías irte a la cama, amor mío. Has tenido un día muy largo. Te sentirás mejor con las luces del alba.

Dicho aquello, traté de guiarla hacia la escalera, pero no se movió: sus pies se agarraban al mármol como si formaran parte de la piedra.

—¿De qué se trata? ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

Sabía que había oído aquellas palabras, lo vi en sus ojos, pero no me respondió. Bajo mi mano, sus dedos se cerraron sobre la cruz con más fuerza si cabe, y se hizo un corte en un dedo. La calidez de su sangre me cubrió el dorso de la mano. Cuando intenté separarle los dedos de la plata, un grito incipiente cobró forma en su garganta. No me atreví a continuar; ya se la quitaría cuando se hubiera calmado.

—Está volviendo a recomponer a ese hombre —dijo en voz baja. Emily prosiguió con una corta risa—. Zanco Panco en lo alto del muro se sentó, Zanco Panco una gran caída sufrió, pero el hombre de negro lo puede volver a recomponer. El hombre de negro puede dejarlo como nuevo. —Su rostro se retorció en una expresión de horror, y se volvió hacia mí con los ojos como platos y los labios entreabiertos—. Debes impedirselo.

—Impedírselo ¿a quién? No lo entiendo.

—No le puedes permitir que vuelva a recomponer a ese hombre.

—¿A quién?

En esta coyuntura, comenzó a tararear. No era una canción, figúrate, sino una única nota sostenida durante una infame extensión de tiempo, como si respirar no fuera una necesidad. No sabía de ninguna otra medida que pudiera tomar, así que la sostuve por los hombros y la sacudí con violencia en la esperanza de romper el aletargamiento de aquel hechizo.

—¿A quién te refieres, Emily?

—Al hombre en pedazos que se cayó de lo alto del muro, al hombre que sufrió una gran caída.

Fue entonces cuando caí en la cuenta.

—¿Te refieres a Patrick O’Cuiv?

Se llevó la cruz de plata a los labios y la besó.

—Dios le ha dado la espalda. El hombre de negro ha hecho que así sea.

Se me abrieron mucho los ojos.

—¿Qué sabes tú de Patrick O’Cuiv?

Sé que jamás le he mencionado ese hombre a ella, ni en los años anteriores ni en el día de ayer. Quizá nos oyese hablar de él anoche, cuando la creía dormida, ¿puede ser? Supongo que sería posible, pero nuestro dormitorio está situado a una gran distancia de la biblioteca y, con todas las puertas cerradas, me pareció muy improbable. Quizá se escabulliese escalera abajo y no la oímos. Ahora bien, fue tanto el láudano que le administré que no me la puedo imaginar caminando, y no digamos ya bajando los escalones.

En aquel momento, sus brazos quedaron inertes, y comenzó a arrastrar los pies hacia la escalera. Aproveché la oportunidad para ayudarla; no había forma de saber cuándo volvería a estar dispuesta a moverse, y no quería medicarla otra noche más. La ayudé a subir los peldaños y me dediqué a la tarea de desabrocharle el vestido. Cuando apliqué los dedos a los botones del cuello, los noté húmedos y pegajosos. Los sostuve a la luz de la lámpara. Estaban manchados de sangre.

Senté a Emily en la cama y acerqué la lámpara; había dos punciones minúsculas en el lugar donde se unían el cuello y el hombro. No parecían

recientes, quizá de un día o dos. Lo más probable era que su vestimenta lo hubiese empeorado y le hubiese reabierto la herida.

—¿Qué te has hecho, mi querida Emily?

Llevó la mano libre hacia aquel lugar, se dio un masaje y la volvió a dejar caer sobre su regazo, pero no emitió un solo sonido.

Retiré el resto de la ropa con cierta dificultad, puesto que se negaba a soltar el crucifijo, y tuve que pasarlo por las mangas para sacárselas. Acto seguido la tumbé en la cama. Se aferró al crucifijo sobre el pecho y cerró los ojos. Cuando arranqué hacia la puerta, pronunció una última frase con un tono de voz tranquilo.

—A todos nos llega la muerte; será maravilloso.

Y dicho aquello, mi esposa se dejó llevar por el más silencioso de los sueños.

Un momento después llamaron a la puerta principal, y, consciente de que era mi hermano que venía a recogerme para nuestro viaje a Clontarf, sentí que se apoderaba de mí un profundo *déjà vu*. Bajé a toda prisa la escalera para dejarle entrar antes de que llamase por segunda vez. Ver a Matilda a su lado me sorprendió.

—¿Qué haces tú aquí?

Entró con Bram pisándole los talones.

—Os dije que vendría, y no diré una palabra más al respecto.

Me volví hacia Bram, preparado para discutir, y contuve la lengua al ver que se encogía de hombros.

—Al parecer, no confía en que nosotros lleguemos al fondo de esto como es debido.

—Quizá sea para bien; yo no puedo ir.

Bram frunció el ceño.

—¿Por qué no?

—Emily ha enfermado en estos últimos días; me temo que no se la puede dejar sola.

Matilda echó un vistazo al vestíbulo.

—Seguro que tu servicio podrá ocuparse de ella.

Hasta ahora no había deseado compartir el alcance del estado de mi esposa, pero a la luz de cuanto ella me había dicho, consideré necesario informar a mis hermanos. Cuando terminé mi relato, los tres nos quedamos en silencio.

Matilda fue la primera en hablar.

—Pero ¿quién es el hombre de negro? ¿Qué quería decir con «volver a recomponerlo»?

—No tengo ni idea. —¿Pasamos algo por alto? —preguntó Bram—. ¿Algo en el cadáver?

—Estás dando por sentado que sus palabras de verdad tienen un sentido, ha hablado en pleno desvarío. Lo más probable es que oyese parte de nuestra conversación anoche y que su subconsciente la tergiversara en alguna forma de falso recuerdo, nada más.

Por la expresión en el rostro de mis hermanos supe que ellos no creían lo mismo; pensaban que las palabras de Emily eran algo más. Y, aunque yo no sabía muy bien qué hacer al respecto, coincidía con ellos. Cuando Emily habló, tuve la clara impresión de que sus palabras sonaban ciertas. Por crípticas que fueran, no eran de la naturaleza confusa con que hablaba en general cuando le sobrevenía la enfermedad. Había convicción en ellas, una convicción que tenía tintes de esa mujer fuerte con la que me casé, la mujer que yo esperaba que aún residiese en algún lugar del interior de aquella mente.

Entonces supe lo que había que hacer.

—Vosotros dos, marchaos a Clontarf. Yo me encargaré de que la señora Dugdale regrese a cuidar de Emily y después volveré al hospital a ver otra vez el cadáver.

—¿El guarda te permitirá entrar ahí de nuevo?

—El dinero abre muchas puertas, querida hermana. —Me di la vuelta hacia Bram—. ¿Cómo piensas llegar a Clontarf?

—Iremos andando —me respondió—. Aunque son unos cuantos kilómetros.

—Bobadas; llevaos mi carruaje y a mi cochero.

Intentaron protestar, pero les dije que era el momento de actuar con premura, y que caminar por estas calles en plena noche no era el procedimiento más seguro. Tras despertar a mi cochero (quien prefería dormir en los establos con los caballos), no tardaron en ponerse en camino. Me abrigué y partí rumbo al hospital, y tan sólo me detuve ante la puerta de la pequeña casa de la señora Dugdale el tiempo suficiente para contarle que me había surgido una emergencia que requería mi atención y pedirle que se quedara con Emily hasta mi regreso. Se despejó el sueño de los ojos y accedió.

Después de retirar las llaves del Hospital del Doctor Steevens en el Sanatorio Mental de Swift, crucé el campo abierto hacia la entrada sur y, al igual que la noche previa, entré en el edificio. A continuación me apresuré a recorrer el camino hacia el depósito sin ver un alma por los pasillos del hospital. No había nadie en el puesto de guardia. Un libro abierto reposaba en lo alto del taburete donde ayer nos topamos con Appleyard, pero de él no se veía ni rastro. Lo más probable es que se hubiera marchado a atender sus necesidades personales y regresara de un momento a otro. Valoré la posibilidad de esperarle antes de entrar, pero decidí que sería mejor darse prisa.

Entré en el depósito y me apresuré hacia el rincón del fondo donde anoche hallamos el cadáver de O'Cuiv. La mesa de acero estaba vacía. Los tarros que contenían sus órganos también estaban vacíos. No obstante, había algo peculiar en el estado de la sala. La mesa de autopsias estaba cubierta de sangre y de mugre, y la zona de trabajo apestaba a carne rancia, como si aquel desastre se hubiera estado pudriendo durante una semana en lugar de tan sólo un día. Después de completar una autopsia, la práctica habitual era limpiar y esterilizar el espacio para dejarlo preparado para el siguiente procedimiento. Haber dejado la mesa y el instrumental en aquel estado sin duda le causaría un problema a alguien. Al rodear la mesa, mis zapatos emitían un sonido pegajoso, como el de una ventosa a cada paso. Al principio no me atreví a mirar al suelo, pero sabía que debía hacerlo, de manera que me

obligué a bajar la mirada: huellas ensangrentadas llenaban el mármol, una buena cantidad de ellas, de pies descalzos. Parecían rodear la mesa y después abrir una senda entre las camas, hacia la derecha, para ir desvaneciéndose conforme avanzaban y finalizar ante la tercera cama. Aquella cama tenía la tarjeta numerada con el 28773 —el número de O’Cuiv—, el mismo que aparecía en el saco que contenía sus efectos personales, un saco que noté que faltaba.

Había un cuerpo en la cama, cubierto con una sábana blanca.

El corazón se me puso en tensión en el pecho.

*No le puedes permitir que vuelva a recomponer a ese hombre.*

Las palabras de mi mujer me resonaban en la cabeza, y la sacudí para apartarlas.

Estaba claro que habían devuelto los órganos de O’Cuiv a su caja torácica y habían retornado su cadáver a la cama después de la autopsia; ése sería el procedimiento habitual. Probablemente las huellas ensangrentadas no fueran más que el desastre que había dejado un médico desprolijo.

*Huellas descalzas y ensangrentadas*, me susurró la voz de mi mujer al oído.

*Se ha bajado de la mesa y ha ido caminando hasta la cama —en cuanto le devolvieron el corazón, estuvo entero de nuevo—; con el corazón vino la sangre, y con la sangre hay vida. La sangre es la vida.*

Seguro que no era eso lo que ella quería decir. No podía ser eso a lo que se refería.

Fue entonces cuando la sábana se movió.

No fue un movimiento repentino, ni siquiera relevante, apenas un leve cambio en la sábana; un bulto hacia el centro que iba y venía en un instante, como si el cuerpo de debajo se planteara darse la vuelta y después se lo pensara mejor.

¡Estupideces!

La luz era engañosa, o quizá una ráfaga de corriente hubiera conseguido llegar hasta el sótano desde arriba.



La sábana se volvió a mover, esta vez acompañada de un leve quejido.  
Me acerqué un paso más.

No quería aproximarme —nada más lejos de mi pensamiento—, pero mis pies se arrastraban de todos modos, cada vez más cerca. Primero un paso, después otro, y otro más después de ése, siguiendo las huellas ensangrentadas desde la mesa de autopsias hacia la cama, hacia lo que fuera que se movía ahí debajo.

En mi imaginación, vi los órganos de O’Cuiv en los cuencos, el corazón latiendo vivo no sé muy bien cómo, pero con tal fiereza que su cuenco vibraba sobre la mesa cada vez que aporreaba con ese doble golpeteo que tan a menudo oía a través del estetoscopio. Después de cada contracción venía la expulsión de sangre, negra y espesa, una sangre malsana y plagada de coágulos. Aquellos grumos alcanzaban el borde del cuenco y era como si, de alguna forma, trataran de rebosarlo por voluntad propia, escapar de aquel corazón maléfico y alejarse supurando, hacia mí. En el cuenco junto al del corazón, los pulmones se inflaban como un par de sacos amarillentos y llenos de mucosa que absorbían el aire circundante antes de exhalarlo con un jadeo acuoso.

Cerré los ojos a la fuerza y sacudí la cabeza para quitarme aquellas ideas del pensamiento. Sabía que no eran reales, que sólo existían en mi imaginación, pero se aferraban con firmeza.

Cuando abrí los ojos, los órganos habían desaparecido, los cuencos ensangrentados estaban otra vez vacíos, y solté un suspiro.

La sábana se había movido, de eso estaba seguro. Apareció un puntito rojo cerca del centro.

Mis pies dieron otro paso hacia la cama y me obligaron a seguirlos.

Volví a oír los pulmones, el golpeo basto del corazón, pero esta vez aquellos sonidos no procedían de unos órganos fantasmales en los cuencos que había a mi espalda; procedían de debajo de la sábana que cubría la cama que tenía delante de mí, a escasos centímetros de distancia ahora que, no sé muy bien cómo, me había acercado todavía más. Llevé la mano a la sábana, la agarré por una esquina y la retiré con un único movimiento, rápido y fluido.

Contuve un grito.

Sobre la cama yacía el señor Appleyard, con la camisa del uniforme ensangrentada y el rostro más pálido que jamás había visto, prácticamente de alabastro. Una sangre espumosa le goteó por la comisura de los labios cuando trató de decir algo. Tenía los ojos vidriosos, como dos canicas llenas de líquido, pero aún había vida en ellos. La sangre manaba a chorros de un tajo en el cuello, y un borde de carne colgaba suelto. Cuando cogió aire, localicé el origen del sonido. No eran los pulmones en el cuenco; era el aire que se filtraba a través de aquel tajo. De allí salía una baba rojiza que se filtraba en el colchón empapado de sangre que tenía debajo.

Como médico, preferiría decir que de inmediato puse en marcha un tratamiento para ayudar a aquel hombre, para salvar la poca vida que aún fluía por su cuerpo destrozado, pero no lo hice. En cambio, me quedé de piedra, con los ojos clavados en él, con unas extremidades que se negaban a moverse. Permanecí inmóvil mientras su último aliento se escapaba por aquel boquete que tenía en el cuello y por fin hallaba la paz.

La sala entera cayó en el silencio, y fue tal la quietud que creí oír a los ratones corretear por las paredes y el latido de mi propio corazón que seguía bombeando a un ritmo febril. Allí me quedé en pie, con una mano agarrada a la sábana y la otra inerte en el costado, incapaz de apartar la vista de la herida del cuello de aquel hombre. Tenía el aspecto de ser el ataque de un animal, pero tal cosa no era verosímil, no allí, no en el sótano del hospital. Entonces ¿qué? Seguro que un hombre no, pues ¿qué instrumento produciría un desgarró tan espantoso? Desde luego que no era un cuchillo, pero las alternativas resultaban impensables.

En todo caso, un hombre había de ser, ya que Appleyard no se había subido a la cama por su propio pie y no se había escondido bajo la sábana por sí solo.

En ese instante me surgió otra idea en la cabeza, una idea que deseé poder desterrar con rapidez, un pensamiento que se apoderó de mí con un temor completamente nuevo.

¿Dónde estaba quien había hecho esto? Las heridas eran recientes, con toda seguridad, infligidas no más de diez minutos antes de que yo llegase. El

autor no podía estar lejos; de haberse marchado, me habría cruzado con él en el pasillo que conducía al sótano. Sin embargo, no había visto a nadie.

¿Podría estar allí ahora, vigilándome?

Aquel pensamiento bastó para obligarme a apartar los ojos del cuerpo del guarda de seguridad y observar mi entorno, a las docenas de camas a mi alrededor. Me percaté de que no estaba solo, no de verdad. Había cadáveres en muchas de aquellas camas —veinte, si no más—, y todos ellos yacían en perfecto silencio.

¿Podría estar entre ellos el asesino, esperando el momento preciso para abatirme?

Sonó el tañido de una campanilla a mi izquierda, y me volví hacia el tintineo. Me encontré frente a nueve camas ocupadas. Mis ojos siguieron con rapidez los cordeles atados a la mano de cada cadáver hasta la campanilla que colgaba en cada cama, pero ninguna rompió la quietud. Otra campanilla sonó, ésta a mi espalda, y otra vez me volví para encontrarme tan sólo con dos camas inmóviles, más cuerpos que yacían a la espera. Otra campanilla tintineó a mi derecha, después dos más a mi izquierda, y más a mi espalda. En cuestión de segundos, la sala cobró vida con docenas de tintineos que sonaban cada vez más y más alto. Me llevé las manos a los oídos y giré en círculos, y aquel sonido se volvió horriblemente ruidoso; campanillas y más campanillas por todas partes.

Vi movimiento en la cama a mi izquierda. Sutil, al principio, un leve roce de la sábana sobre el cuerpo, pero lo suficiente para llamarme la atención. El brazo sufrió un ligero tic que tiró del cordel e hizo sonar la campanilla atada con un tañido agudo que se unió al coro de las demás.

¿Podría ser ése el asesino?

Mis ojos recorrieron el depósito en busca de un arma y localizaron una sierra para los huesos en la estantería de detrás de la mesa de autopsias: ensangrentada, sin limpiar, como la propia mesa. Crucé la sala deprisa y cogí la herramienta, y después regresé hasta la cama donde había visto moverse la sábana. Agarré con fuerza la sierra, la levanté por encima de la cabeza y retiré la sábana de un tirón.

Una enorme rata negra se asomó por el agujero que había roído en un

muslo del cadáver, con una fina tira de carne colgando de los dientecillos afilados. Se me quedó mirando sin temor alguno antes de regresar con su festín de cadáver fresco. Combatí el impulso del vómito cuando el inmundo roedor arrancó otro trozo de carne con la suficiente fuerza como para lograr que la campanilla atada al brazo se pusiera a tintinear enloquecida.

A mi alrededor sonaban por todas partes docenas de campanillas, y me quedé mirando horrorizado cómo asomaban las ratas por debajo de las diversas sábanas, con la boca llena de carroña, y desaparecían entre las sombras que bañaban las paredes. Aquellos depredadores que se esfumaron fueron reemplazados por unos refuerzos que salieron disparados de los mismos escondites, ascendieron correteando por los laterales de las camas y desaparecieron bajo las sábanas en el interminable ciclo de una espantosa profanación. Con cada bocado de carne arrebatado a los muertos se oía el tintineo de una campanilla, y con todas las campanillas sonando de aquella manera, apenas era capaz de imaginarme la carnicería que se estaba produciendo bajo las sábanas blancas.

Corrí. Eché a correr del depósito tan rápido como pude, salí del sótano a la oscura caverna de la noche y dejé a mi espalda el Hospital del Doctor Steevens. Por fin me detuve a recobrar el aliento al llegar al Gran Canal.

Me planteé darme la vuelta, aunque sólo fuera para advertir al personal hospitalario acerca de los inimaginables horrores que se estaban produciendo, pero entonces me acordé del cadáver desaparecido de O'Cuiv y del cuerpo mutilado de Appleyard. Si regresaba, la culpa podría recaer sobre mí. Al fin y al cabo, nadie me había autorizado para entrar en el depósito. De igual forma, tampoco tenía justificación para estar en el hospital. No sería disparatado que la policía sospechase de mí como autor del asesinato del guarda. El hecho que no tuviese ningún móvil para matarlo tendría poco peso frente a mi allanamiento. Había visto colgar a hombres por menos.

Hasta aquel preciso instante no advertí que aún llevaba la sierra en la mano. La hoja ensangrentada brillaba a la luz de la luna con vetas negras sobre el metal plateado. Sin apenas pensármelo dos veces, la lancé al canal y la vi hundirse bajo la superficie.

Fue un acto muy negligente, pues no me detuve a considerar si estaba

solo o no hasta después de haber perdido de vista la hoja metálica; sólo entonces eché un vistazo hacia arriba y hacia abajo por la calle James en busca de miradas indiscretas. Aunque no hallé ninguna, sentí sobre mí los ojos de un extraño. Me subí bien alto el cuello del abrigo hasta la cara y eché a andar con paso ligero en la dirección de mi casa. Fui hacia el parque de San Esteban con la esperanza de hacer salir a quien pudiera estar siguiéndome. Una vez transcurridos cinco minutos sin haber localizado a nadie, albergué la esperanza de que la ansiedad me abandonara, pero no lo hizo. En cambio, me invadió un intenso malestar y se me erizó el vello de la nuca. Cuando llegué a la esquina de la calle Thomas con Francis me detuve de sopetón y me giré sobre los talones con la idea de cazar a quien fuese que me venía siguiendo. Mis ojos se posaron en la silueta de un hombre muy alto vestido todo de negro con un bastón y un sombrero de copa. Frené cuando yo lo hice y se mantuvo inmóvil a unos diez metros de mí. Aunque había lámparas de gas encendidas por todas partes a nuestro alrededor, aquel hombre se perdía prácticamente entre las sombras, tanto que no podía distinguir ningún detalle de su rostro. También tenía el cabello largo y negro que enmarcaba el tono casi blanquecino de su piel pálida, la poca que era visible.

—¡Le estoy viendo, caballero! —dije con el tono más autoritario de voz que fui capaz de reunir—. ¿Por qué me sigue usted?

No hubo ninguna respuesta, tan sólo un ligero ladeo de la cabeza.

—¡Si continúa, llamaré a un agente de policía!

¿Me había visto tirar la sierra?

¿Me había visto salir huyendo del hospital?

No podía estar seguro.

Me di la vuelta y continué bajando por la calle Francis con el oído atento a los sonidos a mi espalda. Oí los golpecitos sordos del bastón del hombre, pero no los de sus zapatos; no hacían el menor ruido sobre los adoquines. Entonces pensé que ojalá hubiera conservado la sierra; no llevaba arma alguna encima, y si bien era capaz de defenderme en una pelea, aquel hombre era media cabeza más alto que yo y era ancho de espaldas. A tal distancia, y en tan inquietantes circunstancias, resultaba imposible discernir su edad. Eso sí, se mantenía firme y erguido, carecía de la reveladora encorvadura de un

anciano, de manera que supuse que sería no más mayor que yo, y un temible oponente.

Aceleré el paso, no hasta el punto de dar la impresión de estar huyendo, sino justo lo suficiente para incrementar la distancia entre nosotros. Él se movía más despacio que yo; lo podía notar por el constante ruidito sordo del bastón. Creo que en aquel instante me desplazaba el doble de rápido que él y, sin embargo, había algo extraño en su modo de andar: a aquel paso ligero, debería haber percibido cómo se iba reduciendo el sonido del bastón conforme se incrementaba la distancia entre nosotros, pero, en cambio, el ruido cobró volumen como si me fuera ganando terreno pese a no dar más que la mitad de pasos que yo.

Al acercarme a la catedral de San Patricio, me detuve, me volví de nuevo en redondo y vi confirmado mi temor. La primera vez que lo vi, estaría a unos diez metros a mi espalda, y no sé cómo había conseguido reducir la distancia a la mitad. Dejó de moverse cuando yo lo hice y se volvió a quedar inmóvil salvo por el ligero ladeo de la cabeza un segundo después de que le pusiera los ojos encima. Ahora se encontraba lo bastante cerca como para que pudiese distinguir su rostro, y eso me provocó un escalofrío de punta a punta. Tenía la piel prácticamente traslúcida, cubierta de unas venas rojas minúsculas que parecían absorber la luz de los faroles de la calle y relucir con la llama danzarina del gas. La mejor forma de describir su nariz sería decir que era aquilina, con un puente abultado y una leve curvatura en la base, y aun así en perfecta proporción con el resto de sus facciones. Sus cejas eran del negro más espeso, y sus cabellos negros y largos caían sueltos desde el sombrero de copa casi hasta los hombros. Tenía una ligera barba, no lo bastante poblada como para considerarla rebelde, pero lo suficiente para colaborar en la ocultación de su rostro, ya que daba la impresión de agarrarse a las sombras de alrededor de la cabeza y tirar de ellas para acercarlas un poco más. ¡Y qué ojos! Dios mío, aquellos ojos. Sus ojos de un negro azulado eran los de la propia muerte, y aun así parecían rebosar de vida. Cuando ladeó la cabeza, juro por mi alma que titilaron en un rojo fulgurante antes de volver a ser dos lagos negros e insondables. Tenía los labios de un rojo rubí destacado por el pelo oscuro y la piel pálida, y los mostraba apenas abiertos,

como si estuvieran inhalando, y aun así no emitían sonido alguno.

Yo diría que fueron sus dientes lo que más me atemorizó, ya que los vi asomar cuando abrió los labios; eran profundamente blancos y tenían el aspecto de estar afilados, en punta, más similares a los dientes de un cánido que a los de un hombre.

—Tengo dinero, si es eso lo que quiere.

Aquellas palabras escaparon de mis labios antes de percatarme de que las había pronunciado. Me sentí completamente solo, muy vulnerable en la calle desprotegida, ya que no había ni un alma a la vista. Qué no daría por un puñal o una pistola, cualquier cosa que pudiera utilizar para defenderme.

—No quiero su dinero —dijo el hombre; ¡ah, y qué voz aquélla!

Tenía una voz cargada de tonos graves, densa, cada palabra pronunciada con sumo cuidado. Había también en ella un acento que no me veía capaz de ubicar más allá de que era originario de Europa Oriental, el acento de alguien muy viajado a lo largo de muchos años.

—Siga entonces su camino. He tenido un día muy largo y no deseo más que la comodidad de mi propia cama y una taza de té caliente —le respondí.

—Y yo sólo he salido a dar un paseo nocturno. Imagínese mi sorpresa al encontrarme con alguien a estas horas, en particular alguien que abandona el hospital con tantas prisas. No he podido evitar que un hombre así me resulte intrigante. —Flexionó los dedos sobre el pomo de la parte superior del bastón que hacía las veces de mango, unos dedos largos, con la meticulosa manicura de un músico. Pensé en las manos frías y muertas de O’Cuiv con las uñas afiladas en unas puntas largas—. Yo también he salido recientemente del hospital; estaba visitando a una vieja amistad.

Me vi perdido en sus ojos con sólo mirarlos. Eran hipnóticos; me sentí como si me estuviese asomando a un agujero en la tierra, un agujero sin fondo, una fosa tan profunda que atravesaba el reino de los infiernos y continuaba hasta el otro extremo. Estaban hechos de un mar turbulento de olas duras y cortantes que colisionaban unas contra otras en una noche sin luna. Una fascinación, un prodigio. No estoy seguro de cuánto tiempo permanecí allí en aquel estado antes de recuperar la lucidez.

—No les deseo sino lo mejor a usted y a su amigo —le dije mirándome

los zapatos—. Ahora debo marcharme.

Dicho esto, me di la vuelta y continué bajando por Camden Row hacia mi casa sin dejar de sentir aquellos ojos en la espalda y oír el repiqueteo de su bastón.

—Quizá conozca usted también a mi amistad, ¿tal vez?

Caminé diez pasos seguidos antes de que pronunciase aquellas palabras, pero cuando me detuve y me volví hacia él lo sorprendí a poco más de un metro a mi espalda, aún más cerca que antes. No se había producido ningún golpe del bastón, ni el roce de los pasos sobre los adoquines; estaba ahí, sin más, a un brazo de distancia. A pesar de hallarse inmóvil, el forro de seda roja de su capa negra danzaba en su estela y flameaba en pequeñas ondas como si estuviera vivo. No había viento, ni mucho menos, ni siquiera una brisa, tan sólo el fresco aire de la noche, que parecía volverse más frío aún en su presencia. Las fluctuaciones de la capa eran la única prueba de que se había movido siquiera.

El hombre esbozó una leve sonrisa, y volví a ver aquellos dientes, aquellos terribles dientes.

Me imaginé el cuello desgarrado de Appleyard, allí tumbado en la cama de O’Cuiv, una herida que bien podrían haber infligido aquellos dientes. En un instante, vi a aquel hombre inclinado sobre el cuerpo, desgarrando la carne con la boca, con el apetito de una bestia salvaje. Me sacudí de la cabeza aquella imagen tan alarmante y volví a mirarlo con la esperanza de que no resultara evidente la ansiedad que me llegaba hasta los huesos.

—¿Cómo se llama esa persona amiga suya?

Hice aquella pregunta siendo consciente de que, tan pronto como ese individuo pronunciase el nombre de Patrick O’Cuiv, yo saldría disparado calle abajo, a toda velocidad. Podía ver mi casa desde allí, los altos hastiales visibles por encima de los tejados, pero aquel refugio se me antojaba a todo un páramo de distancia.

Su sonrisa se hizo más amplia, y volvió a ladear la cabeza como si le hubiera hecho la más profunda de las preguntas. Cuando por fin habló, el nombre que salió de entre sus labios no fue el que yo esperaba.

—Pues Ellen Crone, por supuesto.



Se me aceleró el pulso y, aunque traté de ocultarlo, no me cabe ninguna duda de que percibió mi sorpresa al oír aquello. De nuevo me atraparon sus ojos, y me resultó difícil apartar la mirada. ¡Qué firme control ejercía sobre mí! Como si pudiese llegar hasta mis pensamientos con aquellos ojos y extraer cualquier información que deseara y retenerme de aquel modo hasta que finalizase. Me recordó a un encantador de serpientes que una vez vi de niño. Aquel hombre hipnotizó a una cobra rey tan sólo con los ojos, con el movimiento de la cabeza y del cuerpo. Sumió a la serpiente asesina en un estado hipnótico tan fuerte que pudo cogerla y sostenerla a escasos centímetros de su rostro sin temor a una mordedura. Mientras tanto, mantenía los ojos clavados en la criatura. No pude evitar preguntarme si, en caso de que apartase la mirada, aunque sólo fuese por un breve instante, se habría roto el hechizo. ¿Le habría atacado la serpiente?

Yo quería mirar para otro lado.

Deseaba apartar la mirada con toda la fuerza de mi alma y de mi corazón, pero, simplemente, no podía hacerlo. Me mantenía inmóvil por completo, como si aquel hombre me tuviese sujeta la cabeza con ambas manos, largas y huesudas, y me retuviese a un brazo de distancia, mirándome a los ojos.

—¿Cuándo fue la última vez que vio usted a la señorita Crone? —me preguntó con aquella voz densa y suave.

—En la infancia —respondí en voz baja. Justo antes de que tales palabras abandonaran mis labios, me había dicho que le contaría que no conocía a esa persona. Tenía la intención de no decirle nada a aquel hombre, aquel desconocido, aquel hipnótico encantador de serpientes—. Nos dejó cuando yo era poco más que un niño.

Las palabras fluyeron de mi boca como si me hallase en un estado onírico, como si fuera un observador externo, y dije aquello sabiendo que no podría decir otra cosa ni aunque así lo deseara. Y lo deseaba. Pero ya no tenía el control.

¡Aquellos ojos! Aquellos ojos impíos y horribles. Me taladraban, perforaban cada centímetro de mi alma con una negrura más negra que la del negror más negro. Sentí la erupción de un picor tan profundo en la piel que era como si unas hormigas me recorriesen los huesos. Quería echar a correr.

Tenía unas ganas tremendas de echar a correr, y aun así mi voluntad no ejercía ningún poder sobre mi cuerpo; tan sólo estaba allí aquel hombre que de alguna forma me mantenía inerte y me compelia a hablar en contra de todos mis deseos.

—Si la hubiera visto, me lo diría, ¿correcto?

No oí aquellas palabras con los oídos, sino con la mente. Le hablé de aquella vez que la vi de niño en la tienda de caramelos, y de nuevo cuando estaba en la universidad, y por fin le hablé de que creía que había estado en el teatro apenas unos días atrás. Cuando terminé, sus labios se curvaron en la sonrisa más diabólica, y remitió la fuerza con la que me sujetaba. Mi cuerpo se aflojó y desfalleció, y los músculos me dolieron de agotamiento.

Su mano se posó sobre mi hombro y lo apretó, casi en un gesto afectuoso, pero con la presión suficiente para causar dolor.

—No la he visto en muchos años; ya hace tiempo que le debía una visita. En caso de que se vuelva a tropezar con ella, le dará usted recuerdos de mi parte, ¿verdad?

—Pero su nombre —me oí decir—. No sé su nombre.

Al oír aquello, me soltó el hombro, y la sonrisa regresó. No pude evitar fijarme en aquellos dientes, aquellos feroces dientes que resplandecían en blanco, resaltados por unos labios de color rojo oscuro, por aquella piel pálida y su estarcido venoso.

—Debería volver a casa enseguida; su esposa le necesita.

Y entonces desapareció. No sé si perdí la noción del tiempo o si se desvaneció sin más, ya que tras un encuentro de aquel cariz, ni esa idea tan demencial parecía ya disparatada. Estaba allí de pie, a escasos centímetros de mí, y un segundo después no había el menor rastro de él. Miré calle arriba y calle abajo, en vano. Mi casa me llamaba en la distancia, y agradecí verla.

De nuevo eché a correr.

Corrí tan rápido como me permitían mis cansadas piernas, y no dejé de sentir mientras tanto una mirada a mi espalda. Empujé la puerta y enseguida la cerré detrás de mí. Nada más cerrarse, una fuerza contundente golpeó contra el otro lado con la potencia suficiente para sacudir los apliques de las lámparas de la habitación. Abrí la cortina de la ventana junto a la puerta y vi

un perro grande, el más grande que había visto en mi vida. Cruzó mi jardín y se perdió entre los árboles. Justo antes de esfumarse, la criatura se volvió para mirarme con unos ojos rojos y fulgurantes.

En el piso de arriba, Emily dio un chillido.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*11 de agosto de 1868, 21.30 h*

Pasé la mano por el suave asiento de terciopelo del carruaje de mi hermano.

—Thornley ha sabido forjarse una posición.

Matilda estudió también el interior, y sus ojos recorrieron la madera de caoba meticulosamente tallada y lustrosa, teñida de un bello tono castaño.

Tal y como prometió, Thornley había dado la orden de que preparasen rápidamente el carruaje, y salimos camino de Clontarf sin apenas dilación. Su cochero había enganchado un tiro de cuatro caballos para el viaje insistiendo en que no era molestia y que no haría sino adelantar nuestra hora de llegada. También había observado cómo cargaba una pala en la parte de atrás del carruaje; había sido Thornley, sin duda, quien se lo había pedido, ya que tal indicación no había partido ni de Matilda ni de mí. La pala me recordó la truculencia de la tarea que teníamos por delante, e intenté quitarme de encima cuanto implicaba, pero ahí siguió. Si Matilda abrigaba algún tipo de preocupación, no hizo indicaciones al respecto y se mostró perfectamente tranquila; dedicó su tiempo a escribir, con alguna mirada ocasional por la ventana. Había poco que ver a aquellas horas; casi todo el mundo estaba recogido y a salvo con sus familias tras las puertas bien cerradas. El carruaje se mecía sobre unos gruesos resortes y se balanceaba de lado a lado como una barca. Hallé muy reconfortante aquel movimiento, aunque el sueño me era esquivo. La ansiedad me ardía en las entrañas, y eso era todo cuanto

podía hacer para no saltar del carruaje en marcha y ponerme a correr a su lado con tal de quemar algo de aquella energía.

Al pasar por el camino de Artane Lodge y después Marino Crescent — aquella hilera señorial de casas de estilo georgiano— y el número 15, donde yo nací, me invadió una abrumadora nostalgia. Aunque seguíamos viviendo relativamente cerca, rara vez regresaba, pues aquel lugar sólo me traía recuerdos de mi enfermedad, de años en cama preguntándome si viviría para ver el día siguiente. Matilda, por su parte, miraba por la ventana con un cariño que yo, en realidad, no compartía. ¿Estaba eso mal por mi parte? Quizá. Al fin y al cabo, aquello no era más que un lugar. ¿Los lugares daban cobijo a los recuerdos? Con frecuencia pensaba que sí, tanto recuerdos buenos como malos de los que los muros de algún modo se embebían. No pude evitar preguntarme quién viviría allí ahora. ¿Dormiría otro crío en mi pequeño cuarto del ático y se asomaría a la misma ventana por la que tantas veces miraba yo? Quizá nos estuviera viendo pasar ahora, mientras dejábamos atrás el parque para adentrarnos en la blanquecina niebla.

Vi en la distancia el chapitel de la iglesia de San Juan Bautista y sentí que se me tensaban los músculos del cuerpo, consciente de que estábamos cerca.

Matilda también debió de sentir algo; dejó a un lado su cuaderno y volvió a mirar por la ventana.

—Lo enterraron entre las tumbas de los suicidas, justo fuera del cementerio principal —me dijo—. No te lo he contado nunca, pero vine a ver su tumba cuando era pequeña, al poco de que Ellen nos dejara. No sé por qué, pero me vi atraída hacia ella. Supongo que quise verla con mis propios ojos después de haber leído los artículos.

—¿Está indicada la tumba?

Asintió.

—Una piedra rudimentaria que lleva su nombre.

El cochero hizo una maniobra para meter el carruaje por la avenida del Castillo, que nos condujo hasta los alrededores del cementerio. El muro de piedra coronado con hierro negro parecía interminable, un presagio, un lugar donde no deberíamos estar a aquellas horas intempestivas, y, aunque no había detectado la presencia de un alma ya en un buen rato, podía palpase el temor

a que nos sorprendiesen.

Nos detuvimos entre un grupo de álamos, justo fuera del alcance de la vista desde el camino. El cochero dio dos golpes en el techo.

—¿Estás segura de que debemos hacer esto? —pregunté.

Matilda ya se encontraba a medio bajarse del carruaje, con la mano del cochero, grande y enguantada, extendida para ayudarla a descender por el escalón.

Cuando salí, el cochero me entregó la pala y echó un vistazo nervioso calle arriba y calle abajo por Kincora Lane.

—No puedo dejar el coche aquí, así que voy a dar la vuelta a la manzana. En caso de que me cruce con alguien, haré todo lo posible por distraerlo. Cuando estén listos para marcharse de este lugar, vuelvan aquí a reunirse conmigo. —Se fijó en la pala—. Me ofrecería a ayudarle, pero creo que si dejo aquí el coche, sólo servirá para llamar más la atención.

—Lo entiendo.

—¡Bram! ¡Vamos! —dijo Matilda en un susurro a voces.

Se aupó a media altura del muro, se asomó a ver el otro lado, y el paño de sus enaguas ondeó a la altura de sus pies.

—Tiene coraje —afirmó el cochero.

—Desde luego que sí. —Eché un vistazo a la vía desierta—. Diríjase de regreso al camino de Clontarf y dé vueltas durante treinta minutos. Eso debería proporcionarnos el tiempo suficiente. Prestaremos atención al sonido del carruaje cuando vuelva a subir por la avenida del Castillo. Es menos probable que llame la atención si se queda en el barrio del mercado y el puerto; esas zonas tienen bastante vida, aun por la noche.

—Sí, señor.

El cochero se inclinó el ala del sombrero y volvió a subir al pescante. Se marchó con rapidez, y el golpeteo de los cascos de los caballos menguó hasta quedar en nada.

—¡Bram!

Me di la vuelta justo a tiempo de ver cómo Matilda se deslizaba por la parte superior del muro y se dejaba caer al otro lado con un golpe seco.

—Dios mío, ¿estás bien?

Me acerqué al muro y miré por una pequeña grieta. Matilda se hallaba de pie al otro lado, sacudiéndose el polvo del vestido.

—Estoy perfectamente —me dijo en voz baja—. Tírame la pala.

Lancé la pala por encima del muro, un poco hacia su derecha y, acto seguido, miré camino arriba y camino abajo, me di impulso y me agarré a las puntas de hierro de lo alto del muro. Me aupé con cuidado de no engancharme la ropa en las piezas de hierro y me lancé a la parte alta. Con un rápido empujón en la pared, salté al suelo y aterricé de pie.

—Casi me esperaba verte pasar por encima del muro de un solo salto. — Matilda se rió.

—Quizá la próxima vez. —Contemplé el cementerio, su consecución de colinas de hierba sombría y niebla misteriosa—. ¿Dónde está?

Señaló hacia el sur.

—El cementerio tradicional termina en esa vereda; las tumbas de los suicidas están al otro lado del muro de la iglesia antigua.

Mi hermana arrancó en dirección a las ruinas.

—¡Cuidado!

Recogí la pala y corrí detrás de ella. Notaba el aire muy quieto, ni la más mínima brizna de aire se abría paso entre los sauces, cuyas ramas dormían profundamente y proyectaban una sombra oscura y espesa sobre el suelo. La única luz procedía de la luna, ya que los faroles de gas se apagaban cuando el cementerio cerraba a las ocho de la tarde. Los ratones de campo correteaban por allí, molestos ante la intrusión, con la mirada puesta en nosotros y siguiéndonos a una distancia segura.

—¿Hay algún guarda?

Matilda se lo pensó un instante.

—Imagino que lo habrá.

Desvié la vista hacia la iglesia a nuestra izquierda, ahora impenetrable y silenciosa. Si había alguien dentro, no detecté rastro alguno. También podía ver la verja desde allí, pero más allá no había movimiento.

—Lo más probable es que esté recorriendo el terreno.

Cuando Thornley ingresó en la facultad de medicina, me contó que muchos de los estudiantes se llevaban cadáveres del cementerio con el objeto

de diseccionarlos. Aquello me pareció atroz, pero él me dijo que no tenían muchas más opciones. Las facultades y los hospitales sólo suministraban unos pocos cuerpos que iban para los hijos de familias acaudaladas con medios suficientes para pagar la adquisición. Si bien la nuestra era una familia de apariencia acomodada, en comparación con la mayoría, no había en nuestras arcas el dinero necesario para garantizarse un cadáver. Aunque Thornley nunca admitió abiertamente haber participado en una actividad tan truculenta, tampoco negó haber tomado parte. Me lo imaginé paseándose por un cementerio muy similar a ése con la pala en la mano y la esperanza de hacerse con un cadáver reciente en nombre de la ciencia. Quizá con esa misma pala.

—Los ladrones de tumbas suelen salir cuando apenas hay luna, o cuando no la hay, y esta noche hay mucha luz. Sería demasiado fácil que los apresaran. Éste es el tipo de noche en que los departamentos de seguridad se toman un descanso. Lo más probable es que el guarda esté traspuesto detrás de una de las tumbas con una botella de ron en una mano y material de lectura de dudosa moralidad en la otra —dijo Matilda.

—Espero que estés en lo cierto.

—O lo podríamos tener justo detrás de nosotros, cargado y listo para descerrajarte un cartucho de perdigones en el trasero.

—¿Qué te hace pensar que me dispararía a mí?

—Que un hombre recto jamás dispararía a una dama —respondió Matilda—. Claramente, tú serías su primera elección.

—Claramente —coincidió—, siempre que sea un hombre recto.

Con precaución, nos acercamos a las ruinas de la iglesia original. La estructura de piedra se alzaba al fondo del cementerio tradicional y aún conservaba cuatro paredes a pesar de los años de abandono; el tejado, con toda probabilidad de paja, se había echado a perder mucho tiempo atrás. El muro oeste se elevaba bien alto, el más impresionante con diferencia, que se extendía hacia el cielo y antaño había alojado el campanario. Los muros norte y sur tenían cada uno cuatro ventanas grandes, redondeadas en la punta y rectas en el alféizar, con otra ventana más pequeña hacia la parte frontal de la iglesia. El muro trasero, orientado al este, se erguía apuntado en un hastial,



con una entrada que antes lucía orgullosa un par de grandiosas puertas de madera que, sin embargo, cuando la iglesia cayó en desgracia, se vieron reemplazadas por una sola hoja formada por barrotes de hierro negro. Mis padres sin duda se habrían echado a llorar de haber visto el edificio en aquel estado, ya que el santo bautismo de todos y cada uno de sus hijos se había celebrado allí. No obstante, el lugar se consideró inseguro hace algunos años, y se encargó un edificio que lo sustituyese. La construcción de la nueva capilla se había terminado dos años antes, momento en el cual ese edificio quedó oficialmente abandonado.

Me asomé al interior de la nave a través de los barrotes de la puerta. La piedra del suelo de gran parte de las paredes se estaba desmoronando, anfitriona de malas hierbas y enredaderas que trepaban con ansia por aquella superficie en busca de una mejor exposición al sol, y sólo quedaban dos de los bancos originales. Un tercero estaba desmoronado en el suelo, y los implacables elementos lo habían dejado reducido a un montón de podredumbre. Tiré de la puerta... cerrada. Quería entrar, ver aquel espacio desde el interior, pero aquélla no era noche para tal visita. Tendría que regresar durante las horas del día.

—Vamos, su tumba está justo detrás de este muro —dijo Matilda.

Me puse en movimiento, salí detrás de ella y eché un último vistazo a la sección principal del cementerio antes de doblar el recodo.

Detrás de los muros de las ruinas encontramos más tumbas, algunas con las lápidas más grandes que había visto hasta ahora. Matilda señaló que aquella sección seguía formando parte del cementerio original y, dado que aún era suelo bendecido, se solía enterrar allí a los pastores de la iglesia. Dejamos atrás aquellas tumbas, atravesamos una espesura de malas hierbas y llegamos a los restos de un muro mucho más pequeño, hecho de piedra. En algún momento, alguien se había puesto a tirar abajo la mayor parte, y los restos sólo alcanzaban el metro veinte de altura.

—Éste es el muro original de la iglesia. Las tumbas de los suicidas están al otro lado. —Matilda pasó por encima del muro y se apoyó en el tocón ennegrecido de un árbol—. Cuando enterraron a O’Cuiv, este lado no formaba parte de la iglesia propiamente dicha. Este lugar jamás se consagró,

y los enterrados aquí se consideran almas perdidas, no sólo para la Iglesia, sino también para sus familias.

—Recuerdo las historias.

—Cuando terminaron la iglesia nueva hace dos años, extendieron el muro nuevo para que abarcase toda la parcela e incluyese esta zona con el resto. Sin embargo, no creo que llegasen a bendecir nunca este suelo. No he encontrado ninguna constancia; para muchos, este lugar quedó en el olvido. Sin la bendición, el muro nuevo no tiene ningún sentido; el suelo sagrado termina justo aquí. —Indicó los restos del murete de piedra, que ahora no eran más que una pila de escombros—. La tumba de O’Cuiv está ahí.

Seguí la dirección del dedo de mi hermana hasta una pequeña piedra a unos tres metros de distancia, cerca del muro del fondo. Por todas partes crecían los matojos, algunos hasta la cintura; tréboles, dientes de león y pan y quesillos. Crucé hasta la tumba con cuidado ante el resto de las lápidas, distribuidas por allí sin orden ni concierto. ¿Cuántos enterramientos había allí sin señalar? ¿Estaba pisando alguno en ese momento? No sólo eran criminales y suicidas, sino también niños. Era práctica común enterrar allí a los que morían sin bautizar, bebés mortinatos y similares. Al llegar ante la lápida, me arrodillé. Advertí que no era una señal tradicional para indicar una tumba, sino una simple piedra de unos treinta centímetros de diámetro. En su momento debía de haber tenido la superficie pulida, pero ya no era así. De no haber sido por el nombre O’CUIV cincelado en ella, la habría tomado por una piedra normal y corriente. Las letras del nombre eran desiguales y estaban parcialmente ocultas bajo un fino manto de musgo, desgastadas por el paso del tiempo. No había fechas que indicasen su nacimiento ni su muerte, sólo la basta inscripción de su apellido. Nadie se merecía que lo despachasen así, ni siquiera los criminales del mundo. Haciendo uso de la pala, retiré con cuidado la hierba verde que cubría la tumba y me volví hacia Matilda.

—Nadie ha estado aquí en años. ¿Estás segura de que debemos hacer esto?

—Si no te pones a cavar tú, lo haré yo.

Con ella no había discusión que valiera; se había decidido mucho antes de que saliésemos de Dublín. Me remangué los brazos y volví a agarrar la pala.

—Echa un ojo por si viene el guarda.

Y empecé a cavar.

El trabajo avanzaba despacio. Para disuadir a los ladrones de tumbas, los enterradores mezclaban paja con la tierra, y era como si cada mordisco de la hoja de la pala descubriera cada vez una mayor cantidad de ésta. Era como ponerse a cavar en una alfombra, y me resultaba imposible llegar más hondo sin retirar primero los haces de paja. Matilda no tardó demasiado en unirse, en ponerse a arrancar la paja e ir apilándola a un lado. Más de una vez le dije que preferiría que ella siguiera vigilando por si venía el guarda, pero no estaba dispuesta, e insistía en que si no colaborábamos los dos, nos quedaríamos allí hasta las primeras luces del alba. Así que continuamos, y ambos nos asomábamos a la esquina de las ruinas de la iglesia para echar un ocasional vistazo cada vez que nos deteníamos a descansar. Más de una hora transcurrió antes de sentir que la hoja de la pala había impactado con la tapa del ataúd de O’Cuiv, y pensé en nuestro cochero: a esas alturas ya habría dado dos vueltas enteras, fácilmente; aquella exhumación estaba costando mucho más de lo esperado.

La madera estaba podrida. La caja estaba hecha de pino barato y nudoso, y el suelo se había puesto manos a la obra con aquella madera tan pronto como los vecinos del lugar la metieron bajo tierra. Tuve que renunciar a la pala por miedo a atravesar la tapa del ataúd. Me puse a sacar la arena a puñados con las manos y a tirarla fuera del agujero, que ya tenía cerca de metro y medio de profundidad.

Cuando el ataúd quedó por fin al descubierto, pasé los dedos por los bordes en busca de algún tipo de asa; no encontré ninguna. Habían clavado la tapa desde arriba, seis clavos en total, uno en cada una de las cuatro esquinas y dos a medio camino en los laterales. El pino estaba hinchado y quebradizo, tanto que no me atreví a subirme encima; lo que hice fue poner un pie a cada lado y deslizar la hoja de la pala bajo la tapa. Me volví hacia mi hermana y le ofrecí en silencio una última oportunidad de dejar aquella horrible tarea y olvidarnos de todo, pero se mantuvo firme y sólo me concedió un decidido gesto de asentimiento con la cabeza.

Empujé hacia abajo sobre el mango de la pala hasta que la hoja de metal

se clavó en la madera. A continuación meneé un poco el mango para que la hoja llegase más hondo antes de volver a empujar hacia abajo. Esta vez, la tapa se combó un poco, y los clavos más cercanos a la hoja de la pala soltaron un quejido y salieron lo suficiente para permitirme meter los dedos bajo la madera. Dejé la pala a un lado y agarré la tapa. Tiré hacia arriba y hacia un lado con todas mis fuerzas, la tapa se separó con un chirrido espantoso, y cada clavo rechinó en señal de protesta.

Salieron en avalancha las cucarachas cuando la tapa se separó del ataúd. Miles de ellas. Se movían muy rápido, y sus cuerpos rechonchos correteaban subiendo por los laterales y caían por el borde. Corrían unas por encima de las otras, cada una más veloz que la anterior, en una maraña de patitas negras que sonaban como si alguien frotase dos hojas de papel. Las cucarachas me cubrían las piernas, el pecho, los brazos... Oí a Matilda gritar; luego se puso a dar pisotones a los bichos que salían corriendo de la tumba y se desperdigaban entre las hojas.

Salí del agujero a toda prisa y me las sacudí. Había tantas que las podía sentir correteando por cada centímetro de mi cuerpo. No me atreví a abrir la boca para gritar por temor a que una de aquellas criaturas aprovechara la oportunidad para deslizarse entre mis labios. La sola idea de tener una en la garganta, en el estómago, retorciéndose por ahí...

Cuando por fin concluyó el éxodo masivo de las cucarachas, me percaté de que me había separado unos tres metros de la tumba abierta. Matilda estaba aún más lejos, cerca de la parte frontal de las ruinas de la iglesia, dando pisotones al suelo con una férrea determinación hasta que la última de las cucarachas estuviera muerta o se hubiera marchado. Me pasé la mano por el pelo y le di la espalda a mi hermana, que me quitó una más del hombro y la aplastó con la punta del zapato antes de declararme libre de cucarachas. No encontré ninguna en ella.

Nos acercamos juntos a la tumba con mucha precaución. El olor era horrible. Me tapé la boca y la nariz con el cuello del abrigo y me asomé al agujero.

El cadáver estaba envuelto en un sudario naranja. Al menos, el sudario parecía de color naranja, tono que con toda probabilidad habría adquirido

después de pasar años absorbiendo los restos que envolvía. El fondo del ataúd estaba cubierto de tierra. No podía saber con certeza si la habían puesto allí de manera deliberada o si se había filtrado a través de alguna de las tablas podridas. No pude sino recordar la tierra que descubrimos debajo de la cama de Nana Ellen, que olía tanto a muerte aun cuando ella rebosara de vida.

Alrededor del cadáver había diversos objetos personales: un libro, un espejo, un cepillo, ropa... Un surtido de lo más estrafalario, sin duda.

—¿Lo enterraron con todo eso? —preguntó Matilda.

—Eso parece.

—¿Cómo respiraban las cucarachas ahí abajo, enterradas en esa caja?

Para esa pregunta no tenía respuesta. ¿Respiraban, en realidad, las cucarachas? Me imagino que sí, aunque no he estudiado nunca su fisiología. Lo más probable es que fueran perfectamente capaces de mantenerse bajo tierra o era posible que se dedicaran a hacer túneles de ida y vuelta. O quizá fueran como las moscas metidas en un tarro.

—Tenemos que acercarnos más.

—Tú quédate aquí, yo vo...

Pero Matilda ya se había ido, se había deslizado por la pared de la tumba y había aterrizado con un leve crujido sobre la tierra, cuando sus zapatos aplastaron algunas de las cucarachas que quedaban.

Solté una maldición para el cuello de mi camisa y me deslicé hacia abajo junto a ella con cuidado de no engancharme en una de las gruesas raíces que había cortado con pala y que ahora sobresalían de las paredes de la tumba como unos dedos furiosos que tratasen de agarrar cualquier cosa que se moviese por allí.

—Tengo que verle la cara —dijo Matilda a mi lado, apenas visible en aquel agujero tan profundo—. Por favor, Bram.

Yo tenía la atención puesta en otro sitio. Algo estaba mal; en aquel cadáver había algo que no encajaba. La forma, la longitud de los brazos y las piernas, las proporciones no cuadraban en absoluto. Llevé la mano cerca de la cabeza, hacia el sudario naranja, y me encogí cuando lo agarré con los dedos. El sudario tenía un tacto húmedo, como si estuviera cubierto con una especie de bilis o de limo; era como meter la mano en los restos de algo muerto y

agarrarle el estómago.

Tiré del paño de debajo de la cabeza y lo aparté al son de Matilda, que exhaló a mi lado cuando la cabeza se hizo visible. Al verla, di un rápido tirón del sudario, lo arranqué de la caja y lo tiré al suelo a nuestro lado.

—Piedras, nada más que piedras —dijo mi hermana.

Allá donde debía yacer un cadáver, lo que había eran piedras dispuestas de tal manera que formasen la silueta de un cuerpo. Envueltas en el sudario, creaban la ilusión de aquella forma, y con la tapa del ataúd cerrada, desde luego que el peso también.

—¿Habrán robado su cuerpo y lo han sustituido por piedras?

—Si los ladrones de tumbas se llevaron el cadáver, no habría habido necesidad de tomarse tanta molestia. Se habrían limitado a poner de nuevo la tapa y a enterrar el ataúd tal cual, si es que se molestaban siquiera en volver a enterrarlo —dijo Matilda—. Este ataúd jamás ha contenido un cuerpo; alguien puso aquí las piedras para engañar a quien fuera que le encargasen el entierro de O’Cuiv.

—Puede ser.

—¿Qué te parece esto?

Matilda cogió el espejo que descansaba en el ataúd abierto. Ma tenía uno similar que llamaba su «espejo de mano». Éste tenía aspecto de estar fabricado en oro y plata; la notable destreza con que estaba hecho resultaba evidente a pesar del severo deslustre.

—Hay algo escrito en la parte de atrás, justo por encima del mango. ¿Lo puedes leer?

Matilda le dio la vuelta al espejo y lo levantó hacia la poca luz que se filtraba desde arriba.

—*Um meine Liebe, die Gräfin Dolingen von Gratz.*

—Eso es alemán. «A mi amada, la condesa Dolingen von Gratz» —le traduje.

—¿Quién es ésa?

—No tengo ni idea.

Matilda cogió el cepillo.

—Aquí aparece la misma inscripción.

Lo tomé de sus manos y pasé las yemas de los dedos sobre las letras.

—¿Algún tipo de herencia familiar, quizá?

—Todo esto pertenece a una mujer. No entiendo por qué lo enterraron en el ataúd de Patrick O’Cuiv. A lo mejor eran de su esposa y alguien los dejó aquí para que él no se olvidase de lo que había hecho, ¿no? O tal vez...

—Bram —me interrumpió Matilda.

—¿Qué?

Sostuvo en alto una capa negra. Estaba amontonada cerca del fondo del ataúd, junto a los pies falsos.

—Ésta es la capa de Ma, la que llevaba Nana Ellen aquella noche en que la seguimos hasta el tremedal.

Antes de que se lo pudiera discutir, pasó el dedo a través del pequeño agujero de la manga derecha, el mismo agujero que me llevó a mí a identificarla tantos años atrás. La tela estaba enfurtida y desgastada, pero aun así era reconocible.

—¿Cómo puede ser? —me oí decir—. ¿No enterraron a O’Cuiv antes de que la viésemos aquella noche?

—Tendría que confirmar las fechas, pero creo que sí.

Los dos nos quedamos mirando la capa por unos instantes, ambos con la duda de qué decir a continuación. Nada de esto tenía sentido. Matilda repasaba la tela con dedos nerviosos.

—Hay algo en el bolsillo.

Metió la mano y sacó el collar más impresionante, una cadena de oro con un corazón de diamantes que titilaban alrededor de un rubí rojo de un tamaño increíblemente grande.

—Es extraordinario. ¿Puedo?

Matilda me entregó el collar. Las piedras preciosas pesaban en mi mano, más de lo que me esperaba. ¡Y cómo resplandecían! Diría, incluso, que apenas era capaz de apartar la mirada. Eran de una calidad exquisita, engarzadas con gran destreza, ya que me veía incapaz de determinar qué era lo que las mantenía todas allí sujetas. El rubí era de un rojo intenso y, mientras lo miraba en la palma de mi mano, no pude dejar de pensar en una gota de sangre flotando sobre un mar de luz. No lograba ni imaginarme

cuánto costaría una pieza tal.

Le devolví el collar a Matilda, que lo dejó de nuevo en el ataúd, sobre la capa.

—¿Qué me dices del libro?

Aunque me había quedado absorto con las piedras preciosas, los pensamientos de mi hermana seguían con toda claridad fijos en la capa de Ma, y sus dedos no cesaban de recorrer la tela, dejando traslucir los nervios. La soltó con una cierta aprensión y llevó la mano al librito, que también era viejo —podía verlo desde donde estaba sentado— y tenía las páginas amarillentas. Matilda lo abrió por la primera, y sus ojos barrieron el texto: primero se abrieron como platos y después se entornaron cuando pasó a la página siguiente y otra más después de ésta.

—¿Qué es?

—Es la letra de Nana Ellen, pero no reconozco el idioma —dijo Matilda.

—¿Me permites?

Me entregó el libro y estudié el texto. Yo también reconocí la letra como la de Nana Ellen, sus trazos con volutas ejecutadas de manera meticulosa. Había visto esa letra de pequeño en muchas notas y cartas, pero también a mí se me escapaba el origen de aquel idioma.

Fui pasando las páginas y me encontré con que estaba escrita prácticamente la mitad del libro. Regresé a la primera página, hice una pausa y me fijé en la primera línea, ya que, incluso en un idioma desconocido, uno podía adivinar su significado. Era una fecha:

*12 Október 1654*



CARTA DE MATILDA A  
ELLEN CRONE FECHADA  
EL 11 DE AGOSTO DE 1868

*Mi queridísima Ellen:*

¡Por dónde empezar!

Esta noche, Bram y yo hemos hecho algo que habría considerado impensable hace apenas unas semanas. ¡Hemos excavado la tumba de Patrick O’Cuiv! No sólo hemos llevado a término una tarea tan espantosa, sino que además lo hemos hecho bajo el manto de la oscuridad mucho después de que cerrara el cementerio. Nos encontrábamos en un estado de profunda aprensión por temor a que el guarda nos descubriese, un guarda que, debo decir, realiza sus labores de la manera más deficiente, pues ni siquiera le hemos visto el pelo, ni una sola vez. Todo ese sigilo me ha resultado emocionante.

Me atrevo a decir que hemos descubierto el surtido de objetos más inusual dentro de los confines de esa caja de pino. Tocaré ese respecto en un momento, pero antes me gustaría señalar lo que no hallamos en el ataúd: el cuerpo de ese tal Patrick O’Cuiv. ¡Tal y como yo sospechaba, era bastante obvio que el señor O’Cuiv no se hallaba en su propia sepultura! Alguien se había tomado la molestia de colocar piedras en el ataúd a modo de basto reemplazo del cuerpo, y las había envuelto en un sudario, pero eso era lo que era. Cualquiera con un mínimo de interés podía ver claramente que aquello

no era un hombre. El único motivo para meter piedras en un ataúd de ese modo sería el de engañar a quienes lo enterraron en un principio —los hombres que cargaron con el ataúd hasta la tumba y lo hicieron descender al suelo para su descanso eterno—, así que eso hubo de ser lo sucedido.

No me cabe ninguna duda de que el hombre que murió de manera reciente en Dublín era el mismo Patrick O’Cuiv que en esta tumba tenía su sitio. Cómo vivía, aún he de determinarlo. Tampoco sé cómo fingió su propia muerte ni cómo es que no envejeció en todos estos años transcurridos. Me imagino que tú tendrás algo que decir a ese respecto. Ya lo comentaremos largo y tendido cuando te encontremos, de eso puedes estar segura.

Dediquemos ahora un momento a analizar lo que sí hallamos en el lugar del reposo no tan definitivo del señor O’Cuiv. La capa de Ma, para empezar. ¿Cómo acabó en esa tumba una capa que es evidente que tú le cogiste a Ma? ¿Cómo la metiste ahí? ¿Y por qué? ¿Y qué me dices del espejo de mano y del cepillo? ¿Son tus pertenencias, también? De ser así, ¿acaso se los robaste a esa tal condesa Dolingen von Gratz? ¿Quién es? En cuanto regrese a Dublín, pienso visitar la biblioteca Marsh para determinar justo eso.

Me imagino que deseará que le devuelvan ese collar. ¡Qué exquisitez!

Te estamos ganando terreno, mi querida Nana Ellen. Nos acercamos más con cada minuto que pasa.

El libro fue quizá el objeto más desconcertante de todos. Escrito con tu letra pero fechado siglos atrás. De haberlo visto hace un año, lo habría considerado no más que una artimaña, pero después de las cosas que he visto últimamente...

¿Es un objetopreciado para ti? ¿Tienen todas estas cosas algún valor sentimental para ti?

Quiero que sepas que nos las llevamos. La capa, el espejo de mano, el cepillo y el libro: nos lo llevamos todo. Para consternación de Bram, envolví tus recuerdos en la capa de Ma y me los traje conmigo.

Aun así, no hemos permitido que las piedras descansaran solas: he dejado en la tumba todas y cada una de las cartas que te he escrito. Si en algún momento regresas en busca de tus posesiones, encontrarás mis líneas aguardándote en su lugar.

Bram y yo rellenas el agujero con muchas prisas, y después regresamos veloces al lugar donde habíamos acordado que nos reuniríamos con el cochero de Thornley. Al trepar el muro, descubrimos el carruaje en la alameda, pero sin rastro del cochero. Los caballos parecían impacientes; el piafar de sus cascos nos indicaba que llevaban un tiempo allí.

Bram me dio instrucciones de permanecer en el carruaje mientras él buscaba al cochero por los terrenos circundantes. Vi a mi hermano salir hacia el camino y seguirlo doblando la esquina del extremo opuesto del cementerio, donde desapareció de mi vista. Revisé el habitáculo en busca de alguna nota del cochero, pero no hallé ninguna. Acto seguido me subí al pescante por si acaso nos hubiera dejado allí algún mensaje. No me encontré amarradas las riendas de los caballos, como cabría esperar, sino tiradas en el suelo como si alguien las hubiera dejado caer en un momento de pánico. Fue entonces cuando descubrí la sangre. Sólo unas cuantas gotas en el asiento, figúrate, y un par más en el reposapiés, pero las suficientes para generar preocupación. Eran recientes, derramadas hacía menos de una hora.

De inmediato consideré las posibilidades: o bien el cochero se había hecho una herida y había salido a buscar ayuda, o bien se hirió en algún tipo de refriega y se lo habían llevado. Más allá de la sangre, no tenía ningún motivo para pensar que se había producido un enfrentamiento, pero mi mente se aferró a esa posibilidad y se mantuvo firme.

Salté del carruaje, lista para salir en busca de Bram. Y entonces la vi.

Una niña de no más de seis o siete años de edad, con el pelo castaño y los ojos verdes más radiantes. Permanecía de pie, absolutamente rígida en medio del camino, mirándome. No la oí llegar, ni tampoco hizo ningún ruido desde que la vi; se encontraba ahí, sin más, en completo silencio. Llevaba una sombría capa de color pardo con la capucha sobre la cabeza, pero no tanto como para que sus facciones se perdiesen en la penumbra. Al contrario, su rostro resplandecía, como si su piel capturase la luz de la luna y se iluminase con ella. Sus ojos, relucientes como estrellas, continuaron clavados en mí sin flaquear.

Supe entonces que aquélla era la niña a la que habíamos visto debajo del fresno allá en el Hospital del Doctor Steevens.

—¿Quién eres? —le pregunté, con la esperanza de que mi voz no delatase la inquietante sensación que se había apoderado de mí.

Su mirada desencadenó algún instinto profundo en mi interior, un instinto que me decía que echase a correr. Al pensar ahora en este encuentro, me hace imaginarme a un gato que observa a un ratón, una bestia que estudia a su presa.

—¿Por qué habéis violentado la tumba de mi padre? —Sus palabras llegaron desde el otro lado de la calle, con una voz melódica.

—¿Tu padre? —Entonces establecí el vínculo, cuando mi mente regresó a aquellos artículos del periódico de hace tanto tiempo—. ¿Eres Maggie O’Cuiv?

La niña no dijo nada, con sus ojos sombríos clavados en mí. Me aventuré a dar un paso hacia ella, pero, al acercarme, ella se retiró una distancia equivalente. Sin embargo, no eran sus pies los que la llevaban; no los vi moverse en absoluto. Se deslizó hacia atrás sin más, como si se hallase sobre una alfombra de aire. No pude reprimir un grito ahogado ante aquel espectáculo, y la niña encontró divertida mi reacción, se le curvaron hacia arriba los labios en una sonrisa. Sus dientes, ahora expuestos, eran muy blancos, contra natura. Su piel también me resultó extraña: de un pálido cadavérico y estampada de venas minúsculas. Las mejillas, sonrojadas cuando la vi al principio, ahora parecían perder el color.

Mis pensamientos regresaron al cochero desaparecido. ¿Podría aquella niña ser de algún modo la responsable? Bobadas, por supuesto. Es probable que el hombre doblase incluso a Bram en corpulencia, y aquella cría era tan poquita cosa... Pero había algo en ella, algo que me erizaba el vello de la nuca.

—Tu padre no está en su tumba, Maggie. ¿Sabes por qué?

Al oír aquello, su sonrisa se hizo más amplia.

—¿Quizá porque lo tienes detrás de ti?

Decir algo tan diabólico..., yo sabía que lo único que quería era marearme. Me negué a darme la vuelta y mirar a mi espalda; no le daría esa satisfacción.

—Quizá lo tengas justo detrás de ti y esté listo para sangrarte la vida de

ese cuerpecito tan precioso.

Tal y como se había alejado de mí flotando un momento antes, ahora flotaba para acercarse y llegar a poco más de un metro. Sólo el leve roce de su capa delataba algún tipo de movimiento, y su cuerpo se mantenía inmóvil por completo. El ambiente se acalló a nuestro alrededor. Ya no podía oír los sonidos de la ciudad ni las criaturas de la noche, ni siquiera un solo grillo.

A aquella distancia, sus ojos, tan penetrantes y hambrientos, me parecieron hechizantes. Quería dejar de mirarla, pero descubrí que no podía. No pude sino sostenerle la mirada.

—Le gustarías a mi padre —dijo apenas en un hilo de voz—. Siempre le han gustado las muchachas como tú.

—¿Dónde está Ellen Crone? —Me obligué a pronunciar aquellas palabras decidida a no dejar que mi voz delatara mi temor.

Si la niña reconoció tu nombre, su rostro no dio muestra de ello; no hizo el menor gesto. Intenté no pensar en las cosas que me había llevado de la tumba de Patrick O’Cuiv. Algo me decía que, si pensaba en ellas, esta niña lo sabría. Me arrancaría los pensamientos directamente de la cabeza, se llevaría los objetos del carruaje, y yo sería incapaz de impedirselo. De manera que, cuando los pensamientos de aquellos objetos trataron de abrirse paso hacia mi mente, los dejé a un lado y me concentré en Bram, mi hermano, mi querido hermano. Entonces grité su nombre. El eco de mi voz resonó en los negros muros de la noche. Lo grité con tal fuerza que una bandada de cuervos echó a volar de entre los árboles que nos rodeaban y se alejó aleteando en la oscuridad.

Esta niña, aquel ente que era Maggie O’Cuiv, de nuevo se deslizó para retroceder, pero sólo un poco, aún flotaba fuera de mi alcance. Al verlo, la mano se me fue al pecho y presionó contra la cruz de plata que llevo colgando del cuello. El metal gélido me punzó en el pecho, y agradecí su fresco abrazo, que sentí reconfortante. Mi subconsciente me decía que echara a correr, que volviese a saltar por encima del muro, que cruzase disparada la puerta de la iglesia y allí me quedase hasta que la luz del día se impusiera en la batalla por el cielo, pero no me moví, mis pies se mantuvieron firmes.

En ese momento localicé a Bram. Doblaba la esquina de la calle y corría

de regreso hacia mí. Aparté los ojos de Maggie O’Cuiv tan sólo por un instante, pero cuando volví a mirarla ya no estaba; no había ni rastro de ella.

—No he podido encontrarlo —dijo Bram—. Sea a donde sea que se haya ido, no ha dejado ni huella.

Me acerqué al punto donde había estado Maggie O’Cuiv y caminé despacio en un círculo, mirando entre los árboles y la flora circundante.

—¿La has visto?

Bram no la había visto, y por un segundo pensé que me había imaginado todo aquel encuentro. Aun así se lo conté, cuidándome de no dejar al margen ni el más mínimo detalle.

—¿Nos ha estado observando todo el rato?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No lo sé. Creo que no.

—¿Y todavía era una niña? ¿Una cría?

Asentí.

Entonces le mostré la sangre en el carruaje, las gotas que ya empezaban a secarse, motas ominosas sobre el cuero negro. Bram las cubrió con una manta.

—No podemos marcharnos sin el cochero. Creo que deberíamos coger una habitación en la posada de Carolan e informar de su desaparición por la mañana, si es que no se presenta.

Agradecí su sugerencia. No abrigaba ningún deseo de regresar esta noche a Dublín. Quería estar en algún sitio rodeada de gente, tan lejos de este lugar aislado como fuera posible. La posada de Carolan se hallaba en el Camino de Howth, no muy lejos del cementerio. Contaba con toda una manzana adyacente como establo de buen tamaño, con todas las provisiones necesarias para los caballos. Si el cochero se había despistado sin más, no le costaría localizar allí el carruaje.

Estos sucesos se han producido hace dos horas, y ahora estoy sentada ante una mesita en un rincón de la habitación que compartimos, ya que me sentía demasiado alterada como para pensar en coger una habitación para mí sola, y te estoy escribiendo esta carta mientras Bram emite unos sonoros ronquidos desde la cama. El pobre estaba agotado por las actividades de esta noche. El

sueño, sin embargo, es lo más alejado de mis pensamientos.

En cambio te escribo, y lo hago mientras los objetos que nos hemos llevado de la tumba de O'Cuiv descansan en la mesa ante mí, y todos ellos generan más preguntas que respuestas.

Si quieres estas cosas de vuelta, ya sabes dónde encontrarnos.

Hasta entonces, buscaré alguna manera de descansar. Mañana pretendo averiguar quién podría ser en realidad esta condesa Dolingen von Gratz. Después buscaré a alguien capaz de leerme y traducirme tu libro.

Espero que encuentres el resto de mis cartas, ahora a algo más de dos metros bajo tierra. Espero que las leas y que vengas a mí. Estoy convencida de que andas cerca. Puedo sentirlo.

¿O es acaso la niña de los O'Cuiv?

*Tuya afectísima,  
Matilda*

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*12 de agosto de 1868, 2.23 h*

Me he despertado con el rugido del trueno.

Un fuerte restallido se adentró en las profundidades de mi sueño y me sacó de él con un sobresalto. Al principio no comprendí dónde estaba; la extraña habitación, la cama desconocida. No recordé nuestra decisión de pasar la noche en la posada hasta que la vista se me acostumbró a la penumbra y se me disipó el sueño.

Clontarf.

Estaba en Clontarf.

Me dolía la garganta, como si se avecinara un resfriado. Eran imaginaciones mías, pues ya no enfermaba nunca.

Me incorporé en la cama al tiempo que la lluvia empezaba a tamborilear contra el cristal de la ventana, apenas unas gotas al principio, muchas más después. En cuestión de minutos, caía el diluvio en densas cortinas de agua. Cuando los fogonazos de los relámpagos inundaron la estancia, vi fugazmente a Matilda dormida ante el pequeño escritorio cerca de la puerta. Ya hacía tiempo que había chisporroteado y se había apagado la única vela que ella misma había encendido antes y que no era ya sino un charco de cera seca en el platillo.

El sueño me había sido esquivo en un primer momento, y he de reconocer que me tomé algo más de un dedal de brandy antes de ser por fin capaz de



descansar. Parecía como si los sucesos de la noche no hubieran sido más que un mal sueño, pero yo sabía que no era así. Con las primeras luces, tendríamos que ir en busca del cochero de Thornley. Yo no creo que ese hombre se haya despistado, y el descubrimiento de Matilda de la sangre en su asiento ha resultado de lo más perturbador. Esto, sumado a la tumba de O'Cuiv y a cuanto hemos hallado dentro, empeora todavía más las cosas.

Me levanté de la cama y fui hasta Matilda. Su respiración fluía con ritmo constante. Aunque mi hermana había encontrado los medios para sellar su sobre antes de quedarse dormida, aún tenía la pluma agarrada en la mano. La retiré con cuidado de entre sus dedos y la levanté de la silla. Se movió ligeramente, pero no se despertó. La llevé hasta la cama, la posé con delicadeza y la tapé con la gruesa colcha. Ya se me había olvidado lo frío que podía resultar Clontarf en aquella época del año, en particular tan cerca del agua.

Me vi ante la ventana, mirando hacia el puerto a través de la lluvia. El brazo comenzó a picarme, ligeramente en un comienzo para volverse tan persistente que no tuve más opción que rascarme. Y por fastidioso que resultara hasta el codo, era más intenso en la muñeca, donde tenía aquellas dos marcas pequeñas y vulgares.

*Bram. Ven a mí, Bram.*

La primera vez que oí la voz me volví casi esperándome encontrarla en la habitación con nosotros, pero sólo estaba Matilda, durmiendo con un sueño profundo a poco más de un metro.

Era su voz, sin embargo; era inconfundible.

—¿Nana Ellen?

Dije su nombre en voz alta, y al oír mi propia voz me percaté de que la suya me había llegado a través de la mente, no sé muy bien cómo, y mientras que mi voz había sonado en un hilo dentro de la pequeña habitación, la suya parecía proceder al tiempo de todas las direcciones y de ninguna en particular.

—¿Dónde estás?

Miré hacia la puerta, y estaba cerrada; en la habitación no había donde se pudiera esconder nadie.

La cabeza se me disparó hacia atrás y me quedé mirando al techo cuando volvió a mí aquella horrible visión de mi infancia. No encontré más que la escayola agrietada y unas telarañas.

*Estoy aquí fuera, Bram. En la ventana.*

Me volví en redondo hacia la ventana, y allí estaba, su rostro a escasos centímetros del cristal. La lluvia le goteaba del pelo y caía en una cascada sobre su piel. Estaba muy pálida, más de lo que recordaba haberla visto nunca. No había envejecido, tal y como habían dicho Matilda y Thornley, y no aparentaba ser más mayor que el día en que se marchó.

No obstante, era imposible que estuviera ahí; nuestra habitación se hallaba en el segundo piso de la posada, sin balcón ni terraza donde poner el pie. La parte frontal del edificio no contaba con pasarelas ni cornisas, nada sino una fachada de ladrillo basto.

Levantó las manos hacia la ventana y presionó las palmas contra el cristal moviendo los dedos como si lo arañase. Intenté dar un paso para acercarme, pero el temor me tenía inerte. No podía más que mirarla, observarla.

Solté un grito ahogado cuando un segundo rostro apareció en la ventana junto a ella. Era una niña con el pelo largo y oscuro. Enseguida la reconocí de las inmediaciones del hospital. Por lo que Matilda me había dicho, no me cabía ninguna duda de que era Maggie O'Cuiv.

*Debes salir fuera, Bram. Tengo que hablar contigo. Cuánto tiempo ha pasado.*

El brazo me picaba horrores.

Ellen tiraba de mí con aquella misma fuerza que una vez de niño sentí que me llevaba a través de los campos y los bosques en su busca. Retrocedí hacia la puerta con un cauteloso paso detrás de otro hasta que me encontré en el pasillo, hasta que estuve abajo. Me moví en silencio por la posada y al fin me vi saliendo a la fría lluvia.

Ellen y la niña ya no estaban en la ventana; las descubrí de pie al otro lado de la calle, cogidas de la mano. Ambas lucían unas capas que la tormenta había empapado de un modo deprimente. Reparé en que ni siquiera me había puesto un batín; estaba en camisón en plena lluvia, con los pies descalzos sobre los adoquines.

*¡Aquí está mi Bram! Ahora ven con nosotras, déjame ayudarte.*

Su voz sonaba tan dulce, como un néctar para mis oídos, que deseé volver a oírla.

¿Ayudarme? ¿Ayudarme cómo? Me pregunté aquello durante el segundo más breve antes de verme cruzando la calle, atraído hacia ellas como si tirara de mí aquel cordel tenso de mis lejanos recuerdos de la infancia.

No se me ocurría lugar mejor en el que estar que entre sus brazos.

# AHORA

Está solo.

Los lobos no regresan, o, si lo hacen, Bram no los ve. Monta guardia ante la ventana, escribiendo frenético en su cuaderno con la esperanza de documentarlo todo mientras aún pueda hacerlo.

De todas formas, todavía puede oírlos. Esos aullidos inquietantes que rasgan la noche por doquier, y la criatura de detrás de la puerta que les responde de vez en cuando, a veces con un aullido de los suyos, a veces con nada más que un gruñido que suena frustrado o arrastrando las patas en un estado de agitación. En un momento concreto, olisquea de nuevo el marco de la puerta, primero por abajo, después subiendo de alguna manera por el lateral y por la parte superior, muy por encima de la cabeza de Bram, que no tiene ni idea de cómo es capaz de hacer tal cosa e intenta no pensar en ello siquiera.

Ahora, la criatura araña la madera. No es el sonido de un perro que escarba en la superficie, sino el de una persona con las uñas largas que las arrastra desde lo alto de la puerta hasta el fondo y de nuevo hacia arriba. Bram se encoge al pensar en las astillas clavándose bajo esas uñas y, aun así, la criatura presiona con más fuerza, ajena al dolor. Esto se repite una y otra vez. Cuando cesan los arañazos, la habitación queda sumida en el silencio.

Es entonces cuando Bram lo divisa.

Un hombre solitario de pie sobre la misma roca en la que él ha estampado el agua bendita. Es un hombre alto que viste de negro de los pies a la cabeza. El pelo largo y oscuro enmarca una tez pálida bajo un sombrero de copa.

Lleva una capa que cubre toda la estatura de su cuerpo, ondula en el aire de la noche y flamea a sus pies. Bram no puede verle la cara. El hombre mira al suelo, y las sombras le emborronan las facciones. Cuando vuelve la cabeza, esas mismas sombras parecen seguir los contornos de su rostro y mantenerlo en una constante oscuridad.

Bram extiende el brazo hacia atrás y toma el rifle en la mano. El simple tacto del acero frío le reconforta, aunque sabe que el arma servirá de poco. Quien sea o lo que sea que fuere este hombre, no teme a las balas.

*Ha venido a por nosotros, Bram. Me quiere a mí, pero te desea a ti sobre todo. No somos tan diferentes, tú y yo, la sangre de otros que florece en nuestras venas.*

La voz es masculina esta vez, desconocida.

*Si me liberas, quizá él te perdone a ti.*

Bram no tiene ninguna intención de hacer tal cosa.

Deja el rifle y saca las dos últimas rosas del cesto, las bendice y coloca una en el alféizar de cada ventana.

Atraído, ya sea por el movimiento o por el acto en sí, el hombre eleva la mirada. Una sonrisita se asoma a sus labios rojos y finos. Bram capta el vistazo más fugaz de unos dientes blancos bajo aquellos labios, y le recuerdan a los lobos, a sus hambrientos colmillos que gotean con una saliva espesa.

Detrás de la puerta se vuelve a oír la risita de la niña.

El hombre se queda mirándolo, hacia arriba, durante el rato más largo, sin dejar de ser una estatua y con los ojos brillantes a la luz de la luna. Luego alza la mano y señala: unos largos dedos extendidos, que salvan la distancia en busca de Bram.

Bram comienza a sentir un furioso picor en el brazo, primero en las dos marcas de la mordedura, después le asciende por el antebrazo y le llega hasta el hombro. Nadie sino Nana Ellen le había provocado aquello nunca, aquel picor. Cierra los ojos y trata de llegar hasta ella, hasta Ellen, pero no encuentra nada de su presencia; sólo está él, este hombre extraño que clava los ojos en Bram desde abajo.

El suelo se sacude bajo los pies de Bram, que está a punto de perder el

equilibrio. Los dedos del hombre apuntan directamente hacia él, y con un leve temblor de las yemas hace que la habitación vuelva a vibrar. Los crucifijos se golpean contra la pared, dos caen al suelo, y los espejos traquetean. El hombre señala otra vez, y uno de los espejos se desliza de su clavo y se hace añicos contra la piedra a los pies de Bram. Cuando la habitación se sacude, del techo caen cascadas de polvo, y Bram observa con nerviosismo que la pasta que ha colocado alrededor de la puerta sigue desmoronándose y continúa cayéndose.

—Baja y te librarás —dice el hombre.

Está hablando en voz baja y, aun así, Bram lo oye sin el menor esfuerzo. No sabe cómo, pero muy al estilo de la voz de detrás de la puerta, la del hombre penetra directamente en su cabeza.

Bram cierra los ojos y empuja en respuesta. Se imagina una burbuja invisible, primero a su alrededor, después alrededor de toda la habitación, una burbuja tan fuerte que ni la bala de un rifle la puede perforar. Empuja hasta que la habitación se queda quieta. Empuja hasta que la voz del hombre ya no está. Empuja hasta que no siente nada de la criatura de detrás de la puerta.

Es entonces cuando Bram oye el siseo de una serpiente.

# TELEGRAMA DE LA OFICINA DE CORREOS

---

REMITE: M. STOKER  
POSADA DE CAROLAN  
CAMINO DE HOWTH, 107  
CLONTARF

DESTINATARIO: DR. THORNLEY STOKER  
CALLE HARCOURT, 43  
DUBLÍN  
12 DE AGOSTO DE 1868, 3.12 H

MI QUERIDÍSIMO HERMANO:  
ALGO HORRIBLE HA SUCEDIDO.  
TUMBA COMO SOSPECHÁBAMOS.  
HERIDO BRAM.  
COCHERO DESAPARECIDO.  
QUIZÁ NOS SIGA ALGUIEN.  
SI RECIBES ESTE MENSAJE ANTES DE NUESTRO REGRESO, ENVÍA  
AYUDA.  
M.

# DIARIO DE THORNLEY STOKER

(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*12 de agosto de 1868, 18.43 h*

Siento la necesidad de continuar documentando todo lo que ha sucedido. Ha sido tanto lo que ha pasado en los últimos días que me resulta difícil saber por dónde empezar, así que comenzaré con los sucesos de hoy.

Una vez más me desperté con un aporreo en la puerta principal de mi casa. En algún momento de la noche me había quedado dormido en un sillón ante la puerta con el rifle acunado entre mis brazos. El perro grande regresó en múltiples ocasiones a lo largo de aquellas horas de soledad, y cada vez rodeaba mi casa un poco más cerca que antes. Aunque estaba a salvo en el interior, me temblaba el cuerpo entero cuando el perro se detenía en la vereda de delante de la casa y me miraba fijamente con esos grandes ojos rojos. Oía sus gruñidos hambrientos, un rugido tan profundo y sordo, pero sólo una vez me asomé a la ventana. Pese a tener en las manos un arma potente, aquella bestia sería más rápida de lo que yo jamás podía tener la esperanza de ser al apuntar.

Pero, como iba diciendo, me acababa de despertar. Se había hecho la luz del día y el perro había desaparecido, como si la claridad hubiese barrido



todo cuanto es oscuro, y estaban aporreando mi puerta con violencia.

La abrí para descubrir allí de pie a Matilda y a Bram una vez más, pero en sus ojos vi el temor que yo mismo había sentido apenas unas horas antes, de modo que me apresuré a hacerlos entrar. Juntos, me contaron su viaje a Clontarf y sus descubrimientos en la tumba de O’Cuiv. Los objetos que habían hallado estaban desplegados ante nosotros sobre mi mesa. Mi cochero extraviado, que seguía desaparecido. Lo que le sucedió a Bram...

—Cuéntamelo otra vez —pedí.

Matilda respiró hondo.

—Me he despertado para encontrarme con la puerta de nuestra habitación abierta y con que Bram no estaba. Fuera caía una tormenta tremenda, así que me he asomado a la ventana y lo he visto...

—Matilda, por favor, continúa.

Matilda miró a Bram, que asintió con la cabeza. Prosiguió.

—La niña de los O’Cuiv lo tenía sujeto mientras Ellen le succionaba en la muñeca. Y Bram...

Los ojos se le llenaron de lágrimas e intentó sacudírselas: no estaba dispuesta a ceder ante sus emociones.

—... Bram tenía la muñeca de Ellen en sus labios. Estaba... estaba bebiendo de ella igual que ella bebía de él.

Con la más absoluta compostura, me obligué a mirar a mi hermano. No es que lo deseara. Las emociones que me recorrían con la sola idea de él cometiendo tal acto eran sobrecogedoras. Aun así, aquélla era la tercera vez que la obligaba a narrar la historia, y no había cambiado ni una sola palabra por más que yo albergase la esperanza de que lo hiciese.

—¿Y tú no recuerdas nada de esto? —pregunté.

Bram me dijo que no con la cabeza.

—Recuerdo haberme despertado y haber llevado a Matilda a la cama, y recuerdo el comienzo de la lluvia, pero todo lo posterior a ese momento se ha perdido. No recuerdo nada más hasta que he oído a Matilda gritar mi nombre.

—He cruzado la calle corriendo —dijo Matilda—. Casi resbalo con la

piedra mojada del suelo, y he apartado la mirada de él tan sólo un segundo. Cuando he vuelto a mirarle, estaba en el suelo, inconsciente y solo. No había ni rastro de Ellen ni de Maggie O’Cuiv.

—¿Y Bram?

—Como ya te he contado. Tenía los labios y la muñeca cubiertos de sangre, pero la lluvia enseguida se ha ocupado del desastre y lo ha lavado. No era capaz de reanimarlo; lo he intentado durante diez minutos. Dos hombres que iban de camino al puerto han tenido la amabilidad de ayudarme a meterlo en nuestra habitación; les he dicho que se ha pasado gran parte de la noche en la taberna. Mientras él dormía, he contratado el servicio de otro conductor para el carruaje con la ayuda del posadero, y hemos partido con las primeras luces. En ese momento, Bram ya se había despertado, pero estaba grogui. He tardado un tiempo en convencerlo para que suba al carruaje. Una vez a plena luz y con el aire fresco, ha comenzado a recobrar la lucidez.

Me volví hacia Bram y extendí la mano.

—Déjame verte la muñeca.

Bram vaciló un instante y después extendió el brazo y lo giró.

Las dos pequeñas heridas de punciones en la muñeca resultaban claramente visibles sobre la vena, pero ninguna de las dos parecía reciente. De haberlas visto sin el concurso del relato de Matilda, las habría tenido por viejas heridas en un avanzado estado de curación. Toqué una con prudencia.

—¿Duelen?

—No —respondió Bram—. Me pican. Siempre me han picado.

Su respuesta me dio que pensar.

—¿Ha pasado esto antes?

Mi hermana y Bram intercambiaron una mirada. Él asintió.

—Aparecieron por primera vez la noche en que me curé de niño. Desde entonces, las he tenido siempre.

—¿Por qué no lo has dicho nunca?

—Yo lo sabía... —dijo Matilda con voz vacilante—. Desde que éramos pequeños.

Esto no era ninguna sorpresa para mí. Bram y yo no estábamos muy unidos de niños, ni tampoco lo estaba yo con Matilda.

—Hay más. —Matilda agarró un abrecartas de mi escritorio y se lo entregó a nuestro hermano—. Muéstraselo, Bram.

Bram cogió el utensilio y, sin vacilar, se hizo un tajo de unos ocho centímetros en el brazo.

—¡Qué estás haciendo! —exclamé, al tiempo que sacaba el pañuelo del bolsillo del pecho y le envolvía la herida.

Bram dejó el abrecartas en la mesilla con mucha calma.

—Esto no es necesario.

Se quitó el pañuelo, ya humedecido con su sangre, y lo utilizó para frotarse el corte.

Me quedé mirando con asombro. ¡El tajo había desaparecido! No había ni rastro de la herida más allá de una línea fina y rosada. Y, un instante después, esa línea también se había desvanecido.

—¿Cómo es posible?

Bram se sentó en el borde del sofá.

—Siempre ha sido así, al menos desde que Ellen me curó de niño.

—No ha enfermado, ni un solo día —señaló Matilda—. No desde aquella noche.

Fruncí el ceño.

—Y lo de anoche qué fue, ¿una especie de tratamiento? ¿Un intercambio de sangre?

Nadie respondió a aquella pregunta; no era necesario. Todos comprendíamos que era así. Respiré hondo y me resigné a revelar a mi vez mi secreto.

—Hay algo que debo enseñaros a los dos.

Los guie a través de la casa y ascendimos por la gran escalinata hasta el dormitorio principal, donde Emily dormía profundamente sobre la colcha. Matilda y Bram vacilaron ante la puerta, y les hice un gesto para que entraran y se acercasen a la cama. Teníamos un quinqué en la mesilla de noche; encendí el pábilo y sostuve la llama cerca del cuello de mi mujer. Los dos pinchazos minúsculos tenían una costra de sangre seca.

—Los vi por primera vez el jueves por la noche. Parecía que estaban sanando, pero algo reabrió la herida anoche y le dejó unas marcas recientes.

La oí chillar cuando llegué a casa, y me la encontré desvanecida junto a la cama, sangrando.

Bram se inclinó para aproximarse.

—Son como las mías, pero más irregulares, como si sanaran más despacio. ¿Ha dado muestras de algo similar a lo que yo te he enseñado abajo?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—En absoluto. Lo contrario, más bien. ¿Veis ese pequeño corte que tiene en la mejilla? Se lo hizo ayer al caer; creo que se golpeó con el poste de la cama. Apenas ha sanado; me costó sobremanera detener la hemorragia, nada parecido a lo que tú me has mostrado. Hoy no se ha movido de esta cama. Parece perdida en un sueño profundo. He intentado despertarla antes, pero ha sido en vano. No tiene fiebre ni ningún otro síntoma externo de enfermedad, pero su respiración se vuelve en ocasiones fatigosa, y lleva casi toda la semana quejándose de dolores de cabeza. Incluso ahora, ni se inmuta. Hace unas horas se ha puesto a hablar en sueños, pero sus palabras no tenían sentido; parecía muy agitada e inquieta. Sacudía las manos y pataleaba con tal fuerza que no podía sujetarla; he llamado a dos criadas para que me ayudasen. Cuando por fin se ha tranquilizado, de nuevo le ha venido el sueño profundo, y ha sido como si su mente se perdiera todavía más lejos. Sea lo que sea lo que le sucede, está empeorando, me temo.

Matilda se inclinó sobre Emily e inspeccionó la herida.

—Dudo que Ellen hiciera esto, no le habría dado tiempo, no si nos siguió hasta Clontarf.

—No creo que Ellen sea la responsable —le dije—. Tuve el infortunio de toparme con el «hombre de negro» de Emily también anoche. Vamos, regresemos a la biblioteca y os diré más.

Una hora más tarde, rodeados de los volúmenes de mi colección —es decir, los que se habían librado de la furia de Emily—, compartí con ellos todo lo sucedido anoche, incluida la muerte del guarda de seguridad y mi encuentro con el hombre de negro.

—Así que ese hombre tiene ahora el cadáver de Patrick O’Cuiv, ¿no? —preguntó Matilda.

—Lo supongo. O bien eso o bien otra persona llegó antes hasta él.

—¿Con qué fin?

Me encogí de hombros.

Bram atizó el fuego y añadió un tronco más. La madera nueva emitió un crujido sonoro y se acomodó sobre las llamas de la antigua.

—¿Qué querría de Ellen ese hombre? ¿Cómo sabría siquiera que tú la conoces?

De nuevo, no tenía respuesta.

—Todo esto está relacionado de alguna manera —declaró Matilda—. O’Cuiv, este hombre, Ellen, lo que fuera que le hiciese a Bram.

—Lo que fuera que cualquiera de ellos le hiciese a mi Emily —añadí.

—Sí, Emily también.

Observé cómo Matilda cruzaba la sala y recogía la capa negra que habían recuperado de la tumba de O’Cuiv. Colocó la prenda sobre la mesita redonda de té junto a mi silla y la desplegó con cuidado para mostrar su contenido: un espejo de mano, un cepillo, un collar y un libro. Me entregó el pequeño tomo.

—¿Reconoces el idioma?

Abrí el libro y comencé a pasar las páginas.

—¿Ellen escribió esto?

—Creemos que sí —dijo Bram—. La letra es muy similar a la suya, si no una coincidencia exacta.

—Pero ¿estas fechas?

—No tienen más sentido que todo lo demás que hay aquí —dijo Bram abriendo los brazos.

—¿Reconoces el idioma? —insistió Matilda.

Me resultaba familiar, nada que hubiese estudiado, pero un idioma que sin ninguna duda ya me había encontrado antes.

—Creo que podría ser húngaro. Tengo un texto médico... —Me levanté y me dirigí hacia las estanterías que forraban la pared este. Extraje un volumen de lo más alto de la tercera por la derecha. Regresé a la mesa y coloqué el texto junto al libro manuscrito hallado en la tumba—. Esto es un ejemplar del *Orvosi Hetilap*; lo adquirí hace ya unos años, cuando estudiaba en el extranjero. —Pasé los dedos sobre ambos textos y comencé a identificar

palabras—. Hay muchos términos similares. Sí, estoy convencido de que esto es húngaro.

—Pero ¿lo entiendes? —preguntó Bram.

—No —les dije—. Pero conozco a alguien que sí lo habla, y quizá pueda arrojar algo de luz sobre todo lo demás.

—¿Quién?

Cerré las cubiertas de ambos libros.

—¿Habéis oído hablar alguna vez del Club del Fuego Eterno?

*13 de agosto de 1868, 21.51 h*

Me sorprendió enterarme de que Bram había oído hablar del Club del Fuego Eterno, aunque no de su ubicación. La organización que a él le resultaba conocida era un grupo de caballeros alborotadores que frecuentaban la Taberna del Águila, cerca del castillo de Dublín, en el corazón de la ciudad. Estos señoritos eran famosos por los jolgorios nocturnos a los que se entregaban bebiendo un mejunje de whisky y mantequilla —que llaman *scaltheen*— hasta embriagarse a base de bien, y después salir y pasearse por Dublín con la intención de hacer barrabasadas. La policía los temía por su gran número y su tendencia a los actos violentos, pero distaba mucho del club en el que pretendía introducir a Bram y a mi hermana en esta noche en particular. Esos hombres que él conocía como el Club del Fuego Eterno no eran más que una cortina de humo ideada por los verdaderos miembros con el fin de desviar la atención en caso de que se pronunciara el nombre en público alguna vez.

El verdadero Club del Fuego Eterno se encontraba en el viejo edificio de piedra de un pabellón de caza situado en lo alto de la cumbre de Montpelier Hill, construido cerca de un centenar de años atrás por William Conolly, antiguo presidente de la Cámara Irlandesa de los Comunes. Se trataba de una ubicación excepcional, ya que podías ver claramente la ciudad desde el edificio, pero la estructura quedaba escondida desde abajo, y el camino que conducía hasta ella estaba oculto y protegido.

En calidad de médico, fue mi colega el doctor Charles Croker quien me dio la bienvenida a esta camarilla cuando entré a formar parte del personal del Sanatorio Mental de Swift. Vio en mí una curiosidad y un deseo que iban más allá de las enseñanzas de la medicina moderna que había recibido en el Queen's College, y creyó que yo sacaría buen partido de las elevadas conversaciones que solían producirse en el Club del Fuego Eterno durante los debates y discusiones de madrugada, en especial en los salones altos, a los que sólo se podía acceder con una invitación adicional. Con frecuencia, estas conversaciones derivaban hacia lo sobrenatural, lo oculto, y hacia unas discusiones de teoría médica tan extremas que la visión de Mary Shelley parecía tan insulsa como un texto trillado de medicina.

Yo no asistía a aquellos debates con frecuencia, ya que las temáticas me resultaban tan perturbadoras que el sueño me eludía durante varias noches después de haber tomado parte en una sola sesión siquiera. Fue durante una de estas mesas redondas cuando conocí al hombre que esperaba encontrar allí esta noche, un profesor húngaro llamado Arminius Vambéry.

—¿Crees que ese tal Vambéry nos ayudará? —preguntó Matilda, atravesando la nube de silencio que pesaba sobre el carruaje.

Mi cochero continuaba desaparecido, y era su hijo quien iba en el pescante en su lugar. Le hice un gesto a Matilda para que mantuviese la voz baja, ya que no conocía al muchacho igual de bien que a su padre, y me figuré que sería mejor que oyese bien poco de nuestros planes.

Di unos golpecitos sobre la cubierta del libro que Matilda y Bram habían retirado del ataúd de O'Cuiv.

—Tengo la certeza de que esto está escrito en húngaro, y Vambéry nos lo traducirá fácilmente. Tiene además grandes conocimientos en materia de artes oscuras.

—¿Y confías en él? —preguntó Matilda—. ¿Tratándose de algo como esto?

Asentí con la cabeza.

—Lo conozco desde la facultad de medicina. Ha compartido conmigo algunas historias espeluznantes a lo largo de los años, y yo he compartido con él una buena cantidad de secretos. Ni uno solo de esos secretos se ha

escapado de entre sus labios. A este hombre le confiaría mi vida.

—¿Y cómo es que nunca habías hablado de él? —me preguntó Bram.

—Lo que se debate en el Club del Fuego Eterno nunca sale de sus paredes; ésa es la regla de oro. Si hablas de algo de lo que te has enterado en el club, consigues que te prohíban la entrada de por vida, a veces algo peor.

—¿Peor?

Bajé la voz.

—Cuentan historias de hombres que han desaparecido por el mero hecho de mencionar el nombre de otros miembros, y no digamos por comentar algún tema del que habían oído hablar en el club. Allí te puedes encontrar a miembros de la alta sociedad hablando libremente con gente de la clase trabajadora; a veces puedes ver incluso a miembros de la realeza entre los asistentes. Comparten una cerveza y charlan sobre temas que no se pueden ni mentar en otros círculos, pero si te tropiezas con algunos de estos hombres en la calle a la mañana siguiente, no te harán ni un leve gesto de saludo. Nada sale del club, jamás.

A Matilda se le arrugó la frente en un gesto de preocupación.

—Si este «club» es tan secreto, ¿cómo pretendes infiltrarnos ahí dentro a Bram y a mí?

—Mientras vengáis conmigo, podré conseguir que os permitan la entrada. No te preocupes por eso.

Matilda soltó una risita burlona.

—Nuestro hermano, el aristócrata. ¿Quién lo hubiera pensado cuando te dedicabas a limpiar establos allá en Clontarf?

El carruaje redujo la velocidad al doblar el recodo de lo alto de la colina y se detuvo por completo cuando llegó al primer control. Sonaron dos golpes rápidos de nudillos en la puerta del coche de caballos, a los que yo respondí con una sucesión de cinco. A mi respuesta le siguió un solo golpe, y yo continué con tres más. Un instante después, el carruaje comenzó a avanzar de nuevo. Bram y Matilda tenían la mirada fija en mí, y mi hermana sonreía como el gato que se comió al proverbial canario. Cinco minutos después, un segundo control, y nos volvimos a detener. En esta ocasión, una voz se limitó a preguntar a través de la puerta:



—¿Contraseña?

Me incliné hacia delante y facilité la palabra secreta.

—Mitón.

De nuevo, el carruaje prosiguió su recorrido de ascenso por el sendero.

—¿No abren la puerta? —preguntó Matilda—. ¿Cómo saben quién va dentro?

—Ésa es precisamente la cuestión; nadie debe saber quién viaja en ninguno de los carruajes. Es una precaución que se toma para asegurar el anonimato; nadie te verá la cara hasta que te encuentres en la seguridad de los confines del club. El secretismo es igual cuando te marchas. Muchos visitantes alquilan coches de caballos en lugar de venir con sus propios carruajes para cerciorarse de que nadie los identifica al asociarlos con un vehículo específico.

Matilda frunció el ceño.

—¿Esos hombres están escondidos en los arbustos o hay pequeños puestos de guardia por el camino?

Me encogí de hombros.

—Me han dicho que está prohibido mirar, así que no lo hago.

—Los chicos se entretienen con los juegos más peculiares —dijo Matilda, que echó un ojo desde detrás de la cortina que tapaba la ventanilla.

Al alcanzar la cima el carruaje, sentí que rodeábamos el edificio y nos deteníamos ante la entrada lateral. Extendí el brazo hasta el pomo de la puerta.

—Vamos, venid.

Descendí del carruaje y le ofrecí la mano a Matilda para guiarla escalones abajo.

Bram miró alrededor del espacio cerrado tan reducido.

—El secretismo continúa.

Tenía razón, por supuesto. La entrada lateral del Club del Fuego Eterno estaba equipada con paredes y un techo que llegaban hasta tocar directamente el carruaje por medio de unas pesadas cortinas que aislaban del mundo exterior y formaban un pasillo desde el coche de caballos hasta el interior del club, que quedaba fuera del alcance de las miradas curiosas, hacia dentro o

hacia fuera.

—La ubicación del club es un secreto celosamente guardado, y este acceso lateral permite que los miembros traigan a sus invitados sin revelar su situación. Venid, por aquí.

Una vez dentro, los conduje por un túnel corto iluminado con faroles de gas colocados en los muros de piedra a ambos lados. Más adelante, las voces inundaban el ambiente, una docena o más. Siempre me resultaba difícil saber cuántas estaba oyendo, por cómo el sonido rebotaba en las paredes.

Cuando entramos en el salón principal de la planta baja, las miradas se centraron en nosotros, sobre todo en Bram y en Matilda, ya que a mí me reconocieron unos cuantos rostros familiares. No hubo intercambio de saludos verbales, ya que no era ésa la costumbre de los miembros. Como mucho, hubo algún leve gesto de asentimiento con la barbilla.

—¿Es ése...? —dijo Matilda en voz baja.

Seguí la dirección de su mirada hasta un individuo bastante atractivo que se encontraba de pie con un grupo de otros cuatro, entregados a lo que parecía ser una discusión acalorada. No alcanzaba a entender lo que decían, pero a juzgar por lo arrebatado que el hombre tenía el rostro, el tema de conversación no era agradable.

—Sí, ése es Arthur Guinness. El caballero al que se dirige es William Wilde, padre de Willie y Oscar. Esto va a ser interesante.

—Maldición —masculló Bram a mi espalda.

Me di la vuelta hacia él.

—¿De qué se trata?

—El hombre que está allí, en aquel rincón, con el puro; es Sheridan Le Fanu.

—¿El dueño del *Evening Mail*?

Bram asintió.

—Y también es el editor. Probablemente será mejor que no me vea aquí. Todavía le debo una reseña.

Cogí a Bram y a Matilda del brazo, los conduje entre la multitud y dimos un amplio rodeo para evitar a Le Fanu al pasar de camino hacia la escalera del fondo de la sala. Un hombre fornido con un bombín negro se hallaba al

pie de la escalera y nos bloqueaba el paso hacia la planta superior. Nos miró a los tres con curiosidad, y sus ojos se detuvieron apenas un momento de más sobre mi hermana. Igual que las cejas, tenía el bigote poblado, negro y rebelde. Sus intentos de domarlo con cera habían provocado que los pelos se disparasen al azar en señal de protesta. No dejaba de atenderlo con la mano, entregado a alisar aquel desastre disparatado, pero sus esfuerzos no servían sino para empeorar las cosas.

—El acceso a la planta superior sólo se concede a los miembros selectos —entonó por fin con un denso acento irlandés.

—Hemos venido a hablar con Arminius Vambéry —le dije—. Nos está esperando.

El hombre consideró aquella petición por un instante.

—Aguarden aquí.

Subió los escalones con una pronunciada cojera en la pierna derecha para no forzarla.

—¿Has enviado un aviso a Vambéry? ¿Cómo es posible que nos esté esperando? —preguntó Matilda.

—Hacer llegar un aviso a Vambéry equivale a hacer señales de humo y darles instrucciones para que giren en la cima de la montaña y se dirijan hacia el oeste. No tiene un domicilio permanente ni buzón de correos donde recibir cartas, telegramas ni mensajes. Nadie sabe dónde reposan sus cansados huesos por la noche; una vez me informó de que nunca duerme dos veces en el mismo lugar. Ni siquiera tengo la certeza de que Vambéry sea su verdadero nombre. La mayoría de la gente cree que es una especie de espía que trabaja para el gobierno, pero, por supuesto, no hay prueba que demuestre la veracidad o la falsedad de dicha teoría. Siempre parece conocer los datos más arcanos, y a ese respecto ha servido como instructor de una buena cantidad de instituciones de estudios superiores; hablar con él, en realidad, es en cierto modo como conversar con una biblioteca con forma humana. Aún estoy por dar con un tema sobre el que no se vea capaz de hablar con confianza.

Regresó el hombre del bombín, recorriendo los escalones con cuidado para acomodar la pierna mala.

—El señor Vambéry está en la Sala Verde.

Nos permitió el paso, y subimos la escalera.

La puerta de la Sala Verde, el lugar preferido de Vambéry cuando asistía al Club del Fuego Eterno, estaba al final del pasillo. Allí dentro lo encontramos, sentado a la cabecera de una mesa grandiosa, en presencia de otros dos caballeros a los que no reconocí. Cuando entramos en la sala, ambos hombres se pusieron en pie y se marcharon sin más; no hubo un hola ni un adiós. Pasaron ante nosotros y continuaron pasillo abajo en dirección a la escalera que llevaba de vuelta a la planta baja.

—¡Adelante, amigo mío! —dijo Vambéry—. Es excelente volver a verle.

Vambéry era más o menos de mi estatura y aparentaba ser unos diez años mayor que yo. Llevaba muy corto el cabello oscuro, lo mismo que la barba y el bigote. Una vez oí decir que tanto la barba como el bigote eran falsos y que los llevaba adheridos con pegamento, lo cual le otorgaba la posibilidad de alterar su apariencia con rapidez. En todo el tiempo que he pasado cerca de este hombre, jamás he visto nada que indicase que cualquiera de los dos fuera sino auténtico.

—Por favor, cierren la puerta después de entrar —pidió.

Eso hizo Bram, y el pestillo se cerró de manera automática con un sonoro clic.

Vambéry extendió el brazo, tomó la mano de Matilda y se la llevó a los labios en un gesto delicado.

—¿Quién es esta bella joven?

Matilda se sonrojó.

—Pensaba que no se mencionaban los nombres en este selecto club.

—A los miembros más antiguos y almidonados les gustaría que todos nos adhiriésemos a esa pequeña regla, pero en lo que a mí respecta, siempre prefiero saber con quién estoy hablando, en particular cuando la compañía es tan deslumbrante como la suya.

—Es mi hermana, Matilda —le conté—. Y éste es Bram.

Envolvió la mano de Matilda entre las suyas.

—Un placer. —Entonces se volvió hacia Bram—. Y bien, ¿está usted

disfrutando de su puesto en el castillo de Dublín?

Bram ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabe usted dónde trabajo?

—Hago por saber de todo aquél con un puesto en el gobierno, desde lo más alto hasta las oficinas administrativas. He oído hablar bien de usted, Bram. Suena como si pudiera ser usted quien traiga por fin algo de organización al despacho del Tribunal de Delitos Menores. Estoy deseando ver lo que hace usted allí. Tengo también un gran afecto por su padre. Es un hombre por el que siento un profundo respeto. E igualmente por su hermano; no hay mejor médico en Dublín.

Entró un criado por una puerta al fondo de la habitación y dejó sobre la mesa una bandeja con un surtido de fiambres y quesos. Había asimismo tres tazas con sus platillos y una tetera negra de cuyo pitorro salía vapor.

—Por favor, únense a mí para tomar el té —dijo Vambéry—. Me aficioné a esta variedad especiada en concreto durante mis viajes por los Balcanes. Por muy espartano que fuera mi equipaje, me aseguraba de llevar siempre conmigo una tetera pequeña, tazas y platillos. Pruébenlo, por favor. Si no es de su gusto, pediré que hagan un poco de café en su lugar.

Encontré aquel té bastante agradable, y así se lo dije; tanto Matilda como Bram coincidieron conmigo.

Hizo un gesto hacia la mesa.

—Por favor, tomen asiento. Díganme cómo puedo ayudarlos.

Una pregunta inofensiva, pero con cuestiones como ésta, ¿por dónde empieza uno? Me volví hacia Matilda y Bram, ambos me devolvieron la mirada, y ninguno de los tres sabía con certeza por dónde arrancar. Nos situamos alrededor de la mesa.

Después de prácticamente un minuto, Vambéry rompió el silencio.

—En el transcurso de mis años en este planeta, he matado a siete hombres, cinco en defensa propia y los otros dos, bueno, en diferentes circunstancias.

Eché un vistazo furtivo a mi derecha; los ojos de Bram dieron un fugaz latigazo hacia los míos. Matilda se había quedado con la boca abierta. La cerró enseguida. Si Vambéry se percató, no dio muestra ninguna y no perdió

un instante antes de proseguir.

—He sido testigo de crímenes demasiado truculentos para detallarlos en presencia de una dama, y me he encontrado con criaturas cuya existencia se creía reducida exclusivamente a las pesadillas de los niños. He conocido a reyes con la capacidad mental de un guisante y a políticos con más esqueletos en el armario que la esposa de un enterrador. He espiado a gobiernos y a hombres para otros gobiernos y otros hombres, y me han compensado bien por hacerlo. He visto muchas cosas en este mundo, y aun así sé que hay por ver muchas más de las que jamás veré; abrazo cada jornada consciente de esto, y espero poder recopilar algo nuevo cada día. —Se inclinó hacia delante y dio un sorbo a su té—. No les cuento todo esto para impresionarlos, sino para reconfortarlos. Aquí no hay secretos, nada que deban intuir que no me pueden contar, ya que tengo plena confianza en que cualquier cosa que compartamos se quedará entre estos muros y no llegará a oídos de nadie más. —Dejó la taza de té en la mesa y se reclinó en su asiento—. Aquí, delante de ustedes tres, he confesado haber cometido asesinatos. Ahora, cada uno de ustedes debe confesar a su vez un secreto, algo que jamás confesarían a nadie en condiciones normales, algo que el resto de nosotros pueda guardar a modo de llave, por así decirlo, la llave de una cerradura que nos vinculará a partir de ahora y hasta el final de nuestros días, ya que revelar uno de esos secretos a un tercero abriría la puerta a la revelación de todos nuestros secretos.

Tales pactos eran comunes en el Club del Fuego Eterno, y yo ya había oído antes el discurso de Vambéry, aunque debo reconocer que la última vez que lo oí sólo confesó un total de seis asesinatos.

Me volví hacia Bram y Matilda.

—Cuando asistía a la facultad de medicina, otros tres alumnos y yo exhumamos los recientes restos mortales de un tal Herman Hortwhither y trasladamos su cadáver a un almacén abandonado a las afueras de Dublín para su estudio. Allí pasamos tres días diseccionando al pobre hombre, primero en un esfuerzo por determinar cómo había fallecido, después para estudiar sus órganos internos. Intentamos hacerlo con el más absoluto respeto y pericia, pero, al tratarse de nuestra primera disección, fracasamos de manera miserable en ambos fines. Francamente, dejamos al señor

Hortwhither hecho un indecoroso desastre. Al completar nuestra mal planificada tarea, su muerte seguía siendo un misterio para nosotros, y aunque el estudio de sus órganos resultó ilustrativo, tan sólo consiguió dejarnos con más preguntas. El fin de semana siguiente regresamos al cementerio y desenterramos el cuerpo de una tal Lily Butler, una prostituta local que había muerto a los dieciséis años por causas desconocidas. La llevamos al mismo almacén y nos dedicamos también a diseccionarla, esta vez con un pulso más firme que en nuestro primer intento. Lamento decir que estas incursiones se repitieron durante la mayor parte de un año. De todas formas, poca elección teníamos; el Real Colegio de Cirujanos ponía muy pocos cadáveres a nuestra disposición, y sólo suministraba uno por cada treinta alumnos, más o menos, y sin estas oportunidades adicionales para el estudio, aprender mi oficio me habría resultado imposible. Regreso al cementerio todos los años y deposito una rosa sobre cada tumba que he profanado y rezo por cada alma que he violentado con la esperanza de que, de algún modo, entiendan que el conocimiento que obtuve de cada uno de ellos me proporcionó la pericia de salvar vidas.

Cuando terminé, no podía mirar a ninguno de mis hermanos; bajé la mirada en cambio hacia el fondo de mi taza de té vacía e intenté desterrar los horribles recuerdos que aquellas imágenes me traían año tras año, pensamientos que deseaba olvidar.

A continuación habló Matilda, y cuando lo hizo, su voz me recordó a la que tenía de niña, no a la de la mujer que ahora era.

—Cuando tenía diecisiete años, asistí a un baile de la Real Sociedad de Dublín en Leinster House. Ma y Pa no tenían la menor idea de que iba a ir; les conté que iba a visitar a mi amiga Philippa Ferguson, y ella le dijo a su familia que se quedaba a pasar la noche con la nuestra, ya que pretendíamos estar fuera hasta el amanecer. No me gustaba la idea de mentir a Pa y a Ma, y rara vez lo hacía, pero podían llegar a ser tan protectores conmigo que aquélla era la única forma que tenía de conseguir alguna libertad fuera de su control.

»Philippa y yo nos pusimos unos vestidos que cogimos prestados de su hermana mayor, Amelia, nos peinamos la una a la otra y nos pellizcamos las mejillas hasta que resplandecieron. Cuando terminamos, ambas parecíamos

varios años más mayores de nuestra verdadera edad, o eso creíamos. Nos marchamos a Leinster House en un coche de caballos. Philippa siempre fue guapa, pero aquella noche en particular estaba verdaderamente radiante. Supongo que yo también lo estaba, un poco, porque no tardamos mucho en tener una fila de pretendientes que nos pedían un baile. En esta coyuntura, tuvimos poca ocasión de ocuparnos la una de la otra, y enseguida perdí el rastro de mi amiga entre la multitud, pero, como estaba pasando una noche tan deliciosa, no le di mucha importancia. Philippa no podía haberse alejado mucho, y di por sentado que estaría bailando en algún lugar fuera del alcance de mi vista. Pasaron tres horas, y después cuatro. En ese momento empecé a preocuparme. Era tarde, el bullicio había menguado, y aun así no había rastro de mi amiga. Cuando pregunté a los caballeros con los que ella había bailado esa noche, todos me dijeron que hacía un largo rato que no la habían visto. El reloj dio la medianoche, marcó la conclusión del baile, y yo aún no la había encontrado. Pensé en coger otro coche de caballos de regreso a su casa, pero sabía que no se habría marchado sin mí, así que recorrí los amplios jardines. Fue cerca del muro del fondo de los jardines donde la oí llorar. Al principio no sabía de dónde procedían los sollozos, y pensé que me los habría imaginado, pero entonces la vi acurrucada en un cenador junto al jardín de rosas. Fui corriendo hasta ella y la rodeé con los brazos, muy contenta de haber dado con ella, y al notar mi contacto se apartó con un brillo de terror en los ojos. Cuando se percató de que era yo, se suavizó la expresión de su rostro, volvió a dar rienda suelta a las lágrimas al abrazarme y le tembló el cuerpo entero con cada sollozo. Continuamos así abrazadas durante un rato, y cuando por fin se vio capaz de hablar, me contó la historia más horrible. Uno de sus pretendientes, un hombre que decía llamarse Thomas Hall, la había llevado a dar un paseo por el jardín. En un principio, me dijo que aquello fue muy agradable, pasear de la mano entre las flores, oírle hablar de sus viajes por toda Irlanda y el Reino Unido, y por América, adonde había viajado en tres diferentes ocasiones y le encantaría llevarla la próxima vez que fuese. En el breve rato que pasaron juntos, la hizo sentir como si hubieran sido amigos desde hacía años. Cuando llegaron al cenador, la tomó entre sus brazos y la besó, y fue un beso profundo y apasionado, el tipo de beso con el que toda



joven sueña, y Philippa pensó que había encontrado al amor de su vida. Al concluir aquel primer beso, la volvió a besar, y otra vez más a continuación, y sus labios no tardaron en serpentear por su cuello y su pecho. Aunque se sentía muy atraída hacia él, ella sabía que debían desistir, y así se lo dijo, pero él no lo hizo, no quiso hacerlo; en cambio, intensificó la fuerza con que sujetaba los brazos de ella al forzarla con otro beso.

»Vi entonces que tenía el vestido desgarrado, que apenas sostenía con la mano la tela de su seno, y me contó las cosas terribles que él le había hecho mientras ella no dejaba de rogarle que se detuviese. Le suplicó una y otra vez, y una y otra vez él hizo caso omiso hasta que por fin la abofeteó en la cara y le dijo que no volviera a emitir un solo sonido o la mataría allí mismo, tirada en el suelo de aquel cenador. Aquello se prolongó durante veinte minutos más, y mi amiga Philippa guardó silencio de principio a fin. Cuando terminó finalmente, le dijo que se quedara allí hasta que la banda dejase de tocar, que jamás contara lo que había pasado, y que si se atrevía a hacerlo, él la buscaría y la estrangularía hasta arrebatarle la vida. Una vez proferida su amenaza, se marchó. La dejó allí, en el cenador, y desapareció en la noche. Philippa hizo lo que él le había dicho, permaneció en el cenador hasta mi llegada.

A Matilda se le habían enrojecido los ojos y se le habían llenado de lágrimas, pero combatió los sollozos y prosiguió con su historia.

—De haberme quedado con ella, de haberla vigilado tal y como nos prometimos la una a la otra que haríamos, esto nunca habría sucedido. Yo sabía que era culpa mía por mucho que Philippa me asegurase que no lo era. Nos quedamos en una posada aquella noche y regresamos a su casa por la mañana. Tan pronto como llegamos, se lavó la cara, se peinó, quemó el vestido en la chimenea y se metió en la cama a duras penas antes de pedirme que me marchara. Acudí a visitarla dos veces a lo largo de la semana siguiente, pero se negó a recibirme. Aunque aseguraba que no me culpaba, yo sabía que sí lo hacía, puesto que yo misma me culpaba sin dudar. Un mes después se marchó a Londres a vivir con la hermana de su padre. Nunca la volví a ver, pero siempre guardo su pensamiento en el corazón.

Bram puso una mano sobre la de Matilda y la apretó.

—No fue culpa tuya. No podías haberlo sabido. Sólo me alegro de que no

te pasara a ti.

—Ojalá me hubiera pasado a mí —dijo Matilda—. Sería más sencillo vivir con eso que con esta culpa. Una verdadera amiga jamás abandona a otra. Llevaré esta culpa conmigo hasta la tumba.

—Aquí no hay juicios, sólo confesiones —dijo Vambéry—. Es usted fuerte por poder compartir tal relato, y me siento honrado de tenerla en mi vida.

Vambéry se volvió hacia mi hermano.

—¿Y usted? Como hermano de Thornley Stoker, sólo alcanzo a imaginar que su vida rebosará de cosas que confesar.

Bram miró hacia uno de los faroles de gas por un instante y después a cada uno de nosotros.

—Cuando era pequeño, estaba muy enfermo. Solía pensar que me encontraba a las mismísimas puertas de la muerte. Mis padres hicieron venir a numerosos médicos, y ninguno fue capaz de diagnosticar mi enfermedad. Mis dolencias me confinaban en mi cuarto, en cama. A punto de cumplir siete años, en la víspera de lo que podrían haber sido mis últimas horas, me quedé a solas en mi habitación con mi... —por un segundo, hizo una pausa y nos miró a Matilda y a mí—, con nuestra niñera. Me pidió que le otorgara mi confianza, y se la concedí. En mi estado febril se la concedí. Acto seguido, me mordió en la muñeca y entre sus labios me extrajo sangre de las venas. Fue tanta la sangre que me extrajo que creí que perecería ante tal pérdida. A continuación, justo cuando un velo negro comenzaba a nublar me la vista, llevó su propia muñeca hasta mis labios. Se había hecho un corte de tal manera que sangraba con profusión y, que Dios me perdone, bebí de ella. Bebí hasta que ya no pude beber más. Cuando me desperté a la mañana siguiente, mi enfermedad se había curado. Estaba más sano que nunca. Nuestra niñera nos dejó poco después. Jamás he vuelto a enfermar. Si siento el leve síntoma de una indisposición, me abandona en muy poco tiempo.

Matilda llevó la mano a la de Bram y la apretó, pero él se la quitó de encima.

—Hay más, algo que nunca le he contado a nadie. Es algo que quería contaros pero nunca he reunido el valor para hacerlo, y me temo que si no lo

hago ahora, jamás os lo contaré.

—¿De qué se trata? —preguntó Matilda.

—Ha vuelto a mí muchas veces después de aquella noche. —Se le acumularon las lágrimas en los ojos—. Mi querida, mi dulce hermana, cuando nos viste en la lluvia la otra noche, cuando la viste beber de mi sangre y a mí beber de la suya... no fue sino una de tantas veces. A lo largo de los años me ha visitado en más ocasiones de las que soy capaz de contar. Es su sangre lo que mantiene a raya mi enfermedad. De no ser por ella, ahora estaría muerto. De eso estoy seguro.

Todos guardamos silencio ante aquella confesión, y el rostro de Matilda se quedó lívido, ya que Bram y ella estaban unidos en extremo y lo compartían todo. Enterarse de algo de tal gravedad, de aquella manera; darse cuenta de que él no había estado dispuesto a confiar en ella hasta ahora... Se levantó de la mesa y nos dio la espalda con los ojos clavados en la puerta.

Vambéry tendió la mano a la de Bram.

—¿Me permite?

Bram asintió, giró la muñeca y se remangó la camisa para dejar a la vista las punciones.

Vambéry cogió un quinqué y acercó la luz.

—¿Con qué frecuencia diría que viene a usted?

Bram se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Sólo viene por la noche, cuando duermo. Por lo general, no estoy seguro de si sus visitas son reales o si son producto de mis sueños. Durante muchos años las consideré sueños, todas ellas. Sin embargo, según me iba haciendo más mayor, al percatarme de que la herida nunca sanaba por completo, llegué a la verdad, a la realidad de sus visitas y su papel en el mantenimiento de mi estado de salud.

—¿Y hablabas con ella? —preguntó Matilda—. ¿Has estado hablando con ella todos estos años y no me lo has contado? ¿Cuántas cosas más me has estado ocultando?

Bram le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Nunca ha habido palabras lo bastante adecuadas. No tengo más que tenues recuerdos de sus visitas. Son oníricas. Me despertaba y me preguntaba

si había sucedido siquiera. Ardía en deseos de contártelo, eso debes creerlo.

—¿Con qué frecuencia, si tuviera que hacer una estimación? ¿Una vez a la semana? ¿Una vez al mes? —insistió Vambéry.

—Probablemente, de cinco a seis veces en un año.

—Y aun así no has dicho nada —susurró Matilda—. Cuando te conté que había venido a mí, te quedaste mirándome como si hubiera perdido el juicio. La otra noche, cuando Thornley confesó haberla visto, de nuevo te quedaste sin decir nada. ¿Por qué no has confiado en nosotros?

—Lo siento de veras. Supongo que me convencí de que no era real. No os lo podía contar por miedo a reconocer la verdad ante mí mismo.

—Todos hemos confesado secretos esta noche —dijo Vambéry—, secretos que ahora nos unen y nos hacen uno, secretos que nos llevaremos a la tumba. Es para mí un honor conocerlos a los tres, confiar en ustedes y darles la bienvenida a mi vida. —Hizo un gesto a Matilda—. Por favor, regrese a la mesa, únase a nosotros. Sospecho que tenemos mucho más que comentar.

Matilda lo hizo con renuencia, y fue como si le costara mirar a Bram, y a él mirarla a ella. Uno de los criados regresó y nos rellenó las tazas de té. Creo que todos agradecemos la interrupción; el silencio nos ofreció una pausa para ordenar nuestras ideas.

Cuando el criado abandonó la sala, Vambéry se volvió hacia mí.

—¿Cómo puedo ayudarle, mi viejo amigo?

Durante la hora siguiente, le contamos todo cuanto sabíamos. Empecé con mis avistamientos de Nana Ellen tal y como los había experimentado a lo largo de mi vida. Después, Bram y Matilda le contaron todo lo que recordaban de su infancia y los horrores que descubrieron en la torre del castillo de Artane; también le hablaron de los mapas que hallaron en la habitación de Ellen y que transcribieron. A continuación le hablamos de O'Cuiv, de mi cochero desaparecido y de los objetos que Bram y Matilda habían recuperado de la tumba. Concluí yo con los sucesos del hospital, el hombre tan extraño con el que me encontré en la calle y el perro negro que me siguió a casa. Vambéry lo fue asimilando todo mientras hacía alguna pregunta ocasional. Ni una sola vez le había visto escribir nada, nunca, y

tampoco tomó ahora nota ninguna; memorizó cada palabra. Veía los engranajes de su cerebro, organizando datos y conjeturas en un relato coherente.

Cuando por fin terminamos, Vambéry se reclinó en su asiento y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Esta niña, la hija de O’Cuiv: ¿cree usted que es de alguna manera responsable de la desaparición de su cochero?

—No vimos a nadie más esa noche, sólo a ella —dijo Matilda.

—¿Y creen que es uno de ellos? ¿Igual que su Ellen? ¿Igual que O’Cuiv? ¿Pero en niña?

—Sus movimientos no eran naturales —le explicó Matilda—. Tuve la sensación de estar en presencia de un depredador. De no haber regresado Bram cuando lo hizo, creo que me podría haber hecho daño a mí también.

—Sin embargo, se limitó a sujetar a Bram mientras Ellen bebía, ¿no es así? ¿Por qué se abstendría teniendo la oportunidad al alcance de la mano?

—A ella no la vi beber; eso no significa que no lo hiciera —contestó Matilda.

—La única marca que tengo en el cuerpo es la de la muñeca; si hubiera bebido, ¿no tendría otra? —dijo Bram.

—Quizá se saciara con mi desafortunado cochero —señalé.

Vambéry asintió con la cabeza ante aquello.

—Como siempre, Thornley, su lógica se impone.

—Usted sabe lo que está sucediendo aquí, ¿verdad? —le preguntó Matilda—. ¿Ha visto esto antes?

Vambéry se inclinó sobre la mesa y habló en voz baja.

—En mis viajes he visto y oído muchas cosas, algunas que se aventuran mucho más allá de lo que uno consideraría racional. Su relato me recuerda a los que me contaron en Europa Oriental los otomanos, rumanos, eslavos y similares. Compartiré esos relatos con ustedes a su debido tiempo, cuando lo considere apropiado, pero por ahora preferiría seguir escuchándolos a ustedes, para asegurarme de que mis deducciones son correctas. —Su mirada se volvió a posar en mi hermana—. ¿Me permite examinar los objetos que recuperaron de la tumba de O’Cuiv?

Matilda había guardado los objetos en una pequeña cartera de cuero. La cogió del suelo, a sus pies, y la dejó sobre la mesa; a continuación sacó cada objeto y los alineó todos en la mesa que había entre nosotros.

A Vambéry se le abrieron los ojos como platos al ver el collar, y tendió la mano para cogerlo.

—Esto es exquisito, y muy valioso. Realizado en Rumanía, claramente. Lo distingo por el engarce: hecho a mano por un artesano de gran talento. Este rubí es uno de los más grandes que he visto nunca. Por favor, vuelva a guardar este collar en su bolsa; temo lo que podría suceder en caso de que un ladrón se percatase de que este tesoro obra en su poder. El Club del Fuego Eterno es un lugar seguro, pero, aun así, en todas partes hay miradas indiscretas.

Vi cómo Matilda recogía el collar y de nuevo lo colocaba con cuidado en el interior de la pequeña cartera de cuero. A continuación, Vambéry inspeccionó el espejo.

—Esto lo encuentro un poco raro.

—¿Cómo es eso? —le preguntó Bram.

—El que encontraran un espejo de mano es bastante peculiar, pero que esté hecho de oro y de plata es más extraño aún. —Pasó el dedo por el grabado—. La inscripción resultará útil, sin duda; hemos de dedicar un tiempo a determinar quién era esta condesa Dolingen von Gratz. Igual que el collar, el espejo es muy antiguo. Lo mismo se puede decir del cepillo. Tal artesanía solía quedar reservada para los pudientes. Unos objetos como éstos no pertenecerían a una niñera, ni a esa tal familia O’Cuiv, tal y como los han descrito.

Matilda le entregó la capa y le contó que pertenecía a nuestra madre, y aun así la hallaron en la tumba de O’Cuiv.

—¿Está segura?

—Es inconfundible. ¿Ve ese agujero en la manga?

—Y la última vez que vio la capa, ¿su Ellen la llevaba puesta?

—La noche antes de que se marchara —dijo Matilda.

—De modo que tenemos todos estos objetos, que presumiblemente pertenecen a su antigua niñera, ocultos dentro de la tumba de su antiguo

vecino. Una tumba sin restos mortales, por cierto.

Matilda sacó su cuaderno de dibujo y pasó hasta la página del mapa de Irlanda donde se indicaba la situación de la iglesia de San Juan Bautista.

—Creo que la ubicación de la tumba está marcada aquí.

Vambéry abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Usted ha dibujado esto? ¿De memoria?

—Así es.

—Sobresaliente. —Estudió la imagen—. ¿Y dice usted que la tumba se encontraba entre los suicidas?

Matilda asintió y pasó las páginas de su cuaderno de dibujo, los mapas siguientes.

—Todas estas marcas indican cementerios que o bien contienen tumbas de suicidas o bien tienen suelo sin consagrar.

Vambéry sacó una lupa pequeña del bolsillo del pecho y se inclinó sobre el mapa. Después de unos minutos de estudio, pasó al siguiente, y después al siguiente.

—He estado en algunos de estos lugares, pero no en todos. ¿Habló Ellen alguna vez de alguno de estos sitios?

Los tres negamos con la cabeza.

—Aun así, está claro que eran importantes para ella. —Cerró el cuaderno y se lo devolvió a Matilda—. El propósito de estos mapas se presentará en su momento, como siempre es el caso. Tengo la confianza de que así será; hasta entonces, manténgalos a buen recaudo.

Vambéry se volvió hacia mí.

—¿Ha mencionado usted un libro? ¿Nuestro motivo para reunirnos?

Bram sacó el libro que habían encontrado en el ataúd sin cadáver de O'Cuiv, lo colocó delante de Vambéry y lo abrió por la primera página.

—Fíjese en esta fecha. Todo el libro está escrito con la letra de Ellen.

—El 12 de octubre de 1654. —Se llevó el libro a la nariz y olisqueó las páginas, después inspeccionó el encuadernado—. La factura es acorde a ese periodo, de modo que el libro tiene, al menos, esa antigüedad, pero no hay forma de determinar a buen seguro cuándo escribió ella en él.

—¿Entiende usted lo que dice? —preguntó Matilda.

—Por supuesto; está escrito en húngaro, en mi lengua nativa. ¿Era húngara su niñera?

—Siempre supuse que era irlandesa —respondí y, al mirar a mis hermanos, estaba claro que ellos sabían tan poco sobre la historia de Ellen como yo.

Nuestras inexpresivas miradas le dieron a Vambéry su respuesta.

—Si no era húngara, es una elección inusual como idioma para escribir el diario de uno. La mayoría habría pasado al alemán por omisión, o a un idioma más cercano al suyo propio. A menos, por supuesto, que quisiera mantener estos textos ocultos de alguien. En ese caso, el empleo de tal idioma tiene perfecto sentido.

—¿Es eso lo que es? —preguntó Matilda—. ¿Un diario?

Vambéry sacó un par de gafas del bolsillo del pecho, las aseguró sobre el puente de la nariz, devolvió la atención a las páginas que tenía delante y las leyó en silencio durante cerca de tres minutos antes de volver a hablar. Cuando lo hizo, colocó la palma de la mano sobre el libro.

—Esto es mucho más que un diario, amigos míos, y debo leérselo a ustedes.

En aquel momento regresó el criado, nos sustituyó la tetera vacía por otra nueva y nos llenó las tazas antes de dejarnos. Aunque es probable que la visita no durase más de un minuto, fue como si hubiera transcurrido una hora. Cuando por fin nos quedamos a solas, Vambéry retrocedió hasta la primera página y acercó al texto uno de los quinqués.

—Lo haré lo mejor que pueda con la traducción. Si algo no les queda claro, háganme parar para que podamos revisarlo en mayor profundidad, por favor.

No se oía ni un soplo cuando comenzó a leer en voz alta.

Hace muchos años que vivió en el sur de Irlanda, cerca de Waterford. Una belleza legendaria, con los labios más rojos y el cabello rubio más claro. Su verdadero nombre se perdió tiempo atrás, pero su belleza era de sobra conocida en su época. Los hombres recorrían largas distancias, no sólo por gozar de una oportunidad de verla, sino con la



esperanza de conseguir su mano en matrimonio. Se cuenta que su belleza externa no podía competir con la que guardaba en su interior. Era el ser más alegre. Vivía sola con su padre, después de que su madre falleciera al alumbrarla.

Esta muchacha tan bella y de buen corazón se enamoró de un joven campesino local. Su nombre también ha caído en el olvido, pero en todo estaba a la altura de ella; era apuesto, bondadoso, un caballero se mire por donde se mire, aunque carecía del rasgo que al padre de la bella joven le importaba por encima de todo lo demás: la riqueza. Al igual que hoy, la riqueza dictaba el lugar que ocupaba uno en la sociedad, y el padre de la muchacha sabía que la única manera de elevar su apellido era desposando a su hija con un miembro de una familia acaudalada. Dado que el joven campesino jamás sería rico y por tanto no podría ofrecer a la familia la posición que el padre deseaba, a la joven le prohibieron casarse con él.

El padre de la muchacha hermosa dispuso en cambio que se casara con un hombre mucho mayor, un hombre que prometió al padre grandes riquezas a cambio de la mano de su hija. Este pretendiente era bien conocido en todo el territorio por su crueldad y su malicia, pero tales carencias no fueron motivo de preocupación para el padre; estaba cegado por la promesa del patrimonio y la posición que podría conseguir entre las familias locales. Pronto se olvidó de su pobre hija, y también lo hizo la mayoría de los demás aldeanos. Su esposo la encerró en su castillo y le impidió el contacto con el mundo exterior. Disfrutaba sabiendo que poseía un tesoro muy buscado y se deleitaba manteniéndolo encerrado y fuera del alcance de todo el mundo. La muchacha sufría las tremendas vejaciones, físicas y mentales, que él le infligía con su mano despiadada; le causaba daño por la simple diversión de hacerlo, gozando con sus gritos de dolor y sus lamentos de pena.

Y, a pesar de estar encerrada, el rumor de sus torturas se escapó de labios de sus criados y visitantes. Se decía que gustaba de sangrarla con los minúsculos cortes que le hacía por su cuerpo de piel de alabastro. Cuando por fin se cansaba de ella, la encerraba en una torre de su castillo donde nadie oiría sus sollozos cuando gritaba hasta altas horas de la noche esperando a que su único y verdadero amor, el joven campesino, acudiera y la rescatase.

Conforme los días se fueron convirtiendo en semanas y las semanas en meses, sus esperanzas comenzaron a abandonarla. Se encaramaba a la pequeña rendija de la pared, su única ventana, y escrutaba la campiña en busca de alguna señal de su amado. Pero nunca aparecía. En su undécimo mes, la muchacha se negó a comer y empezó a tirarles las sobras de carne rancia a los criados que se las llevaban, y el pan duro también. Juró que no permitiría que un solo bocado pasara entre sus labios, y comenzó a menguar hasta quedarse en nada más que piel y huesos. Dos semanas después también rechazó el agua, y no tardó en sufrir arrebatos de furia y de rabia como una enloquecida cuando los efectos de la deshidratación se hicieron notar en lo que quedaba de su maltrecho cuerpo.

En el primer aniversario de su matrimonio con el malvado tirano, la joven llevó el taburete del rincón de su alcoba hasta la ventana y se subió en él; se asomó a ver las tierras con un último soplo de esperanza de divisar a su amado. Al no ver ni rastro, se encaramó al alféizar. Estaba ya tan delgada, tanto como la ramita de un árbol, que no le costó caber por aquel espacio tan angosto. Se llenó la cabeza con los pensamientos

sobre su verdadero amor, con el recuerdo de su sonrisa cuando la miraba, su mano sobre la de ella, y se lanzó desde la alta ventana de la torre hacia las implacables rocas de debajo. Tres días transcurrieron antes de que alguien descubriera sus restos destrozados, en un estado lamentable.

Con frecuencia me he preguntado dónde estaría su verdadero amor. ¿Por qué no había ido a buscarla? ¿Por qué no la había rescatado? Más tarde supe que el esposo de la joven, el malvado tirano, le había dicho al joven mucho antes que si ponía un pie en las inmediaciones del castillo, la bella muchacha moriría de inmediato. El chico no se atrevió a acercarse por temor a provocar su muerte.

El joven campesino se pasaba todas las horas de vigilia, prácticamente tantas como noches sin dormir, intentando hallar la manera de llegar hasta su amada sin ponerla en peligro, pero el castillo era un lugar apartado, encaramado en las alturas sobre la aldea, junto al lindero de un extenso bosque y rodeado de campos abiertos y tremedales. No había forma de acercarse sin ser visto. Le escribía cartas a diario, cientos de ellas, y las metía en una caja con la esperanza de dar con alguien que se las pudiera entregar a la muchacha. Sin embargo, ese día nunca llegó; la joven murió con el alma hecha añicos antes incluso de que él lo intentase.

Se cuenta que la muchacha renegó de Dios al abalanzarse hacia su muerte: lo culpó de haberla maldecido con un padre que no la quería y un esposo perverso. Juró una terrible venganza sobre todos los que le hicieron mal. Al haber cometido suicidio, se garantizó que su alma jamás hallara el descanso; fue condenada a pasar la eternidad en el tormento.

—Como los de las tumbas de los suicidas —dijo Matilda.

—Justo como los de las tumbas de los suicidas —señaló Bram.

—Según este relato, fue enterrada en algo similar a una de esas tumbas —  
explicó Vambéry antes de proseguir.

Cuando el amado de la joven tuvo noticia de su muerte, se encaminó a solas hasta la base de la torre para recuperar su cuerpo y llevarlo al lugar de su definitivo descanso dentro de la aldea, pero no le permitieron enterrarla en el cementerio, en suelo sagrado. Se vio obligado a sepultarla detrás del camposanto, en una solitaria parcela de terreno. Aunque era la costumbre apilar piedras sobre las tumbas de los recién fallecidos, no se vio con fuerzas para hacerlo. Tenía el corazón destrozado y deseaba meterse en aquella tumba con ella, y no poner aún más tierra y más piedras entre ambos. La enterró en cambio con el mejor vestido que fue capaz de procurarse, dejó una sola rosa blanca sobre su tumba y juró visitarla a diario, una promesa que no había podido hacerle en vida.

Ni aun fallecida le puso fin su malvado esposo a su tormento. Él también acudió a su tumba y, al ver la rosa, le arrancó los pétalos del tallo. Se cortó con las espinas y la maldijo aún más mientras la sangre goteaba de las yemas de sus dedos y caía sobre la

tierra de la sepultura de su esposa. Después tiró a un lado los restos de la flor y juró que haría lo mismo con cualquier ofrenda que hallase en su enterramiento. Le deseó a la joven tanta soledad después de muerta como había padecido en su último año de vida.

Aquella misma noche, no mucho después de que su esposo se marchara, la joven surgió de su sepultura. Sus dedos arañaron la tierra para agarrarla y la apartaron, se apoyó para salir y se puso en pie, libre por primera vez desde que su padre la desposó. Dicen que los pensamientos que la acuciaron en sus últimos instantes, aquellos pensamientos retorcidos, le nublaron la mente y oscurecieron la bondad de la que siempre había hecho gala. La venganza y el odio le corrían por las venas. Su belleza se preservó, no obstante; es más, cuando resucitó aquella noche, era físicamente más hermosa de lo que había sido en vida, pero con el corazón de un monstruo. A la luz de una luna que se elevaba en el cielo, se dirigió hacia el castillo de su esposo, en la cumbre de la colina.

Había un guardia apostado en la entrada de la guarida, pero, cuando ella se acercó, el desventurado centinela quedó hipnotizado por su belleza, incapaz de hablar al verla. Si el hombre trató de impedirle el paso, no se puede decir que constara, pues nadie lo oyó dar la voz de alarma tal y como debería haber hecho. Llegó ante el guardia y le ofreció una sonrisa tan radiante que él no pudo dejar de mirarla; no pudo hacer nada sino quedarse allí mientras se inclinaba sobre él, le hundía los dientes en la pulpa carnosa del cuello y le absorbía del cuerpo la vida. Otros ocho murieron mientras ella recorría el castillo, no sólo guardias, sino también la cocinera de su esposo y dos de sus criadas que la habían visto sufrir en el transcurso de aquel año sin haber dicho jamás una sola palabra de queja. Fue pasando de alcoba en alcoba y llevándose cada vida con la que se topaba, hasta que se encontró por fin en los aposentos de su esposo.

En el transcurso de todo esto, él dormía. Ella había sembrado el castillo de muerte sin permitir que un solo grito de alarma escapase de los labios de una sola de sus víctimas. Cruzó la alcoba hasta el pie de la cama y le lanzó una dura mirada a su esposo, la silueta durmiente del hombre que le había quitado la vida, que la había despojado de toda su felicidad, el hombre que la empujó a la muerte y la trajo de regreso con un corazón malévolo. Se inclinó sobre él con un aliento gélido y le susurró en el oído: «Te he echado de menos, amado mío». Cuando su marido se despertó, ella le sonrió. Su vestido, antes precioso, ahora estaba cubierto de sangre, de unas gotas que ahora caían sobre él.

Mientras que a todas sus víctimas anteriores las había matado con rapidez, deseaba que su esposo sufriera tal y como ella lo había hecho. En lugar de asestarle un rápido mordisco en el cuello, le mordió en repetidas ocasiones, centenares de mordeduras por todo el cuerpo hasta que empezó a perder la sangre a raudales y a empapar las sábanas y el colchón. Cuando lo descubrieron poco después del amanecer, aún vivió lo suficiente para contar lo sucedido, y se desvaneció en su colchón con la piel cenicienta bajo las manchas brillantes de sangre. Sin embargo, no había ni rastro de ella; había huido antes de la salida del sol.

La noche siguiente, hizo una visita a su padre. Había estado fuera, en una taberna, y regresaba considerablemente ebrio y dando tumbos a su morada, una casa bastante grande que había adquirido con el dinero que recibió del esposo tirano de su hija. Entró arrastrando los pies, se olvidó de cerrar la puerta principal y se desplomó en un sillón delante de los restos mortecinos de un fuego con una copa alta de una bebida espirituosa

en la mano.

Cuando su hija apareció ante la puerta principal, se quedó mirándola durante un largo rato, tan beodo que no estaba seguro de si lo que veían sus ojos era real siquiera. No le dijo nada a su hija, ni tampoco se mostró atemorizado. Se limitó a mirarla sin alejar nunca la bebida de sus labios. Cuando por fin habló uno de los dos, fue ella quien lo hizo: «Te he echado de menos, padre. No podía soportar otro día más sin verte, y tenía que regresar».

El sonido de sus dulces palabras sobresaltó a su padre. Hasta aquel momento la había tomado por un espejismo, pero su voz la hizo real ante sus ojos. Trató de levantarse, casi se cae al suelo en el intento, y volvió a desplomarse en el cómodo cuero de la butaca con una risotada entre gruñidos. «¡Mi hija! ¡Mi preciosa hija! ¡Has venido a verme!»

El hombre arrastró las palabras, pero su hija le entendió lo suficiente, y una sonrisa adornó sus labios de rubí.

La sangre de la noche anterior se había evaporado, y su vestido volvía a ser del blanco más puro, sin mácula de la muerte. Era toda una visión. Sus cabellos rubios y sueltos ondeando en la brisa, la luz de la luna que brillaba resplandeciente sobre su piel por lo demás cérea. Sus dientes eran tan blancos como el vestido, y sus ojos relucían. Cuando volvió a hablar, el padre alzó la mirada con los ojos inyectados en sangre. «Padre, ha pasado mucho tiempo, y qué soledad y qué frío hace aquí fuera. ¿Puedo entrar y calentarme junto a tu hogar?»

Su padre debió de notar que algo no era como tenía que ser, pues aun en su estado de ebriedad, aquella petición le dio que pensar. La estudió, allí de pie en el umbral de la puerta de su mal habida casa, dio otro trago de su bebida espirituosa y respondió: «¿Y por qué no puedes entrar? ¿Quién te lo impide?».

Su hija permaneció en la puerta, mirando al interior, pero no se acercó. Fue entonces cuando el padre reparó en algo singular; aunque su vestido y sus cabellos se movían con la brisa, no hacían lo mismo las ramas del árbol que tenía a su espalda, a poco más de un metro. Era como si el aire sólo consiguiera asirse a ella, y a nada más. De nuevo se llevó la copa a los labios, pero esta vez no bebió. Comenzó a crecer el temor en su pecho, y el aturdimiento que le producía el alcohol no podía ni mucho menos competir con el miedo. «Mi hija está muerta», le soltó. «Se tiró sobre las rocas con tal de no servir a su esposo como una buena mujer debería. Es una deshonra para esta familia. Eres la deshonra de esta familia, y no eres bienvenida aquí, seas lo que seas.»

Allí permaneció su hija, incapaz de entrar, y la mirada de amor que había en su rostro se transformó en una expresión de odio, sus ojos adoptaron el rojo del fulgor de las brasas. «Si no me invitas a entrar, te esperaré aquí fuera. Tiempo es lo único que tengo.»

«Soy un hombre paciente, hija mía, sin motivo para salir de aquí.»

Y no salió. Permaneció en aquella casa; le llevaban la comida, y no se atrevió a asomarse ni siquiera al reparar en que su hija sólo acudía durante las horas de la noche. Al llegar la luz del día y notar que no se la veía por ninguna parte, el padre suponía que era un ardid para hacerle salir.

Continuaron con aquel juego durante un mes entero. Todas las noches, él abría su puerta, se sentaba junto al fuego y la esperaba, pero nunca la invitaba a entrar. Se limitaban a hablar a través de la puerta abierta mientras él bebía y la maldecía después de muerta con tanto desdén como había mostrado por ella en vida. En la trigésima

primera noche, algo cambió, y su hija no apareció. El padre abrió la puerta como siempre y se asomó a la noche, pero ella no acudió. Por la mañana se enteró del motivo: su hija había matado al muchacho que le había estado llevando la comida. Descubrieron su cuerpo en medio de la calle, lo habían dejado sin una gota de sangre.

Aún dispuesto a no salir de la casa ni en las horas del día, el padre gritó desde la puerta: «¡Una pieza de oro a quien me traiga algo de comer!». Un granjero local lo oyó al pasar y aceptó aquella proposición. Fue al mercado, se hizo con una fanega de fruta y verdura y regresó con ella ni una hora después. El padre pagó de inmediato al granjero y le dijo que regresara cada dos días con la misma mercancía, y el granjero accedió encantado. Sin embargo, no regresó; esa noche, la hija mató al granjero, a su mujer, a sus dos hijos y al ganado que pastaba en sus tierras, y a todos los dejó secos como la farfolla y sin sangre. En el lateral de la casa de su padre, escribió con sangre las palabras ESTÁ HAMBRIENTO. Enseguida se corrió la voz: cualquiera que ayude a este hombre será brutalmente asesinado por el fantasma de su difunta hija, la Dearg-Due.

Como antes, la hija regresaba cada noche ante la puerta abierta y le esperaba en el umbral con la promesa de poner fin a su sufrimiento si la invitaba a entrar, pero él se negaba. Los lugareños también se congregaban, a una cierta distancia, para ver cómo aquel fantasma vigilaba a su padre, hasta que la hija comenzó a acabar con ellos también, de uno en uno, uno cada noche, al culparlos a todos por haberla abandonado en aquel castillo. Transcurrieron tres semanas más, con más de dos docenas de muertos y su padre consumido, del hombretón en que se había convertido con su recién adquirida riqueza hasta quedarse en poco más que piel y huesos, y aun así no salía. Ni tampoco la invitaba a entrar.

La aldea fue muriendo poco a poco a su alrededor. No eran muchos los dispuestos a aventurarse a salir incluso a pleno sol, pues si bien habían visto a la hija rondar la casa de su padre durante las solitarias horas de la noche, algunos juraban haberla divisado también durante el día, paseándose en lo alto de las elevadas almenas del castillo, y nadie estaba dispuesto a arriesgarse a un encuentro.

En la quincuagésima octava noche, la vieron cruzar el umbral de la casa de su padre y entrar. Un momento después surgió del interior el alarido más horrendo, cuando la hija se encontró ante el cadáver de su padre. El hombre había sucumbido al hambre y había fallecido. A sus pies, la hija halló una nota garabateada por la temblorosa mano de un moribundo, que decía: DEBERÍA HABERTE AHOGADO CUANDO NACISTE, JUSTO DESPUÉS DE QUE MATARAS A TU MADRE.

Entonces fue cuando supo por qué su padre la odiaba tanto: la culpaba por la muerte de su mujer. Había llevado aquel odio dentro durante toda su vida, y no había hecho sino aumentar conforme ella crecía e iba adoptando su belleza, una belleza sólo comparable a la de su madre tantos años atrás, una belleza que a diario le recordaba a la mujer que él había perdido en el parto.

Cuando la Dearg-Due tuvo conocimiento de aquella verdad, la ira que con tanta fuerza había ardido en su interior, aquella ira que había asfixiado la hermosa luz de sus entrañas, comenzó a menguar al tiempo que la culpa ocupaba su lugar. Sus padres, ambos, habían muerto por su propia mano, además de docenas de víctimas más, y nada en aquella venganza había llenado el vacío que ella sentía en el corazón. Por primera vez desde que regresara de entre los muertos, pensó en el joven campesino, pensó en su

verdadero amor y deseó estar a su lado. No hubo nada que deseara más que estar en sus brazos, que la apartase de tanta muerte. Abandonó la casa de su padre, cruzó la plaza de la aldea y se dirigió a través de los campos hacia la casucha que el joven campesino tenía en el bosque mientras los pocos aldeanos que quedaban la observaban por las rendijas de sus contraventanas y puertas cerradas.

Llegó a su cabaña poco después de la medianoche. La luna se elevaba llena en el cielo nocturno y proyectaba una pálida luz amarillenta sobre el pequeño claro donde vivía el joven. Lo encontró sentado en el porche de su pequeña casa y envuelto en una manta para protegerse del aire fresco de la noche. Como ella había matado justo la noche anterior y había bebido de la sangre de su víctima, tenía las mejillas sonrosadas y la piel cálida. Sus cabellos ondeaban en su estela, le caían sobre los hombros y sobre el vestido blanco y flameante con el que él la había vestido antes de dar sepultura a su cuerpo destrozado. Estaba arrebatadora, más imponente aún de lo que él la recordaba en vida. La vio aproximarse y le hizo un gesto para que se sentara en el banco a su lado. «Sabía que vendrías; era sólo cuestión de tiempo que vinieras a por mí también. No temo a la muerte, no si eso me acerca más a ti.»

«No he venido a matarte», respondió ella.

Era como si su voz surgiera de todas partes a su alrededor y también del interior de su propia cabeza, la dulce voz de su amada, una voz que él pensaba que jamás volvería a oír. «Pero yo te fallé», le dijo él. «No pude rescatarte de aquel lugar, de aquel hombre. No soy mejor que los demás; también podría decirse que yo mismo te di muerte.»

Ella puso la mano sobre la de él, y se imaginaba que la retiraría al sentir su tacto frío, pero no lo hizo; en cambio, entrelazó sus dedos con los de ella. Sus dedos cálidos... la Dearg-Due podía sentir el pulso de la sangre que corría por ellos, y algo se despertó en su interior. «Cuánto te he echado de menos», dijo ella. Él le sonrió. «Yo también te he echado de menos, más de lo que podrías llegar a saber. Más de una vez pensé en subir a lo alto de aquel castillo y unirme a ti en las rocas de allá abajo. De haber sabido que eso me situaría a tu lado una vez más, habría saltado sin duda, pero no tenía forma de estar seguro. Soy débil, y vacilé, y desde entonces no he hecho más que pasar las noches en este porche esperando a que me encontraras.»

Durante el rato más largo, ella se limitó a mirarle, con las manos entrelazadas. Uno de sus ojos derramó una lágrima, una gota carmesí. Él se la secó y combatió sus propias lágrimas. Ella estaba tan feliz de hallarse de nuevo entre sus brazos que no vio cómo el joven cogía un puñal de su lado en el banco, ni tampoco se fijó en el mazo que él había dejado allí mismo meses atrás. Con un rápido movimiento, el joven campesino le hundió en el pecho la hoja afilada y profunda. Cayó asombrada hacia atrás mientras él alzaba el mazo sobre su cabeza y lo hacía descender con todas sus fuerzas para atravesarle el corazón con el acero con tal fuerza que se incrustó en el armazón del banco. Un instante después, todo había acabado, su cuerpo yacía inmóvil, y él lloró hasta que el alba despuntó sobre el bosque.

La enterró por segunda vez en una pequeña parcela al sur de su cabaña, bajo un viejo sauce. En esta ocasión, se encargó de apilar piedras sobre su tumba hasta una buena altura, piedras que coronaba con una rosa blanca nueva cada noche durante el año que siguió, con la esperanza de poder estar juntos de nuevo algún día pero con el consuelo de que su amada por fin descansaba en paz.

Cuando Vambéry levantó la mirada del libro, los cuatro nos quedamos en silencio. Fue Matilda la primera en hablar.

—Es la historia más triste que he oído nunca.

Vambéry pasó hasta la última página.

—Hay algo más.

Su mirada se mantuvo fija sobre las últimas palabras y, en un principio, no dijo nada. Ahora sé que vaciló porque no estaba seguro de si debía contárnoslo, consciente de que eso conduciría a más interrogantes. Cuando por fin abrió los labios, lo hizo con reservas.

—Dice...

Se despertó de la muerte por segunda vez tres años después, cuando sus cansados ojos se abrieron a la penumbra de lo que sólo podían ser los muros interiores de un castillo, una estancia tan similar a aquélla en la que su malvado esposo la había encerrado que, por un instante, pensó que todo aquello no había sido sino un sueño y que de nuevo se hallaba en aquel lugar tan horrible. Entonces lo vio, a aquel hombre alto inclinado sobre ella. Sostenía un conejo por la pata sobre ella, un conejo con el cuello abierto en una herida que sangraba con profusión sobre sus dispuestos labios. Saboreó cada deliciosa gota; sentía su calidez recorriendo a toda velocidad sus extremidades, sus músculos y tejidos.

«¿Cómo es esto posible?», dijo ella con la voz ronca.

En un principio, el hombre no dijo nada, se limitó a sostener el conejo y a apretar el cuerpo del animal con la mano libre para exprimir hasta la última gota de sangre. Y cuando habló, su voz a ella le resultó densa y grave, con un fuerte acento que no fue capaz de ubicar. «Te he despertado de un profundo sueño. Te he traído de vuelta a la vida.»

He escrito estas palabras tal y como recuerdo que fueron.

Condesa Dolingen von Gratz, 12 de octubre de 1654.

Cuando terminó de leer, Vambéry deslizó el libro al centro de la mesa, aún abierto por la última página. La letra de Nana Ellen nos devolvía la mirada desde el papel amarillento.

Hizo sonar una campanilla para llamar al criado, y esta vez pidió una

botella de brandy. Matilda declinó beber, pero Bram, Vambéry y yo no abrigábamos tales escrúpulos. Los tres disfrutamos de una copa, y después otra. El calor del licor no sirvió de mucho para desterrar el frío que sentía en los huesos, pero bueno, dudaba que algo pudiera lograrlo.

—¿Quién es esta condesa Dolingen von Gratz? —preguntó Bram en voz alta.

—Está claro que es Ellen. O Ellen es ella —afirmó Matilda.

Me aclaré la garganta e hice girar el tallo de la copa de brandy entre mis dedos.

—¿Acaso debemos creer que Ellen escribió esto hace más de doscientos años? ¿Es eso lo que estás dando a entender?

—Si esto de verdad lo escribió Ellen, ¿es ficción o un relato de los sucesos que vivió realmente? —dijo Bram.

Vambéry dio unos toques sobre el libro.

—Ya había oído el cuento de la Dearg-Due, pero nunca con tanto detalle; tan sólo en susurros entre los *pavees*.

—¿*Pavees*?

—*Minkiers... Lucht Siúil... Matachines...* Los llaman de muchas maneras. Son los nómadas irlandeses, gitanos.

Me volví hacia Vambéry, mi buen amigo, y le planteé la pregunta que todos teníamos en mente.

—¿Debemos creer que nuestra Nana Ellen es esta Dearg-Due?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No sé qué pensar.

—¿No es sólo cosa de supersticiones? —dijo Bram—. ¿Un cuento para asustar a los niños por la noche?

—Quizá sí, quizá no —respondió Vambéry—. Los *pavees* lo tienen por verídico, y... —Aquí hizo una pausa, cerró los ojos. Acto seguido habló muy despacio, pronunciando las palabras conforme avanzaba su mente, con lentitud, con detenimiento—. Esa caja que encontraron de niños, han dicho que la hallaron en las ruinas de la torre de un castillo, ¿no es así?

Bram asintió con la cabeza.

—En lo que quedaba en pie del castillo de Artane.



—Son muchos los que creen que la Dearg-Due estuvo cautiva en un castillo a las afueras de Dublín, cerca de la costa. Es bien posible que dicho castillo y el de Artane sean el mismo —dijo Vambéry—. Lo erigió la familia Hollywood en el siglo XIV, pero ¿quién sabe quién lo ocupaba en 1654 o en los años anteriores al surgimiento de esta historia?

—O cuando tuvo lugar realmente —señaló Matilda—, si la historia es verídica.

—Matilda, ¿te acuerdas del cerrojo? —preguntó Bram—. El cerrojo de la habitación de la torre estaba en el lado exterior de la puerta, con el fin de mantener algo encerrado.

—Debemos ir allí de inmediato —dijo Vambéry.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*14 de agosto de 1868, 0.21 h*

Sólo pretendo dejar constancia de nuestra partida, a altas horas de la noche.

Vambéry hizo llamar a su carruaje, y nos marchamos del Club del Fuego Eterno de un modo muy similar a la manera en que habíamos llegado: a través de un pasadizo oscuro sin poner la vista ni una sola vez en el exterior. Thornley prefirió regresar a su casa en lugar de venir con nosotros; temía haber dejado ya demasiado tiempo a Emily sola con sus criados, y no podía seguir haciéndolo. Viajamos en relativo silencio, cada uno de nosotros perdido en sus propios pensamientos.

Matilda no me hizo ni caso durante gran parte del trayecto. Intenté disculparme por haberla engañado, pero ella se limitó a farfullar en respuesta y a seguir mirando por la ventanilla. Vambéry no pareció reparar en esto, con la atención centrada en sus notas, llenando sin pausa una página detrás de otra. No pude evitar envidiar la facilidad con la que escribía, pues yo mismo me veía en ocasiones con dificultad para hallar las palabras al tratar de relatar estos sucesos en mi propio cuaderno. Vambéry no había tomado una sola nota mientras hablamos en el club; no podía sino imaginar que estaría documentándolo todo ahora, ya que el vigoroso ritmo de su escritura sólo podía alimentarlo una llama como aquélla.

DE LAS NOTAS DE  
ARMINIUS VAMBÉRY  
(registradas en clave y  
transcritas a continuación)

*14 de agosto de 1868, 0.21 h*

Escribo con mi propia versión taquigráfica para asegurarme de que nadie podrá leer mis palabras. Lo hago con gran indecisión, pues en caso de que estas letras cayesen en las manos equivocadas, no me cabe duda de que podrían servir para descifrar mi código con el tiempo suficiente. Con esto en mente, mi taquigrafía no es más que un medio para ralentizar a alguien ajeno. Siento que el riesgo de no documentarlo supera con mucho mi temor a que salga a la luz.

Tengo al hermano de Thornley sentado ahora enfrente de mí, y no me atrevo a quitarle el ojo de encima, pues ha bebido de la sangre de los no muertos, de eso estoy seguro. Él mismo me lo ha contado con sus propias palabras. Lleva la marca del lugar de donde también ellos bebieron de él en una especie de avieso intercambio que aún estoy por comprender.

La historia que me han contado es extraordinaria, qué menos cabe decir, y si bien la mayoría de la gente no creería una sola palabra de tal relato, yo he visto y oído en mi vida lo suficiente para tener conciencia de que lo único que sabemos con certeza es que hay mucho más que desconocemos con certeza.

Con la sangre de los no muertos corriendo por sus venas, siento curiosidad por ver qué será de él cuando rayen las luces del alba. ¿Entiende siquiera en qué se ha convertido, en qué se puede convertir si se permite que continúe esta perversión? Creo que no. Está claro que había de morir de niño y que, sin embargo, su alianza con esta criatura maligna le ha granjeado más años; un pacto con el diablo, tal vez peor, si semejante cosa fuera imaginable. La buena persona que fue antaño ha sido expulsada de su ser y, con esa inocencia, toda comprensión del bien y del mal. Es por su hermana por quien más temo; no es más que un ser inocente en todo esto y, sin embargo, de alguna manera, es quien va abriendo el camino. Su deseo de información la ciega, y su falta de instinto de supervivencia la llevará a la muerte si no soy capaz de protegerla. Cuando llegue el momento de liberar de este mal a su hermano y salvar su alma inmortal, ¿la tendré a mi lado o se interpondrá en mi camino? Quisiera creer que se impondrá la claridad de pensamiento, pero tal cosa rara vez sucede cuando el amor o la familia están de por medio.

Ojalá hubiera tenido la previsión de traer un arma más temible. Todo cuanto llevo encima es la espada oculta en mi bastón, y aunque la hoja está chapada en plata, sé que no pondrá fin a criaturas como ésta; sólo servirá para ganar tiempo.

# DIARIO DE THORNLEY STOKER

(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*14 de agosto de 1868, 0.21 h*

Mi carruaje me dejó ante la puerta principal de mi casa antes de continuar hacia los establos. Pensé en regresar con los demás, allá en el castillo de Artane. Tonterías, lo sé, pero no deseaba volver a entrar en mi propia casa por temor a lo que podría encontrarme. No tenía motivos para creer que algo pudiese ir mal, nada salvo aquella ansiedad persistente que moraba en mi interior. Me dije en repetidas ocasiones que aquella aprensión no tenía un fundamento real y, sin embargo allí estaba, arañando con tal de salir.

Al acercarnos a mi casa, me sorprendí escrutando los arbustos y los árboles en busca de algún signo del perro de la otra noche, pero no lo había, por supuesto, y empecé a preguntarme si de verdad había visto a aquella criatura. Con todo lo sucedido últimamente, mi cabeza se disparaba. Eso, combinado con la falta de sueño, podía generar sin duda todo tipo de imaginaciones. Buena parte de mis propios pacientes se presentaban en condiciones mucho peores bajo unas circunstancias de un estrés mucho menor.

Me planté ante la puerta y vi el carruaje desaparecer en los establos. Me

planté ante la puerta y escuché los sonidos de la noche. Me planté ante la puerta durante un minuto más antes de hallar por fin el coraje para girar el picaporte y entrar.

La casa estaba en silencio. Hacía rato que los criados se habían marchado a sus hogares.

—¿Emily?

No sé por qué pronuncié su nombre, sólo sé que lo hice, y me tuve por tonto por haberlo hecho. No encontré ni rastro de ella en ninguna de las habitaciones de abajo. Comprobé todas y cada una de ellas, recorrí la casa despacio, una estancia detrás de otra. Era extraño lo distinto que resultaba un lugar en la oscuridad de la noche: la ausencia total de vida hacía que las paredes pareciesen más cerca las unas de las otras, cada sonido amplificado.

No la encontré en la planta baja, así que ascendí por la escalera y entré en el dormitorio principal. Tampoco aquí hallé a nadie. Toda la ropa de cama estaba arrugada y amontonada a los pies del lecho, como si acabasen de quitarla. Una jarra entera de agua descansaba en la mesita de noche junto con un vaso vacío. Cogí el vaso y lo sostuve a la luz de la luna: absolutamente seco, sin usar. El servicio había preparado un cuenco de estofado para Emily, y allí estaba, en una bandeja junto a la jarra de agua, frío desde hacía un buen rato, intacto.

La ventana estaba abierta de par en par, y una brisa que entraba en la habitación agitaba las cortinas. También me envolvió a mí en un abrazo que me hizo temblar. Cuando se marchó, me sentí solo. Con qué facilidad te puede capturar una brisa en sus garras y después abandonarte, pensé.

—¿Dónde estás, mi Emily?

Incluso a mis propios oídos, mi voz sonó débil y distante. No era la voz autoritaria que había querido emplear, sino mucho más leve, la voz de un crío que llama a su madre tras un mal sueño.

Salí del dormitorio y continué comprobando el resto del primer piso. Con cada habitación, sentía en el corazón un peso cada vez mayor. Si Emily no estaba en la casa, ¿adónde podría haber ido? Tengo que hablar con la señora Dugdale y con los demás, me dije; no se podía dejar a Emily sola, ya no, hasta que se lograra encontrar una cura para su afección. Trabajarían en

turnos si yo me tenía que ausentar de la casa aunque fuera durante el periodo más breve.

El golpe seco procedente del piso de abajo me sobresaltó, y volví a salir al pasillo, al rellano en lo alto de la escalera. Allí me quedé escuchando, pero el sonido no se repitió una segunda vez. De todas formas, el primer golpe había venido de abajo, de eso estaba seguro.

Regresé a mi dormitorio, cogí el revólver Webley de la mesita de noche y comprobé el tambor. No sé por qué sentía la necesidad de tener un arma en casa, pero su peso me reconfortaba.

Bajé la escalera.

Cuando por fin se produjo otro golpe seco, no tan sonoro como el anterior, determiné que procedía de la despensa inferior de la cocina. Me encontré la puerta abierta y las viejas bisagras chirriando. Cuando dotamos nuestra residencia de lámparas de gas, limitamos la obra a las dos plantas superiores. No había necesidad de tal extravagancia en el sótano. Llevé la mano a la vela que teníamos en lo alto de la escalera, encendí el pábilo con la lámpara de la cocina y regresé a la boca del lobo que era la puerta abierta de la despensa.

De nuevo, llamé a mi esposa por su nombre. Mis palabras retumbaron en las paredes de piedra, y las engulló el aire viciado de abajo.

Qué motivo tenía para bajar allí, lo desconocía, ni tampoco entendía por qué bajaría en una oscuridad total. De haber llevado ella una luz consigo, vería el resplandor desde donde me encontraba, pero no se veía ninguno. No había nada más allá del resplandor de mi vela.

Por algún motivo, de nuevo pensé en el perro, la bestia de la otra noche que yo deseaba creer que no había estado a la puerta de mi casa, aunque sabía que sí estuvo. Me imaginé al perro allá abajo, esperando al pie de la escalera. Era una estupidez, sin duda el modo que tenía mi mente de sugerirme cautela, pero aquella imagen no se desvaneció.

Descendí la escalera hasta la despensa, sujetando la vela con una mano mientras apartaba con la otra las telarañas que colgaban del techo y las paredes. Cuando la llama de la vela prendió una de aquellas telarañas, a un fugaz chisporroteo le siguió el olor a pelo quemado y mezclado con el

carbón, las patatas almacenadas para el invierno y otros aromas irreconocibles que emanaban de aquel lugar oscuro, húmedo y frío.

—Emily, querida mía, ¿estás aquí abajo?

Al decir aquello, oí un roce a mi izquierda.

Me di la vuelta, y el resplandor de mi vela barrió las paredes, el techo bajo y el suelo. Cuando la luz dio con mi esposa, estuve a punto de no verla. Mis ojos pasaron por encima de ella, pues estaba agachada, su cuerpo menudo rígido e inmóvil como una estatua. Permanecía agazapada en un rincón, dándome la espalda. Iba descalza, envuelta únicamente en un camisón blanco y fino.

—¿Qué estás haciendo? —me oí preguntarle.

Ante el sonido de mi voz, su cuerpo tembló y volvió a quedarse quieta.

De nuevo me imaginé al perro, vi a aquella bestia negra y musculosa encorvada en el rincón en lugar de ver a Emily. Me sacudí la imagen de la mente y atravesé la estancia hacia ella.

Un gruñido. Me resultó perturbador que tal señal de advertencia hubiera surgido de mi encantadora Emily, pero estaba seguro de que así había sido. Un sonido salvaje.

Cuando le puse la mano en el hombro, volvió la cabeza en un movimiento tan rápido que fue como si no se hubiera movido en absoluto. Vi el rojo alrededor de sus labios, en las mejillas y el mentón. En la mano sostenía los restos de un ratoncillo. Le faltaba la cabeza, arrancada, y aun así el cuerpecillo seguía retorciéndose entre sus dedos, y la sangre goteaba de sus restos descuartizados. Amontonados a sus pies, contra la pared, había otros seis cuerpos pequeños por lo menos, uno de ellos al que apenas le quedaba más que el rabo y algo de carne. La vi darle lametones al cadáver y después relamerse los labios carmesí antes de engullirlo entero y acabar con toda la ratonera.



# AHORA

El siseo procede de la derecha, del rincón de la sala.

Bram retira el cuchillo de la vaina enganchada en su cinto.

El hombre continúa mirándole desde abajo, encaramado en las rocas, con el brazo aún extendido. No dice nada, pero la expresión que lleva grabada en el rostro ya le dice a Bram lo suficiente. El hombre cierra los ojos y endereza el dedo, y el siseo vuelve a salpicar el silencio.

Bram sujeta con más fuerza la empuñadura del cuchillo de caza, coge el quinqué y se aproxima con cautela al rincón, centímetro a centímetro. No ve la serpiente casi hasta que se encuentra encima de ella. El animal alza la cabeza en un gesto amenazador y se lanza contra él en un arco a la velocidad del rayo. Bram trastabilla hacia atrás y está a punto de caerse.

La serpiente vuelve a sisear.

Bram levanta el quinqué.

Con no menos de sesenta centímetros de largo y enroscada, la serpiente parece negra en un principio, pero Bram se da cuenta de que en realidad es de color marrón oscuro. Un dibujo en zigzag recorre el cuerpo esbelto con una V invertida en la base del cuello, los ojos son negros como el tizón. En esos espejos oscuros le devuelve a Bram la mirada su propio rostro. La serpiente balancea la cabeza hacia delante y hacia atrás como un péndulo, lista para atacar.

Bram sabe poco de serpientes, ya que no las hay en Irlanda, pero ésta la reconoce como una víbora gracias a los libros que ha visto.

Las víboras son venenosas, es consciente, pero no está seguro de si son

mortales.

Otro siseo, éste a su espalda.

Bram se da la vuelta para descubrir una culebra en el suelo, en el centro de la habitación. Las culebras no son venenosas, lo sabe, y con un gesto veloz le corta la cabeza.

Se quita el abrigo, se lo enrolla en el brazo izquierdo y se lanza a por la víbora. La serpiente salta y hunde los colmillos en el escudo improvisado, y Bram le hunde el cuchillo en la parte superior del cuello para matarla al instante. Recoge los dos reptiles, los lanza por la ventana y ve cómo sus fragmentos aterrizan a los pies del hombre que está allá abajo.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*14 de agosto de 1868, 0.58 h*

Cuando el carruaje atravesó Clontarf y continuó hasta el distrito de Artane, tuve que despertar a Matilda. Se había quedado dormida poco después de salir del Club del Fuego Eterno. No pude culparla; ninguno de nosotros había descansado en condiciones en varios días, y nos habíamos limitado a intentarlo cuando no nos asediaban nuestros pensamientos disparatados. Transmitía tal paz en los instantes previos a despertarla que casi lamenté hacerlo.

Vambéry apenas dijo palabra. En cuanto terminó con sus notas, se volvió hacia la ventanilla y observó el discurrir de la ciudad en el exterior y cómo dejaba paso a la campiña. Ya había olvidado el silencio que había allí fuera, un lugar más tranquilo aún que Clontarf y la costa.

El camino al castillo de Artane era bien conocido, y el cochero se apresuró con cuatro caballos a un ritmo audaz. Cuando nos detuvimos, los caballos resoplaron y bufaron el aire de la noche. Los delanteros lanzaban la cabeza hacia delante; los traseros los mantenían en el sitio, y aun así se balanceaba el carruaje. Cualquiera diría que los cuatro caballos habían disfrutado de lo que sin duda sería un agotador galope en contraste con su limitada tarea en la ciudad.

Se abrió la puerta del carruaje, y salimos los tres.

El castillo de Artane había desaparecido.

Me quedé mirando aquel lugar donde antaño se alzaban las ruinas e intenté hallar palabras para describir lo que sentía, pero nada me vino. La torre ya no estaba; sólo quedaba algo de la iglesia original rodeada de una pequeña cantidad de lápidas que seguían en pie agrietadas y torcidas.

En lugar del castillo se elevaba una imponente estructura todavía en construcción. El edificio parecía contar con cuatro plantas en el centro, mientras que las alas a ambos lados tenían tres. Una valla rodeaba todo el perímetro. Un cartel sujeto a la verja de entrada decía:

FUTURA SEDE DE LA ESCUELA INDUSTRIAL  
DE ARTANE PARA JÓVENES CATÓLICOS

—Ha desaparecido —oí decir a Matilda a mi lado—. ¿Sabías tú de algún plan de construcción aquí?

—No —le contesté—. Con el trabajo y mis reseñas, he tenido tiempo para poco más.

Vambéry se aproximó y picoteó la tierra con la punta de su bastón.

—Pasé un tiempo en un sitio como éste. Sufrí una lesión cuando era muy pequeño, y se me paralizó una pierna. Mi padre murió cuando yo tenía seis años. Poco después, mi madre se volvió a casar y dedicó su atención a mi padrastro y a los hijos que le dio a él. Mi madre renunció a mí: quedé huérfano a efectos prácticos. Había cientos de niños, muchos de los cuales ya eran delincuentes a los diez años. Y en cuanto a mí, un tullido con un bastón, ya se pueden imaginar que mi vida fue un infierno. Por fortuna, era listo y un buen estudiante, y me eligieron como tutor de otros chicos. Aun así, aborrezco los recuerdos de aquel lugar. Sabía que me iría mejor en las calles que allí encarcelado en aquella cloaca de vejaciones. Escapé a los doce años y jamás eché la vista atrás.

Me situé frente a los restos de la iglesia, lo único que quedaba de la estructura original.

—La torre donde encontramos la caja estaba justo ahí.

—Usted mismo dijo que todo cuanto hallaron ya había sido retirado al día siguiente. De seguir hoy el castillo todavía en pie, quizá no habríamos

descubierto nada valioso dentro —dijo Vambéry.

Me volví hacia él desconcertado.

—¿Por qué estamos aquí, entonces?

Se dio la vuelta hacia el bosque a nuestra izquierda y señaló con el bastón hacia los árboles.

—Deben llevarme al tremedal que encontraron de niños. El castillo quizá haya desaparecido, pero el bosque permanece intacto.

Ante aquella sola mención, mis pensamientos se trasladaron a la imagen de la mano que surgía del agua y atrapaba a la libélula en pleno vuelo. Vi a Nana Ellen entrar desde la orilla en el agua turbia y desaparecer bajo la superficie. Vi todo aquello que me había negado a ver durante tantos años.

—¿Recuerda dónde estaba?

La última vez que estuve allí, algo tiró de mí detrás de Nana Ellen y me atrajo hasta ella, con Matilda pegada a mi espalda. La sentía cerca. Esta noche no había nada que tirase de mi mente, ningún cordel invisible que me uniese a ella. No había un rastro que seguir.

A pesar de todo, arranqué hacia el bosque. Conocía aquello como la palma de mi mano.

—Por aquí.

Matilda me lanzó una mirada cómplice. Cuando hicimos este recorrido de niños, podía ver en la oscuridad como si estuviéramos a la luz del día. Creo que se estaba preguntando si me volvía a pasar lo mismo. La mirada que yo le lancé a ella fue bien elocuente, pero no me atreví a decirlo en voz alta; ni me imaginaba lo que Vambéry pensaba ya de mí.

Aunque habían pasado los años, recordaba cada pisada, cada giro entre la espesura. Los fresnos eran ahora más altos y más recios y, sin embargo, todos y cada uno de ellos me resultaban familiares. Reconocía cada nudo en la corteza, las raíces que sobresalían del suelo húmedo. Las criaturas de la noche nos estudiaban desde la maleza, y me pregunté si serían los mismos animales que vi tantos años atrás, o si eran sus descendientes los que ahora recorrían a paso lento los mismos terrenos que sus ancestros. Vambéry y Matilda se apartaban a manotazos los mosquitos y otros insectos exasperantes, ninguno de los cuales me molestaba a mí, ni uno solo.

Cuando el tremedal surgió a la vista, contemplé las sombrías aguas con los ojos de mi yo de siete años. Esta vez, Nana Ellen no se encontraba de pie en la orilla. Esta vez estábamos solos.

—¿Es esto? —preguntó Vambéry.

Asentí con la cabeza.

—¿Está seguro?

—Sí.

Se dirigió a la orilla y clavó el dedo sobre el musgo de la superficie. El agua negra y oleaginosa apareció por un momento.

—¿Dónde vio la mano?

—Allí, a la derecha de esa raíz grande.

Vambéry siguió la dirección de mis ojos, dio un rodeo hacia la orilla de la ciénaga y se acercó tanto como le fue posible. Hundió el bastón en el agua hasta la empuñadura sin alcanzar el fondo.

—Es muy profundo.

—Cuando Ellen se metió, desapareció bajo la superficie sólo a unos pasos de la orilla.

Vambéry aceptó aquel dato con leve gesto de asentimiento y arrancó una rama seca y larga de un árbol a su lado. Igual que hizo con el bastón, la sumergió hasta que sus dedos rozaron el agua.

—Sigo sin llegar al fondo. Esta rama tiene mi estatura; esto nos da una medida de la profundidad superior al metro ochenta.

Me imaginé la mano que salía de lo más hondo y tiraba de la rama hacia el agua, luego volvía a salir y también se llevaba a Vambéry hacia abajo. Habría acabado en un instante, apenas una leve ondulación en el agua, después la quietud. Me sacudí aquella idea tan morbosa.

Vambéry soltó la rama, que se hundió bajo el agua.

—¿Puede sentirla, Bram?

—¿Qué?

—Ha dicho que de niño podía sentirla. ¿Está ahora cerca de nosotros? ¿Está en algún lugar de estas aguas?

—Si está cerca, no lo puedo notar.

—Es posible que ella pueda bloquear el vínculo que los une. Ya he visto

antes cosas así, en particular con los más experimentados. Un muro, algo semejante, que corta el vínculo.

Una sola libélula pasó zumbando cerca de Matilda, que soltó un grito ahogado de sorpresa. Mis ojos saltaron de inmediato hacia el otro extremo del tremedal, pero no vi más libélulas, no como la última vez.

Vambéry también lo vio, y siguió la dirección de mi mirada.

—Algunos de ellos tienen la capacidad de gobernar la naturaleza, no sólo animales pequeños e insectos, sino mamíferos más grandes también. He oído decir de ellos que controlan incluso la meteorología.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Matilda.

—No voy a fingir que lo comprendo; sólo puedo decirle lo que sé. Reclutan las mentes más débiles y hacen uso de ellas para su protección. Cualquiera conjetura cómo influyen en la meteorología.

Entonces me embargó un pensamiento.

—¿Qué estaba protegiendo ella? ¿A la persona a la que vi en el agua?

—Usted no vio a una persona; vio una mano, ¿es correcto?

—Sí, pero...

—Vio una mano que atrapó una libélula en el aire y desapareció bajo el agua —dijo Vambéry.

—Una mano no puede actuar por sí sola.

Vambéry descartó aquello con un gesto.

—Tal cosa quizá sea cierta en nuestro mundo. Dígame, Bram, esa mano que vio ¿era la misma que vieron los dos en la caja en la torre? Piénselo bien, es crucial. ¿Era una mano derecha la que emergió del abismo de agua, o una izquierda? ¿Y qué me dice del apéndice descubierto en la torre? ¿Izquierda o derecha?

—La mano de la torre era una izquierda —indicó Matilda.

—Bien —respondió Vambéry—. ¿Y la otra?

Apreté los ojos e hice un esfuerzo por recordarlo. Vi los dedos que surgían de la superficie del agua, la turba verde que resbalaba mientras la mano aparecía a la vista y atrapaba...

—Derecha —afirmé—. Era una mano derecha.

—Ya veo —dijo Vambéry, que se volvió hacia el agua—. ¿Tendría la

amabilidad de concederme un pequeño experimento?

—Si es de ayuda...

—Quiero que meta usted la mano en el agua.

Pensé en las criaturas que vivían en esa agua —anguilas, sapos, ranas, tritones—, con la superficie obstruida con turba empapada e inmune a los intentos de la luz de la luna de penetrar en esa superficie e iluminar lo que acechaba debajo. El tremedal era profundo, más de lo que éramos capaces de medir con un bastón o la rama de un árbol. Pensé en la mano saliendo del agua, atrapando la libélula y llevándosela a las profundidades. ¿Sería ése mi destino si tocaba el agua?

—Basta con que toque la superficie.

—¿Por qué? ¿Qué va a demostrar eso?

Vambéry se acercó a mí, plantó cuidadosamente los pies sobre el terreno más firme y evitó los charcos de musgo.

—Este vínculo que tiene usted con Ellen Crone, ¿ha intentado controlarlo alguna vez? ¿O fortalecerlo?

—No, yo...

—El agua es un conductor de la electricidad, muy al estilo de nuestro propio cerebro. Creo que el agua no sólo captura y transmite esa energía, sino que también puede almacenarla. Creo que este tremedal puede guardar muchos recuerdos.

En un primer impulso, aquello me pareció absurdo, y estuve a punto de hacérselo saber, pero pude notarle en la mirada que él lo creía cierto.

—¿Qué daño puede hacer intentarlo?

Respiré hondo, listo para discutirlo, pero me lo pensé mejor. Me desabroché la manga, la enrollé hasta el codo y después me arrodillé al borde del agua.

—¿Meterla en cualquier parte?

—Debería dar lo mismo.

Respiré hondo y deslicé la mano en el agua congelada. No estaba preparado para lo que sucedió a continuación.

Una ola me recorrió de punta a punta; no se me ocurre otra manera de describirlo. Comenzó en las yemas de los dedos, avanzó veloz por cada



centímetro de mi cuerpo y provocó que los músculos se me pusieran tensos. Una luz blanca y cegadora me nubló la visión, que después se quedó en negro mientras mi hermana y Vambéry desaparecían de mi vista sustituidos por un aceite turbio, una mugre viscosa que se arremolinaba a mi alrededor. Entonces la sentí..., y la sentí con una conexión mucho más fuerte de lo que recordaba. Esto que nos unía no era un cordel, era una cadena, ya que en aquel preciso momento ella no era una persona distinta, sino una extensión de mi ser, y yo de ella, y juntos no teníamos dos mentes, sino una. Mis pensamientos eran suyos, y los suyos eran míos.

Entonces vi el tremedal.

Vi a Ellen agazapada en la orilla del tremedal con un baúl grande de madera. Era de noche, como lo era ahora, pero no esta noche. Entonces Ellen estaba en el agua, yo estaba en el agua, no en la superficie, sino de pie en el mugriento fondo de la ciénaga. Criaturas de todo tipo pasaban deslizándose y maniobraban en el agua buscando un bocado. Poca atención me prestaban a mí, a esa persona que se interponía en su mundo. Ellen alzó las manos, estiró los brazos y los dedos hasta que no pudo llegar más allá. Entonces la oí hablar, una voz que no emanaba de ninguna parte y, aun así, surgía por todo mi alrededor.

—Ven a mí, amor mío.

Las palabras resonaron en el agua, retumbaron en la orilla y regresaron a mí. Tenían una fuerza como ninguna, y me di cuenta de que no eran palabras, sino una orden, una llamada. El suelo del tremedal vibró a mis pies y sentí que sus ojos, los míos, se fijaban en la tierra lodosa y veían cómo asomaba algo ante nosotros. El agua se llevó la tierra y la turba, y me percaté de que era una pierna, una pierna humana entera. Flotó desde el fondo del pantano hasta la superficie y me pasó a centímetros de la cara. A nuestra izquierda salió un brazo, después otra pierna, un torso, una cabeza con el pelo arremolinado de aquí para allá, y todos ellos pasaron flotando. De pronto me volvía a encontrar de pie a orillas del tremedal, estábamos allí los dos, y vi a Ellen echar mano de cada uno de aquellos miembros, de aquellos fragmentos de un cuerpo descuartizado, y sacarlos con delicadeza del agua para meterlos en el baúl grande de madera.

Cuando se cortó el vínculo, cuando se rompió el nexo entre Ellen y mis recuerdos, me vi tirado en la orilla con la cabeza acunada en el regazo de Matilda, y a Vambéry arrodillado junto a mí.

—Debe contarnos lo que ha visto —me dijo Vambéry en voz baja.

*14 de agosto de 1868, 1.42 h*

Viajamos en silencio en el carruaje de regreso a casa de Thornley. El episodio del tremedal —y no se me ocurre otra manera de describir lo que había sucedido— me había vaciado por completo. Me sentí como si pudiera dormir durante días.

Le conté a Vambéry y a Matilda lo que había visto: a Ellen, no sé muy bien cómo, allí de pie en el fondo del tremedal invocando la aparición de una serie de partes de un cuerpo que después flotaban hasta la superficie, donde ella misma las cargaba en un baúl. En mi estado onírico, aquel escenario me había parecido perfectamente lógico, pero ahora, con tiempo para reflexionar, se me antojaba más bien el producto de un sueño febril y se tornaba más irreal con cada segundo que transcurría.

Matilda estaba sentada a mi lado, con mi mano entre las suyas en un intento por reconfortarme, una vez que mis faltas anteriores habían quedado por fin olvidadas con aquel instante aterrador. Hasta hacía un momento, me había estado agitando con furia, pero aquello había terminado por calmarse. Frente a nosotros, Vambéry lo escribía todo en sus notas. Me pidió que le describiese el baúl, y lo hice lo mejor que pude.

—Era de una madera teñida de oscuro, con la tapa plana y bisagras y cierres de plata.

—¿Plata? ¿Está seguro de eso?

—Eran de color plateado, pero con respecto al metal no puedo estar seguro.

—¿Qué me dice de las dimensiones? ¿Cuán largo y ancho?

Pensé en aquella cuestión durante un minuto, mientras mi mente se imaginaba a Ellen metiendo una pierna en el baúl, con espacio de sobra.

—No menos de un metro veinte de largo y unos sesenta centímetros de alto. Quizá otros sesenta centímetros de ancho también.

—¿Alguna marca o etiqueta identificativa?

—No que yo me fijase.

—Pero ¿quizá la hubiera?

—Puede ser.

Mientras sucedía todo esto, Matilda guardaba silencio. Parecía estar escribiendo en su propio diario, pero cuando mostró en alto su cuaderno de bocetos, me percaté de que había estado dibujando.

—¿Se parecía a algo como esto?

Había dibujado el baúl en concienzudo detalle y, cuando vi la imagen, lo reconocí de inmediato.

—Exactamente así.

Vambéry extendió el brazo hacia el cuaderno de Matilda.

—¿Me permite?

Me incliné hacia delante y estudié el dibujo.

—El baúl estaba decorado con un diseño muy enrevesado, algo tallado en la madera, la misma imagen repetida una y otra vez, pero sólo por el exterior; el interior era simple, forrado de paño o quizá de terciopelo.

Vambéry tomó nota de aquello y me volvió a mirar.

—Esto es importante, Bram, así que me gustaría que cerrase los ojos e hiciera un esfuerzo. Piense primero en el interior del baúl, ya que es su recuerdo más intenso; imagíneselo en su mente, hasta el último detalle.

Hice lo que me decía y me obligué a concentrarme en aquella imagen horrible: Ellen colocando una parte de un cuerpo detrás de otra dentro del baúl.

Vambéry prosiguió.

—Cuando vea con claridad el interior en su imaginación, me gustaría que centrarse la atención en el exterior del baúl. La mente es un instrumento maravilloso, capaz de mucho más de lo que nosotros comprendemos. No tiene usted que tomar estas imágenes como un observador pasivo; si se concentra, las puede congelar. Puede acercarse más a ese baúl, tanto que podrá tocar la madera con las manos y palpar la talla con las yemas de los

dedos.

La voz de Vambéry se volvió melódica, tranquilizadora. Me hablaba con una cadencia deliberadamente monótona; después me explicaría que me había sometido a hipnosis, un fenómeno del que ya me había hablado el profesor Dowden en el Trinity. Cuando volví a oír su voz, me sonó distante. Vi de nuevo el baúl, pero esta vez Ellen estaba inmóvil, con las manos a punto de dejar un torso en el interior, un torso masculino. Lo sostenía allí sin esfuerzo ninguno a pesar de que era probable que pesara unos treinta y cinco o cuarenta kilos. Me acerqué un paso más al baúl, y otro después, hasta que me hallé delante. Me percaté de que el peso de su contenido había hecho que el baúl se hundiese ligeramente en la arena blanda, y no pude evitar preguntarme cómo se lo llevaría Ellen de allí. Tenía un aspecto resplandeciente a la luz de la luna, su rostro congelado en aquel recuerdo, enmarcado por sus cabellos largos y aún mojados del tremedal. En esa noche tenía los ojos azules, de un azul oscuro que me recordó al mar en el instante en que el sol se hundía en el horizonte y se extendía la noche. Ésta era la Ellen que yo recordaba de la infancia, inalterada y radiante. Tenía, sin embargo, el rostro lleno de preocupación, una sensación de urgencia mientras realizaba su tarea.

—El baúl, Bram, céntrate en el baúl —dijo Matilda, y de repente la sentí a mi lado, el calor de su mano, de nuevo sobre la mía.

Regresé a la imagen del baúl y me incliné para esforzarme más.

Me imaginé mis dedos deslizándose por la superficie, la sensación del grabado tan real como si estuviera allí mismo de rodillas. El patrón de la talla era pequeño y enrevesado, y no era capaz de descifrarlo. Se trataba de una serie de muescas, en realidad, de poco más de un centímetro de largo, una detrás de otra. El exterior estaba cubierto por entero, sin un solo centímetro intacto.

—Cruces —susurré—. Miles de cruces minúsculas.

Abrí los ojos de golpe, Matilda continuaba a mi lado.

El carruaje se detuvo justo cuando llegamos a casa de Thornley.

*14 de agosto de 1868, 2.18 h*

Thornley ya tenía la puerta abierta y nos había hecho pasar al interior antes de que nuestros pies tocaran los adoquines de la calle Harcourt.

—Rápido —dijo. Tenía un revólver en la mano y estudiaba con detenimiento los árboles y arbustos que rodeaban su parcela—. Sigue aquí fuera; no estoy seguro de adónde ha ido.

—¿Qué es lo que sigue aquí fuera?

—Entrad en la casa, todos —nos ordenó, y cerró la puerta con llave a nuestra espalda.

Thornley se dirigió a la ventana junto a la puerta, se asomó un instante, cruzó el vestíbulo hasta otra ventana en la biblioteca y descorrió la cortina. Tenía los ojos clavados en la oscuridad del exterior.

—¿Qué estás buscando? —le insistí al acercarme a la ventana.

—Pensaba que era un perro, pero ahora creo que podría ser un lobo. Negro entero. Lo vi la otra noche cuando regresé del hospital, y estaba otra vez ahí fuera hace menos de una hora, en mi vereda, con la mirada fija en la puerta de mi casa. Dios mío, Bram, qué grande era. El lobo más grande que he visto en mi vida. Y no me vengas con que no hay lobos en Irlanda. Sé exactamente lo que he visto, y era un lobo.

—Tu primer instinto, que era un perro, sería el correcto con toda probabilidad; lo más seguro es que sólo fuera un perro.

—Bobadas. Era un lobo, te lo digo yo.

Podía oler el brandy en el aliento de mi hermano, pero no creo que estuviera borracho.

—Thornley, ¿dónde está Emily? —le preguntó Matilda. Se hallaba al pie de la escalera, examinándose los dedos de la mano derecha. Los puso a la luz y vio que los tenía rojos—. Hay sangre en la barandilla.

Me volví hacia mi hermano.

—Thornley, ¿te importaría darme la pistola, por favor?

Thornley bajó la mirada al arma en su mano. Acto seguido, sus ojos saltaron de mí hacia nuestra hermana.

—Pero ¿qué es lo que creéis que he hecho?

A lo largo de toda esta conversación, Vambéry permaneció en silencio, pero lo vi desplazarse lentamente hacia un lado de Thornley, apretando la mano sobre el pomo de su bastón.

—Dame el arma, Thornley.

Esto se lo dije como una orden, mostrándole la mano.

Thornley me puso la pistola en la palma. Me apresuré a retirar las balas del tambor, me las metí en el bolsillo izquierdo y me guardé el revólver en el derecho.

Matilda subió corriendo la escalera.

—¡Espera! —gritó Thornley antes de echar a correr detrás de ella.

Oí a Matilda chillar mientras subía los escalones dando saltos detrás de mi hermano, con Vambéry detrás.

Matilda se encontraba a los pies de la cama de mi hermano. Emily estaba tumbada sobre las sábanas, con los brazos y las piernas bien atados a los cuatro postes, y con una mordaza en la boca. Tenía la barbilla y el cuello cubiertos de sangre seca, igual que las manos, los brazos y también la ropa. En ese preciso instante alzó la mirada hacia nosotros y gritó, con la voz amortiguada por la mordaza.

—¿Qué has hecho?! —gritó Matilda a Thornley mientras llevaba las manos a la curda que aseguraba la muñeca izquierda de Emily.

Thornley me apartó para pasar y empujó a Matilda a un lado.

—¡No debes desatarla!

—¿Está herida? —pregunté al observar tanta sangre.

En cualquier caso, lo que no detecté fue el rastro de ninguna herida.

—La sangre que veis no es suya —dijo Thornley, que se situó entre Emily y el resto de nosotros.

—¿De quién es, entonces? —exigió saber Vambéry.

—No se encuentra bien. Hace ya un tiempo que no está bien. No comprende lo que ha hecho. Dudo de que siquiera lo recuerde.

Vambéry se acercó un paso más y se inclinó hacia el rostro de Emily.

—¿Qué es, exactamente, lo que ha hecho?

Emily se retorció y forcejeó en la cama poniendo a prueba la fuerza de sus ataduras. La estructura de la cama crujió cuando trató de incorporarse.

Las ataduras aguantaron, sin embargo, al menos por el momento. Se le puso la cara roja de furia ante aquello, y lo volvió a intentar.

Thornley sacó una jeringuilla de su maletín médico, lo puso sobre la mesilla de noche y la hundió en el hombro de Emily. Su mujer se volvió hacia él y trató de incorporarse de nuevo tirando de las cuerdas con una fuerza enorme, pero sus esfuerzos remitieron rápidamente cuando el medicamento hizo efecto. Cayó de espaldas sobre el colchón y se quedó dormida.

—Láudano —explicó Thornley—. Parece que es lo único que funciona, aunque lo encuentro cada vez menos efectivo. Se lo he estado poniendo en el vino; ahora, las inyecciones son lo único que causan algún efecto. La dosis que le acabo de administrar dejaría fuera de combate en condiciones normales a un hombre de mi tamaño entre seis y ocho horas; Emily se volverá a despertar en menos de una.

Vambéry retiró con delicadeza la mordaza de Emily para poder inspeccionarle los dientes.

—¿Qué está haciendo? —dijo Thornley.

—¿Cuánto hace que sucede esto? —preguntó Vambéry mientras le separaba los labios de las encías y se inclinaba aún más cerca.

El aliento de Emily apestaba a podredumbre, incluso desde donde yo me hallaba.

Mi hermano se apartó de nosotros en un intento por ocultar las lágrimas que tenía en los ojos.

—Unas semanas ya, pero esta noche ha sido lo peor de todo. Jamás había hecho... esto. —Abrió los brazos en un gesto hacia el caos de sangre.

Thornley nos contó que la había encontrado en el sótano. Nos habló de los ratones. Casi me indispuse ante aquella idea. Matilda también se había quedado pálida. Sólo Vambéry parecía no inmutarse. Estudió la marca en el cuello de Emily.

—¿Qué me dice de esto? ¿Cuándo fue la primera vez que se fijó en esta marca?

—Hace unos días —respondió Thornley.

Vambéry se quitó una cadena que tenía alrededor del cuello, con una cruz

colgando de un extremo.

—Este crucifijo es de la mejor plata. Fue un obsequio que me hizo un sacerdote de un monasterio que visité hace unos cuatro años en un pequeño pueblo llamado Oradea, en la frontera entre Hungría y Rumanía.

Retiró la cadena y sostuvo la cruz por la base. Con un movimiento cuidadoso, presionó el talismán de plata sobre el dorso de la mano derecha de Emily. Su cuerpo dio una sacudida al sentir el contacto, y salió humo del lugar que había tocado la cruz. Olí a carne quemada y observé horrorizado cómo se le enrojecía la piel y se le ampollaba.

—¡Alto! —chilló Thornley, que apartó de un golpe la mano de Vambéry—. ¡Le está haciendo daño!

Matilda y yo guardamos un silencio de asombro.

—¿Ha estado cerca de Ellen Crone? —preguntó Vambéry mientras se volvía a poner la cadena en el cuello una vez reincorporado el crucifijo—. Quizá Ellen haya contagiado a su esposa como una especie de advertencia, con la intención de atemorizarnos y alejarnos, para impedir que sigamos investigando. ¿Ha estado ella en contacto con Ellen Crone alguna vez?

—No que yo sepa —le dijo Thornley. Llevó la mano a la de su mujer y la sostuvo con ternura, acariciándole la herida con los dedos—. ¿Puede ayudarla?

Vambéry dejó escapar un profundo resoplido. Me miró y desvió rápidamente los ojos, lo cual no me pasó desapercibido.

—Estos no muertos extienden su mal por medio de una mordedura. Una vez mordido, una vez que esta enfermedad entra en la sangre, hay poco que se pueda hacer. Mucho depende de la cantidad de veces que la hayan mordido, de cuánto ha estado expuesta. Debemos dejarla que descanse y que tome líquidos, tanto como esté dispuesta a beber, vino tinto sobre todo para que reponga la sangre sana. Debemos darle a su cuerpo lo que necesita para que expulse la infección. También es necesario asegurarse de que no la muerden otra vez. Estas criaturas suelen regresar a la misma víctima; esto los ayuda a evitar que los descubran. El que la ha mordido volverá, y nosotros debemos impedir a toda costa que esta criatura retorne a ella.

—Usted ya se ha topado antes con estas bestias, ¿no es así? —dijo



Matilda—. Habla de ellas como si tuviera conocimiento de primera mano, y aun así es muy poco lo que nos cuenta.

Cualquiera diría que Vambéry se quedó sorprendido ante aquel comentario. Me imagino que nunca se había encontrado con una dama tan franca como mi hermana, y en realidad es posible que nunca se la vuelva a encontrar. Por esto me sentí, como siempre, agradecido; ella hacía las preguntas que todos teníamos en mente.

Vi cómo Vambéry se acomodaba en una silla junto a la cama de Emily y sus ojos miraban cautelosos a la esposa de mi hermano mientras ella dormía.

—Hay poco que contar, me temo. Nada que haya sido jamás demostrado por medio de procedimientos científicos, sólo aquello que a lo largo de muchos años he recopilado yo a partir de leyendas y supersticiones. La historia que hemos leído en el libro de Ellen, su cuento de la Dearg-Due, puedo decirles que no es único. He encontrado relatos similares en culturas de todo el mundo, historias de criaturas nacidas del diablo que se sustentan con la esencia vital de otros. Cuando era joven, me sentía escéptico respecto a tales cosas, pero al oír hablar de ellas una y otra vez en todos los rincones del mundo, comencé a creer. ¿No es lógico asumir que hasta la más disparatada de las fábulas cobró vida de una verdad enterrada? No podemos descartar lo evidente; ustedes mismos han sido testigos. Tienen el poder de la nigromancia, de manipular a los muertos, pues ellos son, en realidad, los propios muertos. De algún modo, están condenados a vagar por la Tierra, incapaces de hallar la verdadera muerte. Con esta maldición reciben un inimaginable poder, la fuerza de veinte hombres, una astucia mucho más allá de la de la mayoría, resultado de una existencia que se extiende durante siglos. Muy al estilo de las abejas, he averiguado que tienen una jerarquía. Hay abejas obreras en un estado muy parecido al de la joven Emily aquí presente, los que sólo siguen órdenes, y también están los que dan esas órdenes, los que se valen de los zánganos para que hagan el trabajo más sucio. Son éstos a los que más deberían temer, los que son como su apreciada Nana Ellen, la Dearg-Due, si hemos de considerar su relato como un hecho.

»Se cree que los más fuertes de ellos pueden adoptar cualquier forma, ya sea un murciélago, un lobo, una niebla que se arremolina e incluso un ser

humano. Pueden parecer jóvenes, ancianos o de cualquier edad intermedia. Algunos pueden manipular los elementos, provocar brumas, tormentas, truenos. Sus motivos siguen siendo un misterio, pero una cosa está clara: dejan una estela de muerte a su paso y no tienen la vida humana en mayor estima de la que tenemos nosotros la vida de una mosca.

Bajé la mirada a Emily, que ahora dormía profundamente en su cama, a las punciones que tenía en el cuello. No pude evitar pensar en las marcas de mi muñeca, esas que no me atrevía a mirar, ahora no por lo menos.

—¿Cuáles son sus puntos débiles? —pregunté para hacer avanzar la conversación—. ¿Cómo les ponemos fin?

Vambéry asintió ante aquellas preguntas.

—Igual que hay historias que hablan de sus puntos fuertes, también las hay que hablan de sus vulnerabilidades.

Le vi levantarse, retirar el espejo de mano del tocador de Emily, llevarlo hasta la cama y sostenerlo en ángulo sobre la cara de la esposa de mi hermano.

—Observen detenidamente. ¿Qué ven?

Matilda, Thornley y yo nos inclinamos para mirar.

Mi hermana soltó un grito ahogado.

—¡Veo su reflejo, pero no está completo! ¡Veo a través de ella, como si fuera transparente!

Yo también vi que era transparente, y estaba claro que Thornley también lo vio, porque se apartó horrorizado y cayó en la silla que antes ocupaba Vambéry.

Arminius dejó el espejo en la mesilla de noche.

—No se ha transformado por completo, figúrense; por ese motivo aún podemos verla. Los no muertos de verdad no tienen reflejo; tampoco proyectan ninguna sombra.

—¿Y por qué tiene Ellen un espejo, entonces? —preguntó Matilda.

Vambéry se encogió de hombros.

—Quizá por nostalgia, un recordatorio de la vida que tuvo antaño, pero no hay manera de saberlo con certeza.

—¿Qué más? —pregunté.

—No pueden cruzar por sí solos las aguas en movimiento e, igual que en el relato de Ellen, no pueden entrar en la morada de los vivos a menos que los inviten a hacerlo. Sus poderes se limitan a las desoladas horas de la noche. Si bien pueden caminar a plena luz del día, tratan de evitar el sol a toda costa. Es durante estas horas de claridad cuando son más vulnerables. Y sólo hallan descanso cuando yacen en el suelo de su tierra natal. Dado que nacen de algo maligno, los objetos sagrados como los crucifijos, las obleas de comunión y las aguas bautismales son un veneno para ellos. El ajo también los repele, aunque no tengo conocimiento de por qué es así. Lo mismo sucede con las rosas silvestres: si se deja una sobre la tumba mientras reposa la cobarde criatura, no podrá levantarse hasta que la rosa se haya extinguido por completo.

—¿Se los puede matar? —preguntó mi hermano en voz baja sin apartar la vista de la inerte silueta de su mujer.

Vambéry asintió.

—Sólo se los puede destruir clavándoles una estaca de madera en el corazón. Acto seguido se debe decapitar el cuerpo e incinerarlo, y las cenizas se deben esparcir a los cuatro vientos. Nada que no sea esta solución espeluznante será efectivo.

Thornley dejó descansar la cabeza entre las manos.

—¿Por qué haría esto Ellen?

Vambéry me lanzó una mirada de soslayo y la desvió hacia otro lado de inmediato.

—De alguna manera está unida a su familia, pero sólo ella conoce sus razones. Hay que buscarla y detenerla. Temo que con otra mordedura el corazón de su esposa se pare y ella se convierta en un vampiro. Ellen regresará seguramente a finalizar su transición y a darle la bienvenida a la grey de los no muertos; nosotros se lo impediremos.

—En otras palabras, tenemos que llegar a Ellen antes —dije para el cuello de mi camisa—. Encontrarla mientras descansa, cuando es más vulnerable. Esperar a que vuelva aquí, cuando es más fuerte, es una insensatez.

—Estoy de acuerdo —convino Thornley—. Hemos de pasar a la ofensiva. No me quedaré aquí aguardando a que dé cuenta de todos nosotros

de uno en uno. Tenemos que encontrar su lugar de descanso.

Vambéry pensó en ello por un instante.

—Conozco a un hombre que quizá sea capaz de localizarla a partir de los objetos que obtuvimos de la tumba, las posesiones de Ellen que ustedes recuperaron. Puedo traerlo aquí.

Por primera vez en cerca de una semana, mi hermano se permitió una sonrisa.

—Yo puedo darle algo mucho mejor que unas viejas baratijas. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pequeño mechón del cabello de Nana Ellen y lo sostuvo a la luz.

DE LAS NOTAS DE  
ARMINIUS VAMBÉRY  
(registradas en clave y  
transcritas a continuación)

*14 de agosto de 1868, 4.08 h*

No me he atrevido a ponerme a escribir hasta tener la certeza de que era seguro hacerlo.

No debo permitir que mi excitación se adueñe de mis palabras; es importante que lo documente todo de un modo claro y conciso. Nada se puede quedar en el tintero. Todo se ha de registrar debidamente.

Esta noche continúa arrojando revelaciones y generando angustia a un ritmo que me ha dejado por completo exhausto. No he de dormir, no obstante, no en esta casa, no mientras una criatura de la noche duerma en la cama que tengo ante mí y otra se pasee por sus pasillos embrujados, un invitado al que su propio hermano ha abierto la puerta.

He dado instrucciones a los demás para que descansen, además de insistir en que yo permanecería en la habitación con Emily y Thornley durante la noche. Thornley se encuentra ahora profundamente dormido en una silla a mano derecha de la cama mientras que yo ocupo otra bajo la ventana del rincón opuesto. Yo mismo he inspeccionado las ataduras de Emily y he quedado satisfecho al ver que son de naturaleza suficiente, al menos para esta

noche. La enfermedad se extiende en su interior, y con ella se materializa una gran fuerza. Estas finas cuerdas podrán bastar para hoy, pero mañana insistiré en que las sustituyan por unas correas de cuero, quizá cadenas de plata. Eso es, por supuesto, en caso de que no se le impida vivir otras veinticuatro horas. Permitir que se transforme sería una injusticia para su alma mortal, algo que no tengo la certeza de estar dispuesto a arriesgar. Ya veo signos de debilitamiento en los efectos del láudano. Ha estado moviéndose un poco y farfullando dormida, y esto se ha ido incrementando en su frecuencia a lo largo de la última hora. Aun así, por el momento descansa.

Los demás también guardan silencio ahora, y aunque tuviese la esperanza de que hallaran el sueño, no presumiré que tal vaya a ser el caso. Bram, en particular, me causa un gran desconcierto, y bajo ninguna circunstancia bajaré la guardia en su presencia. Antes, cuando he tenido en la mano el espejo para demostrar cómo se había reducido el reflejo de Emily en él, he aprovechado la ocasión para calibrar la capacidad de Bram de proyectar una reflexión de su imagen. Aunque apenas he dispuesto de un segundo para llevar a cabo mi experimento, tengo la certeza de que su reflejo era evidente. Esto me provoca un particular desconcierto, dado lo que me han contado tanto él como los demás. Si en efecto ha sufrido la mordedura de los no muertos, de ese demonio de Ellen Crone, con la frecuencia que él afirma, debería haberse transformado hace muchos años. ¡Y pensar que él también ha bebido de la sangre de ella! Antes, el joven ha manipulado el espejo y el cepillo de Crone sin dar muestra de dificultad alguna, aunque ambos están hechos de plata. Sólo me cabe suponer que ha descubierto alguna manera de contrarrestar las pruebas que yo conozco y utilizo. El diablo es muy artero en sus métodos. Quizá esto forme parte de algún modo de evolución natural, que haya desarrollado algún tipo de inmunidad a las debilidades que suelen aquejar a los no muertos. De ser ése el caso, me siento cada vez más horrorizado, pues en algún punto esta inmunidad podría volverse imparable. Pretendo someter a más pruebas esta premisa, cuando se presente la oportunidad. Siento curiosidad por ver qué sucederá si Bram ingiere agua bendita. Se la daré a hurtadillas y sin advertencia previa con el fin de determinar si estas inmunidades son inconscientes o si requieren que el joven

se arme de antemano.

Tengo la sensación de estar engañando a mi amigo Thornley Stoker, pero son cosas que he de hacer. Su juicio se ve comprometido en todo lo referente a su esposa y a su hermano. No podemos permitir que se extienda la dolencia de la que son portadores, y si debo simular amistad con los afectados con el objeto de determinar los puntos débiles inherentes a esta enfermedad —para después destruirla, la enfermedad y a los contagiados por ella—, pues así sea.

No me cabe ninguna duda de que Ellen Crone es la clave.

He enviado a mi cochero a recoger a Oliver Stewart. Hace años que conozco a Stewart y confío plenamente en él. Como practicante de las artes oscuras, me ayudó en el pasado a localizar objetos y a personas, y su discreción impedirá que haga preguntas. Aguardo con ansia su llegada.

Hay un...

DIARIO DE THORNLEY  
STOKER  
(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*14 de agosto de 1868, 4.10 h*

Me desperté con los gritos de mi hermana y estuve a punto de caerme de la silla junto a la cama de mi esposa al pasar Vambéry a toda prisa con el bastón en la mano, corriendo por el pasillo hacia mi cuarto de invitados. Bram y yo casi tropezamos al subir él dando saltos por la escalera. Nos abalanzamos en tromba por la puerta abierta de la habitación de Matilda para encontrárnosla de pie junto a la ventana, señalando con el dedo hacia el cristal.

—¡Está ahí fuera!

—¿Quién está ahí fuera? —preguntó Bram.

Vambéry se acercó a la ventana y se asomó a la oscuridad impenetrable de la noche.

Matilda se cubrió con las manos la tez pálida e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¡Ha sido espantoso! Me he despertado con unos golpecitos en el cristal. Al acercarme a la ventana, he visto el rostro de Patrick O’Cuiv contra el cristal. Me ha sonreído y ha vuelto a dar unos golpecitos con las uñas. Las tenía largas y amarillas, horrorosísimas. ¡Ah, y qué dientes! Los tenía... no



eran normales. Había retirado los labios como un perro al gruñir, y tenía los dientes como si fueran colmillos. Se ha relamido los labios y ha dicho mi nombre. Lo ha pronunciado en voz muy baja, como si hiciera mímica, y aun así lo he oído perfectamente, igual que si lo tuviese justo a mi lado. ¡Señor, ha sido horrendo!

—Sigue ahí fuera —dijo Vambéry, mirando por la ventana—. Y no está solo.

Bram y yo nos dirigimos a la ventana y nos asomamos, y allí estaba. Patrick O’Cuiv, el hombre que no había muerto una vez, sino dos, el hombre cuya autopsia yo mismo había presenciado personalmente. Allí estaba ahora de nuevo intacto y plantado en el césped de abajo. No tenía ninguna duda de que Matilda lo había visto en la ventana aunque estuviéramos en un segundo piso y no tuviera forma de llegar a nuestra altura desde fuera. Porque tampoco tenía duda ninguna de que aquel hombre podía llegar hasta nosotros con la misma facilidad con que yo podía alcanzar a mi hermano, a mi lado.

—No puede entrar, no a menos que se le invite —explicó Vambéry—. Ésos me preocupan más.

Seguí la dirección de su mirada y me dio un vuelco el corazón ante lo que vi: no uno, sino dos lobos grandes, ambos negros como la noche, que nos miraban desde el rincón del jardín con unos ojos rojos como rubíes. Uno de ellos se acercó a O’Cuiv y se sentó a su lado sin quitarnos la vista de encima ni un instante.

—¿Dónde has dejado mi pistola? —le pregunté a Bram.

—De poco servirán las balas aquí —señaló Vambéry—. Sólo una que esté hecha de plata tendrá alguna utilidad, y sólo si perfora el corazón. Cualquier cosa por debajo de eso únicamente los ralentizará, nada más.

—¿Qué hacemos, pues?

—Falta una hora para el amanecer. Hasta entonces, esperaremos en la seguridad de estas paredes —dijo Vambéry.

Bram fue hacia Matilda y la envolvió entre sus brazos.

—No mires.

Otro chillido.

Éste venía de Emily, pasillo abajo. ¡Ay, ¿por qué la dejaríamos sola?!

¡Siquiera un instante!

De inmediato, Vambéry ya salía por la puerta, a la carrera, desenfundando de su bastón una larga espada de plata. Bram y yo corrimos tras él, con Matilda a nuestra espalda.

Nos encontramos a Emily sentada en la cama, desatadas a su lado las cuerdas que apenas unos minutos antes la sujetaban. Detrás de ella permanecía de pie el hombre alto de negro con el que me había topado el martes por la noche, su rostro de un pálido mortecino y los ojos de un rojo encendido. Sostenía a Emily erguida, rodeándola con un brazo; con el otro le sujetaba la cabeza hacia un lado. Mis ojos se fueron directos a los hilillos de sangre que manaban de las heridas de punciones que tenía en el cuello, ambas recién reabiertas. El hombre tenía sangre en los labios, una sangre que podía ver claramente a la luz de la luna gracias al contraste del rojo con el blanco inmaculado de sus dientes, tan largos de un modo antinatural.

Nos bufó al vernos. Era la advertencia de un animal, no la de un ser humano, y la expresión de su rostro me recordó a la de un perro salvaje.

—¡Libérela! —gritó Vambéry.

Blandió su espada en el aire, y la luz se reflejó en la hoja de plata cuando la punta pasó a escasos centímetros del rostro del hombre.

Con la mano libre, Vambéry se quitó del cuello la cadena rompiendo el cierre y mostró la pequeña cruz ante sí. El hombre soltó otro bufido en una expresión de ira que lanzó saliva ensangrentada sobre las sábanas. A una velocidad deslumbrante, soltó a Emily y retrocedió un paso. El cuerpo inconsciente de mi esposa se desplomó sobre la cama.

Vambéry lanzó una estocada con la punta de la espada hacia el pecho del hombre.

En el instante previo a que la hoja lo alcanzase, el otro se deshizo en un estallido: simplemente, no hay otra manera de describirlo. Desde el centro de su masa, explotó en una nube negra, miles de fragmentos minúsculos que salieron disparados en todas las direcciones. Me cubrí los ojos con el brazo de forma instintiva cuando aquellos proyectiles me acribillaron el cuerpo, rebotando contra mí con dolorosos picotazos.

—¡Abejas! —chilló Bram—. ¡Se ha transformado en un enjambre!

Fue entonces cuando oí el zumbido de los insectos, cuando la habitación pasó del silencio a un ruido ensordecedor.

Sufrí de niño el ataque de unas abejas después de jugar con su panal, y aún hoy recuerdo el sonido creciente que hacían al salir de la seguridad del panal y perseguirme. Aquí no se produjo aquel sonido cada vez mayor: no había nada primero, y después, en un instante, fue como si estuviera metido en el centro de una colmena.

Sentí un picotazo incandescente en el brazo y le solté un manotazo a la abeja furiosa que se había posado allí. Entonces se apartó y dejó clavado su largo aguijón. Otra abeja me picó en el cuello, y sentí como si alguien me hubiese clavado allí un cuchillo.

Vi a los demás haciendo aspavientos ante las nubes de color negro y amarillo, Vambéry era quien lo hacía de manera más vigorosa. No sé cómo, pero era como si el número de abejas se estuviera multiplicando, como si cada abeja se dividiese en dos y éstas se dividieran de nuevo. El enjambre se volvió tan denso que apenas veía el otro extremo de la habitación. Con los ojos apretados, di con la puerta del dormitorio y eché a andar hacia ella, cada paso más dificultoso que el anterior. A mi espalda, Vambéry comenzó a gritar una oración de algún tipo; su voz combatía por hacerse oír sobre aquella cacofonía:

—Señor Dios todopoderoso, concédenos la gracia de poder desterrar las obras de las tinieblas y envolvernos en la armadura de la luz ahora, en el tiempo de nuestra existencia mortal en la cual tu Hijo, Jesucristo, vino a nosotros con suma humildad, para que en el último día...

Su voz se vio interrumpida de forma abrupta por un grito, esta vez de Matilda. Creo que le había picado una abeja en la mano, pero no lo pude ver con seguridad. Se protegía el brazo izquierdo mientras hacía unos aspavientos desatados con el otro.

Vambéry repitió la oración, ahora más alto; nos unimos los demás, y nuestras voces se elevaron por encima del zumbido. Casi tan rápido como habían aparecido, las abejas salieron volando por la ventana abierta, por suerte, y desaparecieron en la noche. La habitación volvió a quedar en un silencio salpicado tan sólo por nuestra respiración trabajosa.

Me acerqué a la cama de Emily.

Había perdido el conocimiento, pero su ritmo respiratorio era constante. Los párpados cerrados temblaban de forma frenética, atrapada en algún sueño. Le estiré las piernas y le volví a colocar la cabeza sobre la almohada, me arrodillé a su lado y le acaricié el pelo. Era ajeno al dolor de la media docena de picaduras, más o menos, que había sufrido. En aquel momento sólo estaba mi amor, mi Emily.

A mi espalda, los demás se quitaban con cuidado los agujones de su propia piel y también los unos a los otros.

—¿Cómo es posible eso? —dijo por fin Matilda, la primera en hablar, que estaba visiblemente afectada pero intentaba ocultar su temor.

Vambéry sonaba exhausto.

—He oído historias sobre ellos en las que se transforman en una niebla o se convierten en todo tipo de animales, pero convertirse en miles de abejas minúsculas y atacar como él lo ha hecho, atacarnos como un solo ser, pese a ser tantos... Tal proeza requeriría un poder extraordinario.

—Ése era el hombre que me siguió a casa desde el hospital el otro día, el que me preguntó por Ellen y que estaba intentando encontrarla —dije.

Sentí fría la mano de Emily en la mía. Si hubiera metido los dedos en un cubo de hielo, no los habría tenido tan fríos.

—Es muy anciano. Tendría que serlo para dominar tal capacidad —respondió Vambéry asombrado.

—¿Cómo ha conseguido entrar en la casa?

—Su esposa debe de haberle invitado. Si no esta noche, en algún momento anterior.

Había una jofaina junto a la cama. Cogí la toalla que había al lado, escurrí el exceso de agua y la utilicé para lavarle la herida del cuello. Las dos pequeñas punciones no eran más grandes que antes, pero estaban claramente enrojecidas e inflamadas. Sin embargo, ambas estaban cerradas, como si llevaran horas sanando.

Le aparté el cabello y le inspeccioné la frente.

—Ha desaparecido el corte que tenía en la mejilla. Estaba ahí hace apenas unas horas. —Miré a Bram y a Matilda—. ¿Os acordáis? Os lo he enseñado.

—Lo recuerdo —dijo Bram, que se tapaba con la mano el lugar del brazo donde él se había cortado a propósito.

Vambéry levantó con delicadeza la mano de Emily y le remangó el brazo.

—La zona donde le ha quemado la cruz también ha sanado. —Frunció el ceño en un gesto de preocupación—. No disponemos de mucho tiempo.

—¿No se le puede retirar la invitación a ese hombre? —preguntó Matilda. Vambéry volvió a bajar la mano de Emily a su costado.

—Ya no tiene importancia. La sangre de ella se ha mezclado con la de él; ambos son ahora uno y sólo uno. Su voluntad ya no es completamente suya.

—Después de que Ellen me mordiese la primera vez —dijo Bram— fui capaz de oír sus pensamientos, y ella podía oír los míos. Hemos de prestar atención a nuestras palabras en presencia de tu esposa, mi querido hermano. Este hombre podría estar escuchándonos.

—¿Y ahora? —preguntó Vambéry—. ¿Aún comparte usted esta conexión con Ellen Crone?

Bram hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No como antes. Cuando era niño, me veía capaz de seguir su rastro desde la otra punta del mundo, y creía que ella podía seguirme a mí. En ocasiones conocía sus pensamientos tan bien como los míos. Algo ha cambiado con el paso de los años.

—Puede bloquearle —me explicó Vambéry—. El hecho de que usted ya no pueda sentir la conexión no significa que ella no la sienta.

—No creo que funcione así. Para que ella pueda ver el interior de mi mente, ha de abrirme a mí la suya, aunque sea una puerta que permanezca abierta sólo durante un segundo. No creo que pueda mantenerme oculta la conexión. La sentí la otra noche en Clontarf en los instantes previos a dirigirme hacia ella, ahora estoy seguro de eso, por fugaz que pudiera ser aquel vínculo.

Vambéry reflexionó por un instante sobre aquella revelación.

—¿Es usted capaz de bloquearla a ella igual que ella le bloquea a usted?

—No lo sé.

—Esta información es importante. Tiene que intentarlo. Si de alguna manera es usted capaz de controlarlo, podemos utilizarlo en nuestro

beneficio. Si no, me temo que ella pueda utilizarle a usted para adivinar nuestras intenciones. Eso es algo que no podemos permitir —dijo Vambéry.

Los dedos de Emily se crisparon alrededor de los míos, y su respiración se volvió superficial. En lugar de las inhalaciones largas y profundas propias del sueño, daba jadeos cortos y rápidos. Se le puso el cuerpo en tensión y se le arqueó la espalda.

—¡Sujétenla! —gritó Vambéry.

Apreté con más fuerza una de las manos y le puse la otra en el hombro. Bram y Vambéry fueron a por las piernas. Nos tumbó a los tres de espaldas como si fuéramos los juguetes de un crío. Abrió de golpe los ojos y soltó un bufido entre los labios al incorporarse en la cama con tal rapidez que su movimiento fue una mancha difuminada.

Vambéry había vuelto a sacar el crucifijo y se lo mostró delante de la cara. Emily apartó la mirada y se acurrucó en un ovillo sobre la cama. Un momento después, volvía a estar quieta, con la respiración normal, y de nuevo se quedó dormida.

—Está intentando combatir la infección, pero es una batalla perdida —nos dijo Vambéry—. No tardará en transformarse.

—¿Qué podemos hacer? —Le apreté la mano a Emily y, por imposible que me resultara, la tenía más fría que antes.

—¿Tienen ajo en la casa?

—Quizá en la cocina o en la despensa.

—Tráigalo. Y un cuenco grande también.

Corrí al piso de abajo y regresé con un cuenco grande y una ristra de ajos frescos de la cocina. Vambéry los tomó de mis manos y a continuación los dejó en la mesilla de noche. Le vi meter el ajo en el cuenco y después sacar una botella pequeña de su maletín de cuero además de un paquete que estaba envuelto en un paño verde. Sostuvo la botella a la luz.

—Esto es agua bendita de la iglesia de San Miguel.

Vambéry hizo la señal de la cruz, abrió la botella y vertió el contenido sobre el ajo. Vi cómo desenvolvía con cuidado el paño verde.

—¿Son obleas de comunión bendecidas? —preguntó Matilda.

Vambéry asintió con la cabeza.

—La sagrada forma, sí. También de San Miguel.  
Siguieron el mismo camino al interior del cuenco.

Con la empuñadura de un cuchillo de caza, machacó el contenido hasta que se convirtió en un puré blanco, añadió un poco de agua bendita y lo removió para formar una pasta. Vambéry llevó el cuenco hasta la ventana, la cerró, la apestilló y comenzó a extender la pasta por los bordes.

—Esto debería impedir que ese hombre entre de nuevo. Al menos por ahora. —Cogió el resto de la pasta y la extendió con los dedos alrededor de la cama para rodear a Emily—. Ella tampoco debería poder traspasar esta barrera. No es permanente, pero bastará para protegernos durante las horas de la madrugada.

Me quedé mirando a Vambéry con asombro, preguntándome qué otros secretos guardaría.

*14 de agosto de 1868, 8.15 h*

El amanecer se asomó por el este y alcanzó mi casa con dedos ansiosos. Me gustaría decir que encontré algún descanso, pero mentiría; no creo que ninguno de nosotros lo hiciese. Bram pasó la noche en el sofá de la biblioteca con Matilda acurrucada en la butaca a su lado. Mi hermana se negó a regresar al cuarto de invitados, y no quería estar sola. Vambéry y yo continuamos con nuestra vigilia sobre Emily. No se produjo ningún otro incidente; tuvo un sueño profundo.

El cochero de Vambéry regresó poco después de las primeras luces del alba con el mensaje de que un hombre llamado Oliver Stewart llegaría después del anochecer. Matilda trató de discutir aquel retraso y señaló que perderíamos un día entero en la espera, pero Vambéry le dijo que los métodos de Stewart no serían efectivos durante las horas del día; lo más probable era que Ellen estuviese entonces descansando y que por tanto no pudiéramos dar con ella.

Cuando mi hermano regresó por fin junto a Emily, tenía los ojos rojos y la frente arrugada con la sombra de la somnolencia. Imagino que yo no tenía

un mejor aspecto.

Anoche, después de que Vambéry mezclara aquel mejunje de ajo y agua bendita, ideó unas crueles ataduras a partir de cuatro de mis cintos de cuero de los cajones de mi cómoda. Los empleó para asegurar los brazos y las piernas de mi mujer a los postes de la cama en lugar de la cuerda que yo había utilizado anteriormente. Cuando le pregunté si pensaba que el cuero resistiría, me dijo que sí, pero sus ojos transmitían una respuesta muy distinta. Desde el último incidente, también me fijé en que siempre llevaba el bastón consigo. Aunque había vuelto a envainar la espada en la caña del bastón, ya había demostrado la rapidez con que era capaz de blandir la hoja, y estaba claro que lo haría si se veía amenazado. Lo que no estaba tan claro era si esperaba que dicha amenaza fuese a llegar por la ventana o a través de mi esposa, ya que se mostraba receloso ante ambas.

Mientras extendía la mezcla de ajo bendito alrededor de la cama, Vambéry salpicó un poco sobre la mano de Bram, la misma mano en la que le había mordido Ellen. Si bien tengo la seguridad de que aquel «accidente» tenía como fin alguna clase de prueba, la intencionalidad del acto no pasó desapercibida a ojos de ninguno de nosotros. Nada más hacerlo, la mano de Vambéry se tensó en la empuñadura del bastón, y todos nos volvimos hacia Bram para ver qué pasaba. Mi hermano no le dio la menor importancia; se limitó a limpiarse las manchas y le dedicó a Vambéry una sonrisa de medio lado. Si Bram estaba infectado, era obvio que aquella enfermedad le afectaba a él en un grado muy distinto al de mi mujer.

Poco después de que Bram entrase en la habitación, Emily parpadeó y abrió los ojos, y de entre sus labios surgieron cinco palabras:

—¿Se ha marchado el monstruo?

Al oír su voz, caí sobre la cama y la rodeé con los brazos. Deseé no soltarla nunca. ¡Era gélido su tacto! Al presionar mi mejilla contra la suya, fue como si la hubiera apoyado en el cristal de una ventana en una infame noche de invierno. No la aparté, sin embargo; mi esposa tenía que saber que no estaba sola en esto, debía tener constancia de mi amor. Hablaba de manera coherente, pero recordaba poco de lo sucedido la noche anterior. Un rato antes ya le había cambiado la ropa ensangrentada, y Emily no hizo mención



alguna de los ratones, ni nosotros tampoco. Vambéry dijo que era bueno que hablase únicamente de cosas que le dieran fuerzas y felicidad, y no de las que le recordasen su mal.

Aunque todos sabíamos que estaba enferma, poco había que nos lo recordara aparte de su baja temperatura. Es más, podría decirse lo contrario. Jamás le había visto una piel tan perfecta; no tenía ni un solo defecto. Incluso parecía tener más volumen en el cabello, con unos bucles vivaces que no dejaban de danzar, y el color parecía más intenso. De no haber conocido la realidad, la habría tenido por diez años más joven que su verdadera edad. Intenté abrir las cortinas, pero Emily se apartó de la luz y dijo que le hacía daño en los ojos, de modo que las cerré contra mis deseos. La habitación era de gran tamaño, pero cualquiera diría que las paredes se nos echaban encima un poco más con cada hora que transcurría, hasta que ya no pude aguantarlo y tuve que salir a dar un paseo. En la tierra húmeda no se veía ninguna huella, ni humana, ni de lobo ni de cualquier otro tipo.

En un momento dado, Matilda le trajo a mi mujer una bandeja de fruta y una jarra de agua fría además de una taza de té: de camomila, su preferido. Emily no quiso nada. Insistió en que no tenía apetito, pero le pidió a Matilda que dejase la bandeja junto a la cama por si acaso cambiaba de opinión. Fue entonces cuando pidió también que le retirásemos las ataduras de los cintos de cuero. Hasta aquel instante, apenas les había prestado atención, y cuando por fin lo hizo, fue tal su desenfado que casi me pareció divertido. Vambéry nos sacó a Bram y a mí al pasillo para comentar su petición, y decidimos que sería mejor quitarle las ataduras por ahora, pero que habría que volver a ponérselas a la puesta de sol. Emily accedió a esta proposición, aunque seguía sin dar muestra ninguna de conciencia de la noche anterior.

Volvimos a colocarle las ataduras cuando el sol comenzó su descenso. Emily no protestó. Aunque se había pasado durmiendo la mayor parte del día, se iba mostrando más despierta conforme se aproximaba la noche, pero también parecía estar retrayéndose. Hablaba menos y tenía aspecto de estar inmersa en sus propios pensamientos. Me temí que se avecinara otro episodio. No podría soportar presenciar tal eventualidad, de modo que me dirigí al piso de abajo a unirme con los demás.

Tal y como estaba planeado, dimos permiso al servicio para retirarse temprano. Había habido muchos cuchicheos entre ellos. No se había autorizado que ninguno de ellos viera hoy a Emily y, aunque ya conocían a mis hermanos, miraban a Vambéry con inquietud, por más que no me preguntasen sobre él. No era yo de los que guardan secretos ante su personal, y los sucesos recientes a todas luces los habían alterado.

Vambéry mezcló más de aquella pasta suya, volvió a sellar las ventanas de Emily e insistió en que nada podría entrar y en que sería seguro dejarla descansar sola mientras los demás nos reuníamos abajo.

Llegó entonces Oliver Stewart a las siete, con puntualidad.

Vambéry le abrió la puerta y lo acompañó directamente al comedor, donde se había despejado la mesa en preparación para su visita. En lugar de encender la lámpara de gas, prendimos unas velas e incienso por toda la sala para que se llenase de la luz danzarina y de un aroma terroso y especiado. Habían retirado tres de las sillas y habían dejado tan sólo cinco alrededor de la mesa redonda. Stewart lo observó y asintió.

—Bastará con esto.

No nos había estrechado la mano al entrar en la habitación. Cuando Bram intentó hacerlo, Stewart se encogió y se llevó las manos a la espalda.

Stewart era un hombre de aspecto inusual. No superaba el metro cincuenta de estatura, y Vambéry me informó de que llevaba alzas en los zapatos para conseguir otros dos centímetros y medio además de un bombín alto. Era de cara achaparrada y mofletuda, como si de niño alguien le hubiera presionado el cráneo y lo hubiese forzado a expandirse a lo ancho en vez de a lo alto. Si tuviera que adivinar su edad, la situaría en la cincuentena. Llevaba unos guantes de cuero blanco que se negaba a quitarse, y unas gafas gruesas que hacían que sus ojos redondos y brillantes como cuentas pareciesen mucho más grandes de lo que en realidad eran. Su mirada se disparaba aquí y allá asimilando cada centímetro del espacio, y en cambio apenas nos miraba a los ojos a los demás.

—El señor Oliver tiene una gran sensibilidad —nos contó Vambéry—. El simple tacto de otra persona puede producirle un episodio muy similar al que Bram experimentó en el tremedal. Esto puede resultar muy perturbador y

desconcertante. Les ruego, por tanto, que respeten su deseo de no entrar en contacto con nada ni con nadie a menos que lo solicite.

—No es nada personal —dijo Stewart con voz avergonzada y la mirada clavada en el suelo.

Recordé haber visto a aquel hombre en el Club del Fuego Eterno al menos en una ocasión, pero no llegamos a hablar. Se hallaba en compañía de Vambéry también en aquel momento, y recuerdo haber visto a los dos cruzar de forma apresurada el vestíbulo camino de la escalera de la parte de atrás. Stewart iba casi pegado a la pared para evitar a todos los demás miembros que se encontraban en el centro de la sala. Ese día llevaba las manos metidas en los bolsillos, y no levantaba los ojos del suelo.

—¿Les parece que comencemos, entonces? —dijo Vambéry.

Sacó una silla para ofrecérsela a Matilda y tomó asiento a su lado.

Los ojos de Stewart se detuvieron sobre Bram por un instante, y después se sentó él también, en el extremo opuesto. Yo ocupé el lugar junto a Vambéry, y Bram se situó entre Stewart y yo. Stewart sacó de su cartera negra un mapa detallado de Dublín y la campiña circundante y lo desplegó sobre la mesa. A continuación sacó una cajita de madera del maletín, liberó el pestillo y abrió la tapa con cuidado para dejar a la vista el contenido.

—A esto lo llaman «péndulo vidente». Este modelo en particular lo heredé de mi abuela hace unos treinta años, cuando se percató de que yo poseía la videncia. Ella lo recibió de su abuela. Hasta donde alcanza mi conocimiento, tiene unos doscientos años.

—¿La videncia? —repitió Matilda.

Stewart se fijó en ella durante un segundo y volvió a mirar el objeto que había dentro de la cajita de madera.

—Tal y como el señor Vambéry ha tenido la amabilidad de explicar, veo cosas cuando toco a las personas u objetos que han estado en contacto con personas. Puede ser el veloz fogonazo de un recuerdo, o tal vez algo que se les pase por la cabeza en ese preciso instante. En otras ocasiones, la visión es mucho más fuerte, y me pierdo en ella, incapaz de concentrarme en mi entorno real, embargado por lo que veo. Con el paso de los años, he aprendido a dirigirla, a buscar la información que deseo obtener, ya sea un

secreto encerrado en el pensamiento o incluso perdido en el subconsciente. También he aprendido a utilizar esta capacidad para situar el paradero exacto de una persona u objeto, lo cual creo que es el motivo de que el señor Vambéry me haya pedido que acuda esta noche, ¿no es así?

—Sí —dijo Matilda—. Está usted aquí para localizar a nuestra antigua niñera.

—Ellen Crone —añadí.

—Ellen Crone, sí —repitió Stewart.

Metió la mano en la cajita de madera y extrajo un aparato hecho de oro. La parte superior consistía en una cruz formada por dos finos alambres con una cadena de oro que colgaba hacia abajo. El extremo de la cadena estaba unido a una pesa con forma de lágrima, también de oro, con la punta teñida de negro. La pesa quedaba suspendida unos quince centímetros por debajo de la parte de la cruz, que él sujetaba con la mano. Me recordó a una marioneta. Sujetó el péndulo sobre la mesa y dejó que la plomada se balancease aquí y allá.

—El mechón, por favor —dijo Stewart.

Andaba tan absorto en cuanto estaba sucediendo que no reparé en que se dirigía a mí. Todas las miradas se volvieron hacia mí; me metí la mano en el bolsillo y saqué el pequeño mechón de pelo de Ellen que había llevado encima durante toda mi vida de adulto. Se lo ofrecí a Stewart.

—Por favor, déjelo en la mesa.

—Sí, disculpe.

Dejé el mechón de pelo sobre el mapa desplegado.

Stewart lo miró fijamente durante un largo rato, ladeando la cabeza hacia aquí y hacia allá. A continuación se introdujo el índice en la boca, se quitó el guante blanco con los dientes y lo dejó caer en la mesa, a un lado. Una vez libre la mano, flexionó los dedos, extendió el brazo con cuidado hacia el mechón y lo agarró con el puño fuertemente cerrado.

Cerró los ojos, exhaló, y el aire silbó entre los dientes torcidos. Los ojos le temblaron bajo los párpados como los de alguien en un estado de sueño. Con la mano izquierda, cruzó el mapa con el péndulo suspendido entre los dedos. Murmuró unas palabras en un idioma que no entendí y comenzó a

moverlo sobre Dublín. La punta del péndulo señalaba hacia abajo, a los distintos caminos y edificios, con la cadena tensa y, aun así, en un balanceo. Fue recorriendo el mapa en zigzag durante los diez minutos siguientes, de lado a lado, de arriba abajo, hasta que por fin hubo pasado por todos y cada uno de sus centímetros cuadrados. Entonces lo hizo de nuevo, y otra vez después de ésa. Transcurrió cerca de una hora sin resultado ninguno, y todos comenzábamos a inquietarnos.

—Quizá no se encuentre ya en Dublín —dijo Bram, que al parecer estaba dando por buena aquella atracción de barraca de feria.

Yo estaba empezando a pensar que aquel ejercicio era una completa insensatez.

Stewart abrió los ojos y dejó sobre la mesa el mechón y el péndulo.

—Necesitaré mapas adicionales.

Llegados a este punto, la frustración se apoderó de mí y me levanté de mi silla enfurruñado, me marché a la biblioteca y regresé un minuto después con el cuaderno de bocetos de Matilda abierto por el mapa de Irlanda.

—A ver si es capaz de dar con ella con uno de éstos; yo voy a comprobar cómo se encuentra mi mujer.

—Dele tiempo, Thornley —dijo Vambéry—. Esto no es una ciencia exacta.

—¿Ciencia, dice? ¡Esto no es ninguna clase de ciencia! Esto es un truco de salón en el mejor de los casos.

—Quizá debería marcharme —propuso Stewart, tal vez sus únicas palabras dignas de ser tenidas en cuenta desde su llegada.

—No, no debe marcharse —le pidió Matilda—. Debemos seguir intentándolo.

—¿Puedo ver el mechón? —preguntó Bram.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué no?

Bram extendió el brazo hacia el otro extremo de la mesa, tomó el mechón en la mano y cerró los ojos muy al estilo de lo que había hecho Stewart.

—¿Dónde estás, Ellen? —le oí decir.

Una tormenta se estaba formando en el exterior, y me acerqué a la

ventana cuando la lluvia comenzó a caer. Casi esperaba encontrarme allí a Patrick O’Cuiv y a una manada de lobos en el césped frente a la puerta principal de mi casa, pero esta vez no había nada. Un relámpago destelló en la distancia, seguido de un trueno lo bastante fuerte como para hacer tintinear la porcelana de la vitrina a mi lado.

Le di la espalda a la mesa durante apenas unos segundos, no más. De eso estoy seguro. Y cuando me di la vuelta, vi a Emily a través de la puerta del comedor, de pie a medio camino en la escalera. Al principio pensé que me lo estaba imaginando, ya que estaba totalmente inmóvil y desnuda por completo. Una de las ataduras de cuero aún le colgaba de la muñeca. Cuando nuestras miradas se encontraron, vi asombrado cómo saltaba desde el rellano, por encima de la barandilla, y de alguna forma se elevaba sobre el vestíbulo y el pasillo y los cruzaba para llegar al comedor. Ejecutó aquella maniobra en absoluto silencio, y los demás ni siquiera la vieron hasta que traspasó el umbral del comedor.

Vambéry, impresionado, se levantó de la mesa y tiró al suelo su silla. Matilda chilló. A Stewart se le abrieron los ojos de manera inconmensurable, pero no se movió, petrificado de miedo. Sólo Bram actuó, y lo hizo con rapidez. Fue como si la atrapara en el aire, la estampase contra la mesa en un movimiento fluido y la sujetase por el cuello mientras ella hacía aspavientos con brazos y piernas. Me alcanzó uno de sus pies, y la fuerza que llevaba me lanzó contra la pared. Sentí cómo se desmoronaba el yeso y se partía el listón de madera con el impacto, y el dolor me ascendió veloz por la espalda. Me obligué a incorporarme mientras Vambéry sacaba la espada de su bastón y se preparaba para hundir la hoja de plata en el corazón de mi mujer.

—¡No puede hacerlo! —le grité, y me abalancé sobre la mesa.

Estuve a punto de recibir la hoja en la espalda, pero Vambéry contuvo el impulso y no me alcanzó por escasos milímetros. Caí al suelo a sus pies.

—¡No podré contenerla mucho más! —gritó Bram.

Aún la tenía sujeta, ahora por los hombros, pero ella se resistía debajo de él e intentaba liberarse.

Matilda extendió el brazo sobre la mesa, agarró el péndulo de Stewart y sostuvo el soporte con forma de cruz sobre el rostro de Emily. Enseguida, mi

mujer se quedó paralizada del horror, giró hacia un lado la cabeza y cerró con fuerza los ojos.

—¡Detente, o te la presionaré contra la piel! —dijo Matilda, pero la amenaza era ya innecesaria; el cuerpo de Emily había perdido la tensión.

Fue como si recobrara el sentido, ya que se cubrió los senos y las partes íntimas con esos brazos que antes agitaba y encogió hacia el pecho las rodillas como haría una niña en busca de protección. Cesaron los fuertes bufidos que surgían de su garganta, y me miró con una súplica en los ojos.

—¡Oh, me está llamando! ¡Tiene una voz tan bonita...!

—¿Quién? —preguntó Vambéry.

Emily no le hizo caso.

—También está buscando a la Dearg-Due. A su preciada condesa.

Bram la agarró por los hombros y la sacudió.

—¡Quién!

—El hombre alto. —Emily sonrió entonces—. Quiere bailar conmigo. Debo acudir a él.

Stewart se levantó de su silla y se inclinó sobre ella.

—¿Dónde podemos encontrar a Ellen Crone?

Emily le miró por un breve segundo y, acto seguido, lanzó una mano que se agarró a la de Stewart. Conforme Emily apretaba, los dedos del hombre se fueron tornando cada vez más blancos. El dolor se le reflejó en el rostro, pero, antes de poder gritar, la cabeza se le fue hacia atrás de golpe y, cuando una visión se apoderó de él, se le pusieron los ojos en blanco. Emily también se quedó paralizada, como si ambos estuvieran en una especie de comunicación.

—Cómo adoro bailar —dijo Emily en voz baja.

A mi lado, Bram soltó un grito. Me di la vuelta y lo vi presa de un dolor terrible. Soltó a Emily, se arrancó los botones de la camisa y se abrió la tela. Se llevó la mano a la cadena que le colgaba del cuello, se la quitó de un tirón y la lanzó sobre la mesa. Era el anillo, el que había encontrado con Matilda hace tantos años. El metal refulgía en un rojo fuego, con un calor tan intenso que hasta yo lo podía sentir desde donde estaba.

—¡Whitby! —exclamó Stewart con el rostro retorcido en una mueca

agónica.

Emily le soltó la mano y dio un salto desde la mesa.

En un instante, se lanzó a través del enorme ventanal del comedor y desapareció en la espesura de la tormenta nocturna.



# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*14 de agosto de 1868, 23.19 h*

Mi hermano se habría tirado por la ventana detrás de su mujer de no haber sido porque Vambéry lo retuvo. Me agarré la mano y el pecho quemados y miré alrededor de la habitación sin dar crédito a lo que acababa de suceder.

Matilda permanecía completamente quieta en un rincón de la sala, con las manos sobre la boca y un rostro que era tal imagen de pavor que casi esperaba que el pelo se le hubiera vuelto de color blanco. Sus ojos se dispararon desde la mesa hacia mí, después a Thornley y a Vambéry ante la ventana. Por último se centraron en Stewart; el hombre estaba acurrucado en el suelo, agarrándose la mano. Unos soniditos escapaban entre sus labios en un hilo de voz; en realidad, gimoteos.

Fue en ese momento cuando Matilda pareció espabilarse por completo. Se agachó en el suelo a su lado y lo tomó por los brazos con cuidado de no tocarle la piel expuesta en el cuello ni en las muñecas.

—¿Qué hay en Whitby? —le preguntó.

Esto me sorprendió, porque pensé que pretendía consolar al hombre, pero lo único que quería era una explicación.

—No me toque... —pidió Stewart en voz baja.

—Debe concederle la oportunidad de recuperarse —dijo Vambéry desde la ventana—. Emily ha entrado en contacto directo con él, y no estaba preparado para ello. Soy consciente de lo desconcertante que a usted o a mí

nos puede resultar comprenderlo, pero cuando le sucede algo así a un clarividente tan fuerte como este hombre, puede ser muy traumático, incluso peligroso.

—Estoy bien —farfulló Stewart—. Pero, por favor, señorita Matilda, le ruego que se aparte. No pretendo faltarle al respeto, pero está usted demasiado cerca.

Matilda hizo lo que le pidió.

Aún en la ventana, Thornley estaba ahora sollozando. Fui hasta él y me asomé para estudiar la oscuridad de la noche. No había ni rastro de Emily. Si había dejado huellas en el barro, la lluvia las había borrado. Pero lo cierto es que dudaba de que las hubiera dejado.

—Está ahí fuera, sola —dijo Thornley—. Tenemos que encontrarla. No puede cuidar de sí misma.

—Lo haremos, te lo prometo. Déjame que cierre las contraventanas, la tormenta se está metiendo dentro.

Thornley miró con expresión ausente los charcos que se estaban formando en el suelo de su comedor, y me hizo un gesto con la mano antes de volver a la mesa y dejarse caer en una de las sillas.

Me asomé a la oscuridad una última vez, cerré las contraventanas y eché el pestillo. Cuando regresé a la mesa, allí estaba Vambéry, sosteniendo mi anillo a la luz.

—¿Qué es esto?

Su voz había adquirido un tono de enfado.

—Es el anillo que Matilda y yo hallamos en la palma de la mano que descubrimos en la torre del castillo de Artane —respondí—. Ya se lo contamos.

—Sí, me hablaron ustedes del anillo, pero no mencionaron la inscripción que tenía ni el hecho de que aún obraba en su poder. ¿No consideraron de importancia tales detalles? —Vambéry se inclinó muy cerca de Stewart y le permitió leer las palabras que recorrían el círculo interior del anillo—. ¿Tendría la amabilidad de sujetarlo? —le pidió.

Stewart hizo una mueca de evidente incomodidad. Se ayudó de las manos para ponerse en pie y cogió su guante.

—No haré tal cosa. Querría que su carruaje me llevara de vuelta a mi casa de inmediato.

—¡No puede marcharse aún! —Matilda se interpuso entre él y la puerta—. Tiene que hablarnos sobre Whitby. —Se apresuró a coger su cuaderno de dibujo, sobre la mesa, pasó las páginas hasta el mapa de Inglaterra y señaló con el dedo la marca junto a la localidad de Whitby—. ¿Qué es este lugar? ¿Qué es Whitby?

—Lo mejor que puede hacer es olvidarse de todo lo concerniente a Whitby y de localizar alguna vez a su niñera —respondió él. Se volvió hacia Thornley y añadió—: Y usted debería olvidarse de su esposa. Él la tiene ahora; no hay forma de recuperarla.

—¿Quién la tiene?

Stewart se abrió paso por delante de él camino de la puerta principal.

—Le diré a su cochero que regrese aquí después de llevarme a casa.

Matilda intentó salir detrás de él, pero la agarré de la mano y le dije que no con la cabeza.

—Déjelo marchar —coincidió Vambéry—. ¿Qué sabe usted de Drácul?

—Nada. Aparte de la inscripción del anillo, jamás he oído ese nombre —le dije.

Vambéry señaló con un gesto las sillas vacías, y Matilda y yo nos sentamos. A continuación cogió el anillo y lo sostuvo entre el índice y el pulgar.

—Esto explica muchas cosas —afirmó—. Más de lo que ustedes querrán escuchar, pero deben hacerlo si desean entender a qué nos enfrentamos. —Tomó asiento en uno de los lugares restantes y dejó el anillo en la mesa—. Los Drácul son una familia ancestral nacida en las montañas de Valaquia; surgieron de entre el campesinado, se erigieron en protectores del pueblo y acabaron gobernando el territorio, y durante siglos defendieron a la población de numerosos invasores, sobre todo los turcos. Se cuenta que lo hicieron con un gran poderío y ciertas técnicas temibles en la batalla, y que se beneficiaron de una alianza maléfica con el mismísimo diablo. Se dice que todos los miembros de esta familia viajaban a las montañas cercanas al lago Hermannstadt para asistir a la Escolomancia, la escuela del diablo. Los

discípulos se exponían allí a los secretos de la naturaleza, al lenguaje de los animales y a incontables encantamientos y hechizos mágicos, y todo ello se lo enseñaba el diablo.

»El ingreso estaba limitado a tan sólo diez discípulos por clase, y al finalizar su formación, nueve de ellos quedaban libres y regresaban a sus hogares mientras que el décimo se quedaba a modo de pago al diablo. Se cree que no menos de cuatro miembros de la familia Drácul fueron seleccionados para este honor a lo largo de los siglos. El conocido como «décimo discípulo» se convierte en el edecán del diablo, su discípulo personal, y se le enseña una magia mucho más oscura que cualquier otra. Aprenden la capacidad de burlar a la muerte, de manipular la mente de otros, de transformar su propio cuerpo en lo que deseen. Se convierten en dioses entre los hombres, pero el precio es elevado, pues el diablo reclama su alma, y las puertas del cielo quedan para siempre cerradas a su grey, ya que su última prueba consiste en renunciar a Dios y abrazar todo cuanto es maléfico.

—Esto es una leyenda, ¿verdad? Nada más, ¿no? —le pregunté.

—Es tan real como la historia de la Dearg-Due que su niñera dejó por escrito, y que yo creo firmemente que es su vida pasada. Al fin y al cabo, todas las leyendas están basadas en la realidad.

—¿Cree usted entonces que este «hombre alto» es uno de los Drácul? —le preguntó Matilda.

Vambéry asintió.

—Creo que se trata del *voivode* Drácula, sí. He oído pronunciar su nombre en leyendas por toda Europa Oriental, que en ocasiones se referían a él como *stregoica*, *Ördög*, *pokol*, e incluso *wampyr* en un texto germánico que me mostraron en Budapest. La descripción física es siempre similar: alto, cabello oscuro, cejas pobladas, nariz aguilina. He visto numerosos dibujos del hombre, que siempre aparece ligeramente distinto en cada uno. Las similitudes, sin embargo, están ahí.

Recordé los intentos de Matilda de dibujar a Ellen hace tantos años, cuando era incapaz de capturarla y cada imagen era distinta de la última. Vi que Matilda me miraba; estaba pensando justo lo mismo.

—La imagen más común —prosiguió Vambéry— la podemos encontrar

en un viejo panfleto de Núremberg publicado en el siglo XV. Allí se lo conoce como Drácula el *voivode*, pero estoy seguro de que ha recibido muchos nombres.

—Me da igual por qué nombre se lo conozca o qué atrocidades haya cometido en el pasado, este hombre perverso se ha llevado a mi esposa —dijo Thornley. De nuevo estaba ante el ventanal, con la contraventana abierta lo bastante para asomarse a la tormenta en el exterior—. Lo perseguiré hasta los confines de este mundo para recuperarla. Si Ellen está de alguna manera con mi Emily, le atravesaré a ella también el corazón con una espada si es necesario.

—Perseguirlo supone la muerte. Piense en lo que ha visto —señaló Vambéry—. Este hombre se ha transformado en un enjambre de abejas ante nuestros ojos, a partir de una forma singularmente humana. Creo que podemos dar por hecho que trajo a Patrick O’Cuiv de vuelta de entre los muertos, no una vez sino dos, y la segunda resurrección después de que su cuerpo hubiera sido diseccionado en una autopsia. Este mismo acto nos ofrece una idea de sus poderes malignos. De algún modo ha infectado a su esposa con esa vil dolencia que campa en su propia sangre, la ha convertido en una dócil esclava y la ha vuelto en contra de usted, Thornley. Si hemos de creer en la historia de la Dearg-Due, su Ellen se unió a las huestes de los no muertos cuando renunció a Dios. El mal que creó Drácul corre también por sus venas. No tiene usted ninguna posibilidad contra uno de ellos; pensar en acabar con ambos es absurdo.

—¿Cómo ha podido viajar a Inglaterra? ¿No dijo que no podía cruzar el agua? —preguntó Thornley.

—Dije que no pueden cruzar las corrientes de agua por sus propios medios —le contradijo Vambéry—. Pero Drácul posee una gran riqueza, y con ella puede procurarse la ayuda de otros, gente que carece de escrúpulos.

—Hemos de llegar al fondo de esto —sugerí sin alzar la voz—. Sea lo que sea lo que me contagió Ellen, lo que este hombre le haya hecho a Emily, todo ello está relacionado. Esta maldición nos ha perseguido desde nuestra infancia; debemos ponerle fin.

—¿Cómo podemos tener la seguridad de que Emily ha ido a Whitby? —

dijo Thornley—. ¿Y si nos marchamos y ella regresa y se encuentra la casa vacía?

Yo había vuelto a coger el anillo y lo apretaba con fuerza en mi mano.

—Emily ha acudido a él, y sabemos que él ha ido a Whitby. Ha venido hasta aquí esta noche para llevársela. Lo único que hemos conseguido es ralentizarlo.

—¿Qué pasa con Ellen? —preguntó Matilda.

—Ellen va también de camino hacia allá, de eso estoy seguro —indicó.

—¿Cómo puedes saberlo?

El brazo me picaba a rabiar y, por primera vez en muchos años, aquel cordel que me unía a Ellen tiraba de mí mentalmente, aquel vínculo que de pequeño pensaba que sólo eran imaginaciones mías.

—Lo sé, sin más.

No obstante, lo que no podía saber era si yo estaba utilizando aquel encadenamiento para seguir a Ellen o si Ellen lo estaba utilizando para atraerme hacia ella, como una ofrenda a ese Drácul. Sea como fuere, tenía una cosa por cierta: las respuestas aguardaban enterradas al final de aquel sendero de preguntas.

Vambéry me miró, pero no pronunció una palabra. Estaba centrado en mi mano, donde la quemadura me había causado dolor pero había dejado de supurar y ya estaba curada.

Thornley regresó a la mesa y se sentó a su lado.

—Armin, ha sido usted de una tremenda ayuda, más de lo que me habría cabido esperar nunca. No puedo pedirle que venga con nosotros, eso sería demasiado, y ya nos ha dado muchísimo.

—¡Basta! —dijo Vambéry—. Por supuesto que los acompañaré. Si van ustedes a desfilas hacia su muerte, lo menos que puedo hacer es ser testigo de ello. Ahora bien, necesitaremos algunos suministros; me pondré a reunirlos de inmediato. Deberíamos estar preparados para partir con el alba.

# AHORA

El hombre le está fulminando con la mirada.

Un escalofrío le asciende a Bram por la espalda, como si esta entidad oscura hubiese extendido el brazo y le hubiera acariciado la mejilla.

A los pies del hombre, los restos enroscados de las dos serpientes se retuercen en la hierba embarrada y tienen espasmos. Bram observa con asombro cómo empieza a burbujear el desastre inmundo que las rodea y las engulle bajo la superficie mientras los ojos negros, redondos y brillantes de una de ellas no se apartan de los suyos hasta que su fea cabeza desaparece de la vista.

Comienza a surgir una niebla que se eleva como un vapor infame de esa tierra aún en erupción. Primero se congrega tan sólo alrededor del hombre, pero después se extiende a partir de él y crece en forma de un círculo concéntrico que se despliega hasta que alcanza la torre y empieza a envolverla en una especie de abrazo. Bram se aproxima a la otra ventana y ve que el suelo también se ha puesto a borbotear en ese lado del castillo, la hierba se cuece en el vapor y a continuación expele la niebla. Esa niebla misteriosa se queda suspendida cerca del suelo, no se eleva más de treinta centímetros o medio metro, pero amortaja todo el edificio en cuestión de diez minutos.

Los ojos del hombre jamás se apartan de Bram, aunque parece estar sumido en una profunda concentración. Flexiona las manos en los costados, estira muy rectos los dedos con las largas uñas apuntando hacia la tierra. De pronto, en un movimiento fluido, se agacha al suelo y hunde las yemas de los

dedos en la tierra. La niebla se estremece a su alrededor, se arremolina lentamente y va cobrando velocidad. Si es un viento lo que impulsa esto, Bram no lo percibe; el aire dentro de la habitación permanece inmóvil.

En un instante se desvanece la niebla, Bram la ve descender primero al suelo y después desaparecer como si la succionara hacia abajo una fuerza invisible, una inhalación.

Todo queda en silencio, tanto que Bram se sobresalta cuando alguien habla desde detrás de la puerta.

*Viene a por ti*, dice con la vocecita de la niña.

Acto seguido, el barro que burbujea alrededor del hombre comienza a estremecerse conforme van saliendo serpientes a la superficie, miles de ellas, de todos los colores y tamaños, que se retuercen y rampan desde las profundidades del infierno.



CARTA DE MATILDA A  
ELLEN CRONE, FECHADA  
EL 16 DE AGOSTO DE 1868

*Mi queridísima Ellen:*

No me repetiré con lo sucedido en los últimos días, pues ya lo sabrás sin duda. No puedo sino suponer que ese hombre alto, aquel al que nos referimos como Drácul, te habrá informado. Creo también que ese vínculo que Bram tiene contigo te permite, en cierto modo, observarlo. Debes de saber, por tanto, que vamos camino de Whitby.

Subimos en Dublín a bordo de un navío del Correo Real llamado *Leinster* y cruzamos el mar de Irlanda sin mayores imprevistos... a menos, claro está, que una se detenga a considerar los dos grandes baúles que el señor Vambéry trajo consigo, un curioso surtido de ropa y reliquias sagradas, que es mucho más que la simple bolsa que yo misma traje. Bram y Thornley también pensaron que sería mejor viajar ligeros.

El barco nos trasladó a Liverpool, donde tomamos un tren hacia Whitby pasando por Manchester, Leeds y York. Esperamos llegar en menos de una hora.

Thornley se ha mostrado comprensiblemente angustiado, aunque contenido. No deseaba dejar su casa, y estuvo a punto de quedarse. Aun después de todo lo ocurrido, se aferra a la creencia de que cuanto aflige a Emily se halla tan sólo en su mente y que ahora andará vagando por las calles

de Dublín con algún tipo de aturdimiento. No puede soportar la idea de que Emily regrese a su hogar y descubra que él se ha marchado. Después de mucho debatir, Bram le convenció de que haría bien uniéndose a nosotros. Le dio a su servicio las instrucciones de dejar todas las puertas y ventanas sin cerrar a todas horas y, en caso de que regresara Emily, que se lo notificasen por telegrama en la posada Duque de York.

Bram nos cuenta que tú también estás en Whitby, pero no nos puede decir por qué. ¿Viajaste con el hombre alto, ese tal Drácul? ¿O acaso él te sigue igual que hacemos nosotros? ¿De qué naturaleza podrían ser los asuntos que te llevan a un lugar tan apartado?

¿Por qué huyes de nosotros? ¿O es que nos persigues?

¿Tienen fin los senderos que recorrerás?

Bram se ha estado rascando el brazo. No creo que se haya percatado de que yo me he dado cuenta, pero así es. Se rasca desde las marcas de tu mordedura hasta el hombro. Este «picor» interno suyo parece acrecentarse conforme se acerca a ti, conforme nos aproximamos a Whitby. Habla poco de ello, pero es obvio que le preocupa mucho. Incluso ahora, mientras mira por la ventanilla del tren hacia la campiña inglesa que discurre ante él, tiene la mente en otro lugar, está pensando en ti.

*Tuya afectísima,  
Matilda*

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*17 de agosto de 1868, 12.05 h*

Al tercer día de viaje, llegamos y nos acomodamos en la pequeña localidad de Whitby sin contratiempo. He de reconocer que temía subir a bordo de un barco y cruzar el mar de Irlanda. Algo había en el confinamiento que me resultaba profundamente perturbador, y también en el agua que corría por todas partes a nuestro alrededor. Qué pequeño me hizo sentir aquella experiencia, qué vulnerable. De no haber estado tan absolutamente agotado, quizá hubiera podido pasar más tiempo preocupándome por aquellas cuestiones; en vez de eso me dediqué a dormir. Esperaba que mis sueños se llenasen de imágenes de Ellen y de esta búsqueda que teníamos ante nosotros, pero no fue así; sólo hubo una negrura desprovista de toda visión y todo sonido. Sólo me puedo imaginar la muerte como una sensación similar; así es como dormí.

Al llegar a Whitby, Vambéry hizo llamar a un carruaje que nos trasladara a la posada Duque de York, situada en los acantilados del pueblo orientados al oeste, donde ocupamos las habitaciones que habíamos reservado. Vambéry y Matilda se hospedaron en habitaciones individuales, mientras que yo compartí una con Thornley. Me pareció mejor no dejarle solo en su situación actual. Ahora duerme en una de las camas, aunque no disfruta de mucho descanso en su sueño, que es más bien irregular. No deja de enredarse en las sábanas, y más de una vez le ha dado por murmurar en su atribulada siesta.

Era imposible entender la mayor parte, pero he sido capaz de captar el nombre de su mujer, algo acerca de su alimentación, y un sinsentido sobre la policía que le perseguía por el asesinato del guarda del Hospital del Doctor Steevens. Sé que el hombre murió en su presencia, pero mi hermano no fue responsable en modo alguno; seguro que Thornley lo sabe bien, y sin embargo su pensamiento busca la culpa. Quizá se deba a que no informó del crimen, o tal vez a que el estrés de tanto como ha sucedido últimamente se esté manifestando en forma de culpa. Thornley es un hombre muy versado en el estudio de la mente, cosa que yo no soy, aunque debo admitir que sus mecanismos me resultan fascinantes y me intrigan a más no poder.

Me he acomodado en una butaca ante la ventana para escribir esta nota con la muy exquisita sensación de la brisa marina en la piel. Inhalar el salitre del aire me recuerda al Clontarf de hace tantos años. Whitby es una localidad encantadora, con los meandros del pequeño río Esk que surcan un valle profundo y se ensanchan al llegar al puerto. Las casas del casco antiguo, que parecen apiladas las unas sobre las otras, tienen todas el tejado rojizo. Sobre el pueblo se asoma la abadía, unas nobles ruinas de un tamaño inmenso. Entre ésta y el pueblo se halla la iglesia parroquial —Santa María, según me enteraría después— alrededor de la cual se extiende un amplio cementerio, hasta arriba de lápidas. La pendiente del cerro es tan pronunciada sobre el puerto que una parte del talud ha cedido y ha profanado las tumbas. Vambéry ya nos apuntó este triste suceso cuando llegamos.

—Muchas de esas tumbas están vacías; las lápidas tenían el fin de consolar a los seres queridos de los que perecieron en el mar.

Esta explicación no me borró de la cabeza la imagen del acantilado desmoronándose y los cuerpos de los enterrados cayendo sobre las olas más abajo.

Para llegar al cementerio desde la calle, uno ha de subir ciento noventa y nueve escalones, que no es hazaña menor, considerando lo pronunciada que es la pendiente y la fuerza de los vientos que soplan procedentes del mar. En lo alto de los escalones se encuentran la abadía y la iglesia.

Me sentía atraído hacia la cumbre de aquel cerro y su abadía.

Incluso antes de que Vambéry nos dejase una nota a Thornley y a mí para

que nos reuniéramos con él en el vestíbulo de la posada, sabía que no tardaríamos mucho en subir esos escalones.

*17 de agosto de 1868, 16.13 h*

—He pasado las últimas horas buscando información —nos contó Vambéry—, cualquier cosa que me pudieran ofrecer mis contactos y nos fuera a resultar de ayuda.

Nos sentamos los cuatro alrededor de una mesa en una pequeña taberna al aire libre en la calle de la Iglesia, con la abadía alzándose sobre nosotros en la distancia. Había desaparecido el cielo azul de las horas previas, sustituido por otro gris plomizo y cargado de nubes. Teníamos lluvias por delante, pero ninguna todavía. Sobre el puerto flotaba una niebla que amenazaba con entrar tierra adentro.

—Habría ido con usted —le dije.

Vambéry me hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—Debía usted descansar, todos ustedes, para lo que se nos avecina. Yo ya descansé de sobra en mis años de juventud, y ahora tengo poca necesidad de dormir.

—¿Tiene usted amigos aquí? —Creo que la pregunta sonó más escéptica de lo que Matilda pretendía, y la vi sonrojarse.

—Tengo amigos en todas partes, querida mía. En mi trabajo, las amistades nunca están de más.

A aquellas alturas, todos sabíamos que era mejor no preguntarle cuál era su trabajo, así que no dijimos nada.

—Ellen está muy cerca, estoy seguro de ello —dije.

—¿Y Emily? —preguntó Thornley.

—No lo sé. —Ésa era la verdad. Aunque podía sentir a Ellen cerca con toda seguridad, no tenía ningún vínculo con Emily—. Percibo a Ellen como si estuviera sentada a esta mesa con nosotros. Creo que nos está observando ahora mismo. La luz del día le causa temor, hace que se sienta vulnerable, de modo que se mantiene entre las sombras, pero está cerca, muy cerca.

—¿Qué me dice del hombre alto, Drácul? —preguntó Vambéry—. ¿Puede sentirlo a él?

No podía, y así se lo dije.

—Pero cuando pienso en él, creo que Ellen sí puede sentirlo. Es más, sé que Ellen puede sentir a ese hombre. Creo que él aún no está en Whitby, pero lo estará pronto. Ella está esperando a que él llegue..., sí, nos está vigilando a nosotros y esperando a que él llegue.

Pronuncié aquellas palabras lentamente, conforme venían a mí. No podía explicar aquel vínculo entre Ellen y yo, pero parecía estar fortaleciéndose, permitiéndome proyectarme y extraer pensamientos de la mente de mi antigua niñera. No pude evitar preguntarme: si ella hiciera lo mismo, ¿lo sabría yo?

—Quiero que intente algo, Bram. Quiero que piense en Emily mientras se concentra en Ellen al tiempo que ella piensa en Drácul. Piense en Emily en la mente de Ellen. ¿Sabe ella dónde está Emily?

Se me cerraron los ojos, y Vambéry pronunció aquellas palabras con una voz tranquilizadora, monótona; me encontré con que aquel tono me inducía un estado somnoliento, a punto de quedarme dormido.

—Introduzca ese pensamiento en la mente de Ellen y después trate de capturar el resultado.

Hice lo que me pidió y le dije:

—Sí, Emily está con el hombre alto. En un lugar oscuro y lúgubre. Esperando. Ansiosa. Sin descanso. Se balancea. ¿El vaivén del mar? No, espere, ya no. Un carruaje. Viajan en carruaje.

—Bien, Bram, muy bien. Veamos, esto es importante, así que piénselo bien. ¿Cuándo partieron de Dublín?

Implanté aquel pensamiento a la fuerza en la mente de Ellen. Si se resistió, no sentí presión de ninguna clase. La respuesta llegó veloz, arrebatada en una rápida corriente.

—El sábado por la noche, en barco, hacia Liverpool. En carruaje particular a continuación. Con muchos caballos. Veloz. Velocísimo. Oscuro. Ella espera su llegada en algún momento de esta misma noche, de madrugada.

—Lo está haciendo muy bien, Bram. Quiero que intente otra cosa. Sé que puede hacerlo, de manera que limítese a relajar la mente y a aceptar que puede hacerlo. Esta tarea no será más ardua que mirar a derecha e izquierda o darle un sorbo a su té, ¿lo comprende?

—Sí —oí que decía mi voz, pero sonó distante, como si me hallase en el otro extremo de la calle oyendo mi respuesta.

—Ha dicho que Ellen nos estaba observando. Ha dicho incluso que nos estaba vigilando ahora mismo. Quiero que mire usted a través de los ojos de Ellen y nos cuente dónde está. ¿Cuál es su panorámica, desde qué direcc...?

Se me abrieron los ojos de golpe al sentir que un dolor agudo me horadaba el cerebro. Avanzó hacia delante y lo sentí como si alguien me estrujase los ojos con la mano con todas sus fuerzas. Un quejido estuvo a punto de salir de entre mis labios, pero lo contuve.

—Respire, Bram, respire —entonó Vambéry, con su voz en mi oído—. Ya se ha acabado, relájese.

Parpadeé para mantener la luz a raya. Incluso con aquellas nubes de tormenta sobre nosotros, me parecía inmensamente luminosa. Con los codos hincados en la mesa, apoyé la cabeza en las manos.

—Le ha bloqueado. Ellen le ha cazado husmeando en su mente y le ha cerrado la puerta. Esto era de esperar. ¿Ha averiguado dónde se encontraba?

Pensé en ello por un segundo.

—No. Sigue cerca, pero podría estar en cualquiera de estos edificios.

Cientos de ventanas nos rodeaban desde todos los ángulos, desde escaparates y casas hasta nuestra propia posada y la abadía frente a ella, en lo alto del cerro. No tenía ni idea de dónde estaba Ellen.

—Aun así, esto es bueno; hemos averiguado mucho. No creo que ésta sea su primera visita a Whitby. La verdad, pienso que lleva un tiempo viniendo por aquí —dijo Vambéry.

Matilda me había apoyado la mano en el hombro.

—¿Qué le hace decir eso?

Vambéry hizo un gesto hacia el puerto.

—En los últimos años ha habido avistamientos de un perro fantasma, grande y negro, que merodeaba por las llanuras anegadizas. Dicen los

lugareños que es una bestia mucho más grande que el típico perro, con el aspecto de un lobo. En las últimas semanas, estos avistamientos se han incrementado en número y frecuencia. Lo vieron anoche mismo.

—¿Y cree usted que ese lobo es Ellen? —le preguntó Thornley.

—Tengo razones para creerlo, sí. Hay más. —Señaló con la barbilla hacia la abadía—. Otra leyenda local habla de una mujer de blanco vista en las ventanas de la abadía, en lo alto de esa torre. El guardés de la abadía me asegura que esa torre en particular es inaccesible y, aun así, él mismo la vio apenas la semana pasada. Si bien las descripciones difieren, creo que este espectro podría ser también nuestra Ellen Crone.

—Me he sentido atraído hacia ese lugar desde que llegamos aquí —reconocí—. No estoy seguro de si es ahí donde Ellen está ahora mismo, pero tiene un aire familiar que no puedo negar.

—Utilizó la tumba de Patrick O’Cuiv para ocultar sus pertenencias; quizá haya hecho lo mismo aquí —dijo Matilda—. Tratándose de alguien que ha desafiado a la muerte, parece lo propio que oculte sus pertenencias en una tumba abandonada, un sitio que los lugareños ya olvidaron mucho tiempo atrás y que no tocarán. Sería un refugio más que apropiado en el que ocultar sus mapas.

—Pero, para empezar, ¿cómo se las arregla para entrar ahí? —señaló Thornley—. ¿No es un lugar consagrado?

Vambéry sonrió ante aquella cuestión.

—Yo he hecho exactamente la misma pregunta en la biblioteca de Whitby y he averiguado un dato muy interesante sobre la historia de la abadía. El primer monasterio lo construyó hace más de mil años el rey Oswy de Northumbria, un lugar que daba cobijo a monjes y a monjas. Una princesa sajona llamada Hilda fue abadesa del monasterio. En el año 664 se convocó un sínodo...

Matilda frunció el ceño.

—¿Un sínodo?

—Un consejo, una reunión —le explicó Vambéry—. Fue una de las reuniones más importantes en la historia de la Iglesia, llamada a salvar las diferencias entre las Iglesias romana y celta en las islas británicas. En aquella



época había pocos lugares que se consideraran más sagrados. Los daneses destruyeron toda la edificación en el siglo X, y se construyó la abadía actual para volver a dar cobijo a la orden benedictina. Fue una institución muy activa durante cerca de quinientos años, hasta que el rey Enrique VIII ordenó la disolución de todos los monasterios en 1539. Aquello permitió que Richard Cholmley, un gran terrateniente de Yorkshire, comprase los terrenos y los edificios. Su familia vivió en aquel lugar hasta el siglo XVIII, cuando la abadía quedó abandonada. Ésta es la parte que me ha resultado más interesante. —Hizo una pausa de un segundo y se inclinó sobre la mesa—. El señor Cholmley utilizó piedra de la abadía para construir su casa. Tal y como dictaba la tradición en la época, antes de poder dismantelar un santuario, la Iglesia desacralizaba el edificio. Sólo entonces se podían utilizar sus materiales para construir una casa particular.

—¿Está seguro de eso? —le pregunté.

—Absolutamente. Sin duda el cementerio y los demás terrenos permanecieron bajo la bendición de la Iglesia, pero no así la abadía; ya no es suelo sagrado. Muchos creen que la dama de blanco es Hilda, la primera abadesa, que vaga por las ruinas de la abadía que amaba, pero, tal y como he dicho antes, yo creo que se trata de la señorita Crone, y ¿por qué no? Si hemos de creer la historia de la Dearg-Due, ¿qué mejor escondite para alguien que ha renunciado a Dios que una abadía ya desacralizada?

—Un lugar que la gente cree sagrado pero que no lo es. Oculta a plena vista —dijo Thornley—. Verdaderamente notable.

Algo captó la atención de la mirada de Vambéry, y se levantó de su asiento.

—Les ruego que me disculpen un minuto.

Le vi dejar la mesa y bajar por la acera de la manzana hasta la esquina de la calle de la Iglesia con la calle del Puente, adonde acababa de llegar una florista que preparaba su tenderete. Estaba desempaquetando las flores y extendiéndolas sobre una manta a lo largo de un lado de la calle. Hablaron un instante; después, la mujer señaló hacia su carro y el dinero cambió de manos. Le entregó a Vambéry una cesta que él trajo de vuelta a la mesa y la colocó en el centro.

—Si de verdad encontramos a la señorita Crone en la abadía, me gustaría obsequiarla con este presente —dijo Vambéry—. Nada le gusta más a una mujer que las flores recién cortadas.

Me incliné hacia delante y me asomé a la cesta de mimbre. Estaba llena de unas largas rosas blancas silvestres.

*17 de agosto de 1868, 16.58 h*

Subimos la escalinata a la abadía, partiendo de la calle de la Iglesia y serpenteando hacia arriba por el acantilado hasta el antiguo monasterio en lo alto, en una sucesión de escalones que se curvaba ligeramente. Antes de eso, los baúles de Vambéry ya habían llegado sanos y salvos a su habitación en la posada Duque de York. Había sacado de ellos una serie de objetos específicos y había llenado cuatro carteras de cuero que a continuación repartió entre nosotros para que las llevásemos. Si bien no miré en las carteras de los demás, la mía contenía espejos y cruces de todos los tamaños. Cuando Thornley pasó por delante de mí, vi que el cañón de un rifle asomaba de su bolsa. Me lo había mostrado antes, un Snider-Enfield Mark III nuevo con el cañón recortado para facilitar el transporte. Vi también que Vambéry metía las rosas en la cartera de Matilda. No estoy seguro de qué contenía la que llevaba él, pero fuera lo que fuese parecía pesado, ya que se cambiaba la carga de un hombro al otro cada pocos minutos.

En apenas la última media hora, el cielo se había ido tornando más sombrío conforme entraban las nubes de tormenta. Podía ver los muelles en la distancia, los barcos que ahora regresaban a puerto. Estaban amarrando los que ya habían atracado, anticipándose a la inclemente climatología que se avecinaba. Con cada paso que dábamos subiendo por la escalera, el aire se hacía más frío y la niebla estaba un poco más cerca, hasta que lo único que pudimos ver fue la fina nube que nos rodeaba. El mundo de allá abajo, la pequeña localidad de Whitby, se volvió borrosa. No pude sino recordar lo que Vambéry nos había contado sobre Drácul y su manipulación de la meteorología, y me pregunté si estaría allí ahora. Para cuando alcanzamos el

punto a medio camino de la escalera, Thornley trataba de no forzar la rodilla izquierda —una vieja lesión de rugby— y a Vambéry parecía faltarle el aliento. Eché la mano a la cartera de Vambéry y me la colgué del otro hombro.

—Se la devolveré en la cima —le dije.

Vambéry se preparó para discutírmelo, pero en cambio me ofreció un rápido gesto de asentimiento.

—Mi pierna es una carga, sobre todo en un momento como éste —dijo, respirando ahora por la boca.

—El aire es menos denso aquí arriba, difícil para cualquiera.

—No para usted.

No dije nada ante aquello, me limité a continuar caminando. Tenía razón, por supuesto, no sentía la menor fatiga. Podía haber subido corriendo los escalones si así lo hubiera querido.

—¿Percibes si Ellen está aquí arriba? —me preguntó Matilda.

Negué con la cabeza.

—No he sentido nada desde que me ha bloqueado antes. Si está en la abadía, no lo puedo notar.

En nuestro ascenso por los escalones sólo nos cruzamos con otras tres personas: una mujer y dos pescadores de edad más avanzada. Los tres miraban nerviosos al cielo mientras hacían su descenso. Cuando alcanzamos la cima, nos encontramos solos ante el extenso cementerio, con la iglesia de Santa María a nuestra izquierda, la abadía frente a nosotros y un estanque grande a su lado. El cementerio continuaba por la colina hacia el acantilado, a gran altura sobre el agua. Aquel lugar era mucho más grande de lo que yo me esperaba.

—¿Por dónde empezamos?

Vambéry solicitó su cartera de cuero, que de inmediato le devolví. De un bolsillo delantero sacó un viejo mapa y lo desplegó. El papel ajado tenía un dibujo de los edificios y el terreno.

—Nosotros estamos aquí —dijo al tiempo que señalaba los escalones que ascendían serpenteando desde el pueblo, en el límite del mapa—. Santa María aún se considera suelo sagrado, así que Ellen no puede estar ahí dentro. La

mayor parte de este cementerio sigue también consagrada.

—¿Y las tumbas de los suicidas? —preguntó Matilda, estudiando el mapa.

—Sí —dijo Vambéry—. Las podemos encontrar aquí y aquí. —Indicó dos lugares en el mapa, uno cerca de un lateral de la abadía y el otro peligrosamente encaramado en lo que parecía el borde mismo del acantilado—. Las de los suicidas no forman parte de los terrenos de la iglesia, sino que pertenecen a la abadía.

Los relámpagos se apoderaron del cielo sobre el mar, tres rápidos fognazos. Todos los observamos con aprensión.

—Quizá debemos dividirnos antes de que nos caiga la tormenta —sugirió Vambéry—. Bram y yo podemos ocuparnos del interior de la abadía mientras ustedes dos buscan en las tumbas de los suicidas.

—¿Es seguro eso? Quizá deberíamos seguir juntos —dijo Matilda.

—Si esas criaturas salen durante las horas de luz diurna, carecen de poderes. Son menos que los mortales. Si ella está aquí, si hay alguno de ellos aquí, lo más probable es que esté descansando —explicó Vambéry—. Nos quedan cuatro horas de luz; debemos sacar el mayor partido de ella.

Matilda me cogió la mano y la apretó.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Vambéry se dirigió a Thornley.

—Si descubren algo, vengan a buscarnos. Estaremos muy cerca.

Vi cómo Matilda y Thornley se dirigían más allá de la inmensa cruz que marcaba la entrada del cementerio y desaparecían entre las grandes lápidas.

Vambéry se agachó y recogió su bolsa.

—Vamos, muchacho. Démonos prisa.

Gran parte de la abadía consistía en unas ruinas que se desmoronaban, pero lo que quedaba en pie era extraordinario: unas altas columnas de talla intrincada y unos enormes bloques de piedra que se alzaban hacia las nubes grises arremolinadas en el cielo. El suelo estaba cubierto de matorrales y malas hierbas, todos ellos luchando por reclamar aquel edificio, y éste sin embargo se resistía, no estaba dispuesto a claudicar aún. Pasamos por un

ábside y entramos en la abadía por el brazo sur del crucero. Los restos de una escalinata se alzaban entre una pila de escombros contra un muro central.

—Estos claustros siguen los muros exteriores —me informó Vambéry—. Hacia el oeste conducen a la nave, y el extremo este alberga el coro, el presbiterio y el sagrario. A las torres circulares que montan guardia en las cuatro esquinas se accede a través de escaleras; los lugareños las frecuentan, en especial, en las noches en que los barcos están en la mar en plena tormenta y se vuelve necesario un punto elevado desde donde ayudar a guiarlos de forma segura para atracar en el puerto.

—¿Dónde vieron a la dama de blanco?

—En lo alto de las cuatro torres de las esquinas, y también en lo más alto de la torre central, sobre nosotros, detrás de las almenas. —Miró entonces hacia arriba. Había un orificio en los restos del tejado, y el remolino de las nubes era claramente visible a través de él—. Es obvio que la mayor parte de la estructura de carga de esta torre se ha derrumbado. Es más, hace unos treinta años que se perdió esta sección entera, incluidos los escalones. Declararon inseguras las estancias superiores y las cerraron. De hallarse Ellen en alguna parte, creo que debería ser ahí.

Me adentré más en el crucero. El lugar hedía a mohó, había pequeños charcos de agua estancada. Las malas hierbas crecían entre muchas de las piedras y se abrían paso por la argamasa. Pasé un dedo sobre la piedra del muro y ésta cedió a mi tacto. Sentí cosquillas en el brazo. Un nombre me vino a la mente. De dónde, no podía saberlo, pero lo pronuncié en un susurro.

—Marmion.

Vambéry se detuvo y se volvió hacia mí.

—Disculpe, ¿qué es lo que ha dicho?

—Marmion.

—¿De qué conoce usted ese nombre?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Quiero decir que no lo recuerdo. Me acaba de venir a la mente.

Vambéry me clavó la mirada.

—¿Procede de Ellen? ¿Es algo que ha obtenido usted de la mente de ella?

—Puede ser. Insisto, no lo sé. ¿Qué significa?

—Walter Scott escribió sobre la trágica leyenda, la de una monja que se enamoró de Marmion, un caballero, que acabó traicionando su amor. Ella había roto todos sus votos para estar con él, ya me entiende. Cuando al final descubrieron a los amantes, a ella la emparedaron aquí, entre los muros de esta misma abadía —dijo Vambéry.

—¿Alguna vez la encontraron?

—No. Si hemos de creer en lo que cuenta la historia, sigue aquí, en algún lugar. Son muchos los que la han buscado en el transcurso de los años, pero jamás se ha localizado rastro alguno de ella.

—Si Ellen estaba pensando en eso —le dije—, ¿cuál es la relación?

Vambéry no tenía respuesta para aquello.

Pasé la mano por la pared, y los ojos se me fueron a la brecha en el techo.

—¿Podríamos entrar por ahí?

Me hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Eso conduce al patio, un espacio al aire libre en la planta superior, junto a la torre, pero todas las puertas quedaron selladas con piedra y cemento para impedir el paso a la gente.

A lo largo de los muros exteriores del crucero se alineaban una serie de hornacinas, sin duda con el fin de albergar estatuas o libros en la época en que este lugar era un monasterio a pleno rendimiento. Estaban separadas por algo menos de dos metros de distancia. Todas ellas amparaban ahora telarañas y escombros sueltos, y lucían copiosas cantidades de polvo. Contra la pared del extremo opuesto aún se erigían con orgullo los restos de una chimenea cuyas llamas quedaron extinguidas mucho tiempo atrás. Al posar la mirada en ella, volví a sentir el cosquilleo en el brazo.

Atravesé la sala.

Es posible que la chimenea tuviera unos dos metros y medio de ancho, y el hogar propiamente dicho un metro y medio de ancho y casi otro tanto de alto. Podía oír el trinar de los pájaros que anidaban en las alturas de la chimenea. No estoy seguro de si vi primero el montoncito de tierra del rincón izquierdo de la chimenea o si lo olí antes, pero reconocí la fragancia de inmediato, ya que apestaba al mismo suelo podrido que habíamos hallado

bajo la cama de Nana Ellen tantos años atrás.

DIARIO DE THORNLEY  
STOKER  
(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*17 de agosto de 1868, 16.58 h*

Mi hermana se desplazaba por el cementerio con celeridad y determinación, pisando con delicadeza sobre los muertos a nuestros pies y escrutando cada lápida conforme avanzábamos. Aquella sección del camposanto tenía poco interés para ella; sólo le interesaban las tumbas de los suicidas al borde del acantilado. Al aproximarnos, siguió estudiando las nubes en el cielo. El aire se había vuelto frío en cuestión de minutos, y ya sentía las primeras gotas de lluvia en la cabeza.

Dejamos atrás una charca grande cuyo olor se extendía por todo el cementerio: mohoso, rancio y estancado. Las aguas estaban quietas a excepción de las ondas ocasionales generadas por las gotas de lluvia.

—Aquí —dijo Matilda, que se detuvo en seco—. ¿Ves ese murete de piedra? Encontramos uno similar en Clontarf. Sirve para marcar el suelo que está consagrado y el que no.

En aquel lugar, noté un cambio en el propio terreno. Justo detrás del murete, las hierbas parecían más espesas, con enredaderas que se enroscaban sobre las tumbas y las envolvían como si trataran de incrustarlas en el suelo.



Y las propias lápidas parecían mucho más pequeñas; si las que tenía a mi espalda surgiendo del suelo consagrado eran altas, en un rango entre el medio metro y casi los dos metros, las lápidas que marcaban la situación de las tumbas de los suicidas eran achaparradas. Muchas quedaban a ras de suelo, sin inscripción de ninguna clase. Aquél era, sin duda, el territorio de los olvidados y los indeseados.

—¿Qué estamos buscando? —le pregunté a mi hermana mientras mis ojos volaban de lápida en lápida.

Matilda se arrodilló y despejó las malas hierbas de delante de una lápida; después pasó los dedos por las letras de debajo, erosionadas y desgastadas por el paso del tiempo.

—Es difícil de decir. En la tumba de O’Cuiv, el suelo tenía aspecto de que no lo hubieran tocado en años, y aun así encontramos dentro las pertenencias de Ellen. Vambéry dijo que estas criaturas tienen la capacidad de cambiar de forma e incluso transformarse en una niebla. Esta capacidad se aplica también a los objetos que poseen. De ser así, Ellen podría entrar y salir de una tumba por el orificio más pequeño, algo tan minúsculo que quizá no fuésemos capaces de detectarlo.

—Eso no es de mucha ayuda, mi querida hermana.

Matilda pasó a la siguiente tumba.

—Puede ser que nos suene el nombre, o quizá haya un símbolo en la piedra. Si Ellen utilizase la tumba como lugar de descanso o para guardar sus pertenencias, creo que lo habría marcado de alguna manera. Tú empieza por allí, y yo recorreré éstas; ve avanzando hacia el exterior del campo.

Comencé a desplazarme entre las tumbas, buscando cualquier cosa de relevancia. El acantilado se encontraba peligrosamente cerca, y de nuevo me percaté de la cantidad de tumbas que justo se asomaban al precipicio. Aquella zona del cementerio estaba en una situación ideal para que se la llevara un mar encrespado.

Matilda chilló y retrocedió de un salto.

—¿Qué pasa?

—Una serpiente. Me ha dado un susto, eso es todo.

Yo no había visto una sola serpiente hasta que mi hermana se sobresaltó,

y después, como si hubieran escogido el momento preciso, otro par de ellas pasó de largo reptando. No había serpientes en Irlanda, así que no estaba acostumbrado a verlas. La verdad es que me pusieron la piel de gallina.

—La tierra está húmeda aquí, perfecta para las culebras. Pero son inofensivas; es con las víboras con lo que hay que tener cuidado. No es que sean muy agresivas, pero si pisas una y te muerde, tienen un veneno de los más let...

—¿Thornley?

Alcé la vista para descubrir a Matilda arrodillada ante una pequeña lápida.

—Creo que he encontrado algo.

Me acerqué y me agaché a su lado mientras ella se afanaba arrancando las malas hierbas. Era difícil leer la inscripción de la lápida, pero aún resultaba legible, y decía simplemente: EN MEMORIA DE BARNABY SWALES. No había fechas.

—No lo entiendo. ¿Qué relevancia tiene? He visto docenas de lápidas como ésta. ¿Acaso te suena el nombre?

Matilda negó con la cabeza.

—Sólo dice «En memoria de...».

—Lo mismo que muchas de las otras que hay aquí —le respondí—. Muchas de estas personas perecieron en el mar; no habría un cuerpo que enterrar, de manera que marcarían la tumba de este modo en lugar de decir algo como «Aquí yace...».

—No hay una sola tumba entre los suicidas que diga «En memoria de...», salvo ésta. Todas las demás están allí —dijo, señalando hacia la otra mitad del cementerio—. ¿Por qué iba a haber una tumba vacía entre las de los suicidas? No tiene sentido.

Tenía razón, por supuesto. El propósito de la tumba de un suicida era enterrar un cuerpo considerado impuro o que no contaba con la bendición de la Iglesia, lejos del suelo sagrado, un cuerpo que no se pudiera enterrar de forma oficial en terrenos de la Iglesia. El fin de los condenados era el olvido, quedar sepultados y desaparecer para no volver a ser mencionados jamás. Una tumba vacía no tenía razón de ser aquí.

—Iré a por una pala.

En el cielo, las nubes no pudieron seguir conteniendo la tormenta, y unos goterones comenzaron a acribillarnos sin piedad.

# AHORA

Bram observa horrorizado las serpientes que surgen del suelo en la base de la torre y tratan de trepar unas por encima de las otras, tantas serpientes que el propio suelo desaparece, perdido bajo aquellos cuerpos que se retuercen y se enroscan.

El hombre permanece en pie en el centro, con los brazos abiertos del todo en este momento, los ojos aún cerrados, con un temblor aún en los dedos. Bram no puede evitar pensar en un director y su orquesta, en cada uno de los instrumentistas siguiendo su batuta. Toda esta actividad se está produciendo en un completo silencio, y Bram no percibe nada aparte del sonido de su propia respiración.

A su espalda, el olor de la tierra recién removida surge de detrás de la puerta. Este apestoso aroma de la tumba le resulta ya demasiado conocido, y sólo puede elucubrar cuál será su origen allí. Entonces oye el sonoro gruñido de una bestia de alguna clase, seguido de la risa estridente de una niña pequeña, ambos también procedentes de detrás de esa puerta.

La última rosa que dejó allí ya se ha marchitado y ha muerto, y el cesto está vacío; había colocado las dos últimas en los alféizares para evitar que entrase aquel hombre, este tal Drácul. Considera la posibilidad de quitar sólo una, pero sabe que lo más probable es que eso sea justo lo que ese hombre quiere que haga: despejar la ventana y permitirle la entrada en aquel lugar.

El olor empeora, y Bram trata de protegerse los orificios nasales con la manga de la camisa.

Por el marco de la puerta, lo que queda de la masilla se seca delante de

sus ojos y se desmorona en el suelo de piedra. Una mugre oscura comienza a filtrarse y a salir por la rendija entre el pie de la puerta y el mismo suelo, una inmundicia de olor agrio que rebosa de lombrices y gusanos que se agitan. Bram se quita el abrigo e intenta contener aquel flujo grotesco, pero éste consigue rodear su bloqueo, asciende de un modo imposible por su abrigo y se cuela en cada grieta. Bram se aparta asqueado.

Regresa a la ventana y mira hacia abajo.

El hombre le está mirando otra vez, con una sonrisa de oreja a oreja; el suelo a su alrededor continúa lleno de vida con el deslizamiento de las serpientes. Alza los largos brazos sobre la cabeza y señala hacia la ventana abierta.

Los muros de piedra de la torre, cubiertos como están de enredaderas y de vegetación errante —siglos de follaje que intentan escalar la fachada ancestral—, se convierten en el objetivo de las serpientes, que comienzan a reptar sobre la vegetación libre de trabas. Primero apenas prueban, después se vuelven más atrevidas y ascienden lentamente por el lateral del edificio. Allá adonde no llegan las enredaderas y el follaje, las serpientes siguen subiendo, retorciéndose y contorsionándose las unas sobre las otras, ganando terreno palmo a palmo.

Bram tira de la contraventana, y la madera se convierte en polvo cuando la toca, resultado —no le cabe la menor duda— de algún hechizo maligno que ha lanzado el hombre de allá abajo.

El hombre de abajo cierra los puños, y la criatura de detrás de la puerta arremete contra el roble con una fuerza tremenda. Una porquería inmunda sale proyectada de cada uno de los bordes y salpica toda la habitación. Después empieza a gotear desde lo alto de la puerta, a resbalar por la madera y el cerrojo de metal corroído.

Bram regresa corriendo a su cartera de cuero y vuelca el contenido. No le queda más agua bendita, ni más obleas bendecidas. No le queda nada con lo que defenderse. Arranca una de las cruces de la pared y la muestra con la mano izquierda.

Fuera, las serpientes continúan ascendiendo, tan cerca que Bram puede oír su furioso siseo al asomar la lengua bífida entre aquellos colmillos

siempre dispuestos.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*17 de agosto de 1868, 17.12 h*

—¿Qué pasa? —preguntó Vambéry a mi espalda.

Me agaché para adentrarme más en la chimenea y miré hacia arriba.

—Hay una escalera incrustada en la piedra del tiro de la chimenea.

Vambéry se hizo un hueco a mi lado y también elevó la mirada.

—No veo nada. Espere... —Desapareció y regresó con una vela encendida en la mano.

Levanté el brazo y me agarré al primer peldaño de la escalera rodeándolo con los dedos.

—Aquí, ¿lo ve?

Alzó la vela temblorosa. Sobresalían unas piedras separadas por algo menos de un metro en un recorrido en zigzag desde lo alto del hogar hasta lo que parecía ser otro hogar en la planta de arriba. La chimenea era lo bastante grande como para que yo cupiese de pie, así que me erguí del todo. Con la cartera colgada del hombro, comencé a ascender. Vambéry me pasó su bastón hacia arriba y me siguió con cuidado de no forzar su pierna mala.

Entré a rastras desde el tiro de la chimenea al hogar de aquel segundo piso y me encontré en una habitación mucho más pequeña que la de abajo. Ésta olía también a humedad, y aunque no se veía ninguna huella en el suelo polvoriento, me tomé con cautela aquel detalle al recordar que no había ni una sola en la torre de Artane y en el dormitorio de Nana Ellen.

Vambéry se aupó detrás de mí con un gruñido y se sacudió el polvo de la chaqueta y los pantalones. Había una pequeña ventana hacia el este, y se asomó.

—En esta planta estaban los dormitorios; lo más probable es que ésta fuera la alcoba de lady Hilda. —Avanzó muy despacio y con precaución—. Mire bien dónde pone los pies; este suelo es quebradizo y se puede venir abajo. —Había una puerta estrecha en el extremo opuesto de la habitación, y se dirigió hacia ella—. El torreón está una planta más arriba.

Más allá de la pequeña estancia, encontramos los restos de la escalera adyacente a los pasillos en ruinas que discurrían a izquierda y derecha. Aunque faltaban los escalones que descendían y estaba cerrado el acceso al hueco de la escalera, los que ascendían permanecían intactos. Vambéry me aconsejó que me mantuviese pegado a la pared, que no me separara de su espalda y fuera poniendo los pies donde él los ponía al ir probando los escalones por delante con su bastón. Aquella parte del edificio tenía toda la pinta de un castillo de naipes que se derrumbaría sin excesiva provocación, y nos imaginé a los dos cayendo, atravesando el suelo y aterrizando sobre una pila de piedras y escombros.

La escalera terminaba ante una puerta grande de roble que estaba entreabierta, con una habitación oscura detrás.



# DIARIO DE THORNLEY STOKER

(anotado en taquigrafía y  
transcrito a continuación)

*17 de agosto de 1868, 18.19 h*

Cavamos cerca de un metro de profundidad antes de descubrir la vieja caja de madera.

Era una caja vieja de teca de unos noventa centímetros de largo por unos treinta de ancho. Al principio pensé que se trataba del ataúd de un niño, pero, al desenterrar la caja, enseguida me di cuenta de que era demasiado pequeña incluso para eso.

Una parte de mí creía que encontraríamos a Emily enterrada en aquella tumba. Me la imaginé inmersa en un sueño profundo debajo de aquel grueso manto de tierra, esperando a que llegara la noche antes de abrirse paso de alguna manera a través de aquel suelo asfixiante, de la maraña de raíces y de los atareados gusanos y las lombrices hasta el mundo de los vivos. Luego me la imaginé con el aspecto que tenía justo antes de saltar desde nuestra mesa del comedor y salir a la oscuridad, con los ojos llenos de pavor y los labios rojísimos en contraste con la pálida piel.

Maldije a Bram y a los demás por meterme aquellas ideas en la cabeza, por hacerme creer que mi esposa se había convertido en un monstruo.

—Ayúdame a levantarla —oí decir a Matilda.

Me obligué a quitarme de la cabeza los pensamientos sobre Emily y hundí los brazos en el agujero. Tuve que tumbarme de costado y estirarme para poder agarrar la caja y meter los dedos a la fuerza por debajo de una esquina y tirar. Pesaba, mucho más de lo que parecía.

La lluvia caía ya sin dar tregua, y el fondo del agujero empezó a llenarse de agua. Cuando tiré de la caja, se levantó del barro con un chasquido nauseabundo. Volví a meter la mano por debajo y levanté con cuidado la esquina hasta que Matilda pudo agarrarla y tirar de ella para sacarla de aquel agujero infernal. Incluso con ambas manos, mi hermana apenas era capaz de levantarla, y tuve que prestarle ayuda.

Me incorporé y me quedé sentado en las hierbas altas, mirándome. Estaba hecho un desastre: calado hasta los huesos y con la ropa llena de barro. Matilda no estaba mejor, con el cabello largo pegado a la cara, las mejillas cubiertas de tierra y mugre. De habernos visto alguien, seguro que nos habrían detenido por vagabundos, quizá incluso por profanar tumbas. De haber sucedido eso, no habríamos desentonado con los delincuentes comunes, tan espantoso era nuestro aspecto. A Matilda, sin embargo, no parecía importarle: la vi apartarse el pelo con la mano y dejarse un rastro de barro en la sien.

La caja estaba cerrada con clavos, y tuve que emplear la punta de la pala para abrirla.

El corazón se me paró al ver lo que había dentro.

La caja estaba llena de monedas de oro y de plata, papel moneda, documentos desvaídos... Matilda hundió la mano más allá de todo aquello, sacó un fardo de cartas del rincón opuesto y se puso pálida.

—¿Qué pasa?

—Le escribí estas cartas a Ellen y las dejé dentro de la tumba de Patrick O’Cuiv en Clontarf. Las enterramos allí.

—¿Cómo es posible?

La tierra de alrededor de aquella tumba no se había tocado en años.

La lluvia acribillaba el papel que Matilda tenía en las manos, y la tinta comenzó a correrse.

—Vamos a llevar esto a la abadía —le dije mientras trataba de volver a fijar la tapa.

Mi hermana me detuvo y volvió a meter la mano dentro. Sacó lo que parecía ser una escritura de propiedad.

—Es de un terreno en Austria; está a nombre de la condesa Dolingen.

—Será mejor que vuelvas a dejarlo dentro —le dije—. Se va a echar a perder aquí fuera.

Por fin asintió y volvió a guardar los objetos, y cerré la tapa. Entre los dos nos llevamos rápidamente la caja hacia la abadía.

Con la lluvia, el cielo se oscureció, con remolinos negros y espesos de nubes de tormenta que bloqueaban el sol. De haberme dado la vuelta, habría visto a Ellen Crone surgir del estanque a nuestra espalda, con Maggie y Patrick O’Cuiv siguiéndola de cerca. Los habría visto deslizarse sobre la superficie del agua hacia nosotros, hacia la abadía, con el brillo blanco de sus dientes afilados y un rojo fuego en los ojos.

## AHORA

Las serpientes ascienden a una velocidad contra natura; no trabajan como animales individuales, sino todos a una formando capas y entretejiéndose de tal forma que permiten que el siguiente grupo trepe un poquito más alto que el anterior. El siseo no deja de oírse cada vez más fuerte, superado tan sólo por los golpes de detrás de la puerta, y cada uno de ellos lanza por los aires más mugre maloliente. Bram se fija en las rosas de los alféizares y observa horrorizado cómo se marchitan y se ennegrecen ante sus ojos.

Las dos primeras serpientes aparecen directamente en la habitación, y Bram espera que eso sólo se deba a que la criatura de detrás de la puerta las haya invocado de alguna manera; tenía la esperanza de que las rosas impidiesen la entrada al mal desde el exterior, una leve esperanza, pero era todo cuanto tenía. Conforme las rosas se marchitan y mueren, lo mismo le sucede a esa esperanza. Coge su cuaderno de notas y se lo guarda en el fondo del bolsillo. Quizá lo encuentren con su cadáver.

De nuevo ante las ventanas, Bram utiliza su cuchillo de caza para cortar las enredaderas, todas las que alcanza. Son gruesas y bastas, pero las corta una detrás de otra. Esto frena a las serpientes, pero sólo por un instante. Se retuercen las unas con las otras y van formando su propia vía.

La primera serpiente rebosa el alféizar en el extremo opuesto de la habitación, y Bram corre hacia ella y le aplasta la cabeza con su gruesa bota tan pronto como ésta cae al suelo. Otra supera el alféizar un instante después y se lanza contra él como si volase por los aires. Bram se aparta a un lado, le da un tajo con el cuchillo y ve que ambas mitades golpean contra el suelo de

piedra y reptan no sabe muy bien cómo hacia la otra punta. Dos más entran por la otra ventana: Bram trata de ir a por ellas, pero en cuanto llegan al suelo desaparecen en las sombras, una hacia su bolsa, la otra hacia el rincón opuesto. Otras tres entran por la ventana a su espalda, y Bram se desplaza a la velocidad justa para esquivar sus mordeduras, de nuevo hacia el otro extremo de la habitación. Echa un vistazo por la ventana y ve más serpientes de las que es capaz de contar, todas a punto de entrar en la habitación.

Con el rabillo del ojo, también localiza a Drácul. Este hombre oscuro, este instrumento del mal, sigue mirándole fijamente desde el suelo con la capa negra flameando a su alrededor como si tuviera vida propia en un aire que permanece quieto. De pie a su lado se encuentra la mujer de su hermano, Emily.

Media docena de víboras entran por la ventana y aterrizan a sus pies con un siseo atronador que ensordece el resto.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*17 de agosto de 1868, 18.19 h*

Vambéry entró primero en la habitación, no sin antes liberar su espada de plata del interior del bastón. Empujó la puerta y entró a una velocidad que no habría creído posible, preparado para atacar a quien fuera o lo que fuera que pudiese estar aguardando al otro lado. Le seguí con rapidez y crucé el umbral sin más arma que mi ingenio. ¡Qué no hubiera dado por el Snider-Enfield que llevaba Thornley!

La sala estaba a oscuras, carente de vida.

Fue el olor appestoso lo que nos llegó primero.

Era un olor con el que me había familiarizado ya de un modo en absoluto natural: a tierra húmeda y muerte, a moho y podredumbre.

Vambéry se apresuró a cubrirse la nariz y la boca mientras giraba sobre sí mismo, hacia un lado y el otro, para asegurarse de que estábamos solos.

—Hiede a sepultura aquí dentro. Debe de ser aquí donde descansa Ellen.

Aparte de una silla contra la pared de enfrente y al lado de una ventana estrecha, el espacio estaba vacío.

—La tumba no está aquí —dije—, está allí. —Y señalé hacia una gruesa puerta de roble al fondo de la sala.

El brazo había empezado a picarme sin cesar, y sentía el tirón de Ellen por doquier a mi alrededor. Miré al techo esperándomela allí agazapada entre las vigas de madera, pero no estaba; la única señal de vida era la de los

cientos de arañas minúsculas suspendidas del laberinto fantasmal de telarañas que adornaba el techo.

Vambéry se dirigió hacia la puerta.

—¿Está seguro? ¿Está ahí dentro ahora mismo?

No lo notaba, y así se lo dije. Sentía el tacto de Ellen, su aliento, el pausado latido de su corazón a mi alrededor, rodeándome. Si cerraba los ojos, era como si me tomara en sus brazos y me atrajese hacia su pecho en un abrazo. La oscuridad cayó sobre mí, y la habitación pareció desvanecerse hasta que no hubo nada salvo ella y yo.

—¡Bram!

Oír mi nombre fue como recibir una coz en el pecho, y se me abrieron de golpe los ojos. Vambéry estaba de pie ante la gruesa puerta de roble, fulminándome con la mirada.

—Siga conmigo, Bram —me imploró—. No permita que ella tome el control.

Vambéry se volvió de nuevo hacia la puerta. El grueso roble estaba bien sellado en el sitio por medio de un sólido cerrojo de hierro encastrado en el centro, con pasadores que salían a la izquierda y la derecha y entraban en el marco, no muy distinto del que recordaba de la torre de Artane. Se arrodilló y se asomó al gran ojo de la cerradura; a continuación dejó caer a su lado la cartera de cuero y empezó a rebuscar en uno de los bolsillos. De allí sacó dos cuchillas finas y no tardó en ponerse a hurgar en la cerradura.

Una punzada de dolor me atravesó, caí al suelo y me crujieron las rodillas contra la fría piedra. La presencia de Ellen me oprimía, y de repente sentí la pesada carga del miedo. Un temor por mí mismo, por Vambéry, y un temor por...

—Matilda y Thornley.

Había soltado sus nombres sin ser consciente de ello, y Vambéry levantó la vista hacia mí, antes de regresar al trabajo.

—¿Qué pasa con ellos? —masculló mientras retorció una de las finas hojas dentro de la cerradura.

El mecanismo comenzó a ceder.

Intentaba respirar con todas mis fuerzas, sorber el aire.

Fue entonces cuando Patrick O’Cuiv apareció en el umbral de la puerta. Era más grande de lo que recordaba, una presencia imponente que bloqueaba cualquier posibilidad de salir de aquella habitación. Tenía la piel tan blanca como una hoja de papel, los ojos le brillaban en un tono rojo contranatural.

Me lancé a por la espada de Vambéry, a su costado, pero antes de poder rodear la empuñadura con la mano, Maggie O’Cuiv estaba allí dentro, y sus movimientos eran tan fluidos que cualquiera diría que más que correr flotaba. La niña fue una imagen difuminada al atravesar la sala y darle un puntapié a la espada para apartarla de mí al tiempo que levantaba mi cuerpo del suelo como si fuera una muñeca de trapo con esas manos infantiles y me sujetaba contra la pared de piedra con sus propios pies por encima del suelo, no sé bien cómo. Sentí su gélido aliento en el cuello.

Entonces vi a Ellen. Vi a Ellen Crone que entraba desde el pasillo y se desplazaba con la misma facilidad que Maggie, se movía tan rápido que parecía no moverse en absoluto. No estaba ahí, y de repente ya estaba, fulminando a Vambéry con los ojos rojos.

—¡Largo de esa puerta! —chilló.

*17 de agosto de 1868, 18.54 h*

Vambéry se apartó de un salto; acto seguido, Ellen se encontraba encima de mí, a centímetros, con la ardiente mirada de sus ojos rojos clavada en los míos. Regresé a mi niñez, al instante en que se dejó caer desde el techo. No me podía mover, no podía respirar; no hice ningún ruido. Cuando alzó los dedos y me presionó en la sien, mi universo se volvió negro. La sala que me rodeaba se desvaneció, y me vi en otro lugar, en otro tiempo. La mente de Ellen se abrió a mí, sus pensamientos, sus recuerdos, y revelaron el verdadero sino de la Dearg-Due, me revelaron la verdadera vida de la mujer que tenía ante mí.

*Me desperté de la muerte por segunda vez tres años después de que mi*



*amado me atravesara el corazón con una daga y me enterrara en una tumba cubierta de piedras y una rosa blanca en lo alto con la esperanza de darle algo de paz a mi atormentada alma. Mis ojos cansados se habían abierto a la penumbra de lo que sólo podían ser los muros interiores de un castillo, una estancia muy similar a aquélla en la que mi malvado esposo me había encerrado. Pensé que todo aquello no había sido sino un sueño, una horrible pesadilla que había comenzado cuando no era más que una niña, pensé que quizá mi padre, o incluso mi amado, me rescatarían, pero entonces lo vi, a aquel hombre alto inclinado sobre mí en la escasa luz, sosteniendo un conejo por la pata sobre mi boca. El conejo tenía el cuello abierto, y la herida sangraba con profusión sobre mis dispuestos labios. Saboreé cada deliciosa gota; sentía su calidez recorriendo a toda velocidad mis extremidades, mis músculos y tejidos. Parecía insuflar vida en mi ser como si fuera algo nuevo.*

*—¿Cómo es esto posible? —me oí decir con una voz ronca, una voz que no había pronunciado palabra en mucho, mucho tiempo.*

*En un principio, el hombre no dijo nada, se limitó a sostener el conejo y apretar el cuerpo del animal con la mano libre para exprimir hasta la última gota de sangre. Y cuando habló, su voz me resultó densa y grave, con un fuerte acento que no fui capaz de ubicar.*

*—Te he despertado de un profundo sueño. Te he traído de vuelta a la vida.*

*Intenté incorporarme, pero me sentía tan débil que el simple hecho de alzar la mano hasta su rostro fue toda una hazaña; aun así lo hice. Le rocé la mejilla y sentí una frialdad no muy diferente de la mía, carne muerta que de algún modo vivía aún.*

*—¿Cuánto tiempo? —me forcé a preguntarle.*

*—¿Cuánto tiempo has dormido, quieres decir?*

*Asentí con un gesto débil.*

*—Tres años han pasado desde que te encerraron en esa tumba.*

*Ante esta revelación sí me incorporé, con la sangre del conejo despertando cada vez más mis extremidades con cada segundo transcurrido.*

*—¿Sólo tres años? Mi amado, entonces, ¿vive aún?*

*El hombre oscuro terminó con el conejo y lamió la herida del cuello del*

*pobre animal antes de arrojarlo a la otra punta de la habitación.*

*—Si por «amado» te refieres al hombre que te clavó una daga en ese corazón desprevenido y te enterró detrás de su casa, sí, vive. Le he permitido vivir porque pensé que desearías matarlo tú misma por lo que hizo.*

*Ante aquella afirmación, negué con fuerza con la cabeza.*

*—¿Matarlo? Jamás podría hacer tal cosa. Él es todo lo que siempre he amado.*

*Entonces me percaté de que yacía en una caja grande llena con la tierra de mi mundana sepultura. Aún llevaba el mismo vestido blanco que lucía en mi último recuerdo, con un orificio en la tela sobre el corazón, ahora cubierto de sangre seca y endurecida. Llevé los dedos a aquel lugar y palpé la piel de debajo. La encontré perfectamente curada; ni una cicatriz quedaba.*

*—Él sólo deseaba que yo hallara la paz en la muerte.*

*El hombre oscuro, ahora sentado en una silla junto a mi caja, se inclinó hacia delante y me pasó los dedos por el cabello.*

*—No podemos esperar que los mortales nos comprendan, y no deberías prestarles la menor atención. No son para nosotros más que esa desventurada liebre —dijo con un gesto hacia el rincón donde yacía el cuerpo—. Son como esas moscas que vuelan zumbando a nuestro alrededor, una plaga, quizá un sustento, nada más.*

*—Pero él es mi verdadero amor.*

*El hombre oscuro sonrió.*

*—Él ya no es tu verdadero amor más de lo que lo es un solomillo para el marino que regresa tras un año en la mar.*

*Intenté ponerme en pie, salir de la caja, pero aún me temblaban las piernas.*

*—Debo ir con él.*

*—No harás semejante cosa.*

*—¿Estoy prisionera aquí?*

*Ante aquella pregunta, el hombre oscuro no respondió en absoluto. Se levantó sin más, se dirigió hacia la puerta y se detuvo un instante para decir «Descansa» antes de abandonar la estancia. Entonces oí cómo engranaba el*

*pesado cerrojo de la puerta. Y estaba sola.*

*Cuando por fin me levanté y salí de la caja, me acerqué en silencio a la ventana con pasos cuidadosos y me asomé. No reconocía aquellos campos. Había montañas y una sucesión de colinas, nada de la Irlanda que me era familiar. Alcé la mirada a las estrellas en el cielo y vi que las constelaciones no eran las que deberían ser. Entonces comprendí que me había llevado a algún lugar lejano; adónde, exactamente, no lo sabía.*

*Dormí después de aquello; cuánto tiempo, no podría decirlo con certeza. Cuando me desperté, me encontraba de nuevo en mi caja, en el suelo de mi tierra natal que me reconfortaba, su textura y su olor tan acogedores. Una niña campesina estaba conmigo en la habitación. Intenté hablar con ella, pero mi idioma le era desconocido. Se quedó allí sentada, con una sonrisa nerviosa y señalando una jofaina de agua fresca en la mesa del rincón. A su lado había una nota...*

*Refréscate; únete a mí después en el comedor,  
cuando estés dispuesta. La niña es para ti.*

D.

*Había en mi habitación una gran cama con dosel, y sobre ella el vestido más bonito en el que jamás hubiera puesto los ojos. La tela de color azul real era suave al tacto, con un festón oscuro de encaje cosido por toda la prenda en un diseño intrincado. Junto al vestido había un collar con unos esplendorosos diamantes alrededor de un rubí rojo de tamaño considerable. No me veía ni de lejos capaz de calcular el valor de semejante collar, ya que las piedras que lucía eran más grandes que cualquiera que hubiese visto nunca o que me hubiera imaginado que existiese, incluso.*

*Justo en aquel momento se acercó a mí por detrás la niña campesina, y sentí que me desataba los cordones del vestido funerario, antes blanco y ahora de color pardo, mugriento de tierra y sangre. El vestido cayó al suelo*

y lo apartó. Empeñó la tediosa tarea de lavarme con un paño de la jofaina. Cuando por fin estuve limpia, me ayudó a entrar en aquel vestido azul. Me quedaba perfecto. Pensé que ojalá tuviese un espejo, un hábito del que aún debía desprenderme, pero no había ninguno disponible, aunque tampoco es que importase. La niña tomó el collar de diamantes con el rubí, me lo abrochó al cuello y retrocedió un paso para admirar su trabajo. Una sonrisa se le asomó a los labios, e hizo una gentil reverencia. Le di las gracias, plenamente consciente de que no entendía una sola palabra, y me dirigí hacia la puerta. La niña me detuvo antes de que pudiese marcharme y me ofreció la muñeca. En el antebrazo saltaba a la vista una serie de minúsculas mordeduras, marcas que yo conocía de sobra.

Al pensar en su sangre creció una necesidad en mi interior, una urgencia. Había albergado la esperanza de que aquel nauseabundo deseo hubiera quedado atrás después de tanta muerte como había sembrado a mi paso, pero lo sentí con más fuerza que nunca al bajar la mirada sobre la muñeca de aquella pobre niña, el latido de la vena justo bajo la superficie de la piel. Sin embargo, no estaba dispuesta a tomarla; por mucho que anhelase saborear su vitalidad, no podía hacerlo.

Le dije que no con la cabeza, me di la vuelta para marcharme y puse la mano en la puerta.

Ella lo entendió, y una expresión que mezclaba la ofensa con el alivio le cruzó el rostro. Me abrió la puerta y me condujo por un pasillo estrecho, a través de una pequeña sala octogonal sin ventana ninguna, y al interior de un gran comedor. El hombre oscuro estaba sentado en la otra punta. Tenía un plato delante, pero estaba cubierto de años de polvo. No pude evitar preguntarme si aquella sala se había llegado a utilizar en alguna ocasión.

—Estás deslumbrante —me dijo, e hizo un gesto hacia la silla vacía en el extremo opuesto de la mesa—. Toma asiento, por favor.

Atravesé la habitación y me senté.

Olisqueó el aire y me dijo:

—¿No has bebido de ella? Lástima. La sangre de su familia es de las más puras de esta tierra.

—¿Y dónde exactamente se encuentra esta tierra? —le pregunté,

*tratando de evitar que la hostilidad que sentía tiñese mi voz.*

*—Estás en mi hogar, en las profundidades de los Cárpatos, cerca del desfiladero de Borgo. Aquí estás a salvo.*

*—¿En los Cárpatos? ¿En Transilvania?*

*Asintió con la cabeza.*

*—Deseo marcharme a casa. Deseo marcharme de inmediato —le dije.*

*Su rostro se mantuvo tan rígido como una piedra ante aquella solicitud, y no reveló nada con su expresión. Transcurrieron cerca de cinco minutos antes de que volviese a hablar. Una pausa como aquélla no era inusual entre nosotros; qué poca trascendencia tenía el tiempo, tal y como averiguaría más adelante.*

*—Te he salvado la vida y te he abierto las puertas de mi hogar. Me he preocupado por ti y no te he proporcionado más que amor y, sin embargo, tú me rechazas. Esto me ofendería de no estar ya familiarizado contigo y con lo que te sucedió. Aun así, es mucho lo que has sufrido, y yo soy paciente; puedo perdonar tal hostilidad.*

*—Deseo marcharme —repetí.*

*El hombre oscuro se reclinó en su silla.*

*—Ni siquiera me has preguntado mi nombre.*

*—No tengo ningún deseo de conocer tu nombre.*

*De nuevo, nos quedamos mirándonos durante un largo rato. A mi lado, el pulso de la niña campesina comenzó a acelerarse; pude verle el latido en la vena del cuello. Ella también deseaba marcharse y no podía hacerlo. Creo que aquel hombre supo de algún modo que mis pensamientos se habían desplazado hacia ella, ya que levantó la mano y la llamó a su lado. La niña rodeó la mesa con temor y el pulso desbocado.*

*Al principio, el hombre oscuro no prestó atención a la presencia de la niña junto a él; su mirada continuó fija en mí, luego le tomó la mano, muy despacio, con una deliberada lentitud. Se llevó el brazo de la niña a la nariz y la olió, se detuvo a absorber su aroma, su esencia. Cuando retiró los labios, cuando sus dientes le perforaron la piel, la niña intentó mantenerse fuerte, parecer valerosa, pero yo era consciente de la realidad. El temor le corría por las venas.*

*El hombre bebió entonces de su sangre.*

*La niña se puso en tensión y, aun así, hizo cuanto pudo con tal de quedarse quieta. En unos instantes, se le volvieron pesados los párpados, la piel pálida. Temí que le fuera a arrebatarse toda la vida, un extraño pensamiento, teniendo en cuenta las vidas que había arrebatado yo sin la menor consideración, pero lo pensé de todas formas. Justo cuando estaba a punto de decirle que se detuviera, la soltó. La niña retrocedió tambaleándose hasta que se pudo agarrar a la pared, donde se deslizó al suelo y perdió el conocimiento.*

*—Tu lugar está entre los tuyos —dijo el hombre oscuro, haciendo caso omiso de la pequeña gota de sangre que le caía del labio—. Llevará su tiempo, pero algún día lo comprenderás.*

*Dirigió la mano hacia una campanilla en una mesita a su lado y la hizo sonar. De una puerta a su izquierda surgió una mujer más mayor. Lanzó una mirada a la niña en el suelo y enseguida volvió la cabeza.*

*—Por favor, lleva de vuelta a su alcoba a la condesa —le indicó el hombre oscuro.*

*—¿La condesa? —exclamé en voz alta.*

*Una leve sonrisa le curvó la comisura de los labios, pero no dijo nada ante aquello. La mujer hizo una reverencia y me tomó del brazo para conducirme a mi habitación. La puerta se cerró a mi espalda, y de nuevo me vi sola.*

*Encontré pluma y papel y escribí una carta a mi amado, la primera de muchas. Sabía que nunca las recibiría, ya que carecía de medios para enviárselas, pero me consolaba escribirle aquellas palabras, saber que él estaba allí fuera.*

*Cuando el sol comenzó a salir, me quité el vestido azul, me volví a poner mi vestido blanco y sucio, me metí en la caja y dormí hasta la noche siguiente.*

*Me desperté con el sonido de un hilo de voz. La niña campesina de la noche previa se cernía sobre mí.*

—¿Condesa Dolingen? El amo ha requerido vuestra presencia.

*Parecía que se había recuperado de la pérdida de sangre. Seguía un poco pálida, pero más allá de eso se la veía normal.*

—No es mi amo —contesté.

*Calló ante aquella respuesta, tan sólo me ofreció una mano para ayudarme a salir de la caja que se había convertido en mi cama.*

*De nuevo me condujo al comedor.*

*De nuevo estaba él sentado a la cabecera de la mesa.*

*De nuevo me senté yo frente a él con nuestra inexistente comida servida ante nosotros en la mesa vacía.*

—Estaba muerta. ¿Cómo me trajiste a la vida? —le solté antes de que él tuviese oportunidad de hablar.

*Era evidente que aquel hombre no estaba acostumbrado a que alguien pusiera en tela de juicio su autoridad, a que alguien lo desafiase, y pareció sorprendido ante el cariz de mis palabras; después, ligeramente divertido.*

—Tu asesino te apuñaló en el corazón, es cierto, pero lo hizo con un puñal de acero. Ni plata siquiera, figúrate, acero. Lo único que consiguió fue aturdir el corazón hasta que se extrajo la hoja, nada más. De haber empleado una estaca de madera, no estarías aquí sentada esta noche. Pero fuiste afortunada. Su incompetencia te salvó la vida.

*El comentario tan severo de aquel hombre acerca de mi amado me provocó el deseo de abalanzarme sobre la mesa y destrozarle el cuello. Me recorrió el cuerpo aquella ira que me había hecho dar muerte a tantos en mi primer renacimiento: la contuve a la fuerza, la expulsé a la fuerza. No deseaba ser aquella persona aborrecible, ya no.*

*El hombre oscuro entrecerró los ojos. ¿Podía leerme el pensamiento? Comencé a creer que podía, en efecto. Y si podía, tenía que saber que estaba muy...*

—Debes comer —dijo—. La vitalidad de ese conejo quizá te haya servido de sustento, pero sólo la sangre humana te ayudará a sanar del todo. Te debilitas con cada hora que pasa.

*Ante aquella advertencia, la niña regresó al comedor y se situó junto a la mesa. Se le unió un muchacho de no más de doce años, que entró detrás de*

ella y se colocó tímido a su lado con la mirada puesta en el suelo.

—Escoge —dijo el hombre oscuro.

—Escojo regresar a casa con mi amado; no quiero nada más de ti.

—Escoge, o dejaré consumidos a ambos.

Se le oscurecieron los ojos al decir aquello, con el rojo intenso de las brasas encendidas. Creció en mí la necesidad de aprovecharme del muchacho o de la niña, de la sangre que corría por sus venas: podía verla, saborearla. Aun así, no moví un dedo.

El hombre oscuro dio un puñetazo en la mesa y atravesó la sala en un movimiento borroso. Levantó al muchacho por el cuello y le empujó la cabeza hacia un lado. Oí cómo sus dientes rasgaban la piel un momento antes de que el aroma de la sangre invadiera la habitación, y aun así me mantuve perfectamente inmóvil. Cuando finalizó su macabra ingesta, me lanzó el cuerpo inerte del chico. El cadáver aterrizó en la mesa y se deslizó sobre ella hasta detenerse a escasos centímetros de mí. La mirada vidriosa del muchacho me confirmó que, en efecto, estaba muerto.

El hombre oscuro cruzó la sala y me agarró por el cuello, igual que había hecho con el crío, me sacó a rastras del comedor y me llevó por una serie de pasillos y escaleras. Le fui dando patadas por el camino, pero era demasiado fuerte para mí. Cargó conmigo hasta las entrañas del castillo como si no pesara nada. Me llevó hasta una mazmorra y me arrojó al interior. Corrí al extremo opuesto y me encogí atemorizada como un perro apaleado. Quería hacerle frente, quería mostrarle que no le tenía miedo, pero en aquel preciso instante desde luego que estaba asustada.

Sin mediar palabra, la puerta se cerró y se oyó echar el cerrojo, y me encontré en la total oscuridad. Transcurrió no menos de una semana, tal vez dos, la puerta por fin se abrió de nuevo, y arrojaron a una mujer más mayor allí dentro conmigo. La mujer cayó al suelo en el centro de la habitación, y otra vez apestillaron la puerta. Cuando se recuperó de tan duro trato, cuando la vista se le acostumbró a la oscuridad, me descubrió en un rincón.

—Mi sangre es vuestra sangre —me dijo en un susurro.

—No lo haré —le dije.

Me sentía muy débil; lo necesitaba con desesperación, pero me negué a



*hacerle daño; moriría antes que hacer daño a nadie más.*

*—Mi sangre es vuestra sangre —repitió—. Si no lo hacéis, matará a otro de mis hijos. No puedo soportar perder a otro.*

*Pasaron dos días más. Al despertarme en el tercero, tenía a la mujer sobre mí con un cuchillo.*

*—No permitáis que haga daño a mis hijos —me dijo antes de hundirse el cuchillo bien profundo en la arteria del cuello.*

*Su cuerpo se desplomó sobre mí, mis labios se acercaron a la herida y bebí. Bebí hasta que no quedó más.*

*Cuando me permitieron regresar a mi alcoba, habían sustituido mi caja de madera por un ataúd de piedra. El suelo de mi tierra natal llenaba el fondo, y aquella imagen me resultó acogedora. Otra docena de vestidos colgaba ahora en el ropero, todos ellos perfectamente ajustados a la medida de mi cuerpo. Me lavé en la jofaina, me puse un vestido nuevo, me senté al escritorio y escribí otra carta a mi amado. Escribí casi hasta el amanecer, antes de meterme en mi nuevo ataúd y dejar que el sueño me invadiera.*

*Seis meses transcurrieron de este modo, siempre el mismo ritual. Marcaba el paso del tiempo contando las cartas que escribía a mi amado, y que ocultaba debajo de una losa suelta del suelo. Me desperté en mi centésima octogésima tercera noche para descubrir levantada la loseta y las cartas desaparecidas. La puerta de mi alcoba estaba abierta, la primera vez desde que había llegado, y bajé sola por el pasillo. Me encontré el comedor vacío. Otra puerta a la derecha del comedor estaba abierta; en todas mis anteriores incursiones, estaba cerrada con llave. Entré y me vi en una especie de biblioteca, con miles de textos en diferentes idiomas —la mayoría con aspecto de ser antiquísimos—, que llenaban los estantes. En algunas paredes colgaban tapices cargados de polvo. Sobre una mesa en el centro se hallaban todas mis cartas a mi amado amontonadas con sumo cuidado. Junto a ellas había otra pila, ésta formada en exclusiva por documentos legales: escrituras y otorgamientos, propiedades transferidas al nombre que él me había dado, una tal condesa Dolingen.*

*Vagué por los corredores del castillo y no vi a nadie. Pensé en marcharme por una de las ventanas, pero no tenía adónde ir ni apenas conocimiento del lugar en el que me encontraba; el riesgo era demasiado grande. En cambio, busqué habitación por habitación. Localicé los aposentos del hombre, y muchas otras alcobas, la mayoría intactas durante quién sabe cuánto tiempo. Algunas no disponían más que de muebles estropeados y cortinas harapientas, otras estaban repletas de riquezas, más oro del que jamás creí posible. No había el menor rastro del hombre oscuro ni de los pocos criados que había visto desde mi llegada al castillo. El único signo de vida eran las ratas que correteaban por doquier, el repiqueteo incesante de sus uñas minúsculas en el frío suelo de piedra. Acabaría bebiéndome la sangre de estos roedores desprevenidos antes de que el hombre oscuro por fin regresara.*

*No estoy segura de cuánto tiempo estuvo fuera, pero, en una noche poco después de que las hojas del otoño comenzaran a adoptar su color, me desperté en mi ataúd con el sonido de unos pasos apresurados en el exterior. Me acerqué a la ventana de mi alcoba, que se asomaba al patio del castillo, y allí vi al hombre, de pie junto a un carruaje con un tiro de seis grandes corceles negros. Alzó la mirada hacia mí y sonrió.*

*—Ah, mi encantadora condesa. Ten la bondad de unirte a nosotros. ¡Tengo algo para ti!*

*Sacó a un hombre del carruaje y lo arrojó al suelo, a sus pies. Tenía la cabeza cubierta con un saco negro y las manos atadas a la espalda. No me hacía falta verle la cara para saber quién era; reconocí su olor aun desde donde me encontraba.*

*Me lancé por la ventana abierta y aterricé agazapada en el suelo de adoquines del patio.*

*—¡Impresionante! —dijo el hombre oscuro—. Yo suelo bajar por la pared.*

*Le miré, y él levantó la mano.*

*—¡Detente!*

*En un instante, presionaba con un cuchillo la garganta de su prisionero.*

*—¡No le hagas daño!*

*El hombre oscuro le quitó el saco de la cabeza al otro hombre, y apareció la mirada de mi amado, que me veía por primera vez en años. Sabía que yo no había cambiado ante sus ojos, no había envejecido ni un minuto desde la última vez que me vio, y oí latir su corazón desbocado en el pecho ahora que me observaba. Sus cabellos rubios estaban algo más canosos, y su rostro parecía un tanto endurecido, pero, por lo demás, él tampoco había cambiado mucho. Me habría dado igual, la verdad, si hubiera envejecido hasta convertirse en un anciano, tullido y cerca de la muerte. Ardió el amor que recorría mis entrañas, y quise ir hacia él, abrazarle y no soltarlo jamás.*

*—¿Es éste el hombre al que has estado escribiendo? ¿El dueño de tu corazón?*

*No pude evitar asentir, e incluso con un cuchillo en el cuello, vi en la mirada de mi amado el brillo que me decía que él sentía lo mismo por mí. Me amaba ahora, en ese preciso instante, más que nunca.*

*El hombre oscuro frunció el ceño.*

*—Pero ¿cómo puede ser eso? Te abandonó en aquel castillo mientras te torturaban durante años. Cuando por fin regresaste a él, te clavó un puñal en el corazón y te sepultó bajo un montón de rocas, dejó que te pudrieras en la tierra. ¿Cómo puedes amar a semejante hombre?*

*—Mi corazón le pertenece; siempre ha sido así, siempre lo será —dije en voz baja, conteniendo las lágrimas que me nublaban la vista con una neblina rojiza.*

*El hombre oscuro se mofó de aquello.*

*—Yo te salvé de la muerte. Te di todo cuanto podías desear, y aun así no sientes nada por mí. Tú y yo somos iguales y hemos de estar juntos, y no este hombre y tú, ¿es que no te das cuenta de eso? Pronto estará muerto y no será más que un montón de huesos, mientras que tú y yo seguiremos vivos. Juntos, hay tanto que podemos hacer...; basta con que abras los ojos y lo veas. Abre tu corazón y déjame entrar.*

*Jamás me había dicho antes algo así; y, hasta aquel preciso instante, no me había considerado más que su prisionera. La idea de amar a semejante*

*hombre me llenó de pavor. No podía hacerlo.*

*Conforme aquel pensamiento me venía a la mente, el hombre oscuro entornó la mirada y soltó un grito feroz, un grito tan terrible que resonó en las montañas a nuestro alrededor. Le respondió el aullido de un millar de lobos, tan fuerte que no oí nada más. En un abrir y cerrar de ojos, levantó a mi amado y lo puso en pie. Fue entonces cuando advertí lo débil que estaba realmente, lo amarillento que era el tono de su piel. Fue entonces cuando vi las marcas que tenía en el cuello y me di cuenta de que el hombre oscuro había bebido de él y lo había consumido casi hasta el punto de matarlo.*

*El hombre oscuro se llevó su propia muñeca a la boca, se la abrió con los colmillos afilados y la presionó contra los labios de mi amado. Me quedé paralizada por el horror al verle beber, porque entonces supe que no era la primera vez. Ya habían realizado aquel intercambio en varias ocasiones a lo largo del viaje de vuelta desde Irlanda hasta esta tierra desolada; en realidad, era más la sangre del hombre oscuro que corría por sus venas que la suya propia. Mi amado bebió hasta que ya no pudo beber más. Luego el hombre oscuro lo soltó y dejó que su cuerpo se desplomase en el suelo.*

*La pérdida de sangre debilitó al hombre oscuro, pero sólo por un instante. Se obligó a mantenerse erguido, en toda su estatura, y chasqueó los dedos largos y huesudos. Apareció una docena de hombres, unos szgany, tal y como averiguaría después, unos gitanos de la zona. Cuatro de ellos llegaron por detrás de mí y me ataron con unas cuerdas impregnadas de plata. Intenté liberarme, pero la plata me mantenía inmóvil de algún modo, y me quemaba allá donde me rozaba la piel. Me resistí, pero lograron retenerme, y cada uno tensó su cuerda de forma que quedé cautiva en el centro, entre ellos, incapaz de alcanzar a ninguno. Maldije el hecho de no haber bebido más que la sangre de las ratas durante tanto tiempo. Con sangre humana quizá hubiera podido imponerme a los szgany, pero ahora estaba demasiado débil. Estaba cautiva una vez más.*

*Vi a mi amado transformarse.*

*Vi cómo la última brizna de vida abandonaba su cuerpo y la sangre de aquel hombre se apoderaba de él. Durante gran parte de la noche, en realidad, no pude hacer nada salvo mirar. Mientras tanto, el hombre oscuro*

se alzaba sobre él y los szgany seguían manteniéndome inmóvil.

Cuando mi amado por fin despertó y observó el mundo con ojos renacidos, el hombre oscuro se quitó uno de sus anillos y lo deslizó en el dedo de mi amado.

—Esto es por si acaso alguien se pregunta a quién perteneces —dijo.

Acto seguido se irguió sobre él y volvió a chasquear los dedos. Los szgany desengancharon los caballos y los dispusieron en un círculo alrededor de mi amado. Comenzaron a atarle sus cuerdas de plata en el cuello y las extremidades, el otro extremo lo anudaron a los arneses de los caballos; entonces me di cuenta de lo que estaba a punto de suceder y grité, pero mi protesta cayó en saco roto. El hombre oscuro mantuvo sujeto a mi amado hasta que las cuerdas quedaron aseguradas y él quedó situado en el centro de una rueda de caballos. Le dije a gritos que intentara soltarse, pero seguía perdido, aturdido y desorientado, sin ser consciente de la complicada situación en la que estaba. Los szgany aguardaban preparados junto a los caballos.

—Por favor, no lo hagas —le supliqué.

—Tú misma te lo has hecho. Eres tú quien le ha provocado esto a él.

El hombre oscuro volvió a chasquear los dedos, y cada uno de los szgany sacó una pequeña daga y se la clavó en los ijares a su caballo. A una, los corceles chillaron de dolor, se encabritaron y echaron a correr.

Vi horrorizada cómo desmembraban a mi amado; los brazos, las piernas y la cabeza separados del torso con un chasquido nauseabundo. Los gitanos habían cerrado la verja del patio, de manera que los caballos no pudieron escapar. Pasados unos minutos, detuvieron su alocado galope hacia ninguna parte, con los pedazos de lo que antes era un hombre desperdigados por el suelo a nuestro alrededor.

El hombre oscuro se acercó al torso destrozado de mi amor, le hundió la mano en el pecho y le arrancó el corazón, que aún latía. Lo sostuvo en alto para asegurarse de que yo veía lo que había hecho.

No pude decir nada en aquel momento, mi voz quedó silenciada. De todas formas, no habría podido oír nada por encima de los chillidos que me reverberaban en la cabeza. Me desplomé en el suelo mientras los szgany me

*mantendrían bien sujeta con sus cuerdas de plata.*

*Los szgany reunieron los restos y los depositaron en cajas de madera; después cargaron las cajas de madera en el suelo del carruaje. El corazón de mi amado fue a parar a otra para él solo, una pequeña caja roja de roble con cierres de oro, que también cargaron en el carruaje. Cuando finalizaron, volvieron a enganchar los caballos, el hombre oscuro le dio instrucciones al cochero y lo puso en camino.*

*En aquel momento, los szgany me liberaron, a mí también. Ya poco importaba; no me habría podido mover ni aunque hubiera querido.*

*El hombre oscuro se acercó y se arrodilló a mi lado.*

*—Mis hombres tienen la orden de enterrar cada fragmento de él en un cementerio distinto, para que jamás lo encuentren. Su cuerpo nunca morirá. Su alma sufrirá por toda la eternidad como un miembro de las legiones de los no muertos. Todo esto lo has provocado tú. Si tu deseo es odiarme, que así sea; ahora tienes un buen motivo.*

*Se puso en pie, fue a dirigirse hacia la puerta del castillo y añadió:*

*—Pronto habrá luz; regresa a tu alcoba. He encargado que mañana pinten tu retrato. Deseo captar este momento para siempre.*

*Al día siguiente llegó un pintor, en efecto, y el hombre oscuro me obligó a posar para el artista, tal y como había dicho que haría. Yo estaba demasiado consternada para protestar, e hice lo que me decía. Incluso me puse el collar de diamantes con el rubí engarzado en medio. Poco después de que empezásemos, el hombre oscuro me regaló un cinto: en el centro tenía un broche con la imagen de un dragón; también me puse aquella baratija. El cuadro era espantoso, no guardaba ningún parecido conmigo.*

*La palabra odio no sirve ni para empezar a describir lo que sentía por aquel hombre, aquella criatura horrible, aquella bestia. Cómo lo detestaba, pero no había nada que yo pudiera hacer. Era su prisionera, física y mentalmente. Y aun así, no dijo una sola palabra sobre su atrocidad, sobre las cosas tan espantosas que le había hecho a mi amado. Después de aquel día, se comportó como si aquellos sucesos brutales nunca hubieran tenido*

*lugar. ¡Esperaba que yo le amase! ¡Deseaba hacer de mí una esposa! Por supuesto, yo no podía amarle, no podía consentir ser su esposa, jamás, pero mis protestas no sirvieron para disuadirle. Me declaraba su amor a la menor oportunidad. No escatimaba en obsequios conmigo: joyas y propiedades de valor incalculable y todo lujo que él fuese capaz de imaginar. Había escapado de una prisión para verme encerrada una vez más. Aceptaba con gentileza aquellas prendas, pero no le ofrecía amor ninguno en respuesta. En lugar de eso, sus obsequios quedaron estratégicamente ocultos por el castillo.*

*Y así transcurrirían cientos de años. Con fluidez y velocidad, como si fueran meses. Los dos habitábamos el castillo sin más presencia que el constante flujo de criados que se iban sustituyendo. Iban, venían y envejecían con el paso del tiempo: las hijas se convertían en madres, que después serían abuelas, y sus costumbres pasaban a la siguiente generación, pero el hombre oscuro y yo no envejecíamos. Me negaba a aprenderme el nombre de los criados ni cualquier otro detalle sobre ellos, y también me negaba a revelar al hombre oscuro el más mínimo detalle sobre aquéllos a los que apreciaba y que pudiera ser utilizado a modo de rescate por mi cabeza. Hablaba con él sólo cuando él me hablaba a mí, y sólo porque sabía que otros lo sufrirían si no lo hacía. No tenía escrúpulos a la hora de matar a aquellos criados, y lo hacía tan pronto como se le presentaba la ocasión.*

*Sabía que me leía el pensamiento, y con el tiempo yo también aprendí a leer el suyo; las palabras no tardaron en ser de poca utilidad para ninguno de los dos. Me vi capaz de proteger de él mis pensamientos a base de concentración y, aunque él hacía lo mismo, en ocasiones bajaba la guardia. Utilizaba aquellos lapsus para colarme en su mente, para buscar. Me encontré con que, cuando él dormía, podía aventurarme aún más lejos, así que empecé a despertarme antes que él y a ir a su ataúd y rebuscar en su mente adormecida. Acabé averiguando el paradero de mi amado, dónde estaba enterrada la cabeza y cada extremidad que le habían arrancado. El hombre hizo que lo dispersaran por todo el continente, pero logré determinar cada lugar, y los anoté en los mapas que rapiñé de la biblioteca del hombre oscuro.*

*Fui paciente.*

*Los años me enseñaron a serlo.*

*Aguardé a...*

—¡Bram! —gritó Matilda—. ¡Suéltalo!

Me temblaron los ojos al abrirse, y de nuevo me encontraba en la pequeña sala en lo alto de la torre central de la abadía de Whitby. En realidad, sólo habían transcurrido unos segundos. Matilda y Thornley estaban tratando de abrirse paso y dejar atrás a Patrick O’Cuiv, pero él les impedía entrar en la habitación. Vambéry continuaba agazapado ante la puerta grande de roble. Ellen aún se hallaba a escasos centímetros de mí, con los dedos apoyados en mi sien. Había lágrimas en sus ojos y una tristeza tan profunda que yo también me puse a llorar.

—¿Te escapaste? —conseguí decir.

Ellen asintió.

—En 1847, después de cientos de años como su prisionera.

—Así que cuando acudiste a nosotros, a nuestra familia...

—Me oculté en vuestra casa; a él no se le ocurriría buscarme entre los humanos, o eso creí yo, por lo menos.

Nuestras mentes permanecían vinculadas de un modo extraño, y las palabras pasaban entre nosotros sin interrupción, conversaciones enteras, años de recuerdos, en lo que pareció apenas cuestión de segundos.

—¿Has estado buscando los restos de tu amado? —le pregunté en voz baja—. Viniste a Clontarf en busca de su brazo, enterrado entre las tumbas de los suicidas de San Juan Bautista, el lugar así marcado en tu mapa. No pretendías quedarte con nosotros durante tanto tiempo; nos pusiste en peligro, algo que no deseabas hacer, pero aun así lo hiciste. Lo que me hiciste a mí...

Ellen me puso un dedo en los labios y me hizo callar.

—Jamás pretendí hacer daño a tu familia, nunca lo haría. Eras un niño tan enfermizo, tu muerte era cuestión de días y no podía ver cómo sucedía eso; no podía ver cómo te trataban con unos métodos tan primitivos a sabiendas de que no servía para nada, y consciente de que yo sí podía ayudar. Tenía que



hacerlo. Así que te di mi sangre. —Su mirada descendió al suelo—. Penitencia, supongo, por todas las vidas que quité tantos años atrás, cuando me transformé aquella primera vez, antes de percatarme del verdadero valor del amor y de la vida.

—Y has venido a verme una y otra vez desde aquella noche —le dije.

—Te he vigilado, sí. Debes saber, Bram, que no hay una cura permanente. Sin mi sangre, tu enfermedad volverá para llevarte. Nunca he dejado que eso suceda. Nunca dejaré que ocurra.

Se me abrieron los ojos como platos cuando otro pensamiento me vino a la cabeza.

—El nombre de tu amado, ¡era Deaglan O’Cuiv! Era un antepasado lejano de Patrick O’Cuiv, de su misma familia y de su sangre. —Más pensamientos me vinieron a toda velocidad, y tuve que cerrar los ojos para concentrarme, para ordenarlos y entenderlos—. Patrick O’Cuiv no asesinó a su familia; fue ese hombre oscuro, ese tal Drácul..., ¡cuando vino a Irlanda a buscarte!

Ellen suspiró y cerró los ojos, como si el simple hecho de oír aquella explicación le causara dolor.

—Esa pobre mujer y los niños, los mató a todos. No me quedó más remedio que convertir a Patrick y a Maggie; él habría regresado a por ellos, también. Convertí a Patrick cuando estaba en su celda; así es como sobrevivió a la muerte de los mortales. Convertí a Maggie poco después de aquello, consciente de que era la única forma de protegerla. ¿Es que no lo ves? Tuve que abandonar tu casa después de eso; tenía que alejarlo de allí antes de que viniera a por tu familia. Estaba muy cerca.

—Tardó catorce años —le dije—, pero sí ha venido a por nosotros. Y se ha llevado a Emily.

Ellen bajó la mirada al suelo.

—El tiempo tiene poca importancia para él. Ahora también te quiere a ti. Te quiere a ti más que a nada. Dado que mi sangre corre por tus venas, escapaste de la muerte; por mis actos, tú sigues en este mundo. No descansará hasta que se lleve todo cuanto me es querido. Él sabía que llevarse a Emily me obligaría a salir, y a ti también. Se la ha llevado simplemente para

atraernos a nosotros dos hacia él.

—¿Y qué hay de tu amado, Deaglan O’Cuiv?

Al oír aquello, su mirada se dirigió hacia la gruesa puerta de roble al fondo de la habitación.

# AHORA

Bram mira fijamente los restos de la última rosa blanca, ya marchita y seca al pie de la puerta, antes una bella flor y ahora nada sino polvo cubierto de mugre y porquería. Las serpientes reptan por aquellos posos y dejan tras de sí su rastro, el destello de sus colmillos a la débil luz mientras trazan círculos y después se preparan para...

¡Campanas!

Bram oye las campanas de la iglesia.

Son las campanas de la iglesia de Santa María, adyacente a la abadía de Whitby.

Unas campanadas sonoras, por encima de todo lo demás.

Y con las campanadas llega el amanecer, una fina franja de luz del sol que corta el cielo procedente del este y quema las sombras de la noche hasta consumirlas.

Cesan los golpes en la puerta.

Se apaga el siseo de las serpientes.

Todo queda en silencio.

Con la espalda contra la pared, el brazo de Bram continúa cortando el aire incluso después de que las serpientes desaparezcan, blandiendo el cuchillo ante nada más que unos fantasmas en la luz grisácea.

No están.

Todos se han ido.

Bram por fin se queda quieto y se desliza hasta el suelo por la pared completamente agotado.

Quiere ponerse en pie y asomarse a la ventana, pero no tiene fuerzas. Qué más da, sabe que el hombre se ha ido. Sabe que Emily tampoco está. Ambos se han desvanecido con las primeras luces del alba.

Nada de dormir.

Todavía no.

Saca el cuaderno de notas del bolsillo y pasa a una página en blanco.

Será sólo cuestión de tiempo que regresen los demás. Tiene que terminar de escribir.

# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*17 de agosto de 1868, 20.22 h*

—¿Bram? ¿Qué está pasando?

Era Matilda. Aún estaba tratando de apartar a Patrick y a Maggie O’Cuiv para abrirse paso. Dio un grito ahogado al descubrir a Ellen.

—Está bien, Matilda. Estoy bien.

Con el rabillo del ojo, vi que Vambéry se fijaba en su espada, y le hice un leve gesto negativo con la cabeza.

—Ellen no es el enemigo —le dije—. Y ellos tampoco son el enemigo —añadí, señalando a Patrick y a Maggie O’Cuiv—. Lo hemos malinterpretado todo.

—¡Son no muertos! —rugió Vambéry—. ¡Por supuesto que son el enemigo!

Cogí la espada de Vambéry, la volví a insertar en la caña del bastón y la sostuve fuera de su alcance.

—Déjelos entrar —le dije a Patrick O’Cuiv.

O’Cuiv miró a Ellen en busca de su aprobación y dio un paso a un lado.

Matilda corrió hacia mí y me rodeó con los brazos sin apartar la mirada de Ellen. Thornley entró detrás de ella cargado con lo que parecía ser una caja muy pesada. La dejó nada más cruzar la puerta, vigilándome con una mirada cautelosa.

—Por favor, cuéntales lo que me has mostrado a mí —le indiqué a Ellen

—. Cuéntales todo.

Eso fue justo lo que hizo durante la hora siguiente.

Escuché en silencio mientras ella les revelaba la historia completa y trataba de contener la emoción cuando lo hacía, pero resultaba dolorosamente obvio que amaba a Deaglan O’Cuiv con todo su corazón, igual que a sus parientes, a su sangre. Observé a Maggie y a Patrick O’Cuiv mientras Ellen hablaba, vi cómo las emociones se apoderaban de su pálido semblante, vi a Maggie llorar unas lágrimas rojas cuando Ellen contaba cómo el hombre oscuro había castigado a su amado, cómo la había castigado a ella. Después nos contó cómo se había pasado los últimos diecisiete años buscando cada parte del cuerpo de Deaglan O’Cuiv, enterradas en tumbas de suicidas por todo el continente salvo el corazón. Después de recuperarlas, Ellen ocultó el cuerpo en numerosos lugares a lo largo de los años, desde la torre del castillo de Artane hasta las aguas de los tremedales irlandeses, para acabar trayéndolo aquí y encerrándolo tras la puerta de esta misma cámara.

—La mano que encontramos en el castillo de Artane era de Deaglan O’Cuiv —confirmó Matilda en voz baja, a nadie en particular.

—Estaba viva —le dije—. Ambos la vimos moverse.

—Creí que nos lo habíamos imaginado, todos estos años...

—Él no puede morir, y su cuerpo tampoco —prosiguió Ellen—. No de esta manera. Si lo quemasen, quizá, o si le atravesaran el corazón con una estaca de madera, pero mientras su alma esté atrapada en ese cuerpo maldito, vivirá. En este estado de debilidad, no es dueño de su propia mente; pertenece a Drácul, al hombre cuya sangre perniciosa circula por su triste cuerpo.

La mirada de Ellen descendió al suelo.

—He intentado hablar con él, pero su sufrimiento es terrible. Drácul manipula todos y cada uno de sus pensamientos. Cada vez que percibo a mi amado, Drácul me lo arrebató.

Vambéry dejó escapar una risa burlona con una mirada que ansiaba su espada.

—¿Ha intentado hablar con una caja llena de partes de un cuerpo? ¡Esto

es absurdo!

Ellen se volvió hacia él con una fulminante mirada en la que ardían la ira y la desesperación.

—¡Es la sangre de Drácul la que lo convierte en eso! Si se volviese a juntar todo su cuerpo, sanaría, de eso estoy segura. Deaglan volvería a mí.

—¿Dónde está su corazón? —pregunté, sin hacer caso al arrebató de Vambéry.

Ellen suspiró.

—No he averiguado su auténtico paradero hasta hace poco. Drácul ocultó bien el corazón en una pequeña aldea a las afueras de Múnich. Protegía este dato más que ningún otro, pero tuvo un desliz hace dos noches; hallé el lugar en sus pensamientos. —Hizo una pausa durante un segundo—. Bajó la guardia cuando se llevó a Emily, y lo extraje de su mente.

—¿Qué pretende hacer con Emily? —le preguntó Thornley con un hilo de voz.

—Es un cebo —respondí yo antes de que pudiera hacerlo Ellen—. Quiere atraernos a todos, a todo el que tiene conocimiento de él. No creo ni por un segundo que nos haya dejado saber de ese lugar por accidente. Quiere que vayamos allí.

—¿Y cómo sabemos que el corazón de Deaglan está allí? Quizá todo esto sea una mentira —dijo Matilda.

—Está allí —le aseguró Ellen—. Tengo la certeza.

—¿Qué hacemos debatiendo esto siquiera? —soltó Vambéry—. Debemos incinerar lo que hay detrás de esa puerta, sea lo que sea. Tenemos que liberar el alma de estos no muertos; ésa es la senda de Dios, ¡y es la única! ¡Sus dificultades carecen de importancia!

Maggie O’Cuiv cruzó la habitación a una velocidad que no era de este mundo; levitando prácticamente sobre el suelo, como si flotara, se quedó a escasos centímetros de Vambéry y le miró a los ojos.

—Nosotros somos lo único que se interpone entre ustedes y él. Les dará caza a todos, uno por uno, y cuando haya terminado con ustedes, irá a por sus familias. Todo cuanto tiene es tiempo.

—Si tan frágiles somos, ¿por qué nos necesitan, entonces? —respondió

Vambéry—. Está claro que nos necesitan, o no nos estarían informando de estos detalles. Ya nos habrían matado a todos.

Ellen puso una tranquilizadora mano sobre el brazo de Maggie y se volvió hacia Vambéry.

—Tiene usted razón, no podemos hacer esto solos.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

—Ese lugar donde ha escondido el corazón de Deaglan, los lugareños lo llaman la Aldea de los Muertos. Cuenta la leyenda que hace cientos de años murieron casi todos en la aldea por una causa desconocida y, después de ser enterrados, se oyeron ruidos en sus tumbas. Abrieron algunas de ellas a la luz del día y descubrieron que los cuerpos de dentro estaban sonrosados de vitalidad y con sangre roja y reciente en los labios.

—Más *strigoi* —masculló Vambéry.

—¿*Strigoi*?

—Vampiros, los no muertos.

—Drácul lo hizo cuando ocultó los restos de mi amado Deaglan.

Matilda me miró, y supe que ella había tenido la misma ocurrencia en el mismo momento que yo, pero yo hablé antes.

—Cuando llevó allí el corazón de Deaglan, mató a todo el mundo en la aldea y los convirtió en no muertos para proteger aquel lugar espantoso.

Ellen asintió.

—Un ejército de no muertos, todos bajo sus órdenes. No podemos entrar allí, su ventaja numérica es excesiva.

—Pero sí podemos si vamos durante las horas del día —dijo Vambéry en voz baja.

—No lo entiendo —dijo Thornley.

Vambéry hizo un gesto con la barbilla hacia los O'Cuiv y después hacia Ellen.

—Sus capacidades y fortalezas son magníficas, pero sólo bajo el manto de la noche. Durante las horas del día no son más fuertes que nosotros, sino más débiles, incluso. La mayoría de los no muertos descansa cuando sale el sol; se ocultan, son demasiado vulnerables durante esas horas. Ya lo vio con Emily. Si llegamos a ese lugar durante el día, podremos acceder y recuperar



el corazón de O’Cuiv sin apenas riesgo de que intervengan.

—Drácul estará allí, con toda seguridad; podrán acabar con él mientras descansa y de esta forma librarse de su amenaza —añadió Ellen.

Vi cómo los ojos de Vambéry se iluminaban al oírlo, ante la idea de destruir aquella fuente del mal.

—¿Qué pasa con Emily? —preguntó Thornley—. ¿Qué supondría eso para ella?

—Se podría salvar. Si Drácul muere, el poder que ejerce sobre ella muere con él —le explicó Vambéry—. Dejará de pertenecer a su sangre.

—¿Y Deaglan O’Cuiv? —dije—. ¿Esto no lo matará?

—No si su cuerpo se ha completado de nuevo. Yo lo puedo sustentar —respondió Ellen con certeza—. Le daré a Deaglan mi sangre antes de que matéis a Drácul. Ésa es la única forma de asegurarnos de que se libera de su yugo.

Matilda fue hasta Ellen y le cogió la mano.

—Si nadie más lo dice, lo haré yo —anunció con firmeza aunque en voz baja, respirando hondo—. Te ayudaremos; nos ayudaremos los unos a los otros. —Su mirada se posó en mí, después en Thornley y luego en Vambéry, y se mantuvo un poco más sobre este último—. Te ayudaremos a encontrar el corazón de tu amado. Te reuniremos con el hombre que te dio la única felicidad que jamás has conocido, y tú nos ayudarás a liberar a Emily, a traerla de vuelta con Thornley para que podamos poner fin a esta pesadilla. Después, todos juntos, libraremos a esta tierra de Drácul. Triunfaremos o fracasaremos juntos.

Al oír la declaración de Matilda, Ellen le apretó la mano con un brillo en los ojos.

—La felicidad que Deaglan me dio sólo la puede eclipsar el gozo que sentí con tu familia. He hecho, y haré, todo lo que pueda para manteneros a salvo.

Ellen me miró al ofrecer aquella última promesa. No pude evitar preguntarme si habría un significado más profundo detrás de aquellas palabras.

—No deberíamos quedarnos aquí, todos en el mismo lugar. —Estas palabras procedían de Patrick O’Cuiv, y nos pillaron por sorpresa; me di cuenta de que no había oído su fuerte acento irlandés desde que era niño. Cruzó la habitación hasta la ventana y se asomó a observar los terrenos de la abadía, más allá del cementerio y el bosque de detrás—. Alguien debería quedarse a custodiar a Deaglan mientras el resto hace los preparativos.

Algo chocó contra el interior de la puerta grande de roble. Matilda soltó un grito, y todos nos dimos la vuelta. Otro fuerte golpe se produjo a continuación del primero.

—Está despierto —dijo Maggie.

Vambéry se apartó de la puerta.

—¿Quién está despierto? Han dicho que no era más que unos miembros metidos en una caja.

Ellen se llevó un dedo a los labios. Con la mano libre, me agarró del antebrazo. Oí su voz en mi cabeza.

*Drácul puede ver y oír valiéndose de Deaglan como cauce; son de la misma sangre. Mientras mi amado permanezca encerrado en esa habitación, aislado, Drácul no tiene forma de saber dónde se encuentra. Está a ciegas, y el lugar le es desconocido. Si lo supiese, es seguro que vendría a por Deaglan, a por nosotros. No debemos hablar de este lugar ni de nuestros planes, no en voz alta, no aquí. No obstante, Drácul está cerca, muy cerca. No se puede dejar a Deaglan sin custodia, ahora no.*

Si hubiera comprendido lo que se avecinaba, los sacrificios que sería necesario hacer, el coste que todos nosotros pagaríamos, tal vez no me habría presentado voluntario a quedarme a pasar la noche en lo alto de la torre de la abadía de Whitby vigilando los restos de Deaglan O’Cuiv mientras los demás se preparaban para nuestro viaje; no con Vambéry, ni de ninguna manera quizá.

*17 de agosto de 1868, 21.30 h*

Es importante señalar que tenía que ser yo quien se quedara. No confiaba en dejar a Vambéry solo, ninguno confiábamos después de su arrebató, y él insistió en quedarse. De tener una oportunidad, lo más probable era que Vambéry abriese la puerta y les prendiese fuego a los restos de Deaglan. Haría que la destrucción lloviese sobre nosotros sin importarle el precio que hubiera que pagar. Patrick O’Cuiv debía de albergar unos sentimientos similares, porque insistió en permanecer también en la torre. Thornley y los demás se marcharon a reservar pasajes y a saldar nuestra cuenta en la posada. Después aguardarían allí la llegada de la mañana. Todos coincidimos en que lo mejor sería marcharnos al despuntar el alba, cuando Drácul y los no muertos estuvieran más débiles y más vulnerables.

Acerté al preocuparme por Vambéry, puesto que en cuanto se marcharon los demás, anunció:

—Lo que sea que haya ahí dentro es maligno, Bram. No se puede dar por bueno. Tenemos que ponerle fin.

Dijo aquello sin prestar atención a Patrick O’Cuiv, que se encontraba de pie ante la ventana como un vigía inmóvil.

El bastón de Vambéry descansaba contra la pared en el rincón opuesto, lejos de su alcance. Me sentía incómodo cerca de este hombre, fuera amigo de Thornley o no; me miraba de un modo muy similar al que tenía para Patrick O’Cuiv. Una parte de mí se esperaba que empuñase aquella espada e intentase acabar con nosotros dos. Thornley insistía en que no era el caso. Vambéry era un hombre razonable, decía él, pero aun así, no podía evitar desconfiar de él.

—Ya ha oído lo que nos ha dicho Ellen. El hombre de detrás de la puerta no es nuestro enemigo.

—Lo que hay detrás de esa puerta no es un hombre, ni mucho menos —respondió Vambéry. Había metido nuestras bolsas en la habitación y estaba rebuscando entre su contenido—. No confío en su Ellen ni en sus compañeros de viaje más de lo que confío en Drácul. Creo que les ciegan a ustedes algunas lealtades y recuerdos de la infancia. Ni usted ni sus hermanos están

pensando de manera racional, así que tendré que ser yo quien piense por todos.

Sacó un gran crucifijo y lo sostuvo a la luz del quinqué.

Aunque Patrick O’Cuiv estaba de espaldas, de algún modo percibió la presencia de la cruz. Se dio la vuelta y se enfrentó a Vambéry.

—¡Aparte eso! —le dijo con un bufido.

—No lo haré. Si nuestro propósito aquí esta noche es mantener lejos a los *strigoi*, eso es justo lo que pretendo hacer. Quizá debería usted esperar fuera.

O’Cuiv me lanzó una mirada de hastío, pasó junto a nosotros en un instante y encontró un lugar en el pasillo. Ante la puerta de la habitación.

Vambéry sacó un martillo y clavos y fijó la cruz en la pared junto a la puerta. Después sacó un segundo crucifijo, seguido de un tercero.

—¿Me ayudaría usted, quizá? —me dijo.

Localicé un segundo martillo en la bolsa de Vambéry y comencé por el otro extremo de la habitación. Cuando nos quedamos sin cruces, colgamos espejos, todo lo que teníamos, y pasó prácticamente una hora antes de que terminásemos. Vambéry hizo un gesto con la barbilla hacia mi cuchillo de caza.

—Talle cruces en todas las superficies accesibles; no deje ni una sin marcar. Los espejos suelen confundir a estas bestias, aunque sólo sea multiplicando el número de cruces.

Mientras yo me dedicaba a aquella tarea, Vambéry puso ajo y unas obleas en un cuenco y los machacó con la empuñadura de su cuchillo, después añadió agua y removió la mezcla hasta que formó una espesa pasta igual que había hecho en casa de Thornley. A continuación, valiéndose de la hoja del cuchillo, introdujo la pasta en el espacio que había entre la gruesa puerta de roble y la piedra a su alrededor.

—Los *strigoi* se pueden transformar en niebla y filtrarse por las rendijas más minúsculas. Esto evitará que nada entre o salga. El líquido es agua bendita.

Aquella masa tenía un fuerte olor, y Patrick O’Cuiv se movió inquieto en el pasillo al percibirlo.

Vambéry rompió a sudar, hizo una breve pausa y se apoyó en la puerta

para no perder el equilibrio.

—¿Se encuentra bien?

Asintió con la cabeza, pero no tenía buen aspecto. Pensé que era el enfado, que hervía en su interior, pero su reacción se debía a algo completamente distinto. Terminó de aplicar la masilla y sacó una de las rosas blancas del cesto que había adquirido antes. Invocó una oración en un susurro y trabándose con las palabras y, acto seguido, dejó la flor al pie de la puerta.

—Ningún *strigoi* podrá abandonar su tumba si ha de pasar por una rosa como ésta y, con toda seguridad, la sala que hay detrás de esa puerta no es más que una tumba.

Vambéry pronunció aquellas últimas palabras no sin esfuerzo. Se le pusieron los ojos en blanco, logré llegar hasta él justo antes de que se desplomase y pude tumbarlo en el suelo. Tenía la piel fría y pegajosa.

Sentí algo detrás de la puerta, una presencia. Algo más fuerte que cualquier cosa con la que jamás me hubiese topado.

—¿Arminius?

Al hombre le temblaban los párpados y se le movían los labios como si fuera a hablar, pero no dijo nada.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —dijo Patrick O’Cuiv desde el pasillo, ahora incapaz de ver el interior de la habitación una vez repleta de cruces y espejos.

—Vambéry se ha desmayado.

—No me refiero a Vambéry —respondió O’Cuiv—. Está pasando algo detrás de la puerta.

—Yo no... no lo sé.

No obstante, yo también lo sentí. Fuera lo que fuese se hizo más fuerte y tiró de mí muy al estilo en que lo había hecho Nana Ellen cuando yo no era más que un niño. Quería abrir la puerta, quería limpiar aquella masilla que Vambéry había aplicado y pisotear la rosa hasta convertirla en polvo. Quería abrir la puerta y dejarlo salir. Noté que trataba de llegar hasta mi mente y envolverme el cráneo con esos dedos sombríos que tanteaban y amasaban mis pensamientos.

*Estoy deseando conocerte, Bram.*

Los labios de Vambéry gesticularon aquel saludo, pero no emitieron sonido alguno; en cambio, sólo oí aquellas palabras en mi imaginación. Arminius estaba inconsciente, de eso estaba segurísimo, y aun así se volvieron a mover sus labios.

*He averiguado mucho sobre ti a partir de Ellen. Te tiene en muy alta estima. A tu hermana también. Y a tu hermano. Qué familia tan ingeniosa. Puedo oler su sangre en tus venas, su dulce sangre. Y cómo adora ella el sabor de la tuya. Ardo en deseos de probarla, Bram. En todos estos años, ¿te das cuenta de que jamás me alimenté de tu Nana Ellen? Jamás tuve su sangre en mis labios. Y saber que no tardaré en probar no sólo la suya, sino también la tuya...*

Vambéry tenía el pulso acelerado y respiraba en jadeos rápidos y cortos. Además, se le habían contraído y tensado todos los músculos del cuerpo. Tenía tan estirados los dedos que parecía que se le doblaban hacia atrás, hacia la parte superior de las muñecas. Sus labios continuaban gesticulando las palabras que sólo oía dentro de mi cabeza.

*Pobre Deaglan O’Cuiv, apenas medio hombre viviendo dentro de una caja. ¿Por qué no le dejas salir? Déjale respirar. Deja que disfrute de la noche. Lleva prisionero tanto tiempo..., yo creo que se lo merece, ¿tú no?*

—¡No abra esa puerta, Bram! Drácul habla de alguna manera a través de su amigo, y es una artimaña. No confíe en sus propios ojos y oídos. —Patrick se paseaba lleno de frustración por el pasillo, incapaz de asomarse siquiera al interior de la cámara.

*¿Es Patrick O’Cuiv ése al que oigo? ¿Acaso ha venido a recomponer a su tataratataratío de nuevo para nuestra encantadora Ellen? Por favor, dale las gracias por su hospitalidad; cuánto disfruté pasando un rato con su mujer y con sus hijos... Lamento no haber podido quedarme un poco más, pero supongo que ya me quedé lo suficiente. Su hijito lo llamó a gritos momentos antes de que le arrebatara la vida. El niño esperaba que su padre lo salvase; qué inocente y qué dulce... Sean, ¿me equivoco? ¡Ah, y la pequeña Isabelle! Creyó que yo era su padre cuando metí las manos en su cama y me llevé su cuerpecito a los labios. Qué confiados pueden ser los pequeños. En todos mis años, no he hallado nada que esté a la altura de la*

*sangre de un niño pequeño, siempre tan fresca y tan limpia, libre de los contaminantes que la mayoría de los adultos permiten que ingiera su cuerpo. Ojalá hubiera podido exprimirle las venas una y otra vez. ¡Y también teníamos a Maggie! Qué lista esa Maggie, esconderse de mí. Ahora que Ellen la ha convertido, quizá la adopte como hija cuando todo este penar haya llegado a su conclusión. La encantadora Emily y ella podrán regresar conmigo cuando nuestra pequeña partida haya finalizado y todos vosotros seáis pasto de los gusanos.*

Un fuerte estallido resonó por la torre, y comprendí que Patrick había golpeado la pared. Cayó el polvo del techo y llovió sobre el suelo.

Me fijé entonces en la mano de Vambéry, que tenía la palma cubierta de una sustancia negruzca y pegajosa. Algo se había filtrado por debajo de la puerta; debió de tocarlo mientras aplicaba su masilla bendita. Me di cuenta de que aquel líquido espeso había creado un vínculo entre Drácul y él, el nexo a través del cual hablaba Drácul ahora.

*Me esperarás, ¿verdad que sí, Bram? ¿Ahí mismo, donde estás ahora? Puedo llegar ahí enseguida. Basta con que me cuentes dónde te escondes. ¿Por qué no echamos un vistazo? ¿Nos orientamos?*

Después de eso, Vambéry abrió los ojos de golpe y se incorporó absolutamente recto, asimilando cada centímetro cuadrado de la habitación. Giró la cabeza de un lado a otro, después arriba y abajo. Se liberó de mi sujeción y corrió hacia la ventana antes de que yo pudiera impedirselo. Alzó la mirada a las estrellas, la bajó hacia el suelo, hacia el pueblo, el cementerio, el bosque y el mar, más allá.

*Ah, sí, por supuesto, dijo su voz por los labios de Vambéry. ¿Dónde si no?*

Luego, el silencio.

Vambéry cayó al suelo a mis pies y farfulló una serie de palabras incoherentes en voz baja. Entonces le temblaron los párpados y abrió los ojos, y la respiración recuperó la normalidad.

—Tenemos que sacarlo de aquí —señaló Patrick desde el pasillo—. Mientras esté cerca de esa puerta, Drácul puede llegar hasta él y volver a utilizarlo. A usted y a mí nos protege la sangre de Ellen, pero él es débil, y

por tanto accesible.

Sabía que estaba en lo cierto y, antes incluso de que Vambéry se hubiera recuperado del todo, saqué su cuerpo lánguido al pasillo y se lo entregué a Patrick O’Cuiv.

—Lléveselo de vuelta a la posada, que se quede con los demás, lejos de aquí. Yo custodiaré la puerta hasta el amanecer. —Le mostré la mancha en la palma de la mano de Vambéry—. Límpiele a fondo este manchón de la mano.

Patrick me miró con expresión preocupada, pero sabía que tenía razón.

—Volveré para ayudarle.

Negué con la cabeza.

—Quédese con los demás, protéjalos. Ese hombre no puede entrar aquí, estaré bien.

Hice un gesto hacia los crucifijos y los espejos, un esfuerzo en vano, cierto, ya que O’Cuiv no podía ni mirarlos. Aquel mismo hecho apoyó mi argumento. Cogí el bastón de Vambéry y se lo entregué a Patrick.

—Devuélvale esto cuando se despierte. Quizá sirva para forjar cierta confianza entre usted y él. Aunque tal vez no lo crea, necesitaremos a Vambéry, su pericia.

Patrick tomó el bastón en la otra mano.

—Ahora márchese, antes de que Drácul intente invadir su cuerpo de nuevo.

Dicho esto, se marchó, con Vambéry en brazos como si no pesara nada, y desapareció en las profundidades de la abadía.

Y allí me quedé solo, en la habitación, con los ojos clavados en la puerta, y la presencia que acechaba detrás de ella apoderándose de todos mis pensamientos. Saqué el rifle de la bolsa de Thornley y me senté en la silla.

Ahora me enfrentaba a la larga noche que tenía por delante.



# TERCERA PARTE

No es una mera invención de los teólogos que el infierno existe, pues se halla justo aquí, en la tierra. Yo mismo me he asomado a sus confines y he visto a los demonios obrar su faena.

BRAM STOKER, *MAKT MYRKRANNA*

AHORA



## ARMINIUS

Arminius Vambéry, tendido en una cómoda cama en la posada, se despierta con las primeras luces del alba y no recuerda nada respecto a cómo llegó hasta allí, nada más allá de encontrarse en lo alto de la torre de la abadía de Whitby con Bram y con Patrick O’Cuiv.

Matilda está inclinada sobre él, con un trapo caliente y húmedo en la mano.

—Está despierto —le dice a alguien que se mantiene a su espalda.

Thornley.

Ambos ayudan a Vambéry a incorporarse. Le duelen todos y cada uno de los malditos huesos y músculos del cuerpo.

—¿Podrá tenerse en pie? —le pregunta Matilda—. ¿Caminar?

—Creo que sí.

—Debe hacerlo —anuncia Thornley con gran impaciencia—. Nos espera un tren, y hemos de recoger a Bram... que sigue en la torre de la abadía de Whitby.

No hay rastro de los no muertos; no cabe duda de que Ellen, Maggie y ese monstruo de Patrick O’Cuiv duermen profundamente.

Vambéry, débil y desorientado, se halla en una especie de aturdimiento cuando abandonan la posada, pero subir los ciento noventa y nueve escalones hasta la abadía por segunda vez le cura de ello. En lo alto de la escalera, no obstante, la pierna le palpita. Los sucesos que han conducido a este punto no le parecen sino un sueño, a su entender, pero ahora comienzan a adoptar un decidido realismo, cuando los tres recorren la abadía, suben por la escalera

oculta en el tiro de la chimenea y ascienden más escalones aún hasta lo alto de la torre.

Encuentran a Bram tumbado en el rincón de la sala, casi inconsciente debido al agotamiento. Tiene agarrado en una mano su cuaderno de notas, y la otra la apoya en la culata del fiable Snider-Enfield. Es como si hubiera envejecido diez buenos años en el transcurso de una sola noche.

—Drácul sabe que estamos aquí —dice Bram—. Ha estado aquí, pero lo he mantenido a raya.

Matilda se acerca a Bram y le acaricia los cabellos con ternura.

—Patrick nos lo ha contado. Qué necio tan valiente estás hecho por haberte quedado aquí solo —le susurra al oído—. Sabiendo las denodadas ansias que tienes de morir, debería matarte con mis propias manos. Intentamos volver anoche a ayudarte, pero Ellen no nos lo permitió. Nos tuvieron bajo vigilancia en la posada e insistieron en que estarías a salvo.

Thornley y Vambéry ayudan a Bram a levantarse, a mantener el equilibrio. Es entonces cuando Bram da unas palmaditas sobre la cubierta de cuero de su cuaderno de notas y hace un gesto con la barbilla hacia Vambéry.

—Esto le ayudará a comprenderlo todo —le sugiere con voz frágil.

La habitación húmeda apesta a muerte. El suelo está lodoso y cubierto de piedrecillas minúsculas que parecen los restos enroscados y fosilizados de unas serpientes. Los crucifijos y los espejos de las paredes están rotos o retorcidos hasta quedar desfigurados, y una buena cantidad de ellos se ha estampado contra el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Thornley.

En respuesta, Bram se limita a levantar la mano y a hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Luego... ¿Qué hay del tren?

—Partimos dentro de una hora —responde Matilda.

Bram tarda un momento en comprender lo que ha dicho su hermana.

—¿Y Ellen? —pregunta por fin.

Matilda mira a Vambéry, baja la voz y dice:

—Ya la han subido al tren, a ella y a los demás.

Vambéry se los puede imaginar, al trío de no muertos, encerrados en sus

cajones y durmiendo en lechos de tierra, más vulnerables ahora que en cualquier otro instante. Deben de ir en uno de los vagones de mercancías, pero no tiene manera de saber en cuál. Aferra los dedos al pomo de su bastón, que encontró en el suelo junto a su cama.

Thornley señala con un gesto de la barbilla hacia la puerta grande de roble en el extremo opuesto de la habitación.

—Tenemos que apresurarnos.

Bram no aparta la mirada de la puerta, y Vambéry detecta vacilación en sus ojos, temor.

—Lo prometimos —dice Matilda.

Bram piensa en ello un segundo y asiente. Se mete la mano en el bolsillo, saca la llave de metal sin lustre que Ellen le ha dado y se dirige hacia la puerta. Desliza la llave en la contundente cerradura del centro y la gira; un chasquido sonoro resuena por la sala cuando los pasadores se retraen a ambos lados.

Lleva la mano al pomo y tira para abrir la puerta.

Si la habitación en la que estaban olía a muerte, la de detrás de la puerta hiede a sepultura. Lascas de masilla seca se desprenden de los bordes de la puerta, y el lodo que cubre el suelo emana un olor tan pernicioso que cualquiera diría que trata de echarlos de allí. Los tres entrecierran los ojos y se cubren la nariz antes de poner el pie dentro.

La sala no es muy grande, sólo de unos dos metros y medio de diámetro, sin ventanas ni ninguna otra vía de salida. En el centro hay un baúl de madera de unos sesenta centímetros de profundidad y un metro veinte de largo, no más de lo que uno utilizaría para transportar el vestuario para un viaje de larga duración. Era el mismo baúl que Bram vio en su visión de Ellen en el tremedal, con cada centímetro del exterior cubierto de cruces minúsculas talladas en la madera.

La tapa del baúl está entreabierta.

Se acercan y se asoman al interior.

Dentro del baúl, lleno de tierra por encima del borde aquí y allá, yacen los restos de un hombre. Vambéry ve que una pierna y dos brazos asoman de la tierra, junto con una parte de un torso. En el extremo opuesto ve la cabeza; de

toda la cara, sólo los ojos y la punta de la nariz son visibles, con los ojos cerrados como si estuviera durmiendo. Tal y como Vambéry tiene entendido, este hombre murió hace cientos de años, pero sus restos se conservan de manera notable. Vambéry intenta no fijarse en la carne desgarrada del cuello, el lugar por donde la cabeza se unía antes al torso.

—Deaglan O’Cuiv —apunta Thornley.

Vambéry observa cómo Bram se mete la mano por la camisa abierta y saca el anillo que lleva en una cadena que le cuelga del cuello. Alza la cadena por encima de la cabeza, le quita el anillo y lo desliza en uno de los dedos que asoman de la tierra.

—Esto te pertenece.

El dedo tiembla.

—Sorprendente —afirma Vambéry en voz baja. Mete la mano en el baúl y aparta parte de la tierra del rostro del hombre—. La piel está fría, y aun así todavía hay vida en ella.

Los párpados de Deaglan O’Cuiv tiemblan, y sus labios se contorsionan en un grito insonoro. Vambéry retira la mano de golpe.

—Pasar toda la eternidad sufriendo semejante dolor... —dice Matilda, que deja aquel pensamiento inconcluso cuando los ojos de O’Cuiv se vuelven a cerrar lentamente.

El torso del hombre apenas se intuye, pero Vambéry atisba la herida allí donde le arrancaron el corazón del pecho, el hueco ahora lleno de tierra. Cómo es posible todo aquello, no lo sabe, y sin embargo ahí está.

—No puedo seguir viendo esto —dice, mientras lleva la mano a la tapa del baúl y lo cierra.

Los viejos cierres de latón hacen un ruido metálico al chocar, y Thornley los asegura de uno en uno y se vuelve hacia Bram y Vambéry.

—¿Preparados, caballeros?

Bram agarra el baúl por una punta, Thornley y Vambéry lo toman por la otra y, con Matilda al frente, lo sacan a la sala principal. Al abandonar la habitación, Vambéry no puede evitar fijarse en las largas marcas de arañazos que destacan en la superficie interior de la puerta. De arriba abajo, y manchado de sangre seca, el roble presenta zarpazos y astillamientos en lo

que parece un intento de fuga. Toma nota también de que la caja de oro y documentos ha desaparecido; es muy probable que se encuentre ya en el tren.

Juntos, trasladan el baúl por la escalera de la abadía y lo bajan hasta un carruaje que está esperando. Después lo cargan en el tren con destino a Hull, donde subirán a bordo de un barco rumbo a Ámsterdam. Allí tomarán otro tren hacia Róterdam, Düsseldorf y Fráncfort con llegada a Múnich programada aproximadamente para dentro de tres días.

Una vez acomodados en sus asientos en el tren, Thornley le entrega a Vambéry el cuaderno de notas de Bram, otro diario del puño y letra del propio Thornley y unas cartas escritas por Matilda para Ellen, y le pide que lo lea todo mientras parten de la estación y Whitby se pierde detrás de ellos.

Vambéry lo lee con detenimiento de principio a fin y hace un esfuerzo por colocar todas las páginas en alguna clase de orden; las pasa hacia delante, vuelve hacia atrás y añade sus propias notas por el camino.

Varias horas más tarde termina de leer la última página que Bram había garabateado con una letra apresurada la noche antes mientras permanecía encerrado en la torre de la abadía. Cierra la cubierta del cuaderno de notas de Bram. Todos esos momentos allí registrados le pesan en el ánimo: ese niño, su familia, atrapados en algo tan horrendo durante tanto tiempo.

Se reclina en su asiento mientras el tren avanza en su traqueteo y la campiña inglesa pasa veloz por la ventanilla.

Tiene mucho en lo que pensar.

# MATILDA

Matilda despierta a bordo del *Hero* al oír lo que ella toma por una voz que pronuncia su nombre. Llega hasta ella en sus sueños, un susurro desde una gran distancia. Se incorpora en su pequeña litera y observa el camarote. No ve nada. Había dejado abierto el ojo de buey, pero sólo porque no había ninguna cubierta cerca, y la única vista era la del mar, y también porque agradece el chapoteo de las olas contra el casco del navío y el igualmente tranquilizador sonido del constante zapateo de las velas al viento, llenando el vacío de una noche por lo demás silenciosa.

*Matilda.*

Esta vez está segura de que ha oído su nombre. Desde algún lugar en el exterior, por imposible que pueda resultar.

Matilda se levanta, se pone una capa sobre el camisón y se dirige hacia la puerta del camarote. La abre casi esperando encontrarse con alguien al otro lado, pero allí no hay nadie, el pasillo está desierto. Ya ha estado antes a bordo de barcos como éste, y sabe que a esa hora la mayoría de los pasajeros se habría retirado a sus camarotes y sólo quedaría la tripulación correteando silenciosa por el navío mientras cumple con sus deberes. Pero la tripulación no conoce su nombre, y, de todas formas, no ve a nadie, tanto si es tripulación como si no.

Bram y Thornley ocupan el camarote a su izquierda, y Vambéry está a la derecha. Se plantea despertar a sus hermanos, pero se lo piensa mejor. Ambos necesitan el descanso más que ella, en particular con Bram agotado después de su odisea en la torre.



Matilda se cubre la cabeza con la capucha de la capa y se abrocha bien la prenda en el cuello, avanza después por el pasillo hasta el tramo de escalera que la llevará a la cubierta principal. Allí, el aire salino le llena los pulmones, invernal y salobre, y se deja invadir por el aroma. Le recuerda a su hogar de hace tantos años. Al cruzar la cubierta principal, un miembro de la tripulación pasa arrastrando los pies y masculla algo en un idioma que Matilda no entiende antes de desaparecer a la vuelta de una esquina alejada.

Hay otra persona de pie en la banda de estribor, cerca del castillo de proa, esbelta e inmóvil, también con una capa oscura. Matilda la reconoce de inmediato. Cruza la cubierta, va hacia ella y se detiene a su lado.

—Hola, Ellen.

Ellen permanece inmóvil como una piedra, mirando al agua.

—No deberías estar aquí fuera sola. Temo que Vambéry no vacilará en mataros a todos en cuanto tenga ocasión.

—No me preocupa Arminius Vambéry.

Matilda sabe que subieron a bordo a Ellen y a los O’Cuiv metidos en unos cajones de madera, cada uno lleno de la tierra de sus sepulturas y cerrado con clavos. Esos cajones se almacenaron en las profundidades de la bodega del barco y quedaron rodeados de más cajas por todas partes. Ninguno de ellos sería accesible hasta que llegaran a Ámsterdam y se descargara toda la mercancía en los muelles. Y, aun así, ahí está Ellen, de pie ante ella ahora mismo. Matilda recuerda cómo Drácul se había convertido en un enjambre de abejas en casa de Thornley y que Vambéry les había contado que los no muertos también se podían transformar en una niebla y acceder a los lugares más minúsculos. Todo eso le había parecido un cuento de hadas..., hasta ahora.

—¿Dónde están Patrick y Maggie?

—Descansando. Despertar a bordo de un barco puede ser pavoroso, rodeados de tanta agua. No podemos cruzarla por nosotros mismos salvo cuando la marea está más inactiva, pero, por mucho que así sea, seguimos siendo incapaces de nadar aunque supiéramos hacerlo en vida. Es una lección casi fatal que Patrick aprendió a base de bien en Dublín, cuando se cayó por la borda y lo dieron por muerto.

—Lo vimos..., su cuerpo..., en el depósito de cadáveres en Dublín.

Ellen asiente con la cabeza.

—Lo sé, he leído tus cartas.

Matilda mira fijamente el agua, las cabrillas que hacen las olas contra el casco.

—¿Mataste tú al guarda?

—Yo no haría semejante cosa —responde Ellen—. No he arrebatado una sola vida humana desde hace más de doscientos años.

—¿Drácul, entonces?

—Drácul —dice ella—. Dio con Patrick O’Cuiv prácticamente igual que vosotros: esas espantosas cicatrices. Esperaba que Patrick le condujera hasta mí. Llevaba siguiendo a Patrick desde el día en que se cayó por la borda en Dublín. Patrick esperaba despistarlo subiéndose a un barco, pero Drácul no tiene ese temor al agua. La verdad es que no estoy segura de que tema ya a nada. Llegué al depósito de cadáveres antes que Drácul por cuestión de minutos, pude devolverle a Patrick el corazón y reanimarlo. Entonces escapamos, con Drácul pisándonos los talones. Mató al guarda porque le había visto la cara, no tuvo más razón que ésa.

—¿Mató él al cochero de Thornley? Creía que había sido Maggie.

—Maggie nunca ha quitado una vida humana, y dudo que alguna vez lo haga. Quizá tenga mucho genio, un carácter que a veces puede con ella, pero no es una asesina. Estoy segura de que fue él. —Ellen guarda silencio durante unos instantes, y entonces prosigue—: Drácul no siente la menor consideración por los seres humanos. Cuando escapé de su castillo, mató a todos los criados y juró que jamás volvería a permitir la entrada de ningún ser humano en su hogar. Madres, padres, hijos... los mató a todos por simple maldad. Se deleitó en su sufrimiento.

Ellen se vuelve por fin hacia Matilda, que puede verla de verdad por primera vez desde la infancia. En sus ojos destella el azul más brillante con tal energía que casi relucen. Su pálida piel es perfecta, libre del envejecimiento, por mucho que hayan pasado catorce años. Su cabello rubio y suelto queda oculto bajo la capa, pero Matilda sabe que no se ha oscurecido. Ésta es la Ellen que ella recuerda, la Ellen que siempre recordará.

Ellen se acerca y pone su fría mano sobre la de Matilda.

—No puedo permitir que tus hermanos y tú continuéis dedicados a esta búsqueda conmigo, es demasiado peligrosa. La única razón por la que Drácul os ha permitido vivir tanto es porque sabe que puede utilizaros contra mí, a ti y a Thornley, a los dos. Con Bram, los motivos de Drácul son aún peores. Está fascinado con él, por el hecho de que mi sangre lo sanara y le diera capacidades que de otro modo no poseería.

—¿Su forma de curarse? —se atreve a aventurar Matilda.

—Sí, su forma de curarse. Una visión mejorada, un oído potenciado. Su fuerza, su energía, su cerebro. Y su vínculo conmigo. ¿Cuánto tiempo vivirá? ¿Más que la mayoría? ¿No tanto? ¿Cuántos de estos atributos son verdaderamente suyos y cuántos surgen de mi sangre? Imaginaban que moriría de niño, y lo habría hecho de no haber intervenido yo. Pero está viviendo un tiempo que no le correspondía.

—Tiene contigo una deuda de gratitud —reconoce Matilda—. Todos la tenemos.

—No me debéis nada. Os estoy llevando a la muerte. Me pasé muchos años tratando de manteneros a salvo, de alejaros de mí, y aun así aquí estamos, juntos.

—Todos estamos aquí por decisión propia. No soy capaz ni de imaginar lo que te hizo ese hombre. Si podemos ayudar de alguna manera a que te reúnas con tu verdadero amor y compensarte por todo lo que has hecho por nosotros... No hay ninguna duda con respecto a los motivos por los que estamos aquí. Estamos aquí por ti. Formas parte de nuestra familia.

Ellen piensa en aquella afirmación y aprieta la mano de Matilda.

—Gracias por tus cartas, Matilda. Gracias por tenerme en tus pensamientos.

El barco se zarandea cuando las olas aumentan de tamaño, y entra un viento gélido procedente del este.

—Se avecina una tormenta.

Ellen suspira al oír aquello, con la mente perdida en sus pensamientos.

—Deberías regresar a tu camarote —dice por fin.

—Tú también deberías descansar.

—Me temo que éste es el último descanso que hallaré en mucho tiempo.

En un momento dado de su vida, Matilda adoraba la sonrisa de Ellen, la calidez que transmitía. Espera ver ahora una de esas sonrisas, pero no se produce. En cambio, Ellen toma ambas manos de Matilda y se inclina para acercarse hacia ella.

—Cuando tu hermano despierte, dile que lo que vio en esa habitación, lo que salió de detrás de aquella puerta, nada surgía de mi amado Deaglan O’Cuiv. Era Drácul, que actuaba a través de él. El hecho de que compartan la misma sangre lo hace posible. Mi amado jamás diría esas cosas, nunca las haría. Espero que algún día no muy tarde lo conozcáis los tres y veáis al hombre al que amo.

—Sí, un día, muy pronto. —Matilda la reconforta.

Deja a Ellen allí de pie en cubierta con su capa flameando en la brisa marina, y se pregunta si ésta será la última vez que la verá viva. Se pregunta si mañana a estas horas seguirán vivos sus hermanos y ella.

## BRAM

Ámsterdam es poco más que una imagen borrosa cuando desembarcan del *Hero* y se dirigen a la estación de ferrocarril. Thornley se ocupa del equipaje mientras Bram y Vambéry se aseguran de que sacan de la bodega del navío con el debido cuidado los tres cajones de madera y el baúl que han llevado consigo. Se acerca un agente de aduanas, pero, después de cruzar unas breves palabras con Vambéry y de un intercambio de caudales, el agente les da paso con un gesto de la mano. Bram se hace con un carruaje, cargan los tres cajones y el baúl en la parte de atrás y los transportan a la estación para que los aseguren dentro de uno de los numerosos vagones de carga del tren. Cuando los cajones y el baúl se deslizan al tenebroso interior del vagón oscuro, Bram no puede evitar preguntarse quién va en cada cajón, ya que no hay marcas de ninguna clase.

Una hora más tarde de haber llegado a Ámsterdam, parten de allí; el tren adquiere velocidad rumbo a Róterdam, Düsseldorf y después Fráncfort. Llegan a Múnich por la mañana, poco después de que el reloj marque las once. Desde la estación, Matilda, Vambéry y Thornley se trasladan al hotel Quatre Saisons, donde los esperan sus habitaciones. Bram los sigue al rato, ya que ha preferido ir con los cajones y el baúl. Mientras el pesado carruaje rueda sobre los adoquines, Bram coloca la mano encima de cada uno de los cajones hasta que determina cuál contiene a Ellen.

Llega al hotel y se encuentra a Vambéry esperándole allí fuera.

—He dispuesto un transporte, pero no ha sido tarea fácil; nadie quiere acercarse a esa zona. Desde que eran niños todos han oído historias sobre

encantamientos y sobre los muertos, y no desean saber nada. Dicen que en la Noche de Walpurgis se pueden oír los gritos incluso desde aquí. El director del hotel me ha remitido a un caballero del Bethany Home que estaba dispuesto a alquilarnos un carruaje adecuado con un tiro de seis caballos, pero no podía cedernos un cochero. Me ha dicho, incluso, que aunque él estuviera dispuesto, ninguno de ellos querría venir. Tendremos que llevar el carruaje nosotros mismos.

Bram asiente al escuchar todo aquello; no esperaba menos.

—Ah, aquí viene.

Un hombre voluminoso con una espesa barba gris se detiene en la entrada detrás del primer carruaje, en una carreta abierta tirada por seis caballos, unos animales que han visto ya sus mejores días, con el lomo combado y unas mermas evidentes que revelan su edad de un modo demasiado obvio. Los dos traseros tienen los ojos nublados y dan muestras de un cierto grado de ceguera, y aun así a los seis se los ve animados, con un verdadero entusiasmo ante la tarea que tienen por delante.

Bram y Vambéry se miran pero no dicen nada.

El hombre se baja y se acerca arrastrando los pies hasta donde están ellos, se quita el sombrero y se rasca los cabellos canosos que le quedan.

—Soy consciente de que no son muy atractivos, pero son todos fuertes y dóciles; no les darán ningún problema. Algunos de mis corceles más jóvenes temen tanto aquel lugar como mis hombres. Mi hijo se llevó uno hacia allá el año pasado, y el caballo se dio la vuelta a medio camino y corrió al galope hacia casa sin parar. El animal ni se percató de que mi muchacho casi se cae; no se detuvo hasta que asomó la cabeza por la puerta del establo.

Bram repara en que este hombre tiene un inglés muy bueno, aunque con un fuerte acento, y le hace un comentario al respecto.

—Fui al colegio en Nueva York —dice el cochero—, y regresé aquí cuando mi padre cayó enfermo. Eso fue hace treinta años. Siempre quise volver, pero nunca hallé el momento.

—¿Qué nos puede contar sobre el lugar al que nos dirigimos? —le pregunta Bram.

El hombre se santigua.

—La peste negra, creo yo. Asoló el pueblo entero. Muy rápido. La mayoría sucumbió a la enfermedad, otros huyeron. Por lo que yo he oído, en algunas casas sigue la mesa puesta con la vajilla y la cubertería para la cena. Hay un cementerio, pero se quedaron sin espacio, y los últimos en abandonar la aldea decidieron enterrar a los muertos allá donde encontraron suelo llano. No estoy seguro de por qué no los quemaron; según tengo entendido, es así como se enfrentaban a la peste en otros lugares.

Vambéry da una generosa propina a los trabajadores del hotel y les indica que traspasen los cajones de madera y el baúl del carruaje a la carreta.

—¿Para cuándo puedo esperar su regreso? —pregunta el hombre, que se fija en la carga.

Bram repara en que no ha preguntado por el contenido. Se pregunta qué le habrá contado Vambéry.

—Con un poco de suerte, al anochecer.

Todos parecen darse cuenta de que no es verdad, pero no dicen nada.

El hombre acaricia el cuello del caballo más próximo.

—Todos han comido y se les ha abrevado. Si alguno les causa algún problema, será este castrado joven, pero debería ir bien aquí, en el centro del tiro.

Dicho esto, el hombre se marcha y regresa caminando por donde ha llegado.

Matilda y Thornley aparecen en la entrada del hotel, y los cuatro se suben en la carreta, con Bram y Vambéry detrás, con la carga, mientras Thornley coge las riendas.

### *Seis horas para el anochecer*

El sol luce radiante cuando abandonan el hotel, pero, una vez que la ciudad queda a sus espaldas, empiezan a sentir un frío viento del norte. El cielo azul desaparece tras unas nubes plomizas, y el aire se va humedeciendo con una tormenta inminente. La mirada de Bram abandona el cielo y vuelve sobre los cajones, apoya la palma de la mano en la madera y cierra los ojos. Cuando

localiza la que contiene a Ellen, busca su contacto con la mente. Ella le asegura que van en la dirección correcta.

Llegan a un cruce de caminos, y Vambéry le pide a Thornley que se detengan.

Cuando Thornley tira de las riendas, los caballos frenan obedientes: la pareja trasera y la de en medio ayudan a calmar a los delanteros, que habrían estado absolutamente felices de continuar trotando.

Vambéry se baja de la carreta y se protege la pierna mala al hacerlo, se dirige hacia un grupo de cipreses y arranca unas cuantas hierbas que crecen alrededor del tronco de uno de los árboles.

—¡Miren esto! —dice cuando sus manos dejan algo al descubierto.

Bram se baja de la carreta y se acerca hasta él. Vambéry ha encontrado una pequeña cruz de madera antaño pintada de blanco, pero ahora parduzca y astillada.

—¿Una tumba?

—Los germanos entierran a sus suicidas en los cruces de caminos.

Bram piensa en aquello durante un segundo; luego saca una pala de la carreta.

Vambéry le pone la mano en el antebrazo.

—Aquí el suelo está intacto, nada lo ha alterado.

Bram le resta importancia con un gesto y hunde en la tierra la hoja de la pala.

—También parecía que nadie había tocado nunca la tumba de O’Cuiv y, sin embargo, mire lo que encontramos dentro.

—Igual que con la que hallamos en la abadía de Whitby —añade Matilda.

Bram continúa cavando.

—Parece lógico. Las tumbas de los suicidas nunca están en terreno sagrado, y suelen permanecer intactas durante cientos de años. Para los suyos, son el lugar perfecto para guardar algo o incluso descansar mientras se trasladan. Usted mismo dijo que los no muertos se pueden transformar en una niebla. ¿Por qué no ocultarse en un sitio como éste?

La punta de la pala golpea algo, y los dos hombres se miran, se dejan caer al suelo y empiezan a escarbar con las manos.



El ataúd se encuentra en unas condiciones aún peores que la cruz, la madera está tan podrida que la mano de Bram atraviesa la tapa de un golpe. Siente un fuerte alivio al comprobar que dentro no hay ningún cadáver.

—¿Hay algo ahí? —pregunta Vambéry.

Bram tiene el brazo hundido hasta el hombro en el ataúd, palpando por el interior.

—No, nada, creo que está... Espere, creo que tengo algo.

Saca el brazo del ataúd y en la mano sujeta un sobre sellado con lacre rojo. Bram le quita el polvo y lo muestra a la luz.

—Va dirigido a usted —dice Vambéry en un susurro.

Thornley y Matilda ya han bajado de la carreta y se han aproximado mientras Bram rasga el sobre y despliega la única hoja que contiene.

*Te doy la bienvenida a esta maravillosa tierra. Tráelos a mí.  
Tráelos a todos a mí.*

D.

Bram arruga la carta y la tira entre los matorrales.

—Está jugando con nosotros, trata de retrasarnos.

En la distancia, oyen el aullido de un lobo al que contesta otro aullido. En respuesta, los caballos golpean nerviosos con los cascos en el suelo.

—Deberíamos seguir en marcha —les dice Thornley.

Bram rellena rápidamente la tumba, y se suben todos en la carreta. Thornley vuelve a azuzar a los caballos, que obedecen de mala gana y se mueven a una velocidad algo más lenta que antes.

En el cielo, unas nubes oscuras se arremolinan, avanzan hacia ellos y llevan una brisa que parece cargada de hielo; entonces reaparece el sol y la hace retroceder. Aun así, Bram teme que la tormenta acabe imponiéndose, ya que la luz va perdiendo fuerza con cada arremetida. Se imagina a Drácul invocando aquellas nubes, los rayos y truenos que serán testigos de lo que se avecina.

Siguen adelante.

Cada dos por tres, los caballos levantan la cabeza y olisquean el aire, pero continúan avanzando sin incidentes. El río Isar discurre al oeste, donde el suelo está cubierto de castañas. Si los dejasen, quizá los caballos se detendrían a comer castañas, pero hoy muestran un escaso interés. En su lugar, siguen avanzando con un trote pesado y hacen crujir las castañas bajo los cascos y las ruedas. Los animales sólo piafan cuando les piden que se detengan.

Cruzan un pequeño puente de piedra y continúan pendiente arriba por un camino que se estrecha cuando la carreta consigue alcanzar con una cierta torpeza la meseta en lo alto de la cuesta. Thornley tira de las riendas y hace que el tiro se detenga.

—¿Es ahí adonde nos dirigimos?

Está señalando hacia un sendero que se separa del camino principal y parece descender por un valle sinuoso cuyo suelo se pierde entre la vegetación del bosque.

De nuevo, Bram coloca la mano sobre el cajón que contiene a Ellen. Un instante después, asiente con la cabeza.

—No queda mucho ya.

Thornley maniobra con la pesada carreta para embocar el sendero estrecho y continúa avanzando.

—¿Ves a alguien ahí? —La pregunta de Matilda rompe el silencio casi una hora después—. Ahí abajo, cerca de lo alto de esa colina. ¿Es un hombre?

Bram sigue la dirección de su mirada y también lo ve. Un hombre alto y delgado que permanece de pie a un lado del sendero cubierto de vegetación. Se mantiene absolutamente inmóvil mientras ve cómo le observan.

—¿Es Drácul? —pregunta Vambéry con los ojos entornados.

Bram niega con la cabeza.

—No, jamás he visto a ese hombre.

Va vestido con una camisa blanca remetida por dentro de unos pantalones anchos, blancos y sucios, y un sombrero de vaquero. A la altura del vientre lleva abrochado un enorme cinto con tachuelas metálicas incrustadas. Las botas negras le llegan casi hasta las rodillas. Un bigote negro y poblado le

divide el rostro por la mitad, y tiene el cabello largo y negro.

A Bram comienza a picarle el brazo; extiende la mano y toca el borde del cajón de Ellen.

—¿Qué sucede? —dice Matilda.

—Ese hombre no está solo. Creo que ya llevan un tiempo siguiéndonos. Una docena de ellos, puede que más.

Vambéry mete la mano en la cartera que tiene a sus pies y envuelve con los dedos el mango del rifle sin llegar a sacarlo.

Bram cierra los ojos mientras su mente escucha a Ellen.

—Sólo están vigilando; no creo que pretendan hacernos daño.

—No tienen aspecto de ser de por aquí —señala Vambéry.

—No creo que lo sean.

—¿Son no muertos? —pregunta Matilda.

Vambéry le dice que no con la cabeza.

—No si están aquí fuera a plena luz del día.

El hombre ya se ha esfumado cuando Bram abre los ojos, ha desaparecido en el interior del bosque. Bram, sin embargo, aún puede sentir su presencia, la de él y la de otros por todas partes.

Continúan avanzando, las horas transcurren en silencio y los cipreses y los tejos se van volviendo más densos con cada metro. Altos y gruesos, los viejos árboles se mecen con el viento cada vez más fuerte y con la inclemencia de la inminente tormenta que se mueve con lentitud, como si los fuera siguiendo en vez de pasar sobre ellos.

—Debemos de estar acercándonos. —Vambéry señala al suelo.

Bram se asoma por el lateral de la carreta y ve los restos de los cimientos de piedra de un viejo edificio ya perdido a manos de los elementos mucho tiempo atrás. Otra edificación de menor tamaño sobresale unos treinta metros más adelante por el sendero.

Pasan por el lugar donde han visto al hombre y no advierten ningún rastro de él: ni huellas, ni matojos pisoteados, nada.

Otro lobo aúlla en la distancia, mucho más cerca que el último. Los caballos comienzan a dar tirones y a encabritarse, pero Thornley les habla con dulzura y se tranquilizan.

El camino serpentea entre los árboles, no tardan en llegar ante un murete bajo de piedra y lo siguen hasta el fondo del valle.

Aparecen ante ellos los restos de la aldea. No hay nada a la vista, y un instante después doblan un recodo y surgen las ruinas detrás de una empalizada de cipreses muy altos: viejas estructuras de piedra cuyos tejados de madera y de paja hace ya mucho que se pudrieron y se perdieron, docenas de ellas, todas apiñadas. El nombre *Dreptu* le viene a Bram a la mente, quizá procedente de Ellen. Sabe que no es una palabra germana, y no es el nombre de aquel lugar, y sin embargo ahí está, ahora la conoce.

En el centro de lo que será probablemente el prado comunal de la aldea hay un carruaje negro con cuatro corceles de un pelaje brillante y negro como el tizón.

### *Tres horas para el anochecer*

—¿Es su carruaje? —pregunta Matilda con la mirada fija en el coche negro que aguarda silencioso en el centro de las ruinas de la aldea.

—¿Dónde está el cochero? —pregunta Bram.

No hay señales de quien fuera que llevase el carruaje hasta allí. Las ventanillas están tapadas con un terciopelo oscuro que impide el paso de toda luz; Bram no puede ver el interior. Drácul podría estar ahí dentro o en cualquier otro lugar de la aldea. Podría estar observándolos ahora mismo.

—Hay alguien tumbado en el suelo —dice Thornley, al tiempo que desciende de la carreta.

Vambéry y Bram siguen sus pasos.

La hierba es alta alrededor del carruaje, y en un principio Bram no ve a nadie. Cuando lo ve, es un cuerpo que yace cerca de la rueda delantera derecha. Inmóvil. Bram arranca hacia el carruaje.

Vambéry lo sujeta por el hombro.

—Espere.

Saca el rifle de su cartera. Saca también tres estacas de madera con un extremo que termina en una punta afiladísima. Entrega una estaca a Bram,

otra a Thornley y se queda con la tercera para sí.

—Veo al menos otros tres cadáveres —les dice Matilda, que está de pie en la parte de atrás de la carreta—. Hay dos detrás del carruaje, y las piernas de otro al dar la vuelta por el otro lado.

Bram olisquea el aire y confirma que los cuerpos que tienen a su alrededor, en efecto, son cadáveres.

Cruza el prado con los otros dos hombres a su espalda. Al aproximarse al carruaje, de nuevo intenta asomarse al interior, pero las cortinas no sólo están bien cerradas, sino también clavadas a los marcos de las ventanillas. Si hay alguien allí dentro, Bram no lo puede saber.

El cuerpo junto al carruaje lleva puesto el mismo atuendo que el hombre al que han visto antes en el camino. Tiene abiertos los ojos y la boca, fijos en una expresión de pavor extremo. Se le ve un pequeño desgarró en el cuello, aún pegajoso con la sangre que se está secando.

—Esto es reciente —dice Bram—. No hace mucho más de unas horas.

Vambéry hace un gesto negativo con la cabeza.

—Eso no es posible. Los *strigoi* no cazan durante las horas de luz diurna; carecen de fuerza. Fíjese en el tamaño de este hombre. No le habría costado imponerse a Drácul en caso de que su vida corriera peligro. Drácul jamás se arriesgaría a semejante enfrentamiento.

A continuación, Thornley se arrodilla junto a los dos cadáveres de detrás del carruaje.

—Estos dos están igual, desangrados. Los cuerpos aún están calientes.

Bram se encuentra ahora ante el cuarto cadáver y desliza los dedos sobre las dos pequeñas punciones que tiene en el cuello.

—¿Y si hubieran muerto de forma voluntaria?

—¿Qué quiere decir? —Vambéry frunce el ceño desconcertado.

—¿Y si estos hombres se hubieran entregado a Drácul, si hubieran permitido que los desangrase para darle fuerzas para lo que sea que se avecine? Él sabe que viajamos con tres no muertos.

—Si se ha alimentado —dice Vambéry—, es él quien lleva las de ganar.

Bram asiente.

—¿Y ese hombre al que hemos visto en el camino? —señala Thornley—.

¿También está con él? Si es así, ¿a cuántos hombres vivos tiene Drácul aquí bajo sus órdenes?

Bram agarra con más fuerza la estaca de madera que lleva en la mano y se dirige a la puerta del carruaje.

—¡Espere! —le grita Vambéry.

Bram no hace tal cosa. Aunque el cierre está echado, gira el pomo con tal fuerza que el metal se parte con un ruido seco. Tira de la puerta para abrirla e inunda de luz el interior.

En un instante Vambéry se encuentra a su lado con la estaca bien alta en la mano y el rifle colgado del hombro.

El carruaje está vacío.

Los corceles negros relinchan ante aquella intrusión, el carruaje avanza con una sacudida, y la rueda delantera pasa por encima del brazo de uno de los muertos antes de volver a detenerse.

Bram observa el interior; el brazo comienza a picarle de nuevo.

Ha estado allí.

Drácul está cerca, ahora mismo, incluso.

Pero ¿cómo es posible?

Bram mira al cielo, a las amenazantes nubes que se arremolinan en lo alto y ocultan el sol.

—¿Bastará eso para protegerlo?

Vambéry se lo piensa un momento.

—No se arriesgaría a permanecer mucho tiempo en el exterior, pero una tormenta podría ofrecerle cobijo y disimulo.

—De manera que, si ha llegado durante el día, unas horas antes que nosotros quizá, no se quedaría en el carruaje a cielo abierto porque eso sería un suicidio. Buscaría un lugar donde descansar hasta la puesta de sol —dice Bram, que estudia la aldea a su alrededor.

Vambéry está concentrado ahora en el cementerio que hay detrás de las pocas edificaciones que quedan en pie.

—Buscaría una tumba, que estaría recién excavada, ya que habrían tenido que enterrarlo durante las horas de luz diurna. Y sabemos que dispone de otros hombres aquí fuera para llevar a cabo la tarea.

Thornley rodea el carruaje.

—Tenemos que encontrarlo y matarlo mientras podamos. Dijo usted que ésa era la única manera de salvar a Emily, atravesarle el corazón a Drácul con una estaca y poner fin al dominio que ejerce sobre ella.

—Eso podría ser lo que él quiere —dice Bram—. Deberíamos estar buscando el corazón de Deaglan O’Cuiv, no a Drácul. Nos quedan menos de tres horas hasta la puesta de sol; no es mucho tiempo.

—Mi única preocupación es salvar a mi mujer —cuenta Thornley—. Matamos a Drácul y Emily se salva, y después tendremos todo el tiempo del mundo para encontrar el corazón de Deaglan.

Vambéry niega con la cabeza.

—Si de verdad pretendemos salvar a Deaglan O’Cuiv, eso no funcionará. Se convertirá en mortal en el instante en que Drácul muera. Si eso sucede antes de que esté completo, antes de que el corazón le lata en el pecho de nuevo, a buen seguro le supondrá la muerte.

—Intentaremos hacer ambas cosas —dice Bram—. Buscar a Drácul mientras tratamos de localizar el corazón. Entonces acabaremos con él en cuanto podamos. No tenemos alternativa.

Thornley y Bram arrancan de regreso hacia la carreta. Vambéry se arrodilla junto a uno de los muertos.

—¿Qué está haciendo? —le pregunta Bram.

Vambéry saca una daga curva de la vaina de su cadera y comienza a cortarle la cabeza al hombre.

—¡Arminius!

—Si no les cortamos la cabeza, se convertirán en *strigoi* con la caída de la noche. Entonces con certeza nos superarán en número. Ésta es la única manera de salvar su alma. Si hemos de darnos prisa, deberían ayudarme.

Bram lanza una mirada a Thornley. La petición de Vambéry parece fuera de lo común, pero no se pueden arriesgar a que los cuatro se conviertan en *strigoi*. Los dos hermanos hacen lo que les han indicado. Cuando terminan, Vambéry llena la boca de las cabezas cortadas con ajos y las hace rodar debajo del carruaje.

De vuelta en la carreta, estudian la aldea una vez más, las edificaciones en

ruinas que se vienen abajo.

—¿Por dónde empezamos?

Bram se sube a la parte de atrás de la carreta.

—Debemos despertar a Ellen.

### *Dos horas y media para el anochecer*

Bram se sube a la carreta y retira la lona que cubre el cajón donde yace Ellen.

—Pásame el martillo.

Thornley hurga en una de las carteras, saca un martillo y se lo entrega a su hermano.

—Presten atención a los árboles. No sabemos cuántos de los hombres de Drácul habrá ahí fuera ni dónde se ocultan, pero estoy seguro de que están cerca —dice Vambéry con el Snider-Enfield en guardia.

Bram introduce poco a poco el martillo bajo la tapa del cajón y tira. Los clavos ceden con un chirrido sonoro. Recorre el perímetro de la tapa hasta que queda libre, deja el martillo a sus pies y tira de la tapa hacia un lado. El rostro de Ellen está oculto bajo una fina capa de tierra, y su cuerpo enterrado más hondo en el cajón. Le retira la tierra de los ojos, de las mejillas pálidas, y pronuncia su nombre en voz baja.

Ellen abre los ojos con un sobresalto, rojos, de mirada penetrante. A Bram le viene a la memoria un recuerdo de la infancia: *¿De qué color los tendrá hoy?*

Todos se quedan mirando sin decir una palabra cuando Ellen se incorpora y la tierra desmenuzada se le va cayendo de encima. Mira al cielo y al percatarse de que todavía no ha caído la noche, se lleva la mano a la espalda y se cubre la cabeza con la capucha para protegerse del sol atenuado.

—¿Despertamos a los demás? —le pregunta Bram, que mira hacia los otros dos cajones.

—No, deben descansar —responde ella.

Está débil, y le tiembla todo el cuerpo.

—¿Podrás con esto?



Ellen asimila lentamente los alrededores, y sus ojos rojos recorren veloces cada superficie. Se queda paralizada al ver el carruaje y los muertos que lo rodean.

Bram le cuenta que está vacío, lo que han encontrado.

—Has hecho bien al despertarme; no tenemos mucho tiempo.

Sale del cajón, se desprende más tierra, y se deja caer al suelo desde la carreta mientras Bram la sujeta por el brazo para que no pierda el equilibrio.

Ellen levanta la cabeza y olisquea el aire con la vista fija en el bosque.

—Hay muchas miradas sobre nosotros.

—¿Cuántos hombres? —pregunta Vambéry.

—Quizá una docena, tal vez más.

Ellen estudia la aldea en ruinas, y sus ojos se fijan en una casa a unos sesenta metros a su izquierda. Le falta la mitad del tejado, pero aún se mantienen en pie las cuatro paredes.

—Llevad a Deaglan allí.

Antes de que Bram pueda preguntar para qué, Ellen echa a andar hacia la casa y desaparece en el interior.

Matilda desciende de la carreta y va tras ella, mientras Thornley y Bram descargan el baúl que contiene los restos de Deaglan O’Cuiv, lo bajan al suelo y cargan con él detrás de Matilda con sus carteras de cuero apiladas encima.

Dentro de la casa, Ellen despeja una mesa y retira los platos vacíos de una cena que quedó en el olvido mucho tiempo atrás.

—Dejadlo ahí. —Señala el suelo junto a la mesa.

Thornley y Bram hacen lo que les pide Ellen, que se arrodilla al lado del baúl y libera los cierres con cuidado. Levanta la tapa, y la mirada fija de Deaglan O’Cuiv los observa desde debajo de una película de tierra.

Con la delicadeza de una madre con su hijo recién nacido, Ellen empieza a retirar las partes del cuerpo de su amado, de una en una, y a colocarlas sobre la mesa. Comienza por la cabeza, después el torso, después ambos brazos y ambas piernas. Bram y los demás observan todo aquello en silencio, cómo se le humedecen los ojos a Ellen de lágrimas de color carmesí mientras los fragmentos que ella ha ido recuperando por todo el continente se vuelven

a unir poco a poco.

Bram no puede evitar fijarse en las articulaciones por las que descuartizaron a aquel desdichado. La carne desgarrada en los hombros y en los muslos, en el cuello, la cavidad vacía en el pecho por donde lo atravesó el puño de Drácul y le extrajo el corazón. Bram no es capaz de imaginarse el dolor que tuvo que provocarle semejante atrocidad. Y saber que este pobre hombre todavía siente ese dolor incluso hoy, cientos de años después, es algo que prácticamente se escapa a su comprensión.

Ellen se inclina sobre los restos masacrados del hombre y le besa los labios con suavidad.

—Pronto, amor mío. Pronto volverás a mis brazos.

### *Dos horas para el anochecer*

—Alguien debe quedarse con él —dice Ellen mientras cubre el cuerpo con la lona de la carreta—. No está a salvo con esos hombres de ahí fuera.

—Yo tengo que encontrar a Emily —explica Thornley, que ya está mirando por la ventana vacía en dirección a la tormenta cada vez más oscura—. ¿Y qué pasa con Patrick y Maggie? —pregunta—. Siguen en la carreta.

—Traedlos aquí dentro a los dos también —les indica Ellen.

Thornley hace un gesto a Vambéry con la barbilla, y éste sale detrás de él a regañadientes.

Bram se vuelve hacia su hermana.

—Tienes que quedarte aquí con Vambéry.

—No lo haré.

Ellen ya está negando con la cabeza.

—No confío en que ese hombre se quede a solas con ellos.

—Yo tengo que ir con Ellen, y Thornley jamás accederá a quedarse; eso os deja a vosotros dos —le dice Bram a Matilda—. Necesito que te quedes tú, que custodies a los O’Cuiv. Por favor.

—Vambéry intentará matarlos tan pronto como se queden solos —insiste Ellen.

—No lo creo... y, desde luego, no con Matilda aquí.

Matilda asiente con timidez.

—Bram tiene razón, puedo mantener su buena disposición, si no por medio de mi encanto, quizá sí por la fuerza. No es más que un hombre, al fin y al cabo.

Bram se acerca a una de las carteras y extrae un revólver Webley, comprueba el tambor para asegurarse de que está cargado y se lo entrega a Matilda.

—Ante cualquier problema, dispara al aire y acudiremos corriendo.

Vambéry y Thornley regresan con el primer cajón, van a por el segundo y los colocan uno al lado del otro en un rincón de la sala.

—Si los hombres de Drácul están ahí fuera —dice Vambéry—, se guardan de dar a conocer su presencia.

—Están ahí —asegura Bram, que los percibe igual que lo ha hecho Ellen, con los ojos puestos en aquella casita.

Bram le cuenta a Vambéry que ha de quedarse allí, y Vambéry accede tras una cierta persuasión. Intenta que Bram se lleve el rifle, pero Bram le dice que lo conserve. Él tiene su cuchillo de caza y una estaca.

Vambéry le da a Thornley la daga curva que utilizó con los hombres del exterior y una bolsita de ajo.

—Busquen una tumba reciente; ahí estará descansando. Ha llegado cuando el sol estaba en lo alto, lo cual significa que no podía convertirse en niebla para entrar en la tumba, sino que tendrían que haberlo enterrado, estoy convencido. Si lo encuentran, deben atravesarle el corazón con una estaca, separarle la cabeza del cuerpo y colocarle el ajo en la boca, igual que hemos hecho con los otros.

*Una hora y cuarenta y cinco minutos para el anochecer*

Bram, Ellen y Thornley salen de la casa y regresan al prado de la aldea. Aunque el sol se ha perdido ahora detrás de unas densas nubes, Ellen parece débil. Su piel ha adoptado un aire grisáceo, y tiene los ojos apagados, ya no

son de un rojo brillante como cuando se ha despertado, sino de un gris azulado mortecino y descolorido. Se pone la capucha de la capa sobre la cabeza una vez más y desaparece entre sus sombras.

Bram percibe a los hombres que los rodean, seres humanos que acechan entre los árboles y detrás de las ruinas, aunque no puede verlos. No se dejarán ver a menos que así lo quieran, pero están allí, por todas partes. Enseguida se percata de que sólo están allí para observar..., de momento, al menos. Si tuvieran pensado atacarlos, sin duda lo habrían hecho ya a estas alturas. Lo que todavía está por ver es si se hallan bajo el maléfico yugo de Drácul.

Ellen permanece inmóvil con la mirada fija en el suelo.

Cuando Bram baja la suya, entiende el motivo. Entre las hierbas, bajo los zarcillos retorcidos y la vegetación silvestre, el suelo está plagado de crucifijos rotos y astillados.

—¿Cómo es que puedes pasar por encima de ellos?

—Éste es un lugar impuro, de punta a punta —responde ella—. Fueron enterrados, pero sus tumbas jamás fueron consagradas. Estos restos están sin bendecir.

—¿Esto son tumbas? —pregunta Thornley.

Ellen asiente con la cabeza.

—Drácul mató a todo el mundo, a la aldea entera, cuando ocultó aquí el corazón de mi amado. Lanzó una maldición sobre esta tierra. Los escasos supervivientes que quedaron enterraron a sus muertos y se trasladaron; dejaron que este lugar se pudriese, que cayera en el olvido.

—No fue la peste —afirma Thornley en voz baja.

—Nunca fue la peste. La gente sólo cree lo que es capaz de comprender.

Thornley está supervisando el prado comunal de la aldea, y también los terrenos entre las edificaciones y más allá del pueblo. Bram sabe lo que está pensando, ya que él también lo vio. Hay cruces por todas partes, cadáveres por doquier.

—¿Cómo vamos a ser capaces de dar con la tumba correcta?

Ellen señala hacia su izquierda.

—El cementerio original está más allá de esa colina. Ocultaría allí el corazón, antes de que muriese toda esta gente, y no aquí fuera.

Cruzan el prado de la aldea y ascienden por la pendiente. Cuando llegan a la cima aparece ante ellos una edificación de buen tamaño: una grandiosa tumba de mármol rodeada de docenas de lápidas.

# MATILDA

*Una hora y quince minutos para el anochecer*

—No lo entiendo; ¿por qué ha sacado el cuerpo del baúl? —pregunta Vambéry, con la mirada puesta en la lona sobre la mesa—. ¿No sería más lógico hacerse con el corazón y marcharse de este lugar lo antes posible, irse a algún sitio lejos de Drácul, algún lugar seguro, y después tratar de llevarlo allí de vuelta?

Matilda abre la boca para llevarle la contraria y no dice nada.

Vambéry prosigue.

—Aunque esto funcione, y tengo dudas de que lo haga, sólo se podrá completar de nuevo a Deaglan después del anochecer, probablemente con una transfusión de ingentes cantidades de sangre. ¿Se ha preguntado usted de dónde obtendrá ella dicha sangre? Según mis últimos cálculos, sus únicas fuentes viables somos usted y yo, o sus hermanos.

—Ellen no nos hará daño. Jamás nos haría daño.

—¿No? ¿Ni siquiera para rescatar al hombre al que ama, a quien ha amado durante cientos de años? Digamos que Ellen conoce a su familia desde hace..., ¿qué, unos veinte años? —Juguetea con su bastón. Gira el pomo superior y extrae la espada de plata—. Deberíamos matarlos a todos y marcharnos de aquí, y volver a por Drácul otro día. —Da unos toquitos con la punta de la espada sobre el cajón que contiene a Maggie O’Cuiv.

—Aparte eso —dice Matilda.

Vambéry hace caso omiso.

—Hasta donde usted sabe, esa mujer nos ha hecho desfilar a todos camino de la muerte para salvar lo único que a ella le importa.

Restalla un trueno en el exterior, y Matilda se sobresalta.

Vambéry mira a través del agujero del techo.

—Si nos marchamos ahora, es probable que podamos llegar a Múnich de regreso antes que la tormenta. Podríamos volver por la mañana, cuando dispongamos de todo el día para buscar. Si es que aún desea usted ayudarla, claro está.

—Hemos tardado la mayor parte del día en llegar hasta aquí. Si nos marchamos ahora, Drácul se llevará el corazón, y a Emily, y ocultará a ambos en algún otro sitio. En algún lugar lejano. Jamás nos permitirá acercarnos tanto como ahora. Esto debe acabar esta noche.

Vambéry toca con la espada sobre el cajón de Maggie una segunda vez.

—Dentro de poco más de una hora se despertarán estos dos, y no tendremos ninguna posibilidad ante tres de ellos, cuatro si contamos a Deaglan O’Cuiv. Si le ponemos fin a esto ahora mismo, mientras duermen, podremos darles descanso a sus almas. Podemos ponerle fin a la maldición que pende sobre ellos.

Matilda agarra el revólver con más fuerza.

Vambéry abre los ojos como platos.

—¿Me dispararía usted? Tan sólo trato de ser la voz de la razón. Estas decisiones se han de basar en hechos, no en emociones.

Matilda lo aparta para pasar y se dirige a la ventana.

—Cállese —le dice—. He oído algo.

# BRAM

*Una hora y diez minutos para el anochecer*

El mármol del mausoleo es tan blanco como la niebla que amortaja la bahía de Clontarf, y toda aquella estructura parece fuera de lugar en aquel sitio, sin la menor duda. Sólo hay una media docena de tumbas por encima del nivel del suelo; todas las demás son las tradicionales sepulturas excavadas en la tierra con unas lápidas que marcan el lugar, y están torcidas hacia aquí y hacia allá, en ángulos irregulares, y erosionadas por el paso del tiempo.

Ellen desciende por la cuesta y entra en el cementerio sin impedimento de ninguna clase. Si aquel terreno estuvo alguna vez consagrado, ya no lo está. Se dirige al mausoleo y se queda mirando el epitafio sobre la puerta.

CONDESA DOLINGEN  
VON GRATZ ESTIRIA  
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE  
1801

El grabado de aquellas palabras es reciente. Bram sabe que Drácul se refiere a Ellen como la condesa Dolingen, pero el significado del resto le resulta confuso.

—Gratz es la capital de la Baja Estiria —dice Ellen en un susurro, consciente de los pensamientos de Bram—. De allí provenía el hombre con el que me obligaron a casarme, el que me dio por muerta en aquella torre. Era la



costumbre que una esposa no sólo adoptase el apellido de su marido al casarse, sino también el lugar donde él tenía su hogar.

—¿Y el año? —pregunta Thornley.

—Ése es el año en que comencé a planificar mi huida del castillo de Drácul. —Hace una pausa por unos instantes, con la voz cargada de tristeza —: Lo supo desde el principio.

Bajo la inscripción hay una gran puerta de bronce. No tiene bisagras ni cerraduras, que digamos, y cuando Bram la empuja, la puerta no cede.

Thornley rodea la tumba hasta el otro lado y los llama para que acudan. Cuando Bram y Ellen doblan la esquina, se lo encuentran señalando hacia una inscripción en ruso en lo alto de la pared trasera:

### Мертвые путешествия быстро

—¿Qué dice?

Aunque Bram no es capaz de entender aquellas palabras, sabe que Ellen sí puede. No contesta en un principio, y cuando habla lo hace con mucha contención.

—«Los muertos viajan veloces.»

Bram se queda mirándola desconcertado.

—¿Qué es este sitio?

—Aquí es adonde vienen los muertos para caer en el olvido, mi querido Bram, donde los muertos mueren de verdad.

Es entonces cuando los cielos por fin se abren, y las nubes de tormenta descargan una furiosa lluvia.

Y es entonces cuando Bram oye los débiles gritos de Emily procedentes de algún otro lugar del cementerio.

# MATILDA

*Una hora para el anochecer*

No es que salga del bosque, sino más bien parece como si el bosque lo liberase. Matilda mira fijamente hacia los árboles, esos árboles inmóviles por completo, cuando las ramas se abren y dejan al descubierto a un hombre de pie entre ellas. A primera vista, Matilda sabe que es el mismo al que han divisado desde el camino, no por la extraña vestimenta que lleva, que no es única —los cadáveres de alrededor del carruaje de Drácul llevaban los mismos cintos anchos y el mismo conjunto blanco y sucio de camisa y pantalón—, sino por sus ojos, una expresión perturbadora que Matilda reconoce de antes.

Él sale de entre los árboles y se detiene en el claro a escasos tres metros de la ventana.

Matilda levanta el revólver y apunta hacia él, pero no aprieta el gatillo. No puede matar a un hombre sin más, no cuando él no ha hecho nada malo. Aun así, es consciente de que aquel hombre está allí para causarle un daño a ella y a sus seres queridos.

—Debe de habernos seguido —le dice Vambéry al oído.

—Ya sabía adónde veníamos —responde ella sin apartar la mirada del hombre—. Y ha venido hacia aquí también.

Del cinto del desconocido cuelga un cuchillo largo, pero no hace ningún esfuerzo por desenvainarlo. Se limita, en cambio, a quedarse observándola con la firme mirada de aquellos ojos.

Un segundo hombre sale de entre los árboles a la espalda del primero y se coloca a un metro y medio a su derecha. Le siguen otros tres más. Diez minutos después, Vambéry y Matilda están rodeados por unos centinelas silenciosos que forman un círculo alrededor de la casa.

Comienza a caer un aguacero, llueve a cántaros, y aun así los hombres mantienen sus posiciones ajenos a la tormenta, al viento que se levanta a su alrededor, a los rayos que iluminan furiosos los cielos, a los truenos que rugen por todas partes.

—¿Qué es lo que quieren?! —grita Vambéry al primero de los hombres, pero éste no dice nada en respuesta.

El agua cae en cascadas del ala de sus sombreros, gotea hasta los cuchillos que llevan en el cinto, se encharca a sus pies en unos barrizales que cubren las cruces y hacen flotar las hojas muertas de los árboles.

—Nos han permitido entrar en la aldea, pero no tienen intención de dejarnos marchar —le dice Matilda—. Para eso están aquí.

Vambéry cruza la habitación y coge su rifle, después busca una caja de cartuchos entre los suministros. Regresa a la ventana y carga el Snider-Enfield.

—Ahí fuera cuento diez hombres, aunque podrían ser más. Ese rifle es de un solo disparo, pero tenemos mi revólver, con seis balas en el tambor. Si asaltan la casa y abrimos fuego, liquidaríamos a la mitad de ellos antes de que se nos echen encima con esos cuchillos, siempre que todos y cada uno de los disparos alcanzaran su objetivo. No son unas probabilidades demasiado buenas —dice Matilda sin alzar la mirada, con los ojos aún clavados en el primer hombre.

—¿Qué sugiere?

Matilda señala con la barbilla hacia uno de los dos cajones de madera.

—Que esperemos hasta que oscurezca y después dejemos que Patrick y Maggie acaben con ellos.

Vambéry mira su espada.

—Olvídese de eso —le dice Matilda—. Tal vez sería usted capaz de tumbar con la espada a uno o dos, pero no a los suficientes como para que sirva de algo. Tenemos que mantenernos firmes.

De repente y al mismo tiempo, todos los hombres del exterior dan un paso hacia la casa.

# BRAM

*Una hora para el anochecer*

—¿Vosotros también habéis oído eso?

Tanto Thornley como Ellen asienten.

—Venía de allí —dice ella, mientras señala hacia una zona que se adentra más en el cementerio, hacia el rincón opuesto.

Los tres se abren paso entre los matorros con cuidado de no pisar sobre las lápidas y las cruces, camino del origen del sonido mientras unos goterones golpean el suelo a su alrededor.

Un grito sordo, esta vez mucho más cerca.

—Ésa era Emily. ¡Estoy seguro! —exclama Thornley, que busca frenético con la mirada y aparta los matorros con las manos.

Bram es el primero en reparar en la lápida vertical.

La superficie es lisa, con unos bordes antaño rectos y ahora romos y redondeados. Tiene unos noventa centímetros de alto, está muy inclinada hacia la izquierda, y hace ya mucho tiempo que los elementos desgastaron cualquier recordatorio que se hubiera inscrito en la piedra y no dejaron más que unas débiles líneas y curvas. No es la inscripción original lo que están mirando ahora fijamente; es nueva, unas mayúsculas garabateadas en la lápida de piedra con algo que sólo puede ser sangre y que empieza a llevarse la lluvia:

STOKER

La tumba en sí es un panteón de piedra que en parte sobresale del suelo, en parte está enterrado, prácticamente invisible bajo las decenas de rocas de gran tamaño amontonadas encima. Es una actividad reciente, de eso Bram está seguro, ya que esas rocas no tienen la apagada palidez del resto de las piedras que hay tiradas por el suelo: algunas tienen todavía una capa de tierra en una cara, por el lado del que fueron retiradas del suelo para apilarlas allí, sobre la tumba.

Y en lo más alto del montón hay una sola rosa blanca.

De nuevo, oyen los gritos apagados de Emily.

—¡El sonido viene de debajo de esas rocas! ¡De dentro de la tumba! — Thornley cae de rodillas y comienza a quitar las piedras, a levantar las rocas pesadas de una en una y a dejarlas a un lado.

Bram coge la rosa blanca y la sostiene en alto evitando con cuidado las espinas que recorren el tallo. A cubierto bajo la capucha de su capa, Ellen la rehúye con un leve bufido. Y mientras Bram sujeta la flor, los pétalos blancos comienzan a volverse grises, después de color negro en los bordes. Los pétalos se marchitan, se retuercen los unos sobre los otros y se arrugan hasta convertirse en polvo. Incluso en plena lluvia, se secan y se deshacen, se caen del tallo y se los lleva un viento que sopla cada vez con más fuerza.

—¡Ayudadme! —dice Thornley sin aliento.

Bram suelta el tallo, que también desaparece en la tormenta, cada vez más intensa. Acto seguido, se deja caer al suelo y comienza a apartar piedras de la tumba junto a su hermano.

Ellen observa cómo se desvanece el tallo de la flor y, después, también se une a ellos. Aunque no se puede ver el sol, ella sigue sin tener fuerzas. Aun así, coge una piedra detrás de otra y las aparta rodando mientras los gritos de Emily Stoker van sonando con más fuerza con cada segundo que transcurre.

Pasan cerca de treinta minutos antes de que hayan retirado todas las piedras. Las últimas tres pesan tanto que Bram y Thornley tienen que moverlas entre los dos. Empujan a un lado la última entre gruñidos y quejidos, y la superficie de la tumba queda por fin a la vista. La losa tiene unos trece centímetros de grosor y es de granito sólido. Bram ya se esperaba

que tuviera un aspecto como el de todas las demás tumbas que habían profanado en aquellos últimos tiempos, ya que parece estar sellada y supuestamente intacta desde hace años, pero se ve una fisura a lo largo de la junta y las profundas marcas de unos arañazos en el borde de la losa, prueba de que alguien la ha abierto hace poco.

—La ha metido aquí durante las horas de luz diurna —dice Bram.

—Quizá con la ayuda de esos hombres del carruaje, pero no él solo. — Ellen pasa los dedos sobre la pesada losa de piedra.

—No me importa ni cómo ni cuándo la ha sepultado aquí —dice Thornley—. ¡Tenemos que sacarla!

Llama a voces a su mujer, pero Emily no responde. En lugar de eso surge un vendaval de gritos, crudos y cargados de pavor.

Bram apoya las palmas de las manos en el borde del granito y empuja. Thornley y Ellen también lo hacen, pero la piedra está bien sujeta, y no cede y se desliza para abrirse hasta que Bram se sienta en el suelo y la empuja con las piernas después de apoyar la espalda en un árbol.

Los gritos de Emily se vuelven desgarradores, tan sólo eclipsados por el rugido de los truenos.

# MATILDA

*Treinta minutos para el anochecer*

—Hay más allí, donde está el carruaje: han encontrado los cuerpos. Vambéry; ha entornado la puerta y observa el prado de la aldea.

Matilda aparta los ojos del hombre de la ventana por un segundo y se da la vuelta hacia la parte delantera de la pequeña vivienda. Vambéry abre la puerta lo justo para que ella lo vea.

Dos de los hombres están arrastrando los cadáveres para rodear el carruaje y dejarlos formando una hilera enfrente de la casa. Recogen las cabezas cercenadas y las colocan sobre sus correspondientes cuerpos. Les dejan las estacas de madera clavadas en el pecho masacrado. Matilda habría esperado ver mucha sangre, pero la que hay es sorprendentemente escasa, apenas las manchas en las camisas, y la lluvia ya se está encargando de ellas con rapidez. Lo que antes era de un oscuro carmesí, ahora es de un rosa diluido que gotea al suelo, donde lo absorbe la tierra sedienta.

Otros cuatro hombres surgen del bosque y se unen a estos dos primeros, y los seis rodean ahora el carruaje negro y los corceles de su tiro. Otro más se acerca a su carreta con toda tranquilidad, desengancha los seis caballos y se los lleva hacia los árboles.

Ya son diecisiete hombres en total.

Matilda se vuelve hacia el primero, que continúa observándola con mirada inexpresiva y la gélida lluvia que le cae por la cara.



# BRAM

## *Treinta minutos para el anochecer*

La pesada losa de la tumba se desliza y cae a un lado, y los gritos de Emily surgen ahora como un vendaval: desgarradores, angustiosos. Está enterrada bajo una fina capa de tierra, y Thornley se afana en retirársela de la cara.

—¡Me corta por todo el cuerpo, como cuchillas y agujas! —gimotea Emily—. ¡Agujas, cuchillas y alfileres que se me clavan y me despellejan!

—¡No veo nada! —dice un Thornley frenético—. ¿Qué es?

Ya le ha descubierto el rostro, y Bram jamás la ha visto con menos color en la piel. Los ojos de Emily se abren de golpe, y Bram espera encontrárselos rojos, pero en cambio son de un verde apagado. Se mueven de aquí para allá, veloces, asimilando las tres figuras que se ciernen sobre ella. Una cucaracha grande le corretea por la cara y desaparece en el interior de su vestido azul mugriento; Emily no le presta atención.

—Emily, cuéntame, ¿qué ha hecho ese hombre? —dice Thornley—. ¿Qué te ha hecho?

Se le ha metido tierra en la boca, y la mugre le cae ahora por los labios y la barbilla mezclada con saliva roja, que le gotea por...

—Cielo santo, hay un cuerpo debajo de ella —susurra Bram.

—Es como si me estuviera clavando agujas y cuchillas en la piel, bajo las uñas, también en los ojos... ¡Agujas y cuchillas por todas partes!

Bram mira más allá de su cuñada, hacia los huesos que tiene debajo, unos restos muy antiguos, el ocupante original de aquella tumba. Sin embargo, hay

algo más entre aquellos penosos restos, algo que brilla.

Thornley mete las manos en el ataúd, envuelve a Emily en sus brazos y la levanta mientras ella no deja de gritar.

—¡Alfileres, agujas y cuchillas por todas partes!

Tiene los brazos inertes en los costados, cubiertos de quemaduras y verdugones.

—¿Qué te ha hecho, amor mío?

Thornley la atrae hacia él, la abraza y ahoga los gritos de Emily contra su pecho.

—Hay algo más ahí dentro aparte de huesos —dice Ellen—. Debajo de la tierra.

Ella también se ha percatado del brillo.

Bram se inclina para acercarse más. El esqueleto está envuelto en harapos deshilachados, sin duda los restos de su vestimenta que se pudrió hace ya mucho tiempo. Introduce la mano y aparta con cuidado los huesos sin desviar la mirada del metal brillante. Lo roza con los dedos y le quita de encima la tierra negra: una cruz, una pequeña cruz de plata de las que se suelen llevar colgadas del cuello.

Ellen respira hondo y mira hacia otro lado.

Bram escarba más hondo en la tierra y encuentra más cruces. Saca los dedos con una docena de cadenas.

—El ataúd está lleno de cruces.

Emily chilla, y grita con tal fuerza que el eco resuena entre los árboles y recorre el valle. A sus gritos responde el aullido de un lobo desde un lugar lejano en el bosque. Las quemaduras de sus brazos son de las cruces, allí donde han entrado en contacto con su piel.

—¡Agujas y cuchillas! ¡Agujas y cuchillas! —grita Emily.

Thornley le pasa la mano por el pelo y trata de tranquilizarla, intenta que se calle.

—¡Agujas y cuchillas, metidas en la piel!

—Emily, por favor, deja...

—¡Agujas y cuchillas! ¡Agujas y cuchillas! Un hombre se casó, y empezaron sus pesadillas —se burla Emily, esta vez acompañada de una risa

socarrona; levanta la cara hacia la de su marido y se inclina como si fuera a acariciarlo con la nariz.

Thornley suelta un grito ahogado y la aparta de un empujón. De inmediato, se lleva la mano al cuello y la muestra con sangre.

—¡Me ha mordido!

Emily sonrío ahora con un hilillo de sangre en la comisura de los labios. Saca la lengua veloz y se la limpia de un lametón.

—Ya casi es la hora de jugar —se mofa—. ¿Por qué no te quedas y juegas conmigo?

Salta desde los brazos de Thornley al barro a su lado, riéndose de nuevo. Es la risita de una cría, escalofriante, como si guardara un gran secreto y estuviese que revienta por contarlo.

Thornley se queda mirándola horrorizado, mientras se aprieta con la mano la herida del cuello. Extiende el brazo, coge un puñado de cruces de entre los dedos de Bram y las muestra a su mujer.

Emily se aparta y retrocede correteando por el suelo embarrado. La lluvia se lleva los restos de sangre y de tierra que tenía en la cara, y Bram puede verle ahora los dientes, largos y blancos, con los extremos rematados en afiladas puntas.

—¡Se ha vuelto completa y absolutamente loca! —exclama Thornley.

—Ahora pertenece a Drácul —le dice Ellen—. Una vez que se ha saciado con sangre humana, ya no hay vuelta atrás... Lo lamento mucho, Thornley.

—No, eso no puede ser —Thornley clava la mirada en su esposa, ahora acurrucada en el suelo como un bebé dormido, protegiéndose la cara con la mano extendida.

—No más agujas y cuchillas. Ni una. No más —repite Emily una y otra vez.

Le han crecido las uñas afiladas, y le suelta un zarpazo a Thornley en un intento por tirarle las cruces de la mano, pero su marido, por ahora, sigue siendo demasiado rápido como para que ella lo alcance.

Bram advierte que la luz es cada vez más débil, tienen el anochecer prácticamente encima. Vuelve a hundir las manos en el ataúd y comienza a rebuscar por la tierra hedionda. Además de los crucifijos de plata descubre

otros pequeños de madera, muchos deteriorados y frágiles, que se astillan al tocarlos. Escarba más hondo y siente movimiento: una docena de cucarachas surge del suelo y le asciende por el brazo. Bram se las sacude de encima y sigue escarbando.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ellen, cuyos ojos evitan meticulosamente las cruces que la rodean por todas partes.

—Ningún rito funerario incluiría todas estas cruces como parte de la ceremonia; alguien tuvo que ponerlas aquí por un buen motivo. Y las pusieron hace mucho tiempo, no con Emily, sino cientos de años antes.

—¿Cuando Drácul ocultó el corazón de Deaglan?

Bram se queda mirándola.

—¿Es que no lo ves? Estas cruces son un escudo. Aunque supieras que el corazón estaba escondido en este preciso lugar, no podrías meter la mano y sacarlo.

—¿Está ahí dentro?

Los dedos de Bram lo encuentran en ese momento, las esquinas de una cajita enterrada en lo más hondo del ataúd. Mete las dos manos y la saca. Una caja de roble rojo con las bisagras de oro ya ennegrecidas. La coloca con cuidado junto a la tumba y manipula el cierre. Al principio no se afloja, pero después de toquetearlo un poco salta y se abre. Bram levanta la tapa, y los tres se quedan mirando el corazón de Deaglan O’Cuiv. Oscuro y pequeño, encogido con el tiempo, pero aún late: sólo una vez por minuto, aproximadamente, pero todavía late.

—Cielo santo.

—Pero ¿por qué ha encerrado a Emily con el corazón y ha señalado la tumba tal y como lo ha hecho? Nos ha llevado hasta él —dice Thornley—. Jamás lo habríamos encontrado aquí.

—Quería que lo encontráramos —coincide Bram.

Resuena el disparo de un arma. Procede de la casita.

*Quince minutos para el anochecer*

Bram es el primero en ascender por la pendiente y divisar a los hombres que rodean la casita, más de una docena de ellos, todos vestidos con el mismo extraño atuendo que aquellos que han encontrado muertos alrededor del carruaje de Drácul.

—Él los llama «szgany» —le dice Ellen a Bram en un susurro.

—¿Quiénes son?

—Hombres mortales que han jurado proteger y servir a Drácul. Van a donde él no puede ir y lo mantienen a salvo durante las horas del día. Como ya has visto, sacrificarán la vida por él. A cambio, Drácul les proporciona riquezas para las familias que dejan. Morir a su servicio significa que sus parentelas nunca conocerán la pobreza ni la hambruna. Cumplen encantados con todo lo que él les ordena.

Thornley sube a trompicones por la pendiente que hay detrás de ellos con la daga curva en la mano. No se ve a Emily por ninguna parte.

—¿No la has...?

Thornley sigue su mirada hacia la daga y enseguida le dice que no con la cabeza.

—No, no, nunca podría. La he agarrado del brazo y he intentado traerla conmigo, pero se ha soltado y se ha marchado corriendo. La he perdido de vista entre las sombras.

—El anochecer se nos echa encima —dice Ellen—. Emily dispondrá entonces de toda su fuerza. Debes cuidarte de ella. Si intenta morderte otra vez, no habrá forma de escapar. No te quepa la menor duda, Emily ya no es tu esposa ahora que la sangre de Drácul corre libremente por sus venas, es una sierva del diablo.

—Curiosas palabras viniendo de alguien como tú. —Thornley arremete contra ella. Se mete la mano en el bolsillo, saca el mechón de Ellen y se lo tira—. De no ser por ti, éste jamás habría sido su destino. Nadie te pidió que te entrometieses en nuestras vidas. No nos has traído más que tormento.

Bram puede ver el dolor en los ojos de Ellen, que no dice nada en respuesta. Sus dedos se enroscan en el mechón de cabello.

Se oye un segundo disparo, y los tres se vuelven hacia la casa. Uno de los *szgany* apunta hacia el cielo el cañón humeante de su pistola descargada.

Ven cómo sus caballos, desenganchados de la carreta, huyen asustados hacia el bosque y desaparecen entre los árboles. Parece que los corceles del carruaje de Drácul no se inmutan con el ruido: golpean con los cascos en el suelo y sueltan con fuerza por los ollares muy abiertos unas nubes blancas de vaho en el aire que es cada vez más frío, mientras miran hacia el oeste y ven ponerse el sol detrás de la tormenta que se arremolina.

El *szgany* de la pistola retoma su lugar, y todos estrechan su formación alrededor de la casa.

—No nos dejarán pasar.

—Tú puedes obligarlos, Bram. Lo llevas dentro.

Bram se vuelve hacia Ellen.

—¿A qué te refieres?

—Yo no tengo ninguna capacidad hasta el anochecer, pero a ti no te coarta esa limitación. Mi sangre podrá correr por tus venas, pero tú no eres un no muerto, sigues siendo humano, algo especial. Sólo tienes que intentarlo — le dice Ellen, que le pone un dedo frío en la mejilla.

Es sólo en ese momento cuando él lo ve, cuando lo comprende.

Bram coloca la palma de la mano sobre el suelo embarrado y hunde los dedos en la tierra.

# MATILDA

## *Diez minutos para el anochecer*

Los ojos de Matilda nunca se apartan del primer hombre, ni siquiera cuando sucede. Ya sea por miedo o por la impresión, sigue mirándolo desde detrás del cañón de su Webley.

Ve una cucaracha que corretea por el barro y asciende por la pierna del hombre, que no se quita el insecto de un manotazo hasta que éste le sube por el cuello y le llega a la cara. No parece que esto importe, porque tan pronto como la cucaracha cae al suelo se le une una docena más, todas ascienden por el hombre, y una buena cantidad de ellas se le meten por las botas y los bajos de los pantalones. Al principio se mantiene inmóvil, igual que el resto, pero cuando se percata de lo que está sucediendo, cuando ve que tiene encima esas criaturas repugnantes, comienza a darles manotazos. Sin embargo, por cada una que cae al suelo, otras cincuenta se le suben a las botas e inician el ascenso.

El suelo está lleno de ellas, una masa negra y parda que avanza sin parar conforme las cucarachas van surgiendo del barro, se suben unas sobre las otras y trepan hasta que encuentran las piernas. En cuestión de segundos, el hombre que tiene delante está cubierto de cucarachas, miles de insectos que corretean por cada centímetro de su cuerpo: Matilda apenas es capaz de verle el blanco de la camisa, la tela de los pantalones. El hombre hace aspavientos con los brazos y grita algo en un idioma que ella no entiende, y, al gritar, tres de ellas se le meten en la boca. Las escupe y se araña la cara para apartarlas,

pero la cantidad de insectos no tiene fin. Se le cae el sombrero y desaparece en un instante cuando las cucarachas se suben encima en busca de un terreno más elevado, unas pequeñas criaturas negras y pardas que brillan bajo la lluvia. Matilda siente un escalofrío que le recorre todo el cuerpo cuando ve al hombre caer al suelo y rodar bajo un manto de insectos entre unos gritos amortiguados por la cantidad de bichos.

Cuando Matilda por fin logra apartar la mirada del lugar donde se encontraba el pobre hombre hace apenas unos segundos, se da cuenta de que las cucarachas no sólo han engullido a esta víctima, sino también al resto de aquellos infortunados —más de una docena—, que se retuercen desesperados en el suelo.

Sólo entonces se acuerda de volver a respirar.

—¡Rápido! ¡Entren! —grita Vambéry, que sujeta la puerta abierta de par en par.

Thornley es el primero en acceder al interior, seguido de cerca por Ellen y después Bram, que llega aferrado a una cajita de madera con ambas manos embarradas.



# BRAM

*Cinco minutos para el anochecer*

Al pasar ellos corriendo hacia la casa, las cucarachas se habían apartado y habían despejado un sendero en aquella alfombra de insectos que no dejaban de moverse nerviosos mientras los hombres gritaban por todas partes a su alrededor.

Vambéry se apresura a cerrar la puerta de la casa una vez que están todos dentro.

—¿Qué demonios era eso? —exige saber Thornley, que se retira al rincón opuesto de la sala nada más cruzar la puerta, y su mirada se desplaza veloz sobre Bram.

—No... no lo sé —tartamudea Bram.

Está jadeando, el corazón le late con fuerza en la garganta. Deja la cajita sobre la mesa, se inclina y se apoya en ella con las dos manos.

Matilda también le está mirando, incapaz de hablar, mientras diluvia a través del agujero del techo.

—Debemos darnos prisa —dice Ellen, que lleva la mano a la caja.

Bram ve cómo abre el cierre ennegrecido, levanta la tapa con delicadeza y deja a la vista el corazón del interior.

—Has sido tú —dice Thornley—. ¿Estabas dirigiendo esas..., esas cosas?

Bram no dice nada. Cuando percibe los ojos de Matilda sobre él, aparta la mirada.

Ellen mete la mano dentro de la caja, saca el corazón y, con los dedos, le

quita el polvo con tiento, con ternura incluso. Se queda absorta, inmersa en la tarea, ajena a los demás en la habitación. Retira y pliega la lona sobre el cuerpo de Deaglan para dejar al descubierto el orificio del pecho y devuelve el corazón a su cavidad.

Bram no está seguro de qué es lo que espera que pase a continuación, pero no sucede nada.

El cuerpo de Deaglan O’Cuiv permanece inerte, poco más que la colección de piezas del hombre que era antes dispuestas en un cierto orden sobre una mesa.

Thornley cruza la sala hasta Ellen.

—Dijiste que la sangre de Drácul es el mal. Dijiste que cualquier cosa que surja de él es el mal. ¿Qué pasará si despiertas a este hombre? ¿No habría que atarlo de alguna manera?

Vambéry ya está allí, con su espada de plata en una mano y una estaca de madera en la otra.

—Creo que ya hemos dejado que esto se alargue lo suficiente.

Ellen le suelta un bufido, y Vambéry retrocede.

Ruge un trueno en el exterior, seguido de inmediato por las carcajadas de Emily. Bram y Thornley se acercan a la ventana. Emily está de pie en lo alto de la colina que se asoma al cementerio, con su largo vestido azul flameando en el viento y la lluvia. Da un paso, después otro, una especie de saltito infantil de un lado al otro de la colina.

—¡Sal fuera, sal fuera, amor mío! Thooornley... ¿Por qué te escondes de mí en una noche tan hermosa?

Bram observa cómo se desplaza hacia delante y hacia atrás. En sus pasos hay algo que no encaja, la fluidez que poseen. No repara en lo que es hasta que Emily pasa por segunda vez: ya no toca el suelo, sino que está flotando ligeramente sobre él. Es como si la lluvia no la alcanzara, como si las gotas se apartasen antes de tocarla. Las marcas de las quemaduras en la parte de atrás de los brazos, los cortes, todo ha desaparecido ya, se le ha recuperado la piel. Se vuelve a reír, y Bram la oye en su mente con la misma claridad con que la oye con los oídos.

La tormenta se interrumpe un instante, el tiempo suficiente para que Bram

se dé cuenta de que el sol ya los ha dejado y ha desaparecido en el horizonte al caer la noche.

Emily baila en lo alto de la colina mientras las nubes de tormenta giran con rapidez y un remolino de goterones de lluvia martillea en la noche recién estrenada. Todos menos Ellen se encuentran ante una de las ventanas, observándola, mirando cómo por fin se detiene y los fulmina con la mirada desde la colina. Levanta el brazo y señala hacia la casita, hacia ellos; gira entonces la palma de la mano hacia la lluvia que cae, y es como si de algún modo la atrapase aunque se mantiene seca. Dice a voces con un soniquete cantarín:

—¡Niños y niñas, salid a jugar, que luce la luna como el día suele brillar! ¡Olvidad la cena y olvidad la cama, y salid a la calle, que vuestros amigos os llaman!

—Está completamente loca —dice Vambéry en voz baja, junto a Bram.

Emily canta aquello una y otra vez, y cuando lo canta por quinta vez, el viento y la lluvia se detienen de forma repentina e inmediata. Emily se ríe a carcajadas y da vueltas en un círculo con el bajo del vestido a lomos de la brisa.

Una fina niebla surge del suelo a sus pies, forma un bucle en el aire y gira durante un segundo escaso antes de solidificarse y adquirir la forma de un hombre, un hombre al que ninguno de ellos ha visto jamás. Viste una extraña ropa llegada de otro tiempo y de otro lugar, y tiene alborotados los cabellos rubios, que le cuelgan sobre los ojos rojos. Parece confundido al principio, como si no supiera dónde está; después, sus ojos dan con la casita, dan con ellos allí de pie en la ventana, y sonrío.

Otra neblina surge del suelo, y otra a continuación, y otra más después de ésa.

—Vampiros, todos ellos —dice Vambéry—. Se están levantando de sus tumbas.

Otra docena más, hombres y mujeres, adultos y niños, salen del otro lado de la colina, detrás de Emily, y se detienen cuando llegan hasta ella. Hay más a su espalda.

Bram observa con repulsión cómo empiezan a surgir esos espíritus

malignos por todas partes. Piensa en todos aquellos crucifijos profanados y enredados en los matojos, en las tumbas que hay por toda la aldea, en los cientos de no muertos que vuelven a la vida en esta terrible noche, en todas esas pobres víctimas de Drácul, desangradas y esclavizadas cuando escondió el corazón de Deaglan O’Cuiv en aquel lugar dejado de la mano de Dios, y todas ellas bebieron de su sangre. Convirtió a todos, hasta el último de ellos; y a todos los controla.

Detrás de ellos, Maggie y Patrick O’Cuiv se alzan de sus propias tumbas, de los cajones en el interior de la casa, una vez finalizado su sueño. Se levantan y se sitúan junto a Ellen, observando el cuerpo de Deaglan O’Cuiv, el corazón que late despacio dentro de su pecho.

Fuera, Emily desciende de la colina y se dirige al carruaje negro. Acaricia el cuello de cada corcel al pasar, y la piel de los animales se tensa y tiembla en un intento de rehuir su contacto, pero, todavía con los arneses puestos, son incapaces de hacerlo. Los no muertos se encuentran por doquier, y se van apartando cuando ella se acerca.

Un remolino de niebla blanca surge de debajo del carruaje y, antes incluso de que adopte una forma sólida, Bram se da cuenta de dónde ha estado oculto Drácul desde el principio. De haber examinado el carruaje con una mirada más exigente cuando han llegado, lo podrían haber descubierto entonces, pero no lo ha hecho. En cambio, se ha limitado a pasar de largo igual que han hecho todos. Había un ataúd empotrado en el suelo del carruaje y diseñado para quedar oculto en la carpintería del vehículo.

Cobra forma, pero no lo hace al lado de Emily, sino a medio camino colina abajo, entre la mujer de Thornley y la casita en la que todos están reunidos. La multitud de no muertos se aparta una vez más y crea un espacio vacío en el centro, y es ahí donde la neblina de debajo del carruaje se convierte en un hombre.

No tiene un aspecto distinto del que tenía en la abadía de Whitby, piensa Bram.

Drácul permanece allí de pie un instante y observa todo cuanto lo rodea,

con la larga capa negra ondeando en el violento resuello de la tormenta. Sus ojos de color rojo oscuro contemplan la legión de los no muertos, ascienden hasta Emily junto al carruaje y por fin se detienen sobre la casita.

Sonríe.

Unos cuantos no muertos observan con mirada hambrienta los cuerpos inertes de los *szgany* que yacen alrededor de la casa, ya abandonados por la marea de cucarachas, y se aglomeran con ansia. Como una manada de perros salvajes, caen a cuatro patas, se abalanzan sobre los *szgany* y se emplean a fondo con ellos, hasta que desaparecen bajo el desenfreno de un escándalo cuyo eco tendrá Bram metido en la cabeza durante el resto de su vida. Las carcajadas de Emily vuelven a resonar, pero los ojos de Drácul siguen puestos en la casa con una mirada inquebrantable.

Matilda, que continúa inclinada sobre el alféizar de la ventana, de repente suelta un chillido y retrocede de un salto. Hay allí un anciano con el rostro marcado por las arrugas de la edad. Una maraña de pelo blanco, sucio y alborotado le cuelga lánguida sobre la frente. Sus ropas parecen harapientas, desgarradas y sucias. Sonríe a Matilda con los dientes amarillentos y las encías llenas de mugre. Dos de los dientes le sobresalen de los labios cuarteados, hacia abajo, con la punta afilada. Los recorre con la lengua rosada, vuelve a sonreír y extiende una mano nudosa hacia Matilda, que levanta su Webley y le apunta al pecho.

—¡Atrás! —le ordena.

Aquella advertencia sólo sirve para incitarlo más; parece más entretenido que atemorizado.

Vambéry saca un crucifijo de una de las bolsas y se lo pone al hombre delante de la cara. El anciano retrocede con un bufido, y la saliva sale despedida de entre sus labios. Vambéry le entrega entonces la cruz a Matilda.

—Mantenga esto visible en la ventana. No permita que se acerquen. —Le lanza otra cruz a Thornley—. Usted, vigile la parte de delante.

Bram tiene los ojos fijos en Drácul; se ha desplazado al pie de la colina.

—No creo que puedan entrar, a menos que alguien los invite a hacerlo —dice en voz baja.

—No estoy seguro de que desee poner a prueba esa teoría —contesta

Vambéry—. Debe de haber unos doscientos de ellos ahí fuera, tal vez más.

A la espalda de Bram, Ellen lo aparta para pasar, y él se da la vuelta. La lona que cubría el cuerpo de Deaglan O’Cuiv está plegada hasta la cintura y deja a la vista el gran orificio del pecho, los brazos cercenados y la cabeza, todo ello descansando de forma grotesca alrededor del torso encima de la mesa. Patrick y Maggie O’Cuiv se encuentran a su lado.

—¿Podrás hacer algo? —pregunta Bram.

Ellen no le responde. Sus ojos, en cambio, intercambian una mirada con los de Patrick O’Cuiv. Se están comunicando, de eso Bram tiene la absoluta certeza, pero él no es partícipe de sus pensamientos.

Patrick asiente y se dirige a la puerta. La empuja, la abre, sale y se adentra en la masa de no muertos.

—¡No! ¡No debe hacer eso! —grita Vambéry, que corre hasta la puerta con un crucifijo en la mano e intenta tirar de ella para cerrarla.

Maggie O’Cuiv lo agarra de la muñeca y lo aparta hacia atrás de un tirón mientras sus ojos evitan el talismán que sujeta el hombre.

Bram ve que Patrick O’Cuiv sale al claro. Se acerca a los restos de los *szgany*, estira los brazos hacia el suelo, levanta uno de los cuerpos por el brazo y se lo arrebató a los no muertos que se alimentan de su carne. El cuerpo está plagado de marcas de mordiscos y sangra por un tajo en el cuello.

Una niña pequeña, una cría, observa el espectáculo con ojos de deseo. Se abalanza sobre él, surca una distancia de no menos de tres metros y aterriza sobre el cuerpo del *szgany* con los labios apretados sobre la herida abierta del cuello. Patrick la aparta de un manotazo como quien se quita un mosquito de encima y se lleva el cuerpo al interior de la casa. A su espalda, Maggie cierra de un portazo.

—Lo han dejado prácticamente seco —dice Patrick, con su fuerte acento irlandés—. Los demás no están mejor.

Maggie se desplaza a una velocidad vertiginosa; se encontraba de pie ante la puerta, y un instante después está detrás de Vambéry, sujetándole las manos en la espalda. El crucifijo que tiene agarrado cae al suelo con un ruido metálico.

—Deberíamos utilizar a éste —dice la niña.

Vambéry intenta liberarse, pero Maggie es demasiado fuerte.

Bram se acerca a ella y desenvaina su cuchillo de caza.

Ellen frunce el ceño.

—No haremos semejante cosa. Suéltalo.

Maggie vacila un instante, pero hace lo que le han dicho. Vambéry recoge la cruz del suelo, retrocede hasta un rincón y mantiene el crucifijo en alto ante sí.

Ellen toma el cuerpo del *szgany* con el que carga Patrick y se lo lleva a la mesa. Lo coloca sobre los restos de Deaglan y se vuelve hacia Bram.

—Necesito tu cuchillo.

Bram duda un segundo, pero acto seguido le entrega el cuchillo de caza.

En una serie de movimientos veloces, realiza unos cortes longitudinales en los brazos, en las piernas y en el cuerpo del *szgany*, una buena cantidad de tajos que atraviesan la ropa y la carne. El hombre deja escapar un leve quejido, y Bram se sorprende al ver que aún está vivo, aunque apenas. Tiene la ropa llena de manchas rojas minúsculas allí donde le han atacado los no muertos, y los bordes de los cortes de Ellen se vuelven rojos rápidamente, conforme la sangre comienza a manar con profusión. Bram se plantea la posibilidad de tratar de detenerla, de salvarle la vida a aquel hombre, pero sabe que no servirá de nada. No sobrevivirá a las heridas; o bien se unirá a los no muertos, o bien hallará su fin entre grandes dolores. Esto es un acto de compasión.

Entonces, por encima de todos ellos se alza la voz de Drácul.

—Me tienes muy entretenido con tu pequeña cruzada, mi encantadora condesa —dice—, tan llena de rebeldía y determinación.

—No soy tu condesa —responde Ellen en un susurro.

—Tú siempre serás mi condesa.

Bram se acerca a la ventana y se sitúa junto a Thornley. Observa cómo Drácul mira al cielo, al torbellino de las nubes de tormenta, y, con un movimiento de la mano, añade granizo a la lluvia y la descarga se vuelve más violenta con su gesto.

—Qué frío y solitario ha estado el castillo sin ti. Tuve que despedir a los criados después de que te marcharas, y aún he de reemplazarlos.

—Mataste a los criados, hasta el último de ellos. ¿Creías que no me iba a enterar de eso?

—Tienes las manos manchadas con su sangre, querida mía.

—Por Dios bendito —suspira Vambéry.

Bram se da la vuelta y se lo encuentra mirando el cuerpo de Deaglan O’Cuiv sobre la mesa, ahora saturado de sangre del *szgany* que tiene tumbado encima de él. Ellen da vueltas alrededor de la mesa con detenimiento y sin apartar la mirada de ambos.

De algún modo, Deaglan O’Cuiv, el amado de Ellen, está sanando.

Los tendones y las venas de la cabeza arrancada y de los miembros cercenados se han unido de nuevo, y cuando Bram los inspecciona de cerca, puede ver el pulso de la sangre que recorre las extremidades reparadas. Distan de estar completas, desde luego, pero se están regenerando.

El *szgany* está claramente muerto a estas alturas, una vez que ha perdido la sangre que le quedaba. Maggie quita de un tirón sus restos de la mesa y se deshace del cuerpo en un rincón, muy del estilo con que uno tiraría la basura.

—Necesita más.

Es entonces cuando la mano de Deaglan vuela de su costado y agarra a Bram por la muñeca.

Los dedos de Deaglan aprietan la muñeca de Bram con tal fuerza que le clava las largas uñas y le hace sangrar. Tira de él para acercarlo a la mesa y hace que se incline con una fuerza contranatural hasta que el cuello de Bram se halla ante sus labios.

—He padecido un millar de muertes, he sufrido el dolor de todas y cada una de ellas, y aun así, lo único que se me ha pasado por la cabeza a cada segundo de cada minuto, cada día de cada año, ha sido esta sed..., la dulce sangre que la satisfaría y preguntarme de quién sería.

Bram siente un aguijónazo en el cuello y los labios secos y agrietados de esta criatura que antes era un hombre, este no muerto que le absorbe la sangre de la vena. Intenta retirarse, intenta golpear a Deaglan con los puños en el pecho. Su mano, vacía, echa de menos la estaca de madera que sujetaba hace



apenas un momento, pero ya no está. No hay nada que pueda hacer; está firmemente sujeto en el implacable abrazo de Deaglan, con el cuerpo inmovilizado y la mente nadando en aturdimiento.

Ve a Maggie O'Cuiv con el rabillo del ojo, primero a su lado, después detrás de Matilda. Es como si hubiese llegado allí de forma vertiginosa, y cuando se detiene se encuentra detrás de su hermana, con los brazos de Matilda sujetos en la espalda, retenidos y retorcidos con fuerza en las manos de Maggie. La niña suelta unas carcajadas estridentes sabiendo que éste era el plan desde el principio, y sonrío a Bram antes de morder a Matilda en el cuello.

Bram observa con impotencia que el hombro y el vestido de Matilda se van tiñendo de rojo con la sangre que gotea de la herida y de entre los hambrientos labios de Maggie hasta el suelo, a sus pies. Matilda intenta gritar. Bram ve el dolor y el pavor en los ojos de su hermana y sabe que ambas sensaciones quieren exteriorizarse en una furia estrepitosa, pero es sólo un gemido lo que escapa de sus labios seguido de un grito ahogado cuando el aire abandona sus pulmones. No puede hacer nada mientras su hermana va cogiendo una palidez mortal y se desploma en los brazos de Maggie, donde la niña continúa bebiendo. Y bebe hasta que no queda una gota, bebe hasta que Matilda queda reducida al objeto muerto que acuna entre los brazos.

Detrás de él grita Thornley, y Bram es capaz de girar la cabeza lo justo para ver a Patrick O'Cuiv, que le parte el cuello a Vambéry, lo tira a un lado y se deshace de él. El cuerpo sin vida golpea el suelo con un impacto seco y espantoso. Acto seguido, Patrick está encima de Thornley, y sus terribles dientes desgarran el cuello del hermano de Bram y salpican la habitación con la sangre caliente aun cuando Thornley no ha terminado de gritar, pero no son los gritos de un adulto, sino los de un niño. Todo queda entonces en silencio salvo por los sonidos de Patrick O'Cuiv, que paladea hasta la última gota que queda.

Mientras tanto, Ellen permanece de pie en un rincón de la sala, inerte, observando y con una leve sonrisa en sus labios de rubí.

Bram se libera de la sujeción de Deaglan, siente un terrible dolor al

desgarrarse la carne, y se abalanza hacia la espada de Vambéry, que brilla en el suelo junto al cuerpo sin vida de su dueño. Emplea cada gramo de fuerza que le queda en el cuerpo para combatir el deseo de desmayarse a causa de la pérdida de sangre, se levanta con la espada, y la hoja afilada alcanza el cuello de Ellen...

—¡Bram, no! —grita Ellen. Lo envuelve entre sus brazos y se lo lleva al rincón de la sala, lejos de la mesa, lejos de su amado—. ¡Eran visiones! ¡Sólo visiones!

La hoja de plata le quema la piel a Ellen; Bram lo oye, lo huele, lo percibe en el aire.

Los ojos de Bram recorren disparados la habitación. Frente a él ve a Matilda, que le mira fijamente. A Maggie a su lado. Thornley, Vambéry y Patrick O’Cuiv están de pie, inmóviles, al otro lado de la mesa, y todos le están mirando.

Respira hondo y suelta la espada, que cae al suelo con un estruendo metálico y rueda bajo la mesa. Vambéry la agarra y la recupera.

Vivos.

Están todos vivos.

Había sido como lo de aquella habitación en la abadía, las visiones de detrás de la puerta, salvo que el cuerpo está ahora allí mismo, delante de él, en la misma sala...

—La sangre de Drácul aún fluye por sus venas, y puede utilizarlo —le susurra Ellen al oído—. Lo utilizará hasta que Deaglan quede libre. Todo está bien ahora, estás a salvo. No era real. Eres más fuerte que él.

—¡Sí que es fuerte, condesa mía! —resuena la voz de Drácul sobre el torbellino de la tormenta—. ¡El más fuerte hasta ahora! ¡Qué amable por tu parte el traerlo a mí! ¡A él y a los demás!

Bram se sacude la leve sujeción que Ellen mantenía aún sobre él y se dirige a la ventana. Los no muertos están por todas partes, con unos ojos feroces que vigilan la casa con ansias desatadas. Por encima de ellos, algo recorre los restos del tejado, unas leves pisadas, rápidas y ligeras, seguidas de otro par. Otros arañan las paredes. Puede oír cómo escarban en los cimientos, cómo escarban lentamente y se meten debajo. Unos sonidos horribles, los no

muertos por doquier.

—No pueden entrar, no sin que los inviten a hacerlo —oye decir a Ellen—. Bram estaba en lo cierto sobre eso.

Los demás también la oyen, pero eso no pone fin a sus miradas de intranquilidad.

Drácul se acerca, está tan sólo a unos seis metros de su puerta, más o menos, con Emily a su lado.

—Bram, si de verdad crees que Ellen les perdonará la vida a tus familiares y amigos, te estás engañando. ¿Por qué si no el traeros aquí? Alguien hallará vuestra carreta a su debido tiempo, pero nada más. Lo más probable es que culpen a los lobos. ¿Qué más cabía esperar, tratándose de un grupo de extranjeros que desaparece en el bosque?

Como si fuera una respuesta ante aquello, Bram vuelve a oír a los lobos, los aullidos de una docena de ellos o más entre los árboles de aquel bosque tan intimidatorio.

Drácul hace un gesto con la mano.

—Algunos de mis hijos no se han alimentado durante toda una generación. ¡Qué alegría la suya esta noche, les aguarda un banquete!

Bram no está seguro de si se refiere a los lobos, a los no muertos o a ambos.

Emily avanza hacia la casita, se desplaza desde su lugar hasta el lado de Drácul, no deja ninguna huella en el suelo embarrado, y los no muertos se apartan para abrirle paso. Llama a la puerta con los nudillos, tres lentos golpes.

—Llamo, llamo a la puerta de mi esposo, ¿me besaré por siempre deseoso? —entona la voz cantarina de Emily—. Llamo, llamo a la puerta de mi esposo, imploro unirme a él, afectuoso. Llamo por última vez a la puerta de mi esposo, ¿me volverá a abrazar jubiloso?

Emily deja escapar una risita ante aquella rima de aire infantil.

—¡Ven conmigo, Thornley! ¡Se está tan bien y con tanta libertad! ¡Ni te lo imaginas! Qué ganas tengo de estar contigo.

Thornley ha cogido una de las estacas de madera y la gira distraído entre los dedos mientras se rasca las marcas de la mordedura del cuello con la

mano libre. Baja la mano y abre la puerta. Matilda lo agarra con la mano por el cuello de la camisa.

Allí está Emily, con una piel resplandeciente. Tiene ahora un aspecto más fantasmal que humano. Los ojos le brillan en un verde intenso, y tiene la piel tan inmaculada como la de un recién nacido. Bram siempre la ha considerado una mujer hermosa, pero ahora está impresionante, cautivadora.

—No hemos vivido, Thornley, aún no. Pero podemos hacerlo ahora, no es demasiado tarde. Déjame entrar y te lo mostraré, te lo enseñaré todo.

—No lo haga, Thornley —le dice Vambéry en voz baja—, ni tampoco salga, o lo perderemos a usted también.

Bram extiende el brazo y toma la estaca de la mano de Thornley.

—Encontraremos otra manera.

La mirada de Thornley sigue clavada en la de su esposa, sus ojos perdidos en los de ella.

Detrás de ellos, el cuerpo de Deaglan O’Cuiv se sacude sobre la mesa, su mano agarra el brazo de Vambéry y lo aprieta con un espasmo violento.

Vambéry grita de dolor.

Cuando Deaglan lo suelta, Vambéry sacude el brazo y retrocede tambaleándose hasta la pared. Los ojos se le giran y se le ponen en blanco, y un quejido gutural le surge de la garganta. Entonces grita, y el grito se agudiza y pierde intensidad hasta que se queda en silencio y sus ojos pasan de una persona a otra, pero sin ver a ninguna.

Bram es el primero en llegar a él, y lo atrapa en el instante en que le ceden las piernas.

Vambéry se vuelve hacia el cuerpo ahora inmóvil de Deaglan O’Cuiv, después hacia Patrick y vuelve sobre Deaglan tratando de soltarse de Bram en todo momento.

Entonces, de golpe, Bram lo comprende.

—¿Qué le ha mostrado Drácul, Arminius? No es real, nada de ello lo es, sólo...

Cuando la mirada furiosa de Vambéry se posa en Patrick O’Cuiv, se le ponen en tensión todos los músculos del cuerpo.

—¡Yo te expulso de esta casa!

—¡No! —exclama Bram.

Pero no hay nada que él pueda hacer.

Una fuerza invisible se adentra en la casita, se apodera de Patrick O’Cuiv y lo arranca de aquel lugar. El hombre corpulento sale volando por la puerta y aterriza en la noche a lomos de un viento insonoro. Se estrella contra el suelo y, antes de poder levantarse, tiene encima al resto de los no muertos, que lo despedazan con sus dedos y dientes afilados en un festín salvaje.

Maggie suelta un alarido y trata de correr hacia la puerta, pero Ellen la atrapa y tira de ella para contenerla.

—¡No puedes salir ahí fuera! ¡No de este modo! Está tratando de volvernos a los unos en contra de los otros. ¡No son más que manipulaciones y visiones retorcidas!

Ellen atrae a Maggie hacia sí, la niña entre sollozos. Lanza a Drácul una mirada furiosa a través del viento y la lluvia.

—¿Es que tu locura no tiene fin?

—Pretenden matarnos a todos —le cuenta Vambéry a Bram—. ¿Es que no lo ve? Somos una ofrenda con el fin de ganar su libertad. —Hace un gesto hacia Ellen—. La de ella y la de todos los demás.

Ellen da un paso atrás con una súplica en la mirada.

—Eso no es cierto, yo nunca...

—Ésa es la razón por la que nos ha traído aquí. ¿Por qué si no? —Vambéry lanza a Ellen una mirada fulminante—. Yo te expulso...

Bram le asesta un puñetazo en la mandíbula, y el hombre se desploma en el suelo.

—¡Basta! ¡Se acabaron los juegos psicológicos, todo ello! ¡Debe ser más fuerte!

Conforme Vambéry cae al suelo, Maggie le lanza un zarpazo con las uñas afiladas como cuchillas, pero Ellen la sujeta. Arde una llamarada en los ojos de la niña, que lo fulminan con una ira febril.

Matilda, que ha permanecido en silencio durante la mayor parte de todo aquello, apunta su revólver a la cabeza de Deaglan O’Cuiv, sobre la mesa. Ya tiene completamente reensambladas la cabeza y las extremidades. Ha crecido una piel nueva sobre los músculos, las venas y los tendones, aún rosada y

tierna, pero que está volviendo a hacer de él un hombre entero.

Drácul se acerca hasta la puerta.

—Aprieta el gatillo, y te garantizo que saldrás sana y salva de aquí; tienes mi palabra.

—Mátalo, y estaremos todos muertos —contrarresta Ellen, con Maggie aún retorciéndose entre sus brazos.

Matilda tira del percutor del Webley.

—Quizá no haya una salida para ninguno de nosotros.

—Se acabó.

Esto ha surgido de Deaglan O’Cuiv, que ya tiene los ojos abiertos. Los observa con una mirada débil.

—No más muerte en mi nombre.

Ellen libera a Maggie y aparece a su lado en apenas un instante.

Matilda da un paso atrás con el arma aún apuntada a la cabeza de Deaglan. Entonces se da la vuelta y dispara a Drácul, que se encuentra en el umbral de la puerta. Una bala detrás de otra, Matilda dispara, y cierra después la puerta de una patada cuando el cargador del arma se vacía.

Y, en algún lugar allí fuera, en pleno diluvio, Emily se echa a reír.

—¡Las balas no han servido para nada! —exclama Thornley. Está de pie ante la ventana delantera, mirando al exterior—. Han pasado a través de él, sin impedimento.

—Podemos quedarnos aquí dentro hasta el alba. Poco puede hacernos más allá de lanzarnos amenazas mientras sigamos aquí metidos —dice Bram.

Vambéry se pone en pie tambaleándose y mirando a Ellen y a los O’Cuiv, mientras se frota la mandíbula.

—¿Con ellos?

—Sí, con ellos —insiste Bram.

Vambéry se burla y se apoya en la pared con las piernas inseguras.

Ellen tiene la mano de Deaglan en la suya, la sostiene sobre su mejilla. Presiona la otra muñeca sobre sus labios, de donde él bebe. Cruzan entre ambos las palabras en silencio. Durante cuánto tiempo lo han estado

haciendo, Bram no lo sabe con certeza.

Maggie aparta a Vambéry para pasar y coge la otra mano de Deaglan.

Quizá esté despierto, pero en apariencia dista mucho de encontrarse bien. Tiene la piel prácticamente traslúcida. Bram juraría que ve el pulso de la sangre bajo la fina capa de tejido, cómo se van generando poco a poco unos nuevos vasos allá donde no había ninguno hace apenas unos minutos; se está regenerando, aunque muy despacio, ahora que la sangre de Ellen fluye por sus venas.

—¿Comprendes lo que ha de suceder? —le pregunta Ellen.

Deaglan asiente en un gesto débil.

Ellen retira la muñeca de sus labios.

—No hay otra manera.

—Lo sé.

—¿Te tendrás en pie?

De nuevo, Deaglan asiente, y entre las dos mujeres lo ayudan a pasar ambas piernas por el lado de la mesa, a ponerse de pie y a envolverle la lona en la cintura. Luce una cicatriz irregular en el pecho a la altura del corazón, pero, más allá de eso, la herida ha sanado.

—¡Vamos a salir! —grita Ellen sobre el sonido de la lluvia.

Bram siente que se le cae el alma a los pies. ¿Qué está haciendo Ellen?

Maggie lleva la mano a la puerta y la abre. Justo delante, en el exterior, se halla Drácul con Emily a su lado. Tal y como ha dicho Thornley, las balas no han dejado una sola marca.

Drácul ladea la cabeza al ver a Deaglan O’Cuiv.

—Qué bien te ha sentado mi sangre. ¡Qué resistente te has vuelto! —Acto seguido se vuelve hacia Ellen con una sonrisa de medio lado—. ¿Sigues aún dispuesta a realizar el intercambio que discutimos?

Ellen mira a Bram en primer lugar, a continuación a Matilda y a Thornley.

—Así es.

—¡No puedes hacerlo! —le grita Bram a Ellen.

—Por suerte para ti, amigo mío —le dice Drácul—, esta decisión no te corresponde. La tomaron por ti hace ya algún tiempo. —Drácul se vuelve

hacia Ellen—. ¿Procedemos?

—¿Tengo tu palabra?

—La tienes.

Ellen respira hondo y acaricia a Deaglan O’Cuiv en la mejilla.

—Te quiero con todo mi corazón, y siempre te querré. Encuentra la paz. No sé cómo, pero encuéntrala. Esto lo hago por ti.

—Y yo a ti —le dice él en un susurro—. Estaré contigo en cada instante, ahora y por siempre.

Ellen lo suelta y se inclina hacia el oído de Maggie.

—Mantenlo a salvo. Siempre.

Maggie no contesta nada, sólo asiente con una mirada vacía al observar el lugar en el que ha caído Patrick O’Cuiv. Acto seguido, conduce al renqueante Deaglan O’Cuiv al exterior, ambos dejan atrás a Drácul y a Emily, a los no muertos, y, sin que nadie les ponga la mano encima, desaparecen entre las sombras del bosque oscuro.

En el umbral de la puerta de la casa, Ellen ve cómo se retiran y se le llenan los ojos de lágrimas rojizas.

Thornley le desliza una estaca a Bram en la mano abierta. Bram la rodea con los dedos y siente su peso. No podría matarlos a todos, pero está seguro de que lograría llegar a Drácul antes de que...

Ellen baja la mirada hacia la estaca.

—Déjala aquí, no es necesaria. —Estudia los demás rostros de la habitación, en particular los de Matilda y Thornley, antes de volverse hacia Bram—. Si vienes conmigo, estarás a salvo, pero los demás deberán permanecer aquí.

—No voy a ir a ninguna parte contigo —le dice él, y se aferra a la estaca.

—Llévame a mí en su lugar —pide Thornley—. Quiero estar con mi mujer, aunque sólo sea durante unos minutos. Llévame a mí, y prometo que no causaré ningún problema.

Por primera vez desde que ha aparecido por allí, Drácul parece confundido. Y dice:

—¡Oh! ¿No se lo has contado? —Esto parece entusiasmarlo—. ¿Acaso creías que el desenlace sería en cierto modo distinto, que tu grupito podría ser



capaz de plantar batalla a todos mis hijos y salir indemne, con el corazón de tu querido intacto, que todo iría bien? ¿Y por qué iba yo a consentir tal desenlace? Qué ingenuos sois, todos vosotros. La única razón de que continuéis vivos es que me sois necesarios, y no hay otra. El día que dejéis de serlo es el día que más debéis temer.

Vambéry saca un frasco de agua bendita —de dónde, Bram no lo sabe—, lo sujeta detrás de la espalda, y juega con el tapón entre los dedos.

Divertido, Drácul hace un gesto con la mano hacia él, y el líquido sagrado comienza a hervir. Vambéry lo deja caer a sus pies y suelta un juramento.

Drácul prosigue.

—Trae al muchacho y empecemos con ello antes de que me aburra, reduzca a cenizas esta casucha y acabe con todos ellos.

—Bram, por favor —le suplica Ellen—. Debes venir.

Él se mantiene firme, justo antes de cruzar la puerta.

Arde la ira en el interior de Drácul.

—¡Basta de majaderías!

Chasquea los dedos, y un rayo alcanza un ciprés cercano. Los no muertos que rodean el árbol se apartan de un salto cuando una rama se parte y se incendia. Drácul recoge la rama ardiendo y la sostiene a centímetros de las vigas de madera de la casita minúscula.

—¡No! —exclama Bram. No sabe si arderá o no bajo la lluvia, pero no se puede arriesgar—. ¡Iré! ¡Iré!

Y, antes de que los demás puedan poner objeciones, Bram deja caer a sus pies la estaca de madera. Cruza el umbral de la puerta y se adentra en la furiosa tormenta.

Los no muertos cierran filas detrás de Bram y le bloquean cualquier retirada posible. Ya no hay vuelta atrás.

Drácul deja caer en un charco la rama ardiendo, y la llama se extingue. A continuación se da la vuelta, comienza a ascender por la colina y deja atrás la casita.

Bram intenta no prestar atención a los gritos de Matilda, sus chillidos, su

nombre en el viento. Tan sólo puede esperar que Thornley la retenga y que Vambéry sea capaz de mantenerlos a todos a salvo hasta que amanezca.

Ellen extiende el brazo hacia atrás y coge a Bram de la mano. Él le permite el gesto, aunque no sabe muy bien por qué. Ellen tiene la piel fría y seca al tacto, intacta por la lluvia, igual que Drácul y Emily. Él, sin embargo, siente todas y cada una de las gotas, pinchazos gélidos en la piel. Sus zapatos hacen un ruido de succión en el barro, escurridizo, al subir por la pendiente; sólo sus zapatos lo hacen, ya que los otros no tocan el suelo ni dejan huellas.

Esta noche no hay luna, y Bram sabe que es la sangre de Ellen que le corre por las venas lo que le permite ver siquiera, la vida que ella le ha otorgado, este don de tiempo.

Por todas partes a su alrededor, los no muertos se mantienen quietos. De pie, inmóviles a excepción de los ojos, hacen la vez de testigos de lo que está por venir.

Cruzan la cumbre de la colina, y el cementerio aparece a la vista, ese gran mausoleo blanco y un centenar de lápidas torcidas. Ellen aprieta la mano de Bram, a quien le pica el brazo, le pica más que nunca en toda su vida.

Si Bram desfila ahora camino de su muerte, que así sea. Le han sido concedidos unos años que de otra forma no le corresponderían. Y ese don es obra de Ellen, fueran cuales fuesen sus motivos. Sin ella, aquel crío de siete años habría muerto en su pequeño cuarto del ático, y el universo más allá de su ventana le habría sido desconocido.

Al pie del cementerio, Drácul hace un movimiento con el brazo, y por todas partes a su alrededor surgen unas llamas azuladas que parpadean justo por encima del suelo. No hay prueba ninguna de que algo esté ardiendo realmente para generar esas llamas, tan sólo esas lenguas de fuego suspendidas sobre el suelo empapado. Bram se acuerda de aquellas extrañas velas que iluminaban su recorrido cuando subieron por la escalera de la torre de Artane, hace ya tantos años.

Caminan entre las lápidas, rodeando las tumbas, y llegan a la entrada del mausoleo. Drácul coloca una mano sobre la pesada puerta de bronce.

—*Deschis!* —le ordena.

La puerta se abre y revela en su interior una tumba vacía. Hay unas andas

en el centro, pero ningún féretro que descansa sobre ellas tal y como debería, tan sólo una losa plana que aguarda su pieza. Sobre la losa hay suspendida una larga estaca de hierro que se eleva y atraviesa el techo.

Al ver aquello, la mirada de Bram regresa veloz a la inscripción tallada sobre la puerta:

CONDESA DOLINGEN  
VON GRATZ ESTIRIA  
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE  
1801

Y lo comprende.

—Ésta será tu tumba.

—Así es.

—Pero ¿por qué?

Ellen se vuelve hacia él entonces. Desea parecer fuerte, pero no hay forma de ocultar las lágrimas en sus ojos, los regueros manchados de rojo que le dejan en las mejillas y en el vestido.

—Para mantener a salvo a tu familia, a los O’Cuiv, para liberar a mi amado Deaglan, ésta era la única forma. Drácul sabe que jamás me poseerá por completo, su corazón sabe que no será así, no del modo en que él lo desea. Como mucho, poseerá mi cuerpo físico. Lo aceptaré si eso significa que todos vosotros permanecéis intactos.

Drácul se mofa.

—Nunca entenderé por qué te importa esta gente. No hacen sino dedicar todos y cada uno de los días a ensayar su muerte.

—Son la única familia que me queda, la única familia verdadera que jamás he conocido —le dice ella—. Ahora, déjanos un momento para que podamos hablar en privado.

Bram espera sin duda que Drácul le niegue tal petición, pero, sin embargo, cruza el cementerio con Emily detrás. El resto de los no muertos no ha entrado en aquel terreno, sino que permanece observando a lo largo del perímetro.

Ellen pronuncia en voz baja unas palabras que tan sólo Bram puede oír.

—Te he contado que mi sangre no te durará en las venas. No sé de cuánto tiempo dispones antes de que tu enfermedad regrese, pero ten por seguro que la enfermedad regresará para llevarte. Tan sólo espero que puedas disfrutar de toda una vida antes de que llegue ese día.

—Volveremos a por ti y te liberaremos. Vendremos a plena luz del día, cuando no haya nada que él pueda hacer.

Ellen ya le está diciendo que no con la cabeza.

—Jamás seréis capaces de volver a hallar este lugar. Incluso si por obra de alguna clase de milagro lo logrased, liberarme pondría fin al acuerdo al que he llegado con él. Significará la muerte, no sólo para ti y para tu familia, sino también para Deaglan y Maggie O’Cuiv, y ambos se merecen la oportunidad de ser libres. No permitas que el sacrificio de Patrick haya sido en balde. Debes prometerme que no intentarás encontrarme. Me dejarás aquí; eso es lo que deseo. Mientras Drácul siga paseándose por esta tierra, no podrá haber otra manera.

Ante aquella verdad tan lamentable, a Bram no le queda más remedio que asentir resignado.

Ellen le coge la otra mano, y Bram siente que algo le presiona en la palma; le ha pasado un trozo de papel. Se lo guarda en lo más hondo del bolsillo.

—Jamás debes tratar de venir a por mí mientras él viva —le dice Ellen mirándole a los ojos—. ¿Lo entiendes?

De nuevo, Bram asiente.

Ruge un trueno en el cielo, y Drácul está otra vez con ellos.

—Es hora de que ocupes tu lugar, mi condesa.

Ellen suelta las manos de Bram, y él sabe que éste es el último momento en que sentirá jamás su tacto.

Sin hacer un solo ruido, Ellen entra en el mausoleo, se sube al frío soporte de piedra y se tumba. Emily se coloca junto a Bram pero no dice nada. Unos cuantos no muertos se acercan por detrás de ellos.

Drácul entra en la tumba, pasa la mano por el largo cabello rubio de Ellen y lo deja escapar entre sus dedos.

—Aprenderás a amarme —le dice él—. Tenemos todo el tiempo a nuestra disposición.

Dicho eso, la otra mano se agarra a la estaca de hierro y tira de ella hacia abajo con tal fuerza que le perfora el pecho, el corazón, y se incrusta en la losa de piedra debajo de ella.

Ellen suelta un grito terrible, tan reverberante que a Bram le duele en los oídos. Su voz resuena por todo el valle y perfora la noche, rasga la tormenta. Luego deja de moverse, y Bram cree que su dolor se ha terminado de una vez; cree que por fin ha hallado el descanso, pero está terriblemente equivocado. Se produce un fogonazo cegador cuando un rayo alcanza la estaca de hierro y recorre el metal desde lo alto del mausoleo hasta los mismísimos cimientos en la tierra. El cuerpo de Ellen se eleva en la sacudida de un instante de sufrimiento, y sus gritos se pierden tras el tremendo rugido de un trueno; vuelve a caer entonces sobre la losa de piedra con unos sollozos incontrolables.

Le sigue la descarga de otro rayo.

Drácul cierra la gran puerta de bronce, la deja allí confinada y amortigua su llanto.

—¿Cómo has podido?! —le grita Bram—. Dices que la amas, ¿y después la sometes a esto?

—La amo más de lo que tú llegarás a saber jamás, pero ha de pagar por sus pecados para recibir alguna vez el perdón. Soy un hombre paciente. Puedo esperarla a ella igual que te esperaré a ti. —Drácul le pasa a Bram una de sus largas uñas por debajo de la barbilla, por el cuello hasta la oreja, y le hace un arañazo en la piel que le deja una fina línea roja—. Su sangre corre por tus venas y te concede una vida que no había de ser. Igual que el pecado, se ha de pagar ese tiempo que no te corresponde. A tu muerte, vendré a buscarte; prometí esperar tan sólo hasta entonces. Tu alma será mía y la poseeré por toda la eternidad. Te unirás al resto de mis hijos de la noche —dice con un gesto más allá del cementerio, hacia los no muertos que los rodean—. Con el último latido de tu corazón, ocuparás tu lugar a mi lado.

Bram abre la boca para protestar, pero, antes de que pueda pronunciar una sola palabra, Drácul lo fulmina con una mirada de sus ojos rojos y

atormentados.

—*Codail, mo mhac.*[\[2\]](#)

Y todo se oscurece.

CARTA DE MATILDA A  
ELLEN CRONE, FECHADA  
EL 22 DE AGOSTO DE 1868

*Mi queridísima Ellen:*

No sé qué pensar sobre estos últimos días. La mayor parte de este tiempo ha transcurrido en un aturdimiento insomne mientras el resto era como una pesadilla en plena vigilia, ese tipo de pesadillas en las que te persiguen y no puedes evitar correr cada vez más despacio mientras el depredador te gana terreno, a tu espalda, y trata de agarrarte por el cuello.

Me he despertado esta mañana en una cama que no es la mía.

Me he despertado esta mañana con la misma ropa que llevaba ayer, cubierta de tierra y de mugre y empapada hasta los huesos en una habitación que reconocía vagamente pero que no he sido capaz de ubicar al abrir los ojos.

Entonces he recordado nuestro desplazamiento a Múnich, he recordado nuestros viajes hasta la fecha, y me he incorporado sobresaltada.

Cómo he llegado hasta aquí, a mi habitación en el hotel Quatre Saisons, no lo sé, ya que lo último que recuerdo es hallarme en aquella casita en los límites de una aldea olvidada y rodeada de nada que no fuera la muerte.

Os recuerdo a ti, a mi hermano y a mi querida cuñada adentrándoos en la

noche en una marcha hacia la muerte que no contó con una sola mirada atrás, ni una sola. Si hubieras vuelto la cabeza, habrías visto a Thornley tratando de correr detrás de ti; habrías visto a Vambéry trayéndolo de regreso, habrías visto la multitud de no muertos que había por todas partes y que no estaban dispuestos a permitirnos avanzar por muchas balas que yo les disparase.

¿Hay algo que se pueda decir en defensa de la ignorancia? Mi hermano cree que tiene sus ventajas.

Cuando he encontrado a Bram esta mañana, también dormido en la habitación del hotel junto a la mía, estaba aún más desmadejado que yo. De no haber sido por sus gritos, no estoy segura de que lo hubiese encontrado siquiera, ni estando tan cerca, pero estaba chillando, desde luego, y no ha dejado de hacerlo hasta que lo he rodeado con los brazos y lo he calmado con palabras sobre el amor, la familia y la seguridad de saber que tenía todo ello a mano. No ha hablado durante un rato muy extenso y, cuando lo ha hecho, quiero que sepas que lo primero que ha pronunciado ha sido tu nombre. Lo ha dicho en un solo aliento, y le ha causado mucho dolor, pues cualquiera que fuese el pensamiento que se le ha pasado por la cabeza en ese instante ha provocado que rompiese a llorar. Le he preguntado por la disposición de tu suerte, pero no ha querido contármelo, y tan sólo me ha dicho que es algo tan terrible que no se podía imaginar siquiera el compartirlo con nadie. Quizá cambie con el tiempo esta actitud que muestra, pero he decidido no presionarle por ahora. Ya es bastante por lo que ha pasado.

En realidad, todos nosotros hemos pasado ya por mucho.

Cuando por fin se le han secado las lágrimas y se ha recuperado, ha dicho que se acordaba de algo de una enorme importancia y se ha puesto a rebuscar en sus bolsillos. Ha sacado una cuartilla de papel doblada con su nombre escrito de tu puño y letra. Sin embargo, se ha negado a permitirme leer el contenido. Todo a su debido tiempo, supongo.

Vambéry lo está atendiendo ahora. Ese hombre... cómo deseo que salga



de nuestra vida y nos libremos de él.

Es a Thornley al que he encontrado en una situación más peculiar. Al igual que Bram, que Vambéry y que yo, se ha despertado en un hotel desconocido, en una habitación desconocida y en una cama desconocida a dos puertas de la de Bram, pero él no estaba solo. Tumbada con él en la cama se hallaba su esposa, mi querida cuñada Emily. Ella no se ha despertado con el resto de nosotros y, hasta donde yo sé, todavía duerme mientras escribo esta carta. No está bien, de eso estamos todos seguros —qué fría y pálida tiene la piel—, pero ha vuelto, y se encuentra con Thornley, y eso es lo más importante. ¿Orquestaste tú su retorno de manos de Drácul? No sospecho menos.

Nadie sabe con certeza cómo llegamos al hotel. Vambéry ha preguntado en la recepción, y ninguno de los miembros del personal recuerda habernos visto volver de nuestra salida de ayer. No hay rastro de la carreta que alquilamos ni del tiro de caballos. El encargado del turno de noche jura que no abandonó su puesto en ningún momento, por lo que habríamos tenido que pasar por delante de él al regresar. Nuestras habitaciones están en la tercera planta, carecen de balcones o de cualquier otra vía de acceso desde el exterior, a menos, por supuesto, que consideremos los ventanales que dan a la plaza. No sé las de los demás, pero mis ventanas estaban abiertas cuando me he despertado esta mañana, y mi habitación aún conservaba el frío de la noche; llevaban abiertas un tiempo ya... Interpretalo como quieras.

Partimos hacia Dublín dentro de tres horas, y todo esto quedará atrás entonces. Tengo por delante cuatro días de viaje para decidir qué le voy a contar a Pa y a Ma, si es que les cuento algo. Quizá se queden satisfechos con sólo saber que he viajado con mis hermanos. Quizá eso sea todo cuanto deban saber. Al fin y al cabo, la familia es todo lo que importa de verdad. ¿No es así?

Con este último pensamiento, he de prepararme para partir. Mucho ha sucedido, y necesito tiempo para asimilarlo todo, para procesarlo todo, para comprender cuanto he visto, ya que cada idea se vuelve más extraña conforme trato de desentrañar e interpretar mis recuerdos. Te dejaré, no obstante, con una pregunta tonta, una pregunta que se me ha pasado por la cabeza. Aunque parezca toda una vida, sólo dos semanas han transcurrido desde que te escribí mi primera carta, y me veo planteándote la misma pregunta que te hice entonces...

¿Dónde estás?

Me da la sensación de que debería estar más cerca de conocer la respuesta y, sin embargo, la verdad parece hallarse más lejos que nunca.

*Tuya afectísima,  
Matilda*

VEINTIDÓS  
AÑOS DESPUÉS



# CUADERNO DE NOTAS DE BRAM STOKER

*2 de agosto de 1890. 19.23 h.*

Dejé la carta de Matilda sobre la caja de nogal en la que ha descansado durante los últimos veintidós años, y me volví a acomodar en mi chirriante silla a contemplar el conjunto entero. La primera vez que llené esa caja con diversas cartas, cuadernos de notas y diarios, lo dispuse todo en orden cronológico, lo mejor que pude, junto con los mapas del cuaderno de dibujo de Matilda. Por aquel entonces creía tenerlo todo, pero ¿quién podía saberlo? Incluso Vambéry se desprendió de sus notas, si bien con mucha renuencia y grandes dosis de persuasión por parte de mi hermana. Llegado el momento en que salimos de Múnich y regresamos a la familiaridad de Dublín, nada de aquello parecía ya real; era más como una horrible pesadilla compartida por nuestro pequeño grupo y, aunque todos habíamos documentado nuestros pensamientos, ninguno de nosotros se sentía particularmente cómodo con la idea de compartirlos, ni siquiera entre nosotros mismos.

Resulta peculiar, supongo yo, que un grupo como el nuestro se pueda reunir en torno a un evento y que después se disgregue de forma tan absoluta tras su conclusión. Sin embargo, eso es justo lo que sucedió. Thornley se sumergió en su investigación y su trabajo, enseñando y practicando la medicina. Goza de muy alta estima en todo el Reino Unido: de sobra conocido no sólo por su trabajo en medicina y en el ámbito social, sino también como mecenas de las artes. Matilda se casó la primavera pasada con

un diplomático francés; no sé cuánto sabe él de todo esto. La devoción de mi hermana por el arte ha obtenido su recompensa, su obra cuelga ahora de las paredes de galerías de renombre, y sus ensayos e ilustraciones celtas han aparecido publicados en el *English Illustrated Magazine* y en otras revistas. Para bien o para mal, Arminius Vambéry ha sido una constante en nuestras vidas, aunque de forma intermitente. He pasado años sin tener contacto con él y, debo confesar, he agradecido infinitamente esos periodos de gracia; después aparece durante varios días como si no hubiera transcurrido ningún tiempo en absoluto. Sólo me cuenta que trabaja para el gobierno —aún estoy por precisar con qué gobierno, con exactitud—, y lo único que está claro es que más vale ni mencionar los trabajos reservados. Una noche, después de unas cuantas pintas, se le escapó que había dedicado más de un año a buscar a Maggie y a Deaglan O’Cuiv, pero que no había averiguado nada. Fueran a donde fuesen en aquella noche en particular, desaparecieron de este mundo. Me dijo que había abandonado su búsqueda, pero no me resultó convincente, ni lo más mínimo.

Espero que viajen veloces. Espero fervientemente que se mantengan fuera de su alcance.

¿Y en cuanto a mí? He hecho tres viajes a Múnich en las últimas décadas y he sido incapaz de localizar esa pequeña aldea; el lugar de descanso de Ellen me es esquivo a mí también, tal y como ella dijo que sucedería. Lo que hallamos con tanta facilidad por aquel entonces ahora se las arregla para ocultarse con obstinación.

En mi vida profesional me las he ido apañando.

Publiqué unos cuantos relatos además de mis reseñas teatrales, nada demasiado memorable, pero los ingresos añadidos nos han permitido a mi mujer, Florence, y a mí algunas comodidades que de otro modo habría resultado difícil conseguir. Tenemos un hijo, Noel, que ya tiene once años.

Dedico la mayor parte del tiempo que paso aquí, en el Teatro del Liceo, a asistir a mi buen amigo Henry Irving. Estamos cerrando una intensa temporada con *Macbeth*, y ya hemos comentado una adaptación de *Enrique VIII* como siguiente proyecto.

Me he creado una vida aquí, en Londres, aunque tengo la posibilidad de

regresar a Irlanda con bastante frecuencia. Estoy feliz, contento.

Cierto, estoy divagando. Es más fácil hacer eso que escribir sobre el verdadero motivo de que haya cogido hoy la pluma y el tintero. La razón que me ha empujado a bajar de la estantería esta caja de nogal y a examinar su contenido después de veintitantos años.

Hoy he recibido una visita.

Una mujer.

Una mujer a la que no había visto nunca y, sin embargo, alguien que en apenas quince minutos se las ha arreglado para poner mi vida patas arriba y hacer que se tambalee.

Me hallaba ante mi escritorio, encargándome de la taquilla de la función de anoche, cuando sus firmes nudillos en la puerta me han sacado de mi concentración.

—¿El señor Stoker?

He alzado la vista para descubrir a una mujer menuda de no más de metro cincuenta de estatura, con el cabello castaño a la altura del hombro y un moderno vestido que consistía en un corpiño plisado con el cuello alto y una falda cómoda, no muy distinto de algo que podría llevar Matilda. La última moda, supongo, en absoluto dada a las tendencias frívolas de anteriores generaciones, sino diseñada pensando en la comodidad. Le he calculado unos veintitantos años, pero me ha resultado difícil determinar su edad; posee, digámoslo así, una belleza intemporal. Llevaba prendida en la solapa una diminuta rosa blanca silvestre.

He dejado la pluma en la mesa y le he sonreído.

—¿Sí?

—¿Podría hablar con usted? Me llamo Mina Harker.

Me he levantado y le he despejado una silla, después he ocupado mi sitio ante el escritorio.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Harker?

—*Señora* Harker; me he casado hace poco.

—Bueno, enhorabuena. —He vuelto a sonreír—. Entonces, señora

Harker, ¿en qué la puedo ayudar?

Me ha devuelto la sonrisa, pero era forzada, y no me ha costado advertir que tenía muchas cosas en la cabeza. Era una mujer muy pensativa, y podía ver que había planificado esta visita de manera meticulosa, que había organizado mentalmente lo que pensaba decir, que no deseaba que la distrajeran ni se lo desbarataran.

La señora Harker ha metido la mano en el bolso y ha sacado un fajo de papeles que traía mecanografiados y atados con pulcritud. Ha dejado el manuscrito sobre mi mesa y lo ha empujado hacia mí.

—Creo que tenemos un enemigo común. Arminius Vambéry me ha dicho que es usted una persona en quien se puede confiar.

No ha esperado mientras leía estas páginas, tan sólo me ha dicho que regresaría mañana a la misma hora. Entonces se ha marchado.

Al oír el nombre de Vambéry, creo que he sabido de qué trataba esto, pero no me lo quería creer. Incluso al comenzar a leerlo, al ir pasando todas y cada una de las páginas y asimilar sus palabras, no me lo quería creer. Al fin y al cabo, ha pasado mucho tiempo.

En la última página, la señora Harker había escrito dos líneas con una letra apresurada.

«Vambéry dijo que usted sabía dónde se oculta esta bestia, adónde va a lamerse las heridas, ¿no es así?»

Me he quedado pensando en esas líneas por un momento; después le he dado la vuelta al manuscrito y me he encontrado ante la primera página, contemplando las tres palabras escritas justo en el centro.

## EL CONDE WAMPYR

He cogido una pluma, he trazado una línea sobre WAMPYR y lo he sustituido por DRÁCUL, y después le he añadido la letra «A» al final, detalle que averigüé —eso y mucho más— antes de arramblarlo todo en un rincón de mi mente hace ya tantos años.

El fajo de papel ha ido a parar a mi cartera de cuero. No estaría aquí mañana cuando regresara la señora Harker, quizá para bien. Me dirigiría a

Whitby por la mañana y volvería a leer sus líneas con más detenimiento durante el viaje. Hay quien diría que ha sido obra del azar que la señora Harker me haya encontrado ahora, que estoy a punto de marcharme y de empezar a trabajar en una nueva novela, una nueva novela sobre algo muy antiguo: un mal que habita entre nosotros, una verdad del tipo más incomprensible. Coincidencia, dirían otros.

Yo estaría en desacuerdo con ambos, ya que no creo en ninguna de las dos cosas.

Pluma en mano, he escrito:

*Se hallaba ante mí, a la luz de la luna, y no acierto a recordar haber visto nunca a una muchacha de una belleza tan sobrecogedora. No voy a ofrecer una descripción detallada, ya que las palabras no pueden hacerle justicia, pero tenía el cabello rubio y dorado, que llevaba recogido en un moño. Sus ojos: azules y grandes.*

Nuestra Ellen. Mi Ellen.

*De nuevo aquellos ojos, son exactamente iguales.*

He tosido en el pañuelo, mi favorito desde que mi madre me lo bordara hace ya tiempo con unas delicadas flores de color violeta que me recordaban a las orquídeas silvestres que crecían en los campos que recorríamos alrededor de nuestra vieja casa. La tela blanca estaba plagada de manchas de color carmesí, tanto antiguas como nuevas, marcas de la muerte que se niegan a desaparecer con el lavado. Al volver a toser en él, ha brillado rojiza mi saliva. Ya no era la sangre de Ellen, sino la mía, únicamente. Su sangre había desaparecido de mi cuerpo con el paso del tiempo, y sus propiedades curativas se habían marchado con ella. Sentía que los padecimientos y dolores de la enfermedad de mi infancia volvían sigilosos y se despertaban de un paciente sueño.

El tiempo, el don, que me había otorgado Ellen llegaba a su fin.

Drácul había dicho que regresaría a por mí a mi muerte, y yo lo creí. Ayer dispuse que me incineren de inmediato cuando fallezca, un jaque mate final en esta partida nuestra.



Le prometí a Ellen que nunca iría a buscarla, no mientras él estuviese vivo, una promesa que me quema todos y cada uno de éstos, mis días, que no me corresponden.

*No mientras él viva.*

La caja de nogal se encontraba sobre mi escritorio, y he vuelto a ella; he escarbado hasta el mismísimo fondo, he ido pasando las páginas hasta que he dado con lo que estaba buscando: la cuartilla de papel doblada que Ellen me había entregado en aquellos últimos instantes.

La he desdoblado con cuidado y he alisado los bordes, ahora amarillentos y arrugados por la descuidada caricia del tiempo. Me he quedado mirando su letra, desvaída pero aún legible:

ACABA CON ÉL

LATITUD 47

LONGITUD 25,75

No me picaba el brazo desde hacía una temporada, pero hoy ha sucedido, y el picor no ha cesado. Después de Whitby, ya sabía adónde iría a continuación: era una senda que habían elegido por mí hace tiempo. Mis palabras son las únicas migas de pan que he dejado.

Por fin había llegado el momento de que le hiciera una visita a Drácula, pendiente desde hace mucho, con la estaca más afilada en la mano.

*Bram Stoker*

# EPÍLOGO



PACIENTE N.º 40562  
HISTORIAL DEL CASO DR.  
WILLIAM THORNLEY  
STOKER

*17 de octubre de 1890*

Las paredes exudan agua; ésa es la causa del olor a moho y del hedor del ambiente, de eso estoy bien seguro. Al menos, es lo que me digo cada vez que tomo las escaleras para descender a esta planta y recorro los pasillos, un paseo que emprendo religiosamente todos los martes y los viernes y que he realizado durante más de veinte años ya, unos años que no me han tratado bien, ya que los siento en cada dolor y cada molestia de mis huesos. Hoy, el incordio procede de mi pierna derecha: algo de gota, me temo, pero es demasiado pronto para saberlo.

Le he traído la cena. Quizá sea éste el verdadero motivo de mis dos visitas semanales: saber que sólo yo le puedo traer la cena. Por supuesto que los empleados del hospital le traen bandejas de comida a diario, pero rara vez las toca; son mis cenas lo que la mantiene.

Su puerta se encuentra al final del pasillo, una monstruosidad enorme y pesada que sólo tiene una pequeña ranura en el fondo para pasarle la bandeja y un simple jarrón de pared montado en el centro que contiene una sola rosa blanca silvestre. Retiro la flor del martes, ya seca y prácticamente muerta, y

la sustituyo con una nueva del jardín que cuido. Los muros de su habitación son de piedra gruesa, sin una sola ventana, que digamos.

Hace ya algún tiempo que no intenta escapar, pero me reconforta saber que las rosas blancas parecen retenerla, aunque no fingiré entender el cómo.

Deslizo la bandeja a través de la ranura. La agarra enseguida y tira de ella. A este acto le sigue un leve sorbeteo que me gustaría no oír. Cuando termina, me habla, y su voz es tan clara y perfecta que ni un ángel podría sonar mejor.

—Tengo algo que contarte, Thornley. Algo que es mejor decir en voz baja. Déjame salir para que te lo pueda decir al oído.

Me inclino contra la puerta y apoyo la mano en la madera. Echo de menos su tacto, sentirlo sobre mí, la ternura de sus besos. Y aun así soy consciente de que jamás podrá ser.

—Sabes que no puedo.

—Pero anhelo tu contacto.

—Y yo el tuyo.

Desliza los dedos por la ranura, y me agacho hasta el suelo para poder apoyar la mano sobre la suya. Está fría, siempre tan fría, pero ésta es mi Emily, y no me importa en absoluto; éste es el contacto que echo de menos.

Te pueden decir mucho las manos de una persona, su suavidad o su aspereza, el color de su piel, cómo se cuida las uñas. Al observar nuestras manos entrelazadas sobre este suelo de piedra, las diferencias entre nosotros me saltan a la vista. Aunque deba reconocer que no poseo las manos de un obrero, sino las de un cirujano, el tiempo no deja de reflejarse en ellas. Mi piel ha adquirido un parcheado de colores, las incipientes manchas de la edad y las venas hinchadas. Los dedos se me han puesto rollizos. No son las manos de mi padre, y es tanto lo que han cambiado a lo largo de los años que a veces me pregunto si son siquiera las mías.

El dedo de Emily tiembla en el mío; le gusta hacer esto cuando nos cogemos de la mano, rara vez deja quietos los dedos, quizá sea su forma de hacerme saber que sigue ahí, pensando en mí. Le tiembla el dedo, y lo miro, tan terso y suave, la piel de una niña que no ha sufrido el paso del tiempo.

Cuando nos tomamos así de la mano es cuando veo crecer el tiempo que nos separa, cómo aumenta la distancia entre nosotros. Cumpliremos años

juntos, nuestras manos siempre entrelazadas, pero sólo las mías envejecerán.

—¿Te quedarás conmigo un rato? —me pregunta ella en un susurro.

—Me quedaré contigo siempre.

## NOTA DE LOS AUTORES

*Drácula* es una novela formativa para muchos de nosotros, un libro que cogimos de niños o en la adolescencia y al que regresamos conforme pasan los años, una constante en nuestras estanterías, un viejo amigo. Es más, podríamos estar tan familiarizados con él que ni siquiera se nos ha ocurrido preguntarnos por el relato en sí, por cómo se gestó. Aun así, al igual que el viaje de Jonathan Harker en la novela clásica, los sucesos previos a su publicación están cargados de misterio. Cuando Bram Stoker llevó por primera vez el manuscrito a su editorial en el Reino Unido, Archibald Constable & Company, inició la conversación con una sola frase.

*Esta historia es verídica.*

Del prefacio original de *Drácula*:

El lector de este relato comprenderá enseguida que los acontecimientos que se presentan en estas páginas se han ido recopilando de un modo gradual para formar un todo lógico. Aparte de suprimir detalles de menor importancia que consideraba innecesarios, he dejado que las personas implicadas relaten sus experiencias a su manera; sin embargo, por razones obvias, he cambiado los nombres de los personajes y de los lugares en que transcurre. En todos los demás aspectos, he respetado el manuscrito sin modificarlo por deferencia a los deseos de quienes consideraban su deber presentarlo ante los ojos del público.

Tengo la plena convicción de que los sucesos aquí descritos acontecieron realmente, no cabe la más mínima duda, por increíbles e incomprensibles que puedan parecer a primera vista. Y estoy además convencido de que siempre deberán ser hasta cierto punto incomprensibles por mucho que los continuos avances en psicología y en las ciencias naturales puedan, en los años venideros, dar una explicación lógica a unos hechos tan extraños que, en el momento presente, ni los científicos ni la policía secreta son capaces de entender. De nuevo afirmo que la misteriosa tragedia que aquí se

describe es absolutamente verídica en todos sus aspectos externos, si bien, como es natural, con respecto a ciertos puntos he llegado a una conclusión distinta que los implicados en esta historia. Pero los hechos son incontrovertibles, y obran en conocimiento de tantas personas que no se pueden negar.

Bram también afirmaba con claridad que muchos de los personajes de su novela eran personas reales. El prefacio continúa diciendo:

Todos aquellos que participaron de forma voluntaria —o involuntaria— en esta historia tan notable son en general conocidos y respetados. Tanto Jonathan Harker y su esposa (que es una mujer intachable) como el doctor Seward son amigos míos desde hace muchos años, y nunca he dudado de que estuviesen diciendo la verdad; y el respetadísimo científico, que aparece aquí bajo un pseudónimo, también sería demasiado conocido en todo el mundo culto por su verdadero nombre —que no he querido mencionar— como para pasar desapercibido ante la gente, y menos ante quienes por propia experiencia han aprendido a valorar y respetar su talento y sus logros aunque no compartan sus puntos de vista sobre la vida más que yo mismo.

Bram Stoker no pretendía que *Drácula* pasara por una obra de ficción, sino que sirviera de advertencia sobre un mal muy real.

Preocupado por el impacto de presentar semejante historia como hechos verídicos, su editor empujó el manuscrito sobre la mesa para devolvérselo con una sola palabra por su parte: *No*.

Otto Kyllman, su editor en Archibald Constable & Company, prosiguió contándole a Bram que Londres todavía se estaba recuperando de los horribles asesinatos de Whitechapel, y que, con el asesino aún en libertad, no podían publicar aquel relato sin correr el riesgo de provocar un pánico generalizado. Tendría que hacer algunos cambios.

En aquel momento, Stoker estuvo a punto de retirar el libro, consciente de que las concesiones significarían que su mensaje corriera el riesgo de perderse. No obstante, al mismo tiempo sabía que, sin un editor, nadie llegaría siquiera a ver ese mensaje. Stoker acabó cediendo y, en el transcurso de los meses siguientes, trabajó con Kyllman para volver a dar forma a la novela, no sin que hubiera choques frontales entre ambos con respecto a qué debería permanecer y qué se tenía que eliminar. Se cambió incluso el título,

de *El no muerto a Drácula*.

Cuando por fin se publicó la novela, el 26 de mayo de 1897, se habían eliminado las primeras ciento una páginas, se habían realizado numerosas alteraciones en el texto, se había acortado el epílogo y se había modificado el destino final de Drácula y el de su castillo. Se habían esfumado decenas de miles de palabras, y el prefacio había quedado reducido a:

El modo en que se ha dispuesto la secuencia de estos documentos quedará patente al leerlos. Se han eliminado todas las cuestiones innecesarias con el fin de que se pueda presentar como meros hechos un relato que casi contradice lo posible conforme a las creencias de nuestro tiempo. En toda la narración, no se afirma nada sobre el pasado en lo que pueda errar la memoria, ya que todos los documentos seleccionados son rigurosamente contemporáneos de los hechos, según el punto de vista y el conocimiento de quienes los redactaron.

Así comenzaba un juego, un misterio que apenas hemos empezado a desentrañar ciento veinte años después. Hoy día, la práctica habitual es que un autor le remita una copia de su novela a su editorial en su propio país, y que esa editorial, o el agente literario del propio autor, la distribuya al resto de las editoriales que la vayan a publicar en los demás lugares del mundo. En esencia, todas las editoriales trabajan a partir del mismo borrador original. No era tal el caso en la época de Bram. Él se encargó en persona de enviar por correo un borrador de la novela a cada una de sus editoriales por todo el globo. Cuando aceptó los cambios de Kyllman, lo hizo siendo consciente de que dichos cambios afectarían sólo a la edición del Reino Unido; a las demás editoriales podría enviarles su relato original.

Así que Bram había hallado una manera de contar su historia.

A lo largo de *Drácula, el origen*, el lector hallará referencias a *Makt Myrkranna*, la versión islandesa de *Drácula* recién traducida. *Makt Myrkranna* —que significa «Los poderes de la oscuridad»— no es el *Drácula* que nosotros conocemos. Los cambios van más allá de las simples variaciones propias de una traducción. Hay personajes diferentes, escenarios diferentes, líneas argumentales diferentes. Si bien ambas novelas arrancan de un modo similar, los finales no podrían diferir más. Drácula tenía un interés



romántico por una mujer que era su igual en muchos sentidos, una mujer a la que él llamaba «condesa Dolingen von Gratz», de quien Bram creía que era Ellen. Cuando uno lee *Makt Myrkranna*, el relato que creíamos conocer como *Drácula* se vuelve menos concreto, inquietantemente fluido. La sensación al leerlo es que Bram te lo está susurrando al oído, que te está contando que hay mucho más en esta historia.

¿Qué había en las ciento una páginas que faltan? Bram dejó un rastro de migas de pan, y basta con saber dónde buscar y estar dispuesto a seguirlas. Las primeras ediciones por todo el mundo parecen ser la clave para descubrir la totalidad del relato que él quería contar.

Dejó también gran cantidad de notas. Rara vez se le veía sin un cuaderno en el bolsillo. Lo documentaba todo, desde ideas para otros relatos hasta anécdotas familiares y el tiempo que hacía. Hay porciones de *Drácula* que surgieron de esos cuadernos, y cuando nos pusimos a buscar en ellos, las palabras de Bram volvieron a la vida.

A photograph of a handwritten note in cursive script. The text reads: "I once knew a little boy who put so many flies into a bottle that they had not room to die !!!". The note is written on a light-colored, slightly textured paper.

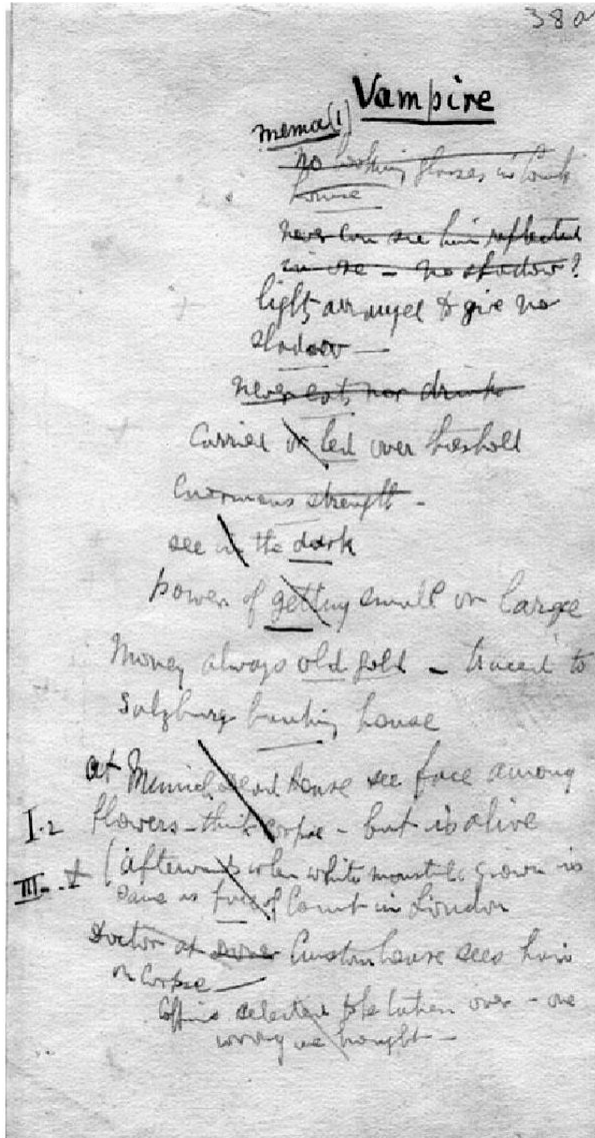
[«¡¡¡Una vez conocí a un niño que metió tantas moscas en un tarro que no tenían sitio ni para morir!!!», citado en la segunda parte de *Drácula, el origen*.]

Al principio, Bram detalla lo que pueden y lo que no pueden hacer los vampiros. ¿Qué falta en esta lista? La luz del sol. Para Bram, los vampiros podían salir durante el día, pero lo hacían sin sus poderes. El efecto mortal de la luz del sol en un vampiro no se incorporó a la leyenda hasta la película *Nosferatu* en 1922.

[Vampiro

Notas

Sin espejos en la casa del conde



Nunca se le puede ver reflejado en uno –  
¿sin sombra?

Disposición de las luces para que no haya  
sombras

Nunca come ni bebe

Llevado o conducido sobre el umbral

Enorme fuerza

Ve en la oscuridad

Capacidad de encogerse o agrandarse

El dinero siempre es oro antiguo – se  
remonta hasta un banco de Salzburgo

En el Depósito de Difuntos de Múnich se ve  
el rostro entre las flores —lo creen un  
cadáver— pero está vivo

Después, cuando se deja el bigote blanco es  
el mismo rostro del conde en Londres

El médico de la aduana de Dover lo ve a él  
o a un cadáver

Ataúdes seleccionados para llevárselos – uno erróneo uno trasladado]¿Y  
qué pasa con el verdadero origen del monstruo de Bram?

Aunque la mayoría cree que Drácula es Vlad Dracul, no hay ninguna  
mención de Vlad el Empalador en ninguna de las notas de Bram. Sólo  
coinciden en el apellido.

Esta relación entre Vlad el Empalador y Drácula no la estableció Bram:  
fue una conjetura que plantearon dos catedráticos del Boston College,  
Raymond McNally y Radu Florescu, en su libro *In Search of Dracula* [En  
busca de Drácula], publicado en 1972. Francis Ford Coppola también  
fomentó la línea argumental de «Vlad el Empalador» en su película de 1992

38 v 12  
(2)

Escolomance = school in mountains where devil teaches  
 mysteries of nature. Only 10 pupils at one & D. returns  
 as a boyish

Little enclosed with speech on Thurs night  
 Some will send can be compared to. These  
 burning coals on threshold will protect against  
 Sorrow - galaxie lun siens faul hor - is lucky  
 Cross ill owen speci den fyng st gjo ver see  
nygonis levit

Waffle pecked in road near water apparently found  
 to kill spider is unfortunate  
 wood is remnant of witch  
 skull of horse over cemetery gate keeps away ghosts  
 Black birds captured & in name of witch  
 illumination book offering of Devil & last part

Left bank of river is dangerous  
 spiritusals = waffle pattern to find treasure

13 is unlucky number

House across path last man for wood part  
 woman with pig of water bucket for her to carry pig  
 waffle

## Drácula, de Bram Stoker.

El monstruo de Bram era mucho más antiguo que Vlad el Empalador. Es más, había surgido de la Escolomancia tal y como se detalla en la primera frase de esta nota:

[Escolomancia = escuela en las montañas donde el diablo enseña los misterios de la naturaleza. Sólo hay 10 alumnos al mismo tiempo y se queda con uno como pago.]

Ese «uno» era Drácul.

Y, en cuanto al modo en que le entró a Bram la fascinación por los monstruos, todo empezó cuando era niño, cuando su Nana Ellen le contó la historia de la Dearg-Due.

*Drácula, el origen* hunde sus raíces en la verdad del mismo modo en que hace la novela original *Drácula*. Hemos modificado algunas fechas y condensado algunos sucesos, algo necesario cuando se narra una historia como ésta. Para saber más sobre la historia de la familia Stoker, completa e investigada al detalle, puede visitar <[www.bramstokerestate.com](http://www.bramstokerestate.com)>.

A decir de todos, Bram era un niño enfermizo, incapaz de caminar, a veces con un pie en la tumba y postrado en cama hasta que estuvo a punto de cumplir siete años, momento en el cual sanó de manera milagrosa. Llegada la época en que ingresó en el Trinity College, no mostraba ningún efecto

residual de su enfermedad de la infancia. Es más, destacaba en los deportes: remo, natación, gimnasia, rugby y marcha atlética. El clan de los Stoker contaba con unos cuantos médicos, incluido el doctor William Stoker (1773-1848), experto en fiebres y sangrías, y su hijo, el doctor Edward Alexander Stoker (1810-1880), quien trató a Bram. Cuando se encontraba lo bastante bien, a Bram lo entretenían con cuentos de *banshees*,<sup>[3]</sup> hadas que chupan sangre, la leyenda de la Dearg-Dee..., y con la historia de terror particular de la madre de Bram. A los catorce años, Charlotte sobrevivió a una epidemia de cólera en Sligo, una historia que años después le transmitiría a Bram. A petición de su hijo, Charlotte escribió estas historias para Bram. Este relato manuscrito de su madre, redactado en 1873, se hallaba entre los documentos de Bram que se conservaron.

Charlotte y Abraham Stoker (padre) vivieron en una casa adosada en Marino Crescent desde antes del nacimiento de Thornley en 1845 hasta que se trasladaron a Artane Lodge un tiempo antes de que naciese su cuarto hijo, Tom, en 1849. A muy poca distancia se encontraba el castillo de Artane, unas ruinas en la época en que Bram ya estaba lo bastante sano como para recorrer la zona con libertad.

Thornley fue uno de los cirujanos más famosos de Irlanda. Ocupó muchos puestos distintos, incluido el de cirujano invitado en el Sanatorio Mental de Swift, donde se decía que llevaba a cabo cirugías tan novedosas que ni siquiera tenían nombre aún.

La mujer de Thornley, Emily, sí que estuvo encerrada en su manicomio durante los últimos años de su vida por razones que sólo conocía su marido, el hombre que la había internado. Aunque nadie sabe por qué, Thornley llevó encima un mechón de cabello durante la mayor parte de su vida de adulto, un mechón que perteneció a Ellen Crone, que trabajó como niñera de la familia Stoker durante muchos años.

Matilda fue una artista desde sus primeros tiempos. Se formó en la Escuela de Bellas Artes de Dublín y fue miembro de la Royal Hibernian Academy. Estudió pintura y cerámica y, de niños, tanto ella como Bram recibieron galardones por sus dibujos. Matilda y su hermana pequeña, Margaret, viajaron al extranjero con sus padres cuando Abraham padre se

jubiló, primero a Francia, después a Suiza y más tarde a Italia, donde Matilda continuó estudiando Bellas Artes. Se trasladó a Londres cuando falleció su padre, y vivió primero con Bram y Florence y después con su hermano George y su mujer, Agnes. En 1883, a la edad de cuarenta y tres años, se casó con Charles Petitjean, once años más joven que ella.

Tom prestó servicio en diferentes puestos a lo largo de su extensa carrera en la Administración Pública de la India, en particular como secretario jefe de la Secretaría del Gobierno. Regresó a Blackrock, en Dublín, para casarse con Enid Bruce en 1891. Su mujer le acompañó de vuelta a la India, donde ambos vivieron hasta que Tom se retiró en 1899.

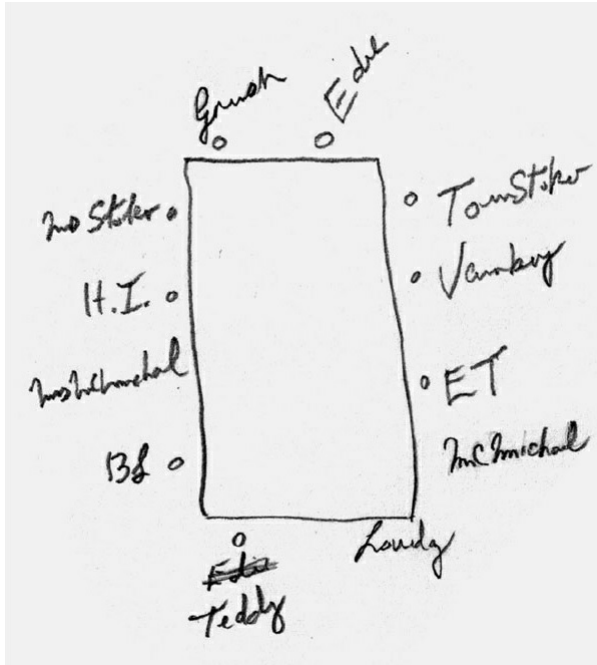
La aldea de los condenados existe hoy día, igual que existía en la época de Bram, oculta, no muy lejos de Múnich.

En 1868, la abadía de Whitby contaba con una torre central en cuyas alturas se encontraba la habitación donde Bram libra su pulso en *Drácula, el origen*. Durante la primera guerra mundial, la armada alemana bombardeó la torre con obuses y la destruyó, así como la mayor parte de la abadía.

Aunque Bram sintió la necesidad de proteger la identidad de Van Helsing, son muchos los que creen que se trataba de Arminius Vambéry, un amigo tanto de Thornley como de Bram que tenía un variopinto pasado y del que se sabía que frecuentaba el Beefsteak Club adyacente al Teatro del Liceo. Bram deja en el texto de *Drácula* una pista sobre la identidad de Vambéry cuando Van Helsing se refiere a «su amigo Arminius de la Universidad de Budapest».

Disposición de los asistentes a una cena en el Beefsteak Club (en el sentido de las agujas del reloj):

Bartholomew Grunszt (exsecretario privado de Lajos Kossuth, gobernador-presidente de Hungría), Eddie Wardell (hija de Ellen Terry), Tom Stoker (hermano de Bram), **Arminius Vambéry**, Ellen Terry (actriz famosa), el señor McMichael, Harry Loveday (escenógrafo del Teatro del Liceo), Teddy Terry, **Bram Stoker**, la señora McMichael, Henry Irving, Florence Stoker (mujer de Bram).



Bram anotó la situación real del castillo de Drácula en su cuaderno privado y la indicó en latitud y longitud intercambiando ambos números a modo de código de protección, y guardó la ubicación del lugar durante el resto de su vida:

R. Sereth ~~at Fundles~~ 336  
 R. Bistriza ~~at Fundles~~ Sereth  
 - at Fundles  
 between Strasha + Javorol E  
 - is 47 E long + Javorol 47  
 " 25 <sup>3</sup>/<sub>4</sub> N. lat 25 <sup>3</sup>/<sub>4</sub> N  
 Low at Fundles  
 - Deaths Head moth: Deaths Head moth

Bram encontró la manera de contar su historia por medio de una serie de pistas que dejó deliberadamente en las primeras ediciones de su obra maestra

y a lo largo de sus notas y sus cuadernos, tanto los publicados como los inéditos. Y nos llevó hasta *Drácula, el origen*.

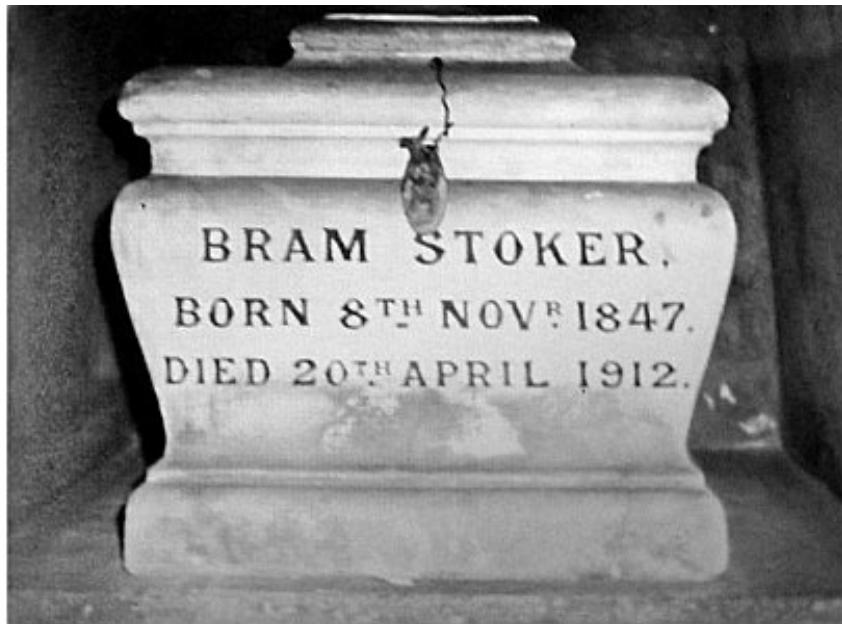
En marzo de 2017, Paul Allen, cofundador de Microsoft, nos invitó a contemplar el manuscrito original de *Drácula: el no muerto*, que había adquirido en una subasta un tiempo atrás. Aquella oportunidad singular nos permitió verificar muchos de nuestros hallazgos. Aunque se nos pidió que firmáramos un acuerdo de confidencialidad que nos prohibía comentar gran parte de lo que vimos, podemos confirmar con absoluta certeza que el relato breve «El invitado de Drácula» es un texto que se cortó de la novela original. También podemos confirmar que el manuscrito que tiene Allen comienza por la página 102, tachada en la zona superior y numerada de nuevo como la página 1, y que faltan las ciento una páginas iniciales. A lo largo de todo el manuscrito, pudimos encontrar pasajes que se eliminaron del borrador final y que hacían referencia al texto de aquellas primeras ciento una páginas, el texto que más tarde se convertiría en esta novela.

Hubo muchas ocasiones en las que sentimos que la mirada de Bram se asomaba por encima de nuestros hombros y leía nuestras frases conforme iban llenando las páginas, leyendo sus propias frases recuperadas de unos textos olvidados hace ya mucho tiempo. Preferimos pensar que sonreía y nos pasaba sus notas según avanzábamos, y nos indicaba dónde buscar a continuación.

Bram Stoker dijo una vez: «Hay misterios sobre los que los hombres sólo pueden conjeturar y que, con el paso de las edades, quizá puedan resolver tan sólo en parte». *Drácula, el origen* es un primer paso en la comprensión del misterio que él desplegó ante nosotros, y quizá averigüemos el resto conforme se vayan traduciendo otras primeras ediciones de *Drácula* por todo el mundo y se vayan comparando con el original que publicó Archibald Constable & Company.

¿De verdad creía Bram Stoker que Drácula, aquel monstruo que lo había perseguido desde la infancia, iría en busca de su alma inmortal cuando él muriese? Quizá no lo sepamos nunca. Hay que preguntarse, sin embargo, ¿por qué dejó instrucciones para que lo incinerasen inmediatamente después de morir en una época de la historia en que ésta no era una práctica al uso?

Quizá viese algo en las sombras que le hiciese pararse a pensar, un recordatorio, el susurro de una historia que le contaron en su niñez. O quizá, simplemente, leyese una nota ya olvidada de su niñera y se percatara de que no todos los monstruos desaparecen con el tiempo. Es más, hay algunos que no te abandonan ni mucho menos: te esperan. Y son pacientes. Y, sea como sea, tienes que ir siempre por delante de ellos: un solo centímetro fuera de su alcance bastará.





# AGRADECIMIENTOS DE DACRE

En primer lugar, me gustaría darles las gracias a las muchas personas que han asistido a mis charlas tituladas «Stoker sobre Stoker» a lo largo de los últimos diez años y me han animado a publicar las historias que les contaba. Esto no habría sido posible sin mi coautor, J. D. Valero su genialidad a la hora de dar forma a una historia; trabajar con él en una colaboración tan fluida como ésta ha sido una experiencia verdaderamente reconfortante.

El acceso a los archivos y la historia de la familia Stoker, en muchos aspectos el armazón histórico de la novela, hay que agradecerseles a mi mujer, a su trabajo duro, su precisión en los detalles y su red de contactos genealógicos familiares a escala mundial. A Jenne le debo más de lo que puedo contar. Gracias también a mi hijo Parker por sus bien recibidos comentarios y su asistencia editorial.

Después de leer un primer borrador de *Drácula, el origen*, mi madre, Gail, me recordó la nota de Charlotte Stoker a Bram sobre *Drácula*: «Es espléndida, a un millar de kilómetros por encima de cualquier cosa que hayas escrito antes... Bien hecho, Dacre». El apoyo de mi madre siempre lo ha significado todo para mí.

Gracias de manera especial a Kristin Nelson, mi agente, y a Mark Tavani, editor ejecutivo de Putnam, por ayudarnos a traer a Bram y a su familia a la vida en estas páginas.

# AGRADECIMIENTOS DE J. D.

Con un libro como éste, siempre hay mucha gente a la que darle las gracias, y siempre me dejo a uno... o a diez. Pido disculpas por adelantado al respecto.

A Kristin Nelson, mi maravillosa agente y amiga. Gracias por encontrarle un hogar a este libro. A Mark Tavani y a todos los de Putnam, gracias por abrirnos las puertas de ese hogar.

A Dacre Stoker y a su familia, gracias por invitarme a entrar en vuestro mundo, por retirar la cortina que ocultaba el tesoro de una infancia. Gracias a ti, Bram, por dejar tus palabras por escrito. El mundo conoció tu pesadilla; quizá ahora te conozca a ti también.

Por último, a mi persona preferida, mi mujer, Dayna. Quizá tenga la cabeza llena de cuentos, pero nuestra historia siempre está por encima del montón. Gracias por ser tú.

# NOTAS

[1]. *Crone*, «vieja bruja» en inglés, una mujer anciana y fea. (*N. del T.*)

[2]. En irlandés, «Duerme, hijo mío». (*N. del T.*)

[3]. En la mitología irlandesa, un alma en pena, el espíritu de una mujer cuyo llanto presagia una muerte. (*N. del T.*)

*Drácula. El origen*

J. D. Barker y Dacre Stoker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Dracul*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la ilustración de la portada, Fernando Vicente

© Dacre Stoker and J. D. Barker, 2018

© por la traducción, Julio Hermoso, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Imágenes del interior:

Mapa: © Meighan Cavanaugh, 2018

© Noel Dobbs, 2012. Cortesía de Bram Stoker Estate Collection, © Noel Dobbs, 2008; fotofacsimiles © 2008 por The Rosenbach Museum & Library EL3f .S874d MS, © Dacre C. Stoker LLC y © E. Willis, 2018

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-08-19681-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltalldellibre.com](http://www.eltalldellibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

# NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**



